Maternidad y creación

Lecturas esenciales

EDICIÓN COMPLETA

Moyra Davey, ed.

Margaret Atwood
Lydia Davis
Annie Ernaux
Mary Gaitskill
Susan Griffin
Nancy Huston
Jane Lazarre
Ursula K. Le Guin
Doris Lessing
Margaret Mead
Toni Morrison
Tillie Olsen
Alicia Ostriker
Grace Paley
Sylvia Plath
Adrienne Rich
Sara Ruddick
Susan Rubin Suleiman
Mona Simpson
Alice Walker
Joy Williams

ALBA
TRAYECTOS

MATERNIDAD Y CREACIÓN

LECTURAS ESENCIALES

MOYRA DAVEY, ED.

Traducción

Elena Vilallonga Serra
Catalina Martínez Muñoz
Elisenda Julibert, Anna Becciu, Antonio-Prometeo Moya,
Enrique Hegewicz, Víctor Ponzano y Lydia Vázquez Jiménez

ALBA

Alba **trayectos**

título original: *Mother Reader. Essentials Writings on Motherhood*

© Moyra Davey, ed., 2001 Originalmente publicado por Seven Stories Press, Inc.

© de la traducción: Elena Vilallonga de todos los textos, excepto: «Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad» de Susan Griffin, «Documento posparto» de Mary Kelly, «Escritora gracias a, no a pesar de, sus hijos» y «Un hijo propio: un reflexión importante en el marco del (los) trabajo(s)» de Alice Walker, «Novelas y ombligos» de Nancy Huston, «Para Molly, que se va a la universidad (agosto de 1997)» de Joan Snyder y «Aprender las reglas» de Buchi Emecheta (© Catalina Martínez Muñoz); «Cólera y ternura» de Adrienne Rich (© Anna Becciu); «Aquí me tienes, planchando» de Tillie Olsen (© Antonio Prometeo Moya, con permiso de Editorial Anagrama); «Cosas de niños» de Grace Paley (© Enrique Hegewicz, permiso de Editorial Anagrama); «Dar a luz» de Margaret Atwood (© Víctor Pozanco, permiso de Penguin Random House); y «La guardiana del hogar», de *La mujer helada* de Annie Ernaux (© Lydia Vázquez Jiménez, con permiso de Editorial Cabaret Voltaire); «Nada de hijos hasta que lo haya conseguido» de Sylvia Plath (© Elisenda Julibert).
Fragmentos de *On Side of the Angels: The Second Volume of Journals of Elizabeth Smart*, Alice Van Wart, ed.
© Sebastian Barker, 1994, con permiso de Harper Collins Publishers, Londres; fragmentos de *The Unabridged Journals of Sylvia Plath* © herederos de Sylvia Plath, 2000, con permiso de Faber and Faber Ltd.; fragmentos de *Blackberry Winter: My Earlier Years* © Margaret Mead, 1972; «Feminism and Motherhood», publicado en *Momma* por Alta, Times Change Press © 1973, 1977, reeditado en *Made from This Earth: An Anthology of Writings*, Women's Press Ltd., Londres © Susan Griffin, 1982; «Documentation IV: Transitional Objects, Diary and Diagram» y «Experimentum Mentis IV —On Femininity» de *Post-Partum Document* © Mary Kelly, 1988, con permiso de University of California Press, Berkeley, y Mary Kelly Studio; capítulo 6 de *The Mother Knot*, publicado por Duke University Press en 1997 y en Reino Unido por Virago en 1986 © Jane Lazarre, 1976, con permiso en lengua española de Editorial Las Afueras; «Anger and Tenderness», de *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* de Adrienne Rich © W. W.

Norton & Company, Inc., 1976, 1986; «One Child of One's Own: A Meaningful Digression within the Work(s)», de *In Search of Our Mothers'Gardens: Womanist Prose* © Alice Walker, 1979, con permiso de The Joy Harris Literary Agency, Inc.; «Writer-Mothers: The Fundamental Situation», de *Silences* © Tillie Olsen, 1965, 1972, 1978, con permiso de The Frances Goldin Literary Agency; «A Wild Surmise: Motherhood and Poetry», de *Writing Like a Woman* de Alicia Ostriker, publicado por The University of Michigan Press, Ann Arbor © The University of Michigan, 1983, a través de Copyright Clearance Center, Inc.; «Writing and Motherhood» de Susan Rubin Suleiman, de *The (M)other Tongue: Essays in Feminist Psychoanalytic Interpretation*, Shirley Nelson Garner, Claire Kahane y Madelon Sprengnether, eds. © Cornell University Press, 1985; «The Fisherwoman's Daughter» © Ursula K. Le Guin, 1989, con permiso de Curtis Brown, Ltd. a través de International Editors Co.; «Idealization and Maternal Power», de *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace* © Sara Ruddick, 1989; selecciones de «Forum: On Motherhood, Art, and Apple Pie» originalmente publicado en *M/E/AN/I/N/G #12*, noviembre de 1992 ©*M/E/A/N/I/N/G* (una selección más completa puede encontrarse en *M/E/A/N/I/N/G: An Anthology of Artists' Writings, Theory, and Criticism*, Duke University Press, 2000), con permiso de Susan Bee y Mira Schor; fragmento de *Under My Skin: Volume One of My Autobiography to 1949* © Doris Lessing, 1994, con permiso de Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.; «Novels and Navels» de Nancy Huston, de *Critical Inquiry Vol. 21*, #4 (verano de 1995), The University of Chicago Press © University of Chicago, 1995, a través de Copyright Clearance Center, Inc.; «The Case Against Babies» © Joy Williams, 1996, con permiso de International Creative Management; «A Little Bit of Loss» © Ellen McMahon, 2001; «Beginning», de *Child of Mine-Writers Talk About the First Year of Motherhood*, Christina Baker Kline, ed., Hyperion Press © Mona Simpson, 1997, con permiso de Creative Management, Inc.; «For Molly Entering College (August, 1997)» de Joan Snyder © Hirschl and Adler Modern, 1998, con permiso de la autora; «Notes on Early Motherhood» © Vivian Montgomery, 1998; «A Woman's Prerogative» © Mary Gaitskill, 2005, con permiso de The Wylie Agency (UK) Limited; «I Stand Here Ironing», de *Tell Me a Riddle*, Dell Publishing, una división de Random House, Inc. © Tillie Olsen, 1956, 1957, 1960, 1961, con permiso en lengua española de Editorial Las Afueras; «A Subject of Childhood», de *The Little Disturbances of Man* © Grace Paley, 1956, 1957, 1958, 1959, 1984, con permiso de Elaine Markson Agency; «Good Housekeeping» (publicado por primera vez en *American Review # 18*) © Rosellen Brown, 1973, con permiso de Brandt & Hochman Literary Agents, Inc.; «Learning the Rules», de *Second Class Citizen* © Buchi Emecheta, 1974,

con permiso de George Braziller, Inc.; «My Death», de *Appetites* (publicado por primera vez en *Redbook*), Hamilton Stone Editions © Lynda Schor, 2020; «Giving Birth», de *Dancing Girls* de Margaret Atwood, con permiso de Curtis Brown Group Ltd., Londres, en nombre de O. W. Toad, Ltd. © 1977; fragmento de *La Femme Gelée* de Annie Ernaux

© Éditions Gallimard, 1981, con permiso de Éditions Gallimard y, en lengua española, de Editorial Cabaret Voltaire; fragmento de *Beloved* © Toni Morrison © Alfred A. Knopf, 1987, con permiso de International Creative Management, Inc.; «The Old Dictionary» (publicado por primera vez en *Bomb*, otoño de 1999) © Lydia Davis, 1999, con permiso de Denise Shannon Literary Agency, Inc.

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: noviembre de 2020

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-701-0

En memoria de Susan Kealey

AGRADECIMIENTOS

A Barbara Seaman, cuya obra es muy inspiradora para mí y que me dio la idea de armar este libro. A Dan Simon, por su compromiso con *Maternidad y creación* desde los primeros días y su fe en mi capacidad para editarlo. Barbara y Dan fueron los primeros en animarme a comenzar lo que se convirtió enseguida en uno de los proyectos creativos más satisfactorios de mi vida.

A todas las autoras y a sus generosos agentes por concederme el permiso para incluir sus textos.

A Alison Strayer, que ha compartido sus libros conmigo durante veintisiete años y cuya contribución a esta edición no tiene precio.

A todo el equipo de Seven Stories Press por su ayuda y ánimo, especialmente a Michael Manekin, que tramitó los derechos; a Jill Schoolman y Tania Ketenjian por su inconmensurable apoyo editorial; y a Astella Saw por su gentileza y experiencia en producción. A Stewart Cauley por el sensacional diseño que ha aportado a la edición.

A John Atwood, Gregg Bordowitz, Marisa Bowe, Jane Davey, Steve Fagin, Andrea Fraser, Susanne de Lotbinière-Harwood, Bill Horrigan, Miwon Kwon, Sowon Kwon, Helen Molesworth, Jennifer Montgomery, Claire Pentecost, Adriana Scopino, Martha Townsend, Lisa Wyndels, Lynne Zeavin y a muchos otros amigos que hicieron de este libro una obra mejor.

A Ann Charney, Mary Gaitskill, Jane Lazarre y Lynda Schor por compartir ideas conmigo y darme consejos.

A Josephine y Morris Simon por su constante amabilidad y apoyo.

A Patricia Davey que, incondicionalmente, me entrega su amor y su apoyo.

A Jason Simon, por el entusiasmo inmediato, contagioso y duradero que desplegó por este proyecto y por creer en mí y en que podía llevarlo a cabo mucho antes de que yo lo creyera posible.

Al irrefrenable Barney Simon-Davey, por ser él mismo.

INTRODUCCIÓN

Me encanta leer, pero el placer que me da se ha visto siempre atenuado por la incómoda sensación de que debería estar haciendo otra cosa, algo más inequívocamente productivo. Soy una fotógrafa que cree que la actividad de leer es difícil de justificar. Los meses finales de mi embarazo fueron una época curiosa en mi vida, pues no me asaltaron estas dudas: sabiendo a ciencia cierta que mi cuerpo estaba trabajando, podía abandonarme a los libros con total impunidad.

Tuve mi primer hijo a los treinta y ocho años, un bebé con cólicos que no dormía de noche. No estaba preparada para los rigores de la crianza, ni siquiera para los del bebé «bueno», y entré en una crisis. Fue la época en que leí gran parte de los textos recopilados en *Maternidad y creación*. Leí para romper con el aislamiento, para inspirarme, seguir adelante y sentirme mejor; para vivir la gratificante experiencia de ver mi propia existencia reflejada de manera vívida en un espejo y, sin duda alguna, para sentir la alegría sin igual de disfrutar de obras extraordinarias. Acumulaba libros estratégicamente para leer mientras daba de mamar, libros de bolsillo que cogía con una mano y páginas fotocopiadas que me enviaba alguna amiga comprensiva. Estos libros y fotocopias fueron mi tabla de salvación. En vista de estos sentimientos, uno de los grandes placeres y privilegios de ensamblar estos textos fue la posibilidad de leer sabiendo que el final del proceso culminaría en un libro. La lectura me trasladó a mis años de infancia, la investigación amplió mis conocimientos de un legado de mujeres escritoras incomparables y la edición supuso un proyecto creativo que se entrelazaba directamente con la maternidad, más incluso que la fotografía.

En este libro he querido reunir muestras de las mejores obras sobre la maternidad de los últimos ochenta años, textos que expliquen de primera mano la experiencia de ser madre. De entre la serie de escritos que recopilé y compartí, *El nudo materno* fue fundamental, pues se convirtió en el libro que me ayudó a articular y a dar autenticidad al sentimiento de ambivalencia y a la lucha de las mujeres escritoras con hijos. *El nudo materno* de Jane Lazarre y los

escritos de Tillie Olsen, Adrienne Rich, Doris Lessing y Susan Rubin Suleiman fueron piedras de toque para *Maternidad y creación*, pues cada uno de ellos define los diversos géneros que engloba el libro: memorias, relatos y ensayos literarios con la voz de una madre.

Se oye decir una y otra vez que este tipo de literatura escasea porque las madres no tienen tiempo de registrar su experiencia. En palabras de Jane Lazarre, es más corriente escribir sobre «las madres desde el punto de vista de los niños», lo cual «nos ha proporcionado solo una parte de la historia», que aportar datos en primera persona sobre la subjetividad maternal. Y en poesía y ficción, el «yo» materno sigue siendo una rareza[1]. Cada fragmento de *Maternidad y creación* resulta revelador y urgente, ya que la escasez del «yo» de la madre en literatura surge de territorios no explorados.

La pregunta retórica de si la madre tiene una voz la formula Susan Rubin Suleiman en su artículo «Escribir y ser madre». «Las madres no escriben, están escritas», apunta citando a la psicoanalista Helene Deutsch. La idea freudiana de que la escritora o la artista siempre habla desde su posición de niña más que de madre es la que se explora y se analiza en este texto excepcional.

Algunos estudios como «Prerrogativa de mujer» de Mary Gaitskill abarcan la identidad social de la «madre». Mary Gaitskill no es madre y en su ensayo es rotunda cuando afirma no querer hijos; con él desmonta de un plumazo la argumentación de que se trata de una postura «egoísta». Pero en una epifanía, si así se puede llamar, llega a imaginar su capacidad para vivir experiencias alternativas de procreatividad, experiencias no exclusivamente limitadas a tener hijos. El optimismo de Gaitskill en su idea de que todas las mujeres pueden alcanzar la plenitud de la «cualidad de madre» es una postura alentadora, bajo mi punto de vista, y un correctivo frente a las ideas arraigadas de que la vida de las mujeres sin hijos es incompleta.

El artículo de Gaitskill también debate una cuestión obvia y difícil: ¿por qué, si es tan duro, las mujeres, concretamente escritoras y pintoras, siguen teniendo hijos? Esta pregunta está deliberadamente reformulada en el mordaz y satírico artículo de Joy Williams «Los hijos a juicio», en el que arremete contra la obsesión por la procreación de la cultura occidental con el coste que supone para el cuerpo de la mujer, las cuentas bancarias y la salud de nuestro planeta.

Pero, si «Los hijos a juicio» es un recordatorio aleccionador de los valores sesgados y las malsanas costumbres sociales que afectan a la reproducción en el Primer Mundo, tampoco puede obviar el dilema tan psíquica y biológicamente arraigado en muchas mujeres de tener o no tener un hijo. Esta es la contradicción que alimenta el núcleo de este volumen *Maternidad y creación*, y a su alrededor giran gran parte

de estos escritos complejos y observadores del alma.

Todos los textos que forman el libro me han aportado algo concreto y tangible. En *El nudo materno* Jane Lazarre describe el tedio de las madres en el parque «donde la desesperación esperaba ser liberada como espera entre bastidores el malvado de una obra teatral. Hasta el día de hoy, cuando paso cerca de un patio cercado, recuerdo el aburrimiento y el aislamiento y me siento agradecida de que mi hijo se haya criado y superado la edad típica de estos rediles de mujeres y niños».

El nudo materno son unas memorias líricas e intensas que se distinguen por la plenitud con que dan voz a sentimientos contrastados. Estos sentimientos tan extremados, por una parte de desesperación y por otra de felicidad plena, se resumen tal vez en su mejor aspecto en el primer capítulo de *Nacemos de mujer* de Adrienne Rich, titulado «Cólera y ternura». En un pasaje citado varias veces sobre los sentimientos que despliegan los hijos, Rich habla de «la alternativa mortal entre el resentimiento amargo y los nervios de punta, y la gratificación plena de la felicidad y la ternura». Como he hecho con la mayoría de los textos del libro, he releído varias veces el capítulo de Rich en los últimos cuatro años, y he profundizado cada vez más en la comprensión del revelador proceso de la maternidad.

Las obras de análisis literario que se incluyen en esta selección forman un género complejo. Las obras de estas autoras han servido para actualizar y renovar el género al tiempo que me han ayudado a reconocer en ellas un replanteamiento de lo que es la vida creativa. Suscitan unas preguntas provocadoras que se oponen a las ideas generalmente aceptadas sobre la artista solitaria y el aislamiento que se requiere para crear. Alicia Ostriker expresa una visión similar en su artículo «Una propuesta atrevida: maternidad y poesía», donde aconseja: «Si la mujer artista está educada para creer que las tareas que conlleva la maternidad son triviales… irrelevantes en cuanto a los grandes temas de la literatura, tendría, ella misma, que deseducarse».

Joan Snyder y las colaboradoras del Foro M/E/A/N/I/N/G [S/I/G/N/I/F/I/C/A/D/O] en «Sobre la maternidad, el arte y la tarta de manzana» hablan todas y cada una de ellas de la intersección entre la maternidad y la vida de las artistas. Estos testimonios breves y concisos no pierden el tiempo y apuntan al meollo de la cuestión lanzándonos sus perspicaces visiones con franqueza e inteligencia. Son memorables por su atribulado humor y su sorprendente ironía.

Uno de los aspectos más fascinantes del libro es el esclarecimiento del comportamiento aparentemente contradictorio; por ejemplo, la decisión de una mujer de tener un segundo hijo cuando, de hecho, ya vive en conflicto después de haber dado a luz al primero. Con una sinceridad que desarma a cualquiera, Annie Ernaux escribe sobre la

decisión de quedarse embarazada por segunda vez: «Ya no podía concebir ninguna otra manera de cambiar mi vida que teniendo un hijo. Nunca volveré a caer tan bajo».

Doris Lessing, en su vívido retrato de la maternidad juvenil en la Sudáfrica colonial, evalúa la situación con un desapego antropológico[2]. Considera el papel de las madres que han jurado no tener más hijos en las reuniones cotidianas a la hora del té y las convierte en «gallinas cluecas» cuando ven a un recién nacido o cuando lo cogen en brazos y empiezan a desear dar a luz de nuevo. Tanto Adrienne Rich como Jane Lazarre escriben sobre la decisión consciente de tener más hijos, a pesar de los apuros que ya saben que se pasan o de su compromiso con la creación ensayística y literaria. Gran parte de esta conmovedora reflexión psicológica gira en torno a la cuestión irreductible de producción y/o reproducción.

Un aspecto un tanto excéntrico pero estrechamente vinculado a la tarea de la maternidad es el tema de la limpieza. En mi obra fotográfica he ido desarrollando este tema y también va surgiendo, de una manera constante y predecible, en la literatura sobre la maternidad. Limpieza, suciedad, caos y confusión, todo alcanza una proporción desmesurada y a veces obsesiva en la vida de las madres y de las escritoras. Entre una de las urgentes y elípticas listas de Elizabeth Smart, junto a «Escribir un diario» o «Tener un hijo», aparece el recordatorio de «Tenerlo todo limpio». Según Ellen McMahon, las proliferantes y «enormes montañas de polvo» que sobrevuelan su cabeza desde su postura sumisa de rendición frente a un niño tiránico constituyen la confirmación definitiva de la derrota. Y Annie Ernaux, casada hace poco tiempo y cargada con las obligaciones familiares como madre y ama de casa, se advierte a sí misma: «Nada de fregar, y menos quitar el polvo, el último vestigio, tal vez, de mi lectura de *El segundo sexo*, la historia de una batalla inútil y desesperanzadora contra el polvo».

Desde las orgías de orden y limpieza que suelen señalar la llegada del parto, pasando por la desesperación de la tarea digna de Sísifo consistente en asumir la entropía perpetuada por los bebés, hasta la convicción de que el suelo lleno de polvo significa resistencia y supervivencia, el tema de la suciedad dice mucho de la vida interior de madres y escritoras.

Gran parte de la vida con niños pequeños gira en torno a la pérdida de control y a la desintegración de las fronteras físicas. En varios de los relatos que aquí se incluyen se observa cierto coraje, un deseo de entrar de lleno en temas que trastornan o repugnan. De hecho, parece que Margaret Atwood, Rosellen Brown, Grace Paley y Lynda Schor experimentan, en cierto modo, un placer perverso cuando retratan gráfica e íntimamente la vida doméstica que pone a prueba

los niveles de tolerancia. En «El diccionario antiguo», Lydia Davis reflexiona con una ironía muy sutil sobre las manifestaciones inconscientes de la agresividad atenuada y pasiva contra su hijo. Todos estos relatos ofrecen una versión muy ingeniosa y moderada de una categoría de sentimientos maternales conocidos por ser en realidad cualquier cosa menos razonables o soportables.

Fracaso, desesperación, estados emocionales intensos son temas que también se tratan aquí. En «Aquí me tienes, planchando», un cuento sobre el arrepentimiento y la pérdida, Tillie Olsen describe con doloroso detalle la inexorable evolución de la incapacidad de una madre para proteger a su hijo de las consecuencias de los apuros económicos. En *Beloved*, Toni Morrison crea un personaje cuya desesperación e impotencia alcanza tales dimensiones que comete un infanticidio para librar a su recién nacido de una vida esclava.

Muchos de los textos de *Maternidad y creación* se comentan o interpelan entre ellos, en citas, en notas a pie o mediante homenajes directos. Mientras armaba esta recopilación, un texto me llevaba a otro, como a la caza de un tesoro, y las pistas me las servían las propias citas o la propia bibliografía. Y con la misma frecuencia los textos me remitían a otros anteriores. Cuando, a punto de concluir mi investigación, me topé con «La hija de la pescadora» de Ursula K. Le Guin, me sentí gratificada por su ingenioso homenaje a *Silences* de Olsen, sus grandes elogios a «Escribir y ser madre» de Suleiman y sus frecuentes citas de «Una propuesta atrevida: maternidad y poesía» de Ostriker, textos todos ellos incluidos en este libro. De hecho, estas cuatro piezas constituyen un capítulo infinitamente rico de análisis literario sobre el tema de la escritora-madre.

La frecuencia con que el entramado familiar de referencias va surgiendo, entrelazándose y cerrando ecos a lo largo del volumen recopilado de estas obras es asombrosa; lo que resulta de ahí es un sentido de comunidad de escritoras que hablan entre ellas y sobre ellas, además de una genealogía evidente de autoras y textos que nunca se había reflejado en un solo libro.

Me decidí por el orden cronológico de las obras, en parte para darle forma a esta evolución, pero también por la naturaleza híbrida de muchos de estos textos. Aparte de distinguirlos entre diarios, memorias y ensayos no he creído oportuno hacer una clasificación según género o tema en la mayor parte de las piezas incluidas.

Los capítulos de *Maternidad y creación* son fragmentos de autobiografías, memorias y novelas: las notas son de las propias autoras; los artículos y los cuentos han sido seleccionados de recopilaciones, antologías y publicaciones. Mi proyecto ha consistido en reunir un compendio o selección de textos de «espíritu análogo»

sobre la maternidad a fin de que los lectores, concretamente las madres que disponen de un tiempo limitado, puedan acceder en un solo volumen a lo mejor que se ha escrito sobre este tema y saber adónde remitirse para seguir leyendo.

He aquí una recopilación cargada de sentido, incisiva y humanamente conmovedora para cualquiera que se preocupe o se vea afectado en cierta medida por la experiencia de la maternidad.

DIARIOS, MEMORIAS Y ENSAYOS

HASTA QUE ÉL QUIERA MÁS HIJOS

De *On the Side of the Angels* (1944-1945)

Elizabeth Smart

Elizabeth Smart (Ottawa, 1913-Londres, 1986) publicó en 1945 *En Grand Central Station me senté y lloré*, una obra de prosa poética inspirada en sus tumultuosos amores con el poeta George Baker, con quien tuvo cuatro hijos, aunque nunca vivieron juntos ni se casaron. Publicó una segunda obra del mismo género en 1982, *The Assumption of Rogues and Rascals*. Después de su muerte Alice Van Wart publicó sus diarios, *Necessary Secrets* en 1987 y *On the Side of Angels* [Del lado de los ángeles] en 1997. Su poesía completa se recogió en un volumen en 1992.

28 de junio-4 de julio de 1944

Todos estos días George enfurruñado y lleno de odio contra mí porque he recibido respuesta (inofensiva) a la carta que escribí a Frampton[3] el 6 de julio. Nada volverá a estar bien hasta que él quiera más hijos, no necesariamente *per se*, pero necesariamente y por la naturaleza del amor. Sé sé sé que solo intenta que la situación siga ABIERTA para Jessica, por tanto sus malas interpretaciones (o sea, mentiras) funcionarán. Oh infierno. Oh cielo. Oh horror, y espera de mí que a esta simple etapa señalada termine por llamarla amor y que sea servicial. Está claro que en realidad no puedo escribir en este cuaderno porque lo lee y se ofende y pone constantemente en evidencia el hecho de que escribí «Voy a dejar a George». Sé que no soy una mujer sabia; si no, podría esperar sabiamente, o bien no decir nada y no querer ver nunca sus cartas o saber a quién escribe o lo que hace en Londres o lo que siente por J. Pero hoy hace cuatro años que nos conocimos y la cosa sigue igual de complicada, por no decir más complicada que nunca. El problema, para mí, es que siempre hay *esperanza*, por ejemplo, o bien J. es una mujer maravillosa, en cuyo

caso es factible una solución espantosa, o no lo es, y tal vez finalmente él llegue a darse cuenta. En cuanto a mí, me siento cada vez menos y menos maravillosa, y *no* seré sin duda capaz de hacer ni una sola noble omisión más, ni de soportar una sola argucia más, ni de sentarme detrás mientras él hace la vertical intentando recordar sus devociones. Si por lo menos, incluso en esta etapa tan corta, estuviera entregado a mí de verdad y me quisiera sin estar siempre (¡preguntándose!) si va a ser capaz de camuflar lo que hace.

Propósitos para el año nuevo 1945

- Escribir un diario o notas del día.
- Llevar las cuentas y nunca gastar más de 20 libras al mes en vivir (o en una parte de vivir).
- Llevar a los niños bien vestidos siempre.
- Tenerlo todo *limpio*.
- Responder a todas las cartas en un plazo de tres días.
- Procurar un buen tránsito intestinal.
- Tener un hijo (cumplido). Sebastian, 16 de abril de 1945.
- Aprender a jugar al ajedrez.
- Escribir el libro de historia canadiense.
- Comprar una radio, un piano, un teclado, un clavicémbalo, un clavicordio, un gramófono o un saxo para tener música, y enseñar a los niños a escuchar.
- Traducir las canciones de folk canadiense y comprar todos los libros disponibles e información sobre ellas.
- Tomar una decisión definitiva sobre George, si él no la toma sobre mí, y ser coherente con ella. Los años pasan y el viento es helado.

1 de enero de 1945

Hechos: en la cama en casa de Didy solo con algunos huecos ocasionales para respirar. Dedos grandes y pulgares detrás de los ojos y la nariz y las sienes.

Asfixia en una cama blanca y lujosa. Frío. Fuera, un día precioso. Leer. George en Londres.

5 de enero de 1945

Carta de G.

6 de enero de 1945

De la cama en casa de Didy a Moreton a ver al señor Barker, otorrinolaringólogo. Operación de sinusitis con anestesia local.

Bastante divertido.

8 de enero de 1945

Ha venido Giffy con Big Girl y ha traído una golosina y el *Woman's World*. Este no será un diario auténtico ni valdrá para nada con lo cobarde y perezosa que soy.

11 de enero de 1945

Jean me ha traído un vestido premamá azul grisáceo y unos pantalones. Todas mis pasiones se han desvanecido y no puedo pensar en nada estimulante o que valga la pena hacer.

12 de enero de 1945

Paquete de comida de [ilegible], muñeca de Big Mumma[4] para Georgina y carta de George. Dice lo mismo que viene diciendo prácticamente los últimos cinco años. No tengo esperanzas. No hay nada concreto. El nuevo director es aburrido y tiene [ilegible]. Georgina es muy alegre.

14 de enero de 1945

Georgina llena de granos de varicela. Hice traer su cama aquí abajo y ahora estamos cada una a un lado de la chimenea. Está bastante pálida, quejica e inquieta. Pat aquí casi todo el día y la noche. Cena con los Foster. Coso nombres en las camisetas y en los pañales.

15 de enero de 1945

Georgina despierta (y yo también) casi toda la noche. Cabeza muy caliente y cara pálida. Juego con ella todo el rato. Didy y los niños vinieron un minuto después de comer y me llevé a Giffy a echar unas cartas al correo y vi a la señora Pilkerton y los cachorros. Giffy y Big Girl vinieron a tomar el té con Georgina y conmigo. Vivien trajo un jersey. Cosí etiquetas marcadas mientras Georgina dormía.

18 de enero de 1945

Noche lluviosa, viento, lluvia y granizo. Persiste. Me siento llena de líquidos e irritable. Rehíce el camisón de Giffy y arreglé los *tweeds* azules de Georgina tal como hice anoche para Giffy. La dejé entrar media hora antes de acostarme. George no vino. G.[eorgina] alegre todo el día, pero esta noche bastante apagada, ojos como platos y rara. Me contó su miedo a las bombas, a los ratones y a la guardería. No sé distinguir si son miedos reales personales o miedos que le han infundido otras personas, por ejemplo, Renee, o los Foster, etcétera,

cuando la compadecen y la asustan. Dijo que Annabel tenía miedo a los ratones. (No creo que G. sepa en realidad qué es un ratón. Así que deben ser teorías ajenas.) Está monísima con esa falda de *tweed* azul marino (ella la llama «la farlda»).

26 de enero de 1945

George llamó por teléfono. Estuvo desagradable. Le propuse ir a Londres el fin de semana. No quería de ninguna manera. Hablé con Big Mumma. Vino Didy. Fui a su casa a las 20:00 y me quedé a pasar la noche.

27 de enero de 1945

Entré en Moreton con la intención de ir a Londres. No fui. No tenía ningunas ganas.

31 de enero de 1945

George ha llegado hacia las seis.

4 de febrero de 1945

George se ha enfadado y me he ido a casa de Didy y él a Londres.

10 de febrero de 1945

He ido a la clínica de maternidad con la señora P. y Georgina. Todo bien.

13 de febrero de 1945

George ha llamado a la hora del baño.

20 de febrero de 1945

Cogimos todos el tren de las 7:20 para Oxford. Didy y Annabel bajaron, y G. y yo seguimos. Nos metimos en un tren directo a Londres por error y tuvimos que cambiar en Early y [ilegible]. Llegamos a Reading hacia las 10:30 y cogimos un autobús para Longtown Rd a las 11:15. Nos encontramos con Jean y tomamos algo en Bird in Hand con Jane Mitchell (la «Mujer del Coronel»). Dejaron entrar a GEB en el bar. La dueña, la señora Dudley, llevaba un pañuelo y pinturas. La casa octogonal de Jane llena de ventanas y aire y el sol en la colina del bosque.

23 de febrero de 1945

Cogimos el de la 13:20 de vuelta a Reading y el tren de las 14:35 a casa. Pasamos la noche en casa de Didy. Carta de G. y paquete de

Renee y libro (de G.).

26 de febrero de 1945
Cumpleaños de George.

4 de marzo de 1945
Cielo cubierto, bastante inhóspito y lluvioso. George ha ido al bar por la tarde a comprar tabaco. Psicológicamente a salvo, yo también. Dolor de garganta. Pupas de George.

13 de marzo de 1945
Gripe fuerte y resfriado intenso.

15 de marzo de 1945
Carta de George. Suelo limpio. La maleta casi lista.

23 de marzo de 1945
Ha llegado George.

27 de marzo de 1945
Me pesé el domingo y peso 7 kilos más de lo normal. Tiempo maravilloso de primavera. Me siento muy pesada y estoy que reviento.

4 de abril-12 de abril de 1945
Borrasca primaveral.
DETESTO el populacho vulgar y lo EVITO.
¡Odio odio Dios Dios! Chillaría.

16 de abril de 1945
23:30 (Horario inglés de verano). He dado a luz a Sebastian en el Hospital Moreton.

26 de abril de 1945
Es insoportable querer a George. Siempre he sabido que no (vendría) podría venir y aun así siempre lo he esperado, con esa fiebre loca de la anticipación, a pesar de que no dejaba de decirme que la posibilidad de que viniera ni se planteaba. ¿Qué puedo hacer? *No* lo aguanto más. Va a peor, no a mejor. Él no permitirá que lo deje aunque no se quedará conmigo. No resolverá mis problemas ni tampoco dejará que intente resolverlos por mí misma. Lo quiero con desesperación pero arruina constantemente la esperanza de que podamos vivir felices juntos como matrimonio. *Siempre* creo que esta

vez ocurrirá de verdad y solo me encuentro con los mismos desengaños y frustraciones. Nunca viene cuando dice que vendrá. Siempre está fuera el doble de tiempo o más de lo que dice. Siempre desaparece y me deja esperándole con mis mejores galas, saboreando la hora de llegada. Oh, Dios, George, ¿no te das cuenta de que no puedo seguir viviendo tan sola y frustrada? De repente un día me desmoronaré, me partiré, me romperé en mil pedazos y me iré.

NADA DE HIJOS HASTA QUE LO HAYA CONSEGUIDO

De *Diarios completos* (1957-1962)

Sylvia Plath

Sylvia Plath (Boston, 1932-Londres, 1963) empezó a llevar un diario a los once años. Publicó su primer poema en una revista de alcance nacional, la *Christian Science Monitor*, justo al terminar el instituto. Se licenció con honores en el Smith College en 1955, después de superar un intento de suicidio, y obtuvo una beca Fulbright para estudiar en Cambridge. Allí conoció en una fiesta al poeta Ted Hugues, con quien se casó en 1956 seis meses después. Volvió a Estados Unidos en 1957, donde estudió con Robert Lowell, y en 1960 publicó su primer volumen de poesía, *El coloso*. De vuelta a Inglaterra, en una nueva depresión, escribió *Ariel* (1962), y su única novela, de fondo autobiográfico, *La campana de cristal* (1963). Separada de su marido, se suicidó en 1963. Después de su muerte, Ted Hughes reunió sus inéditos y publicó tres volúmenes de poesía más; los *Collected Poems* recibieron el Premio Pulitzer a título póstumo en 1982. Karen V. Kukil editó sus *Diarios completos* en 2000.

Miércoles, 17 de julio de 1957. Ahora son casi las diez y la mañana sigue virgen, intacta. La sensación de que debería levantarme cada vez más pronto para ir por delante del día, que hacia la una del mediodía ya está decidido. Anoche terminé *Las olas* y me fastidió, casi me enfureció: tanto sol, tantas olas y pájaros. También me sorprendió la disparidad de las descripciones: una frase pesada, de una torpeza horrible, junto a otra fluida, que discurre plácidamente. Pero, al final, la belleza de las últimas cincuenta páginas, tan conmovedoras: el resumen de Bernard, un ensayo sobre la vida, sobre el problema de la insensibilidad de un ser a quien nada puede ocurrirle, que ya no crea, que ha renunciado a combatir el desaliento mediante la creación. Ese

instante de iluminación, de fusión, de creación: creamos para combatir la ruina, el olvido de todo, volvemos a crearlo todo y lo creamos plantando cara al fluir: hacer que el instante adquiera permanencia. Esa es la tarea de una vida. No podía parar de subrayar: tengo que releerlo. Debería irme mejor que a ella. *Nada de hijos hasta que lo haya conseguido*. Mi salvación consiste en crear cuentos, poemas, novelas, a partir de mi experiencia: eso explica o, mejor, esa es la razón de que sea bueno que haya sufrido y haya estado en los infiernos, aunque no en todos. No soy capaz de disfrutar la vida por ella misma: solo puedo vivir por las palabras que detienen el fluir. Siento que no viviré mi vida hasta que haya libros y cuentos en que la resucite perpetuamente en el tiempo. Olvido con demasiada facilidad cómo fueron las cosas y me aterrorizan el aquí y el ahora, sin pasado ni futuro. *Escribir abre las criptas de los muertos y los cielos tras los cuales se ocultan los ángeles proféticos*. La cabeza hace girar y girar la rueca y así va tejiendo su tela.

Sábado, 13 de junio de 1959. Para R. B.: lo que es de vital importancia para mí no es *cuándo* tendré un hijo, sino *que* tenga uno y más. Siempre me ha atraído mucho la definición de la muerte según la cual es la inaccesibilidad a la experiencia. A pesar de ser una perspectiva muy jamesiana, me parece muy buena. Y para una mujer verse privada de la Gran Experiencia de que su cuerpo aloje y nutra a otro ser es una forma de muerte desoladora. A fin de cuentas, físicamente lo único que tiene que hacer el hombre para convertirse en padre es tener un coito. Pero para la mujer procrear supone nueve meses en los que se convierte en algo distinto y después de ellos tiene que separarse del otro para alimentarlo y proporcionarle leche y afecto. Verse privada de eso es la muerte. Y consumar el amor criando al hijo de la persona amada es mucho más profundo que cualquier orgasmo o relación intelectual.

Sábado, 20 de junio de 1959. Todo se ha vuelto estéril. Formo parte de las cenizas del mundo, algo de lo que nada puede brotar, ni florecer, incapaz de dar fruto. En las delicadas palabras de la medicina del siglo xx, no puedo ovular. O simplemente no ovulo. No he ovulado este mes, ni tampoco el mes pasado. Llevo diez años retorciéndome de dolor para nada. He trabajado, sangrado, me he golpeado la cabeza contra las paredes para abrirme camino y llegar hasta donde estoy ahora, con el único hombre que me conviene en el mundo, el único hombre al que podía amar. Si fuera posible pariría hijos hasta que mi vida cambiara. Quiero una casa para nuestros hijos, animalitos, flores, verduras, frutas. Quiero ser una Madre Tierra en el sentido más profundo y rico de la expresión. Me he convertido en una intelectual,

en una mujer con carrera: todo eso son cenizas para mí. Y ¿qué descubro en mí misma? Cenizas, cenizas y más cenizas…

Me va a tocar meterme en el horrible ciclo clínico de planificar los coitos, ir corriendo al médico para que me hagan análisis cuando tenga la regla y cuando haga el amor, dejar que me pongan inyecciones de esto y lo otro, hormonas, tiroides, convertirme en algo distinto de lo que soy, en alguien sintético. Mi cuerpo se convertirá en una probeta. «Las personas que no consiguen concebir en seis meses tienen un problema, querida», me dijo el doctor. Sacó del cuello de mi útero el palito con un algodón en el extremo y lo sostuvo erguido para que lo recogiera la enfermera: «Está completamente negro». Si hubiera ovulado, habría salido verde. Irónicamente, es el mismo test que se utiliza para diagnosticar la diabetes. Verde, el color de la vida, de los óvulos y de la glucosa. «A mí me indicó el día exacto en que ovulé —dijo la enfermera—. Es un test magnífico, más barato y más fácil.» Vaya, así que de pronto los fundamentos más profundos de mi ser están corroídos. He llegado, con gran dolor y esfuerzo, al punto en que mis deseos, emociones y pensamientos se centran en aquello en lo que se centran las mujeres normales, y ¿qué he descubierto? La infertilidad.

De pronto todo es ominoso, irónico, fatal. Si no pudiera tener hijos —y si no ovulo, ¿cómo podré? ¿Cómo podrán hacer que ovule?—, estaría muerta. Muerta para mi cuerpo de mujer. Las relaciones sexuales serían la muerte, un callejón sin salida. Mi placer no sería placer, tan solo una parodia. Mi escritura un sucedáneo vacío e inútil de la vida real, de los sentimientos reales, en vez de un placentero complemento, un florecer y fructificar suplementarios. Ted tendría que ser un patriarca y yo una madre. Mi amor por él, nuestro amor, el de ambos, que debería expresarse a través de mi cuerpo, de las puertas de mi cuerpo, completamente frustrado. Decir que soy exageradamente pesimista con este asunto es suponer que otra mujer afrontaría la retirada de la regla con la flema de un caballero. O con «sentido del humor», ¡ja!

No veo al cartero. Hace una mañana deliciosa. Lloré sin parar anoche y hoy sigo llorando. ¿Cómo puedo pretender que Ted siga unido a una mujer estéril? Estéril, infértil. Su último poema, el que da título a su poemario, es una oración para hacer fértil a una mujer estéril: «Expulsada de la cadena de los vivos, el pasado muerto en ella, el futuro arrebatado… Creador del mundo… toca con su mano a la que está helada». ¡Dios mío! Y ayer, el mismo día que fui al médico, recibió una larga carta de T. S. Eliot elogiando su libro infantil *Meet My Folks*! Y sin hijos, ni siquiera la esperanza en un futuro próximo de tener un hijo a quien dedicar el libro. De mi *Libro de las camas* aún no he recibido noticias, pero me lo publicarán, tanto si la turbia McLeod

lo rechaza como si no, y se lo dedicaré a los gemelos adoptivos de Marty. Dios mío, esta es la única cosa en el mundo que no puedo afrontar, es peor que una enfermedad horrible. Esther tiene esclerosis múltiple pero tiene hijos. Jan está loca, la violaron, pero tiene hijos. Carol no está casada, está enferma, pero tiene un hijo. En cambio yo, cuando llega la hora, la magnífica hora en que los hijos coronan y glorifican el amor, estoy aquí comiéndome las uñas. Sencillamente, no sé qué hacer. Toda la alegría y la esperanza se han esfumado.

17 de enero de 1962. El día que nació Nicholas me desperté por la mañana con contracciones dolorosas. Llamé a la comadrona Davies, como me había dicho que hiciera, aunque tímidamente… Le dije que las contracciones no eran muy fuertes. Ella vino enseguida, trazó una X en mi barriga inmensa para señalar el lugar donde oía el corazón del bebé, dijo que se quedaría en casa toda la tarde. Me tranquilizó mucho; yo estaba excitada e impaciente, aunque también sorprendida de que el ritmo del parto y el orden de los acontecimientos fueran tan distintos de cuando tuve a Frieda: entonces rompí aguas espectacularmente a la una de la madrugada del 1 de abril y empecé a tener contracciones cada cinco minutos durante una hora, aunque no paré hasta las seis menos cuarto de la madrugada, cuando salía el sol: cuatro horas y cuarenta y cinco minutos en total; esta vez sentí las contracciones durante todo el día, cada media hora o así, pero desaparecían y volvían de nuevo. Me senté en un taburete, confundida, como en un limbo, impaciente, esperando a que la cosa empezara en serio. Cociné un poco. Y luego, después de acostar a Frieda, las contracciones empezaron claramente. Esperé casi dos horas hasta que el ritmo fue regular y los dolores realmente fuertes como para pensar que necesitaba gas y a la comadrona. Me había dicho que la llamara «en cuanto pienses: ojalá estuviera aquí la comadrona Davies».

La comadrona Davies llegó hacia las nueve de la noche. Oí su cochecito azul entrar en el patio y Ted la ayudó a subir el pesado equipo. Colocó inmediatamente la bombona de gas en una silla al lado de mi cama: una caja en forma de maletín con un cilindro rojo de gas y aire dentro, y un tubo y una máscara. Había que tapar un agujero con el dedo índice y respirar cuando empezaran los dolores. Ella se puso un delantal y un gorrito blancos y se sentó a la derecha de mi cama; Ted se sentó a la izquierda, cogí la máscara y empezamos a hablar de cualquier cosa. Todo resultó muy agradable: cada vez que sentía los dolores me colocaba la máscara y los escuchaba charlar; la comadrona Davies me sujetaba la mano hasta que los dolores pasaban. En la habitación hacía calorcito; se oía el ronroneo de una de las lamparitas rojas de Navidad de la calle, la noche estaba inmóvil y fría,

las cortinas de cuadros rosas y blancos se recortaban contra la oscuridad. Sentía que la comadrona Davies nos apreciaba a ambos y a mí ella me parecía encantadora. En vez de retorcerme absurdamente y dar cabezazos contra la pared a causa de las contracciones más dolorosas, como ocurrió con Frieda, esta vez me sentía en plena posesión de mis facultades, capaz de *hacer* algo por mí misma. Las contracciones me tomaron por sorpresa, era muy fuertes e iban a más.

Creo que la comadrona Davies es de Lancashire (no de Yorkshire), tenía allí una magnífica familia, numerosa (¿siete?), y su madre tenía muchísima ayuda. Ella tuvo una infancia estupenda, según me contó, y una niñera. Desgraciadamente he olvidado la mayor parte de lo que me contó. Tiene hermanos y hermanas dispersos por todas partes: un hermano que era director de un célebre colegio masculino privado de aquí y que ahora es director en otro de Australia; una hermana, creo, en Canadá. Tiene unos diez perros, a tres de los cuales les permite entrar en la casa por turnos. Cultiva cosas, tiene una finca de una hectárea más o menos, y quiere criar gansos, luego venderlos y comprar una oveja que a su vez vendería para comprar una vaca.

Pasaba el tiempo y las contracciones seguían. Nos recomendó a un tipo para que pode el césped del prado grande. Le contamos que nos gustaría cultivar en los jardines y en los prados de Court Green. Entonces me preguntó si estaba preparada para empujar. Yo quería estar lista, pero no lo estaba. Finalmente, me examinó y me dijo que ya podía, si me sentía capaz. Empecé a empujar, poniéndome la máscara, aunque me parecía que ya no la necesitaba ahora que tenía que empezar a esforzarme. Veía mi inmensa panza abultada delante y, supersticiosamente, cerré los ojos, como si quisiera sentir y ver desde dentro… y porque me daba pánico ver al bebé antes de que Ted me asegurara que todo estaba bien. Empujé. «Caramba, eres una parturienta fabulosa, la mejor que he visto en mi vida.» Me sentí muy orgullosa, pero después de un rato la comadrona echó un vistazo y me dijo que mejor que dejara de empujar por un ratito: la cabeza del bebé no había asomado lo suficiente, aún no había roto aguas. Yo estaba vagamente ansiosa por romper aguas y cada vez más preocupada preguntándome por qué no lo había hecho aún: imaginaba que el bebé se estaría asfixiando. En el momento en que dejé de empujar, empecé a tener unos dolores y unos retortijones atroces. Al mismo tiempo me di cuenta de que al ponerme la máscara ya solo respiraba aire: la bombona de gas se había agotado. Y tampoco era posible ir a buscar más a casa de la comadrona porque el próximo lote solo llegaba al día siguiente, jueves. Esto me alteró mucho. Ted y la comadrona Davies me sujetaban los pies. Entonces perdí la noción del tiempo. La comadrona Davies le dijo a Ted que llamara al doctor Webb y le pidiera que viniese a ponerme una inyección, puesto que aún no había

roto aguas. Yo sentía en el costado izquierdo un dolor como si me hubiera desgarrado; eso hacía que notara menos el de las contracciones, y así se lo dije, con una voz completamente poseída por el dolor y por la angustia de ver, solo a medias a través de los párpados abiertos durante un segundo fugaz, mi panza todavía inmensa que no parecía haber cambiado en todas esas horas. La comadrona Davies se inclinó hacia mí y me miró con expresión muy seria. «¿Dónde te duele?» Me di cuenta de que estaba preocupada. Ted llamó al doctor. Yo noté que la comadrona Davies hacía algo, creo que rompió la membrana. Salió un gran chorro: «¡Ah, ah, ah!», me oí gritar, mientras la espantosa presión disminuía y el agua manaba mojándome la espalda. Ya antes me había sacado cincuenta y nueve mililitros de orina, después de que yo me quejara por primera vez del dolor. Sentí una inmensa presión, como si el extremo de una palanca circular y siniestra empujara y se clavara entre mis piernas. Cerré los ojos con fuerza y sentí cómo esta presión me dejaba el cerebro en blanco y me poseía absolutamente. Un espantoso pavor me desgarraría y me partiría en dos, terminaría convertida en un montón de tiras sangrientas; pero no podía hacer nada: aquello era demasiado grande para mí. «Es demasiado grande, es demasiado grande…», me oí decir. «Respira hondo, con calma, como si fueras a dormirte», me decía la comadrona. En una especie de venganza le clavé las uñas en la mano, como si eso pudiera evitar que me desgarrara. Intenté respirar y no empujar, o dejar que la cosa empujara sola. Pero la presión no disminuía ni desaparecía.

La comadrona Davies se liberó delicadamente de mis dedos. La fuerza oscura crecía imperceptiblemente y yo estaba muerta de miedo… No podía hacer nada para evitarlo, se había apoderado de mí. «¡No puedo evitarlo!», dije llorando, o susurrando, y entonces en tres sacudidas salvajes, una, dos, tres, la fuerza siniestra se precipitó hacia fuera, arrancándome tres aullidos: «¡Ayyyyy, ayyyyy, ayyyyy!». Una gran cascada de agua pareció acompañar los gritos. «¡Ya está!», le oí decir a Ted. Se había acabado. En unos pocos segundos me sentí liberada de la gran presión, ligera como el aire, como si flotara, y perfectamente despierta. Levanté la cabeza y miré a mi alrededor. «¿Me ha dejado hecha tiras?», pregunté, porque sentía que debía estar desgarrada y desangrándome tras aquella fuerza que se había abierto paso a través de mí. «No tienes ni un rasguño», dijo la comadrona Davies. Yo no podía creerlo. Volví a levantar la cabeza y vi a mi primer hijo, Nicholas Farrar Hughes, amoratado y en medio de un charco, sobre la cama, a cincuenta centímetros de mí, el ceño fruncido y la frente extraña, aplastada, mirándome, con arruguitas entre los ojos, el escroto amoratado y el pene largo y también amoratado, como si fuera un tótem esculpido. Ted retiró las sábanas empapadas y la

comadrona D. pasó la fregona para secar los charcos de agua que yo había soltado.

Luego la comadrona envolvió al bebé y me lo puso en los brazos. Llegó el doctor Webb. Había parido a las doce menos cinco de la noche. El reloj dio las doce. El bebé se agitaba y lloraba, calentito, acunado entre mis brazos. El doctor Webb me apretó con los dedos la barriga y me pidió que tosiera. La placenta salió de golpe y cayó en un recipiente de pírex que se tiñó de sangre. Y eso era todo. Habíamos tenido un niño. No sentí ningún arrebato de amor. No estaba segura de que me gustara la criatura. Me preocupaba su cabeza, la frente aplastada. Luego el médico me dijo que la frente probablemente había quedado atrapada u oprimida por el hueso de mi pelvis y eso le impedía salir. El bebé pesó 4,300 kilos… por eso había costado tanto. Frieda solo pesó 3,100 kilos. Me sentía muy orgullosa. A la comadrona le gustaba el bebé. Lo arregló todo en cuanto se hubo marchado el médico, hizo la cama, recogió las sábanas sucias y todos los paños llenos de sangre para ponerlos en remojo con agua fría y sal en un balde. Todo quedó limpio, recogido y en calma. El bebé descansaba lavado y vestido en su canastilla, y estaba tan callado que le pedí a Ted que se levantara para comprobar que seguía respirando. La comadrona nos dio las buenas noches. Parecía la noche de Navidad, llena de bondad y esperanza.

18 de enero de 1962. Estábamos aún en la cama, medio dormidos, cuando apareció la comadrona Davies. Me levanté para lavarme la cara y pintarme los labios. Me sentía preciosa, pero la comadrona dijo que parecía como si me hubiera puesto «pinturas de guerra» antes de lavarme. Me sentía muy orgullosa de Nicholas, totalmente enamorada de él. Solo necesité una noche para estar segura de que me gustaba. Su cabecita ha adquirido una forma preciosa. Las placas del cráneo se habían superpuesto para poder pasar entre los huesos de la pelvis, pero enseguida se separaron para formar una preciosa cabeza masculina. Los ojos de un azul oscuro, una pelusilla muy corta, como si llevara el pelo cortado al rape. Como hacía mucho frío, la comadrona no lo bañó entero, tan solo lo lavó. Le presentamos su hermanito a Frieda. Ella se revolvió como un animalito inquieto, aunque curioso. La voz de la comadrona Davies parecía hipnotizarla y volverla obediente. Le sostuvo los imperdibles a la comadrona, se sentó en la cama, cogió al bebé, toda orgullosa, y dijo: «Los dos bebés de mamá». Yo reconocía la sabiduría, la maravillosa serenidad con que manejaba la situación la comadrona Davies. Ese fue el último día que vino y la he echado muchísimo de menos. Pasé diez días de porquería porque la leche tardó una semana en bajarme, el bebé se moría de hambre y lloraba toda la noche, y al final pasé dos noches

con 39,5º de fiebre mientras me peleaba con las dos comadronas sustitutas y el doctor Webb. Pero a los diez días todo volvió a la normalidad y retornó la calma. Me bajó la leche y la penicilina me curó la fiebre láctea. La comadrona Davies reapareció para retirar el prepucio al bebé, una cuestión que supuso un trauma para mí: el doctor Webb se propuso realizar «una operación quirúrgica» que hizo aullar y sangrar al bebé mientras yo, febril, lloraba y casi me desmayaba en la silla, por más que el médico y la comadrona me daban la espalda para impedir que viera nada. El retorno de la comadrona Davies, con el pelo recién ondulado, fresca como una rosa después de dos semanas de vigilia cuidando a su padre enfermo (al que ingresaron en un hospital una noche antes), ha hecho que las cosas volvieran a la normalidad. Las sillas han vuelto a su sitio y la mesa vuelve a estar servida.

7 de mayo de 1962. La comadrona Davies es, por algún parentesco remoto que aún no he conseguido descubrir, sobrina de la señora Hamilton. Son dos auténticos pilares: deben de saberlo todo, o casi todo. Las visitas de la comadrona Davies se producen invariablemente cuando presiento que ocurrirán simplemente porque he descuidado las tareas domésticas para trabajar en mi estudio. Da igual lo que Ted le diga: nada consigue detenerla; se mete igual en casa, y sube las escaleras. Ted pasa por delante de ella a toda prisa para avisarme, pero al final termino viendo su rostro sonriente por detrás de su hombro en el umbral de la puerta de mi despacho. Típicamente, llevo puesta mi bata de boatiné rosa (sobre mis capas de ropa de embarazada, para sentirme calentita), que ella llama «el uniforme de artista». Se mete en la habitación y ve la cama sin hacer mientras yo me apresuro a tirar un periódico sobre el orinal rosa de plástico rebosante de orina amarilla y maloliente que no me había molestado aún en vaciar con el pretexto de que era mejor dejar todas las labores domésticas para después del mediodía.

Lo cierto es que la complació comprobar lo lejos que estábamos de lo que imaginaba y el buen gusto de la decoración… Nos confesó que la alfombra india que hay en nuestro baño «se parece mucho» a la del suyo (la aprobación definitiva). Una mañana parecía tener noticias buenísimas y apenas pudo esperar para decirnos: «El mejor amigo del colegio de mi hijo es fan de su marido». Por alguna coincidencia increíble, el hijo único de la comadrona Davies, Garnett (un nombre común en el norte) tenía un amigo de la escuela en el instituto Merchant Tailor (¿o Taylor?) de Londres que le había escrito a Ted para felicitarlo por su libro y había recibido respuesta desde North Tawton, por lo que le preguntó a Garnett si conocía a Ted Hughes. Por fin conseguían «situarnos». Me encantó.

El marido de la comadrona Davies es un misterio. ¿Murió en la guerra? Garnett debe de tener unos diecinueve años: el suyo fue un «matrimonio de guerra». Ella había tenido que criar al niño sola. El muchacho no era demasiado brillante (el dato es cortesía de Marjorie) y a ella le costó conseguir que entrara en un buen instituto. Ella cría cachorros de pekinés con pedigrí. Hubo uno al que recuerda especialmente: lo mató al pisarlo sin querer. Solía seguirle los pasos por toda la casa. Una historia terrible. A medida que mi parto estaba más cerca, la comadrona Davies se fue volviendo cada vez más dulce, amable y cariñosa conmigo. Me sentía muy orgullosa de que fuera mi comadrona, y afortunada de que el bebé no naciera en su día de fiesta y justo antes de que se tomara unas «vacaciones» para cuidar a su padre enfermo en un hotel de South Tawton (un hombre de más de ochenta años que había sufrido dos ataques de neumonía y se alojaba allí con su mujer mientras le construían una casa nueva).

SER ABUELA

De *Blackberry Winter: My Early Years* (1972)

Margaret Mead

Margaret Mead (Filadelfia, 1901-Nueva York, 1975), doctora en Antropología por la Universidad de Columbia, hizo su primer trabajo de campo en Polinesia en 1925. Su estudio *Adolescencia y cultura en Samoa* (1928), donde concluía que la influencia de la cultura era mayor que la de la genética en el desarrollo de la personalidad, fue el libro de antropología más vendido hasta 1968. En *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935) preconizó el concepto de «género» como construcción cultural. Otras obras suyas son *Masculino y femenino* (1961), *Cultura y compromiso: estudios sobre la ruptura generacional* (1970) y *Cartas de una antropóloga*, publicado póstumamente en 1983. En 1972 escribió un libro de memorias, *Blackberry Winter: My Early Years* [Un invierno de moras: mis primeros años], de donde procede el siguiente texto.

A medida que pasaban los años, incluso antes de que Catherine tuviera hijos, me resistía con afán a la idea de ser abuela, pues sabía que por mi edad podía llegar a ser bisabuela. Alcanzar esa condición nos parece una posibilidad muy remota de la naturaleza humana, incluso ahora que cada vez es más frecuente.

Cuando supe del nacimiento de Sevanne Margaret, caí en la cuenta de que, por primera vez sin mediación alguna por mi parte, tenía un vínculo biológico con otro ser humano. Era algo que nunca había surgido en los debates sobre la condición de abuela y que nunca se había presentado en mi vida. En muchas sociedades primitivas los abuelos y los nietos son aliados. Un niño que está obligado a tratar a su padre con respeto reverencial tiene permiso para bromear alegremente con su abuelo y llamar «esposa» a su abuela. El tópico de que los abuelos y los nietos se llevan muy bien porque tienen un

enemigo común es aceptado sin ambages en muchas sociedades. Nuestra propia sociedad persiste en la idea de que los abuelos pueden disfrutar de sus nietos porque no son responsables de ellos, no tienen por qué castigarlos, ni tampoco padecen el mismo sentimiento de culpa y angustia que tienen los padres. Yo todo esto ya lo sabía. Pero nunca había pensado que me iba a resultar tan asombroso verme implicada a distancia en el nacimiento de un descendiente biológico.

Siempre he sido sumamente consciente de cómo una vida puede afectar a otra vida: de los vínculos que me unen a personas a las que nunca he conocido pero que al leer *Adolescencia y cultura en Samoa* decidieron convertirse en antropólogos. Ya de niña tenía la capacidad de imaginar la relación que me unía con todos mis antepasados, cuyos genes llevo dentro de mí, tanto con los que no conocía ni de nombre como con los que contribuyeron a mi crianza, en concreto mi abuela paterna. Pero pensar que, como abuela, una tenía que lidiar con cosas a cierta distancia, y que en algún lugar, a cientos de kilómetros, una serie de acontecimientos podían cambiar tu posición en la jerarquía familiar para siempre, era una idea que no me había planteado y que me causaba cierta extrañeza.

Sentí la misma conmoción que seguramente reciben quienes siempre han vivido sanos y salvos en su país de origen y, de pronto, por la arbitrariedad de algún gobierno tiránico, se encuentran privados de sus derechos, como la antigua aristocracia rusa después de la Revolución, los judíos de la Alemania de la década de 1930 y los armenios turcos en Turquía. Sin embargo, está claro que lo mío no fue un rechazo gratuito de algo que consideraba irreversiblemente sobrevenido, sino la constatación arbitraria de un estado al que yo no había contribuido voluntariamente. Tanto científicos como filósofos han especulado con detalle sobre el origen de la creencia de que el hombre es una criatura con una vida futura, o bien, tal vez en términos menos comunes, con una vida anterior a la vida en la tierra. Tal vez la única respuesta válida sea la especulación, pero ahora podría añadir una conjetura más, de cosecha propia, a las especulaciones ya conocidas: la sensación extraordinaria de haber sufrido una transformación no por un acto mío, sino por un acto de tu propia hija.

Más adelante, al estrenarme como abuela, empecé por un lado a revivir la infancia de mi propia hija y, por otro, a observar las manifestaciones de temperamento de aquel ser diminuto que había recibido el nombre de Vanni; me fijaba en cómo aprendía a no hacer caso del ruido que hacían los carpinteros mientras reformaban la casa y, al mismo tiempo, en la sensibilidad que mostraba ante las distintas frecuencias de la voz humana. Tanto era así que su madre ponía de fondo música a bajo volumen para que la pequeña no notara los

cambios de tono de quien estaba hablando cuando, de pronto, cambiaba la voz al responder al teléfono. Observé cómo la niña reaccionaba a las cenefas brillantes y coloridas de las telas indias y a los móviles. El día en que vimos el vídeo familiar del nacimiento de Cathy y de su primera infancia, mi hija comentó: «Creo que mi niña es más lista o más mona, o más avispada ¡que la tuya!».

No obstante, jamás he sentido esa liberación de responsabilidades de la que dicen que gozan los abuelos. De hecho, tengo la impresión de que es tan prioritario el deber de ser una ayuda y no un estorbo como lo es la atención que dedicamos a los propios hijos. Creo que no hemos reflexionado lo suficiente sobre la presión que ejercemos sobre los abuelos para que se mantengan al margen —no interferir, no mimar, no insistir, no inmiscuirse— y, ya de ancianos y más delicados de salud, para que se trasladen a una residencia (o como queramos llamarla) y, además, digan que están contentos cuando en realidad no lo están, ya que reciben muy pocas visitas de sus hijos y sus nietos.

Si se acepta con naturalidad la obstinación de los abuelos, en Estados Unidos, en no ser un estorbo, es por la relación que tuvieron de pequeños con sus progenitores y las violentas intromisiones de sus padres y abuelos en su vida adulta. Aunque este no fue en absoluto mi caso. Yo quise mucho a mi abuela y supe valorar la dedicación y el amor de mi madre por sus hijos. Lo único que puedo reprocharle a mi madre es que, cuando llegué a casa con Cathy recién nacida, ella no me enseñó, como a mí me hubiera gustado, las cosas prácticas que me habrían resultado útiles. Eso sí, pude compartir con mucho gusto a mi hija con su niñera y con mis mejores amigos.

Tenía la esperanza de que Helen Burrows volviera a casa para ayudar a Catherine con su recién nacida. Pero estaba enferma. Finalmente fue Tulia Sampeur, la niñera haitiana de mi ahijado, quien se trasladó a Cambridge a cuidar de ella, con la mano firme y experimentada que la caracterizaba. Catherine, observando a Tulia, pudo detectar lo tremendamente sugestionable que es una madre primeriza, que al principio aprende la tarea maternal en la que se ve inmersa inmediatamente después del parto con una rigidez que recuerda a esos patitos que arrancan a andar automáticamente detrás de la primera figura que se mueve. Catherine aprendió, como yo había aprendido, que tener un hijo te enseña mucho sobre las madres, a pesar de los conocimientos previos que hayas adquirido sobre los recién nacidos.

Catherine disfruta, es una madre risueña y creativa, y colma a su hija de atenciones, tal y como hicieron con ella. Es cierto que los gemelos idénticos, uno adoptado por una madre sonriente y comunicativa y otro por una madre huraña y resentida, responderán a

las contrastadas conductas de cada una de las madres. Pero también cabe la posibilidad de que el niño más risueño haya hecho sonreír a la madre huraña y que el niño irritable e insensible haya convertido a la madre alegre en una persona más ansiosa e irritable.

Cuando observo a Vanni, veo en ella la infancia de su madre reflejada y aumentada en muchos aspectos. Los niños pequeños son muy osados, aunque también muy prudentes. Igual que su madre tanteaba cada rama antes de trepar a un árbol alto, Vanni también medía la distancia que separaba la mesa de la silla antes de andar. Si estimaba la distancia demasiado larga, se agachaba y empezaba a gatear, pero, si lo creía posible, andaba. Tiene la sensatez de su madre. Si le explicas por qué le pides una cosa, ella accede, especialmente si la haces participar en la acción. «Ayuda» y «yo», referido a «lo voy a hacer yo», son palabras claves de su vocabulario. Y tiene la misma tendencia de su madre a inventarse historias, que además se reserva para ella, y basta que un adulto, ajeno a sus intenciones, escoja un camino inesperado o entre por una puerta o por otra, para que la niña rompa a llorar. El brillo de sus ojos negros, que ha heredado de su padre, refleja algo de la intensidad que daba a mi abuela una apariencia mucho más salvaje que la mía. Mi reacción a sus actos es una mezcla de mis reacciones a los actos peculiares de mis propios hermanos y hermanas menores, de mi propia hija, de todos los niños que he tenido en brazos o que he cuidado, y de todos los niños que he observado y estudiado.

Con el nacimiento de mi primer hijo descubrí que, como observadora de niños, mi visión se había vuelto parcial. En lugar de mirarlos con buenos ojos y con objetividad, a unos los veía mayores, o menores, o más corpulentos, o más menudos, o más o menos graciosos, inteligentes o habilidosos, que mi propio hijo. Era algo que me preocupaba, tenía la sensación de haber aprendido mucho sobre madres, siendo yo una de ellas, pero, en cierta manera, algo me decía que me había convertido en una observadora de niños menos objetiva. Si pienso en mí como observadora de niños analítica, todavía diría que, ciertamente, ser madre o abuela conlleva definitivamente un prejuicio a la hora de observar y estudiar niños de la misma edad que el niño que una trata con más frecuencia, o incluso diariamente.

Pero, si pienso no desde la perspectiva de investigadora profesional de la infancia, sino simplemente como ser humano, me doy cuenta de que la influencia que han ejercido mi hija y mi nieta sobre mi idea de los niños (y del mundo) tiene que exponerse de otra manera. En lugar de pensar cómo contrarrestar mi tendencia, he adquirido una sensibilidad especial, y tal vez transitoria. Es como si el niño al que una está apegada por conocerlo mejor que a otros y por el tipo de

amor que le das y que recibes de él trasladara su halo de luz a otro grupo de niños cualquiera. En presencia de Vanni, veo con mayor claridad a los niños que la rodean; cuando ella no está, puedo imaginar a los niños de dos años (a todos los que he conocido de esta edad) con una nueva capacidad de discernimiento. Veo sus caras con más claridad. Vuelvo a comprender, o comprendo de forma distinta, cómo han formado sus primeras palabras. Detecto el sentido de una ceja fruncida, de una mano tensa, o de un movimiento veloz de la lengua. El niño amado y conocido en particular permite que entendamos mejor y que nos interesemos más por todos los niños en general.

Ahora lo tengo mucho más claro que cuando salí de Mundugumor: una sociedad que ha dejado de ocuparse de los niños, una sociedad que aparta a las personas mayores de los niños y los priva de este beneficioso contacto, una sociedad que disgrega a una comunidad de hombres y mujeres y les priva de tener niños o cuidarlos, corre un enorme peligro. Tengo la sensación de que esta es una de las razones de que actualmente, en las misiones católicas de Nueva Guinea, peligre la fe de los curas y de los hermanos, mientras que las hermanas, que cuidan de los niños pequeños y se preocupan por ellos, siguen ejerciendo su labor sin obstáculos. Es sumamente difícil amar a los niños de una manera abstracta, dedicarse exclusivamente a la próxima generación, o al hablar con ellos decirles con convicción: «Niños y niñas de América, sois la esperanza del mundo», como nos decía en 1917 un docente cuyos ojos vagaban sobre las cabezas del alumnado en el aula de secundaria. Solo si conocemos bien y prestamos atención a cada niño en particular nos convertiremos en portavoces de las necesidades de todos los niños y podremos ser unos apasionados defensores del derecho de los aún no concebidos, a tener un buen principio en la vida.

A inicios de este año, viví un mes con mi hermana, que me ofreció su hospitalidad cuando quise prestar ayuda, sin ser una carga, en la casa vecina de los Kassarjian, los días en que Catherine y Barkev se preparaban para una estancia de dos años en Irán. Aquel mes tan ajetreado, dedicándome a Vanni como abuela a jornada completa, llegué a varias conclusiones sobre algo por lo que he abogado toda mi vida: todos y cada uno de nosotros necesitamos tener al alcance tanto a los abuelos como a los nietos si queremos convertirnos en seres humanos completos.

En presencia del abuelo y del nieto, el pasado y el futuro convergen en el presente. Frente a un niño querido no podemos decir: «Tenemos que sacrificar esta generación por la venidera. Muchos tienen que morir hoy, a fin de que otros puedan vivir mañana». Este es el pretexto que utilizaron las generaciones de hombres mayores,

apartados de los niños, para mandar a los hombres más jóvenes a morir en las guerras. Tampoco podemos afirmar: «Quiero que este niño tenga una buena vida pese al saqueo al que sometemos a la tierra para las generaciones venideras». Porque mirar a un niño como a tu propio nieto ayuda a visualizarlo como a un abuelo, y desde la perspectiva de otra generación es posible ver a otros niños igual de ágiles y vitales, con ganas de aprender, conocer y abrazar el mundo, niños que hay que tener indiscutiblemente en cuenta, aquí y ahora. Mi amigo Ralph Blum ha definido la unidad humana de tiempo como el espacio entre los recuerdos que tiene el abuelo de su propia infancia y la asimilación del nieto de esos recuerdos que le fueron revelados. Se habla mucho de la escala humana; también tendríamos que pensarnos como unidad humana a la hora de reflexionar sobre el tiempo.

NOTAS SOBRE LA CUESTIÓN DEL FEMINISMO Y LA MATERNIDAD

(1974)

Susan Griffin

Susan Griffin (Los Ángeles, 1943) ha sido, con su libro *Woman and Nature* (1978), precursora del ecofeminismo. Ha estudiado la violencia social y sexual en *Rape: The Power of Consciousness* (1975), *Pornography and Silence: Culture's Revenge against Nature* (1981) y *A Chorus of Stones: The Private Life of War* (1993), estudio por el que fue finalista del Premio Pulitzer y que ganó el Premio BABRA. Su obra de teatro *Voices* ganó un Emmy en 1975. Es autora también del libro de memorias *What Her Body Thought: A Journey into the Shadows* (1999) y del ensayo histórico *Las cortesanas* (2001).

Lo que sigue se escribió en 1974 para Momma, *la revista dirigida a madres sin pareja, como respuesta a la petición de una teoría feminista de la maternidad. Estas notas son una recopilación de intuiciones, esbozos de una teoría, apuntes de partes de mi vida. En el momento de escribir este texto llevaba seis años divorciada. Mi hija tenía ocho años. Aquí no hay una teoría formal; el trabajo está incompleto; hace falta escribir más y abarcar un período de tiempo mucho más largo. Por eso llamo a estas piezas «Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad», con vistas a un trabajo futuro.*

Sobre esta cuestión —feminismo y maternidad- se ha escrito muy poco.

No sé por dónde empezar. Mis palabras nacen de la frustración. A veces las escupo. Y luego no las anoto. Hay que llamar a las cosas por su nombre. Vivo rodeada de culpa. Estoy enfadada con mi madre porque no me cuidó. Hale, ya lo he dicho. Estoy enfadada con mi hija

—esto me cuesta más decirlo— porque siempre me interrumpe. La historia se repite generación tras generación. Mi hija me dijo una noche: «No te caigo bien porque siempre te molesto». Llevo estas palabras conmigo a todas partes, una tristeza tan profunda que expresarla equivaldría a saltar en pedazos.

Me han preguntado si volvería a tener un hijo en el caso de que pudiera elegir. Es una pregunta absurda. Ya no soy la misma persona que era antes de tener a mi hija. Esa chica joven no me entendería.

¿Qué has aprendido teniendo una hija?

He aprendido vulnerabilidad. Así de sencillo, tan sencillo que, la verdad, me sorprendió: las lágrimas, las lágrimas de mi hija, su dolor, sus miedos, y que yo podía consolarla, que su cuerpo se relajaba en contacto con el mío, que aprendió a sonreír viéndome sonreír a mí, que no tenía vergüenza de su hambre, de sus rabietas, que no había una pauta de explicación entre la alegría y la tristeza más que la experiencia. La vulnerabilidad y la lógica clara de su carne fueron para mí una revelación. Una mañana, poco después de que naciera mi hija, me eché a llorar, tumbada en la cama, al comprender que algún día tendría que explicarle lo que era la muerte. Estaba claro que ella, en toda su inocencia, no se merecía la muerte.

«Me parece que tienes diarrea», le dijo mi amiga. Becky rompió a llorar, como aterrorizada. «No, no. No tengo eso. Eso solo le pasa a la gente mayor.» Y fue a esconderse al pasillo. Mi amiga y yo discutimos. Ella creía que mimaba a mi hija, que cedía cuando se ponía a llorar, y muchas veces eso era verdad. Pero muchas veces no lo era. Cuando hay dos adultos, yo siempre la defiendo.

Fui corriendo a buscarla, me arrodillé y la agarré con las dos manos.

—Becky —le dije (imaginando lo que le pasaba)—, la diarrea no tiene nada que ver con la muerte. Todo el mundo tiene diarrea. Es un tipo de caca.

Mi hija lo entendió poco a poco. Separó poco a poco mentalmente las dos palabras. ¡Que una palabra pueda causar tanto terror!

¿Es porque nadie comparte conmigo el trabajo diario de criar a una hija?, pregunto. O ¿he cambiado? ¿Es porque tengo mucho trabajo y muy poco tiempo? O ¿porque no me siento querida? O estoy cansada. Ahora estoy discutiendo conmigo misma y no me acuso de mimar a Becky. No escucho lo suficiente. No paso suficiente tiempo con ella. Tengo esta discusión conmigo misma mientras intento hacer

llamadas de teléfono, poner la lavadora, hacer las cuentas, corregir exámenes, escribir cartas o poemas y Becky no para de entrar y salir corriendo, con preguntas y exigencias. Yo las llamo interrupciones.

Se ha escrito muy poco sobre el tema de la maternidad.

¿Qué has aprendido teniendo un hijo?

Me pasaba el día sola en casa con una niña muy pequeña. Empecé a ver la televisión de día. Veía comedias de situación. En la tele matinal a las mujeres siempre las están operando de algo. Empecé a identificarme con esas mujeres. Empecé a sentirme como si me hubieran hecho una lobotomía. Antes siempre contaba con que podía dormir muchas horas. Ahora mi hija me despertaba cada tres horas. Antes me encantaba la conversación. Ahora me pasaba la mayor parte del tiempo sola en casa con una niña pequeña. Y cuando salía, siempre iba con mi hija y mi marido (no existía aparte de ellos). Me di cuenta de que había perdido la facultad del habla. No sabía expresarme. Me imaginaba que la gente me tomaba por idiota. Me sentía aturdida, boba. Pero yo quería decir algo. Algo profundo.

Aprendí lo que significa no ser capaz de hablar.

Parir y criar a mi hija los primeros años fue un proceso de conocimiento muy duro, una especie de prueba física para las dos, de aprendizaje de la supervivencia; de cosas tan elementales como comer, dormir y luchar por la vida. Estaba rodeada de madres arquetípicas, de *madonnas* italianas con los pechos ceñidos por el corpiño de terciopelo rojo, tan inmaculados como sus sonrisas: mujeres jóvenes y despreocupadas que corrían por la campiña a cámara lenta y se agachaban para acariciar a niños angelicales, modelos insultantemente esbeltas que sonreían a niños limpios en sábanas limpias. No lo soportaba. Nadie hablaba de mi experiencia personal, muda y ciega.

No tengo una teoría feminista de la maternidad. Solo tengo estas notas, estos párrafos, algunas intuiciones. Curiosamente, cobran la forma de lo que otra mujer dice en su libro, *Momma*, sobre la maternidad: se llama Alta y tiene dos hijos pequeños. Cobran la forma de *Las hojas de Hipnos* de René Char, el diario que escribió en los tiempos de la Resistencia francesa. Somos miembros de una resistencia. Porque la necesidad no se detiene el tiempo suficiente para que analicemos. Tenemos solamente destellos que anotamos entre una y otra interrupción, palabras que juntamos con la esperanza de entenderlas algún día.

Y el análisis duele. La insinuación de culpa de la sociedad está

implícita. Y tanto agobio. Tantas contradicciones. El caso es que cuando una mujer se libera por fin de las necesidades de sus hijos lo que quiere es olvidar. No quiere enfrentarse a su rabia ni expresarla. Y la rabia tiene que preceder al análisis. Todavía sigo queriendo huir de eso. Se dice: «Ahora no quiero pensar en mis hijos».

Lo mismo que la gente no quiere pensar en la pobreza, o en la enfermedad, o en la muerte. O en que las madres y los hijos no siempre están protegidos. Que una mujer y sus hijos tengan un techo, comida y ropa no se considera un derecho inalienable: para cubrir estas necesidades básicas una mujer tiene que casarse con el padre de sus hijos, y él tiene que ser capaz y estar dispuesto a proveérselas. A los niños sin padre se les llama «bastardos» y normalmente viven en la pobreza. Sobre la protección de las mujeres y los hijos hay que preguntarse a qué mujeres y niños se protege y por qué.

> *16 de julio […]*. Les dije a los niños que no tenía pan y que tendrían que tomarse el café sin nada […]. Todo lo que encuentro en la basura lo vendo […]. Volví a casa, o, mejor dicho, a mi chabola, nerviosa y agotada. Pensé en la vida llena de preocupaciones que llevaba. Cargando papel, lavando la ropa de los niños, el día entero en la calle. Aun así siempre me faltan cosas. Vera no tiene zapatos y no le gusta ir descalza.
>
> Carolina Maria de Jesus, *Quarto de despejo*

Y, cuando la sociedad pasa a ocupar el lugar del padre, la mujer que acepta esa ayuda tiene que dejarse humillar. Hasta el último detalle del sistema de bienestar conspira para robarnos la dignidad, como si no bastara con el cansancio y las preocupaciones que soportan las mujeres que crían a sus hijos solas y en la pobreza.

> Mi ánimo nunca se recuperó de ese insulto, lo mismo que mi corazón nunca se recuperó del abandono de mi marido, lo mismo que mi cuerpo nunca se recuperó de haber estado a punto de morir de hambre. Ese invierno empecé a marchitarme, y cada año estaba más cansada y hecha polvo.
>
> Alice Walker, *The Revenge of Hannah Kemhuff*

Continuamente, en la literatura sobre madres que crían a sus hijos en la pobreza, se habla de la destrucción corporal y espiritual de esas mujeres.

> Dinero, está pensando ella, enfermedad. Calles. Suciedad. Los hijos, mis hijos. ¿Qué les está pasando, qué pasará? Mis niños, mis hijos. No hay respuesta fuera. Solamente el olor de la

> tierra, sedienta de lluvia, la misteriosa luz azul que está en todas las cosas, los árboles recortados contra el cielo que se mueven como paralizados, y, estridente, tenso, como un estallido, un tren de mercancías que arranca. Mis hijos, los hijos.
>
> Difícil pasar por eso de nuevo: ser pobre y madre.
>
> Tillie Olsen, *Yonnondio*

Recuerdo que, cuando oí hablar del atentado contra *La piedad* de Miguel Ángel, no me molestó. Una parte de mí quería que el rostro joven, perfecto y sereno de la Virgen se borrara, o al menos se agrietara, que diera alguna señal de haber vivido una vida que no es fácil. Porque incluso la vida de la madre que no es pobre tampoco es fácil. Los hijos, en cualquier circunstancia, exigen una enorme cantidad de tiempo y de cuidados, una gran parte de la vida de la madre. La definición de la maternidad en nuestra cultura presupone a una madre que se sacrifica por su hijo; las necesidades del hijo son más importantes que las suyas, hasta el punto de que muchas veces la madre vive dentro de su hijo, a través de su hijo, traslada su espíritu al cuerpo del hijo hasta fundirse completamente con él.

> Un joven le pide a su madre que le dé su corazón, porque su prometida se lo ha pedido como regalo; lo arranca del pecho que su madre le ofrece y se lo lleva corriendo; pero tropieza, y el corazón se le cae al suelo, y le oye preguntar, con voz protectora: «¿Te has hecho daño, hijo?».
>
> Cuento popular judío, citado por Pauline Bart en «Portnoy's Mother's Complaint», en *Woman in Sexist Society*

Cuando los hijos crecen y se van de casa, si la madre se ha sacrificado por ellos de pronto se queda sin nada. La persona a la que se ha entregado la abandona. Su pérdida es absoluta.

> No es que no hubiera querido a sus niños, a sus hijos. El amor —la pasión por cuidar— había crecido con la necesidad como un torrente; y como un torrente anegó e inmoló todo lo demás…
>
> Por ese torrente había llevado ella a sus hijos hacia sus propias vidas, y el cauce estaba seco desde hacía años. No quería pensar en eso: un espectro de la memoria…
>
> Tillie Olsen, *Dime una adivinanza*

Y fingimos que ese sacrificio de años de vida de la madre se hace por el bien del hijo. Pero ¿a quién beneficia? La mayoría de los hijos, cuando crecen, descubren que su familia son seres extraños, a los que

hay que visitar por obligación, en el mejor de los casos, o a los que hay que odiar y temer, en el peor, porque son destructivos, y hemos llegado a aceptar esta relación entre el hijo adulto y sus padres. A esto lo llamamos alienación natural.

Otra reflexión que encaja en un análisis feminista de la maternidad: el sacrificio que hace la madre, supuestamente por el bien de su hijo, puede destrozar al hijo. Si la madre sacrifica su personalidad, el hijo también sacrifica la suya. El amor de la madre lo devora. El cuidado de la madre se convierte en represión; su protección en dominio.

Y ¿por qué, en el caso de las mujeres, culpamos siempre a la persona y no a las estructuras sociales? ¿Por qué vemos el fracaso en las vidas concretas y no cuestionamos «cómo son las cosas»?

Cuanto más observo mi vida como mujer, más adopto la actitud del antropólogo asustado. ¿Por qué son tan frecuentes las violaciones? ¿Por qué los hombres violan a las mujeres y las mujeres no violan a los hombres? ¿Por qué son las mujeres y no los hombres quienes crían a los hijos? ¿Por qué la madre y los hijos no son felices? Y, por último, ¿por qué se culpa a las mujeres de no ser felices?

En cualquier época de la historia, las leyes de custodia de los hijos han reflejado la moral convencional. En el siglo xix, la mujer que tenía un amante perdía a sus hijos, que se quedaban con su marido, pero el mismo comportamiento en el marido ni siquiera era motivo para pedir el divorcio. Hoy, en algunos estados de Estados Unidos, una mujer puede perder la custodia de sus hijos por lo que se llama «promiscuidad». La homosexualidad, que sigue siendo un tabú en todas partes, se considera motivo suficiente para que la sociedad le retire a una mujer la custodia de sus hijos.

Sigo continuamente uniendo las piezas, tratando de encontrar un análisis: que el paradigma de la madre, «la *Madonna*», era una virgen; que la maternidad implica una especie de asexualidad; que las madres son símbolos de pureza. Y llego a la conclusión, una conclusión, de que a la madre se le exige otro sacrificio. Tiene que sacrificar su sexualidad. (Y esta negación de su ser es quizá una de las más graves, de las más dañinas, no solo por el placer físico que se descubre a través de la sexualidad, sino porque, en esta sociedad, el sexo es la vía para llegar a otros seres fuera del lenguaje, la única manera de amar con nuestro ser físico, y porque es gracias a nuestra sexualidad y a través de ella como alcanzamos una de las visiones más profundas de

quiénes somos.)

Pregunto de nuevo: ¿quién es responsable de la represión sexual y a quién beneficia? Y me acuerdo de un pasaje del *Diary from Dixie*, el diario de la mujer de un esclavista blanco. Cuenta con ironía que su marido ha castigado a sus dos hijas por leer novelas, mientras que él se consideraba con derecho a violar habitualmente a las esclavas que trabajan en su plantación.

Y pienso en estos versos de *Woman Is Talking to Death* [Mujer hablando con la muerte], de Judy Grahn.

> Lo leí no sé dónde; yo no estaba:
> en la Europa feudal, a la mujer que cometía adulterio
> su marido a veces la ataba, cazaba un ratón, lo metía
> dentro de un vaso boca abajo y se lo ponía en el vientre desnudo
> hasta que el animal se escapaba, royendo.
> Ahora dime:
> ¿te asustan los ratones?

Pero los expertos en crianza, los Ginott y los Spock, viven eternamente preocupados por el daño que se hace a los hijos en este sistema cerrado. Las negligencias, los ataques de ira y las injusticias de la madre nunca se explican. Tal como lo presentan, es como si la madre simplemente no tuviera capacidad o discernimiento humano. El doctor Ginott da a entender que a la madre que descarga su rabia con su hijo habría que «recluirla»… Leo la palabra «recluir» y pienso: ira recluida, sexualidad recluida, movimientos recluidos, pensamientos recluidos. Y también que en las columnas del doctor Ginott solamente los niños tienen nombre.

Pero también me pongo en el lugar del hijo. El hijo salvaje. Recuerdo mi rabia contra las limitaciones que me imponían de pequeña. Recuerdo la cara de inocencia de mi hija, y mi deseo de que su vida fuera perfecta; mi deseo de que no sufriera nada de lo que yo sufrí… Y recuerdo que, al ver que había dado a luz a una niña, se me partió el alma, y todo el sufrimiento de las mujeres me pareció inaceptable.

Y el sacrificio que hago como madre no es lo que mi hija quiere. Una noche me dijo: «¿Por qué no buscas una canguro y te vas al cine?».

> En casa,
> mi hija espera,

carcelera inocente,
y juntas nos volvemos
cada día más pálidas,
lavando platos
y cogiendo el teléfono.

Que a los niños les beneficie el sufrimiento y el sacrificio de las mujeres es secundario. El sacrificio y el sufrimiento son la definición de la feminidad en nuestra cultura.

A los veinte años aborté en California, antes de que cambiara la ley. El médico tuvo que hacer una intervención rápida, y por tanto sin anestesia, por miedo a que lo descubrieran. Estaba embarazada de cuatro meses y el aborto duró cuarenta y cinco minutos. Me pasé la primera media hora gritando. Luego, sin fuerzas para gritar, me puse a cantar. Cuando terminó la intervención, impresionado por mi comportamiento, el médico dijo: «¡Qué mujer!».

Y creo que los hombres no se relacionan con los hijos ni con los niños, sino con la idea de los hijos y la idea de la maternidad. No quieren tocar la sangre del parto ni el cuerpo del niño.

> ¿No eran todas mujeres débiles? Llevaban miriñaques para esconder mejor la verdad; la gran verdad; la única verdad; y, sin embargo, la deplorable verdad que toda mujer pudorosa hacía lo posible por negar hasta que era imposible seguir negándolo; ¿la verdad de que iba a tener un hijo?
>
> Virginia Woolf, *Orlando*

La maternidad es un misterio en todas partes. El embarazo, el cuerpo, la menstruación, la sangre, la envoltura del útero que ha nutrido a un embrión, todo eso se oculta. Hasta la contracepción, la prevención del embarazo, se niega y se esconde.

> El piso pequeño, de tres dormitorios, era un caos. Al llegar a casa, Jake Sach, un conductor de autobús apenas unos años mayor que su mujer, se encontró a los tres niños llorando y a su mujer inconsciente por efecto del aborto que ella misma se había inducido […]. El médico y yo nos pusimos manos a la obra para evitar la septicemia […]. Parecía imposible que hiciera tanto calor, y había que subir tres pisos para traer comida, hielo y medicamentos […]. Al cabo de tres semanas, cuando ya iba a dejar a la paciente, aún frágil, para que reanudara su complicada vida, por fin se atrevió a expresarme

sus miedos.

—Creo que otro hijo acabaría conmigo.

—Es demasiado pronto para hablar de eso —dije, por ganar tiempo.

Pero, cuando el médico vino a verla por última vez, hablé con él aparte.

—La señora Sachs está preocupadísima por tener otro hijo.

—No me extraña —contestó. Luego, cuando estaba delante de ella, le dijo—: Otra travesura como esta, jovencita, y no tendrán que llamarme.

—Lo sé, doctor —asintió la mujer tímidamente—, pero —y dudó unos momentos, como si necesitara todo su valor para decir—: ¿cómo puedo evitarlo?

El médico se echó a reír.

—No quiere renunciar a comer tarta, ¿verdad? Pues eso no puede ser.

Luego cogió el maletín y el sombrero para marcharse y añadió:

—Dígale a Jake que duerma en el tejado.

Miré de reojo a la señora Sachs y, aunque de pronto se me llenaron los ojos de lágrimas, vi que tenía grabado en sus facciones un gesto de desesperación total. Nos miramos sin decir palabra hasta que el médico salió y cerró la puerta. Entonces ella levantó las manos finas y surcadas de venas azules y las entrelazó con un gesto de súplica.

—Él no lo entiende. Solo es un hombre. Pero usted sí, ¿verdad? Por favor, cuénteme el secreto: no le diré ni una palabra a nadie. ¡Por favor!

El teléfono sonó una mañana, tres meses más tarde, y Jake Sachs, con la voz alterada, me pidió que fuera a su casa urgentemente: su mujer volvía a estar enferma, y por la misma razón […]. La señora Sachs estaba en coma, y murió en cuestión de diez minutos […].

Margarete Sanger, *An Autobiography*

Y muchas veces hasta los niños se vuelven invisibles. Los niños rara vez comparecen en un juzgado. Sus necesidades no se consideran una prueba válida. La única que comparece es la madre, y parece que va solo a suplicar por ella: la acusan de avaricia o de maldad.

Y, para colmo, el trabajo de las madres no está remunerado.

He leído en alguna parte que, en general, en las familias separadas, los padres contribuyen con menos de la mitad a la manutención de los

niños, y que no es fácil conseguir una pensión de alimentos.

Él no tenía la misma reacción ante los niños que yo. Todo el mundo decía que a la mayoría de los hombres no les gustan los niños. Por eso, cuando nuestra hija lloraba por la noche, yo me levantaba, la alimentaba y la cambiaba sola. Cuando le pedía ayuda, él me contestaba que la dejase llorar, que me estaba creando obligaciones innecesarias, y, cuando dejaba que mi hija anduviera por casa sin pañal, me decía que no estaba dispuesto a limpiar la porquería. Yo no podía dejarla llorar. Me encantaba verla dar vueltas por la casa desnuda. Me encantaba verla disfrutar. Me decían que los hombres son así. *Que no les gustan los niños*.

Hablamos de dinero, y mi amiga, que trabaja en un colegio para niños con trastornos mentales, me dice: «Pasa lo mismo en todas partes. Las mujeres con hijos reciben los subsidios más bajos; las personas que trabajan cuidando de los niños reciben los salarios más bajos, y nuestro colegio siempre está mendigando dinero».

Y tengo más preguntas que pueden estar relacionadas con una teoría feminista de la maternidad. ¿Por qué los dos grupos de pobres más numerosos de este país son los muy jóvenes y los muy viejos? ¿Por qué la mayoría de las familias que viven en situación de pobreza extrema están encabezadas por mujeres? ¿Por qué el país más rico del mundo tiene dificultades para financiar sus escuelas? ¿A quién beneficia la familia? ¿A los hombres, a las mujeres o a los niños? ¿Quién se inventó la palabra «bastardo»? ¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Un niño? *¿Por qué a los hombres no les gustan los niños?*

Este ha sido un secreto muy bien guardado: la biología no vincula a la madre con sus hijos. Mi madre y yo lo aprendimos. Después de pasar varios años separadas, descubrimos que éramos desconocidas la una para la otra.

No hay nada misterioso en el amor que siento por mi hija. Estamos en el mismo bando, las dos, luchando por un poco de ternura y por nuestra supervivencia material.

Un día, mi hija descubrió sus dedos de los pies. Un día resolvió el misterio de su propia voz. Descubrió el lenguaje. Aprendió a utilizar una cuchara. Se dio cuenta de que las cosas caían al suelo sistemáticamente. Todo: los plátanos y las almohadas, además de los platos. Yo estaba presente. Fui testigo de este despertar.

El vínculo entre el padre o la madre y el hijo no es un destino biológico irreversible. Después del divorcio, mi hija y su padre pasaron muchas horas juntos. Se acercaron el uno al otro. Él está desarrollando conocimientos sutiles. Ahora cuida.

Tiene que ser peligroso dejar todas las decisiones del Estado en manos de quienes no comprenden o no saben responder a las necesidades de los niños, de quienes no perciben lo vulnerable que es el cuerpo, o de quienes perciben esa vulnerabilidad con miedo.

> Ensalzaremos la guerra —la única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los portadores de la libertad, las ideas hermosas por las que vale la pena morir y el desprecio a las mujeres.
>
> F. T. Marinetti, *Manifiesto futurista*

Yo aprendí a querer a los niños de pequeña, porque podía tocarlos y cogerlos en brazos. Podía hacerles reír. Daban y aceptaban el cariño con mucha facilidad. Yo quería tener un niño. Quería ser la madre que soñaba para mí.

> Y veo que me fastidia que los hombres no puedan cuidar de los niños y me fastidia que no puedan ser tiernos con las mujeres.
> & todos esos años que nadie me quiso
> aparte de ella & yo le gritaba & le daba unos azotes &
> la lanzaba a la cama & cerraba de un portazo
> cuando estaba enfadada & desesperada
> por el amor de su padre
> & no puedo deshacer todas las veces que la asusté
> & ella me quería, me sigue queriendo,
> no puedo deshacer la necesidad &
> la soledad que me torturaba
> hasta liarme a gritos con mi hija,
> que me quería incluso en mi menesterosa soledad &
> ¿cómo quieren a sus hijos las madres que no reciben amor?
> lo milagroso es que los queramos, que
> no abandonemos a la niñita, que
> no destruyamos,
> que proclamemos con terror
> nuestro amor por nuestras hijas,
> que se merecen una vida mejor…
> Alta, «Placenta Praevia», en *Momma: A Start on All the Untold*

Mi hija vuelve a casa y yo estoy hablando por teléfono cuando entra; intenta decirme algo, pero le pido que se calle, y al final va a darse un baño. La amiga con la que estoy hablando por teléfono viene de visita. Necesito contarle las cosas a alguien, decir palabras que mi hija no tiene edad suficiente para entender. Mi hija baja después de darse un baño y empieza a «incordiarme» para que le dé un vaso de zumo de naranja. Sé que no es eso lo que quiere en realidad, pero como no puedo darle lo que quiere en realidad le preparo un zumo de naranja mientras sigo hablando con mi amiga. Necesito amor —de eso estoy hablando con tanta urgencia— y mi hija necesita amor, y estoy cansada, por ella y por mí. Viene a sentarse con mi amiga y conmigo y ya no vuelve a interrumpir. Está callada, con un libro en las rodillas, y se queda dormida. La llevo a la cama y, por fin, luego, cuando me quedo sola, subo a su cuarto, me siento en su cama, la beso, apoyo mi mejilla en la suya y tengo la esperanza de que su expresión, tan dulce, sea un reconocimiento de que el amor que soy capaz de darle se recibe de algún modo.

Estos meses en que estoy tan absorta en mis pensamientos, escribiendo tantos poemas, sintiendo tantas revelaciones y tantas conexiones nuevas en mi cabeza, tratando de salir adelante y combatir sufrimientos antiguos, de ganarme la vida, en que estoy cansada, nunca libre de trabajo, con clases, con plazos, organizando una conferencia y ocupándome del interminable papeleo que se amontona en el centro de mi escritorio, cuidando de la casa, que parece que se desmorona día a día a nuestro alrededor, mi hija me sigue preguntando: «Mami, ¿te caigo bien?».

«Zorros —dijo, mientras se metía en la cama conmigo—. Me temo que volveré a soñar con zorros.» Por una vez, la dejé dormir en mi cama, porque la noche anterior había tenido una pesadilla. «A veces —le digo, con cuidado—, cuando soñamos con un zorro o un caimán o un gorila, en realidad lo que nos da miedo es otra cosa. Ya sabes que por aquí no hay zorros —le aseguro a sus ojos dudosos—. A lo mejor hay algo que te da miedo. —Asiente con la cabeza—. ¿Puedes decirme qué es?», le pregunto. «Los zorros», dice.

Y luego, un día, me contó su versión de cómo empezó el mundo. Había un pájaro. El pájaro le dio un poco de su magia a una mujer. La mujer hizo un hijo y se casó con él y le dio un poco de su poder y crearon el mundo. Pero el pájaro también se había quedado con un poco de poder y podía vivir eternamente. Todavía vive, en América

del Sur, en una jaula. No quiere salir de su jaula, pero le gusta que la gente vaya a visitarlo y que le lleve algo. Pero nadie va, y por eso está triste.

A veces, la gente desconocida me dice lo guapa que es mi hija. Y en esos momentos no es orgullo lo que siento. Es nostalgia. Nostalgia de estar con esa criatura, de responder a lo que me pida, libre del peso de la necesidad que nos encadena a las dos a todas horas y que me hace temer (aunque intento esquivar este destino a diario) que un día me dará la espalda, porque esta alienación ha llegado a resultarnos natural, y yo, para protegerme, evitaré pararme a pensar en el pasado, como hacen tantas mujeres, y están perdidas.

> porque la línea que separa
> la lucidez de la oscuridad
> no se ha trazado aún
>
> Adrienne Rich, «From an Old House in America»,
> de *Poems: Selected and New*

Tenemos solo partes de un análisis y fragmentos deslavazados para ofrecer una visión de cómo podrían ser las cosas. Que la experiencia de la maternidad nos transforma, que es un aprendizaje, que los hombres, en nuestra cultura, no aprenden, que las mujeres no están en el poder, que a algunos niños se les llama bastardos, que los hijos de padres que pueden y quieren alimentarlos están bien alimentados, que los que no tienen padre normalmente no están bien alimentados, que a una madre se le pide que renuncie a su vida por sus hijos, que a las madres se las idealiza, que a las madres se las odia, que los niños no son felices… que las mujeres se vuelven locas, que el orden de la vida tal como hoy la vivimos es peligroso.

> Y lo cierto es que, si sé lo que significa estar liberada, yo no lo estoy. No dispongo de los medios necesarios para la liberación. Mi vida no es tan distinta de la vida de los millones de mujeres que han criado a sus hijos antes que yo. Pero las pequeñas diferencias son significativas. Yo tengo un poco de tiempo para escribir y pensar, aunque no sea suficiente. Y puedo ser sincera. Si las mujeres que ahora estamos criando a nuestros hijos decimos la verdad, puede que al final podamos ver.
>
> Este ojo
> no es para llorar
> y no se debe
> enturbiar su visión

aunque tenga lágrimas en la cara

su propósito es la claridad
y no debe olvidar
nada

Adrienne Rich, «From the Prison House»,
de *Diving into the Wreck*

Y acepto el papel de la madre y del hijo, que consiste en creer en el futuro, y sí, lo que vemos claramente suele ser un modo de vida que se escapa.

DOCUMENTO POSPARTO

(1976)

Mary Kelly

Mary Kelly (Fort Dodge, Iowa, 1941), escritora y artista conceptual, ha sido profesora de Arte en la Universidad de California en Los Ángeles y actualmente lo es de la Facultad Roski de Arte de la Universidad del Sur de California. Ha expuesto en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en la Generali Foundation de Viena, en el ICA de Londres y en la Bienal Whitney del Museo Whitney de Nueva York. Entre sus principales proyectos cabe mencionar *Post-Partum Document* (1973-1979), de donde procede la «documentación» que ofrecemos a continuación, *Love Songs* (2005-2007) y *Peace is the Only Shelter* (2019). Es autora del ensayo *Imaging Desire* (1997).

PPD 1976 REF. I-8F
Documentación IV
Objetos de transición, diario y diagrama

En este documento, los «objetos de transición» aluden a la «mantita» que consuela al niño y a las «huellas de la mano» que forman parte de las «reliquias» de la madre (primeras fotos del bebé, zapatos, mechones de pelo, etcétera). Las huellas en arcilla empezaron a hacerse en las escuelas infantiles como una extensión del juego entre los 2,5 y 2,9 años.

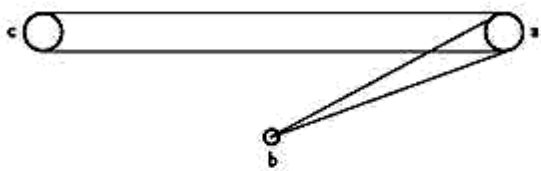
Los textos del diario, inscritos en retales de la mantita, se recogieron a intervalos irregulares entre enero y mayo de 1976. Sirvieron en parte como confesión, para expresar la ambivalencia de la madre por «trabajar fuera de casa», y en parte como polémica y cuestionamiento del consabido tema de la «ansiedad por la separación», subrayando en este caso las consecuencias para la madre en lugar del hijo.

La inclusión del Esquema R dentro del discurso de «Documentación IV» resume y, hasta cierto punto, subvierte su uso en «Experimentum Mentis I-III». El diagrama, estampado en la huella de la mano, no se corresponde literalmente con los textos del diario en el sentido de ilustrar la historia del sujeto experimental. Se despliega como una representación de los estados de los sujetos experimentales (S) en los campos de lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real.

(I) lo Imaginario; incluye (a) la figura del otro Imaginario de la fase del espejo, (a') la imago paternal, () el objeto Imaginario, por ejemplo, el falo.

(S) lo Simbólico; incluye (M) el significante del objeto primordial, (I) el Ideal del ego, (P) el Nombre-del-Padre en el locus del Otro (A).

(R) lo Real; enmarcado y sustentado por las relaciones de lo Imaginario y lo Simbólico (lo Real no puede expresarse pero perdura como una especie de residuo de la expresión, excluido de la representación como tal).



Sus palabras son ahora muy claras… muy exigentes. Ya no le convencen tanto mis ardides. Le repito… «Ya no eres un bebé, sino un niño mayor.» Todas mis canciones, mis bromas, mis rimas, mis amenazas se centran en la diferencia entre «bebés» y «niños»… una oposición que primero introdujo R. y luego adopté yo.

Esta semana, al volver de trabajar, me he dado cuenta de que no pensaba tanto en K. cuando estaba fuera, ni apretaba el paso cuando empezaba a acercarme a casa. Me sentí un poco culpable pero, cuando se lo expresé a R. como «a lo mejor K. se pone difícil porque le dejamos mucho tiempo con otras personas»… R. contestó: «Al contrario, es porque estamos demasiado encima de él».

No he visto mucho a K. esta semana, por la exposición de Brighton. He notado que ha empezado a tartamudear. El doctor Spock dice que eso es por «tensión de la madre o por severidad del padre». La aparición de este «síntoma» ha socavado mi trabajo, porque veo que depende de mi confianza en lo que hago como madre… además de como artista. Tengo la sensación de que no puedo seguir trabajando.

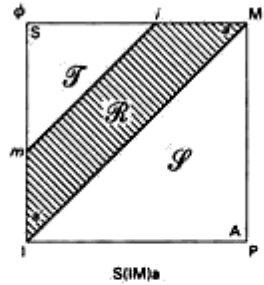
K. ha vuelto a ponerse agresivo y me angustia irme a trabajar. No puedo contar la cantidad de «heridas» que me ha hecho tirándome cosas, dándome patadas, mordiéndome, etcétera. No soy el único blanco de su rabia, pero es probable que sea la causa. A lo mejor tendría que quedarme en casa… pero necesitamos el dinero.

Si R. pasa con K. el mismo tiempo que yo, ¿por qué no se siente tan culpable del tiempo que pasa fuera? Creo que es porque me considero «responsable en última instancia». ¿De qué?… No de la disciplina ni de las citas médicas, ni siquiera de hacer la compra, sino de dar «amor y atención». Siento —o necesito sentir— que soy la única que puede satisfacer esta necesidad y recuerdo en qué momento me di cuenta: fue la primera vez que K. dijo: «Te quiero, mami».

Estoy disfrutando mucho la relación que tengo con K. en este momento… Salimos a comer, al parque, a hacer la compra juntos. No hay problemas con el orinal y tiene pocas rabietas. Está haciendo realidad mi fantasía de un hijo como amante-compañero en miniatura. La falta de tensión parece relacionada con que ahora puede manifestar agresividad o afecto con objetos inanimados como «el osito» y «la mantita».

Me sorprende la hostilidad que K. le muestra a veces a R. o a cualquier otra tercera persona en nuestra relación. Le dice, por ejemplo: «No hables con mami» o «Vete, papi». Este apego por mí tan repentino es muy distinto de la indefensión y de la dependencia de un bebé… puede llegar a ser desquiciante, porque no siempre sé qué es lo que quiere.

Parece que K. ha entrado en una nueva fase de curiosidad sexual… nos enseña la colita y cosas así… una vez la llamó «pollo con patatas fritas». Cuando leemos el libro del Abecedario, después de la «A de *apple* [manzana]», me dice: «Ahí dentro hay un pecho y hay un pecho». También se fija en qué ropa me pongo… le gustan mis zapatos «brillantes» y mi abrigo «suave». A mí me gusta su atención pero noto que me cohíbo de achucharlo demasiado. También me vuelve más consciente de mí misma… de ser «femenina».



S(IM)a

(¿QUÉ QUIERES?)
S

PPD 1977 REF. I-8T
Experimentum Mentis IV
Sobre la feminidad

En el momento edípico, la madre, el padre y el hijo habitan en un espacio cerrado de deseo. Pero, para la madre, la función distanciadora del padre desvela el origen de la satisfacción narcisista sostenida por su Objeto Imaginario: el hijo como falo. Ahí radica el placer de la feminidad maternal. El emplazamiento de esta excavación es exactamente la realidad corporal del cuerpo del hijo (el cuerpo perfecto, redondo y suave de su bebé), porque la madre tiene que renunciar al placer que le produce. Esta pérdida viene determinada

por el proceso de maduración natural, por un lado, y por las prohibiciones del Padre y de la Ley, por otro. El melodrama edípico se escenifica como una versión maternal del «Cu-cu/tras-tras», «Qué mayor eres»/«Sigues siendo mi bebé», o, elidido como en Documentación IV, T1: «No eres un bebé, sino un niño mayor» (es decir: «Me gustaría que siguieras siendo mi bebé pero…»).

Este momento es decisivo cuando el hijo es varón, porque la prohibición del incesto está asegurada por la amenaza de castración. Sin embargo, la relación madre-hija es más ambivalente, dado que la niña entra en la fase edípica retirándose, más que confrontándola, con la esperanza de conseguir el falo de su padre, finalmente en la forma de un hijo. Para alcanzar este objetivo, la niña tiene que identificarse con su madre y adoptar una posición de carencia. Este proceso de identificación con el modelo ideal de su sexo posibilita que una mujer se vea deseable, que pueda tener una relación sexual con un hombre y satisfacer las necesidades del hijo nacido de esta relación; pero también la introduce en el placer de tener el cuerpo de la madre, de poner la energía pulsional en su propio cuerpo como si fuera el de su madre (o el de otra mujer). Más allá del placer de la realidad del cuerpo del hijo se encuentra el placer del cuerpo maternal experimentado como real a través de ese placer; la pérdida del placer constituye la amenaza definitiva para el narcisismo de la madre. Sus «reliquias» y los «objetos de transición del hijo» son emblemas que dan fe de la amenazada pérdida del disfrute mutuo, pero el deseo en el que se sustentan únicamente puede producirse en el inconsciente gracias a la estructura concreta de la fantasía.

Cuando la madre, angustiada, pregunta: «¿Qué quieres? (¡!)», en respuesta al lloriqueo, la agresividad o las quejas y los tirones del hijo, está esencialmente preguntándose: «¿Qué quiere de mí?». La demanda del hijo constituye a la madre como el Otro, el que tiene el privilegio de satisfacer sus necesidades y, al mismo tiempo, el poder arbitrario de negarle esa satisfacción. En cierto sentido, la madre reconoce el elemento incondicional de exigencia como exigencia de amor. Es este reconocimiento lo que subyace a su sensación de «responsabilidad última» por su hijo, aun cuando la división sexual del trabajo en el cuidado de los hijos haya cambiado radicalmente para incluir también al padre.

Pero esta asimetría tiene otra causa que no necesariamente se da en el plano consciente: el deseo de la madre de seguir siendo el Otro privilegiado de la instancia preedípica, en tanto que las exigencias del hijo son la garantía de la feminidad maternal. Así, la mujer transforma las exigencias del hijo en pruebas de amor y sus indiscreciones en rechazo. En esta situación es difícil para el hijo situar su deseo. Por último, es la Ley, de la que el Padre es el representante original, la que

interviene para garantizar la autonomía del deseo: es decir, la que viene a sustituir el elemento incondicional de la exigencia de amor, la condición absoluta del deseo. Paradójicamente, esto implica un desapego que es la condición mínima de la expresión no solicitada del hijo edípico, como vimos en Documentación IV, T5 con «Te quiero, mami». A través de las palabras del hijo, «la realidad» del cuerpo de la madre se representa como significante del Otro Real en el registro de lo simbólico.

SOLO SOMOS MADRES

De *El nudo materno* (1976)

Jane Lazarre

Jane Lazarre es estadounidense y reconocida sobre todo por sus libros de memorias: *El nudo materno (The Mother Knot*, 1976), de cuyo capítulo 6 procede el texto que aquí reproducimos, *Beyond the Whiteness of Whiteness* (1995) y *The Communist and the Communist's Daughter* (2017), entre otros. También ha escrito novelas como *Some Kind of Innocence* (1980), *Worlds Beyond My Control* (1991) e *Inheritance* (2011). Ha sido profesora de Literatura y Escritura Creativa en el City College de Nueva York, en la Universidad de Yale y en el Eugene College of Liberal Arts de la New School de Nueva York.

> Mira, nosotros no amamos, como las flores, desde un
> único año: a nosotros, allí donde amemos, nos sube
> savia inmemorial a los brazos. Oh, muchacha,
> *esto*: que hayamos amado en nosotros, no Uno, algo futuro, sino
> lo que fermenta sin número; no un único niño,
> sino los padres, que como ruinas de montañas
> descansan en nuestro fondo; sino el lecho seco del río
> de madres de antaño; sino todo
> el paisaje en silencio bajo el destino nublado o
> claro: *esto*, muchacha, se te adelantó.
>
> Rainer Maria Rilke, *Elegía III*[5]

Son las nueve de la mañana. La nieve reluce sobre el paisaje montañoso y me siento en un banco. Estoy sola. No se oye nada. Benjamin, acostado en su cochecito y envuelto en varias mantas de colores, aprieta los párpados deslumbrado por el brillo de la nieve. El aire lacerante amortigua su intensidad; pronto caerá dormido. Las

familias que se ocultan tras los enormes ventanales de los edificios del complejo están en silencio.

Ahora vislumbro unas luces detrás de las cortinas. Los maridos salen, uno a uno, asomando solo dos ojos enmarcados por un gorro y una bufanda, envueltos en unos abrigos que no les abandonarán en todo el día; dos ojos muy abiertos, luminosos y llenos de esperanza. Algunos me saludan mientras bajan las escaleras con aire cansado de camino a las magníficas torres góticas que se divisan a lo lejos. Las mujeres y los niños se quedarán en casa una hora y media. A las diez y media, saldrán del redil; los niños jugarán un rato en la nieve; en el patio resonarán gritos de peleas y alaridos de júbilo típicos de los pequeños; las madres echarán de vez en cuando un vistazo desde la ventana para comprobar que todo está en orden, o tal vez saldrán a tomar el aire. Nos estremeceremos de frío al saludarnos y comentaremos algo sobre el tiempo, o los niños, pero sobre nuestros maridos no diremos absolutamente nada, ellos, que no volverán hasta que caiga la noche ni atenderán a los niños helados, empapados, o malhumorados; y de nosotras, hablaremos menos todavía. Para los hijos, para los hombres ausentes y para nosotras mismas, solo somos madres. Soy la madre de Benjamin y, dentro de unos minutos, voy a dar los buenos días a la mamá de Matthew. Contemplo los ventanales deseando que no salga nadie, convencida de que Benjamin y yo soportaremos el frío un rato más, porque el escozor en las mejillas y las lágrimas en los ojos limarán las ásperas sensaciones que siempre amenazan con surgir a flote en ambientes más apacibles. Sin embargo, la sensación de independencia tan inspiradora y agradable que me invade, aquí, en la nieve, se transforma en una soledad terrible en el momento en que entro en casa. Cuando el frío me vence y ya no puedo seguir inmóvil sentada en el banco, me levanto y paseo, como el recluso que sale a hacer ejercicio en las horas asignadas y da vueltas en círculo por el patio.

Todos los pisos son iguales y dan a un patio central circular. Para poder vivir en este complejo tienes que estar casada con un estudiante y tener hijos. Es obvio que el famoso arquitecto que los diseñó nunca vivió aquí con sus hijos. Está lleno de rincones por los que los niños pueden desaparecer en cualquier momento, y de cornisas peligrosas y pronunciadas por las que encaramarse. Para salir del complejo estás obligada a bajar unas escaleras larguísimas o a subir una cuesta empinada; por lo tanto, arrastrar un cochecito desde aquí hasta la calle solo es posible con un enorme y vertiginoso esfuerzo. Muchos cargan a los niños en la mochila, pero mi espalda es frágil y, al cabo de unas manzanas, empiezo a sentir un dolor agudo en la cintura, por lo que cada día franqueo los muros de esta prisión con el cochecito a cuestas. Sospecho que las chicas esbeltas y recias del Medio Oeste, de

complexión atlética y preparadas para afrontar la adversidad, piensan que soy físicamente débil, como esas neoyorquinas un poco esnobs, descripción que encaja exactamente con mi arrogancia natural.

Las paredes de los apartamentos son delgadas y, aunque tu hijo sea tranquilo, se puede oír el llanto de otros niños. También se oyen las peleas de los matrimonios. Yo no los oigo a todos, pero los vecinos de arriba, gracias a Dios, gritan cada noche, así que me siento mejor cuando soy yo la que grito. Los dormitorios lindan entre ellos y también se oyen los jadeos sexuales de las parejas cuando son muy llamativos, y en realidad tampoco los oigo demasiado. James, que nació en una urbanización parecida y conoce las normas, me pide que me calle cuando hacemos el amor, y yo grito lo más fuerte que puedo porque me importa un comino que me oigan; entonces arrimo la boca a la pared y les anuncio que estamos follando. En parte, lo hago porque me divierte ver cómo James suelta un «Oh, Señor» mientras se cubre la cabeza con las mantas, muerto de vergüenza, y por otro lado, porque como estos días suelo gritar mucho por cualquier cosa, excepto cuando estoy en Nueva York, corro el enorme riesgo de perder la fe en mi existencia. Sin embargo, una mañana que salí al patio, no me cupo la menor duda de que esas extrañas miradas conocían al dedillo mis pasiones y mis furias y, en general, todas esas cosas que antes, en el maravilloso anonimato de mi piso en Nueva York, constituían mi «vida privada»; decidí, pues, bajar la voz y dejarme llevar por la gran sabiduría de James sobre la vida en pequeñas comunidades. Aprendí a hundir la cara en la almohada durante el orgasmo y a morderla en lugar de gemir como una fiera, práctica que resultó más fácil de lo que creía. Cuando me peleo con James, me cuesta horrores bajar el tono y de día siempre me pregunto, hablando con otras mujeres, si lo habrán oído todo, qué es lo que sabrán de mí y si detrás de sus sonrisas corteses se esconde un gesto de superioridad.

Dejando aparte algunas madres que trabajan en la universidad, la mayoría vestimos pantalones desgarbados y camisas viejas. No me olvido de lo guapa y elegante que me sentía en la época que trabajaba en Nueva York y ahora añoro aquella sexualidad majestuosa y perdida. Un caluroso otoño, cuando Benjamin era un recién nacido, no me quité la bata de estar por casa durante meses.

«¿Para qué vestirme —pensaba con desazón—, si cada tres horas tengo que cambiarme y darle de mamar? ¿Para qué peinarme si me impregnaré la melena de babas en un segundo; si los churretes de caquita acuosa, húmeda y pestilente resbalarán por la tela de mi camisa; si mis hombros lucirán las manchas blancas de sus triunfantes eructos como esos galones dorados y esplendorosos de los militares?»

Y creyendo que castigaba a James y a mí misma con ese acto de abnegación indigno, paseándome con una bata sucia días y días, me

sorprendí al descubrir que muchas jóvenes hacían lo mismo, no solo en casa, sino fuera, en el patio, sin dramatismo aparente, como si fuera algo natural en las mujeres jóvenes y atractivas. Su dejadez me hizo correr al armario y encajarme unos vaqueros limpios y un jersey ceñido.

Unos años después, entendí que en aquella época de desaliño se respiraba una especie de libertad basada en una comprensión profunda y realista de lo que supone criar a niños pequeños. Tanto los padres como las madres, al convivir rodeados de niños, andábamos abatidos por el mismo cansancio y, al compartir la experiencia, sabíamos que ese descuido no respondía a una falta de interés por la sexualidad, ni siquiera por la estética, sino a la voluntad de vestirse con la ropa más práctica para ponerse manos a la obra. Al margen de la ropa sucia y de las melenas enmarañadas, veíamos los cuerpos desnudos, llanos, todavía vigorosos, bajo el velo de la paternidad. Solo algunos que no eran padres creían que habíamos perdido el respeto a la sensualidad. Pero considerábamos su todavía constante preocupación por el vestir, obsesiva y competitiva, como una señal de cerrazón espiritual mientras que nosotros, por lo menos, ya habíamos sacado un pie de aquel materialismo tiránico.

Sin embargo, en los primeros años de Benjamin, al ver a otras mujeres vestidas con sus pantalones demodés y las camisas viejas y arrugadas de sus maridos, me cegaba el recuerdo de los trajes de terciopelo azul, de las zapatillas ribeteadas de plata con floripondios. Entonces, rebotando como una pelota de goma en plena tormenta de imágenes entre los dos tipos de madres, iba corriendo a buscar un cinturón de lentejuelas para mis tejanos o bajaba a la tienda a comprar un jersey nuevo y elegante; porque, a veces, bajo las holgadas prendas que vestíamos todas, se ocultaban nuestros michelines de tantas noches sin sexo y de días en que solo nos complacían los dulces y los pasteles; y las arrugas prematuras que surcaban los rostros de las mujeres eran signos de una rabia profunda que, aunque dirigida a los hombres, se volcaba injustamente sobre los niños y, en consecuencia, como una espada que produce hendiduras sangrantes, revertía contra ellas mismas.

Tal como esperaba, las mujeres y los niños abrieron sus puertas a las diez y media y, como esos muñecos de las cajas de sorpresas, se abalanzaron hacia mí. Una mujer se acercó para hablarme. Nos conocíamos un poco, pues habíamos dado a luz con escasos días de diferencia, e intercambiamos algunas palabras: «¿Qué tal el tuyo, oh, cómo está tu niño, ha dormido bien? Sí, oh, sí», decía ella y «No, todavía no», contestaba yo sin más remedio; y luego, «¿Llora mucho? No, parece un bebé muy contento», decía ella altanera; y después «Llora mucho, seguramente no está satisfecho», decía yo casi

susurrando, temiendo ser descubierta por la Inquisición y tildada de bruja, o por los servicios sociales cuando detectaran en su espaldita las marcas rojas de los latigazos y me lo arrebataran de las manos para llevárselo a una casa de acogida.

Estaba convencida de que ella sabía, o debería saber, pues los signos eran palpables, que yo era una madre incapaz.

«¿Por qué? —me preguntaba constantemente—. ¿Por qué mi niño no está contento?» Mis amigos, los que me querían, me decían que mi niño era muy listo, curioso y tantas otras cosas positivas, y que por eso se rebelaba con ahínco contra la frustración. Yo tenía una cosa muy clara: mi amor por él era suficiente. Demasiado. Ah, tal vez ese fuera el problema.

«¿Me estaba mintiendo? —me decía pensando en la mujer blanca de tez rosada del Medio Oeste, joven e inocente, madre de un niño tranquilo y bueno—. ¿Será su niño tan malo como el mío? ¿Llora por las noches y pide pecho cada hora en lugar de cada cuatro, o va estreñido dos o tres días? ¿O es realmente como su madre pretende?» Yo clavaba la mirada en sus ojos tanto tiempo que llegaba a incomodarla, y esperaba agazapada a que una arruga de su rostro o una mueca de su boca denotaran un signo de hipocresía. Pero ella seguía aparentemente en paz, serena, impenetrable. Una noche me acerqué a su ventana a ver si se oían gritos. Nada. Empecé a odiarla, a ella y a su niño.

Aquella mañana en la nieve que se me acercó sonriendo, me sentí libre, al menos, para decir la verdad, despreciándola como hice sin importarme la impresión que le di. Ahí estábamos, mi niño y yo, sentados muy dignos en el extrarradio de lo supuestamente oficial, ordinario y convencional; en el libro del doctor Spock no hablaban de nosotras, solo en los manuales de psicopatología. Habiendo aceptado la patología, ya no recordaba lo bien que se estaba aquí, en el extrarradio, y cómo la libertad sustituía al sol cegador de todos los días y llenaba el cielo con su fulgor original.

—¿Cómo va el tuyo, duerme de noche? ¿No son maravillosos los niños? —dijo para empezar.

—No —respondí yo parca y tajante—. No, no duerme seguido. No, no son maravillosos, y me arrepiento de haber tenido un hijo. —Su forma de mirarme me obligó a retractarme, temerosa y rebelde como yo era—. Oh, pero claro, lo quiero mucho. —Ella se relajó y yo, enojada por haber transigido, ataqué de nuevo—: Pero hay veces que lo mataría.

La miré a los ojos. Determinada a no flaquear, mi niña-mujer sonrió de nuevo y se envalentonó. Esta vez no me achanté ni la complací. Guardé silencio. Su mirada tenaz y abrasadora me hizo preguntarme si realmente me había creído cuando le dije que lo

quería matar.

—Hace frío —dijo, claudicando, vista mi capacidad de tolerar largos e incómodos silencios. Yo sonreí y ella cambió de tema—. Hoy tengo mucho que hacer —dijo con la respiración entrecortada, pero sin perder brío.

—¿Qué? —dije primero para mí y después descaradamente en voz alta, recordando el aburrimiento y las horas catatónicas de esos días en que no corre la brisa y se instala en tu habitación una quietud mortífera.

—Es lunes —me dijo, en tono explicativo. Tal vez mi expresión burlona le hizo adoptar un tono profesoral y, sin dar crédito a la imbecilidad de su alumna, entró en detalle—: Hoy tengo que poner la lavadora para poder planchar mañana. Mi casa está hecha unos zorros desde el fin de semana. Necesito hacer la compra, y preparar un asado para toda la semana y dejar los pantalones de mi marido en la tintorería.

—¿Acaso no puede llevar los malditos pantalones él solito? —dije, orgullosa de haber dicho «malditos» en vez de «putos». Pero, a pesar de mi concesión, la noté dolida. Ya había visto en otras ocasiones que, si se ofendía o se disgustaba, inmediatamente largaba su retahíla de excusas.

—Está muy ocupado, bajo mucha presión, pasa las noches en vela estudiando, y yo tengo que poner de mi parte, ¿sabes?, no me importa, no, no me importa, no, no me importa, no me…

—A mí sí —le dije. Pero después, pensando en las horas que esta mujer dedicaba a su trabajo, sin salario, sin días de descanso ni vacaciones, me sentí hermanada y decidí liberar su rencor regalándole el mío a fin de que reconociera, aunque fuera por un segundo, que mi patente rabia era similar a la suya. Pero no fue así. Ella no estaba de humor para capitular, y no me extraña. En realidad, ganó la batalla al ver que mi mirada perdía determinación y seguridad cuando de pronto pensé en el rostro exhausto de James y me sentí culpable. Ojalá James tuviera una mujer como ella, entregada y generosa, ojalá Benjamin tuviera una madre como ella, modosa y tranquila. Ojalá yo tuviera una madre como ella.

Benjamin empezó a llorar mientras su bebé llevaba durmiendo más de tres horas (según me confesó), y ella, revelando su increíble capacidad de predecir el futuro, auguró que no tendría que darle el pecho hasta las doce.

Saqué a Benjamin del cochecito y lo envolví en su arrullo para protegerlo del viento. Me desabroché el abrigo, el jersey y la camisa, sentí el aire helado sobre mi piel, y le di el pecho en medio de la nieve.

En fin, eso fue demasiado para ella, y volvió a su casa a encerar el suelo.

Enseguida devolví a Benjamin a su cochecito, esta vez boca abajo, y le puse el chupete en la boca para ayudarlo a dormir. Después volvimos a casa para entrar en calor y dudé entre quitarle el buzo y despertarlo o dejar que sudara y continuara durmiendo.

Prestar atención a estos detalles se había convertido en mi única meta, en la única posibilidad de mantener un orden: solo así tenía la sensación de ejercer cierto control sobre mi vida.

Si bien tomé la decisión correcta, el bebé empapó la manta del cochecito de sudor y se despertó con el pelo mojado, como si saliera de la bañera. Pero al menos pasó dos benditas horas embutido en su buzo y su gorro de lana. Aquella tarde nos hicimos amigos.

Compartimos un yogurt de vainilla y, mientras Benjamin lo saboreaba por primera vez, yo contemplaba sus ojos maravillados. Después, un potito de melocotón, que no probaba desde que mi hermana y yo, de adolescentes, los guardábamos en la despensa para nuestros tentempiés nocturnos. Cada noche solíamos comer potitos de melocotón después de hacer los deberes, en la oscuridad, mientras nuestro padre dormía.

Benjamin estaba contento y nos reímos como locos mientras yo alternaba las cucharadas, una para él, una para mí. Desde que nació le había llamado varias veces por el nombre de mi hermana. En mitad de la noche, cuando su llanto insufrible interrumpía mi precioso sueño, olvidaba su nombre por un segundo y gritaba: «¡Pamela! ¡Cállate ya!». Cuando le detestaba, lo llamaba por el nombre de Pamela. Cuando le amaba locamente también lo llamaba Pamela. Mientras le daba el potito me puse a llorar, derrumbada por enésima vez, en ese día. Me pregunté si la intensidad emocional que requiere ser madre podría ocasionar un infarto. Pero, al ver que Benjamin se ponía triste, dejé de llorar y nos abrazamos. Me tumbé en el sofá y lo coloqué sobre mi vientre. Entonces él, que acababa de aprender a sostener la cabeza, me miró. Me puse a cantarle todas las canciones que recordaba, las más graciosas, las más tristes, o canciones de amor, espirituales negros y nanas yidis. Le acaricié la carita y, mientras buscaba sus ojos para que leyera mis labios y tarareara conmigo, se durmió. Y así, durante un rato, estuvo tumbado sobre mi vientre mientras yo contemplaba el paisaje nevado a través del gran ventanal.

Incapaz de cumplir la promesa de ocultar mis verdaderos sentimientos a otras madres del complejo, seguía buscando otra conspiradora. Con algunas de ellas probaba suerte, soltaba alguna frase osada y, si veía que no funcionaba o que la repulsa era mayor de lo que estaba dispuesta a soportar, desistía. Guardaba silencio o

dejaba de echar leña al fuego. Y en cuanto podía, me retiraba.

Con otras madres, si me irritaba su regocijo, o dependiendo de lo fuerte que me sintiera ese día, yo seguía en mis trece, contradiciendo sus eslóganes ideológicos sobre la maternidad, incluso llegando a exagerar mi desesperación. La tolerancia a mí misma, la aceptación de mi aparente e ubicua excentricidad, mi astucia en recuperar los rasgos naturales de mi personalidad, todo se debía a un hecho esencial: Benjamin había empezado a dormir toda la noche.

Durante tres semanas no nos quitamos la idea de la cabeza de que nuestra misión era entrenar a Benjamin para dormir ocho horas sin interrupción. Cuando le oía gimotear los veinte minutos prescritos por el doctor Spock, me agarraba a la almohada con las manos sudorosas y la golpeaba a cabezazos al ritmo de su llanto, tratando de no moverme y de borrar de la cabeza la imagen del niño abandonado, derrotado, tal vez incluso autista, con el que me encontraría a la mañana siguiente. Cuando los lloros cesaban, convencida de que se había dormido, iba de puntillas hasta su habitación, le rozaba la cara con un dedo y casi lo despertaba con mi persistente inquietud.

Siempre que veía llorar a otros niños, para mí no eran más que niños que lloraban. Pero, si lloraba Benjamin, su llanto sonaba a acusación, a súplica, a urgencia, a lamento desesperado. Echada en la cama, veía soldados nazis arrebatando bebés de los brazos de sus madres. A veces, como no podía soportarlo, lo sacaba de la cuna resignada a mecerlo una hora, de tres a cuatro de la madrugada, dando vueltas por el dormitorio, hasta sumirlo en un sueño profundo. Pero, en cuanto lo cogía, sonreía, con los ojos bien abiertos y un aspecto saludable, totalmente dispuesto a jugar a cualquier cosa. Una noche lo dejé de nuevo en su cuna y, a lo largo de las cuatro noches siguientes, James y yo cronometramos su llanto sin despegar los ojos de la manecilla del reloj.

—¡Ya han pasado veinte minutos! —grité, saltando de la cama, con la satisfacción del fiscal que finalmente gana el juicio contra el doctor Spock.

—¡Solo han pasado dieciocho! —respondió James, irritado por mi constante exageración.

—¡Vamos a buscarlo! —dije, con ganas de pegarle o de abrazarle, pero dispuesta a no oírle llorar más ni a dejarle irrumpir en nuestro descanso.

—Así nunca aprenderá, y no dormiremos nunca —dijo James, en quien siempre se podía confiar a la hora de sopesar un conflicto. Pero yo sabía que, si esa noche lo sacaba de su cuna, las diez noches siguientes tendría que hacer lo mismo. Una noche, Benjamin se despertó cinco veces. Tenía nueve meses. No estaba enfermo ni tampoco le salía ningún diente. Dos pediatras me habían dicho que, a

partir de los seis meses, la mayoría de los niños dormía toda la noche sin interrupción.

«No me cabe duda —me dije con sarcasmo mientras aplastaba una, dos, tres almohadas contra mis orejas-, pero no es el caso de Benjamin.»

Me rendí las cinco veces y, al final, le di un biberón. La tercera, cuarta y quinta vez Benjamin retiraba el biberón de su boca con la mano, saciado y sin llorar; es más, me sonreía, y los dos, sentados uno frente al otro, nos mirábamos en la oscuridad de la noche. La indiscutible felicidad de estar conmigo en vez de solito en su cuarto me exasperó y, con la calma que pude, lo dejé de nuevo en su cuna y volví a mi cama. Arrullada por la música de su descarnado llanto y gozando de su dolor segundo a segundo, me sumí en un sueño profundo. No sé cuánto rato lloró. Pero, después de aquel episodio, durmió toda la noche sin interrupción.

Y vuelta a empezar. Con la dentición tuvimos que reiniciar el proceso por tercera vez, esta vez más enterados, pero igualmente cansados. A estas alturas, ya no me obsesionaban las mujeres de culturas tribales que dormían con los bebés encima del pecho hasta que aprendían a andar solos, y pensaba: «Al cuerno con todas las teorías sobre crecimiento infantil». Había aprendido una cosa: si no dormía, me sentía desgraciada, desconsolada, irritable. Luchaba cuerpo a cuerpo contra mi inseguridad, incluso me enfrentaba de madrugada a la idea de ser una figura materna esquizofrénica; me agarraba a la almohada y resistía hasta que, finalmente, llegó la recompensa. Por una vez, mi voluntad venció sobre la de Benjamin. Empezó a dormir de un tirón por la noche con la frecuencia suficiente para que pudiera recomponerme poco a poco.

Un día, mientras estaba abstraída en el banco del patio, se me acercó una mujer llamada Jean Rosenthal. Era la única mujer judía neoyorquina que vivía en el complejo y, como se dejaba ver muy poco, no habíamos llegado a conocernos. Tenía una pinta alocada, llevaba minifalda, el pelo teñido de un rojo chillón y los ojos muy maquillados. Solía dejar a su hijo en casa de un vecino, y corría el rumor de que el niño estaba muy abandonado. Era un niño genial, pero neurótico y muy agresivo; por eso le resultaba difícil relacionarse con otros niños. También se rumoreaba que Jean estaba liada con el mejor amigo de su marido. Me cayó bien.

Enseguida busqué su complicidad para criticar a las mujeres del complejo. No solo se sumó a mis desagradables comentarios, sino que siguió desvelando secretos y chismes que me sorprendieron gratamente. Llevaba dos años viviendo ahí y conocía todos los amoríos ilícitos, así como las fiestas de intercambio de parejas, y tenía entendido que los hombres, después de una jornada universitaria del

todo civilizada y estimulante para el intelecto, llegaban a casa y pegaban a sus mujeres; sí, les pegaban físicamente. No pude dejar de contárselo a James.

Después me contó todos los chismorreos sobre James y yo. Ya fuese debido a una extraña casualidad, ya al plan diabólico de algún funcionario de la oficina de la urbanización, me explicó que dos parejas mestizas habían vivido en nuestro apartamento antes que nosotros. Una de ellas se había divorciado. En cuanto a la segunda, el hombre se había marchado con otra mujer y su esposa había ingresado en un centro psiquiátrico. La gente deseaba con fruición saber qué ocurriría con nosotros. Estaban muy interesados en invitarnos a las fiestas de intercambio, sobre todo las mujeres, que andaban desesperadas por recorrer las zonas erógenas del cuerpo de James con los dedos hasta agarrar, de una vez por todas, su enorme, negro y poderoso…

«Bueno, no dijo exactamente todo esto», tuve que reconocerle a James después, que me miraba con los ojos como platos, pero le aseguré que la insinuación de Jean fue clara como el agua por la calma con que me describió aquellas orgías locales.

Después de compartir con Jean un momento de intimidad tan especial, lejos de las demás, me vi capaz de hablarle de maternidad. Para empezar, le comenté que el movimiento de mujeres ahora ya se extendía por todo el país y, después, le pregunté si alguna vez había formado parte de algún grupo de concienciación. Luego le conté mis experiencias de grupo. Dijo que no, pero que tal vez algún día se incorporaría. ¿Había odiado a su hijo alguna vez? Sí. ¿Se había preguntado realmente si tendría que haber sido madre? Sí. Decidimos formar un grupo propio con las madres de nuestra urbanización, y reclutamos a las mujeres oprimidas. Diseñamos un folleto:

¿Cansada de ser madre de… o la esposa de…?
Ven a casa de Jean Rosenthal el lunes por la noche.
Di lo que sientes de verdad.
Constitución de grupo de mujeres.

Firmamos las dos con nuestros nombres. Jean dijo que conocía a dos mujeres interesadas y dispuestas a firmar. Una era Anna Magrino, que vivía en el apartamento al pie de la colina. Tenía dos hijos, no salía de casa y no parecía una mujer muy feliz. La otra era Karen Olin, una chica soltera que había sido madre a los dieciocho años. Su actual marido no era el padre del niño. Karen trabajaba de bibliotecaria en jornada completa. ¿Cómo era posible que no las conociera? «No salen nunca al patio», me dijo Jean. Cuando las llamó dijeron que sí, que

contáramos con ellas. Y, una vez más, esperé con impaciencia a que llegara el primer encuentro. Las reuniones se centrarían en la maternidad como punto de partida y, además, no tendríamos que impresionar a nadie. Empecé la cuenta atrás como un cohete espacial que te catapulta al cielo donde por fin me esperaba la ansiada libertad.

Nos sentamos en círculo en el salón de la casa de Jean, espaciosa y caótica. Se notaba que había intentado poner un poco de orden, aunque estaba todo muy sucio. En el suelo se veían huellas de barro. Su niño de dos años debía de comer en el sofá, había miles de migajas desparramadas por los cojines. La pila desbordaba platos sucios, y las tazas de café que nos ofreció estaban manchadas por dentro y con pedacitos de comida incrustados en los bordes. Este no era el desorden natural de una casa habitada por familias con niños. Yo me crié en una casa llena de muñequitos Fisher-Price desparramados por el suelo que la gente pisaba nada más entrar, de cientos de piezas de construcciones perdidas por los rincones, de rollos de papel higiénico en las estanterías que algún pequeño olvidaba al volver del baño. Pero era otra cosa. La casa de Jean revelaba su clara incapacidad de lidiar con la realidad exterior. Vivía tan abstraída en su universo y en su cabeza que a veces perdía la conexión con el mundo. Sí, seguro que fregaba los platos, pero nunca los dejaba limpios del todo, porque al tercer plato ya estaba en la luna. Sin duda intentaba ordenar, aunque recogía los vasos medio llenos del suelo y los dejaba en la primera mesa que encontraba. Detrás de su descontrol y de su desorden, se ocultaba una especie de rebeldía. Pero ella no era consciente de que, en realidad, se estaba diciendo en secreto: «He aquí toda mi rabia; he aquí todo mi desprecio por ti; esto ocurre porque soy imperfecta; he aquí mi caos interior que enmascara todos los miedos y aversiones cuya existencia no me permito aceptar. He aquí la fealdad que veo por todas partes, en el mundo, en tu rostro, en estos rincones desbordados de objetos donde las raíces de mis actos se enredan en un caos gracias a un Dios irreconocible».

Había estado en otras casas como esta. En la mía, durante una época, reinaba un caos parecido que a veces amenazaba con repetirse. Sí, era más agradable estar aquí que en otras casas donde nunca se veía nada fuera de sitio, donde las superficies lucían despejadas y cristalinas y los fregaderos no tenían más que dos vasos y una cuchara para lavar, donde cada cosa estaba en su sitio y en las que, al tomar asiento, temía estropear el decorado de la sala. Era evidente que esta sala no estaba destinada a seres humanos, sino que tenía vida propia. Una vida que daba a su dueña unos cimientos mucho más sólidos que cualquier ser humano inoportuno o impredecible.

Me senté tranquilamente en el salón de Jean, que olía ligeramente a comida rancia. Vi a Karen y a Anna, cerca una de la otra, esperando. Jean preparaba café. Había tres mujeres más. Una de ellas vivía en el piso superior de mi edificio y tenía fama de estar loca. Otra era una de las madres buenas, y me pregunté de qué podría hablar. Tenía al lado una mujer a la que yo no conocía de nada.

Yo era la encargada de iniciar la sesión, pues por mi experiencia era la única que conocía la dinámica de grupo. Así que empecé como de costumbre:

—Lo mejor es ir por turnos, nos presentaremos una por una y explicaremos por qué estamos aquí.

Jean fue la primera.

—Soy la madre de Martin —dijo, y todas nos reímos, agradeciéndole que se identificara con semejante determinación. Luego, con voz suave, habló de nuestra conversación en el banco del patio, de cómo nos decidimos a montar el grupo, siempre con una sonrisa en los labios. Al final, añadió en tono bajo y vacilante—: Creo que, como madre, tengo algunos problemas.

Pensé en su niño pequeño, que hablaba con fluidez a los dos años, un niño fortachón y brusco que se imponía a los demás. En algunos aspectos se parecía al mío. Aunque Benjamin acababa de cumplir un año, ya sabía decir muchas palabras, andaba desde hacía dos meses y pegaba a todo el que tuviera cerca. Sin duda, había iniciado su larga ruta hacia Alcatraz. No obstante, Benjamin nunca había aparecido de buena mañana durmiendo en la secadora del lavadero comunitario, enroscado como un feto dentro del útero y arrullado por el calor residual del último ciclo de secado. Sí, era el niño de Jean, que desde dentro miraba la cara sorprendida de la mujer que lo encontró acurrucado en la secadora.

Consciente de que todas podíamos imaginar un incidente así u otro similar, Jean sonrió de nuevo y dijo:

—Bueno, ahora le paso la palabra a otra.

La mujer a la que yo no conocía dijo:

—No sé por qué estoy aquí. He venido a ver de qué trata todo esto. Me gustaría conocer a gente nueva.

Lo podía entender, pero su grado de sinceridad no me motivó en aquel momento.

Ahora era el turno de Patty, la dama chiflada. Poco añadió sobre la maternidad, pero de alguna manera fue franca, y eso fue lo que más nos impresionó tanto entonces como en las siguientes sesiones. Hablaba de modo directo y sin tapujos desde un lugar de su interior un tanto íntimo que a veces resultaba violento. No conocía las caretas convencionales tras las que la gente suele ocultarse cómodamente en

las reuniones. Aun así, de haberlo intentado, no habría podido dejar de desvelar su crudeza.

—He estado dos veces ingresada en un centro de salud mental —nos explicó después, con naturalidad—; mucha gente cree que estoy loca. —Luego esbozó una sonrisa sarcástica, sus ojos se achisparon y continuó con un tono burlón y una voz aguda—: Bueno, en fin, mi marido es un cerdo machista. —Y esperó a que la aplaudiéramos solidariamente.

Esa primera noche dijo:

—Vi vuestros cuatro nombres en el folleto y pensé que, si la organizabais vosotras, la reunión sería interesante. Os tenía vistas a todas, en los bancos del patio, y confieso que he deseado ser como vosotras.

Me sentí incómoda al comprobar que nos acababa de encasillar tanto a mí como a las otras en un rincón de su cabeza, una especie de nicho prefabricado, y, como no me conocía de nada, yo imaginaba un espacio sin duda invivible y cargado de connotaciones torpes y engorrosas. Pero me hacía ilusión que Patty estuviera en el grupo. De los locos siempre se espera que perforen hasta lo insondable esa falsedad que muestran los supuestamente «equilibrados», esos que encajan en el mundo como en un rompecabezas infantil de cinco grandes piezas. Los locos son capaces de decir en voz alta lo que piensan los demás.

Ahora le tocaba a Karen. Enseguida hizo notar su envidiable rasgo distintivo, respecto a las demás.

—Trabajo todo el día —dijo, sacudiéndose suavemente la melena rubia—. Mi hijo ya tiene seis años. —Todas cambiamos de postura, nos mordimos los labios o sonreímos recelosas. Al ver que había triunfado, se relajó—. Pero os aseguro que me ocurren las mismas cosas que a vosotras, y probablemente tendré otro hijo pronto.

Su traje de chaqueta y pantalón azul claro contrastaba de manera espectacular con nuestros pantalones de peto. Llevaba los ojos muy bien pintados. A través de la blusa transparente veía el movimiento de su torso, su pecho redondo y muy bien formado a pesar de haber dado a luz. Era delgada y altiva.

Era obvio que Karen estaba muy orgullosa de su cuerpo, y eso me atraía. Las mujeres que se quieren a sí mismas son capaces de ofrecer mucho amor a las demás. Cuando la oía hablar, siempre me embargaba una sensación muy agradable. Me alegré de que formara parte del grupo y la idea de llegar a ser su amiga me emocionaba.

Después habló la madre buena. Explicó cuánto quería a su hija y se calló como esperando algún reproche. Dijo que su marido no compartía el trabajo de la casa ni de la niña, y que a ella le parecía

bien.

Jean le preguntó por qué había venido. Ella dijo que era por pura curiosidad. Haciendo acopio del sentimiento de solidaridad femenina que me quedaba, traté de pasar por alto la sonrisa de vampiresa de mi niña-mujer.

Era el turno de Anna. «Pues ¿qué voy a decir?», empezó y, buscando su complicidad, miró a Jean, a quien conocía bien, y soltó una tremenda carcajada. No era una risa loca, ni tampoco esas risitas de un ataque inoportuno e involuntario que se escapan de una cara seria y te revelan que la persona está perdida, que la parte que se ríe no está de ningún modo conectada con la que no se ríe. No, la risa de Anna era rotunda. Se reía de sí misma, de la idea que se le acababa de ocurrir. Parecía burlarse de todas nosotras. Pero esas dos partes formaban una sola persona, y esta hablaba desde fuera, con distancia, comentaba lo absurda que era su vida desafiando a las demás a que emitieran sus juicios.

Nos miró a todas una vez más y, decidida a seguir adelante, añadió pausadamente:

—Ser madre es algo horrible. Destroza la relación con tu marido. Te rompe la vida. No puedes abandonar a los hijos porque los quieres y cuando estás con ellos los odias. Yo era una enfermera de primera categoría. Muy competente. He cuidado a gente en todo el mundo. Dirigía una planta entera en Boston. Ahora soy madre, y eso significa que no soy nada. No sé. También tiene cosas buenas, pero la verdad —dijo en un tono más alto y claro, y con una seriedad total—, estoy a punto de derrumbarme.

Acto seguido, soltó otra risotada. Todas nos quedamos calladas. Luego, incómodas, tratando de recuperar la confianza de nuestro círculo, las mujeres me miraron. Y, como una colegiala que no se atreve a hablar pero que solo dice verdades, resumí:

—Estoy de acuerdo con todo lo que Anna acaba de exponer.

Y en aquel momento algo dentro de mí se rompió, se desintegró: el muro que me había separado del mundo exterior, la prisión donde había vivido aquel terrible aislamiento, incluso la penosa posibilidad de que, a pesar de estar viviendo una experiencia femenina universal como esta, yo siguiera siendo, al menos frente a mí misma, una persona horriblemente extraña. Todos mis miedos se resquebrajaron y empezaron a disiparse gracias a la sensación de familiaridad que sentí al oír hablar a Anna.

Desde el comienzo del embarazo y según lo que alcanzo a recordar, siempre andaba buscando un sentido a los vínculos familiares. Desde pequeña me habían tratado de niña rara y especial, de aventajada, incluso de genio, y por eso Pamela me había odiado. Más adelante, pasé un tiempo recluida en mi mundo porque la idea establecida sobre

la maternidad quedaba excluida de la realidad de mi experiencia. Los libros actuales sobre el dolor digno, los consejos paternalistas del ginecólogo, el foco cegador encima de la desolada superficie de la mesa de parto donde me eché llena de coraje y de pasión, rodeada de fantasmas y esqueletos con caretas de muerte, los libros tétricos sobre cuidado infantil y sus promesas tortuosas e intimidatorias, los rostros esclavizados de miles de mujeres a quienes quería amar, pero cuyos espíritus fueron abatidos y convertidos en una masa uniforme e ilusoria, todo eso acabó llevándome a la conclusión de que, a pesar de todo, yo estaba sola. Además, la agitación interna y la monotonía de mi vida aislada amenazaban con resquebrajar mi cordura y lanzarme a la deriva por desiertos yermos mientras aporreaba las puertas cerradas del parentesco.

Pero ahí estaba Anna. «Soy una mujer y estoy viva», la oía decir y, mientras ella desvelaba mis propios pensamientos en voz alta, el sentimiento de soledad que me invadía empezó a disolverse. La quise de inmediato.

Durante los meses siguientes Anna y yo estuvimos viviendo prácticamente juntas. Hablaba de cosas que yo únicamente había osado escribir en mis cuadernos. Sí, ella se había quedado aún más tocada que yo por la presión de la maternidad. Tuvo dos hijos en el plazo de un año. No se había siquiera planteado pedir la ayuda de una niñera. Y, todavía fiel a su educación católica, incapaz de emplear métodos anticonceptivos, esperaba cada mes a que le viniera la regla entre sudores espantosos. Ya había sufrido un aborto natural ese año después del nacimiento de su hija menor. Necesitaba algo que yo podía darle: le expuse mis argumentos sobre el poder intimidatorio de la Iglesia católica y la acompañé a la consulta de un médico para que le prescribiera un dispositivo intrauterino. Como recompensa, aprendí de su total incapacidad para ocultar los sentimientos, por duros y escandalosos que fuesen.

La confianza que nos profesábamos y nuestras vidas paralelas nos llevaron a compartir el cuidado de nuestros hijos. Anna tenía mucho interés en apuntarse a un curso y, por primera vez en dos años y medio, cruzó la ciudad sola para ponerse a estudiar. Mientras cuidábamos juntas de los niños o a veces después de acostarlos por la noche, hablábamos de ellos.

—Los quiero, claro, pero los odio —dijo.

—Yo daría la vida por él —recalqué—. Todas esas películas sobre mujeres sorteando tanques entre balazos para salvar a sus hijos son reales. Sin duda prefiero morirme a perderlo. Supongo que esto es amor —dije estremeciéndome, y después nos echamos a reír—, pero ha destrozado mi vida, y solo vivo pensando en cómo recuperarla —dije para terminar, pues, sin la segunda parte de la frase, la primera

era una pérfida mentira, una mentira que juramos desterrar para siempre.

—Me muero de ganas de que llegue mañana, para que te ocupes tú de los niños —me confesó—, pero me da terror dejarlos.

Asumimos que las frases tendrían siempre dos partes: la segunda contradecía aparentemente la primera, pero su unidad estaba siempre sujeta a nuestra capacidad cada vez mayor de aceptar esta ambivalencia, pues el amor maternal consiste precisamente en esto.

En las reuniones semanales, Jean, Karen, Patty y yo conseguimos afianzar nuestras frágiles creencias y atrincherarlas en un nicho de sabiduría indestructible mientras las otras tres mujeres exclamaban: «Sí, sí, yo también», y después contaban sus propias experiencias como madres.

La madre buena y la mujer que quería conocer gente ya no volvieron más. Estaban rabiosas o asustadas, o bien tal vez aburridas o demasiado felices con sus hijos para soportar nuestras quejas, o bien demasiado desgraciadas o deprimidas para arriesgarse a escucharnos atemorizadas. Ya me daba igual cuál fuera el motivo.

En cambio, el día en que Karen habló de la primera infancia de su hijo, confesó que en aquel tiempo ella también seguía siendo una niña.

—Ahora que el niño ha cumplido seis años —dijo en una ocasión —, lo peor ha pasado. Vuelve de la escuela a casa por su propio pie y me llama a la oficina para contarme cómo le ha ido el día. A veces, cuando me doy un baño, viene conmigo, me enjabona la espalda y me dice que tengo unos pechos muy bonitos. —Se sonrojó. Como no había en la sala un solo experto para extraer conclusiones, nosotras, como madres, guardamos silencio.

A veces, molestas o impacientes, escuchábamos a Patty, que se enredaba en su propia maraña de aversiones y de rabia; cada semana una nueva tela de araña, cada semana un nuevo cuento estrafalario de una crueldad inusitada sobre los días gélidos de su infancia en Vermont. Y siempre, al final de cada historia, en el centro de la maraña, preso en la red creada por ella misma y del todo incomprensible, aparecía su marido. Era un brillante alumno de posgrado; tenía muchas aventuras con mujeres más guapas y sensatas que Patty. Nadie entendía qué les había llevado a casarse. Lo que les mantenía unidos era el hijo. El niño sufría una deficiencia congénita y tenía ciertas dificultades físicas para seguir el ritmo de juego de los otros niños. Además, por algún desequilibrio orgánico, estaba obligado a comer de merienda verduras crudas en lugar de dulces o pasteles. A veces salía cojeando al patio del complejo y llamaba a los otros niños, que pasaban de largo, o esperaba al pie de la escalera del tobogán y bromeaba con los que esperaban su turno para subir y bajar. Con los bebés como Benjamin se portaba con amabilidad. No

solo tenía paciencia, sino que además mostraba interés y, cuando los demás niños despreciaban sus caramelos a medio chupar, corrían a pedirle una de sus judías verdes crujientes. Todas las tardes, su madre salía corriendo al patio con una cuchara en una mano y un bote de jarabe en la otra, advirtiéndole a gritos de que ya había pasado la hora de la toma. Él no se inmutaba, y muy tranquilo, le contestaba: «Vale, mamá», y se bebía aquel líquido rosa empalagoso sin rechistar; sabía que lo necesitaba para vivir.

Siempre pensé que Patty depositaba en ese niño el poco amor digno que le quedaba. E incluso vi a su padre, al que solo conocía por las detalladas descripciones que ella nos había hecho de sus trastadas, paseando a su hijo a diario, cogidos de la mano en confianza, o besándolo a cada rato mientras se distraían a gusto con sus juegos sedentarios.

Enseguida comprobamos que muchas de las familias del complejo empezaban a cambiar, mientras la rabia desatada por el movimiento feminista hacía temblar los enormes ventanales de las casas y se filtraba por debajo de las delgadas puertas.

Los hombres empezaron a salir al patio con sus hijos, incluso entre semana. Las madres buenas, aunque su vida no había cambiado de manera palpable, por lo menos ahora no se tomaban a risa nuestros delirios. Los divorcios empezaron a sucederse vertiginosamente por todo el complejo.

Una noche vino un hombre a visitarnos a James y a mí. Era un estudiante de Derecho, un conocido. Dos años antes, su mujer había participado activamente en la Asociación de Esposas. Tenían dos niños rubios que se llevaban un año y medio, por la idea de que tener niños seguidos ofrece más ventajas. Yo tenía a su mujer por una de esas «madres buenas». De hecho, habíamos hablado alguna vez, superficialmente pero con franqueza, de las dificultades de la maternidad; estaba harta de lavar y planchar las camisas de su marido y decidió llevarlas a la lavandería; le preocupaba que su hija llorara demasiado y que no supiera defenderse de los niños más violentos.

Ahora la madre buena se había marchado. Ella y el marido de una vecina dejaron a sus respectivas familias y se mudaron a vivir juntos a la ciudad. Hubo varios enlaces como este en el complejo. El rumor sobre Jean y el marido de su amiga era cierto. Por lo demás, el marido de Jean, desde hacía tiempo, se acostaba con otra mujer cuyo marido a su vez se había ido a Sudamérica para hacer unas prácticas de medicina con la mujer de otro estudiante. Al principio yo no me lo podía creer. Cada día nos enterábamos de un nuevo intercambio, y nunca era perfecto: siempre había dos que se quedaban solos y que no se gustaban entre ellos, de modo que tenían que cargar con toda la responsabilidad de los hijos sobre sus espaldas, generalmente sin

blanca y aturdidos; dos que jamás habrían imaginado que el precio de los intercambios de pareja y el sacrificio subsiguiente fuese tan alto.

Ahora este hombre asustado y estupefacto de algún lugar de Oregón, sentado en nuestro salón, se echó a llorar. Apenas nos conocía. Tal vez por eso vino a nuestra casa a contarnos que Carol llevaba un año sin disfrutar sexualmente y que había decidido dejar de fingir. Ahora se preguntaba qué iba a hacer con sus hijos.

De pronto me vino a la memoria el rostro confuso de mi padre mirándonos cabizbajo después de morir mi madre. El joven estudiante extendía las manos en un gesto de desesperación. No sabía cambiar pañales, no sabía qué desayunaban o qué comían los niños. No tenía ni idea de vacunas ni de revisiones médicas. ¿Cómo podría ir a clase después de pasar la noche en vela con un niño que lloraba en sus brazos reclamando a su madre?

Algo tuvo que aprender, a pesar de todo. Cada día, después de clase, lo veía jugar un rato con sus hijos en el patio. Después volvía a casa y, hacia las seis, salía de nuevo, ya cansado, a buscarlos para cenar. El pequeño solía ir limpio y seco, supongo que aprendió a cambiar pañales. También colgaba la ropa mojada en el tendedero y, al cabo de una semana, vi el tendedero vacío, así que, seguramente la llevó a la lavandería. Sus ojos no brillaban como antes, pero ahora era un hombre más guapo, más maduro, más tolerante. Una noche fui a visitarlo. No habíamos vuelto a hablar desde la extraña noche en que se deshizo en llanto en nuestro salón, poco después de que ella lo dejara.

Su casa tenía otro aspecto. Había más desorden que cuando vivía con Carol. Las paredes estaban llenas de dibujos infantiles al lado de algunos cuadros enmarcados. Había juguetes por todas partes. Acababa de meter a los niños en la cama y, con aire cansado, tomó asiento.

—Seguramente Carol volverá —dijo—. Se lo está pensando, quiere intentarlo de nuevo. Iremos a Alaska, a algún lugar lejano, y cambiaremos de vida.

—Es por los niños… —respondí, comprendiendo la decisión de Carol.

—Sí, por los niños, y un poco por mí —dijo sonriente.

A partir de entonces, dos o tres veces a la semana, Carol venía por las tardes al patio a recoger a los niños y se los llevaba en su coche. Los niños corrían hacia ella gritando: «Mami, mami», y ella los abrazaba ocultando su rostro para que no la vieran llorar. Luego andaba a paso rápido delante de sus amigas, incapaz de quedarse allí y fingir, o de dejar de fingir, como había hecho antes. Se metía en el coche, colocaba a los niños en sus asientos traseros y arrancaba.

Anna y yo mirábamos a Carol en silencio desde los bancos del patio, con los brazos cruzados, esperando a que cayera la noche, y veíamos cómo abrazaba a sus hijos, a los que no había visto desde la semana anterior.

A los siete años, cuando mi madre acababa de morir, yo jugaba a ser la vigilante de la escuela. Mi puesto era la puerta de salida. Por las mañanas hacía guardia en la entrada y veía a las madres dejar a sus hijos a la puerta. Había una mujer de pelo oscuro y bastante menuda, como mi madre. Desde que doblaba la esquina yo la seguía con la mirada viéndola andar de la mano de su niño y no le quitaba ojo hasta que llegaba a la puerta. Cuando se agachaba para besarlo y despedirse de él, yo la observaba muy de cerca para poder sentir en la piel lo mismo que sentía su niño. El niño entraba en la escuela, la madre me miraba algo incómoda, sonreía levemente, se volvía y se marchaba. Y yo la seguía con la mirada hasta que se perdía de vista.

Los días que Carol no venía al complejo a buscar a sus hijos yo trataba de ser aún más amable con los niños. También me volví más paciente con Benjamin si se quejaba o lloraba, y lo abrazaba con más frecuencia.

Benjamin se bañaba con los dos niños de Anna y se divertían mucho jugando juntos. Esa noche me tocaba bañarlos a mí mientras el marido de Anna preparaba la cena en la cocina. Me gustaba enjabonarlos a los tres, ver el brillo de la espuma sobre su piel y después quitarles el jabón vertiendo agua sobre su cuerpo; primero un par de piececitos, luego, otro par, y luego, otro. Después la carita, ahora una, ahora otra. Siempre que me salpicaban les gritaba amenazándoles con sacarlos del agua. A veces reaccionaban. Si seguían chapoteando cuando la cena ya estaba preparada, sacaba a Billy de la bañera como castigo para que me tomaran en serio y, como, al menos en aquella época, él era el más dócil de los tres, no protestaba demasiado. Por eso lo escogía a él. No soportaba los gritos de Benjamin ni de David. Envolvía al último con una toalla grande y los ponía a los tres sobre una mesa alta donde no pudieran moverse, vestía al primero, que enseguida salía corriendo hacia la cocina; a continuación, vestía al segundo y, luego, al tercero. Como ya había alguien al cargo de la cena, recogía sin prisas las toallas mojadas, colocaba la ropa sucia en su cesto, ordenaba la habitación y fregaba el baño, todo con cierta calma y placer mientras pensaba en mi jornada y ponía orden en el caos feliz de los niños, mirándome la piel de las manos, que ya no era tan suave como cuando era niña, especialmente en los nudillos. Ahora mis manos empezaban a parecerse a las de una madre.

Oí a James entrar en el apartamento de Anna y, como ya estaba él para ocuparse de la cena, Anna vino a ayudarme. Las dos conversamos de aquella manera que entonces era realmente vital para mí.

—Hoy me ha preocupado que Benjamin mordiera a ese niño. ¿Qué le pasa?

—No seas tonta, Benjamin está bien. Es un niño activo, activo y listo, nada más.

—Como tus hijos, aunque ellos no se pelean tanto.

—Pero mis hijos son tímidos, demasiado temerosos.

—No, son preciosos y muy buenos.

Nuestras palabras, como las de la madre buena de tez rosada del patio nevado, empezaban a sonar como una letanía, pero ahora el nuestro era un canto consolidado, que provenía de lo más hondo de mi corazón.

Está bien, es guapo y, ¡cómo no!, tiene sus defectos; y eso que llamamos temperamento heredado existe; y tú también eres una buena madre, decía nuestro estribillo, sí, una buena madre.

Para cuando James, Benjamin y yo volvíamos a casa, el pequeño ya estaba cansado; se ponía el pijama y se acostaba. Una mañana, como era el turno del marido de Anna y de James, fui a la biblioteca por tercera vez en la semana a estudiar mitología. Hasta me sobró tiempo para escribir en mi cuaderno de notas. Al día siguiente, nos tocaba a nosotros dar de cenar a la familia de Anna, y pensé en guisar un pollo y preparar una gran ensalada, el plato favorito de Anna.

Era una primavera cálida, y James y yo paseábamos de vuelta a casa. Nos alternábamos para cargar con Benjamin en brazos y nos reíamos cuando nos daba besos y nos agarraba del cuello con sus bracitos.

Cuando mi hermana era muy pequeña, los nudillos de las manos no le sobresalían tanto como a mí: ella los tenía hundidos en sus manitas regordetas.

Por las noches, de niña, mi madre me cantaba canciones a la hora de dormir, canciones que todavía recordaba y que yo también le he cantado a Benjamin.

Cuando era pequeña mi madre trabajaba. Si las madres de la mayoría de mis amigos no se hubieran quedado en casa a cocinar y a limpiar, ni hubieran ido a recogerlos a la escuela, a mí no me habría importado. Porque de noche nos bañábamos juntas. Cuando se me metía algo en el ojo, ella me lo sacaba con delicadeza y esmero.

Esa noche deseé no tener que ir a estudiar a la biblioteca a la mañana siguiente, quería quedarme con los niños y pasar el día con ellos, tumbarnos tranquilamente sobre la hierba bajo el sol y esperar a que llegaran los demás a las cinco de la tarde para delegar mis

responsabilidades domésticas, descansar y contemplarlos, pero sin ocuparme de ellos.

Aquella noche se me apareció el rostro de mi madre, borrando todo lo demás. Fue su propia mano la que pasé por la espaldita de Benjamin hasta dejarlo dormido y fue también su voz la que le cantó la canción de cuna.

CÓLERA Y TERNURA

De *Nacemos de mujer* (1976)

Adrienne Rich

Adrienne Rich (Baltimore, 1929-Santa Mónica, 2012) fue profesora en diversas universidades, activista feminista y LGTB, miembro del Instituto de la Mujer para la Libertad de Prensa y fundadora de la revista *Bridges: A Journal for Jewish Feminists and Our Friends*. Autora de más de veinte volúmenes de poesía, entre los que destacan *Snapshots of a Daughter in Law* (1963), *Diving into the Wreck* (1973), *El sueño de una lengua común* (1978), *The Fact of a Doorframe: Poems Selected and New 1950-1984* (1984), *Telephone Ringing in the Labyrinth: Poems 2004-2006* (2007) y *Tonight No Poetry Will Serve: Poems 2007-2010* (2010), recibió muchos galardones, del Premio de Jóvenes Poetas de Yale en 1950 a la Medalla de la Fundación Nacional del Libro por su Distinguida Aportación a las Letras Americanas en 2006 y el Premio de Poesía Griffin a la obra de toda una vida en 2010. Entre sus ensayos cabe mencionar *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia y como institución (Of Woman Born: Motherhood As Experience And Institution, 1976)*, cuyo capítulo 6 reproducimos a continuación, *Sangre, pan y poesía: prosa escogida 1979-1985* (1986), y la recopilación *Ensayos esenciales: cultura política y el arte de la poesía* (2018).

1

> … comprender es siempre un movimiento ascendente; esta es la razón por la cual la comprensión debe ser siempre concreta. (Nunca nos sacan de la cueva, salimos de ella.)
>
> Simone Weil, *Cuadernos*

De mi diario:

Noviembre de 1960

Mis hijos me causan el sufrimiento más exquisito que haya experimentado en la vida. Es el sufrimiento de la ambivalencia: la alternancia mortal entre el resentimiento amargo y el creciente nerviosismo atroz y la gratificación y la ternura más felices. En cuanto a mis sentimientos por estos pequeños seres inocentes, a veces me considero un monstruo de egoísmo y de intolerancia. Sus voces me desquician, sus constantes necesidades, por encima de todo su necesidad de simplicidad y de paciencia, me llenan de desesperación ante mis propios fracasos, ante mi destino, que es ejercer una función para la cual no estaba preparada. Y muchas veces me siento débil por contener mi rabia. Otras veces tengo la sensación de que solamente la muerte nos liberará a los unos de los otros, y entonces envidio a la mujer estéril que se da el lujo de arrepentirse, pero vive una vida de intimidad y de libertad[6].

Sin embargo, en otras ocasiones me derrito al sentir su fragilidad, su encantadora e irresistible belleza, su capacidad para seguir amando y confiando, su lealtad, honradez y desinterés. *Les amo*. Pero el sufrimiento se apoya en la grandeza y en la inevitabilidad de este amor.

Abril de 1961

De vez en cuando, me embarga un amor satisfecho por mis hijos, y casi parece que me baste el placer estético que me inspiraron estas criaturas pequeñas y cambiantes, así como su sensación de ser amadas, aunque de una forma pasiva. Tengo también la sensación de que no soy una madre desnaturalizada y gruñona a todas horas… a pesar de serlo.

Mayo de 1965

Sufrir con un niño, por él y contra él —maternal, egoísta y neuróticamente, a veces sintiéndome desvalida y otras con la ilusión de alcanzar la sabiduría—, pero siempre, en todas partes, en el cuerpo y en el alma, *con* este niño porque es una parte de mí misma.

Verse arrastrada por oleadas de amor y odio, y hasta de celos de la infancia del niño; esperar y temer su madurez; desear librarse de la responsabilidad, atada por cada fibra del propio ser.

Esta curiosa reacción primitiva de protección, la bestia que defiende a su cachorro, cuando nadie le ataca o critica… ¡Y, sin

embargo, nadie es con él tan duro como yo!

Septiembre de 1965

La degradación de la cólera. Furiosa contra un niño. ¿Cómo hago para aprender a absorber la violencia y que se note solo el amor? Agotada por la cólera. La victoria de la voluntad la alcanzo tan raramente… ¡Demasiado amorosamente!

Marzo de 1966

Tal vez sea un monstruo —una antimujer—, un ser sin voluntad, dirigido, y sin recursos para conocer los consuelos normales y tentadores del amor, de la maternidad y de la alegría en los demás…

Presunciones que no han sido examinadas: primero, que una madre «natural» es una persona que carece de otra identidad, alguien que puede hallar su mayor gratificación pasando el día entero con los niños, ajustando su paso al de ellos; que hay que dar por cierto el aislamiento de las madres y de los niños, juntos dentro de la casa; que el amor maternal es y debería ser literalmente desinteresado; que los hijos y las madres son la «causa» de los mutuos sufrimientos. Yo quedé atrapada por el estereotipo de la madre cuyo amor es «incondicional», y por las imágenes visuales y literarias de la maternidad como una identidad unívoca. Si yo sabía que había dentro de mí zonas que nunca concordarían con esas imágenes, ¿no eran estas zonas anormales, monstruosas? Y, como señaló mi hijo mayor, ahora de veintiún años, cuando leyó los pasajes transcritos más arriba: «Es como si sintieras que teníamos que querernos todo el tiempo. Pero no existe *ninguna* relación humana en la que puedas querer a la otra persona en todo momento». Sí, traté de explicarle, pero se ha pretendido que las mujeres —y las madres sobre todo— quieren así.

A partir de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, recuerdo un ciclo. Empezó cuando cogía un libro o intentaba escribir una carta o, incluso, cuando me veía a mí misma al teléfono hablando con alguien a quien mi voz delataba ansiedad o un impulso de energía compasiva. El niño (o los niños) podía estar absorto en lo suyo, en su propio mundo de sueños; pero tan pronto sentía que yo me desplazaba hacia un mundo que no le incluía, se me acercaba, me cogía de la mano, pedía ayuda, golpeaba las teclas de la máquina de escribir. En esos momentos, notaba que sus deseos eran engañosos, como si se tratara más de un intento de escamotear mi vida personal aunque solo fuera quince minutos. Montaba en cólera, advertía la inutilidad implícita de toda tentativa de salvarme de mí misma, y también era consciente de la desigualdad entre ambos: mis necesidades siempre

equilibradas contra las del niño, y perdía siempre. Me dije que podía querer mucho mejor después de un cuarto de hora de concentración, de paz, de desapego de mis hijos. ¡Unos minutos! Para el sentido infantil del abandono inconsolable, si me trasladaba —no solo física sino espiritualmente— a un reino que estuviera más allá de nuestra vida en común estrechamente circunscrita, era como si un hilo invisible se estirara hasta romperse. Era como si mi placenta hubiera empezado a negarle oxígeno. Como todas las mujeres, esperaba con impaciencia la llegada de su padre; entonces, durante una hora o dos al menos, el círculo dibujado alrededor de la madre y los hijos se aflojaba y la intensidad disminuía, pues a la casa había llegado otro adulto.

Yo no podía comprender que este círculo, este campo magnético en el que vivíamos, no fuera un fenómeno natural.

Intelectualmente, debía de saberlo. Sin embargo, la emoción y la tradición en la cual me vi obligada a interpretar el papel de Madre parecían entonces tan inevitables como las mareas. Y por esta razón —el microcosmos en el cual mis hijos y yo formábamos un pequeño grupo emocional y privado, y donde (cuando hacía mal tiempo o alguien estaba enfermo) pasábamos juntos el día sin ver a otro adulto que no fuera su padre—, había una auténtica necesidad subyacente en la demanda ficticia de mi hijo cuando yo aparentaba separarme de él, no prestarle atención. Trataba de confirmar que la calidez, la ternura, la continuidad, la solidez estaban allí todavía, en mí, para él. Mi singularidad, mi exclusividad en el mundo como *su madre* —tal vez más confusamente también como mujer— evocaba una necesidad más grande que la que habría podido transmitir otro ser humano, a menos que amara continua, incondicionalmente, desde el alba hasta la noche, y a menudo durante la noche.

2

En 1975 pasé una velada con un grupo de mujeres poetas, algunas de ellas con hijos. Una había llevado a los suyos consigo, y dormían o jugaban en los cuartos de al lado. Hablamos de poesía, y también de infanticidio, del caso de una lugareña, madre de ocho hijos, que a partir del nacimiento del tercero cayó en una fuerte depresión. No hacía mucho había asesinado y decapitado a sus dos hijos menores en el césped de delante de su casa. Varias mujeres del grupo, que vieron una relación directa entre su desesperación y la desesperación de aquella mujer, firmaron una carta dirigida al periódico local protestando por cómo el suceso había sido tratado por la prensa y por

el sistema sanitario de la comunidad. Cada una de las madres, cada una de las poetas que estaban en aquella habitación, se había identificado con ella. Hablamos del pozo de ira que su historia dejaba abierto en nosotras. Hablamos de nuestros propios momentos de furia asesina contra nuestros hijos, porque no había nada ni nadie más en quien descargarla. Hablamos como tanteando, unas veces en tono elevado y otras con palabras amargamente ingeniosas y desprovistas de retórica, con el lenguaje de las mujeres unidas por el trabajo en común y la poesía, y que han encontrado otras cosas en común en aquella cólera inaceptable aunque innegable. Estas palabras se dicen ahora en voz alta, se escriben, se rompen los tabúes, se resquebrajan las máscaras de la maternidad.

Durante siglos nadie habló de estos sentimientos. Yo fui madre en el mundo norteamericano freudiano de la década de 1950, centrado en la familia y orientado al consumo. Mi marido hablaba con ansia de los hijos que tendríamos; mis suegros aguardaban el nacimiento del primer nieto. Yo no tenía idea de qué deseaba, de qué podía o no elegir. Sabía tan solo que tener un hijo suponía asumir plenamente la feminidad adulta, que era «demostrarme a mí misma» que era «como las demás mujeres».

«Ser como las demás mujeres» siempre fue un problema para mí. Entre los trece y los catorce años tenía la sensación de estar solo representando el papel de una criatura femenina. A los dieciséis, tenía los dedos casi constantemente manchados de tinta. El lápiz de labios y los tacones altos al uso eran elementos de un disfraz que me resultaba difícil llevar. En 1945 escribía seriamente poesía, y abrigaba la fantasía de ir a la Europa de posguerra como periodista, a dormir entre las ruinas de las ciudades bombardeadas, registrando el renacimiento de la civilización tras la derrota de los nazis. Pero también, como las demás jóvenes que conocía, pasaba horas tratando de aplicar mejor el lápiz de labios y enderezando las costuras arrugadas de las medias o hablando de «chicos». En mi vida ya existían dos compartimentos diferenciados. Pero escribir poemas y fantasear sobre viajes y una vida independiente me parecía más auténtico; creía que como incipiente «mujer verdadera» era una impostora. Me quedaba paralizada, sobre todo, cuando me encontraba entre chicos jóvenes. Creo que sentía que los hombres podían —deseaban— leer en mi pensamiento que yo era verdaderamente «femenina»; un hijo, sospeché, podría ver a través de mí como una instantánea. Esta sensación de estar actuando me creó un curioso sentimiento de culpa, aun cuando se trataba de una actuación exigida para sobrevivir.

Conservo un recuerdo muy claro, muy definido, de mí misma el día después de mi boda: barría un suelo. Tal vez aquel suelo no

necesitaba que lo limpiaran; tal vez yo misma no sabía qué hacer conmigo. Pero, mientras barría, pensaba: «Ahora soy una mujer. Esta es una actividad muy antigua; es lo que las mujeres han hecho siempre». Tuve la sensación de estar doblegándome ante una antigua fórmula, demasiado antigua para ponerla en tela de juicio. *Esto es lo que las mujeres han hecho siempre*.

Cuando estuve visiblemente embarazada, por primera vez en mi vida adolescente y adulta no me sentí culpable. Envuelta en una atmósfera de aprecio —incluso por parte de los desconocidos de la calle—, como un aura que llevara conmigo, las dudas, los temores y los recelos topaban con una negación absoluta. *Esto es lo que las mujeres han hecho siempre*.

Dos días antes de que naciera mi hijo, tuve un brote de lo que diagnosticaron aproximadamente como rubeola. Ingresé en el hospital de infecciosos, a fin de aguardar allí el comienzo del parto. Por primera vez sentía un miedo consciente, y culpa ante mi hijo aún no nacido por haberle «fallado» con mi cuerpo de esa manera. En las habitaciones de al lado había pacientes con poliomielitis. Nadie podía entrar en mi habitación si no llevaba una bata hospitalaria y mascarilla. Si a lo largo del embarazo me había sentido con un vago dominio de la situación, ahora dependía totalmente de mi médico, un hombre enorme, vigoroso y paternal, que rebosaba optimismo y seguridad, y a quien le gustaba acariciarme la mejilla. Mi embarazo había transcurrido con normalidad, pero como si estuviera sedada o fuera sonámbula. Asistí a clases de costura e hice una chaqueta maternal horrible y muy mal cortada que jamás me puse; cosí cortinas para el dormitorio del niño; reuní ropa para él y anulé en la medida de lo posible a la mujer que era yo unos meses antes. Mi segundo libro de poemas estaba en prensa, pero ya no escribía versos y leía poco excepto revistas domésticas y libros sobre crianza. Me sentía como si el mundo me observara simplemente como mujer embarazada, y parecía más fácil, menos perturbador, que yo también me observara así. Después del nacimiento de mi hijo, el diagnóstico de «rubeola» se transformó en reacción alérgica al embarazo.

Dos años después, estaba otra vez embarazada, y escribía en mi diario:

> Noviembre de 1956
>
> No sé si se trata de la extrema lasitud del principio del embarazo o de algo más decisivo; pero en estos últimos tiempos la poesía me inspira únicamente —tanto si la leo como si la escribo— tedio e indiferencia. Sobre todo la mía y la de mis contemporáneos más inmediatos. Cuando recibo una carta solicitándome originales o alguien alude a mi «carrera», me

asalta un profundo deseo de negar toda responsabilidad e interés por cualquier persona que escriba o haya escrito.

Si es necesario que se abra un paréntesis en mi vida de escritora, esta es una época tan buena como cualquier otra. Ya llevo demasiado tiempo insatisfecha conmigo y con mi trabajo.

Mi marido era un hombre sensible y afectuoso que quería hijos y que —algo poco frecuente en el ambiente profesional y académico de los años cincuenta— estaba dispuesto a «colaborar». Pero quedaba claro que esta «colaboración» era un acto de generosidad; que *su* trabajo y *su* vida profesional eran lo único que merecía tenerse en cuenta en el seno familiar. Durante años este asunto ni se planteó siquiera entre nosotros. Comprendí que mis luchas como escritora eran un lujo, una peculiaridad solamente mía. Mi trabajo casi no aportaba dinero: en realidad, costaba dinero, pues tuve que contratar a una mujer para las tareas domésticas para poder escribir algunas horas a la semana. En el mes de marzo de 1958, escribí: «Cualquier cosa que pido él trata de dármela, pero la iniciativa siempre tiene que ser mía». Creía que las depresiones, los arrebatos de ira, la sensación de estar atrapada eran cosas que mi marido estaba obligado a soportar porque me amaba; agradecí ser amada pese a los trastornos que le causaba.

Pero luchaba por orientar mi vida. Nunca había renunciado a la poesía ni tampoco al control de mi existencia. Vivía en un piso que daba a un patio de vecindad en Cambridge, lleno de niños. Estaba inmersa en el ciclo repetitivo de ir a la lavandería, despertarme por las noches, interrumpir los momentos de paz o de concentración, y asistir a cenas ridículas en las cuales las jóvenes casadas, algunas con títulos académicos, hacían gala de su dedicación plena e inteligente a la salud de sus hijos y a la carrera de sus maridos. Estas mujeres fluctuaban entre las recetas francesas y la pretensión de simplicidad, pero lo que las caracterizaba por encima de todo era la falta de seriedad, rasgo admitido como femenino en ese mundo. Con todo, yo *sabía* que debía rehacer mi vida. Entonces no comprendí que nosotras —las mujeres de aquella comunidad académica, como las de muchas comunidades de clase media de la época— estábamos destinadas a cubrir el papel de Dama Victoriana del Ocio, Ángel de la Casa y también cocinera victoriana, fregona, lavandera, gobernanta y enfermera. Lo único que sabía era que me absorbían falsas distracciones, y quería desesperadamente despojar de mi vida todo lo que no fuera esencial.

Junio de 1958

En todos estos meses no he sido más que un cúmulo de irritaciones que han arraigado hasta convertirse en ira:

amargura, desilusión de la sociedad y de mí misma, rencor contra el mundo y rechazo de toda ayuda. ¿Y si algo hubiera sido positivo? Tal vez el intento de rehacer mi vida, de salvarla de este ir a la deriva, del transcurrir del tiempo…

El trabajo que tengo por delante es concienzudo y difícil, y no está del todo claro como para hacer un plan. La disciplina mental y espiritual, la exclusividad de la expresión, el orden de la existencia cotidiana, el funcionamiento idóneo de la personalidad humana son las metas más importantes que quiero alcanzar. Y, por el momento, lo único que puedo hacer es perder menos tiempo. Este ha sido el motivo de gran parte del rechazo.

En julio de 1958 estaba otra vez embarazada. La nueva vida de mi tercer y, tal como decidí, último hijo supuso una especie de giro en mi existencia. Supe que ya no podía controlar mi cuerpo; no había pensado concebir un tercer hijo. Supe, entonces mejor que nunca, lo que significaba otro embarazo, otro hijo, para mi cuerpo y mi espíritu. Sin embargo, no se me ocurrió abortar. En cierto sentido, este tercer hijo fue más conscientemente deseado que los dos anteriores. Cuando supe que estaba embarazada, ya hacía tiempo que no era una sonámbula.

Agosto de 1958 (Vermont)

Escribo mientras los primeros rayos del sol iluminan las ventanas que dan a la ladera, al este. Me desperté (con el niño) a las 5:30 y le di el desayuno. Esta es una de las pocas mañanas en las que no hesentido la terrible depresión mental y el agotamiento físico…

Es necesario que me diga a mí misma que no debí haber *optado* por tener más hijos, que estaba empezando a buscar un tiempo, no muy lejano, en que volvería a ser libre, a no estar ya tan cansada físicamente, en busca de una vida más o menos intelectual y creativa… Ahora, la *única* forma de desarrollarla es a través de un trabajo más arduo, más continuado, más ajustado de lo que mi vida actualpermite. Otro hijo significa posponerlo algunos años más… y, a mi edad, los años son importantes, y no pueden desaprovecharse a la ligera, porque sí.

Y, sin embargo, algo llamado naturaleza, o ese poderoso fatalismo de la criatura humana, me lleva a cobrar conciencia de que lo inevitable es ya parte de mí, pero no como algo contra lo que no hay que luchar, sino como una nueva arma

contra el desvarío, el estancamiento y la muerte espiritual. (Pues realmente he temido a la muerte, el desmoronamiento en la muerte de esa fisonomía recién nacida, por cuyo nacimiento luché toda mi vida: un yo reconocible, autónomo, una creación en la poesía y en la vida.)

Si es necesario hacer un esfuerzo mayor, lo haré. Si hay que vivir con una desesperación mayor, creo que puedo anticiparla en su justa medida y vivir con ella.

Mientras tanto, de una forma curiosa y sorprendente, damos la sincera bienvenida al nacimiento de nuestro hijo.

Había, desde luego, un margen tanto económico como espiritual que me permitía pensar que el nacimiento del tercer hijo no era una garantía contra la muerte, sino una «nueva arma contra la muerte». Mi cuerpo, a pesar de las manifestaciones recurrentes de artritis, estaba muy sano. Tomé las debidas precauciones prenatales. No estábamos viviendo precisamente al borde de la malnutrición; me constaba que todos mis hijos podían ser alimentados y vestidos y respirarían aire puro. Pero, en otro sentido, más allá de lo físico, sabía que luchaba por mi vida a través de, contra y con las vidas de mis hijos, a pesar de tener claras muy pocas cosas. Intenté darme a luz a mí misma; y de una manera oscura y cruel estaba decidida a utilizar incluso el embarazo y el parto en beneficio de este proceso.

Antes del nacimiento de mi tercer hijo, decidí esterilizarme, no concebir nunca más. (Esta operación no implica ningún cambio en el organismo femenino; la ovulación y la menstruación continúan. Sin embargo, el lenguaje sugiere un corte o una quema de lo esencial de la feminidad, así como la antigua palabra «estéril» sugiere a una mujer eternamente vacía y carente.) Si bien mi marido apoyó mi decisión, me preguntó si estaba segura de que la operación no me haría sentir «menos femenina». Para poder llevarla a cabo, tuve que presentar una carta, firmada además por mi marido, asegurando al comité de médicos que daban su aprobación para este tipo de intervenciones que ya había tenido tres hijos, y dejar claras las razones por las cuales no deseaba concebir más. Como durante algunos años había padecido reumatismo y artritis, podía ofrecer una razón que el equipo masculino encargado de mi caso aceptara; mi propio juicio no habría sido suficiente. Cuando me desperté de la operación, veinticuatro horas después del nacimiento de mi hijo, una joven enfermera miró mi ficha y señaló con frialdad: «Se ha hecho castrar, ¿verdad?».

Margaret Sanger, la primera gran proselitista del control de la natalidad, dice que de los primeros cientos de mujeres que le escribieron suplicando información anticonceptiva a principios del siglo xx todas hablaban de su deseo de tener más salud y fuerza para

ser mejores madres con los hijos que ya tenían; o deseaban ser físicamente afectuosas con sus maridos sin temor a la concepción. Ninguna se negaba a la maternidad o pedía una vida más sencilla. Aquellas mujeres —la mayoría pobres, todavía adolescentes y con varios hijos— comprendían la imposibilidad de seguir comportándose «a conveniencia» de su familia, que esperaba de ellas que continuaran sirviendo y criando. Sin embargo, siempre ha habido y todavía hay un gran temor ante la perspectiva de que las mujeres tengan la última palabra sobre cómo ha de ser utilizado su cuerpo. Es como si el sufrimiento de la madre y la identificación primera de la mujer *como* madre fueran muy necesarios para la base emocional de la sociedad humana; como si la voluntad de mitigar o suprimir este sufrimiento y esta identificación tuviera que combatirse en todos los niveles, hasta el extremo de negarse siquiera a plantearla.

3

«*Vous travaillez pour l'armée, madame*?» [Trabaja usted para el ejército, señora?], me preguntó una mujer francesa a principios de la guerra de Vietnam, cuando supo que tenía tres hijos.

> Abril de 1965
>
> Rabia, cansancio, desmoralización. Repentinos ataques de llanto. Sensación de insuficiencia frente al instante y a la eternidad…
>
> Paralizada por la sensación de que existe una mezcla de relaciones entre, por ejemplo, mi rechazo y mi rabia contra mi hijo mayor, mi vida sensual, mi pacifismo y el sexo (entendido en su sentido más amplio; no simplemente como deseo físico). Se trata de una comunicación que, si puedo captarla y hacerla válida, me devolverá mi yo y hará posible que funcione lúcida y con pasión. Sin embargo, busco a tientas dentro y fuera, entre las hebras de esta maraña oscura…

Lloro y lloro, y la sensación de falta de fuerzas se extiende como un cáncer por todo mi ser.

> Agosto de 1965 a las 3:30 de la madrugada
>
> Necesidad de una disciplina más inflexible para mi vida.
>
> Reconozco la inutilidad de la rabia ciega.
>
> Utilizo mejor, para el trabajo y la soledad, las horas en que los niños están en la escuela.

Me niego a que me aparten de mi forma de vida.
Menos gasto.
Ser más y más dura en los poemas.

Una sola vez alguien me preguntó: «¿Nunca escribe poemas sobre sus hijos?». Los poetas, hombres, de mi generación sí escribieron poemas sobre sus hijos, especialmente sobre sus hijas. Para mí, la poesía era el sitio donde vivía sin ser la madre de nadie, donde existía como yo misma.

Los momentos malos y los buenos son inseparables para mí. Recuerdo los días, la época en que, dando el pecho a cada uno de mis hijos, veía aquellos ojos totalmente abiertos mirando los míos, y me daba cuenta de que estábamos aferrados el uno al otro, no solo por el pecho y la boca, sino también por la mirada: la profundidad, la calma, la pasión de aquella mirada azul oscura, dirigida con madurez. Recuerdo el placer físico al sentir que mi pecho pleno era succionado, en un momento en que no tenía otro placer físico en el mundo excepto el placer culpable de comer como si me drogara. Recuerdo, al principio, la sensación de conflicto, de un campo de batalla que ninguno de los dos había elegido, de ser una observadora que, me gustara o no, era, además, un actor en una lucha sin fin de voluntades. Esto era lo que para mí significaba tener tres hijos de menos de siete años de edad. Pero también recuerdo el cuerpo de cada hijo mío, la esbeltez cimbreante, la suavidad, la gracia, la belleza de los niños a quienes aún no se ha enseñado que el cuerpo del hombre debe ser rígido. Recuerdo momentos de paz cuando, por alguna razón, me era posible ir sola al baño. Recuerdo verme arrancada siempre del sueño ligero para responder a alguna pesadilla infantil, levantar una manta, calentar agua, llevar a un niño semidormido al cuarto de baño. Recuerdo haber vuelto a la cama completamente despierta, con los ojos vidriosos de rabia, sabiendo que mi sueño interrumpido haría del día siguiente un infierno, que habría más pesadillas, más necesidades de consuelo porque, aparte de mi cansancio, sentiría rabia contra aquellos niños por razones que ellos no podían comprender. Recuerdo haber pensado que nunca más soñaría (el inconsciente de la madre joven, ¿dónde confía sus mensajes, cuando se le niega el sueño durante años?).

Durante varios años evité recordar la primera década de la vida de mis hijos. Como instantáneas de ese período, veo a una mujer joven, sonriente, vestida con ropa maternal, inclinada sobre un niño medio desnudo; poco a poco, deja de sonreír, pone una mirada distante, a medias melancólica, como si estuviera escuchando algo. Cuando mis hijos empezaron a hacerse mayores, yo empecé a cambiar mi vida, empezamos a hablar entre nosotros de igual a igual. Juntos vivimos

mi separación y el suicidio de su padre. Nos transformamos en supervivientes, cuatro personas diferenciadas con fuertes lazos que nos unían. Porque siempre traté de decirles la verdad, porque cada signo de su nueva independencia significaba para mí una nueva libertad, porque confiábamos en nosotros a pesar de desear cosas diferentes, ellos aprendieron, desde muy pequeños, a confiar en sí mismos y a abrirse a lo desconocido. Alguien me dijo en una ocasión que si habían sobrevivido a mis ataques de cólera y a los reproches que me hacía a mí misma, y todavía confiaban en mi amor y en el que sentían entre sí, se debía a que eran tres individuos muy fuertes. Su vida no ha sido ni será una vida fácil, pero su existencia me parece un regalo para mí, en virtud de su vitalidad, humor, inteligencia, amabilidad y amor a la vida, y de las distintas corrientes que, aquí y allí, se mezclan con la mía. No sé cómo pudieron llegar a ese reconocimiento mutuo y de cada uno a partir de su infancia resguardada y de mi maternidad resguardada. Tal vez ese reconocimiento mutuo, superpuesto a las circunstancias tradicionales y sociales, estuvo siempre allí, desde aquella primera mirada entre la madre y el hijo que succiona el pecho. Lo único que sé es que durante años creí que nunca había sido la madre de nadie; sentía mis propias necesidades de una forma tan aguda que a menudo las expresaba con violencia. Fui Kali, Medea, la marrana que devora a su cría, la mujer indigna de ser mujer que huye de su feminidad, un monstruo nietzscheano. Aún hoy, cuando leo antiguos diarios míos, cuando recuerdo, siento dolor y furia; pero mis objetivos ya no son ni mis hijos ni yo. Siento dolor por la pérdida de todos aquellos años, y furia ante la mutilación y manipulación de las relaciones entre madre e hijo, que es la más importante fuente original y experiencia del amor.

Un día, a comienzos de la primavera de 1970, me encontré en la calle con una amiga mía. Llevaba un niño pequeño contra su pecho, en un cabestrillo de algodón brillante; la cara del pequeño estaba apretada contra la blusa de ella, y su manecita se aferraba a un trozo de tela. «¿Qué tiempo tiene?», pregunté. «Solo dos semanas», me dijo la madre. Me asombró que me entraran ganas de tener, una vez más, ese ser pequeño, nuevo, apretado contra mi cuerpo. El recién nacido pertenece a ese sitio, arrollado, suspendido, dormido entre los pechos de la madre, como perteneció al útero cuando estaba encogido dentro de él. La joven madre —que tiene ya otro niño de tres años de edad— explicó lo rápidamente que una olvida el puro placer de tener a la nueva criatura, inmaculada, perfecta. Y me despedí de ella ebria de recuerdos, de envidia. Sin embargo, sé otras cosas: que su vida está muy lejos de ser sencilla. Es una licenciada en matemáticas que tiene ahora dos hijos de menos de cuatro años; está viviendo al ritmo de otras vidas: no solo del llanto regular del recién nacido, sino también

de las necesidades del pequeño de tres años y de los problemas de su marido. En el edificio donde vivo, las mujeres todavía crían solas a sus hijos, viven todos los días dentro de sus unidades familiares individuales, lavan la ropa, juntan los triciclos para llevarlos al parque, aguardan a que el marido llegue a casa. Hay un equipo de canguros y un cuarto de juegos para los niños. Los fines de semana, los padres jóvenes empujan los cochecitos, pero el cuidado del hijo es todavía responsabilidad individual de la mujer, de ella sola. Envidio la sensualidad de tener un niño de dos semanas apretado contra mi pecho, pero no envidio el tumulto del ascensor lleno de niños, los recién nacidos aullando en el lavadero, el apartamento en invierno donde los niños de siete y ocho años, encerrados, solo tienen un adulto para atender a sus frustraciones, para darles seguridad, para ser el fundamento de su vida.

4

Hay que decirlo: esta es la condición humana, la imbricación de dolor y placer, de frustración y plenitud. Hace quince o dieciocho años habría tenido que decirme lo mismo. Pero la institución patriarcal de la maternidad no es la «condición humana», de la misma manera que no lo son ni la violación, ni la prostitución ni la esclavitud. (Quienes hablan ampliamente de la condición humana son, por lo general, quienes no conocen la opresión del sexo, la raza o la servidumbre.)

La maternidad —silenciada en las historias de conquista y servidumbre, guerras y tratados, exploración e imperialismo— tiene una historia, tiene una ideología, es más fundamental que el tribalismo o el nacionalismo. Mi dolor individual, aparentemente íntimo como madre, es el dolor individual y aparentemente íntimo de las madres que me rodean y de las que fueron antes que yo, sea cual sea su clase y el color de su piel. En todo caso, el poder reproductor de la mujer está regulado por los hombres en cada uno de los sistemas totalitarios y en cada revolución socialista, y también a los hombres corresponde el control legal y técnico de la anticoncepción, la fertilidad, el aborto, la obstetricia, la ginecología, los experimentos reproductivos extrauterinos… Todos estos elementos son esenciales para el sistema patriarcal, así como lo es la condición negativa o sospechosa de las mujeres que no son madres.

En la mitología patriarcal, en el simbolismo onírico, en la teología y en el lenguaje hay dos ideas que van juntas: la primera señala que el cuerpo de la mujer es impuro, corrupto, receptáculo de descargas y hemorragias peligrosas para la masculinidad, fuente de contaminación

física y espiritual, «instrumento del demonio». En segundo lugar, la mujer, como madre, es benéfica, sagrada, pura, asexual y nutricia, y la potencialidad física de la maternidad —el mismo cuerpo con sus hemorragias y sus misterios— es su único destino y la única justificación de su vida. Ambas ideas han arraigado profundamente en las mujeres, incluso entre las más independientes, entre las que parecen llevar una vida más libre.

A fin de mantener estas dos nociones, cada una en su contradictoria pureza, la imaginación masculina se ha visto obligada a dividir a las mujeres, para vernos y obligarnos a nosotras mismas a vernos polarizadas en buenas y malas, fértiles y estériles, puras o impuras. La esposa ángel asexuada y la prostituta victorianas eran instituciones creadas para satisfacer ambos conceptos, que nada tienen que ver con la sensualidad real de las mujeres, y en cambio sí —y mucho— con la experiencia subjetiva que los hombres tienen de las mujeres. La conveniencia política y económica de este tipo de pensamiento se manifiesta de la manera más desvergonzada y fanática en ámbitos donde el sexismo y el racismo se han convertido en una sola y misma cosa. El historiador social A. W. Calhoun recuerda cómo los hijos de los plantadores blancos fomentaban la violación de mujeres negras, con el firme propósito de producir más mulatos, ya que estos tenían más valor en el mercado de esclavos. Cita a dos escritores sureños de mediados del siglo xix:

> Lo más difícil de soportar para la raza blanca en tiempos de la esclavitud era la mujer africana de fuertes instintos sexuales pero carente de conciencia sexual, sentada a la puerta del hombre blanco, en la casa del hombre blanco.[…] En la institución de la esclavitud, lo que suponía un ataque contra la integridad de la civilización blanca era la insidiosa influencia de la mujer híbrida y lasciva en el momento en que la resistencia era más débil. En la pureza sin compromiso de la mujer blanca de las clases más altas descansa la única seguridad para la futura pureza de la raza.[7]

La maternidad a raíz de una violación no es solo degradante; la mujer violada se convierte en el criminal, en el *agresor*. Pero ¿quién llevó a la mujer negra a la puerta del hombre blanco, a quién le faltó la conciencia sexual que dio a luz los niños mulatos financieramente rentables? ¿Por qué no se ha preguntado si la madre y esposa blanca y «pura» no fue también violada por el agricultor blanco, ya que se suponía que también ella carecía de «fuerte instinto sexual»? En el sur de Estados Unidos, así como en otras partes, era económicamente necesario que nacieran niños; las madres, blancas y negras, eran los

medios para este fin.

Ni la mujer «pura» ni la mujer «lasciva», ni la llamada amante ni la esclava, ni la mujer alabada por haberse reducido a la condición de animal de cría, ni la mujer humillada y clasificada como «vieja ama» o como «marimacho» han tenido una autonomía verdadera o una personalidad que conquistar a partir de esta subversión del cuerpo femenino (y más aún de la mente femenina). Sin embargo, como las ventajas a corto plazo son a menudo las únicas visibles para los impotentes, nosotras también hemos tomado parte en la perpetuación de esta subversión.

5

La mayor parte de los libros dedicados a la crianza y a la psicología infantil han dado por supuesto que el proceso hacia la individuación constituye, esencialmente, el drama del niño, representado contra y con un padre o unos padres, que, para bien o para mal, le son impuestos. Nada podía haberme preparado para asumir la idea de que yo *era* una madre, uno de esos elementos impuestos, cuando supe que yo misma estaba todavía sin formar. Aquella mujer serena, segura, sin ambivalencias, que se movía entre las páginas de los manuales que leía entonces, se parecía tan poco a mí como un astronauta. A decir verdad, nada me había preparado para la intensa relación que me unía con la criatura que llevé en el cuerpo y que ahora tenía en mis brazos y alimentaba con mis pechos. Se insta a las mujeres, con el embarazo y la crianza, a relajarse, a remedar la serenidad de una *madonna*. Nadie habla de la crisis física que sobreviene con la concepción del primer hijo, la reanimación de sentimientos enterrados sobre la propia madre, la sensación confusa de poder y de impotencia, de ser poseída por un lado y de tener al alcance, por otro, fuerzas físicas y psíquicas y una sensibilidad acrecentada que puede ser excitante, que puede llevar al aturdimiento y a la extenuación. Nadie habla de la extrañeza de la atracción —que puede ser tan ingenua y obsesiva como en los días del primer amor— por un ser tan pequeño, tan dependiente, tan replegado en sí mismo, que es y no es parte de una misma.

Desde el principio, los cuidados que la madre prodiga a su hijo están comprometidos con un diálogo que cambia continuamente hasta cristalizar en esos momentos en que, cuando oye el llanto de su hijo, siente que la leche le sube a los pechos; cuando, en el momento en que el niño chupa por primera vez, el útero se contrae y recobra su forma normal; cuando, más tarde, la boca del niño acaricia el pezón, y levanta oleadas de sensualidad en el vientre donde una vez estuvo

alojado; o cuando, oliendo el pecho, incluso dormido, el niño empieza a buscar a tientas el pezón.

El niño obtiene la primera sensación de su existencia a través de los gestos y las expresiones que constituyen las respuestas de la madre. Es como si él, en los ojos de la madre, en su sonrisa, en sus caricias, leyera por primera vez el mensaje que le dice: *¡Estás aquí!* Y también la madre descubre su propia y flamante existencia. Ella se relaciona con este nuevo ser a través de los hilos más corrientes e invisibles, de una forma en la que no puede relacionarse con nadie más que con su propia madre cuando, hace tanto tiempo, era una recién nacida. También ella necesita luchar para salir de la intensidad de esta relación unívoca para reafirmar su relación consigo misma.

El acto de amamantar a un recién nacido, como el acto sexual, puede ser tenso, físicamente doloroso, cargado de sentimientos culturales de insuficiencia y culpa; o, como el acto sexual, puede ser físicamente delicioso, una experiencia serena, pletórica de tierna sensualidad. Así como los amantes deben separarse después del acto sexual y convertirse de nuevo en individuos autónomos, así también la madre tiene que destetarse del niño y viceversa. En todas las teorías psicoanalíticas sobre crianza de los hijos, se hace hincapié en «dejar que el niño se vaya», en su propio beneficio. Pero la madre necesita dejar que se vaya tanto por él como por ella misma.

La maternidad, en el sentido de una relación intensa y recíproca con un hijo en particular o con los hijos, es *una parte* del proceso femenino; no se trata de una identidad permanente. El ama de casa de cuarenta y tantos años puede decir bromeando: «Me siento como si estuviera desocupada». Pero, a los ojos de la sociedad, una vez hemos sido madres, ¿qué somos sino madres para siempre? El proceso del «destete» —aunque se nos acusa si no pasamos por él— es un acto de rebelión contra la raíz de la cultura patriarcal. No basta con dejar que nuestros hijos se vayan; necesitamos una personalidad propia a la que volver. Parir un hijo y criarlo es haber cumplido lo que el patriarcado unido a la fisiología definen como feminidad. Pero también puede significar la experiencia del propio cuerpo y de las emociones de una forma por demás intensa. Experimentamos no solo cambios físicos, carnales, sino también de carácter. Aprendemos, a menudo mediante una autodisciplina dolorosa y una autocauterización, las cualidades que se nos suponen «innatas»: paciencia, sacrificio, voluntad para repetir sin fin las pequeñas tareas rutinarias de socializar al ser humano. Estamos también, muchas veces para nuestro asombro, poseídas por sentimientos de amor y de violencia de una fuerza hasta entonces desconocida. (Una pacifista famosa, madre a su vez, dijo hace muy poco desde una tribuna: «Si alguien le pone a mi hijo la mano encima, lo mato».)

Estas y similares experiencias no se pueden descartar fácilmente. Es asombroso que a mujeres que aprietan los dientes ante las exigencias continuas del cuidado infantil les sea todavía difícil reconocer la creciente independencia de sus hijos respecto a ellas; todavía creen que deben quedarse en casa con el oído siempre atento a una emergencia, al instante en que se las necesita. Los hijos crecen, y la curva no asciende suave, sino escarpadamente. Sus necesidades son tan inconstantes como el tiempo. Las «normas» culturales son incapaces de decidir, en un niño de ocho o diez años, qué género de vida va a llevar en el futuro, o cómo se comportará ante lo imprevisto, la soledad o el hambre. Constantemente se nos imbuye de la idea de que la existencia humana es lineal, mucho antes de entrar en el laberinto de la pubertad, porque un ser humano de seis años sigue siendo un ser humano.

En una cultura tribal, y asimismo en una cultura feudal, un niño de seis años tendría obligaciones de peso; los nuestros no tienen ninguna. Además, de la mujer que está en la casa con los hijos nadie cree que esté haciendo un trabajo serio. La idea es que actúa guiada solamente por su instinto maternal, dedicada a tareas a las que un hombre jamás se dedicaría, y carente de todo sentido crítico respecto de lo que hace. Así, se desestima tanto al niño como a la madre porque únicamente los hombres adultos y las mujeres que reciben un salario por su trabajo se consideran «productivos».

Las relaciones de poder entre madre e hijo casi siempre son un reflejo de las relaciones de poder en la sociedad patriarcal: «Harás esto porque yo sé que es bueno para ti». Es difícil distinguir esta expresión de esta otra: «Harás esto porque yo puedo *hacerte*». Las mujeres débiles siempre han utilizado la maternidad como un canal —angosto y profundo— al servicio de su propia voluntad humana de poder, de su necesidad de devolver al mundo lo que les ha sido otorgado. El niño al que hay que arrastrar del brazo para llevarlo al baño, el niño halagado, tiranizado y engañado para que «coma un bocado más» de una comida detestable es algo más que un simple niño que debe ser criado de acuerdo con la tradición cultural de la «buena madre». Ese niño es un trozo de la realidad, del mundo, sobre el que puede influir, y decisivamente, una mujer a la que se restringe toda forma de influencia que no sea sobre materiales inertes como el polvo o la comida.[8]

6

Cuando intento volver al cuerpo de la joven de veintiséis años,

embarazada por primera vez, que huyó del conocimiento físico de su embarazo y también de su intelecto y de su vocación, me doy cuenta de que, efectivamente, estaba alienada por la institución —no por el hecho en sí— de la maternidad en mi cuerpo verdadero y en mi verdadero espíritu. Esta institución —la fundación de la sociedad humana tal como la conocemos— no me permitió más que ciertas visiones, ciertas expectativas encarnadas, en todo caso, en el fichero de mi ginecólogo, en las novelas que había leído, en el beneplácito de mi suegra, en los recuerdos de mi propia madre, en la *Madonna* de la Capilla Sixtina o en la *Pietà* de Miguel Ángel, en la noción flotante de que una mujer embarazada es una mujer serena en su plenitud o, simplemente, una mujer que espera. A las mujeres siempre se las ha visto como las que esperan: a que se les pregunte, a que se presente su menstruación, con el temor de que les falle; esperan a que los hombres vuelvan a casa de la guerra o del trabajo, a que los hijos crezcan, a que nazcan o a que llegue la menopausia.

Durante mi propio embarazo tuve que lidiar con esta espera, con este destino femenino, negando cualquier aspecto activo o vigoroso de mí misma. Me disocié tanto de mi experiencia física, inmediata y actual, como de la vida de lectura, pensamiento y creación literaria. Como una viajera que, mientras espera en un aeropuerto la salida del avión que lleva varias horas de retraso, hojea revistas y rebusca en tiendas mercancías que no le interesan, yo me comprometí con una serenidad exterior y con un profundo aburrimiento interior. Si el aburrimiento no es más que la máscara de la ansiedad, como mujer he aprendido a aburrirme cabalmente en vez de considerar la ansiedad que subyace en la tranquilidad de mi Sixtina. Mi cuerpo, cuya autenticidad es insobornable, me pasó la factura: resulté alérgica al embarazo.

He llegado a creer, como se verá a lo largo de este libro, que la biología femenina —la sensualidad intensa y difusa que irradia del clítoris, de los senos, del útero, de la vagina; los ciclos lunares de la menstruación; la gestación y la fruición de la vida que pueden darse en el cuerpo de una mujer— tiene implicaciones mucho más radicales de lo que hasta ahora hemos podido apreciar. El pensamiento patriarcal ha limitado la biología femenina a sus propias y estrechas especificaciones. La visión feminista se ha apartado de la biología femenina por estas razones; pero creo que acabará viendo nuestra entidad física como un recurso en vez de como un destino. A fin de vivir una vida humana plena, no solamente exigimos el *control* de nuestro cuerpo (aunque este sea un requisito previo); debemos captar la unidad y resonancia de nuestro cuerpo, nuestro vínculo con el orden natural, el fundamento físico de nuestra inteligencia.

La antigua y constante envidia, el temor y hasta el terror del

hombre a la capacidad de la mujer de crear la vida, se ha transformado repetidamente en odio a cualquier otro aspecto creativo de la mujer. No solamente se la ha reducido a la maternidad, sino que también se le ha dicho que sus creaciones estéticas e intelectuales no eran apropiadas ni consecuentes, sino escandalosas, un intento de convertirse «en hombres» o de escapar a las tareas verdaderas de la feminidad adulta: el matrimonio y los hijos. «Pensar como un hombre» ha sido un halago o una limitación para las mujeres que han querido escapar de la trampa del cuerpo. Da igual que muchas intelectuales y artistas hayan dicho una y otra vez que primero eran «seres humanos» y mujeres tan solo accidentalmente, da igual que hayan restado importancia a su físico o a sus vínculos con otras mujeres. El cuerpo ha acabado siendo tan problemático para las mujeres que a menudo han preferido prescindir de él y viajar como un espíritu incorpóreo.

Pero esta reacción en contra del cuerpo está derivando hacia una síntesis con los nuevos planteamientos sobre el actual poder real inherente a la biología femenina —en oposición al poder culturalmente impuesto—, independientemente de la forma que elijamos para ejercerlo, y en ningún caso se limitará a la función maternal.

Mi propia historia, que se entrelaza con el texto de este libro, es solamente una historia. Con lo que finalmente me comprometí fue con la determinación de poner remedio a la separación entre cuerpo y espíritu, en la medida en que puede hacerlo una mujer individualmente y, a ser posible, con otras mujeres. Me propuse no perderme nunca más psíquica y físicamente de aquella manera. Poco a poco, empecé a entender la paradoja que había en «mi» experiencia como madre; aunque distinta de la experiencia de otras mujeres, no era única, y solo liberándome de la ilusión de mi unicidad podía acariciar la esperanza de tener una vida auténtica como mujer.

ESCRITORA GRACIAS A, NO A PESAR DE, SUS HIJOS

De *In Search of Our Mother's Garden: Womanist Prose* (1976)

Alice Walker

Alice Walker (Eatonton, Georgia, 1944) es autora de un gran número de novelas y ensayos. Entre las primeras cabe mencionar *Meridian* (1976), *El color púrpura* (1982), que ganó el Premio Pulitzer y el Premio Nacional del Libro, *El templo de mis amigos* (1989), *En posesión del secreto de la alegría* (1992) y *Now Is the Time To Open You Heart* (2004). Entre sus ensayos destacan la recopilación *In Search of Our Mothers' Gardens: Womanist Prose [A la búsqueda de los jardines de nuestras madres: prosa mujerista]* (1983), a la cual pertenece el texto que reproducimos a continuación, *Warrior Marks* (1993) y *Overcoming Speechlessness* (2010). Ha escrito también un libro de memorias, *Chicken Chronicles* (2011).

Otra escritora y yo estábamos hablando de lo difícil que es volver al trabajo inmediatamente después del parto.

—Yo estuve un año —dije— sin escribir nada que no sonara como si hubiera de fondo un niño llorando.

—Pues a mí —contestó ella, echándose hacia delante—, me entraba una melancolía tan grande cuando intentaba pensar en escribir que estuve varios meses aletargada. Por suerte —añadió, todavía frunciendo el ceño al recordar una situación tan deprimente —, siempre tuve ayuda doméstica todo el día.

A mí, que solo tenía una canguro tres tardes a la semana, me pareció una desfachatez que comparase su mala situación con la mía.

Lo que esta mujer y yo necesitábamos para analizar nuestra vida con perspectiva era el libro de Buchi Emecheta *Second Class Citizen* [Ciudadana de segunda].

Fue la dedicatoria de esta novela lo que me animó a leerla, porque es exactamente el tipo de dedicatoria que yo no me imaginaba haciendo.

> A mis queridos hijos,
> Florence, Sylvester, Jake, Christy y Alice,
> porque sin su dulce ruido de fondo
> habría sido imposible escribir este libro.

¿A qué mujer puede parecerle «dulce» el «ruido de fondo» de cinco niños? Pensé que la dedicatoria quizá escondía una culpa maternal no reconocida, pero Emecheta es novelista y madre, y si escribe es porque es las dos cosas.

Adah, el personaje principal de *Second Class Citizen*, no guarda ningún recuerdo de su existencia antes de los ocho años. No está segura de que tuviera ocho años, porque «como ves, era una niña. Una niña que había llegado cuando todo el mundo esperaba y predecía un niño. Por eso, por la enorme decepción de sus padres, de su familia más cercana, de su tribu, nadie se preocupó de registrar qué día nació». La «tribu» de Adah son los igbo de Nigeria, y entre los igbo la única función de la mujer es trabajar en casa sin descanso y tener un montón de hijos, preferiblemente varones.

Es su hermano Chico quien va al colegio todos los días mientras Adah se queda en casa aprendiendo las tareas de la mujer casada. Adah, que es inteligente y tiene muchísimo interés por aprender a leer, se escapa para ir al colegio. Al ver que sus ganas de aprender son tan evidentes, la dejan que se quede. Los maestros señalan a los padres de Adah que, como su hija tendrá una educación superior a la de las demás chicas de su edad, su precio como novia será más alto. En resumidas cuentas, que podrán ganar dinero con ella.

Los años pasan para Adah: sueña con ir a Inglaterra (que se imagina como una especie de paraíso) mientras trabaja sin descanso en casa a la vez que estudia, porque le encanta estudiar. Pero, cuando llega el momento de ir a la universidad, y habiéndose quedado huérfana, descubre que por no tener familia no se le permite hacer los exámenes necesarios. Porque a las mujeres que viven solas en la sociedad igbo se las tacha de prostitutas, y al ver que necesita una familia para continuar sus estudios, Adah se casa con Francis, un eterno estudiante, vago y malcriado, que la considera de su propiedad. (Y en la sociedad igbo, efectivamente lo es.) Desesperada por destacar en su clan (una mujer que tiene muchos hijos alcanza finalmente el mismo rango que un hombre), Adah tiene dos hijos seguidos e impresiona a todo el mundo por su capacidad reproductiva, a la vez que se aferra a su puesto de funcionaria, bien remunerado, en el

consulado de Estados Unidos. Cuando sigue a Francis a Londres, se da cuenta de que semejante velocidad reproductiva allí no está bien vista. Con los niños todavía a remolque y un marido que se conforma con ser un ciudadano de segunda, que se resigna a vivir en una casucha (casi nadie, ni ingleses ni no ingleses, alquila una casa a «africanos con niños»), Adah tiene que adaptarse a un país abrumadoramente racista y a personas que parecen incapaces de tratar con dignidad a quienes antiguamente fueron sus súbditos.

Desoyendo el consejo de su marido, que insiste que ahora es una ciudadana de segunda y tiene que aceptar un trabajo en una fábrica, como todas las mujeres africanas, Adah busca un empleo mejor, en una biblioteca. Para perplejidad de Francis, lo consigue, pero tiene que dejarlo poco después porque vuelve a quedarse embarazada.

Su vida es horrorosa: Francis la maltrata físicamente, por frustración, porque él no ha aprobado los exámenes para estudiar en Inglaterra, el motivo de su viaje; sus compatriotas, hombres y mujeres, la tratan con antipatía y no la ayudan, porque les parece una engreída, con su trabajo de primera clase; los embarazos son duros y los niños se ponen malos cada dos por tres. Pero, a pesar de todo, Adah consigue ver la situación desde una perspectiva cultural que le impide caer en la autocompasión. Desde muy pronto establece una diferencia entre su marido y sus hijos: «Aunque no tuviera nada que agradecerle a Francis, aún podía agradecerle que le hubiera dado hijos, porque lo cierto es que antes nunca había tenido nada».

Y es entonces cuando Adah toma la decisión que a mí me impresiona y me parece importante para todas las artistas con hijos. Ya que sus hijos algún día serán adultos, reflexiona, hará realidad la ambición de su vida no solo por sí misma, sino también por ellos. Esa ambición es escribir una novela, y se pone a escribir el día que deja a su hijo mayor en la guardería por primera vez, mientras los dos pequeños echan una siesta. Como la novela está escrita para los adultos que llegarán a ser sus hijos, no le molesta que las distracciones y las alegrías que ellos representan en su vida, como niños, sean parte de la historia. (Coincido en que es más sano, en cualquier caso, escribir para los adultos que algún día llegarán a ser los hijos que para los niños que normalmente son los críticos «maduros» de una.)

De este modo, Adah integra la profesión de escritora en el concepto cultural de la madre trabajadora que conserva de la sociedad igbo. Si la madre africana ha sido tradicionalmente la encargada de plantar los cultivos, moler el maíz y lavar la ropa con los niños atados a la espalda, ella puede escribir una novela mientras sus hijos juegan en la misma habitación.

El marido destruye su primera novela. Dice que a sus padres les avergonzará tener una nuera que escribe. Adah se separa de Francis y

empieza a escribir otro libro. Para mantenerse trabaja en una biblioteca, donde se divierte oyendo los dramas, tan simples en su opinión, que sus colegas británicos y estadounidenses se empeñan en contarle. Adah escribe su novela a ratos perdidos, cuando los niños aún no se han despertado o están jugando, no precisamente tranquilos.

La solapa del libro refleja la similitud entre la vida de Adah y la de la autora: «Buchi Emecheta nació en 1944 cerca de Lagos, en Nigeria, fue al colegio y luego se casó. En 1962 llegó a Londres, donde sigue viviendo con sus cinco hijos y trabajando entre la juventud negra de Paddington. Saca tiempo para escribir levantándose todos los días a las cuatro de la mañana, antes de que se impongan las exigencias de los niños y el trabajo».

Que esto sea remotamente posible obliga a reconsiderar las ideas tradicionales de Occidente sobre cómo se produce el arte. Nuestra cultura separa las obligaciones de criar a los hijos de las del trabajo creativo. Yo siempre he necesitado tranquilidad absoluta y un sitio mío para trabajar (a ser posible con vistas a un jardín). Otras han necesitado diferentes versiones de la torre de marfil o una comunidad de artistas.

Second Class Citizen, aunque no es un trabajo interesante desde el punto de vista estilístico, y a pesar de su fuerte carga autobiográfica, sigue siendo una novela válida. Y buena. Hace preguntas esenciales sobre cómo vivir la vida creativa y la vida prosaica, y con qué objetivo, y eso es más de lo que hacen algunos libros escritos mientras se destierra a los hijos de la propia vida. *Second Class Citizen* es uno de los libros más instructivos que he leído nunca sobre la vida en el África contemporánea.

MADRES ESCRITORAS: LA SITUACIÓN BÁSICA

De *Silences* (1978)

Tillie Olsen

Tillie Olsen (Wahoo, Nebraska, 1912-Oakland, California, 2007), líder sindical, activista comunista en la década de 1930, reportera, publicó su primer libro en 1961, *Dime una adivinanza*, cuatro cuentos unidos por personajes de una misma familia; uno de ellos, el que da título al libro, ganó ese año el Premio O. Henry. En 1978 su estudio *Silences*, sobre los períodos de silencio de los escritores y las dificultades para escribir de las mujeres y la clase obrera, no tardó en convertirse en un pequeño clásico; de él procede el texto que reproducimos a continuación. Fue profesora en el Amherst College, en el MIT, en la Universidad de Stanford y en el Kenyon College. Entre otros galardones recibió el Premio a la Distinguida Aportación a la Literatura Americana concedido por la Academia Americana y los Institutos de Artes y Letras Americanas.

> … que solo con el sacrificio de su mejor obra pueden crear y criar hijos…
>
> W. E. B. Du Bois, *The Damnation of Women Again*

Cuando un hombre se convierte en escritor, para él supone un simple cambio de trabajo. Dedica a su nueva labor una parte del tiempo que hasta ahora había dedicado a otros objetivos… y otro comerciante, abogado o médico ocupará su plaza vacante y probablemente lo hará tan bien como él. Pero no hay sustituto que pueda cumplir la silenciosa y rutinaria tarea de la hija, la esposa o la madre… En la vida, el trabajo principal de una mujer rara vez se deja a su elección; tampoco puede librarse de las responsabilidades domésticas que le

corresponden como individuo para ejercer los talentos más espléndidos que se pueden conceder. Sin embargo, tiene que aceptar la responsabilidad añadida implícita por el mismo hecho de poseer estos talentos. No debe ocultar su don debajo de la alfombra; le ha sido otorgado para servir a los demás. Con un espíritu humilde y fiel, tiene que luchar para hacer lo que no es imposible.

Elizabeth Gaskell, *Vida de Charlotte Brontë* (1857)

El mismo hecho de que estas necesidades sean reales, de que se sientan como propias, *de que no hay nadie más que se responsabilice de ellas*, les da prioridad.

Silences (1962)

La situación básica: la primera expresión (1838)

—Ven, Harriet —dije, al verla ocupándose de un recién nacido y mirando a los otros dos que aprendían a caminar—, ¿dónde está ese artículo de *Souvenir* que le prometí al director que escribirías? Solo te queda el día de hoy para terminarlo y tienes que entregármelo ya.

—Y ya me dirás cómo se puede conseguir, querida amiga… Como mínimo habrá que esperar a que acabe de limpiar la casa y que mi niño termine la fase de dentición.

—Lo de limpiar, puedes dejarlo para mañana, y lo de los dientes del niño no parece que vaya a acabar nunca, por lo que veo…

—Pero… si abajo, en la cocina, hay mil cosas en el horno, aunque haya una «chica nueva» para «ayudar», por no hablar de los preparativos para la limpieza de la casa de la semana que viene. De veras, es imposible.

—Yo no sé para qué sirve el talento si no es para ayudar a una mujer cuando está en apuros… Siéntate en la cocina con tus armas de escribir y, mientras te ocupas de Mina, llena los pocos ratos que tienes con el esfuerzo de tu bolígrafo.

En diez minutos se había sentado (con la niña en su regazo); encima de la mesa, por un lado harina, un rodillo de amasar, jengibre y manteca; por otro, un aparador con huevos, carne de cerdo y judías, y varios utensilios de cocina y, más cerca, un horno calentándose…

—Mina, podrías hacer lo que te he dicho mientras escribo unos minutos hasta que el pan esté listo para amasar. ¿Dónde está la escribanía?

—Está aquí, encima de la tetera. [Interrupciones]

—Ven, ven, ya sabes cómo son estas cosas… Por hoy tenemos que olvidarnos de escribir.

—No, no; puedes dictar igual que puedes escribir. Venga, yo dejo al bebé en la cesta de la ropa y le doy algo para que se distraiga y esté tranquilo; tú puedes dictar y yo escribo. Y ahora… ¿qué escribo?

—Mina, echa un poco de leche en este polvillo blanco.

… etcétera.

Harriet Beecher Stowe (1811-1896), a los veintisiete años, riéndose de sus propios intentos de terminar lo que escribía

Madres escritoras: Harriet Beecher Stowe y una habitación propia

Otro hijo y dos años más tarde, en 1840 («durante un año he cogido la pluma solo para escribir alguna carta de negocios, de esas que son imprescindibles»), tuvo un conato de crisis. Lejos de casa, «confiándole a su marido algunos de sus planes literarios y aspiraciones», a sus (sí) «cariño mío, tienes que ser una mujer de letras», ella respondía:

Nuestros hijos están llegando a una edad en la que todo depende de mis esfuerzos. Su salud es delicada, son nerviosos, se excitan con facilidad y necesitan la atención total de la madre.

¿Acaso es *lícito* que disperse mi atención intentando hacer mis pinitos literarios? […]

[Pero] Si *estoy hecha* para escribir, tengo que tener una habitación, que tendrá que ser *mi* habitación. Me ha venido a la cabeza la habitación de la señora Whipple. Podemos poner la cocina allí. He comprado una alfombra barata y tenemos suficientes muebles en casa para amueblarla, y solo te pido una cosa más, que me dejes poner la puerta de cristal de la habitación de los niños en la mía y así también pondré mis plantas, y con esto seré muy feliz.

Todo el invierno pasado sentí la necesidad de ir a algún lugar donde pudiera estar tranquila. Allí [en el comedor], no podía, pues hay que poner y recoger la mesa todo el tiempo, vestir y lavar a los niños, y todas las obligaciones domésticas, y el constante polvo del hollín y el carbón que invadían la habitación me fastidiaba continuamente y allí nunca me sentí cómoda, a pesar de que hice grandes esfuerzos. Y además, si entraba en la sala donde estabas tú, tenía la sensación de que interrumpía tu trabajo, y sabes bien que tú también tuviste la

> misma sensación. Pero este invierno, deja que pongamos la cocina en esta habitación, y que la tubería suba desde el suelo hasta la habitación de arriba… Tú puedes estudiar junto al fuego de la sala, mis plantas y yo nos quedaremos con la otra habitación. Pondré mis trabajos y todas mis cosas allí y así me sentiré bien instalada y tranquila. Tengo la intención de dedicar cada día un rato a los niños y subirlos conmigo a mi habitación.
>
> [1841]

Planes. Planes. Escritos ocasionales para revistas y, para colmo, solo para incrementar los ingresos de la familia.

Seis hijos y «preocupaciones eternas» después (1846, tenía treinta y cinco años) —como Rebecca Harding Davis, «tras dedicar demasiado tiempo a las relaciones […] se convirtió en una persona ajena a los recursos de su propia naturaleza»—, «se derrumbó». Mientras una hermana iba a su casa a ocuparse de todo, ella estuvo once meses en Vermont, «dando tiempo al manantial para manar otra vez».

Uno de los hijos murió; nació otro. Siguió escribiendo esporádicamente, en las mismas circunstancias que antes:

> [Ahora] ya gano cuatrocientos dólares al año escribiendo, pero no quiero sentirme obligada a hacerlo y, cuando estoy agotada de enseñar a los niños, de cuidar al niño y hacer las compras, y de coser la ropa y zurcir medias, me siento y escribo un artículo para algún periódico.

Como Rebecca, se fue acostumbrando poco a poco al trabajo rápido, inacabado (hecho habitualmente por encargo). El libro que quería escribir «para que el país entero se enterara de cuán execrable es la esclavitud», esperaba y esperaba.

«Mientras el niño duerma conmigo por las noches, no puedo dedicarme a muchas cosas, pero al final lo haré», prometió en una carta.

Había «muchas noches de lloros, el niño durmiendo a mi lado, mientras yo pensaba en esas madres esclavas a quienes les arrebatan a sus hijos», pero nada de eso se trasladó al papel.

Stowe tenía treinta y nueve años cuando terminó *La cabaña del tío Tom*. La escribió en entregas para una revista; entre una cosa y otra, las fatigas de enseñar a niños y de cuidar a su recién nacido y hacer las compras y coser y zurcir; gran parte de la obra fue escrita en la mesa de la cocina, como la joven Harriet Beecher Stowe había hecho, cuando intentaba terminar sus escritos, catorce años antes. Aquel estilo sólido e impecable de sus cartas de infancia había desaparecido.

Si…

Otra antigua madre escritora en la situación básica

Elizabeth Stuart Phelps (1815-1852), retratada según los recuerdos de su hija del mismo nombre:

> Ahora está corrigiendo galeradas, ahora pinta apóstoles para la primera lección bíblica del niño. Ahora escribe su último libro, ahora tiñe cosas de color amarillo periquito en un color roble blanco, pues el salario de profesora es bajo, y la economía precaria [es necesario]… Ahora, dado que su ingenio práctico no tiene límites, talla unas hormas de zapato de madera para que las medias de sus hijos cedan y no encojan; y ahora nos lee poemas del viejo ejemplar rojo de *Poetas ingleses* de Hazlitt, una noche de invierno. Ahora es una escritora famosa, incrédula ante su primer éxito, con futuro brillante ante los ojos; ahora es una madre cansada, tierna, que canta a un niño enfermo mientras el manuscrito reposa inacabado sobre la mesa, y los editores desearían fervientemente que la mujer del profesor fuera una mujer libre, sin hijos y solitaria, capaz de enviar una copia tan rápido como habitualmente se hacía.
>
> De la autobiografía de Elizabeth Stuart Lyon Phelps, *Chapters from a Life*

Hasta que no llegó a los treinta y tantos, la madre no fue capaz de ponerse a escribir. Obtuvo un éxito asombroso, al principio con obras de literatura juvenil. Pero al cabo de pocos años murió. Su intento de «conseguir la difícil reconciliación entre el talento y la vida doméstica» («su último libro y su último hijo llegaron a la vez, y eso la mató») ha sido novelado de un modo inolvidable por su hija en el clásico *Story of Avis*.

El cuento pionero de la madre que plasma esta (por entonces) irresoluble situación, *The Angel over the Right Shoulder*[9], presenta desde el punto de vista de una mujer la preciada imagen decimonónica del «ángel de la casa»[10] (creación del poeta Coventry Patmore) y dice el precio que se paga por serlo. Figuran *dos* ángeles en la historia de Phelps: el ángel sobre el hombro derecho que recoge para Dios todas las pruebas de la buena madre —«cumplir con fidelidad todas aquellas tareas y deberes domésticos de los que dependen el bienestar y la virtud de su familia»—, y el ángel terrible sobre el hombro izquierdo que, con su llanto, registra para Dios cada segundo de tiempo no invertido en estas tareas, cada fallo y deficiencia. Aunque una madre pueda creer que «es bueno e importante para ella cultivar sus propias ideas y su corazón», en

realidad, incluso «los pequeños fragmentos de tiempo roto», conseguidos con un enorme esfuerzo (así como todo lo que cuesta hacer el propio esfuerzo), «se lo roban a sus hijos pequeños». Al final tiene que dejar de luchar.

Sentada en un lado de la cama de su hija dormida, las lágrimas «caen a borbotones».

> De todo corazón deseó, sobre todo, proteger [a su] criatura de los desengaños, errores y reproches por los que [ella] sufría; deseó que su pequeña pudiera empezar su vida cuando ella pudiera darle la suya, enmendada por su propia experiencia. Habría sido un gran consuelo sentir que, afrontando la batalla, había luchado por las dos.[11]

Sobrellevar la interrupción. Aplazar (1877)
«¿Dónde están [ahora] la fuerza y la gloria de la visión?»

> Apenas la espátula se había hundido en el cobalto del amarillo Nápoles, la puerta del taller tembló, empezó a moverse con un chirrido prolongado y vigorizador. Van asomó su pequeña nariz en libertad condicional por la ranura, con un suspiro descorazonador.
>
> —Cierra la puerta, Van.
>
> Su bella mamá tenía la infeliz costumbre de esperar que la obedecieran, lo que era una fuente de trastorno importante para el pequeño sistema de Van. Cerró la puerta, con nariz y todo, con prisa filial y con fuerza, y las consecuencias inmediatas se dejaron sentir violentamente en ambas partes […]. Cuando se terminaron las protestas y los sollozos cesaron, y las lágrimas se secaron con los besos, y el firme y pequeño pecador reposa serenamente sobre el comprensivo y apretujado brazo, ¿dónde está la fuerza y la gloria de la visión? ¿Dónde están los dedos saltarines que se agitaban a su antojo en el frescor de la vida en las primeras horas de invierno?
>
> —Vete, Van; mamá tiene que trabajar ahora.
>
> —Mamá —dijo bajito—, me he sentado encima de algo. Estoy todo azul y de colores, mamá, mi chaqueta, toda por detrás. No sabía que era tu paleta, mamá. Ha sido sin querer.

«Dentro de un rato»

Avis dejó a medias el esbozo o cuadro en un acto de paciencia. Dijo: «Dentro de un rato. Después. Esperaré un poco». Todavía tenía la capacidad de someterse hechizada a la melodía de este refrán, que

cientos y cientos de labios temblorosos de mujeres han pronunciado, siempre y cuando los oídos de una esperanza que se aleja o de un laborioso objetivo están dispuestos a escuchar. La vida se había convertido en una sucesión de expectativas…

Las mujeres comprenden —del todo, solo las mujeres— qué monótona quimera es esta antigua, común, casi se diría trillada experiencia: «Cuando la costura de otoño esté terminada», «Cuando el niño ya ande», «Cuando haya terminado de limpiar la casa», «Cuando las visitas se vayan», «Cuando hayamos superado la tos convulsiva», «Cuando ya esté un poco más fuerte», entonces escribiré el poema, o aprenderé ese idioma, o consideraré la gran obra de beneficencia, o llegaré a saberme la sinfonía; entonces actuaré, me atreveré, soñaré, me convertiré.

De *Story of Avis* de Elizabeth Stuart Lyon Phelps
(1877 hace un siglo aproximadamente)

Sobrellevar la interrupción, un siglo más tarde

una niña de pelo rubio rizado e indómito. La llamo kia, una persona piñón, y sus ojos están abiertos cuando me observa intentando capturarla, mientras trato de nombrarla…

y ¿qué me dices de la solitaria niña de siete años (¡siete y medio, mamá!) que está viendo la televisión en la sala? ¿De ella, qué?

qué del ayer cuando ella perseguía al niño hasta mi habitación y yo gritaba

FUERA FUERA SAL DE AQUÍ y ella salía
corriendo pero el niño se quedaba,
sin miedo. qué significa tener
un hijo que te teme, tu propio hijo, tu primer hijo, el que
debe perdonarte si alguno de los dos tiene que sobrevivir…

y ¿está bien echarla de la habitación para poder escribir sobre ella?
¿es eso humano, es eso amor? cómo puedo
yo siquiera intentar
: nombrarla.

De *Momma: A Start on All the Untold Stories*, de Alta (1971)

Escritoras, madres:

«Es humanamente imposible para una mujer que está casada y es madre trabajar con regularidad en la enseñanza y escribir».

La gente me pregunta de dónde saco el tiempo para escribir teniendo una familia y trabajando de profesora. Yo no me lo pregunto. Es una de las razones por las que pasé tanto tiempo dedicada a *Jubilee*. Un escritor necesita tiempo para escribir, unas determinadas horas al día. Esto se aplica en concreto a la prosa de ficción y es imprescindible en las novelas. Con la poesía tal vez sea diferente, pero la novela requiere muchas horas al día en un mismo lugar hasta que está terminada. Es humanamente imposible para una mujer que está casada y es madre trabajar con regularidad en la enseñanza y escribir. Los fines de semana, las noches, las vacaciones van muy bien para leer, pero no bastan para escribir. Es un trabajo de dedicación plena, pero para mí esta dedicación continuada únicamente me ha sido posible en los tres años de la Depresión en que participé en el Proyecto de Escritores y en aquel curso [de posgrado] en el que acabé *Jubilee*.

Margaret Walker (1938-1968), treinta años desde el comienzo de *Jubilee* hasta su conclusión: cuatro hijos y veintiséis años en «el yugo de la enseñanza» en aquella época

«Y aun así no me arrepiento del rumbo que ha tomado mi vida.» Tres escritoras-madres contemporáneas hablan:

Mi abuela, que escribió y vendió cuentos en un momento de su vida, antes de criar a seis hijos, decía con cierta amargura que dar a luz y criar hijos agotaba la creatividad de la mujer. Su decepción me recuerda mi propio fracaso a la hora de resolver las dificultades de la educación de los hijos ejerciendo una carrera de plena dedicación. La savia todavía no la he perdido, pero sin duda alguna he perdido tiempo: como mínimo he «perdido» cinco de los diez años pasados por dar a luz y criar a tres niños, y todavía no veo el final del túnel. Mi trabajo se reduce a cinco o seis horas a la semana, sometido siempre a interrupciones y a anulaciones; y aun así no me arrepiento del rumbo que ha tomado mi vida, aunque no es la que yo hubiera escogido, diez años atrás.

No creo que exista una solución a este problema, o al menos, no creo que haya una sola que reconozca las complejidades emocionales que supone. Una vida sin hijos es, para la mayoría de las mujeres, me da la sensación, una vida pobre; a pesar de que una vida con hijos implica unas exigencias que consumen energía, imaginación y tiempo, y todo

esto no puede delegarse, ni siquiera en el caso de que haya una delegada disponible…

La respuesta de una mujer a la enfermedad de un niño forma parte de su total compromiso con el niño; tal vez no sea lógico y aun así es esencial para la confianza de un niño que su madre se preocupe por él. No puedo imaginar seguir trabajando cuando uno de mis niños tiene fiebre alta o le duele algo; estaría completamente distraída. Tampoco me resulta fácil imaginar dejarlo en manos de otra persona; mis pensamientos se centrarían en él.[12]

Sally Bingham, autora de la memorable *The Way It Is Now* (1972)

¿Por qué disuadir a las mujeres de ese colosal devorar que es la esencia de toda maternidad, del amor loco (porque está ahí, el amor de una madre por su hijo), y de la locura que representa ser madre? ¿Tienes que sentirse como un hombre, libre de las consecuencias de la maternidad, de las fantásticas ataduras que comporta? Ahí está probablemente la razón. Pero si respondo que los hombres están enfermos precisamente por eso, porque no tienen la oportunidad única que se le ofrece a un ser humano de conocer la disolución del ego, ¿qué me dirían? Que el hombre hizo de la maternidad la carga más monstruosa, es evidente. Pero, a mi parecer, las razones históricas de esta carga y de esta monotonía son de lo más superficial, ya que para ellas hay un remedio. E incluso si los hombres son responsables de esta forma de esclavitud que supone la maternidad, ¿basta eso para condenarla?

Marguerite Duras, en una entrevista

El significado del trabajo, y la necesidad de aprender insistentemente a ser un artista formando una familia es lo que ahora intento siempre entender, y después de cada momento de entendimiento, trato, concienzudamente, siempre prestando mucha atención a cada detalle, de estructurar mi tiempo. En el libro de Adrienne Rich sobre la maternidad [leído en galeradas[13]], la autora usa fragmentos de diarios antiguos que conservaba de cuando sus niños eran pequeños. Siempre planifica su tiempo. No puedo aceptar ni un solo compromiso social. No puedo hacer nada más que trabajar cuando no estoy con los niños. Tengo que aprender a dormir menos. Así es. Todavía me siento atrapada en medio, entre ese tiempo en que las mujeres serán capaces de dedicarse a trabajar y tener hijos y querer… y el pasado, el entorpecimiento físico y emocional. Mi

escritorio está en medio del salón y el apartamento es para mí sola como mínimo cuatro días por semana cuatro horas al día[14] (no es suficiente), pero emocionalmente me agazapo en una esquina para que no se me escape una idea y prometer transformarla en un todo. Hay tanto que escribir sobre esta maternidad y sobre su poder […]. Mis hijos tienen solo dos y seis años, pequeños, y añoro su cuerpo cada tarde hacia las cuatro cuando voy a recogerlos.

Jane Lazarre, autora de *El nudo materno*, en una carta (1976)

Integración… y una mirada atrás: una pregunta

Tal como vosotros, niños de mi carne, habéis sido mis tareas, lo son también mis otras obras.

Kate Kollwitz, citada en Mina C. Klein y H. Arthur Klein, *Käthe Kollwitz: Life in Art*

Me voy acercando poco a poco a la época de mi vida en que el trabajo es lo primero. Cuando los dos niños estuvieron fuera por Pascua, no hice casi nada más que trabajar. Trabajé, dormí, comí, y salí a dar paseos cortos. Pero, por encima de todo, trabajé.

Y sin embargo me pregunto si falta la «bendición» en este trabajo. Ya no me distraen otras ocupaciones, y yo trabajo igual que la vaca pace […]. Tal vez, de hecho, consiga un poco más. Las manos trabajan y trabajan, y la cabeza imagina que está creando Dios sabe qué, y, aun así, al principio, en mis horas de trabajo tremendamente limitadas, era más productiva, porque era más sensual; vivía como un ser humano debe vivir, con un vivo interés por todo […]. La potencia, la potencia disminuye.

Kate Kollwitz, *Diary and Letters* (1910)

Käthe Kollwitz, cuarenta y tres años, un caso poco común de madre y gran artista a la vez. Una se pregunta qué obras nos perdimos, las inacabadas o sin escribir, en esas horas «tremendamente limitadas». Su obra magna estaba todavía por llegar, pero entonces las fuerzas empezaron a estar «tremendamente limitadas».

Si… el tiempo y las fuerzas necesarias estuvieron al alcance simultáneamente junto con «la bendición», la vida «como un ser humano debe vivir»… (tal como, con los cambios, ahora podría ser).

UN HIJO PROPIO: UNA REFLEXIÓN IMPORTANTE EN EL MARCO DEL (LOS) TRABAJO(S)

De *In Search of Our Mother's Garden: Womanist Prose* (1979)

Alice Walker

Alice Walker (Eatonton, Georgia, 1944) es autora de un gran número de novelas y ensayos. Entre las primeras cabe mencionar *Meridian* (1976), *El color púrpura* (1982), que ganó el Premio Pulitzer y el Premio Nacional del Libro, *El templo de mis amigos* (1989), *En posesión del secreto de la alegría* (1992) y *Now Is the Time To Open You Heart* (2004). Entre sus ensayos destacan la recopilación *In Search of Our Mothers' Gardens: Womanist Prose [A la búsqueda de los jardines de nuestras madres: prosa mujerista]* (1983), a la cual pertenece el texto que reproducimos a continuación, *Warrior Marks* (1993) y *Overcoming Speechlessness* (2010). Ha escrito también un libro de memorias, *Chicken Chronicles* (2011).

Es un honor para mí hablar este día en que se rinde homenaje a Muriel Rukeyser.[15] La creación de la charla que voy a dar se la debo especialmente a Muriel —después de todos los años que han pasado desde que fui alumna suya—, porque trata de algo que siempre fue muy valioso para ella; algo que no enseñaba a partir de los libros, sino a partir de su vida: no solo la necesidad de confirmar la propia *identidad* en un momento de confrontación, sino la confirmación del hijo, de la vida del hijo, contra viento y marea, siempre.

Creo que Muriel fue la única de mis profesoras que planteó en el entorno del aula la importancia fundamental, la gozosa realidad del Hijo para que existiera allí tranquilamente, entre los narcisos de Wordsworth, las *Hojas de hierba* de Whitman, la *Belleza ruana* de Hopkins… No enseñaba separaciones donde en realidad no existen:

aunque gran parte de la enseñanza que se imparte en el mundo consiste exclusivamente en eso. Si el mundo incluye la Guerra, también incluye al Hijo. Aunque en el mundo haya Hambre, Reactores Nucleares y Fascistas, también está el Hijo.

Para algunas de nosotras —artistas, escritoras, poetas, juglares— el Hijo se percibe como una amenaza, un peligro, un enemigo. Lo cierto es que la sociedad está mal organizada para incluir a los niños en el recuento de las cosas felices. ¿Cuántas podemos decir que nunca nos hemos olvidado del Hijo? Yo no puedo.

Lo que sí puedo decir es que estoy aprendiendo a no olvidarlo.

Creo que Muriel veía al Hijo igual que se veía a sí misma: como profesora, alumna, poeta y amiga. Y consideraba que su vida y ella eran responsables del Hijo. No sé qué batallas llevaron a Muriel a creer en la centralidad del Hijo. En mi caso ha habido conflictos, batallas, a veces derrotas, no solo a la hora de afirmar la vida de mi hijo (de mis hijos) a toda costa, sino también al ver en esta afirmación una confirmación y una aceptación cariñosa de mí misma en un mundo que negaba que mi existencia pudiera florecer sin obstáculos.

No es de extrañar que haya descubierto que esto es un acto político en su sentido más profundo.

Para las que queremos al Hijo tanto como lo tememos —por nuestra profesión—, aunque si pudiéramos nos limitaríamos solamente a querer, propongo y defiendo un plan de vida que fomente un hijo propio, asunto que considero una reflexión importante —imprescindible dirían algunas— en el marco del (los) trabajo(s).

Es muy cierto que, como a tantas mujeres que trabajan, sobre todo a las escritoras, a mí me aterraba tener hijos. Temía que la experiencia pudiera fracturarme, si no arrasarme. Creía que la calidad de mis textos disminuiría notablemente con la maternidad, que tener hijos no mejoraría en nada mi literatura.

Mi primer error consistió en pensar en «hijos» en lugar de «hijo». El segundo en pensar que el Hijo, no el racismo y el sexismo de esta sociedad capitalista opresora, era mi enemigo. El tercero en creer que ninguna de las ventajas de tener un hijo se extendería a mi literatura.

De hecho, había asimilado la norma sexista dominante: para escribir hay que tener pelotas (ser un hombre). En mi opinión, tener un hijo es el equivalente de tener pelotas. En realidad, es más que un equivalente: supera el universo de las pelotas.

Alguien me preguntó una vez si creía que las mujeres artistas debían tener hijos y, como ya habíamos pasado la fase de discutir por qué a los artistas varones nunca se les hacía esa pregunta, respondí inmediatamente.

—Sí —dije, casi sorprendida de mí misma. Y, como si quisiera matizar mi precipitación, añadí—: Deben tener hijos —*dando por hecho que les beneficiaba*—, pero solo uno.

—¿Por qué solo uno? —preguntó alguien.

—Porque con uno te puedes mover —contesté—. Con más de uno te conviertes en una gallina clueca.

El año siguiente a que naciera mi única hija, Rebecca, mi madre, cómo no, me dio un mal consejo:

—Tendrías que tener otro hijo pronto, para que Rebecca tenga alguien con quien jugar y tú pases esta etapa cuanto antes.

Este consejo no viene del recuerdo que una guarda de su propia experiencia. Viene del bote de malos consejos similares que las mujeres han ido acumulando a lo largo de milenios para sentirse menos idiotas por tener más de un hijo. A este bote se lo llama, por desesperación, patéticamente: «Sabiduría Femenina». En realidad debería llamarse: «Estupidez Femenina».

El consejo rebelde y normalmente sucinto que procede de la experiencia personal de una mujer se parece muchas veces a la respuesta automática que da mi madre cada vez que conoce a una mujer que suspira por tener hijos pero acepta con serenidad no haber recibido esta bendición: «Si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres» (Juan, 8, 36). *Esta hábil justificación tanto del inconformismo como del hecho de disfrutar sin pudor de la consiguiente libertad es lo que las mujeres y los esclavos de cualquier época y cualquier lugar del mundo desde el Antiguo Testamento se han apropiado de la Biblia.*

—No, gracias —dije—. No quiero que de este cuerpo vuelva a salir otro hijo.

—Pero ¿por qué dices eso? —preguntó, alterada, puede que atónita por mi rechazo—. Te has casado con un hombre que es un padre maravilloso. Está lleno de amor: debería tener cincuenta hijos correteando alrededor de sus pies.

Me vi barriendo niños de alrededor de los pies de mi marido como si fueran hormigas. Si se pasan dos horas correteando alrededor de sus pies, desde que él vuelve de la oficina hasta el momento de acostarlos, pensé, los meteré el resto del día debajo de mi escritorio. A barrer. A barrer.

Mi madre siguió diciendo:

—Yo, hasta el quinto hijo, era como una niña. Recogía y me largaba adonde quisiera.

Era una niña. Cuando nació su quinto hijo aún no había cumplido los veinticinco, que eran los años que tenía yo cuando me quedé embarazada de Rebecca. Además, como soy la menor de ocho

hermanos, esta imagen de agilidad para el vuelo no es precisamente la que tengo grabada en la cabeza. Recuerdo las batallas de mi madre para que nos vistiéramos los domingos antes de ir a la iglesia: a pesar de su esfuerzo descomunal, apenas le quedaba el tiempo justo para arreglarse ella. Pero, como no me dejo seducir fácilmente por el encanto de la experiencia dolorosa evocada desde la tranquilidad del presente, no quise sacar el tema.

Cuando mi madre por fin conseguía «recoger y largarse» con cinco hijos, iba con mi padre normalmente, en carromato. Comprendo que era agradable; lo sigue siendo en algunos países: determinadas partes de China, Cuba, Jamaica, México o Grecia, por ejemplo. Una pareja de mulas lentas marchando por una soleada carretera del sur, olor a pino y a madreselva, sin contaminación, y trinos de pájaros. Y cinco vocecitas canturreando en el asiento de atrás, sanas, porque se alimentan con productos naturales: ¡Ciruelas! ¡Pájaros! ¡Árboles! ¡Flores! ¡Uvas! Encantador.

La otra razón por la que de este cuerpo no volverá a salir otro hijo es porque tener un hijo *duele*, más que un dolor de muelas (y estoy segura de que nadie a quien le hayan dolido las muelas pero que no haya parido se lo puede imaginar), y porque cambia el cuerpo.

Bien, hay varias respuestas del repertorio general de Estupideces Femeninas a las que mi madre podría haber recurrido. Pues las dijo todas.

—Es un dolorcito de nada —*se burló (aunque una vez, en un momento de debilidad, se le escapó que al parirme a mí el dolor era tan fuerte que no podía ni hablar, ni siquiera podía decirle a la comadrona que ya había nacido, y estaba convencida de que iba a morirse de dolor: una idea que, dadas las circunstancias, seguramente era un consuelo. En vez morirse se desmayó, y yo estuve a punto de ahogarme con las mantas)*—. El dolor se pasa antes de que te des cuenta.

Esta es la respuesta número uno. La número dos es: «Lo que pasa con ese dolor es que le hace algo raro a la mujer *[¡uy! ¡uy!, pensé, ahora viene la compañera de la Estupidez Femenina: el "¡hay que ver lo raras que son las mujeres!"]*; parece ser que cuanto más te duele parir más quieres a ese hijo». (¿Por eso a mí me quiere tanto?, pensé. Naturalmente, yo quería que me quisiera por lo que soy, no por su dolor.) Número tres: «A veces, dicen, el dolor ni siquiera es real. Bueno, no lo es tanto como se siente en ese momento». (Esta solo se puede comentar a tortazos, y es una de las razones de que las mujeres tengan a veces espasmos musculares cuando están con su madre.) Y luego viene la número cuatro, la que más me saca de quicio: «Otra cosa que tiene el dolor es que se te olvida enseguida».

¿Me equivoco cuando pienso que nunca, en la vida, me he olvidado de un dolor? Recuerdo hasta los que he tenido estando en alguna fiesta.

—Yo lo recuerdo perfectamente, momento a momento —protesté

—. Además, no me gustan las estrías. Las odio, sobre todo en los muslos —que por lo demás los tengo divinos, y bien que presumo de ellos—. Nadie me avisó de que mi cuerpo no volvería a ser el mismo después del embarazo. Había oído decir: «Sí, se te pone el cuerpo mejor que nunca, sobre todo los pechos [de eso también presumo]». De eso nada: se descuelgan.

Bueno, pues entonces ¿por qué tuve un hijo?

Curiosidad. Aburrimiento. Librar a mi marido del servicio militar. De estos tres motivos, el único que me compensa es el primero. La curiosidad es mi estado natural y me ha llevado a lanzarme de cabeza a las experiencias más valiosas (digan lo que digan) que he tenido. Se justifica por sí sola. El aburrimiento, en mi caso, significa una tregua en la escritura, distancia emocional de cualquier causa política en la que esté participando, no poder cuidar del jardín, leer o soñar despierta: lo tolero bien si tengo a mano como mínimo una docena de buenas películas. Por desgracia, en Jackson, Misisipi, donde vivíamos mi marido, Mel, y yo en 1968 había pocas. En lo de librarse del servicio militar teníamos tres opciones: la primera, que Mel se declarara objetor de conciencia, nos la negaron directamente, lo mismo que la «prestación social sustitutoria», que en el caso de Mel significaba irse de Misisipi; la segunda era mudarnos a Canadá, que a mí no me emocionaba, aunque habría ido de buen grado para evitar que Mel acabara en prisión (la opción de Vietnam nunca la contemplamos); la tercera era convertir a Mel en «padre de familia» si se agotaba la prórroga de los veintiséis años a tiempo.

> De mi diario, julio de 1968:
>
> Ahora nuestra casa es nuestra. Seguramente por poco tiempo. Pero, si le llaman para el servicio militar antes de que se certifique mi embarazo, ¿qué vamos a hacer? ¿Irnos a Canadá? Mel odia salir corriendo tanto como yo: por eso estamos en Misisipi. Yo odio este país, pero también que me obliguen a irme…
>
> 2 de enero, 1969 [dos meses antes de quedarme embarazada]:
>
> Faltan solo dos meses y medio para que Mel cumpla los veintiséis. Si conseguimos que se libre sin tener que «fugarnos» del país, daremos gracias. Me sigue pareciendo un descaro que le obliguen a incorporarse al Ejército. Ya está en el Ejército.

Los días malos los pasaba deprimida, nerviosa, con rabia por la guerra y miedo al índice anual de lluvias en Vancouver y el lento

avance «racial» en Misisipi. (A los políticos se los consideraba «progresistas» cuando anunciaban que aspiraban al cargo para servir «a todo el mundo»; les parecía una manera sutil de anunciar a los negros que reconocían su existencia.) Y también intentaba quedarme embarazada.

Los días buenos los pasaba dando clases, escribiendo un libro de historia sencillo para las guarderías de niños negros de Jackson, grabando testimonios de mujeres negras, haciendo una colcha (con telas africanas y la labor de hilos cruzados típica de Misisipi), terminando mi segundo libro —una novela— e intentando quedarme embarazada.

Tres días antes de terminar la novela, nació Rebecca. El embarazo: me pasé los tres primeros meses vomitando. Los tres meses intermedios me encontraba bien y hasta hice un viaje en avión y fui a México a ver ruinas. Los tres últimos, con mis 85 kilos, había engordado tanto que parecía otra persona, y eso no me gustaba.

Lo que sí es verdad del parto es… que es milagroso. Hasta podría ser el único milagro auténtico en la vida (cosa que, por cierto, es la creencia fundamental de muchas religiones «primitivas»). Está claro que, en comparación con el parto, el «milagro» de no ser, de la muerte, no es nada, pensaba yo. Por así decir.

Por un lado, aunque tenía una barriga enorme y la niña (¡?) no paraba de producir turbulencias allí dentro, no me podía creer que una niña, que una persona, fuera a salir de mi cuerpo. Lo que quiero decir es: mira lo que ha pasado *ahí dentro*. (Los hombres tienen todo el derecho del mundo a sentir envidia del útero. Yo la siento, y tengo uno.) Pero ahí estaba mi hija, saliendo de mí: lo primero que se vio fue un mechón de pelo negro y rizado, seguido de casi cinco kilos de ¡ser humano! Lectores, me quedé estupefacta.

Pero esta loa ya la he oído antes, más o menos, y no voy a repetirla, porque lo cierto es que las variaciones son muy pocas y, las que hay, se han vuelto aburridas y trasnochadas. Ya eran aburridas y trasnochadas cuando nació Cristo, lo que seguramente explica por qué la «Virgen» y la «Inmaculada Concepción» causaron furor.

El caso es que yo había cambiado para siempre. De ser una mujer que, en cierto modo, siempre había tenido el «útero» en la cabeza —es decir, que allí habían entrado algunas semillitas y de allí habían salido «creaciones» muy distintas, si no más grandes o mejores—, pasé a ser una mujer… ¡con dos úteros! Pues no. Pasé a ser una mujer que había escrito libros, concebidos en la cabeza y que también había engendrado en su cuerpo al menos a un ser humano. Entre el inmenso arsenal de la Estupidez Femenina *literaria* descubrí estas advertencias: «La mayoría de las escritoras de otras épocas no tenían hijos» (Tillie Olsen). Sin hijos y *blancas*, añadí mentalmente. «Esas señoras poetisas

no tendrían que tener hijos, amigo mío», se supone que dijo John Berryman, un poeta suicida. Y también, entre las «anónimas» muchas veces hay una mujer que te desanima: «Las mujeres no han creado tan plenamente como los hombres porque, en cuanto tienen un hijo, no pueden entregarse a su trabajo igual que los hombres…».

Bueno, pensé, con mucho miedo (y rencor por tantas malas noticias), ¿dónde está ahora la escisión dentro de mí? ¿Qué tiene de malo? *¿Estoy acabada?* Buena parte de la Estupidez Femenina, la literaria y otras especies, hace que la experiencia nos constriña en lugar de expandirnos. Acurrucada con mi recién nacida, y con más rabia y protección que amor, se me ocurrieron al menos dos formas de Resistencia a la Estupidez que a la Estupidez Femenina le faltan. Le falta por completo la convicción de que las mujeres tienen capacidad para planificar su vida en plazos superiores a los nueve meses, y le falta valentía para creer que tanto la experiencia como la expresión de esa experiencia puede ser sencillamente distinta, incluso única, más que «mayor» o «menor». De todos modos, el arte o la literatura que nos salvan la vida nos encantan; más aún, como diría un personaje de Grace Paley, no necesitamos saber.

Fue una ayuda inmensa que en el momento en que nació Rebecca no tuviera la menor duda de que quería ser escritora. (Dudas de *ganarme* la vida escribiendo, eso siempre.) Y escribí *algo*, de noche y de día, sin elegirlo siquiera como había elegido ser madre, sino por necesidad. Cuando no escribía pensaba en fabricar bombas y lanzarlas. En matar racistas. En acabar conmigo misma de la manera más limpia e indolora posible (menos cuando me permitía soñar con tácticas kamikazes de rebelión). Escribir me salvó del pecado y del *engorro* de la violencia, como salva a la mayoría de los escritores que viven «interesantes» tiempos de opresión y no padecen de inmunidad personal.

Unos días en que Rebecca y yo estuvimos enfermas —nos habíamos mudado a Nueva Inglaterra un año y medio porque yo necesitaba salir de Misisipi—, empecé a ver que su nacimiento y las dificultades que nos creaba me ligaban a un conjunto de experiencias y a una profundidad de compromiso con mi propia vida difícil de entender de otra manera. Su nacimiento me hizo el regalo incomparable de ver el mundo por primera vez desde un ángulo totalmente distinto, y de juzgarlo con criterios válidos para muchas más cosas que mi vida natural. También me obligó a comprender, visceralmente, la necesidad que tenían las mujeres de un arsenal de Estupidez Femenina, a la vez que me atrevía a rechazarlo sin vacilación. Pero el rechazo también duele.

Requiere distancia, incluso ahora.

DE UNA HORRIBLE AUNQUE ÚTIL ENFERMEDAD COMÚN QUE ENSEÑÓ A NUESTRA PEREGRINA QUE LA PRESENCIA DE SU HIJA EN ESTE MUNDO DE TRIBULACIONES ERA EL MENOR ENTRE MILLONES DE OBSTÁCULOS

La enfermedad siempre ha sido muy beneficiosa para mí. Hasta se podría decir que he aprendido muy poco de algo que no me pusiera enferma de un modo u otro.

La imagen no es tan poco común: una madre y una niña pequeña que no saben lo duro que es el invierno en Nueva Inglaterra, en el año del peor brote de gripe del siglo. La madre está postrada; la niña arde de fiebre y se ahoga de tos. La madre llama a un número de teléfono que le han dado, a un pediatra famoso —que en sus popularísimos libros se presenta como un hombre simpático, ingenioso, hasta un poco feminista—, y recibe la cortante respuesta de que no vuelva a llamar a ninguna hora. Además, él no hace visitas a domicilio: todo esto dicho en el tono más frío posible.

Aun así, como es el único pediatra al que conoce en ese entorno extraño, al día siguiente, con temperaturas bajo cero y un viento fuerte que viene del río, se arrastra para llevar a la niña a su consulta. En persona no es mucho menos frío pero, al ver que es negra, hace un par de comentarios liberales para que se sienta más cómoda. A ella le revienta que toque a su hija con esos dedos blancos.

Una historia que no es poco común. Pero sitúa a la madre y a la hija para siempre en el lado de la sociedad contrario al de este hombre, sea cual sea. La madre empieza a comprender los niveles más profundos de un cuento que escribió años antes de tener una hija, sobre una madre, muy pobre, que, desquiciada al ver que su hijo se está muriendo y ningún médico va a venir a salvarlo, recurre a un antiguo remedio popular: «té de caballo, bien cargado». O sea, orina de caballo. El niño muere, claro.

Y entonces la madre también empieza a ver nuevos niveles en los relatos que en ese momento —aturdida por la fiebre— está construyendo: por qué, se pregunta, dándose una palmada en la frente, toda la Historia es presente; por qué toda injusticia perdura en algún plano, en algún lugar del mundo. El «progreso» beneficia a pocos. Solo la revolución puede beneficiar a muchos.

Fue en esa misma época cuando, ya recuperada y libre de dolor, con la niña curada y acostumbrándose al frío, la madre ve que su hija, una víctima de la sociedad como ella —más que ella, porque de momento era incapaz de cruzar la calle sin que alguien le diese la mano—, era sin duda el menor de los obstáculos para la profesión que había elegido. Cae en la cuenta gracias a una experiencia que, aun siendo repugnante, causó en ella diversos efectos deseados y en última

instancia saludables. Uno de los efectos fue la facilidad para despreciar a todo el que pensara y escribiese como si ella no existiera. Con ese «ella», claro, se refería a multitudes de las que en ese momento de la historia nuestra joven madre no era más que un simple ejemplar.

El caso es que había programado un curso sobre escritoras negras y procedió a impartirlo en una universidad para mujeres de clase alta y mayoritariamente blancas (entre las alumnas había gente de diversas razas). Allí compartía despacho con una profesora, feminista y blanca, que daba clases de poesía y literatura. Para esta mujer, la literatura negra consistía esencialmente en Nikki Giovanni, a quien, al parecer, había visto una vez sin querer en la tele. Nuestra joven madre estaba horrorizada. Decidió poner libros de Gwendolyn Brooks, Margaret Walker, Toni Morrison, Nella Larsen, Paule Marshall y Zora Neale de manera bien visible en su mesa, que estaba justo detrás de la de la profesora feminista blanca. A la feminista académica verdadera, pensó, le basta con la sutileza. Había oído decir que esta profesora estaba escribiendo una obra monumental sobre la imaginación de las mujeres a lo largo de los siglos, y qué mejores imaginaciones de mujeres podía haber que estas que ahora desplegaba en su mesa, se preguntó nuestra joven madre, qué imaginación de mujer mejor que la suya, ya puestos; pero ella era modesta y, como ya he dicho, confiaba en la sutileza.

Pasó el tiempo. El estudio académico se publicó. Docenas de mujeres imaginativas desfilaban por sus páginas. Todas eran blancas. Publicaciones del statu quo, como el *Times*, otras de la inquisición liberal, como la *New York Review of Books* y el *Village Voice*, y hasta revistas feministas como *Ms*. (para la que más tarde trabajaría nuestra joven madre) reseñaron el trabajo con distinto grado de rigor. Sin embargo, para nuestra joven madre, solo el índice ya era sobrada prueba de que aquella no podía ser una investigación seria: lo único serio era su chauvinismo feminista y blanco. Y nuestra madre tenía poco tiempo y aún menos paciencia para algo así.

En el prólogo de su libro *The Female Imagination*, Patricia Meyer Spacks intenta explicar por qué habla únicamente de mujeres que se inscriben en la «tradición literaria anglo-estadounidense». (Se refiere, por supuesto, a mujeres *blancas* de la tradición literaria anglo-estadounidense.) Sobre los textos que ha elegido para su estudio, dice: «Casi todos dibujan la vida de mujeres blancas de clase media. Phyllis Chesler ha señalado: “No puedo ofrecer una teoría de la psicología femenina del Tercer Mundo en Estados Unidos […]. Como mujer blanca, me siento reticente e incapaz de construir teorías sobre experiencias que no he vivido”. A mí me ocurre lo mismo: los libros de los que hablo describen una *experiencia familiar, que se enmarca en un*

ambiente cultural familiar; su inmediatez depende en parte de eso. Mi bibliografía busca el *equilibrio entre libros que todo el mundo conoce* (*Jane Eyre, Middlemarch*) y obras que deberían ser más conocidas como *Deseo que venga el Diablo* (*The Story of Mary MacLane*). Aun así, la pregunta sigue siendo: ¿por qué solo estas?» (la cursiva es mía).

¿Por qué solo estas? Porque son blancas, y de clase media, y porque para Spacks la imaginación femenina consiste únicamente en eso. Aunque es posible que la imaginación femenina blanca sea así: «reticente e incapaz de construir teorías sobre experiencias que no ha vivido». Pero, si Spacks nunca vivió en el Yorkshire del siglo xix, ¿por qué teoriza sobre las Brontë?

Me hizo falta ver *The Dinner Party* [La cena], una instalación de Judy Chicago que es una declaración feminista, para iluminarme la cuestión. En 1975, cuando la artista publicó su libro *Through the Flower*[A través de la flor], me dejó asombrada, después de leerlo, que una mujer como ella no supiera nada de pintoras negras. Ni siquiera que existían. Por eso me alegró la noticia de que en *The Dinner Party* había platos «puestos», por así decir, para mujeres negras. La iluminación me llegó al ponerme delante de la instalación.

Todos los demás platos eran vaginas creativas, fruto de la imaginación (incluso la que parece un piano y la que guarda un asombroso parecido con el cogollo de una lechuga; y la guía del museo se emociona y dice que la artista está hablando de «¡mariposas!»). El plato titulado Sojourner Truth[16] es el único de la colección que muestra —en vez de una vagina— una cara. En realidad son *tres* caras. Una, que está llorando (con una lágrima realmente tópica), «personifica» la «opresión» de las mujeres negras; otra, que está gritando (el grito no es menos tópico), con unos dientecillos afilados y feos, personifica «su heroísmo»; y la tercera, un chabacano diseño «africano», está sonriendo, como si la mujer africana, antes de la esclavitud en América, incluso hoy, no tuviera sus penas.[17] (Hay que defender, naturalmente, que la «personificación» se haga con una cara y no con una vagina, pero esta instalación no va de eso.)

Se me ocurrió que a lo mejor las feministas blancas, no menos que las mujeres blancas en general, no son capaces de imaginar que las mujeres negras tenemos vagina. O, si lo son, la imaginación las lleva tan lejos que es imposible llegar hasta tan remoto lugar.

Ahora bien, es imposible pensar en las mujeres negras como mujeres si no eres capaz de imaginarlas con vagina. Sojourner Truth tenía una vagina, tal como indica el lamento por sus hijos, nacidos de su cuerpo y vendidos como esclavos. Recordemos que dijo (sincera, que no lacrimógenamente) que cuando lloró con su dolor de madre solamente Jesucristo la escuchó. Al leer estas palabras se reconoce seguramente una vagina. (Una vagina del color de las frambuesas y las

moras —o de las uvas tintas—, y de esa intensa dulzura plateada que también tiene un fuerte sabor a sal.)

Y de esa vagina salen hijos.

A lo mejor son los hijos de la mujer negra lo que a la mujer blanca —que tiene más que ofrecer a sus hijos y por supuesto no esclavitud ni herencia de la esclavitud, ni pobreza ni odio ni, en general, escuelas segregadas, barrios de mala muerte, lo peor de lo peor— le fastidia. Porque siempre la hacen sentirse culpable. Le asusta saber que las mujeres negras quieren lo mejor para sus hijos, igual que ella. Pero también sabe que los niños negros tendrán menos en este mundo para que sus hijos, los niños blancos, tengan más (en algunos países, todo).

Entonces, mejor negar que la mujer negra tenga vagina. Es capaz de ser madre. Es una mujer.

Así, pensó nuestra madre, acunando a su hija con una mano mientras con la otra corregía exámenes de sus alumnas (la enseñanza le parecía perfectamente compatible con la crianza) es como se definen las fuerzas de oposición. Afortunadamente, ella nunca se había creído que todas las mujeres blancas que se llaman feministas fueran menos racistas, porque en todas las obras, a cada cual más ambiciosa, que salían de las imprentas del país, con solo unas honrosas excepciones (*la más* honrosa, en opinión de nuestra joven madre, los *Silencios* de Tillie Olsen), las feministas blancas se revelaban tan incapaces como los hombres, blancos y negros, de comprender la negritud y el feminismo en un mismo cuerpo, por no decir en una misma imaginación. En 1976, cuando se publicó el libro de Ellen Moers *Literary Women: The Great Writers* [Mujeres literarias: las grandes escritoras] —con Lorraine Hansberry como muestra de lo que nunca había que incluir, ni siquiera en el futuro, en la literatura escrita por mujeres—, nuestra madre ya se había recuperado. Manejaba con aplomo diálogos como los que se reproducen a continuación, cada vez que la invitaban a dar una conferencia:

> estudiante feminista blanca: ¿Cree que las artistas negras tienen que trabajar en la comunidad negra?
>
> nuestra madre: Al menos en alguna etapa de su vida. Puede que un par de años, para devolver parte de lo que han recibido.
>
> estudiante feminista blanca: Pero, al decir que las mujeres negras tienen que trabajar en la comunidad negra está diciendo que la raza viene antes del sexo. ¿Qué pasa con las *feministas* negras? ¿También tienen que trabajar en la comunidad negra? Y, en tal caso, ¿no sería una traición al feminismo? ¿No tendrían que trabajar con las demás mujeres?
>
> nuestra madre: Bueno, la gente negra también es de ambos sexos.

(Pausa, mientras el público mayoritariamente blanco, con unos cuantos negros perplejos, sopesa esta posibilidad.)

En el prólogo de su libro, dice Ellen Moers: «Igual que ahora intentamos comprender la literatura escrita por mujeres en la gran década feminista de 1790, cuando brilló y murió Mary Wollstonecraft, y también cuando Madame de Staël llegó a Inglaterra y Jane Austen alcanzó la mayoría de edad, los historiadores del futuro tratarán de clasificar la literatura escrita por mujeres en las décadas de 1960 y 1970. Tendrán que considerar a Sylvia Plath como escritora y como poeta; pero ¿qué harán con su contemporánea y compatriota, la dramaturga Lorraine Hansberry? Nació dos años antes de Plath y murió dos años después, con poco más de treinta. Hansberry no se suicidó sino que murió de cáncer; afirmaba la vida con elocuencia, mientras Plath cortejaba genialmente la muerte. *Seguro que a los historiadores del futuro les gusta el título del libro póstumo de Lorraine Hansberry* (puesto por su exmarido, albacea de su legado): *To Be Young, Gifted and Black* [Ser joven y negra]; y hablarán de su admiración por Thomas Wolfe; pero de Sylvia Plath tendrán que decir: «joven, con talento *y mujer*» (las cursivas son mías).

Por lo visto es incómodo, cuando no directamente agotador para las académicas blancas, pensar en las mujeres negras *como mujeres*, quizá porque «mujer» (como «hombre» en el caso de los hombres blancos) es un término que reclaman para ellas y solo para ellas. El racismo decreta que, si *ellas* ahora son mujeres (hace años eran señoras, pero las modas cambian), entonces las mujeres negras por fuerza tienen que ser otra cosa. (Mientras ellas fueron «señoras», las mujeres negras pudieron ser «mujeres», y así sucesivamente.)

En todo caso, Moers espera que «los historiadores del futuro» sean tan obtusos como los del pasado y como mínimo igual de blancos. No se le *ocurre* que pueda haber mujeres blancas con un planteamiento revolucionario de la literatura, en vez de reaccionario o liberal, y mucho menos que pueda haber mujeres *negras*. Pero seguro que habrá muchas. Esas futuras historiadoras, mujeres trabajadoras negras y blancas, no tendrán ninguna dificultad para comprender: «Lorraine Hansberry: joven, con talento, negra, activista, elocuente defensora de la vida» y «Sylvia Plath: joven, con talento, blanca, no activista (de hecho, trágicamente centrada en sí misma), genial pretendiente de la muerte».

DE LA LARGA PEREGRINACIÓN DE NUESTRA MADRE HACIA LA VERDAD A EXPENSAS DEL VANO ORGULLO, U OTRO RÍO QUE CRUZAR

Era un río que ella ni siquiera sabía que existía. Por eso le costó tanto cruzarlo.

Nuestra madre se alegró, en esta temporada de revelaciones que se han expuesto más arriba —todas en última instancia beneficiosas para su salud mental—, de tener la oportunidad de dirigirse a un amplio grupo de mujeres negras, educadas y con éxito. Sentía tanto respeto por la educación como por el éxito, pues ambas cosas le parecían normalmente necesarias para comprender el dolor y la angustia de las mujeres que no tienen ni lo uno ni lo otro. Elogió la historia de las mujeres negras; habló, como tenía por costumbre, deliberadamente, de su madre (hasta entonces ausente de la literatura y de la historia); habló del alarmante aumento de los índices de suicido de jóvenes negras en todo Estados Unidos. Pidió a aquellas mujeres negras que se enfrentaran a esta crisis. Que se enfrentaran a sí mismas.

Interrumpieron a nuestra madre en mitad de la conferencia. Le dijeron que daba demasiada importancia a la historia de las mujeres negras. Que no tendría que dar por hecho que su madre representaba a las madres pobres de todo el mundo (y ella lo daba por hecho), y le señalaron que a quienes había que enfrentarse era a los hombres negros; aunque al parecer hubiera más suicidios de mujeres negras que de hombres negros, todo el mundo sabía que ellas eran más fuertes que ellos. Las mujeres que se suicidaban sencillamente estaban enfermas; por lo visto padecían una enfermedad imaginaria o, en todo caso, sin causa. También le dijeron: «Hay que apoyar a nuestros hombres por todos los medios, *hagan lo que hagan*». Y, sabiendo que muchos de «nuestros hombres» hacían muy poca cosa por aquel entonces, aparte de denigrar a las mujeres negras (sobre todo a las mujeres negras con estudios y éxito, como las que se habían reunido aquel día), eso si es que se dignaban reconocerlas de alguna manera, y sabiendo también que su abandono y su denigración eran la causa directa de algunos suicidios, nuestra madre se alarmó.

Sin embargo, ni por un instante se le pasó por la cabeza la posibilidad de convertirse en algo que no fuera negra y mujer. Su sino era padecer estos «males» gemelos de por vida. Y, a decir verdad, disfrutaba mucho siendo cosas más difíciles que nadie en una sola vida. A su manera, enloquecida por los obstáculos, era una esnob.

Pero mientras se recuperaba de este golpe para su confianza plena en *todas* las mujeres negras (que, naturalmente, era tan absurda como cualquier confianza categórica), empezó a comprender un principio elemental: la gente no quiere parecer idiota; para no parecer idiota está dispuesta a seguir siendo idiota. Esto la llevó a comprender mejor la actitud de muchas mujeres negras ante el movimiento feminista.

Habían visto, puede que antes que ella (famosa por su optimismo sobre la eficacia del esfuerzo de los grupos progresistas), que, en

Estados Unidos, las «feministas» blancas muchas veces son indistinguibles en su comportamiento de cualquier otra persona blanca. No culpaba, como muchas mujeres negras, a las *feministas* blancas de los autobuses escolares volcados de Baton Rouge a Boston, ni tampoco de los autobuses escolares de niños negros escupidos y apaleados. Pero ¡recuerden la reciente exposición de pintoras en el Museo de Brooklyn!

(—¿No hay pintoras negras representadas aquí? —le preguntó alguien a una feminista blanca.

—¡Es una exposición de *mujeres*! —contestó la feminista.)

De la necesidad del internacionalismo, de la unión con mujeres no estadounidenses, no europeas, no chovinistas, y de combatir el supremacismo masculino y el supremacismo blanco en cualquier lugar del mundo, con agradecimiento a todas las feministas blancas de Estados Unidos que saben algo más de la historia feminista de las mujeres no blancas que el «Y ¿yo no soy una mujer?» de Sojourner Truth

No hubo una sola vez que alguien hablara del «movimiento de las mujeres» y nuestra madre dejara de tener la sensación de que se refería únicamente al movimiento de las mujeres en Estados Unidos. Cuando se imaginaba a las mujeres en movimiento, ella pensaba automáticamente en mujeres de todo el mundo. Era consciente de que contemplar el movimiento de las mujeres aislado del resto del mundo —visto el racismo, el sexismo, el elitismo y la ignorancia de tantas feministas estadounidenses— sería nefasto para la solidaridad entre las mujeres además de deprimente hasta para el espíritu más optimista. Nuestra madre había viajado y tenía buenas razones para entender que la libertad de las mujeres era una idea a la que le había llegado el momento y empezaba a extenderse por todo el mundo.

Las mujeres de China «sostienen la mitad del cielo». Y eso que antes tenían los pies pequeños como pepinillos. Las mujeres de Cuba, que combaten la doble opresión del macho africano y español, saben que su revolución será una «mierda» si siguen teniendo que lavar la ropa, fregar los platos y los suelos después de pasarse el día entero trabajando en la fábrica y en el campo, codo con codo con sus hombres, «haciendo la revolución». Las mujeres de Angola, Mozambique y Eritrea han tomado las armas y exigido su derecho a combatir al enemigo en casa igual que al enemigo de fuera. El enemigo en casa es el sistema patriarcal que ha convertido a las mujeres prácticamente en esclavas a lo largo de la historia.

Nuestra madre comprendió que, en Estados Unidos, las mujeres blancas que son feministas de verdad —para quienes el racismo es

inherentemente imposible— son minoría en comparación con la media de las mujeres blancas para quienes el racismo, en la medida en que garantiza los privilegios de los blancos, es un modo de vida aceptado. Naturalmente, muchas de estas mujeres, para ser modernas, correrán a ponerse detrás de la pancarta feminista, que es donde hay que estar ahora. Lo que tenían que hacer las mujeres no blancas era aprender quién es feminista de verdad y quién no, y poner su energía en colaboraciones feministas solo cuando el peligro de malgastarla es escaso. Inevitablemente, la dureza de esta diferenciación hará que muchas mujeres no blancas vuelvan a lo suyo, porque tienen una enorme tarea feminista por hacer. Desde impedir la ablación del clítoris o la «circuncisión femenina» en grandes zonas de África y el mundo árabe a calentar las gélidas viviendas de las ciudades donde mujeres y niños pobres viven atrapados y expuestos a morir de frío. Desde apoyar a las mujeres artistas en América Latina a crear publicaciones feministas para mujeres no blancas en América del Norte. Desde la erradicación de la pornografía, la esclavitud infantil, la prostitución forzada, el abuso de menores en el entorno familiar y en Times Square a la defensa de las mujeres maltratadas y violadas en el mundo entero por sus maridos todos los sábados por la noche.

En la medida en que las mujeres negras se disocian del movimiento de las mujeres abandonan su responsabilidad con las mujeres del mundo entero. Esta es una abdicación grave y un mal uso de la tradición radical de las mujeres negras: a Harriet Tubman, Sojourner Truth, Ida B. Wells y Fannie Lou Hamer no les habría gustado. A mí tampoco me gusta.

> Antes de la llegada de los europeos, a lo largo de cientos —si no miles— de años, los ohlones se levantaban antes del amanecer, se ponían delante de sus chozas de espadaña y, mirando al este, gritaban unas palabras de ánimo y bienvenida al sol naciente. Le gritaban al sol y hablaban con él porque creían que los escuchaba, que tendría en cuenta sus consejos y sus ruegos. Le gritaban al sol porque […] creían que el sol tenía «una naturaleza muy parecida a la suya».
>
> Los ohlones eran muy distintos de nosotros. Sus valores, su tecnología y su forma de ver el mundo eran diferentes. Estas diferencias son llamativas y aleccionadoras. Pero hay algo más allá de las diferencias. Porque, mientras nos asomamos para mirar al pasado por diversas ventanas, no vemos solamente a un pueblo hoy extinguido que cazaba, pescaba, se pintaba el cuerpo y bailaba sus danzas. Si nos quedamos un buen rato mirándolos, si nos detenemos en su alegría, su temor y su

veneración, puede que al final vislumbremos aspectos casi olvidados de nosotros mismos.

Malcolm Margolin, *The Ohlone Way: Indian Life in the San Francisco-Monterey Bay Area* [La vía ohlone: la vida india en la zona de la bahía de San Francisco-Monterrey]

Solo tú y yo podemos ayudar al sol a que salga
todas las mañanas. Si no, puede que se ahogue de tristeza.

Joan Baez, notas para el álbum *Farewell Angelina*

De mi diario, Jackson, Misisipi, 15 de junio de 1972:

Cuando uno vive muchos años o bien nada parece demasiado importante o el pasado se vuelve muy doloroso. (Esto parecerá más cierto unos días que otros.)

Rebecca ha dicho hoy: «¡Sé hacer sopa y huevos y ventanas!».

También ha dicho, mientras dibujaba letras en la mesa de la cocina: «A, O y O».

Y luego: «Ay, ay, ¡la O está boca abajo!».

Me sentía muy poco culpable de la cantidad de tiempo que «mi trabajo le quitaba a mi hija». Me asombraba que ella pudiera existir y yo leer un libro al mismo tiempo. Y que aprendiera fácilmente que había más cosas que yo con las que divertirse. Entre un adulto distraído y agobiado y una canguro cariñosa o el hijo de unos vecinos no hay comparación posible.

Hubo un día en que, por fin, después de cinco años escribiendo *Meridiana* (un libro «sobre» el movimiento por los Derechos Civiles, feminismo, socialismo, la poca solidez de los revolucionarios y la radicalización de los santos, el típico libro de los politizados años sesenta que la académica feminista y blanca Francine du Plessix Gray declaró recientemente en *The New York Times Book Rewiew* que no existía) sentí un calambrazo.

Escribí este poema de autocompasión:

Ahora que he terminado el libro,
ahora que sé que mis personajes vivirán,
puedo volver a querer a mi hija.
Ya no tiene que seguir esperando
en un rincón de mi cabeza,
sola y chupándose el pulgar,
mientras yo tengo un nudo enorme en la garganta.

Pero esto era también una celebración. Había terminado el libro a pesar de todo, los personajes vivirían y, por supuesto, yo no había dejado de querer a mi hija en ningún momento. Y eso del «nudo enorme en la garganta» quizá sea el miedo a quedarme callada, *muda*, que tienen de vez en cuando las personas que se dedican a escribir. Este miedo es uno de los gajes del oficio y exige severidad contra el yo tantas veces desbordado de malestar más que atento a la existencia de una hija que al fin y al cabo, a los siete años, es una amiga con la que hablar de nuestros temores, alguien que al escucharnos, al enseñarnos un nuevo paso de baile, al compartir un cuaderno para colorear o al darnos un abrazo, nos ayuda a disiparlos.

De todos modos, no es mi hija quien me dice: «No son las mujeres blancas las que tienen que reconocer mi condición de mujer». No es mi hija quien dice: «No son los hombres negros los que tienen que respetar mis derechos».

No es mi hija quien ha borrado mi cara de la historia y de la historia de las mujeres y ha dejado solamente un misterio; a mi hija le encanta mi cara, y la pondría en todas las páginas si pudiera; le gusta tanto como a mí me gustaba más que ninguna otra la cara de mis padres, y ni he consentido que nadie los niegue ni he dejado que se fueran.

No es mi hija quien, de un modo que está *más allá* de todo esto, aunque en plena sintonía con todo esto, destruye el planeta a diario, y ha empezado por el universo.

Estamos juntas, mi hija y yo. Madre e hija, sí, aunque en realidad *hermanas*, contra todo lo que nos niegue lo que somos.

Tuve mucho tiempo en mi escritorio este cartel, que hice yo misma, adrede, con un cartón dorado:

> Querida Alice,
> Woolf tuvo su locura;
> George Eliot su ostracismo,
> al marido de otra,
> y no se atrevió a firmar
> con su verdadero nombre.
> Jane Austen nunca tuvo intimidad
> o vida amorosa.
> Las hermanas Brontë nunca fueron
> a ninguna parte y murieron
> jóvenes y dependientes de su padre.
> Zora Hurston (¡ah!) no tenía dinero
> pero sí mala salud.

Tú tienes a Rebecca:
mucho más deliciosa
y menos desquiciante que
cualquiera de estas calamidades.

UNA PROPUESTA ATREVIDA: MATERNIDAD Y POESÍA

De *Writing Like a Woman* (1983)

Alicia Ostriker

Alicia Ostriker (Nueva York, 1937) ha sido una de las primeras poetas de Estados Unidos en tratar la maternidad en la poesía. Es profesora de Inglés y Escritura Creativa en la Universidad Rutgers de Nueva Jersey. Publicó su primer volumen de poesía, *Song: A Book of Poems*, en 1969, al que siguieron, entre otros, *A Woman under the Surface* (1982), *The Crack in Everything* (1996), con el que ganó el Premio Paterson y el San Francisco State Poetry Center, la recopilación *The Little Space: Poems Selected and New*, 1968-1998 (1998), *The Book of Seventy* (2009) y *Waiting for the Light* (2017), que recibió el Premio Nacional de Literatura Judía. Entre sus ensayos cabe mencionar *Writing Like a Woman* (1983), de donde procede el texto que reproducimos a continuación (*«A Wild Surmise: Motherhood and Poetry»*), y *Dancing at the Devil's Party: Essays on Poetry, Politics, and the Erotic* (2000). En 2018 fue nombrada Poeta Laureada del estado de Nueva York.

Que las mujeres deberían tener niños en lugar de escribir libros es la opinión de la civilización occidental. Que las mujeres deberían escribir libros en lugar de tener niños es una variación sobre el mismo tema. ¿Es posible, o deseable, para una mujer, hacer ambas cosas? Lo que aquí expongo son algunos comentarios autobiográficos, basados en el supuesto de que mi historia de escritora tenga algo en común con otras de mi generación, y un poco de exhortación dirigida a las escritoras jóvenes.

Mi iniciación como mujer poeta se produjo mientras cursaba el primer año de posgrado en la Universidad de Wisconsin en 1960, momento en que escribía poemas tratando de imitar cuanto podía los

de Keats, Hopkins y W. H. Auden. Aquel año recibimos la visita de un distinguido caballero y poeta, en un encuentro en el que se invitaba a los alumnos a enseñar su trabajo para ser comentado y examinado. Cuando me tocó a mí fui a la reunión pensando, evidentemente, que me diría que mi obra era la cosa más brillante que había visto en veinte años. Sin embargo, hojeó mi delgado fajo de folios y se detuvo en un poema insulso en el que mi marido y yo estábamos tumbados en la cama, seguramente desnudos.

«Vosotras, las poetas mujeres, sois muy gráficas, ¿verdad?», dijo, un tanto asqueado.

Como no había considerado esta posibilidad, mi reacción fue un poco compleja. Está claro que me dolió y me decepcionó. Al mismo tiempo, algo dentro de mí se iba levantando, dilatándome las fosas nasales, mientras pensaba: «Acertaste, cabrón, somos gráficas». Nunca me había visto como «nosotras, las mujeres» hasta ese momento. Como cuando Huck Finn decidió: «Vale, me *iré* al infierno», yo acababa de decidir: «Vale, pues, yo *seré* una poeta mujer», lo que significaba que iba a escribir sobre el cuerpo.

Un año después de terminar el posgrado, en 1965, me encontraba en Cambridge, Inglaterra, componiendo un poema sobre el embarazo y el parto titulado *Once More Out of Darkness* [Salir una vez más de la oscuridad], más adelante subtitulado informalmente por mi colega Elaine Showalter «Poema en nueve partes y un posparto». La obra surgía de las experiencias de dos embarazos, durante los cuales yo había escrito muchos fragmentos y pasajes sin la intención de componer algo tan ambicioso como un poema «largo», y se estaba espesando como la sopa. Una mañana, cuando ya llevaba dos tercios terminados, me di cuenta de que nunca había leído un poema sobre el embarazo y el parto. Y ¿por qué? Había leído miles de poemas sobre el amor, miles sobre la muerte. Eran, por supuesto, temas universales. Pero ¿acaso no era el nacimiento algo universal? Y el embarazo, ¿no era un tema profundo? Durante el embarazo, por ejemplo, a veces creía que podía entender la continuidad de la vida y la muerte, que mi cuerpo era una ciudad y un paisaje, y que personalmente había descubierto el equivalente moral de la guerra. En la última fase del parto me sentí como un héroe, un atleta olímpico, una figura salida de Píndaro, a la que el estadio entero debía vitorear agitando guirnaldas. A veces, también me sentía abrumada por la aversión a la fealdad de mi carne, a la obscenidad de la vida misma, toda esa sangría, esos líquidos, su pinta repugnante. Al tratar de dar con una forma poética que pudiera expresar a la vez estas revelaciones contradictorias y transmitir la extraordinaria sensación de transformación del yo individual personal en un ser que forma parte de algo más, tenía la sensación de estar debajo de la superficie, ahí donde las islas se unen

unas a otras. Otras mujeres sabían lo que yo sabía. Por supuesto que lo sabían, siempre lo han sabido. En tal caso, ¿dónde estaban los poemas?

En ese momento yo no había leído *Tres mujeres* de Sylvia Plath, una obra radiofónica que consistía en tres monólogos interrelacionados en una sala de obstetricia. Tampoco había oído, de hecho, nada acerca de Plath. Tampoco había leído ni oído nada de *Snapshots of a Daughter-in-Law* (1963) de Rich, de *To Bedlam and Part Way Back* (1960) y *All My Pretty Ones* (1962) de Anne Sexton, de *Inside the Blood Factory* (1962) de Diane Wakoski o de *Pro-Femina* (1963) de Carolyn Kizer, donde la poeta bromea a costa de las mujeres, «las custodias del secreto mejor guardado del mundo, / nada menos que la vida privada de media humanidad». Aunque había leído *La mística de la feminidad* de Betty Friedan, no había leído a Simone de Beauvoir. Mi terreno era el siglo xix, mi tesis sobre William Blake. Por tanto no sabía que era muy afortunada al vivir en un momento histórico en el que determinadas mujeres escritoras, la mayoría en el más riguroso aislamiento, sin ser conscientes de la existencia de otras mujeres, crispadas por la pena, el dolor, el miedo a la locura o la locura misma, y una de ellas muerta por su propia mano, estaban escribiendo por primera vez directamente y con profundidad desde su experiencia femenina. La primera brizna de hierba surge de alguna grieta en la tierra, entra sola en el frío, como nos cuenta William Carlos Williams en *Spring and All*. No puede adivinar cómo la tierra no tardará en cubrirse totalmente de fuego verde. Lo que saqué como conclusión, ignorando que aquellas «nosotras» existíamos, fue que no se había escrito ni un solo poema sobre el tema del embarazo y del parto, en primer lugar porque los hombres no podían escribirlo. Amor y muerte, *sí*; embarazo, *no*. En segundo lugar, las mujeres no habían escrito los poemas porque todos solemos reproducir los temas de la poesía ya existente. Una no necesita sobre este particular una teoría de la conspiración en esta cuestión, sino solamente inercia. Sin embargo, en tercer lugar, el embarazo y el parto eran, me di cuenta de repente, temas tabú, a un nivel muy superior que, por ejemplo, el sexo. Una no hablaba del embarazo o del parto entre un grupo de gente variada. Era un acto violento. Peligroso. Tabú porque los hombres estaban celosos de nosotras, no sabían que lo estaban, y nosotras teníamos que protegerlos y evitar que no se enteraran de ello. Peligroso porque vivimos en una sociedad en la que generalmente se adora a la muerte y la vida se considera algo repugnante. (El mismo año que escribí este poema, Lyndon B. Johnson fue nombrado presidente de Estados Unidos, tras su campaña como candidato a la paz con la que se comprometía a dar fin a nuestra intervención en Vietnam, en contra de Barry Goldwater, que quería bombardear Vietnam del Norte y

devolverlo a la Edad de Piedra.)

El largo poema *Once More Out of Darkness* se publicó en 1970, y desde entonces ha dado origen a otros poemas. Un día, cuando lo leí en una clase de posgrado en Mujer y Literatura, en Rutgers, y propuse debatir que escribir y ser madre no eran necesariamente dos empresas que se excluían mutuamente, alguien apuntó que una cosa era escribir sobre el embarazo, donde una podía ser simbólica y espiritual, y otra que era bastante imposible utilizar a esos mocosos chillones como material poético después de haberlos tenido a tu lado montando jaleo y desbaratando tus horarios. Esto parecía un desafío que yo debía afrontar para defender mi opinión: que uno puede escribir poesía sobre cualquier cosa; aquella noche escribí *Babyshit Serenade* [Serenata de la caquita de bebé], donde me quejaba, entre otras cosas, de que los hombres no cambian pañales, del que resultó felizmente otro poema de un hombre que conozco, un poema bueno y divertido titulado *Finding the Masculine Principle in Babyshit* [Buscar el principio masculino en la caquita del bebé].

Otro día, un grupo de estudiantes que se había adherido a una postura de la doctrina militante feminista que en aquel momento era popular, acogió *Once More Out of Darkness* con una hostilidad manifiesta con la que nunca me había encontrado (el público y los lectores varones, cuando son hostiles a la obra literaria de una mujer, o bien fingen indiferencia o bien se muestran abiertamente condescendientes: «Cariño mío, qué poema tan maravilloso y natural has escrito», dicen, pensando que no requería inteligencia ni oficio alguno). Al sugerir a este grupo que la maternidad fue para mí como el sexo, un buen lío del que no quise prescindir para abrirme camino en la vida, mi intención era hacerles reír e iluminarlos un poco. En cambio, se armó un escándalo: la maternidad para ellos era un lastre que el patriarcado había impuesto a las mujeres, cosa que yo interpreté de manera personal y a la defensiva. El poema que escribí como refutación de esta idea se titula *Propaganda*. Todos estos poemas, debo decir, son formalmente experimentales: producto de un compromiso emocional combinado con una tensión intelectual y con la sensación de salir tropezando de la sombra hasta encontrar el rayo de sol más ardiente. A menudo, mis poemas sobre la maternidad y los niños surgen de estados más corrientes y menos intensos, y poéticamente son más convencionales; por ejemplo, *The Wolves* [Los lobos], de mi primer libro, que considero bonito pero no una revelación.

Empecé a escribir mi libro más reciente sobre maternidad, *The Mother/Child Papers* [La madre/Papeles infantiles] en 1970, cuando nació mi tercer hijo y único varón justo después de que invadiéramos Camboya y matáramos a los cuatro estudiantes de la Universidad

Estatal de Kent.[18] En aquel momento era imposible no pensar en lo que suponía tener un hijo varón en tiempos de guerra, o en que «tiempos de guerra» significa todo sobre la historia de la humanidad. Adrienne Rich, en *Nacemos de mujer*, recuerda lo que una mujer francesa le dijo cuando ella dio a luz a su tercer hijo: «*Vous travaillez pour l'armée, madame*?» [¿Trabaja usted para el ejército, señora?]. Tuve la desesperante sensación de que este niño mío había nacido para figurar entre los asesinados, o los asesinos. Como pacifista que siempre había sido, en aquel momento sentí, y siento ahora, que tenía que plantear una pregunta. *The Mother/Child Papers* es, una vez más, una obra experimental para mí, en la medida en que formula problemas formales que guardan correlación con los morales. Empieza con un fragmento de prosa sobre la invasión de Camboya que se produce paralelamente al nacimiento de mi hijo, en las condiciones habituales, es decir, de explotación, del sistema de salud en Estados Unidos. La segunda parte consta de una secuencia de poemas, que se alternan entre la conciencia de una madre y la de un hijo, a medida que el único tejido del que están hechos se va erosionando y se divide en dos. Aquí, una buena parte del entusiasmo y de la dificultad reside en el intento de imaginar los cambios en la sutancia mental de un recién nacido y de inventar una música para ellos. La tercera parte está compuesta por poemas individuales y poemas en prosa escritos en los últimos diez años: unos pedacitos rescatados de la garganta del Tiempo devorador, un enemigo conocido por todas las madres.

Esto me lleva a la cuestión que plantea la activista y poeta Alta, cuando llama a su libro *Momma* «un comienzo en todas las historias no contadas». Para las mujeres artistas, la verdad más obvia es que la decisión de tener hijos es irrevocable. Cuando ya la has tomado, estás pillada para siempre; la vida ya no será nunca igual, cuando te has puesto, como dice con acierto Simone de Beauvoir, al servicio de la especie. Ya no te perteneces. Se acaba el tiempo, la energía, el cuerpo, el espíritu y la libertad. No obstante, no te falta aquello por lo que rezó W. B. Yeats: una vida interesante. En términos prácticos, te preguntarás: «¿Cómo puedo escribir estando comprometida con este *hijo*?». Esta es una cuestión real y apremiante. Pero ¿puedes imaginar a Petrarca, Dante, Keats, lamentando su suerte: «Dios, estoy tan implicado con esta *mujer*, ¿cómo puedo escribir?».

La ventaja de la maternidad para una mujer artista es que la conecta inmediata e inevitablemente con las fuentes de la vida, la muerte, la belleza, el crecimiento, la corrupción. Si es una teórica, la maternidad le ofrece una lección que no podría aprender de otra manera; si es una moralista, la compromete con una obra seria y útil; si es una romántica, constituye una aventura imposible de repetir y que garantiza experiencias de felicidad y de sufrimiento absolutos; si

es una clasicista, la ilustrará gratamente sobre la vanidad de los deseos humanos. Si la mujer artista ha sido educada para creer que las tareas que conlleva la maternidad son triviales, tangenciales respecto a los aspectos principales de la vida, irrelevantes para los grandes temas de la literatura, tiene que deseducarse. Esta educación es misógina, protege y perpetúa unos sistemas de pensamiento y sentimiento que prefieren la violencia y la muerte a la vida y el nacimiento, y es una mentira.

Como demuestran Adrienne Rich, Dorothy Dinnerstein, Tillie Olsen, Phyllis Chesler y Nancy Chodorow, sería difícil plantear un tema más rico y menos tratado a la vez en el contexto político y social. Entre las poetas que han iniciado esta investigación citaría a Sylvia Plath, Anne Sexton, Alta, Susan Griffin, Maxine Kumin, Lucille Clifton, Gwendolyn Brooks, Robin Morgan, Lisel Mueller, Sharon Olds, Patricia Dienstfrey, Alice Mattison, Marilyn Krysl… un inicio, un arañazo a nuestra superficie.

La escritora que es madre tiene, creo yo, que registrar todo lo que pueda: tomar notas, guardar periódicos, sacar fotos, grabar en cintas y acordarse de que hay un tema con una significación amplia e incalculable para la humanidad, y del que prácticamente nada se conoce porque los escritores no han sido madres. «Pensamos en retrospectiva a través de nuestras madres, si somos mujeres», dijo Woolf; pero las mujeres que son madres, cuando quieren saber qué significa este empeño que surge en su vida, ¿a través de quién piensan en retrospectiva? Tendríamos que mirarnos todas unas a otras con una propuesta atrevida, me da la sensación, porque todas necesitamos datos, necesitamos información, no solo la que te proporcionan los médicos, psicólogos y sociólogos que analizan un fenómeno desde el exterior, sino la que puedan proporcionar las poetas, novelistas y artistas desde dentro. A medida que nuestro conocimiento se empiece a formar, podemos imaginar lo que supondría para cualquier mujer, y para cualquier hombre, vivir en una cultura en la que el nacimiento y la maternidad ocuparan una posición como la que el sexo y el amor romántico han ocupado en la literatura y el arte en los últimos quinientos años, o como la posición que ha ocupado la guerra desde que empezó la literatura.

ESCRIBIR Y SER MADRE

(1985)

Susan Rubin Suleiman

Susan Rubin Suleiman (Budapest, 1939) emigró con sus padres a Estados Unidos de niña. Es profesora en la cátedra C. Douglas Dillon de Historia de Francia de la Universidad de Harvard y también da clases de Literatura Comparada. Entre su obra crítica cabe mencionar *Risking Who One Is: Encounters with Contemporary Art and Literature* (1994), *Subversive Intent: Gender, Politics, and the Avant-Garde* (1990), los volúmenes *The Female Body in Western Culture: Contemporary Perspectives* (1986) y *Exile and Creativity: Signposts, Travelers, Outsiders, Backward Glances* (1998). En 1996 publicó sus memorias, *Budapest Diary: In Search of the Motherbook*. El artículo que aquí ofrecemos («Writing and Motherhood») se incluyó en la antología editada por Shirley Nelson Garner, Claire Kahane y Madelon Sprengnether *The (M)other Tongue: Essays in Feminist Psychoanalytic Interpretation* (1985).

> Con la llegada del climaterio, una nueva maternidad es imposible, y la actividad frustrada se dirige a otros objetivos. Dicho llanamente, la actitud es: «Si no puedo tener más hijos, tengo que buscarme otra cosa».
>
> Helene Deutsch

> ¿Qué sabemos nosotras del discurso que (se) hace una madre?
>
> Julia Kristeva

Los epígrafes definen el espacio que exploraré en este artículo. En el primer caso, la afirmación convencida de una psicoanalista que no solo sabe lo que las madres quieren y sienten, sino que apenas duda un instante («Dicho llanamente»: una pausa) en formular lo que las madres se dicen a sí mismas. En el segundo, una pregunta sencilla

pero insidiosa. ¿Acaso la pregunta echa por tierra las afirmaciones de la psicoanalista? Esta no es la cuestión. Mi objetivo aquí no es desacreditar el psicoanálisis, sino, en el sentido literal de la palabra, ponerlo en su sitio. Es una cuestión, no de repartir elogios o culpas, sino de ver con más claridad, de «saber dónde se encuentra una».

En primer lugar, no obstante, ¿dónde me encuentro yo? ¿Por qué he elegido el tema de escribir y ser madre? ¿Es un tema legítimo, hay realmente una relación entre una cosa y otra? ¿O acaso me estoy concediendo un placer puramente personal, obedeciendo a una manía personal, exorcizando fantasmas personales? Soy madre de dos niños, de nueve y de dos años (o esos años tenían en 1979, cuando escribí estas líneas). He escrito libros especializados y ensayos sobre novela y teoría de la literatura. Mi primer impulso, cuando trato un problema o un texto, es analizarlo, entenderlo.

No soy la primera en plantear lo de escribir y ser madre, su conjunción o disyunción, no necesito buscar justificaciones para hacerlo. Pero de alguna manera, para bien o para mal, tengo que hacerlo a mi propia manera.

Escribir/ser madre: la proyección psicoanalítica

La tradicional visión psicoanalítica de la maternidad es indisociable de la teoría más general del desarrollo normal femenino y de la sexualidad femenina. Según Freud y sus seguidores ortodoxos, el problema de la niña pequeña es efectuar una transición satisfactoria desde la fase preedípica del erotismo «masculino» (por ejemplo del clítoris) a la del erotismo vaginal propiamente femenino que la preparará para desempeñar su papel de madre. En el proceso de esta transición, la niña pequeña tiene que rechazar a su propia madre en favor del padre, pues esta niña quiere tener un hijo de este último. Debe reconciliarse con el «hecho» de su castración, y debe abandonar los impulsos activo-sádicos de la fase preedípica en favor de las gratificaciones pasivo-masoquistas pertinentes a su papel femenino. En palabras de Karl Abraham: «La mujer adulta normal se reconcilia con su propio papel sexual […]. Desea la gratificación pasiva y ansía un hijo»[19]. Según Helene Deutsch, el *sine qua non* de la maternidad normal es «la voluntad masoquista-femenina del sacrificio», un sacrificio facilitado por el impulso del amor maternal, cuya «característica principal es la ternura. Toda la agresividad y sexualidad sensual de la personalidad de la mujer queda eliminada y disuadida por esta expresión emocional primordial de "maternalidad"»[20]. El sacrificio de la madre también se ve facilitado por el hecho de que a través del hijo, especialmente si es niño, se resarce de una de las grandes carencias de su vida, la falta de pene.

El masoquismo femenino, la pasividad femenina, la castración

femenina, la envidia femenina del pene, cada una de estas nociones han sido rebatidas por feministas contemporáneas y por anteriores revisionistas como Karen Horney y Clara Thompson. Sin embargo, es significativo que sus razonamientos no hayan tratado el *hecho* del masoquismo femenino, la pasividad o la envidia del pene en nuestra sociedad, sino su cualidad de condiciones innatas en oposición a culturalmente condicionadas. Más recientemente, feministas como Juliet Mitchell y Elizabeth Janeway han rescatado las consideraciones de Freud y las han relativizado: mientras que para Freud el curso del desarrollo femenino era un proceso fisiológicamente determinado y por lo tanto inevitable (a pesar de sus conocidas objeciones, su famosa declaración de que no sabía qué son y qué quieren las mujeres), para Mitchell y Janeway, así como para Horney y Thompson anteriormente, el hecho del masoquismo femenino y la envidia del pene refleja la posición infravalorada de las mujeres en la sociedad patriarcal. Los hechos están ahí: lo que se tiene que corregir es su explicación y lo que debe desafiar es su inevitabilidad. Como ha dicho Julie Mitchell: «Las teorías psicoanalíticas de Freud giran en torno al sexismo; que él mismo haya fomentado algunas opiniones sexistas y que su obra se haya constituido en el baluarte de la opresión ideológica de las mujeres es, sin duda, muy importante. Pero solo podemos entenderlo si nos damos cuenta, en primer lugar, de que lo que él puso de manifiesto y analizó fueron precisamente las formaciones psicológicas producidas dentro del contexto de la sociedad patriarcal»[21].

En general estoy de acuerdo con esta visión, a la que también se refiere (en conjunto) la importante obra de Nancy Chodorow *The Reproduction of Mothering*. Como muestra esta, ni el modelo biológico-antropológico ni el modelo de socialización de la conducta son indicados para la permanencia del papel maternal de la mujer: «Las capacidades maternales de la mujer y la habilidad para obtener gratificación de ellas están sólidamente interiorizadas y psicológicamente impuestas, y están construidas según el desarrollo dentro de la estructura psíquica femenina. Las mujeres están psicológicamente preparadas para la maternidad por las condiciones de desarrollo en que crecen, y por las condiciones en que han sido criadas por sus madres»[22]. Siendo este el caso, Chodorow argumenta que solo un cambio radical en los modos de crianza, a fin de que los padres y hombres también «hagan de madres», puede producir un cambio en la psique femenina. Si un cambio semejante llega a producirse alguna vez en un grado perceptible y relevante, el dilema escribir/ser madre, como muchas otras conjunciones relacionadas con la maternidad, se convertirá en algo completamente diferente. Mientras tanto debo decir que la conjunción en concreto es

(1) un problema, (2) un problema de mujeres, y (3) un problema que debe considerarse, sobre todo, desde un punto de vista tanto psicológico como sociológico.

Voy a retomar, no obstante, la visión psicoanalítica de la maternidad tal y como se ofrece en la bibliografía tradicional. La madre buena, e incluso la suficientemente buena (Winnicott), se caracteriza, según esta tradición, no solo por su ternura y la «voluntad femenina-masoquista de sacrificio», sino, por encima de todo, por su dedicación exclusiva y completa a su hijo. Chodorow cita a la psicoanalista Alice Balint como exponente de esta postura. Balint dice: «La madre ideal no tiene intereses propios [...]. Para todos nosotros está claro y es evidente que los intereses de la madre y el hijo son idénticos, y el criterio generalmente aceptado para dirimir si la madre es buena o mala es la conciencia que tiene ella de si los intereses de la madre y el hijo son los mismos». Chodorow comenta: «Esta afirmación no significa que las madres no tengan otros intereses que los de sus hijos: todos sabemos que este tipo de inversión exagerada es "mala" para los hijos. Pero los analistas sociales, legisladores y médicos esperan que los intereses de las mujeres aumenten su capacidad maternal y que ellas busquen únicamente intereses que propicien este aumento». Una buena disposición maternal, en otras palabras, «requiere tanto evaluar delicadamente las necesidades infantiles como buscar la incondicionalidad absoluta. Los analistas no consideran que su fórmula sea difícil de seguir para la mayoría de las madres "normales"»[23].

Melanie Klein habla con gran empatía y comprensión de los instintos asesinos que todo niño tiene contra su adorada madre; no habla de los instintos asesinos que una madre puede tener contra su adorado hijo.[24] Según Helene Deutsch, la tragedia constante de la maternidad es que los niños crecen: «Cada fase del desarrollo del niño culmina con una acusada tendencia a liberarse. La madre, cualquier madre, trata de que siga atado a ella y se opone a los actos que tienden a romper esta atadura»[25]. La idea de que otra tragedia de la maternidad pueda residir en el conflicto entre el deseo de autorrealización de la madre —autorrealización que nada tiene que ver con el hecho de ser madre— y la necesidad del niño de la incondicionalidad de su madre por lo visto nunca ha sido planteada por el pensamiento psicoanalista[26]. Incluso Karen Horney, madre y escritora, dedicó un artículo a los «conflictos maternales» resaltando el daño que una madre podía hacer a su hijo si su relación personal con sus propios padres no estaba bien resuelta.[27] Es como si, para los psicoanalistas, el único yo digno de atención en la relación madre-hijo fuera el yo del hijo. En qué medida esta exclusividad afecta a la madre es algo que solo estamos empezando a conocer, ahora que las madres

empiezan a hablar por sí mismas. «La mayoría de los libros dedicados a la crianza y a la psicología infantil ha dado por supuesto que el proceso hacia la individuación constituye, esencialmente, el drama del hijo, desplegado contra y con un padre o unos padres que le son impuestos para bien o para mal. Nada podía haberme preparado para asumir la idea de que yo *era* una madre, uno de esos elementos impuestos, cuando supe que yo misma estaba todavía sin formar.»[28] Este es el testimonio de Adrienne Rich; los sentimientos que expone no son únicos ni exclusivos de ella.

Las madres no escriben, están escritas. Dicho llanamente (para citar a Helene Deutsch), esta es la asunción subyacente en la mayoría de las teorías psicoanalíticas sobre el acto de escribir y la creación artística en general. Según Freud, el poeta es un ensoñador superior, dotado con el don de transformar sus fantasías personales en creaciones estéticas agradables. Las fantasías en sí mismas, no obstante, suelen proceder del yo infantil del poeta: «Un fragmento de escritura creativa, como un ensueño, es una continuación, y un sustituto de lo que antaño fue el juego de la infancia»[29]. D. W. Winnicott amplió esta idea con su teoría sobre los objetos transicionales, que actúan esencialmente como sustitutos de la madre. Según Winnicott, los objetos transicionales existen en un área intermedia entre el mundo puramente subjetivo del niño y la realidad exterior del «no-yo», para ser más exactos, en el «espacio potencial entre el niño y la madre»[30]. La creación artística, de hecho cualquier experiencia cultural, pertenece al reino del fenómeno transicional. La creación productiva, como cualquier vida creativa, depende de la confianza y de la confianza en uno mismo que se desarrolla durante la primera relación del niño con la madre.

En la teoría de la creación artística de Klein, la madre, o más bien, el cuerpo de la madre, actúa como una «tierra bella» que explorar. El escritor, como el explorador, el científico, el artista en general, vive empujado por el «deseo de re-descubrir a la madre de los viejos tiempos, a quien ha perdido en la realidad o en sus sentimientos»[31]. La obra de arte en sí misma significa el cuerpo de la madre, destrozado repetidamente en la fantasía pero restaurado o «reparado» en el acto de la creación.

Es importante recordar que para Klein, como para Freud, el poeta es siempre un «él», pero no es esta la cuestión que quiero recalcar aquí. Para mí es más significativo que la teoría psicoanalítica coloque invariablemente al artista, hombre o mujer, en la posición del niño. Así como la maternidad es en última instancia el drama del niño, también lo es la creación artística. En ambos casos la madre es el esencial pero silencioso Otro, el espejo en el que el niño busca su

propio reflejo, el cuerpo del que el niño quiere apropiarse, lo que pierde o destroza una y otra vez, para luego recrear. Un escritor, dice Roland Barthes, es «alguien que juega con el cuerpo de su madre»; pero ¿quién es este «alguien»? ¿Un hombre, una mujer? El francés es convenientemente ambiguo con los posesivos, pero el sentido que quiere darle Barthes parece suficientemente claro.[32]

Esta es una idea sumamente sugerente, capaz de renovar nuestra capacidad de comprensión de un gran número de escritores como Proust, Poe, Stendhal, Woolf (véase *Al faro*), Robbe-Grillet (como he tratado de demostrar en otros lugares)[33], y muchos otros. Y aun así… ¿qué decir del escritor que *es* «el cuerpo de la madre»? ¿Es una pregunta absurda, puesto que las madres también tienen madres? ¿Acaso la madre que escribe, escribe exclusivamente como la propia hija de su madre? Tal vez, aunque creo que sabemos muy poco de qué, cómo y por qué las madres escriben para responder a la pregunta en uno u otro sentido. Probablemente sabemos demasiado poco para habernos formulado las preguntas necesarias. Como Tillie Olsen ha subrayado, las madres que han sido escritoras a «jornada completa» han sido muy escasas hasta nuestro siglo y las grandes mujeres escritoras han sido, salvando unas pocas excepciones, mujeres sin hijos durante su vida de escritoras.[34] Kristeva tiene razón, muy poco sabemos del discurso interior de una madre; y mientras nuestro propio énfasis, estimulado por la teoría psicoanalítica y por la presencia abrumadora (mayormente masculina) de las escritoras madres-obsesionadas, siga recayendo sobre la madre tal como está escrita más que sobre la madre-escritora, seguiremos en la ignorancia.

Existen razones lógicas para explicar el error del planteamiento psicoanalítico de las madres que escriben (*en tanto que* madres). De entrada, el psicoanálisis no es otra cosa que una teoría de la infancia. No debería sorprendernos que sitúe la creatividad artística, al igual que hace con cualquier aspecto de la personalidad adulta, en el niño que el adulto fue un día y que a menudo sigue siendo. Una segunda y más concreta razón se basa, como he indicado anteriormente, en la teoría psicoanalítica del desarrollo normal de la mujer: las madres no crean obras de arte porque todos sus impulsos creativos y agresivos encuentran una vía de escape en la producción de hijos. Como dice Helene Deutsch: «La urgencia de la creación artística e intelectual y de la productividad de la maternidad proviene de una fuente común, y *parece muy natural que una pueda sustituir a la otra*». Siempre y cuando la capacidad maternal de una mujer se ponga en práctica, una madre no necesita escribir: «Una mujer maternal puede abandonar sus otros intereses en beneficio de su función reproductora, y volver a ellos en el momento en que siente que se acerca su restricción biológica». Esta

podría llamarse la teoría menopáusica de la creación artística (aunque al leer la descripción de Deutsch de la mujer en la menopausia, una se pregunta qué tipo de actividad creativa puede emprender esta mujer: «Con la caducidad de la tarea reproductiva, la belleza de la mujer desaparece y, generalmente, el curso cálido y vital de su vida emocional femenina también»: la tumba no está tan lejos, al parecer), de hecho una subcategoría de una teoría («o esto o lo otro») más general que podría resumirse así: escribir o ser madre, trabajo o hijos, nunca las dos cosas a la vez.[35]

La teoría de «o esto o lo otro», por supuesto, es más antigua que el psicoanálisis. Como ha apuntado Elaine Showalter, los primeros victorianos ya se habían acogido a ella. Los críticos de esa época eran en general más amables con las mujeres escritoras que eran madres que con sus hermanas sin hijos, pero siempre sobreentendiendo que las «madres no deben soñar con una actividad que vaya más allá de la esfera doméstica hasta que sus hijos hayan crecido»[36]. Esta línea argumental, que adoptaron incluso escritoras como Elizabeth Gaskell, madre de cuatro hijos (publicó su primera novela a los treinta y ocho años), estaba basada en las obligaciones morales de una buena esposa y una buena madre. «Lo que las mujeres rechazaban como algo inaceptable y contrario al espíritu cristiano —escribe Showalter— era el uso de la vocación literaria para eludir las responsabilidades de la vida doméstica.»[37] Esto llevó a los psicoanalistas a transformar la obligación moral en una «ley» psicológica, que equiparaba el impulso creativo con el procreativo y decretaba que toda mujer que tiene un hijo no siente necesidad alguna de escribir libros. Gracias a esta «ley», la teoría psicoanalítica no solo procuraba una explicación elegante al silencio de la madre, justificándolo (y haciendo sentir «anormal» a cualquier madre que no quisiera esperar hasta la menopausia para escribir libros), sino que, con la misma elegancia, respondía a la cuestión de por qué algunas mujeres sin hijos (ni marido) escribían libros: los libros sustituían obviamente a los hijos. Cuando la «ley» fue debidamente interiorizada por las mujeres (de una manera que no era posible para los hombres, ya que ellos no pueden *elegir* tener hijos), su capacidad para generar culpa y angustia se volvió infinita: el sentido de «anormalidad» de la madre escritora se correspondía con el sentido de «antinaturalidad» de la mujer escritora sin hijos. De ahí que Virginia Woolf, que conocía bien los escritos de Freud, temiera que «escribir la *asexuara*, hiciera de ella una mujer antinatural»[38]. Mientras que el escritor hombre, al comparar sus libros con niños tiernamente queridos (una metáfora común, al menos hasta el hincapié que se ha hecho recientemente, cuando se ha destacado lo que tiene escribir de actividad autoerótica), podía considerar su maternidad metafórica un *añadido* a sus cualidades masculinas, la

mujer sin descendencia cuyos libros «sustituían» a los verdaderos hijos creía demasiado a menudo (obligada a sentirse así) que era una pérdida, nunca una ganancia.

De nuevo, de esta idea, el psicoanálisis no puede considerarse totalmente responsable, porque la derogación de las mujeres escritoras sin hijos y/o solteras ya era común en los tiempos de Austen y de las hermanas Brontë. Quiero subrayar, no obstante, que el psicoanálisis aportó un prestigio científico al prejuicio cultural tan extendido, consolidándolo y elevándolo a la categoría de ley «natural».

Precisamente en este contexto debe entenderse la protesta contra el «mito de la maternidad» perpetrado por el psicoanálisis y contra el hecho de la maternidad en sí misma, que ha caracterizado una de las ramas de la literatura y la crítica feminista contemporánea. Sin embargo, también habría que entender que esta protesta es en sí misma en cierto sentido víctima de la teoría de «o esto o lo otro». La única diferencia está en que los valores atribuidos al libro y al hijo se han invertido. Así, Nina Auerbach, en un artículo significativamente titulado «Artists and Mothers: A False Alliance» [Artistas y madres: una falsa alianza], afirma que, «lejos de atribuirle a Austen una maternidad de segunda mano, su identidad como artista representaba una vía de escape a su confinamiento en un mundo sin hijos con espacio para el pensamiento y el espíritu, con tiempo para el cambio y con intimidad para el desarrollo personal». Auerbach elogia a Austen y a Eliot *porque* «ambas se apartaron de la maternidad y se aferraron a una creatividad que definieron como algo más espacioso, más adulto y más global»[39].

¿Acaso no existe una alternativa a la teoría de «o esto o lo otro»? ¿Nos veremos siempre obligadas a escribir el libro y a negar el hijo (no el hijo que éramos, sino el hijo que tenemos, o podríamos tener) o bien a amar al hijo y aplazar el libro, o renunciar a escribirlo? ¿O acaso tiene razón Kristeva cuando insiste en que, «mientras cierto tipo de feminismo identifique el aislamiento y las rabietas con la protesta e incluso con la disidencia, la innovación femenina genuina […] no será posible hasta que hayamos aclarado el tema de la maternidad, la creación femenina y la relación entre una y otra»?[40]

Ya es hora de dejar la palabra a las madres.

Escribir y ser madre: tal y como las madres lo ven

El panorama no es del todo optimista.

> Intenta decirle a un niño que mamá está trabajando cuando él ve con sus propios ojos que está sentada escribiendo […]. No me atrevo a poner música cuando estoy en el sótano escribiendo, no sea que arriba se crean que estoy

holgazaneando. Tengo la sensación de que para que me respeten tengo que hacer pasteles y pan casero y tener las habitaciones y la casa ordenadas.[41] (Liv Ullman)

Desde que empecé a escribir, había buscado tiempo para mí sola. Ese auténtico yo del que en otro tiempo había deseado huir, […] ese yo peligroso, aterrador, fue precisamente lo que había aprendido a apreciar, lo que había empezado a entender.

A fin de amansar [el peligroso yo] tuve que escribir regular y sistemáticamente, y para poder escribir tenía que estar sola.

Ahora, de pronto, estaba siempre con Benjamin.[42] (Jane Lazarre)

Para mí, la poesía era donde yo vivía como madre de nadie, donde existía por mí misma.[43] (Adrienne Rich)

Empecé a garabatear un cuento ambientado en la Revolución americana. Era algo en lo que no podía meterme de lleno. Tenía tres niños en casa, y siempre había platos que meter en el lavavajillas.[44] (Kathleen Woodiwiss).

Los niños te necesitan ahora. Solo porque estas son necesidades reales, porque una las siente como propias (amor, no deber) porque no hay nadie más que pueda responsabilizarse de ellas… eso les otorga primacía […]. El trabajo interrumpido, aplazado, abandonado, conduce al bloqueo: a hallazgos de poca importancia.[45] (Tillie Olsen)

Cada vez que, en los viejos tiempos, pensaba que con escribir un poco ya era suficiente, corría a mi cuaderno… y me entusiasmaba de verdad. Y me quedaba pensando: «Oh, no, no me parece muy bueno». Entonces una mañana me levanté y pensé: «Se me ha ido la idea… y no quiero que vuelva».[46] (Susan Hill)

Culpa, desesperación, escisión del yo, representar el papel de enajenada («Lo que escribo no es serio, no te ofendas al leer, solo tienes que ver a mis tres hijos»), resignarse a que los hallazgos sean menores, renunciar al yo escritor, estas son algunas de las realidades, algunas de las alternativas posibles con las que conviven las madres escritoras.

Kathleen Woodiwiss es una mujer rica, y escribe novelas románticas históricas para un mercado de «amas de casa». Su último

libro ha vendido más de dos millones de ejemplares. Ella se considera un «ama de casa corriente»: «Disfruto cocinando y limpiando, disfruto de mi familia y de mi casa. Ahora mi marido está reformando uno de los cuartos de baño».[47] Ella representa lo que algunos llamarían el pacto perfecto entre escribir y ser madre-esposa. Tal vez no tenga un gran talento o ambición; tal vez nunca se haya permitido preguntarse si lo tiene.

Susan Hill era una novelista «de la generación joven» y respetada por el lector cultivado, no por el lector de superventas. Se casó a los treinta y muchos y enseguida se quedó embarazada. En aquel momento estaba trabajando en una novela pero nunca la terminó.

Entre estos dos extremos, cada uno de ellos, a su manera, un modo de renunciar al yo que escribe, existen diferentes formas de plantear la cuestión. Algunas las conocemos porque han sido escritas, y otras solo las imaginamos. Necesitamos más información, más entrevistas, diarios, memorias, ensayos, evocaciones de madres escritoras. Estoy segura de que me he perdido gran parte de ellas, porque no daría abasto. Simplemente quiero vislumbrar las posibilidades, los temas principales y recurrentes que han tratado las madres escritoras contemporáneas (poesía y ficción las dejamos para más tarde) en artículos y ensayos, y lo que hayan dicho de su propia experiencia de la relación entre escribir y ser madre.

¿Cuáles son los temas más importantes? Yo los concentraría en dos grandes grupos: oposición e integración, la maternidad como obstáculo o fuente de conflicto y la maternidad como vínculo, como fuente de conexión con el trabajo y con el mundo. Los temas en contraposición, culpa *versus* amor, el yo creativo de la madre *versus* las necesidades del niño, aislamiento *versus* compromiso, son los que he querido destacar en las citas anteriores. No se puede sobrevalorar el conflicto cotidiano y las dudas sobre una misma ni el desgaste de energías creativas que este conjunto de contrarios crea. Lo que todo esto implica, además, no es simplemente un problema institucional o social. Las fuentes alternativas de «nutrición» no van necesariamente a resolverlo (aunque puedan ser de gran ayuda en un momento dado) porque el conflicto está *dentro* de la madre, forma parte de su experiencia más esencial. Una puede siempre argumentar, como han hecho Rich y otras, que los conflictos interiores son resultado de las fuerzas institucionales, resultado del aislamiento de la mujer, de la victimización de la mujer derivada del mito de la maternidad en la sociedad patriarcal. Pero, aunque este debate puede ayudarnos a entender *por qué* estos conflictos son interiores, no los elimina. *En la actualidad*, cualquier madre de niños pequeños (y no me refiero solo a recién nacidos, sino a niños en edad escolar y mayores) que quiera dedicarse en serio a un trabajo creativo, con todo lo que supone (la

voluntad de la autorrealización, la autoabsorción, la lucha en solitario), tiene que estar preparada para la batalla más terrible, la batalla contra sí misma. Aquí me viene a la cabeza cómo describe Karen Horney un determinado tipo de trastorno neurótico en el trabajo, que ella considera característico del «tipo modesto»:

> Sin ser consciente, se enfrenta a dos tipos de impedimentos crónicos: la minimización de su yo y la ineficiencia al tratar la cuestión. La autominimización se deriva sobre todo […] de la necesidad de contenerse para no cruzar los tabúes y no ser «presuntuoso». *Se trata de una desautorización sutil, acusadora, indecisa*, que socava las energías sin que sea consciente de lo que se hace a sí mismo […]. De ahí que actúe con el sentimiento opresor de impotencia e insignificancia […]. La ineficiencia en abordar el tema está originada principalmente por los tabúes en todo lo que implica afirmación, agresividad y dominio […]. Su dificultad no radica en ser improductiva […]. Pueden surgir ideas originales buenas, pero se inhibe a la hora de aproximarse a ellas, al abordarlas, al lidiar con ellas, batallar con ellas, organizarlas. Normalmente no somos conscientes de las operaciones mentales que llevan a la asertividad o a desarrollar una actitud agresiva, a pesar de que el lenguaje lo sugiera; es posible que solo las percibamos cuando se ven inhibidas por un control dominante sobre la agresividad.[48]

Las madres o las mujeres no son, evidentemente, las únicas a las que se refiere Horney[49]. Es evidente que pensaba en hombres y en mujeres. Pero me gustaría indicar que, en el caso de la madre escritora, esa desautorización sutil, ese sentimiento opresor de impotencia e insignificancia, ese control dominante sobre la agresividad al que alude Horney están íntimamente ligados al sentido de culpabilidad de la madre respecto al hijo. Jean-Paul Sartre, cuando le preguntaron en una entrevista sobre el valor de la literatura y concretamente sobre sus propias novelas, dijo: «*En face d'un enfant qui meurt*, La Nausée *ne fait pas le poids*» (traducido libremente: «Frente a la muerte de un niño, *La náusea* no tiene peso»)[50]. Si esta afirmación refleja la tan conocida culpabilidad del escritor burgués, de simpatías izquierdistas (y Sartre es especialista en esta cuestión), ¿qué podemos decir nosotros a propósito de la culpabilidad de una madre que probablemente sopesa sus libros no frente a un niño moribundo desconocido, sino frente a su propio niño que está llorando?

Una forma de calmar al niño llorón (y mi opinión es que, llore o no llore mientras la madre escribe, el niño o la niña siempre lloran en sus pesadillas) es ofrecerle el libro como ofrenda propiciatoria. *With Child*

de Phyllis Chesler, un diario de su primer embarazo y parto a los treinta y siete años, está dedicado a su hijo: «A mi hijo Ariel, un regalo artesano para darte la bienvenida». (Soy una buena madre, me fabrico mis propios regalos.) La autobiografía de Liv Ullman, de la que he citado un pasaje más arriba, está dedicada a su hija Linn, y la cubierta es una fotografía de la madre y la hija frente a frente. La contracubierta es una foto oscura en primer plano de Liv, sola. En las últimas páginas podemos leer una carta a Linn: una serie de autocríticas que culminan en la asombrosa pregunta: «¿Comprendes que no tenga una razón de peso para no ir a tu encuentro y vivir tu vida?». Esto lo dice una de las actrices más importantes de nuestros tiempos, y que además es una escritora nata.

Otra forma de calmar al niño llorón es no escribir el libro, o escribirlo no tan bien como una podría. «Prácticamente no hay madres, como no hay personas con el tiempo partido, o con el yo partido, que hayan escrito una literatura perdurable… hasta ahora.» Esto lo escribió Tillie Olsen en 1972.[51]

Hasta aquí el lado oscuro. Pero también hay un lado más ligero.

> A través de ti, Ariel, me dilato, me conecto con algo más grande que mi propio ser. Es como enamorarse, es parecido a una conversión ideológica, la conexión me hace sentir mi existencia.[52] (Phyllis Chesler)

> Y, sin embargo, algo llamado naturaleza o ese poderoso fatalismo de la criatura humana, que me lleva a cobrar conciencia de que lo inevitable es ya parte de mí, no como algo contra lo que no hay que luchar, sino como una nueva arma contra la deriva, el estancamiento y la muerte espiritual.[53] (Adrienne Rich)

> Una madre puede ser cualquier tipo de persona, única o corriente, dada a la moderación o a la intensidad, con tendencia a la agresividad amazónica o bien a la receptividad. Pero, de un modo u otro, el hecho de ser madre la obliga a aceptar sus limitaciones. Cuando se aceptan las limitaciones como madre, se empiezan a aceptar las limitaciones en otros ámbitos de la vida. El roce diario, tan agotador, que comporta la maternidad ofrece a la madre, al menos, una oportunidad de renunciar a parte de su egocentrismo. La madre deja finalmente de ser niña.[54] (Jane Lazarre)

> Con la llegada del niño y el inicio de un amor, tal vez el único amor genuino que una mujer siente por otra persona […]

> se tiene la oportunidad de acceder a esta relación tan difícil para una mujer, la relación con el Otro: con lo simbólico y lo ético. Si el embarazo es un umbral entre naturaleza y cultura, la maternidad es un puente entre lo singular y lo ético.[55] (Julia Kristeva)

> ¿Qué significa amar, para una mujer? Lo mismo que escribir […]. PALABRA/CARNE. De la una a la otra, eternamente, visiones fragmentadas, metáforas de lo invisible.[56] (Julia Kristeva)

Integración, conexión, extensión; una defensa contra la deriva y la muerte espiritual; una forma de dejar atrás el solipsismo de la infancia, una forma de relatar, una forma de escribir; esto es también la maternidad vista por las madres, a menudo por las propias madres que en otros momentos se encuentran escindidas por las fuerzas conflictivas del trabajo y del niño. Jane Lazarre, al final de *El nudo materno*, dedica unas polémicas páginas a «la madre» y la «dama oscura», la que la apremia a tener un segundo hijo y la que se lo cuestiona. La dama oscura dice: «No estoy hablando de simples detalles y de responsabilidades prácticas. Es al efecto de estas constantes exigencias espirituales a lo que encomiendo tu atención». La madre rebate: «¿No quieres volver a sentir la sensación de un niño moviéndose dentro de ti?». Pero resulta que la dama oscura es la madre disfrazada, la madre de la dama oscura. Y Jane es las dos, están en su cabeza.

¿Hemos llegado sencillamente al punto de partida de Adrienne Rich?: «Mis hijos me causan el sufrimiento más exquisito que haya experimentado en la vida. Es el sufrimiento de la ambivalencia: la alternancia mortal entre el resentimiento amargo y el creciente nerviosismo atroz, y la gratificación y ternura más felices»[57]. Sí y no. Para Rich, tal como expresa en esta entrada de su diario, la ambivalencia es una *alternancia* entre resentimiento y ternura, entre la negación del niño y el acercamiento a él, como si estos dos impulsos no estuvieran relacionados entre ellos, sino bloqueados en una oposición insalvable, como si tal vez correspondieran a la oposición entre la necesidad de autoafirmación de la madre como escritora y la necesidad del niño (o lo que ella cree que es la necesidad del niño) de sentir el amor incondicional de su madre. En la parábola de Lazarre hay alguna muestra de esta lucha, pero la parábola también indica la posibilidad de reconciliación más que un conflicto entre elementos enfrentados. Si la madre es la dama oscura y la dama oscura es la madre, entonces las energías y las aspiraciones de una son también las de la otra. La ternura de la madre y el apremiante deseo de expresarse

de la dama oscura pueden apoyarse (no entorpecerse) mutuamente.

Esto es precisamente lo que Chesler da a entender, al igual que Rich, en otra anotación de su diario (citada más arriba), y también Kristeva, que va más allá de la sugerencia y lo convierte en una declaración explícita: «Lejos de estar en contradicción con la creatividad (como el mito existencialista intenta hacernos creer), la maternidad puede (en sí misma, siempre y cuando las limitaciones económicas no sean demasiado onerosas) favorecer una determinada creación femenina. Hasta el punto de que disipa las fijaciones, hace que la pasión circule entre la vida y la muerte, el yo y el otro, la cultura y la naturaleza…»[58]. Kristeva es prudente, no formula afirmaciones absolutas (la maternidad *puede* favorecer la creación, no la favorece necesariamente); es consciente de los obstáculos materiales (¿cómo puede escribir la madre si no tiene a nadie que cuide de su hijo, o si debe desempeñar otras funciones para alimentar al niño?: es lo que se pregunta Tillie Olsen). Aun así, después del importante cambio obrado en la teoría feminista francesa, que también vemos asomar en una versión menos abstracta del pensamiento feminista al uso en Estados Unidos, Kristeva rechaza el dilema de la teoría «o esto o lo otro» e indica que la maternidad y la creación van de la mano.

La propuesta de Kristeva, como manifestó en dos ensayos en el número de invierno de 1977 de *Tel Quel*, es muy compleja y merecería un análisis profundo. No es este el lugar apropiado para hacerlo, pero me gustaría interrumpir brevemente el texto para observarlo con más detalle.

Los puntos que señala Kristeva pueden resumirse aproximadamente de la siguiente manera: acceder al orden de lo simbólico, que es el orden del lenguaje, de la cultura, de la ley, del nombre del Padre (en términos de Lacan), es especialmente difícil para las mujeres, sea por razones históricas o de otra índole. La maternidad, que establece un vínculo *natural* (el hijo) entre la mujer y el mundo social, proporciona un medio privilegiado para entrar en el orden de la cultura y del lenguaje. Este privilegio pertenece a la madre (si interpreto correctamente a Kristeva en este punto) no solo en contraste con las mujeres que no son madres, sino también en contraste con los hombres, cuya relación con el orden simbólico es en sí misma problemática, y se caracteriza por la discontinuidad, la separación, la ausencia. Lo simbólico, tanto para hombres como para mujeres, actúa como reino del (inalcanzable) Otro, el reino de los signos arbitrarios más que el reino de las cosas; es, por definición, el reino de las relaciones frustradas, de los amores imposibles. El amor de Dios, el signo supremo del Otro, es el del orden de lo imposible. Pero para la madre, según Kristeva, el Otro no es (únicamente) un signo arbitrario, una ausencia necesaria: es el niño, cuya presencia y

cuyo vínculo corporal con ella son datos ineludibles, hechos materiales. Si amar (a su hijo) es, para una mujer, lo mismo que escribir, en esta unión surge un equivalente secular, moderno, de la palabra hecha carne.

Este sencillo resumen constituye, en un sentido, no obstante, una traición, ya que lo más interesante de la exposición de Kristeva es su estilo oblicuo, casi bizantino. El primero de los dos artículos, que sirve como introducción al número especial de la revista dedicado a *recherches féminines*, no trata de la maternidad, ni siquiera de las mujeres, sino de la posibilidad de que existan intelectuales o disidencia intelectual en la cultura occidental. Las observaciones sobre la maternidad y su relación con la creación femenina forman parte de una sección que trata el posible papel de las mujeres en la ley patriarcal. Dado que la ley más elemental de la reproducción de la especie se halla esencialmente en manos de las mujeres, Kristeva se pregunta si las madres no se encuentran, de hecho, en el polo opuesto de la disidencia, si al mantener la especie no mantienen y garantizan también el orden social actual. Esta pregunta no la responde directamente, pero me da la sensación de que, si se la presionara, su respuesta sería: «Sí y no». El cuerpo de la madre, tratándose de un lugar fragmentado, agrietado, habitado por impulsos elementales que existen *antes* del lenguaje y el sentido, es necesariamente un lugar de exilio, un lugar de desorden y de una extremada singularidad en relación con el orden colectivo de la cultura. Al mismo tiempo, el cuerpo de la madre es el vínculo entre naturaleza y cultura, y como tal debe desempeñar un papel de conservación.

Sin embargo, lo que a mí me interesa es otra pregunta que formula: «Después de la Virgen [María], ¿qué sabemos acerca del discurso interior de una madre?». La pregunta es tan provocadora como extraña, su singularidad reside en las primeras palabras. ¿Acaso sabemos más del discurso interior de la Virgen que acerca de cualquier otra madre? Por lo menos conocemos el discurso que le ha sido atribuido a ella, que, de hecho, la ha *creado* a ella: es el discurso del cristianismo, de los *Padres* de la Iglesia.

Kristeva es consciente de esto. Su segundo y más extenso ensayo («Hérétique de l'amour») considera precisamente la cuestión de cómo el mito de la Virgen Madre fue gradualmente elaborado por el discurso cristiano, y de cómo ha influido en la imaginación de Occidente. Por encima de todo, intenta responder a esta pregunta: ¿qué había en la representación cristiana de la maternidad ideal, tal y como la encarna la Virgen, que contentara a las mujeres a lo largo de cientos de años, y por qué hoy esta representación ya no es convincente? En su conclusión provisional Kristeva dice que, con la imagen de la Virgen Madre, el cristianismo proporcionó lo que

durante mucho tiempo fue una solución satisfactoria y aceptable para la paranoia femenina: una negación del papel masculino en la procreación (parto virginal), la realización del deseo femenino de poder (María como Reina de los Cielos), la sublimación de los deseos criminales o devoradores de la mujer a través de la valorización de su pecho (el niño Jesús que mama) y de su propio dolor (la *Mater dolorosa*), el cumplimiento de la fantasía de inmortalidad o vida eterna (la Asunción), y por encima de todo la negación de otras mujeres, entre ellas la propia madre (María era la «única de todo su sexo»); pero todo mientras se cumpla una condición: que la definitiva supremacía y la divinidad del varón se mantengan en la persona del Hijo, ante quien la Madre se arrodilla y a quien se supedita.

Según Kristeva, la solución aceptable para todos que representa la Virgen Madre proporcionó un modelo con el que las mujeres podían, aunque fuera indirectamente, identificarse, y al mismo tiempo permitía a los responsables del orden social y simbólico conservar el control. (Tal vez valga la pena apuntar que la representación cristiana de la Virgen Madre tiene cierta afinidad con la representación de la maternidad ideal en el discurso psicoanalítico, pero en todo caso es mucho más poderosa que esta: en ambos casos la madre es elevada precisamente hasta el punto en que se postra delante de su hijo; para Freud, la satisfacción más grande de la madre es ver a su hijo favorito alcanzar la gloria, que después llega a reflejarse en ella.) Sin embargo, Kristeva cree que, para las mujeres de hoy, el mito de María ha perdido sus poderes positivos: deja demasiadas cosas en el tintero, censura demasiados aspectos de la experiencia femenina, prioriza la experiencia de dar a luz y del cuerpo de la mujer en general, la de la relación de las mujeres con sus madres (y con sus hijas), y la de la relación de las mujeres con los hombres (no los hijos varones, sino hombres adultos). En todo cuanto afecta a estas relaciones, la maternidad proporciona el punto de partida central desde el que se formulan las preguntas y desde el que puede darse el primer paso para obtener respuestas.

Como si quisiera demostrar este fenómeno, en su texto analítico y discursivo, Kristeva intercala unos fragmentos líricos y discontinuos de «otro» texto, ese «otro» texto que resulta ser el discurso interior de una madre, Kristeva misma. Dado que los fragmentos líricos se ven rodeados y envueltos por el texto discursivo, es tentador ver los dos como «madre» e «hijo», los fragmentos líricos representarían al hijo. (Esta idea me la propuso Carolyn Burke.) Pero paradójicamente, en el «texto del niño», es una madre la que escribe acerca de su experiencia: dar a luz, jugar con él, cuidar al niño enfermo por primera vez, sentirse separada del niño y al mismo tiempo unida a él, recordar a su propia madre (la «otra mujer»), relacionarse con el lenguaje, con la

Ley. Los pasajes líricos se hallan pues en contrapunto, tanto estilísticamente como en contenido, con el texto discursivo, de la misma manera que el discurso *interior* de la madre se halla en contrapunto con el discurso que el cristianismo, el orden dominante de la cultura occidental, elabora, construye sobre ella.

A mi parecer, estos dos artículos de Kristeva son especialmente importantes por tres razones: porque trata de analizar y demostrar las limitaciones del discurso tradicional de la cultura occidental sobre la maternidad; porque propone una teoría, aunque incompleta y provisional, sobre la relación entre maternidad y creación femenina; y porque *escribe* su propio texto maternal como ejemplo de cómo sería una creación semejante. Esta ambiciosa tarea forma parte de un contexto mucho más amplio de teoría feminista contemporánea francesa, que lleva varios años intentando elaborar una teoría además de ejemplificar la especificidad de *l'écriture féminine*. Luce Irigaray y Hélène Cixous (que es madre) han destacado la naturaleza esencialmente subversiva y caótica del acto de escribir de la mujer en la sociedad patriarcal, sin intención de diferenciar los conceptos de femenino y de maternal… tal vez porque, al menos para Cixous, el propio hecho de ser una mujer significa que una no está «nunca lejos de la "madre"», es decir, lejos de una fuerza de reparación y nutrición que es fundamentalmente «otra» en relación con el enjuto racionalismo del discurso masculino.[59]

Chantal Chawaf, por otro lado, de manera mucho más radical que Kristeva, ha unido la práctica literaria con el hecho biológico de la maternidad. Chawaf es madre de dos hijos y autora de varios libros de corte lírico-autobiográfico. La experiencia central alrededor de la cual gira su escritura es la experiencia emocional y física de la maternidad y del amor maternal, dotándolos de una trascendencia casi cósmica. Uno de sus recientes libros, *Maternité*, es una serie de poemas sensuales en prosa que celebran el amor entre una madre que está al borde de una crisis nerviosa emocional y sus dos hijos, a quienes percibe como único vínculo con la comunicación y la luz, en contraposición con la soledad y la oscuridad eterna. Chawaf ha declarado en algunas entrevistas y en algunos comentarios sobre su obra que para ella la maternidad es el único acceso a la creación literaria. En *Maternité* habla de una «nueva sintaxis con sustantivos adiposos, muslos infinitivos», un lenguaje tan físico que sería un alimento y que «haría de cada frase un pariente directo de la piel y de las membranas mucosas».[60]

La obra de las feministas radicales francesas supone sin duda alguna el intento más ambicioso hasta ahora de teorizar la relación entre escribir y ser mujer y, más o menos directa, entre escribir y ser madre. Personalmente, mi única objeción a sus trabajos, que son

claramente obras en proceso y por lo tanto es demasiado pronto para pronunciarse definitivamente sobre ellos, se dirigiría a ciertos elementos excluyentes. Reconocer que las mujeres, las madres, han sido excluidas del orden del discurso patriarcal, e insistir en la diferencia positiva de la literatura hecha por mujeres y madres en relación con la hecha por hombres, solo puede ser beneficioso en este momento. Pero sería una pena que el gesto masculino de exclusión y represión del «otro» femenino se viera acompañado de un gesto similar a la inversa. Con esto no me refiero únicamente a la obvia exclusión de los hombres, dado que algunas feministas francesas (Hélène Cixous entre ellas) están dispuestas a admitir que determinados poetas han alcanzado una categoría «femenina» en su forma de escribir. Más bien me refiero a la exclusión de un determinado *tipo* de literatura y de discurso arbitrariamente definido como «masculino», represivo, lógico, el discurso del poder, o lo que sea. Un gesto semejante sitúa necesariamente lo escrito por mujeres en una posición minoritaria, intencionadamente excéntrica en relación con el poder. No estoy totalmente convencida de que sea esta la mejor posición para las mujeres.

Tengo también mis reservas sobre lo que puede llamarse fetichización del cuerpo femenino en relación con la literatura. Tal vez sea cierto que la feminidad y su encarnación por excelencia, la maternidad, puede proporcionar un medio privilegiado de acceso al lenguaje y a la lengua materna. Pero lo que me preocuparía es la codificación, partiendo de esta iluminación, de lo que escriben las mujeres y del estilo en que lo hacen. En la reciente teoría y práctica de las feministas francesas, se detecta cierta tendencia a esta codificación, tanto en lo que concierne a los temas como al estilo: la centralización del cuerpo y la sangre de la mujer, su proximidad con la Naturaleza, su ajuste a la calidad de «voz» más que al significado «sin más»; ritmos elementales, escribir como fluir (de la sangre menstrual, de la leche materna, del flujo uterino), sintaxis «líquida», lirismo a cualquier precio, receptividad, unión, ausencia de agresividad… Estamos en el momento en que se crea un nuevo género, y todo esto sea quizá para bien. Pero ver en este género el único modo de escribir para una mujer sería, pienso yo, un error.[61]

Escribir y ser madre: las ficciones de la madre

Después de este ascenso a la teoría, me gustaría volver a un terreno más concreto. Las madres escriben, y escriben tanto narrativa como literatura confesional. Tillie Olsen, hablando de las novelistas contemporáneas (inglesas y norteamericanas) que son madres, ha apuntado que «no muchas se han servido directamente del material desplegado ante ellas después de la maternidad como asunto central

de su obra»[62]. Aquí se halla implícita una cuestión muy interesante. No obstante, lo que me fascina es una cuestión más concreta todavía: si, y cómo, la conjunción de literatura y maternidad se refleja en las novelas —en contraposición a las declaraciones más directas en las que la madre dice «yo»— de las escritoras que son madres. En este punto el psicoanálisis puede servir de ayuda, aunque sea solamente por analogía. Partiendo de la opinión de Freud de que la obra de ficción es una versión de una fantasía distanciada, formalmente «disfrazada», podemos preguntarnos: ¿existe la fantasía de la escritora madre? Y, de ser así, ¿qué transformaciones sufre la fantasía en el proceso de esta ficcionalización? Para decirlo de otro modo, ¿qué ocurre con el discurso de la madre cuando elige la expresión no directa sino la indirecta de la ficción?

Formulada la pregunta, no estoy del todo segura de cómo responder a ella. Pero lo mismo da. Tengo que presuponer que las fantasías de la madre existen, que son susceptibles de ser formulables y que pueden (pueden, no deben) ser impulso de una elaboración ficcional. También debo dar por sentado que van a encontrarse, si es que están en alguna parte, en las ficciones de las escritoras que son madres. Para demostrar la utilidad crítico-literaria, si no científica, de estos presupuestos, propondré la lectura de dos obras de una misma escritora, la poeta y novelista estadounidense Rosellen Brown. Las obras son un cuento de tres páginas titulado «Buen gobierno de la casa» y la novela *The Autobiography of My Mother*[63].

En «Buen gobierno de la casa» el título tiene doble sentido. Una madre pone al niño en la cuna para la siesta y fotografía su espalda desde muy cerca. Es fotógrafa y ahora trabaja después de un largo descanso, cuando los líquidos químicos ya se han evaporado en su cuarto oscuro. Pero es una profesional, y ya se imagina cómo va a colgar las fotos en su próxima exposición (de una manera completamente aleatoria, en mate y sin contraste, sin un orden implícito, sin grandes ironías), y trabaja rápido. Después del trasero del niño vienen los posos del café, el interior del retrete, la montaña de ropa sucia vista desde dentro, un montón de verduras peladas esparcidas entre otras peladuras, las sábanas arrugadas, su propia vagina (desde el visor de la cámara), un puñado de condones en una caja, la ventana sucia, un montón de tierra con semillas enterradas, un cajón lleno de cachivaches de uso doméstico, papel de fumar y marihuana escondida en un bote de especias, el interior de un sacapuntas, un antiestético pedazo de papel pintado a medio pegar, el felpudo de la entrada cubierto de barro. Excluye de su composición una hilera de latas dispuestas en orden y una tortilla hecha para la ocasión por considerarlas inoportunas, «demasiado a lo “Buen gobierno de la casa”», y también un manojo de plumas de pájaro

desechadas por el gato: sin el gato no tienen mucho sentido y, además, «¿forman los pájaros asesinados parte de una casa?».

Entonces se despierta el niño, llorando. Con la persiana corrida hay tanta luz «que hasta se podía ver la campanilla del niño temblando como un carámbano a punto de desprenderse». Cuando ve la cámara, el niño deja de llorar, fascinado. «Ojos como cámaras. Su madre se miró a sí misma en ellos, una caja negra en su regazo con una curiosa estrella de luz en su centro.» El niño sonríe, intentando alcanzar a su madre (o la cámara) a través de los barrotes de la cuna. Lo que hace la madre a continuación (y el párrafo final de la historia) es:

> Se cogió la cabeza con las manos. Y luego se acercó al interior de la cuna, enfocando lo mejor que pudo con una mano mientras el niño agitaba los brazos y los movía a través de los barrotes casi sin aliento de tanto reír; entonces ella tocó las carnes prietas y rosadas de un muslo desnudo y fresquito y lo pellizcó con tres de sus dedos, más y más fuerte hasta que la rabiosa campanilla le respondió de nuevo acompañada por un buen pedazo de lengua húmeda. A través de la lente de aumento se veía espinosa como una planta, como una esponja, tal vez, del fondo del mar.

Este texto es a mi juicio una historia extraordinaria, incluso después de haberlo leído varias veces. Cuando intento explicar su poder (el poderoso efecto que causa en mí), siempre vuelvo a este último párrafo: la madre mira a su hijo indirectamente, es decir, a través de la cámara, transformándolo en objeto; siente sus muslos no como carne, su propia carne, sino profesionalmente, como «carnes prietas y rosadas»; después pellizca hasta oír el llanto, y así lo que ella quiere captar, la campanilla que vibra, su frialdad clínica y, al mismo tiempo, la posibilidad de una interminable metaforización: carámbano, planta espinosa, esponja en el fondo del mar. El muslo rosado, sentimental y empalagoso, sería lo menos indicado para un «Buen gobierno de la casa»; la campanilla rabiosa, como los demás objetos ilustrativos («que forman parte de cualquier casa») que la precedían, colgará en las paredes en un orden arbitrario, en mate y sin contraste. No es propaganda (permitámonos ser buenas amas de casa y tener niños rosaditos), sino arte.

¿Arte? Y el niño llorón ¿qué? El poder de la historia, a mi entender, reside en la fantasía que yo interpreto: «Con cada palabra que escribo, con cada metáfora, con cada acto genuino de creación, hiero a mi hijo».

¿Es mi reacción, probablemente, exagerada? Tal vez no. Para mí esta historia no trata únicamente del mundo interior de la maternidad

tal cual se siente, no como se mitifica en las revistas femeninas (pensemos en el caos y la confusión, los distintos recipientes, las cosas escondidas que crecen): se trata también de una historia sobre la *representación* de la maternidad hecha por una madre, «mirándose a sí misma en una larga distancia», de un autorreportaje de un autorrelato; y es una historia sobre la relación especular entre la madre como artista y su hijo: al verse ella reflejada, *como artista* (cámara en mano) en sus ojos, reacciona inmovilizándolo, convirtiéndolo en una imagen, una metáfora, un texto. Retrato de la artista como madre; o bien, el triunfo momentáneo de la agresividad sobre la ternura.

Y digo triunfo momentáneo porque la angustia y la culpabilidad que inevitablemente ocupan la fantasía de la vida real de la madre al escribir como acto de agresividad contra su hijo están ausentes. La historia termina en el preciso momento en que la artista se declara en contra tanto del hijo como de sus propios sentimientos maternales, antes de que la culpabilidad (o la locura, pues si siguiera hiriendo al niño habría que considerarla loca) tenga la oportunidad de manifestarse. El resultado, tanto en el cuento como en el efecto que su lenguaje produce, es una sensación de libertad, de dominio formal, que obstaculiza cualquier atisbo de sentimentalización o autocompasión. Esto puede verse con más claridad si se compara el cuento de Brown, por ejemplo, con el largo poema de Alta *Momma*, que recoge una experiencia similar: la madre poeta que echa a su hija de la habitación para poder escribir sobre ella, invalidando su presencia física a fin de capturarla como un nombre, como un texto. El tono de *Momma* es de angustia, puesto que la madre *siente* el dolor de la hija y expresa en el poema, retrospectivamente, su propio sentimiento de culpa y los reproches que se hace a sí misma. Al optar por un punto de vista simultáneo y no retrospectivo, el cuento de Brown rechaza, y creo que bastante a conciencia, el alivio (pero también la sentimentalización) que se deriva de los autorreproches. No sabemos, en el cuento, cómo se sintió la madre después de su reacción; cuando enfoca la cámara hacia el niño que llora (pero, y es significativo, ella no *ve* al niño, solo ve la «campanilla rabiosa»), únicamente nos percatamos de la fría concentración con la que capta la foto. El lenguaje «duplica» su propia actividad en las metáforas finales.

Katherine Anne Porter dijo una vez de su propia obra que a la hora de escribir «el mejor estado de ánimo es la frialdad premeditada»[64]. La dialéctica entre la frialdad premeditada y la intensidad emocional, la dialéctica que caracteriza la postura problemática de la madre entre el trabajo y el niño, es el tema del cuento de Brown y es lo que, manifestándose en la propia prosa, le otorga su poder tan singular.

La novela *The Autobiography of My Mother* es un tratamiento más

extenso y complejo del mismo tema. La novela alterna una narradora madre y una narradora hija, esta última madre asimismo de una niña pequeña. La madre es una mujer de unos setenta años todavía muy activa, abogada de derechos civiles y también figura pública. La hija es una antigua hippie de finales de los sesenta, una fugitiva de diferentes comunas y de la movida californiana, que no da golpe. Ella y su pequeño retoño vuelven al apartamento del Upper West Side de Nueva York de su madre, después de diez años de ausencia.

A través de la narración de la madre conocemos su propia infancia agitada y carente de amor, su consciente represión de la pasión y la ternura en beneficio de actos racionales y de un extremo control de sí misma; también conocemos su soledad, su esterilidad emocional, su incapacidad de conectar con gente como no sea a un nivel abstracto. A través de la narración de la hija conocemos su sentimiento de abandono, su sentido patológico del fracaso y de la falta de autoestima, su incapacidad para relacionarse con los demás fuera de un degradado aspecto sexual y su profundo odio y dependencia emocional de su madre. En un debate televisado entre madre e hija, se niega a pronunciar una sola palabra. Su venganza contra la madre, que siempre tiene respuesta para todo, se convierte en pasividad total y riguroso silencio.

Entre estas dos mujeres se ha acumulado demasiado dolor y demasiados malentendidos para una posible reconciliación. Sin embargo, está la nieta: tozuda y voluntariosa como su abuela, vulnerable como su madre, parece ofrecer la posibilidad de reconciliación en todos los sentidos, o al menos de un nuevo comienzo. Llega incluso a despertar en su abuela sentimientos maternales aparentemente inexistentes.

Pero la cosa no funciona así. La abuela trata de arrebatarle la niña a su madre con la fuerza de la ley. Un día de pícnic, cuando intenta comunicar sus intenciones, la abuela y la niña bajan hasta una cascada mientras la madre las observa desde arriba. La abuela no lleva a la niña de la mano y, de repente, la niña ya no está. Se la ha llevado la corriente, se ha ahogado. Un poco antes, la abuela había dicho: «En la vida no hay accidentes».

¿Qué puede una hacer con un libro tan inquietante? Empezaré por el título: ¿de qué madre es esta autobiografía? Y ¿quién es su autora? Gertrude Stein, recuerdo, escribió *Autobiografía de Alice B. Toklas*. El nombre de la abuela en esta novela es Gerda Stein, y en un momento dado, en una larga alusión a Shakespeare, se llama a sí misma Gertrude. También dice que la decisión de hacerse abogada fue después de su primer deseo de ser escritora. ¿Es acaso la Gertrude novelada una sustituta de la real? Probablemente. Pero es Rosellen Brown la que firma como autora de esta «autobiografía», igual que

Gertrude Stein firma la suya. Estructuralmente, Rosellen Brown es la sustituta de Gertrude Stein, ambas autoras. Pero, si nos tomamos el título en serio, entonces hay que considerar la Gerda/Gertrude Stein novelada como Rosellen Brown madre. Rosellen es las dos, una hija para Gertrude y una Gertrude ella misma, tanto autora como hija de la autora. Las dos voces narrativas de la novela tal vez reflejen esta escisión tal y como, en la ficción, madre e hija consiguen despertar (y a veces repeler) por igual nuestra compasión.

Pero el interrogante que no me abandona es: ¿por qué la nieta, la pequeña bella e inocente, ha de morir? Y ¿quién la mata?

Propondré una interpretación temeraria. La niña muere como castigo a la madre «antinatural», no su propia madre, sino la madre de su madre, Gerda Stein. Es un castigo autoinfligido, porque Gerda ama a la niña y «en la vida no hay accidentes». Es también un castigo infligido a Gerda por su hija, cuya propia vida ha sido un lento suicidio y una acusación constante contra su madre. Al no haber intervenido a tiempo, deja morir a su propia hija como acusación definitiva (y por tanto demostrándose a sí misma que es también una madre «antinatural»)[65]. Y finalmente consigue lo que quiere: por primera vez en su vida, ve llorar a su madre.

Pero está claro que no son ni Gerda ni su hija las que matan a la niña, sino quien es ambas a la vez: Rosellen Brown. Leo el final de esta novela como un gesto de castigo que se inflige la madre escritora, y la novela misma como una compañera oscura de «Good Housekeeping». Aquí el impulso agresivo de la madre como artista revierte sobre sí misma. Gerda es una escritora *manquée*, frustrada, y también una madre fracasada. En la relación que tiene con su hija, encarna la fantasía más pesadillesca de la madre escritora: «Nunca habría imaginado que estábamos destinadas a compartir solo una vida entre las dos, de tal modo que cuanto más llena está la mía, más vacía la suya».

Brown es la única novelista contemporánea que conozco que ha explorado, en formas que pertenecen totalmente al género de ficción, la violencia, la culpabilidad y la energía violenta que acompañan a la creación artística de las madres. En comparación con Brown, en este tema en concreto, pienso en Margaret Drabble, llamada «la novelista de la maternidad»[66], de una manera sorprendentemente simplista. En las novelas de Drabble, las madres que escriben o se proponen realizar una carrera creativa (la famosa novelista madura de *Jerusalem the Golden*, la doctoranda de *La piedra de moler*, la poeta de *The Waterfall*, la arqueóloga de *The Realms of Gold*) tienen una relación no problemática, casi idealizada, con sus hijos. En *Jerusalem the Golden*, donde los hijos de la novelista ya son mayores, la vemos mimando al recién nacido de una desconocida. En *La piedra de moler*, la heroína

escribe mejor después de haber parido. En *The Waterfall*, la heroína-narradora habla de sus sentimientos de ambivalencia durante el embarazo, que se evaporan milagrosamente cuando nace el niño; sus problemas con la labor literaria no están ligados a sus hijos, sino a su marido y a su amante. En cuanto a la heroína de *The Realms of Gold*, no conoce obstáculos, una vez que su vida amorosa se ve enderezada. De hecho, si la complejidad de la investigación es un criterio de valoración, me da la impresión de que Drabble es más una novelista del amor adulto que otra cosa. Sus heroínas son, casi sin excepción, madres, pero su maternidad es relevante sobre todo por las relaciones (sean satisfactorias o frustrantes) con los hombres. La cuestión que creo que subyace en las novelas de Drabble es la siguiente: ¿puede una mujer creativa con hijos tener una relación estable y satisfactoria con un hombre? Esta cuestión es fascinante en sí misma, pero es *otra* cuestión.

En lo que concierne a escribir y ser madre, Drabble tal vez nos ofrezca las fantasías de deseo de realización que corresponden, a la inversa, a las fantasías pesadillescas de Brown. Entre las dos, queda un gran espacio para investigar, en la ficción y en la vida.

LA HIJA DE LA PESCADORA

De *Dancing at the Edge of the World* (1988)

Ursula K. Le Guin

Ursula K. Le Guin (Berkeley, 1929-Portland, 2018) es conocida especialmente por su obra de ciencia ficción, aunque escribió novelas y cuentos de otros géneros, así como ensayo y poesía. La mitología, la antropología, la política y la sexualidad y el género son intereses constantes en toda su obra. Sus cinco primeras novelas, ambientadas en Orsinia (el primero de sus mundos imaginarios, al que luego seguirían Terramar y Hainish), fueron rechazadas por las editoriales y de hecho no publicó la primera, *El mundo de Rocannon*, hasta 1965. *La mano izquierda de la oscuridad* (1969) ganó los premios de novela de ciencia ficción Hugo y Nebula, que nunca hasta entonces habían sido concedidos a una mujer. Entre sus otras obras del género cabe citar *Un mago de Terramar* (1968), *Los desposeídos* (1974), *El relato* (2000) y *En el otro viento* (2001). Recogió algunos de sus artículos en *The Language of the Night* (1979) y en *Dancing at the Edge of the World* (1988), de donde procede el texto que aquí presentamos («The Fisherwoman's Daughter»). A su muerte se publicaron dos recopilaciones más, *Dreams Must Explain Themselves* (2018) y *Ursula K. Le Guin: Conversations on Writing* (2018).

La primera versión de este texto la leí en la Universidad de Brown y en la Universidad de Miami de Ohio, y la revisé en profundidad para releerla en el Wesleyan College de Georgia. Después la reescribí otra vez para leerla en la Universidad Estatal de Portland. Creo que la leí en algún otro sitio pero no puedo recordar dónde. Cuando fui a la Universidad de Tulane como becaria Mellon o, para ser más exactos, con un cuarta parte de la beca Mellon, reescribí de nuevo el texto, y esta versión, que quería que fuese la definitiva, apareció en una serie de documentos Mellon de Tulane, con el título de «Una mujer que escribe». Cuando me pidieron que diera una conferencia en un ciclo benéfico en San Francisco, decidí incluir más

información sobre mi madre, cuya vida de escritora transcurrió en la zona de la Bahía; estome llevó a otra revisión exhaustiva del texto.

Al compilar este libro, me topé con una carpeta rebosante de papeles con los cinco textos mecanografiados de la charla (en según qué partes idénticos, y en otras increíblemente dispares) y pensé: «Si tengo que redactarlo de nuevo, creo que me moriré». Así que me limité a incluir la última versión sin releerla. Mi despiadada editora lo aceptó. «Qué mujer tan pusilánime —dijo— y ¿qué hacemos con todos los pedacitos que te has dejado?» «¿Qué quieres hacer con ellos?», gruñí. «Creo que si los juntamos funcionará bien», contestó ella. «Enséñamelo», dije yo con astucia. Y me lo enseñó. Espero que funcione.

Lo que más me gusta de este texto, después de trabajar tanto en él, es que puedo considerarlo, finalmente, una colaboración. Las reacciones de los distintos oyentes ante los que lo leí, tanto en el turno de preguntas de la conferencia como en las cartas posteriores, orientaron y clarificaron mi pensamiento y me salvaron de incurrir en muchos errores y omisiones. La actual re-recopilación me ha devuelto el conjunto de un gran mosaico caótico, aunque desproporcionado y antiéstético, y este fue el título que di a mi proyecto cuando empecé a reunir material: Crazy Quilt *[Mosaico caótico]. Este nombre da la pista una vez más de esa colaboración, que es lo que yo me encontré al ensamblar los textos y las palabras de tantos otros autores, antepasados, desconocidos, amigos.*

«Pues naturalmente —escribió Betty Flanders, hundiendo los talones con fuerza en la arena—, lo único que podía hacer era marcharme.»

Esta es la primera frase de *El cuarto de Jacob*[67] de Virginia Woolf. Es una mujer que escribe. Sentada en la arena a la orilla del mar, escribe. Es la misma Betty Flanders, y solo está escribiendo una carta. Pero las primeras frases son puertas abiertas a otros mundos. Este mundo del cuarto de Jacob, tan extrañamente vacío al final del libro cuando la madre está de pie en él con un par de zapatos viejos de su hijo en la mano diciendo: «¿Y qué se supone que hago con esto?», este es un mundo en el que lo primero que uno ve es a una mujer, madre, escribiendo. En la orilla del mar, a la intemperie, ¿es ahí donde escribe una mujer? ¿No escribe sentada a una mesa, o en el escritorio de su cuarto? ¿Dónde escribe una mujer, qué aspecto debe tener cuando escribe, cuál es mi imagen, tu imagen, de una mujer escribiendo? Les preguntaba a mis amigos: «Una mujer escribiendo, ¿qué ves?». Se producía un silencio, después los ojos se iluminaban, viendo. Algunos me remitieron a cuadros —Fragonard, Cassatt—, pero la mayoría resultaron ser cuadros de mujeres leyendo o con una carta en las manos; no escribían ni leían la carta, sino que miraban por encima de ella con la mirada desenfocada: «¿Él no volverá nunca

más?» «¿Dejé el fuego del guiso encendido?»… Otro amigo me respondió resueltamente: «Una mujer escribiendo está escribiendo al dictado de alguien», y otro dijo: «Está sentada a la mesa de la cocina, y los niños gritan».

Y esta última es la imagen a la que voy a referirme. Pero antes permítanme que responda a mi propia pregunta: Jo March. Gracias a la inmediatez, a la autoridad con que las ilustraciones conocidas de Frank Merrill de *Mujercitas*[68] me vinieron a la cabeza al preguntarme cómo visualizo a una mujer escribiendo, descubrí que Jo March me había influido mucho cuando yo era una escritora principiante. Estoy convencida de que ha influido en muchas otras niñas, porque ni está muerta, como lo está la mayoría de los autores «reales», ni es una famosa inaccesible; tampoco, como muchos artistas que salen en los libros, ha sido marginada por susceptibilidad o sufrimiento, o por ser excepcional; tampoco es, como la mayoría de los novelistas, un varón. Es tan próxima como una hermana y tan común como la hierba. Como modelo, ¿qué les dice a las niñas que se inician en la labor de escribir? Creo que vale la pena ahondar en la biografía de Jo March la Escritora hasta que lleguemos a esa persona de la que yo, de niña y hasta hace muy poco, no sabía casi nada: Louisa May Alcott.

Conocemos a Jo como escritora cuando su hermana Amy quema su manuscrito en un acto de venganza: «El trabajo amado de muchos años. A los demás les pareció una pequeña pérdida, pero para Jo fue una horrible calamidad». ¿Cómo un libro, que ha llevado varios años de trabajo, podía suponer «una pequeña pérdida» para alguien? Esto me aterrorizaba. ¿Cómo podían pedirle a Jo que perdonara a Amy? De hecho, casi la ahoga en un lago helado antes de perdonarla. En todo caso, algunos capítulos más tarde Jo está

> muy ocupada en la buhardilla […] sentada en el viejo sofá, escribiendo atareada, con las hojas desparramadas sobre un baúl que tiene delante […] la mesa de trabajo de Jo aquí arriba era una vieja fuente de estaño…

Sobre esta última expresión el *Oxford English Dictionary* dice: «En Nueva Inglaterra: una fuente para asar». Así que la habitación propia de Jo en esta fase es una buhardilla amueblada con un sofá, una fuente para asar, y una rata. Para cualquier chica de doce años, el paraíso.

> Jo garabateó hasta que llenó la última página y firmó con una floritura […] reclinándose contra el respaldo del sofá leyó el manuscrito entero con detenimiento, poniendo guiones aquí y allá, añadiendo signos de exclamación, que parecían

> pequeños globos; después lo ató con un elegante lazo rojo y estuvo un minuto mirándolo con una expresión sobria y nostálgica, lo que demostraba claramente lo concienzudo que había sido su trabajo.

De este párrafo me interesa la interacción entre la ironía desmitificadora, los garabatos, los guiones, los globos, el lazo, y esa seriedad melancólica.

Jo envía su relato a un periódico, se imprime, y lo lee en voz alta a sus hermanas, que lloran cuando toca. Beth pregunta: «¿Quién lo ha escrito?».

> La lectora se sentó de repente, dejando a un lado el diario, con el rostro sonrojado y una curiosa mezcla de solemnidad y entusiasmo, y respondió, en voz alta: «Tu hermana».

La familia March organiza un gran jolgorio, «pues esta gente tontita y cariñosa hacía de cada pequeña alegría doméstica una celebración», y aquí una vez más volvemos a la banalización: la primera publicación de una escritora se ve reducida a una «pequeña alegría doméstica». ¿Acaso eso no rebaja el arte? Y ¿al negar un tono heroico no se niega también la posibilidad de elevar el arte a algo más allá del alcance de una «chiquilla» cualquiera?

Y Jo sigue escribiendo. Aquí la encontramos unos años más tarde, y cito extensamente, pues esta es la imagen central:

> Cada pocas semanas se encerraba arriba en su habitación, se ponía su traje de escritora y «caía en el torbellino», como ella decía, enfrascándose en la escritura de su novela con todo el corazón y toda el alma, pues hasta que no acababa no encontraba la paz. Su «traje de escritora» consistía en un delantal de lana negro donde podía secar la pluma a voluntad y un gorro del mismo material, adornado con un lazo rojo muy vivo […]. Este gorro era una señal luminosa para los ojos curiosos de la familia, que en estos períodos guardaba las distancias y se limitaba a asomar por la puerta de vez en cuando para preguntarle, con interés: «¿Arde el talento, Jo?». No siempre se arriesgaban a formular esta pregunta, pero observaban un instante su gorro y juzgaban de acuerdo con él: si este accesorio tan expresivo lo llevaba calado sobre la frente, era señal de que estaba trabajando laboriosamente; en los momentos emocionantes, lo llevaba informalmente ladeado; y cuando de la autora se apoderaba la desesperación se lo arrancaba de un golpe y lo tiraba al suelo. En momentos así el intruso se retiraba silenciosamente; y hasta que el lazo rojo no

se dejaba ver alegremente enderezado por encima de la talentosa frente, nadie osaba dirigirse a Jo.

Ella de ninguna manera se consideraba un genio; pero cuando le venía el arrebato de escribir, se entregaba a la labor con un abandono absoluto, y llevaba una vida de gozo, inconsciente de las necesidades, de los cuidados o del mal tiempo mientras se instalaba feliz y segura en un mundo imaginario, lleno de amigos casi tan reales y queridos como cualquier persona de carne y hueso. Sus ojos renunciaban al sueño, no probaba ni un plato, el día y la noche eran demasiado cortos para disfrutar de la felicidad que la bendecía solo en esos momentos, y que hacía estas horas dignas de ser vividas, aunque no produjeran otros frutos. La inspiración divina duraba normalmente una semana o dos, y entonces salía de su torbellino, hambrienta, adormilada, enfadada o abatida.

He aquí una buena descripción de las condiciones en que se hace una obra de arte. Así es verdaderamente la cosa: domesticada. El gorro y el lazo, los comentarios burlones y la negación de responsabilidad desmitifican sin degradar y permiten a Alcott hacer una declaración bastante extraordinaria: que Jo está haciendo algo muy importante y que lo está haciendo muy seriamente y que no hay nada raro en que una mujer lo haga. Esta pasión por el trabajo y esta felicidad que la bendicen al hacerlo encajan sin aspavientos en la vida común y doméstica de una niña. Tal vez no parezca gran cosa, pero no sé en qué otra parte, yo, o muchas otras niñas como yo, de mi generación, de la de mi madre o de la de mi hija, podría encontrar un modelo, un testimonio semejante de valor.

Jo escribe novelas románticas de suspense que se venden; su padre niega con la cabeza y dice: «Apunta lo más alto que puedas y no te preocupes nunca por el dinero»; pero Amy le replica: «El dinero es lo mejor de todo». Jo, que trabaja en Boston de institutriz y costurera, cree que «el dinero da poder: decidió obtener, por tanto, dinero y poder; no solo para ella sola —y la autora de nuestra autora añade rápidamente—, sino para aquellos a quien ella amaba más que a sí misma […] empezó a escribir cuentos de intrigas y pasiones». Su primera visita a la oficina de redacción del *Weekly Volcano* transcurre sin tropiezos, pero los tres hombres la tratan como a una mujer que ha ido a venderse a sí misma, auténticos seguidores de Levi-Strauss: para ellos lo que hace una mujer no la salva de su condición de mercancía. Sin avergonzarse demasiado, Jo sigue escribiendo y gana dinero con lo que escribe; pero, aun así, por vergüenza, decide «no contarlo a la familia».

> Jo no tardó en darse cuenta de que su inocente experiencia le había permitido entrever ciertas cosas del mundo trágico que subyace en la sociedad; entonces, con mentalidad comercial, se dispuso a suplir sus deficiencias con una energía peculiar […]. Empezó a buscar en los periódicos casos de accidentes, incidentes, crímenes; despertaba las sospechas de los bibliotecarios públicos solicitando textos sobre venenos; analizaba los rostros de la calle y a los tipos buenos, malos, del montón, allá donde fuera […]. Tanta observación de las pasiones y sentimientos ajenos la llevó a estudiar y a especular sobre los suyos, una diversión morbosa que los espíritus jóvenes y sanos no se permitían a conciencia…

Una «diversión», no obstante, que podría considerarse apropiada, incluso necesaria para la joven novelista. Sin embargo, «obrar mal siempre acarrea un castigo y, cuando Jo más necesitaba el suyo, lo obtuvo».

Su castigo lo administra el Ángel de la Casa, en la figura del profesor Bhaer. A sabiendas de que ensucia su alma pura, el profesor ataca los periódicos donde ella escribe: «No me gusta pensar que las chicas jóvenes y buenas tengan que ver cosas así». Jo apenas defiende sus cuentos, pero, cuando él se va, los relee de nuevo, tres meses de trabajo, y los quema. Amy ya no tendrá que hacerlo por ella nunca más; puede destruirlos ella misma. Después se pregunta: «Casi desearía no tener conciencia, ¡es tan inoportuno!». Un grito desde el corazón de la hija de Bronson Alcott. Intenta escribir un cuento piadoso y otro de niños, que no se venden, y claudica: «Cerró su escribanía».

Beth muere, e intentando sustituirla, Jo trata de «vivir para los demás». Al final insta a su madre a decir: «¿Por qué no escribes? Te hacía feliz». Y así lo hace, y escribe bien y con éxito, hasta que vuelve el profesor Bhaer y se casa con ella, evidentemente la única manera de conseguir que deje de escribir. Tiene dos niños de él que criar y dos suyos propios, y además todos estos hombrecitos del siguiente volumen; al final de *Mujercitas*, en el capítulo titulado «Tiempo de cosecha», dice: «Todavía no he abandonado la esperanza de llegar a escribir un buen libro, pero puedo esperar».

La cosecha parece postergarse eternamente. Pero, como dice Rachel Blau Du Plessis[69], Jo escribe después del final. En el tercer volumen, *Jo's Boys* [Los muchachos de Jo], ha vuelto a escribir en la mediana edad, y es rica y famosa. Hay realismo, crudeza y humor en la descripción de cómo gobierna la casa, de sus tareas maternales con los adolescentes, de cómo va escribiendo sus capítulos e intenta evitar a los cazadores de celebridades. De hecho, todo esto, como toda la

historia de «Jo la Escritora», es muy próximo a la historia misma de Louisa May Alcott, con una gran diferencia. Jo se casa y tiene hijos; Alcott, no.

Y, sin embargo, cargó con la responsabilidad de una familia, algunos de cuyos miembros eran tan despreocupados y egocéntricos como cualquier niño pequeño. En su diario[70] hay una nota desgarradora de abril de 1869, en medio de «una mala racha» por envenenamiento de mercurio (los calomelanos que le dieron para curarle una fiebre que contrajo trabajando de enfermera en la guerra civil le causaron una enfermedad crónica):

> Muy mal. Me siento bastante agotada. No me cuido demasiado, porque el reposo es el paraíso, aun con dolor; pero la familia parece tan acosada por el pánico e indefensa cuando me vengo abajo que sigo tratando de mantener la fábrica en marcha. Dos cuentos para L., 50$; dos para Ford, 20$; y sigo publicando mis colaboraciones, aunque llevo dos meses sin cobrar. Roberts quiere otro libro, pero temo entrar en otro torbellino y no quiero enfermar de nuevo.

Alcott utilizaba la misma palabra que Jo para su pasión literaria. He aquí un par de pasajes de un periódico comparables al pasaje del «torbellino» de *Mujercitas*.

> Agosto, 1860. *Moods* [una novela]. El talento se consume con tanta virulencia que he escrito de la mañana a la noche durante cuatro semanas sin tregua dedicando las noches a planificar, totalmente poseída por el trabajo. He sido muy feliz y no he tenido otros deseos.

> Febrero, 1861. Otro regreso a *Moods*, que he vuelto a modificar. Del día 2 al 25 me senté a escribir, aunque daba un paseo al atardecer; no podía dormir, y durante tres días fue tan intenso que ni me levanté de la silla. Mi madre me hizo una gorra de seda verde con un lazo rojo, a juego con mi viejo chal de fiesta verde y rojo, que llevaba como un «manto de gloria». Engalanada de esta guisa, me senté en un bosquecillo de manuscritos, «viviendo para la inmortalidad», como decía May. Mi madre entraba y salía con unas cordiales tazas de té, preocupada porque yo ni comía. A mi padre le parecía bien, y trajo las manzanas más rojas que encontró y la sidra más fermentada para cebar mi Pegaso […]. Fue muy curioso y agradable mientras duró…

Y es muy agradable comprobar cómo la familia, que saldó sus

deudas gracias a la esclavitud de ella, que luchó tanto por su bienestar y conservación, le devolvió la protección y la ayuda.

Como muchas mujeres de su siglo, Alcott tuvo una familia aunque nunca se casara. «La libertad es mejor marido que el amor para muchas de nosotras», escribió, pero de hecho gozaba de muy poca libertad, porque no carecía de responsabilidades inmediatas y personales. Tuvo incluso una niña, de su hermana May, que murió por complicaciones en el parto, y le pidió a su querida hermana mayor, que tenía entonces cuarenta y ocho años, que criara a la pequeña Lu; y así lo hizo hasta su muerte, ocho años más tarde.

Todo esto es complejo, más complejo, creo, de lo que se tiende a imaginar; pues el guión victoriano exige una elección más clara: para las mujeres, o libros o niños, las dos cosas no. Y Jo parece inclinarse por esta opción. Me enfadé conmigo misma cuando me di cuenta de que me había olvidado de la supervivencia de Jo como escritora; de que mi memoria, excepto en un pequeño e insidioso rincón que me llevó finalmente a leer *Jo's Boys*, se había ceñido al guión. Este, por supuesto, es el poder del guión: interpretas tu papel sin saberlo.

He aquí una descripción clásica, bíblica, de una mujer escritora, madre de varios niños, cuando uno de ellos se cae por las escaleras.

> La señora Jellyby era una mujer atractiva, diminuta y rellenita, de entre cuarenta y cincuenta años, de bellos ojos aunque con la curiosa costumbre de mirar siempre a un punto muy lejano, o al menos esta era la impresión que daba […] tenía un pelo sano, pero estaba demasiado ocupada con sus quehaceres africanos para cepillárselo […]. Era imposible no darse cuenta de que el vestido casi no le cubría la espalda, cuyo escote, entramado por una celosía de tirantes, parecía una casa de verano.
>
> La habitación, atestada de papeles por todas partes y ocupada prácticamente en todo su espacio por una mesa cubierta de montones de cosas, estaba, debo decir, no solo desordenada, sino también muy sucia. Nuestro sentido de la vista se veía obligado a reconocerlo, mientras que con nuestro oído escuchábamos al pobre niño que se había caído por las escaleras: creo que aterrizó en la cocina trasera, donde alguien lo había recogido. Pero lo que más nos sorprendió fue su aspecto hastiado e insano, aunque nunca de niña feúcha, sentada al escritorio, mordiendo la pluma de su estilográfica y mirándonos fijamente. Imagino que nunca nadie se ha visto en semejante «estado de tinta».[71]

Me abstendré, no sin dificultad, de leeros el resto de *Casa Desolada*.

Me encanta Dickens y defenderé a la señora Jellyby y su correspondencia con Borrioboola-Gha como una eterna parodia de quienes se entrometen en la ética ajena mientras pasan por alto la miseria que tienen ante sus narices. Pero también me llama la atención que Dickens se sirva de una mujer para plantear semejante cuestión, probablemente porque no era, ni lo es actualmente, arriesgado: pocos lectores se plantearían el hecho de que una mujer dé prioridad a la familia antes que a la responsabilidad pública, o que si trabaja fuera de la «esfera privada» será negligente con su casa, con la ropa de sus hijos e incompetente para coser botones. La hija de la señora Jellyby se salva de su «estado de tinta» obligado gracias al matrimonio, pero la señora Jellyby no recibirá ayuda de su marido, un hombre tan inactivo que su matrimonio se define como la unión entre mente y materia. La señora Jellyby es para mí una dicha: está dibujada con humor y buen talante; pero también me inquieta porque detrás de ella acecha una doble moral. No existe una sola entre las muchas mujeres responsables e inteligentes de Dickens que haga un trabajo artístico o intelectual de verdad, para que podamos equilibrar en cierto modo la figura de la señora Jellyby y asegurarnos de que lo que es deplorable no es lo que hace, sino cómo lo hace. Y sin embargo el párrafo citado se supone que ha sido escrito por una mujer, el personaje de Esther Summerson. Esther es un problema en sí misma. ¿Cómo le escribe la mitad de la novela a Dickens mientras se ocupa de la casa y se enfrenta a la viruela y a un montón de cosas más? Nunca la sorprendemos escribiendo. Como mujer escritora, Esther es invisible. No está en el guión.

Puede que exista un retrato fiel de una mujer escritora con hijos en una novela escrita por un hombre. He leído versiones de este propio artículo en Rhode Island, Ohio, Georgia, Louisiana, Oregón y California, y he preguntado a diferentes públicos si conocían retratos de este tipo. Todavía no he perdido la esperanza y sigo buscando. De hecho, el único retrato fiel que conozco de una mujer novelista de mano de un hombre novelista es la protagonista de *Diana of the Crossways*. George Meredith la presenta como una mujer que escribe novelas para sobrevivir, cosa que hace extraordinariamente, y halla la libertad a nivel profesional. Pero, alienada por una desastrosa pasión, empieza a forzar su talento y se vuelve incapaz de trabajar, siguiendo el guión de que el amor para un hombre es anecdótico y para una mujer lo es todo. Al final, con una vida acomodada y felizmente casada, espera un niño pero, por lo visto, no una novela. Como siempre, un siglo más tarde, Diana sigue estando muy sola en su encrucijada.

La invisibilidad como escritora es una condición que afecta no solo a los personajes, sino al autor, e incluso a los hijos del autor. Por

ejemplo, a Elizabeth Barret Browning, la hemos caracterizado sistemáticamente con un perrito faldero al lado, olvidando que cuando escribió *Aurora Leigh* era la saludable madre de un niño sano de cuatro años; dejando de lado, en efecto, el mismo hecho de que *escribiera*Aurora Leigh, un libro sobre la condición de ser mujer y ser escritora, y sobre la dificultad que entraña el auténtico amor a su oficio.

He aquí a una mujer que tuvo varios hijos y que llegó a ser una novelista famosa escribiendo una carta a su marido hace ciento cincuenta años, o tal vez anoche:

> Si *estoy hecha* para escribir, tengo que tener una habitación, que tendrá que ser mi habitación […]. Todo el invierno pasado sentí la necesidad de ir a algún lugar donde pudiera estar tranquila. Allí [en el comedor] no podía porque hay que poner y recoger la mesa todo el tiempo, vestir y lavar a los niños, y todas las obligaciones domésticas, y […] nunca me sentí cómoda, a pesar de que hice grandes esfuerzos. Y además, si entraba en la sala donde estabas tú, tenía la sensación de que interrumpía tu trabajo, y sabes bien que tú también tuviste la misma sensación.[72]

¿Qué me dices? ¡Para nada! ¡Vaya idea absurda! ¡Típica de una mujer! Catorce años y varios hijos después, esa mujer escribiría *La cabaña del tío Tom*, y gran parte de ella en la mesa de la cocina.

Una habitación propia, sí. Cabe preguntarse por qué el marido de Harriet Beecher Stowe tenía una habitación para escribir, mientras que a ella, la mujer que escribió la novela moral más efectiva del siglo xix, en Estados Unidos, le tocó la mesa de la cocina. También cabe preguntarse por qué aceptó la mesa de la cocina. Cualquier hombre con dignidad se habría sentado ahí cinco minutos y después se habría largado gritando: «¡Nadie es capaz de trabajar en esta casa de locos, llámame cuando la comida esté lista!». Pero Harriet, una mujer digna, siguió preparando la comida a sus hijos, con todos los niños a su cargo, y escribiendo sus novelas. La primera pregunta que hay que formular con un respeto reverencial es, sin duda: ¿cómo? Y luego: ¿por qué? ¿*Por qué* las mujeres siempre son cabezas de turco?

La solución fácil del feminismo es que son víctimas y/o cómplices del patriarcado, lo que es cierto, pero no nos lleva a nada nuevo. Busquemos ayuda en otra mujer novelista. Me apropié de la cita de Stowe (y otras) a partir de *Silences* de Tillie Olsen, un libro con el que esta conferencia mía se relaciona como una hija que quiere a su madre pero que no cumple con su deber: «Oye, mamá, esta es una buena cita, ¿me la prestas?». La siguiente cita la encontré yo sola en la

Autobiography de Margaret Oliphant, un libro fascinante, de la generación inmediatamente posterior a Stowe. Oliphant era una escritora de éxito muy joven, casada, con tres hijos, que nunca dejó de escribir ni cuando se quedó viuda con unas deudas cuantiosas y tres hijos propios además de los tres de su hermano, que tuvo que criar, y así lo hizo, y siguió escribiendo… Cuando salió su segundo libro, todavía vivía, como Jo March, en casa de sus padres.

> Disfrutaba mucho escribiendo, pero el éxito y las tres ediciones no surtieron un efecto significativo […]. No había nadie que me elogiara, excepto mi madre y Frank [su hermano], y sus aplausos, sí, eran maravillosos, significaban todo en el mundo para mí (era la vida misma), pero no contaban. Eran parte de mí, y yo de ellos, y todos éramos todo. [73]

Me parece extraordinario. No puedo imaginar a ningún hombre diciendo algo así. Aquí puede estar la clave: algo real que ha sido víctima de la negligencia, que se ha ocultado, negado.

> Escribir se lo llevaba todo por delante. Pero también se subordinaba a todo, había que aparcarlo a la menor necesidad. Yo no tenía siquiera una mesa para mí, y mucho menos una habitación para trabajar, pero me sentaba en una esquina de la mesa familiar con mi cuaderno, y todo continuaba igual, como si estuviera cosiendo una camisa en lugar de escribiendo un libro […]. Mi madre siempre se ponía a bordar cualquier cosa, y hablaba con quien se personara, y yo elegía mi turno en la conversación, continuando igualmente con mi relato, con los pequeños grupos de gente imaginaria, y estas otras charlas seguían su curso por sí mismas sin obstáculos.

¿Qué os parece esta imagen? Un grupo de gente imaginaria hablando en una habitación imaginaria dentro de una habitación real entre gente real que también habla, y todo en una total tranquilidad y sin confusiones. Pero es chocante. Esta vez no es una escritora de verdad. Los escritores de verdad se retuercen en sofás solitarios de habitaciones revestidas de corcho sufriendo hasta dar con *le mot juste*, ¿o no?

> Mi estudio, el único estudio que he llegado a conseguir en toda la vida, es la segunda y pequeña sala de la casa, donde transcurre toda la vida doméstica…

¿Recordáis que estaba criando seis niños?

> … y dudo que jamás pasaran dos horas seguidas sin que me molestaran (menos por la noche, cuando todos dormían) en toda mi vida literaria. La señorita Austen, creo, escribía en las mismas condiciones, y en gran parte por las mismas razones; pero en su época el ritmo natural de la vida tenía otra forma. Su familia estaba medio avergonzada de que la gente se enterara de que no era una joven dama como las demás, que se pasaba el día bordando. La mía disfrutaba ensalzándome y estaba orgullosa de mi trabajo, pero siempre con el sentido oculto de que era una broma digna de admiración…

¿Será que los artistas despachan a su familia y se van a las islas de los mares del Sur porque quieren que los consideren héroes y a su familia le parece muy divertido?

> … el sentido oculto de que era una broma digna de admiración, y sin tener ni idea de que es necesario disponer de un sitio especial para escribir y disfrutar del aislamiento. Mi madre habría visto su orgullo totalmente desafiado, casi humillado, si se le hubiera ocurrido que yo podía necesitar este tipo de ayuda artificial. Habría ofrecido a sus ojos una imagen antinatural de mi trabajo, y a los míos también.

Oliphant era una mujer escocesa muy digna, orgullosa de su trabajo y de su capacidad. Sin embargo escribió artículos de supervivencia en lugar de enfrentarse a sus editores hombres para que le pagaran mejor sus novelas. Como dijo con amargura: «El peor libro de Trollope estuvo mejor pagado que mi mejor novela». Se dice que su mejor novela es *Miss Marjoribanks*, pero todavía no he sido capaz de conseguir un ejemplar; desapareció junto con todos sus otros libros. Gracias a editoriales como Virago podemos ahora leer de ella *Hester*, una novela contundente, y *Kirsteen* y algunas otras, pero, que yo sepa, se siguen enseñando únicamente en clases de estudios de la mujer; no forman parte del canon de la literatura inglesa, aunque los libros comerciales de Trollope sí. Ni un solo libro de una escritora que tuvo hijos se ha incluido en esta augusta lista.

Creo que Oliphant nos da una cierta idea de por qué una novelista puede no solo soportar escribir entre niños en la cocina o en la sala mientras hace de ama de casa, sino hasta soportarlo de buen grado. La escritora parece creer que ha sacado provecho, tanto ella como lo que escribe, de la arriesgada, difícil y confusa relación entre el trabajo artístico y esa serie de aptitudes y complejas tareas emocionales, manuales y de gobierno llamadas «quehaceres domésticos»; parece creer que cortar esta relación pondría en peligro la misma labor del escritor y que, según sus propias palabras, la convertiría en un acto

antinatural.

La sabia opinión heredada es, por supuesto, precisamente la contraria: cualquier intento de combinar el trabajo artístico con los quehaceres domésticos y las responsabilidades familiares es imposible, antinatural. Y que el castigo por un acto antinatural, entre los críticos y los que dictan el canon, es la muerte.

¿Cuál es el fundamento ético de este juicio y sentencia sobre la artista ama de casa? Es uno noble y austero, y la religión está en su base: es la idea de que el artista —el hombre artista— debe sacrificarse por su arte. No tiene otra responsabilidad que su trabajo. Es una idea estimulante de los románticos y orienta la trayectoria de los poetas, desde Rimbaud hasta Dylan Thomas y Richard Hugo, y nos ha deparado cientos de figuras heroicas, entre las más típicas James Joyce y su Stephen Dedalus. Stephen sacrifica todas sus obligaciones «menores» y sus sentimientos por una causa más «elevada», aferrándose a la irresponsabilidad moral del soldado o del santo. Esta postura heroica, la *pose Gauguin*, se ha considerado la norma, natural para el artista, y los artistas, tanto hombres como mujeres, que no la han cumplido, han tendido a sentirse un tanto negligentes y mediocres.

No es el caso, no obstante, de Virginia Woolf. Ella observó, en lo que a los hechos se refiere, que el artista necesita unos mínimos ingresos y una habitación para trabajar, pero no habló de heroísmo. De hecho, afirmó: «Dudo que el escritor pueda ser un héroe. Dudo que un héroe pueda ser escritor». Y cuando veo a un escritor adoptando la postura del héroe por excelencia, suelo darle la razón. Aquí, por ejemplo, tenemos el caso de Joseph Conrad:

> Durante veinte meses he lidiado con el Señor en pos de mi creación […] pensamiento, voluntad y conciencia comprometidos del todo, hora tras hora, día tras día […] una lucha solitaria en un aislamiento total del mundo. Imagino que dormí y comí lo que me ponían delante y hablé con ilación cuando fue necesario, pero nunca fui consciente del curso uniforme de la vida diaria, que alguien hizo fácil y silenciosa gracias a un afecto mudo, atento e infatigable.[74]

A una mujer que presumiera de que su conciencia se ha comprometido al máximo en esta laboriosa guerra, mujeres y hombres le pedirían cuentas; y las mujeres ahora piden cuentas a los hombres. ¿Quiénes le «ponían delante» la comida? ¿Qué es lo que hacía la vida diaria tan silenciosa? ¿Qué era ese «afecto infatigable», que me hace pensar en un viejo Ford en un depósito de desguace, pero que al parecer pretende ser un delicado gesto para una mujer con una

conciencia comprometida al máximo, hora tras hora, día tras día, a lo largo de veinte meses, para que Joseph Conrad pudiera lidiar con el Señor en un aislamiento muy relativo, bien acomodado, vestido, bañado, y alimentado?

La «lucha» de Conrad y el «torbellino» de Jo March/Louisa May Alcott son descripciones de la misma índole de un trabajo artístico supremo; y en ambos casos el artista recibe los cuidados familiares. Pero creo que existe una diferencia importante en la forma de verlo. Mientras que Alcott recibe un regalo, Conrad reafirma un derecho; donde Alcott se ve engullida por el torbellino, la vorágine creativa, y entra a formar parte de ella, Conrad lidia, lucha, y busca la maestría. Ella es una participante; él, un héroe. Y la familia de ella sigue siendo un grupo de individuos, con sus tazas de té y sus tímidas indagaciones, mientras que la de él queda despersonalizada en «un afecto».

Pensando en alguna escritora que hubiera imitado este «infantilismo» heroico, me vino a la memoria Gertrude Stein, pues tengo la impresión de que utilizó a Alice B. Toklas de «esposa» en un sentido utilitario; pero esto, como tendría que haber adivinado, es un bulo antilésbico. Es cierto que Stein adoptó la postura de héroe-artista y se permitió desarrollar un enorme ego, pero su juego fue honesto; y la diferencia entre la asociación doméstica que estableció y la de Joyce o Conrad es reveladora. Y, de hecho, el lesbianismo ha procurado a muchas artistas la red de apoyo que necesitan, pues *hay* un aspecto heroico en la práctica del arte; es un trabajo solitario, arriesgado, despiadado y todo artista necesita un determinado apoyo moral o sentido de la solidaridad y validación.

La artista con menos acceso a la solidaridad o la aceptación social o estética ha sido la artista ama de casa. Una persona que carga responsablemente con su arte tanto como con sus dependientes hijos, sin «afecto infatigable» o siquiera afecto fatigado al que recurrir, desempeña un trabajo doble en jornada completa que es sencilla, práctica y destructivamente imposible. Pero no es así como se plantea el problema, reconociendo su inmensa dificultad práctica. Si se planteara así, se propondrían soluciones prácticas, empezando por el cuidado de los niños. En cambio, el asunto se considera, incluso hoy, de índole moral, una cuestión del tipo deber o no deber. La poeta Alicia Ostriker lo explica con mucho ingenio: «Que las mujeres deberían tener niños en lugar de escribir libros es la opinión de la civilización occidental. Que las mujeres deberían hacer libros en lugar de niños es una variación del mismo tema»[75].

La contribución de Freud a esta doctrina consistió en dotarla de un peso teórico y mitológico tan considerable que acabó pareciendo un hecho primordial, incuestionable. Fue Freud quien, después de explicarle a su novia qué es lo que desea una mujer, dijo que lo que

nunca sabremos es lo que una mujer desea. Lacan es muy coherente cuando lo secunda, si se me permite decirlo a mí, que no tengo ninguna autoridad en la materia. Una cultura o una psicología basada en el hombre como humano y en la mujer como otra cosa no puede aceptar a una mujer como artista. Un artista es un yo autónomo, con poder de decisión: para ser este yo una mujer debe «desmujerizarse». Si es estéril, tendrá que imitar al hombre, de manera imperfecta, se sobreentiende.[76]

De ahí el beneplácito común a Austen, las hermanas Brontë, Dickinson y Plath (esta última, habiendo cometido el error de tener dos hijos, lo compensó suicidándose). El canon literario misógino incluye a estas mujeres porque se las puede considerar mujeres incompletas, varones femeninos.

Aun así, me cuesta un poco criticar la teoría de «o libros o niños», porque ha permitido un bienestar verdadero, real, a las mujeres que no han podido o han decidido no casarse ni tener hijos, o han decidido no hacerlo y «parieron» libros en su lugar. Pero, aunque el bienestar pueda ser real, creo que la doctrina es falsa. Y detecto esta falsedad cuando Dorothy Richardson dice que otras mujeres podían tener hijos pero que ninguna podía escribir *sus* libros. Como si «otras mujeres» pudieran haber tenido *sus* hijos, ¡como si los libros salieran del útero! Este es el lado cómico de la teoría de que los libros vienen del escroto. Esta reducción final de la idea de sublimación cuenta con la aprobación de nuestro escritor jefe, machista y tonto, que proclama que «lo que un escritor tiene que tener son un par de huevos». Pero no lleva la teoría de la autoría «del pene» hasta el punto de afirmar que si «tienes» un hijo no puedes «tener» un libro y que por tanto los padres no pueden escribir. La analogía se desploma al convertirse en identidad; el mito de «no puedes crear si procreas», se aplica únicamente a las mujeres.

Creo que ahora debo hacer una pausa para decir claramente lo que no estoy diciendo. No quiero decir que un escritor/a tenga que tener hijos. No estoy diciendo que un padre o una madre deba ser escritor/a. Tampoco estoy diciendo que cualquier mujer *tenga que* escribir libros *o* tener hijos. Ser madre es una de las cosas que una mujer puede elegir, igual que ser escritora. Es un privilegio. No es una obligación, ni un destino. Hablo de las madres que escriben porque este es casi un tema tabú, porque a las mujeres se les ha dicho que *no deben* intentar ser ambas cosas, madres y escritoras, porque tanto los niños como los libros *se resentirán*, porque no es posible hacerlo, porque es antinatural. Esta negativa a permitir a la vez creación y procreación es un cruel desperdicio: no solo ha empobrecido nuestra literatura vetando a las amas de casa, sino que ha causado daños personales y automutilaciones: Woolf, que obedeció a los sabios

médicos que le dijeron que debía abstenerse de tener hijos; Plath, que dejó unos vasos de leche en las mesitas de noche de sus hijos antes de meter la cabeza en el horno.

A las mujeres artistas se les exige el sacrificio no de otra persona, sino de sí mismas (mientras la *pose Gauguin* exige a los hombres artistas únicamente el sacrificio de los otros). Con esto quiero decir que la prohibición de una sexualidad completa de las mujeres artistas no solo es dañina para la mujer, sino para el arte.

Ahora la censura es menor y se apoya más a la mujer que quiere crear una familia y trabajar como artista. Pero la mejoría ha sido muy poco perceptible. La dificultad de intentar ser responsable, hora tras hora, día tras día, a lo largo de tal vez *veinte años*, del bienestar de los niños y de la excelencia de los libros es enorme: exige una inversión infinita de energía y un equilibrio imposible de prioridades rivales. Y no sabemos mucho del proceso porque las escritoras que son madres no han hablado mucho de su maternidad: ¿por miedo a alardear? ¿Por miedo a verse atrapadas en la trampa de mamá, a ser ignoradas? Ni tampoco han hablado mucho de lo que escriben en relación de alguna manera con su tarea como madres, puesto que el mito heroico exige que se consideren dos tareas totalmente opuestas y recíprocamente destructivas.

Pero otra pista nos dio Oliphant de algo más; y aquí tenemos (gracias, Tillie) a la pintora Käthe Kollwitz:

> Me voy acercando poco a poco a la época de mi vida en que el trabajo es lo primero. Cuando los dos chicos estuvieron fuera por Pascua, no hice casi nada más que trabajar. Trabajé, dormí, comí, y salí a dar paseos cortos. Pero, por encima de todo, trabajé.
>
> Y sin embargo me pregunto si falta la «bendición» en este trabajo. Ya no me distraen otras ocupaciones, y yo trabajo igual que la vaca pace.

Esto es maravilloso: «trabajo igual que la vaca pace». Es la mejor descripción que conozco de una «profesional» enfrascada en su labor.

> Tal vez, de hecho, consiga un poco más. Las manos trabajan y trabajan, y la cabeza imagina que está creando Dios sabe qué, y, aun así, al principio, en mis horas de trabajo tremendamente limitadas, era más productiva, porque era más sensual; vivía como un ser humano debe vivir, con un vivo interés por todo […]. La potencia, la potencia disminuye.[77]

Esta *potencia* que siente la mujer es una potencia que el artista-héroe (y mido las palabras con atención) se ha amputado, empujado

por un egoísmo a la larga estéril. Pero es una potencia que ha sido negada por mujeres y por hombres, y no solo por las mujeres ansiosas de plantar cara a la misoginia.

En la década de 1970, Nina Auerbach señaló que Jane Austen fue capaz de escribir porque creó a su alrededor un espacio «libre de niños». He oído la expresión «libre de microbios», «libre de olores», pero ¿«libre de niños»? ¿Y precisamente Austen, que escribió en la sala de estar y fue una figura imprescindible para un montón de sobrinas y sobrinos? Intenté, aun así, aceptar lo que decía Auerbach porque, aunque mi experiencia no encajaba con ella, yo estaba, como muchas mujeres, acostumbrada a creer que mi experiencia era mala, defectuosa: que estaba equivocada. Así que seguramente me equivoqué al seguir escribiendo en lo que entonces se consideraba un espacio lleno de niños. El pensamiento feminista evolucionó rápidamente, sin embargo, hacia una postura mucho más compleja y realista, y eso a mí, rezagada y a trompicones, me ha ofrecido la posibilidad de pensar un poquito en mí misma.

La mayor catapulta para mí ha sido siempre, y sigue siendo, Virginia Woolf. Y ahora cito un pasaje de una conferencia suya titulada «Professions for Women»[78] [Profesiones para mujeres], donde nos brinda su genial imagen de una mujer escribiendo:

> Lo cierto es que la imagino con una actitud de contemplación, como una pescadora, sentada a orillas de un lago con su caña de pescar suspendida sobre el agua. Sí, así es como la veo. No está pensando; no está razonando; no está construyendo una trama; está dejando que su imaginación penetre en las profundidades de su conciencia mientras, sentada en su superficie, sujeta el fino pero necesario hilo de la razón.

Ahora quisiera pediros que añadáis un pequeño elemento más a esta escena. Imaginemos que un poco más lejos, más allá del lago, hay una niña, la hija de la pescadora. Tiene unos cinco años, crea personas imaginarias con palitos y barro y cuenta historias sobre ellos. Su madre le ha pedido por favor que esté callada mientras pesca, y está todo el rato así menos cuando se le olvida y canta o cuando pregunta cosas; y observa con un silencio fascinado los siguientes acontecimientos dramáticos. Allá sigue nuestra escritora, nuestra pescadora, cuando:

> De repente se produce un violento tirón; nota cómo el sedal corre entre sus dedos.
>
> La imaginación sale despavorida; ha llegado a las

profundidades; se ha hundido Dios sabe dónde, en el oscuro pozo de la experiencia extraordinaria. La razón tiene que gritar: «¡Detente!», la novelista tiene que tirar del sedal y arrastrar a la imaginación hasta la superficie. La imaginación sale a flote furiosa.

Santo cielo, grita, ¿cómo te atreves a entrometerte, cómo te atreves a sacarme con tu condenado hilo de pescar? Y yo, es decir, la razón, debo responder: Querida, estabas yendo realmente demasiado lejos. Los hombres podrían sorprenderse. Cálmate, le digo, mientras se sienta jadeando en la orilla, jadeando rabiosa y decepcionada. Solo tenemos que esperar cincuenta años, más o menos. Dentro de cincuenta años seré capaz de aprovechar todo este extraño conocimiento que estás lista para concederme. Pero no ahora. Verás que yo sigo tratando de calmarla, no puedo utilizar lo que me dices, acerca de los cuerpos de las mujeres, por ejemplo, de sus pasiones y todo lo demás, porque las convenciones siguen siendo muy firmes. Si tuviera que superar las convenciones, necesitaría el coraje de un héroe, y no soy un héroe.

Dudo que un escritor pueda ser un héroe. Dudo que un héroe pueda ser escritor.

Muy bien, dice la imaginación, cubriéndose de nuevo con sus enaguas y sus faldas, esperaremos. Esperaremos otros cincuenta años. Pero creo que es una lástima.

Creo que es una lástima. Creo que es una lástima que hayan pasado más de cincuenta años y que las convenciones, aunque sean totalmente distintas, todavía sirvan de escudo a los hombres y no les dejen sorprenderse y que sigan aceptando únicamente la experiencia masculina del cuerpo femenino, de sus pasiones y experiencias. Me parece penoso que tantas mujeres, incluida yo misma, hayan aceptado negar su propia experiencia y restringido su sensibilidad para adecuarse a ella, escribiendo como si su sexualidad estuviera limitada a la copulación, como si nada supieran del embarazo, del parto, de la lactancia, la maternidad, la pubertad, la menstruación, la menopausia, concentrándose únicamente en lo que los hombres esperan oír de las tareas cotidianas, el cuidado de los niños, el oficio de vivir, la guerra, la paz, la vida y la muerte, todo ello a través del cuerpo femenino, del pensamiento y de la imaginación. «Escribir el cuerpo», como pedía Woolf y pide Hélène Cixous, solo es el principio. Tenemos que rescribir el mundo.

Escritura blanca, la llama Cixous, escribir con leche, con la leche de la madre. Me gusta la imagen, porque, aun entre feministas, la escritora ha sido generalmente considerada en su sexualidad más

como amante que como cuidadora de niños, embarazada, criadora y amamantadora. La madre tiende todavía a desaparecer. Y perdiendo a la madre artista perdemos muchas cosas que podríamos ganar. Así lo ve Alicia Ostriker. «La ventaja de la maternidad para la mujer artista», dice.

¿Habéis oído alguna vez decir algo así? ¿La ventaja que comporta la maternidad para una artista?

> La ventaja de la maternidad para una mujer artista es que la conecta inmediata e inevitablemente con las fuentes de la vida, la muerte, la belleza, el crecimiento, la corrupción […]. Si la mujer artista ha sido educada para creer que las tareas que conlleva la maternidad son triviales, tangenciales respecto a los aspectos principales de la vida, irrelevantes para los grandes temas de la literatura, tendría que deseducarse. Esta educación es misógina, protege y perpetúa unos sistemas de pensamiento y sentimiento que prefieren la violencia y la muerte a la vida y al nacimiento, y es una mentira.
>
> […] «Pensamos en retrospectiva a través de nuestras madres, si somos mujeres», dijo Virginia Woolf, pero las mujeres que son madres […] ¿a través de quién piensan en retrospectiva? […] todas necesitamos datos, necesitamos información […] de la índole de la que puedan proporcionarte las poetas, novelistas, artistas, desde dentro. A medida que nuestro conocimiento se empiece a formar, podemos imaginar lo que supondría para cualquier mujer, y para cualquier hombre, vivir en una cultura en la que el nacimiento y la maternidad ocuparan una posición como la que el sexo y el amor romántico han ocupado en la literatura y el arte los últimos quinientos años, o como la posición que ha ocupado la guerra desde que empezó la literatura.[79]

Mi libro *El eterno regreso a casa* fue un impetuoso intento de imaginar un mundo semejante, donde el Héroe y el Guerrero son dos fases adolescentes en el camino de llegar a ser seres humanos responsables, donde la relación entre padres e hijos ya no se considera desde el punto de vista del hijo, sino que abarca la realidad de la experiencia de la madre. El esfuerzo de imaginación fue difícil y gratificante.

He aquí un fragmento de una novela donde se cumple lo que piden Woolf, Cixous y Ostriker, aunque sea de manera casual y sin pretensiones. En *La piedra de moler*[80], de Margaret Drabble, Rosamund, una joven estudiante y articulista que trabaja por cuenta propia, tiene una niña de ocho meses, Octavia. Comparten piso con

una amiga, Lydia, que está escribiendo una novela. Rosamund trabaja en la crítica de un libro:

> Acababa de escribir y contar mis primeras cien palabras cuando me acordé de Octavia; la oía haciendo alegres ruiditos […].
>
> Me asusté cuando me di cuenta de que estaba en la habitación de Lydia y de que seguramente me había dejado la puerta entornada, porque la habitación de Lydia estaba siempre llena de objetos en algunos casos peligrosos como, por ejemplo, aspirinas, hojas de afeitar y frascos de tinta; corrí a rescatarla y, cuando abrí la puerta, lo que vi habría puesto a temblar a cualquiera. Estaba de espaldas a la puerta, sentada en el suelo en medio de la habitación rodeada de un mar de papeles hechos una bola, mordidos, esparcidos por todas partes. Me quedé paralizada mirando la nuca de su perfecta cabecita, su cuello, estrechito como un tallo, y sus rizos floridos: de repente soltó un alarido de placer y rompió en mil pedazos otra hoja de papel. «Octavia», dije horrorizada, y ella se sobresaltó, arrepentida, y se volvió hacia mí con una encantadora sonrisa de desdén: tenía su boca, como pude comprobar, llena de trozos de papel estrujados, páginas de la novela de Lydia.
>
> La cogí en brazos, le saqué de la boca los pedazos que pude y los dejé cuidadosamente en la mesita de noche con los restos que quedaban de papel mecanografiado; se habían salvado algunas páginas, de la setenta a la ciento veintitrés. El resto se hallaba en distintas fases de desintegración: algunas páginas estaban enteras pero brutalmente arrugadas, algunas rotas en trozos grandes, otras en trozos pequeños y algunas, como ya he dicho, mordisqueadas. El daño no era, de hecho, tan terrible como me había parecido al principio porque los niños, aunque insistentes, no son rigurosos: pero la primera impresión era aterradora […]. Por una parte, era la cosa más horrorosa de la que me había sentido responsable en toda mi vida, pero, cuando vi a Octavia gateando por el salón, en busca de más víctimas que despedazar, casi me pongo a reír. Parecía tan absurdo, ver a este pequeño ser vivo como una extensión de mí misma, tan peligroso, tan vulnerable, haciéndome padecer a mí sola todos esos delitos y agravios […]. Fue realmente algo terrible […] y sin embargo, comparado con la dulce y vivaracha Octavia, no parecía algo tan terrible.

Al descubrir los restos, Lydia se queda aturdida, pero no profundamente angustiada:

y eso fue todo, solo que Lydia tuvo que reescribir dos capítulos enteros además de mecanografiar un montón de aburridas correcciones, y, cuando se publicó el libro, tuvo malas críticas de todos modos. Esto sí que la enfadó.

He visto cómo la obra de Drabble ha sido despreciada con la típica lista de adjetivos paternalistas reservados para las mujeres que escriben como mujeres, no como varones de imitación. No dejemos que desaparezca. La obra es más profunda que su brillante superficie. ¿De qué está hablando en este divertido pasaje? ¿Por qué la niña no se come el manuscrito de su madre, sino el de otra mujer? ¿No podía, al menos, haberse comido el manuscrito de un hombre? No, no, esta no es la cuestión. La cuestión, o parte de ella, es que los niños se comen los manuscritos. Se los comen de verdad. El poema no escrito porque el niño llora, la novela postergada por el embarazo, etcétera. Los niños comen libros. Pero escupen los trozos que luego pueden recomponerse y pegarse; y solo son niños pequeños un par de años, mientras que los escritores viven décadas y décadas; y es terrible, pero no tan terrible. El manuscrito que acabó engullido era terrible; si conoces a Lydia, sabes que los críticos tenían razón. Y esta es parte de la cuestión, también: que el valor supremo del arte depende de otros valores igualmente supremos. Pero esto subvierte la jerarquía de valores: «los hombres podrían sorprenderse»…

En las comedias de costumbres de Drabble, la falta de héroe-artista es un sólido argumento ético. Nadie vive en un gran aislamiento, nadie sacrifica exigencias humanas, nadie reprende al niño siquiera. Nadie va a poner su cabeza, o la cabeza de otro, dentro de un horno: la madre no, la escritora no, la hija tampoco; estas tres son una a la vez, al ser mujeres, y no separan la creación de la destrucción en el dilema «yo creo/tú estás destruido», o viceversa. Quienes son responsables asumen responsabilidades, tanto con el niño como con el libro.[81]

Pero ahora me gustaría pasar de la ficción a la biografía y de lo general a lo personal. Quiero hablar un poco de mi madre: la escritora.

Su nombre de soltera era Theodora Kracaw; su apellido de primeras nupcias era Brown; su apellido de segundas nupcias, Kroeber, con el que firmó sus libros. En terceras nupcias se llamó Quinn. Esto de llevar distintos apellidos no les ocurre a los hombres. Es un inconveniente, y sin embargo, por el mismo engorro, muy revelador de cómo ser escritora no es algo sencillo (la autora), sino como un complejo y múltiple proceso de ser, con varias responsabilidades, una de ellas la labor de escribir.

Theodora antepuso primero sus responsabilidades personales. Crió

y casó a sus cuatro hijos antes de ponerse a escribir. Cogió la pluma, como se solía decir (tenía una grafía de zurda increíble), pasados los cincuenta años. Un día, años más tarde, le pregunté: «¿Querías escribir y aplazaste el plan intencionadamente, hasta que te deshiciste de nosotros?». Se rió y me contestó: «Oh, no, simplemente no estaba *preparada*». No era una evasiva ni una respuesta insincera, pero tampoco, creo yo, era la respuesta completa.

Nació en 1897 en un pueblo minero de Colorado poco civilizado, y su madre se jactaba de haber *nacido* con el voto (en Wyoming, donde se ratificó la creación del estado a la vez que el sufragio) y de haber montado un semental que los hombres habrían sido incapaces de montar; pero aun así, en aquel entonces estaba muy activo el «ángel de la casa», ese que dice que las necesidades de una mujer van siempre por detrás de las de cualquier otra persona. Y mi madre realmente encarnó este ángel muy de cerca, esa figura que era, según Virginia Woolf, «la mujer que los hombres desean que las mujeres sean». Los hombres se enamoraban de ella, todos los hombres. Médicos, mecánicos, profesores, exterminadores de cucarachas. Los carniceros le guardaban las mollejas. Ella también fue, para su hija, una madre exigente, complaciente, nodriza, buena, cariñosa, vivaz, una madre de primer orden. Y más adelante, cerca ya de los sesenta años, se convirtió en una escritora de primer orden.

Empezó, como es costumbre en las mujeres, escribiendo libros para niños, sin competir con los hombres, limitándose, en fin, a la «esfera doméstica». Uno de ellos, *A Green Christmas* [Una Navidad verde], es un libro fantástico que tendría que estar en las estanterías de todos los niños de seis años. Después escribió una novela autobiográfica romántica y deliciosa, todavía desde el terreno «mujeril». Más tarde se adentró arriesgadamente en el terreno de los americanos nativos con *Inland Whale* [La ballena del interior] y después le encargaron que escribiera la historia de un indio llamado Ishi, el único superviviente de un pueblo masacrado por los colonizadores norteamericanos, un asunto serio y arriesgado que requería una enorme labor de investigación, sensibilidad moral y destreza narrativa y de estructura.

Y lo escribió, el primer éxito de ventas, creo, de la editorial University of California Press. *Ishi* está todavía en el mercado editorial en muchas lenguas; todavía se lee, creo, en las escuelas de California, todavía es apreciado, tal y como se merece. Es un libro valioso por su temática y de una gran fuerza y sinceridad.

Entonces, si fue capaz de escribir esto a los sesenta años, ¿qué habría escrito a los treinta? Tal vez no estaba «preparada». Pero tal vez se equivocó al escuchar al ángel equivocado: ahora podríamos tener muchos más libros suyos. ¿Acaso mis hermanos y yo habríamos sufrido, habríamos sido engañados de algún modo, si ella los hubiera

escrito? Creo que la ayuda de mi tía Betsy y del servicio doméstico habrían permitido que las cosas funcionaran bien. En cuanto a mi padre, no veo por qué, si mi madre se hubiera dedicado a escribir, eso habría podido herirle, o el éxito construir una amenaza para él. Pero no sé. Lo único que sé es que una vez que empezó a escribir (y fue cuando mi padre aún vivía, y colaboraban en algunas cosas) nunca más dejaría de hacerlo; había encontrado la ocupación que más le gustaba.

Un día, no mucho después de la muerte de mi padre, cuando *Ishi* ya empezaba a recibir los elogios merecidos y a depararle el éxito que tanto necesitaba, y mientras yo seguía topándome regularmente con negativas cada vez que enviaba un cuento para que me leyeran, mi madre rompió a llorar al ver la última nota de rechazo y quiso consolarme diciéndome que deseaba que el éxito y el reconocimiento fueran para mí, no para ella. Fue maravilloso; y se lo agradecí tanto entonces como se lo agradezco ahora. Da igual si era o no su verdadera intención o que yo no me lo creyera. Está claro que ella no deseaba sacrificar sus éxitos, su obra, por mí, ¿por qué diablos iba a hacerlo? Compartió todo lo que pudo conmigo, compartió el placer y la angustia de lo que significa escribir, la excitación intelectual, el lenguaje del oficio y ya está. Nada de altruismo angelical. Cuando empecé a publicar, compartimos la experiencia. Y ella siguió escribiendo. A sus ochenta años me dijo, sin amargura: «Ojalá hubiera empezado antes. Ahora ya no hay tiempo». Cuando murió estaba escribiendo su tercera novela.

Por mi parte, nunca me he atenido a la teoría de o libros o niños, he tenido tres hijos y escrito unos veinte libros, y gracias a Dios no a la inversa. Afortunada por mi raza, clase social, economía y salud, me las arreglé gracias al truco del funambulista de doble cuerda, y concretamente gracias al apoyo de mi compañero. No es mi esposa pero aportó al matrimonio un principio asumido de ayuda mutua, y sobre este principio se pueden llevar a término muchos proyectos. Nuestra división de tareas era bastante convencional. Yo me ocupaba de la casa, de cocinar, de los niños y de las novelas, porque yo quería hacerlo, y él se ocupaba de trabajar de profesor, de conducir, de llevar las cuentas, del jardín, porque él quería. Cuando los niños eran pequeños, yo escribía por la noche; cuando empezaron a ir al colegio, escribía cuando estaban fuera; hoy escribo como las vacas pacen. Si necesitaba su ayuda, me la daba sin hacerme sentir que me hacía un gran favor, y (esto es lo fundamental) jamás me envidió por el tiempo que yo dedicaba a escribir ni por el éxito de mi trabajo.

Esto es lo espantoso: el rencor mortal, la envidia, los celos, el resentimiento que tan a menudo muestran los hombres —que han sido entrenados para ello— contra todo aquello que haga una mujer que no

esté destinado a servirle a él, a alimentar su cuerpo, su bienestar, sus hijos. La mujer que intenta trabajar en contra del rencor ve lo bendito convertido en maldito; tiene que rebelarse y trabajar sola, o callarse y caer en la desesperación. Un artista debe esperar que trabajará entre una total y racional indiferencia ante su trabajo durante años, tal vez durante toda una vida. Pero un artista no puede trabajar bien enfrentándose a una resistencia vengativa, personal y diaria. Y esto es exactamente lo que muchas mujeres artistas reciben de las personas que quieren y con las que conviven.

Yo me libré de todo esto. Era libre, nací libre, viví libre. Y durante años esta libertad personal me hizo pasar por alto el grado en que mi obra era controlada y restringida por juicios y supuestos que yo creía que eran míos, pero que en realidad formaban parte de la ideología interiorizada de una sociedad gobernada por la supremacía masculina. Incluso cuando subvertía las reglas, enmascaraba las convenciones engañándome a mí misma. Pasaron años hasta que me di cuenta de que me había decantado por géneros tan marginales y despreciados como la ciencia ficción, la fantasía y la literatura juvenil precisamente porque estaban al margen de la supervisión crítica, académica, canónica, y permitían al artista vivir en libertad. Me costó diez años más desarrollar el ingenio y las agallas para ver y decir que la exclusión de tales géneros de la literatura ni estaba justificada ni era justificable, y que se trataba de un problema político, no de calidad. Y eso también me ocurrió en la elección de temas: hasta mediados de la década de 1970 escribí cuentos y novelas de aventuras heroicas, de un futuro de alta tecnología, de hombres en la antesala del poder; los hombres eran los personajes centrales, las mujeres eran periféricas, secundarias. «¿Por qué no escribes sobre mujeres?», me preguntaba mi madre. «No sé cómo», le decía yo. Una respuesta absurda, pero sincera. No sabía cómo escribir sobre mujeres, muy pocas lo hacían, porque pensaba que lo que los hombres habían escrito sobre mujeres era la verdad, era la verdadera forma de escribir sobre las mujeres. Y yo no podía hacerlo.

Mi madre no podía darme lo que yo necesitaba. Cuando el feminismo volvió a despertar, ella lo odiaba, llamaba a las feministas «esas defensoras de los derechos de la mujer», pero fue ella quien me orientó durante años y años hacia lo que yo iba a necesitar y necesitaba de verdad: Virginia Woolf. «Pensamos en retrospectiva a través de nuestras madres, y tenemos varias madres, las del cuerpo y las del alma. Lo que necesitaba era lo que el feminismo, la teoría literaria feminista, la crítica y la práctica del feminismo podrían ofrecerme. Y ahora lo tengo en mis manos: no solo *Tres guineas*, mi tesoro más preciado en los días de miseria, sino también la valiosa *Norton Anthology of Literature by Women*, las editoriales dedicadas a las

reediciones y las editoriales de mujeres. Nos han devuelto a nuestras madres. Esta vez apoyémonos en ellas.

El feminismo me ha autorizado a criticar no solo mi sociedad y a mí misma, sino (por un instante) al mismo feminismo. El mito de «o libros o niños» no es solo un complejo misógino, sino que puede ser también uno feminista. Algunas de las mujeres que más respeto, que escriben para publicaciones de las que dependo por mi sentido de la solidaridad y por mi esperanza en las mujeres, siguen diciendo que es prácticamente imposible para una mujer heterosexual ser feminista, como si la heterosexualidad fuera una postura «heterosexista»; y es que esta marginalidad social, como la de las mujeres lesbianas, las mujeres sin hijos, las mujeres negras o indígenas americanas, parece necesaria para integrar a la feminista. Si me aplicó semejantes valores a mí misma, y creo que como mujer escritora, visto lo visto, tengo que hacerme feminista para tener algún valor, me encuentro, una vez más, excluida, desaparecida.

La lógica de quienes propugnan la exclusión, tal como yo la entiendo, es que el privilegio material y la aceptación social que nuestra sociedad concede a la mujer casada heterosexual, y particularmente a la madre, impiden que se solidarice con mujeres menos privilegiadas y la aísla de ese tipo de rabia e ideas que conducen a la acción feminista. Hay mucho de cierto en esto; tal vez es verdad para muchas mujeres; solo puedo oponerme recurriendo a mi experiencia, que es que el feminismo ha constituido una *necesidad* vital para la vida de las mujeres atrapadas en el «papel» de esposa/madre. De hecho, ¿en qué consiste este privilegio y aceptación concedido por nuestra sociedad a la madre ama de casa? ¿En ser objeto de un sinfín de anuncios publicitarios? ¿En recibir de los psicólogos el encargo de cargar con toda la responsabilidad de la cordura mental de los hijos, y del gobierno el de garantizar, con toda la responsabilidad, el bienestar de los hijos, y al mismo tiempo ser constantemente identificadas con la tarta de manzana por los sentimentales del belicismo? En tanto que «papel» social, la maternidad, para cualquier mujer que yo conozca, significa simplemente hacer todo lo que una persona hace además de criar a los hijos.

Devolver a las madres a la «vida privada», un espacio mitológico inventado por el patriarcado, partiendo de la teoría de que su aceptación del «papel» de madre la invalida para la responsabilidad pública, política y artística, es lo mismo que seguirle el viejo juego al Dios Padre[82], someterse a sus reglas, ponerse de su lado.

En *Writing Beyond the Ending*, Du Plessis muestra cómo escriben las mujeres novelistas sobre la mujer artista: la convierte en una fuerza ética, un intento activista de «cambiar» la vida en la que también está

inmersa.[83] Tener y criar niños significa estar todo lo inmersa en la vida que una puede estar. Pero no siempre significa que una se ahogue. Muchas sabemos nadar.

De nuevo, cada vez que ofrezco una versión de este texto, alguien se queda en este punto y me dice que estoy defendiendo el síndrome de la supermujer: que una mujer *debe* tener hijos, escribir libros, estar prácticamente activa y hacer el mejor sushi del mundo. Yo no estoy diciendo esto. A todas se nos pide ser la supermujer; no es lo único que pido yo, es nuestra sociedad la que nos lo pide. Lo único que puedo deciros es que creo que es mucho más fácil escribir libros mientras se cría a los hijos que no criar hijos mientras se trabaja de nueve a cinco y además se ocupa una de la casa. Pero esto es lo que nuestra sociedad, al tiempo que tiende a ponerse sentimental hablando de la madre y la familia, exige a la mayoría de las mujeres; mientras no les prohíba trabajar y las deposite en las oficinas de los servicios sociales para decirle: «Cría a tus hijos con cupones de comida, madre, podríamos necesitarlos para el ejército». Hablando de supermujeres, estas son las supermujeres. Estas son las madres que están entre la espada y la pared. Estas son las madres marginales, sin vida privada ni vida pública; y por ellas, más que ninguna otra, la mujer artista tiene la responsabilidad de «intentar cambiar la vida en la que también ella está inmersa». Y ahora vuelvo a la orilla del lago, con la pescadora, nuestra escritora, la que había tenido que limitar su imaginación porque se sumergía demasiado en las profundidades… La imaginación se seca, todavía furiosa mientras jadea, se abrocha la blusa y va a sentarse al lado de la pequeña, la hija de la pescadora.

—¿Te gustan los libros? —le pregunta.

—Oh, sí —responde la niña—. Cuando era muy pequeña me los comía, pero ahora ya sé leer. Yo sola leo todo Beatrix Potter, y cuando sea mayor escribiré libros, como mamá.

—¿Vas a esperar a que tus hijos sean mayores, como Jo March y Theodora?

—Oh, no, no creo —dice la niña—. Cualquier día me pongo a hacerlo.

—Entonces ¿harás lo que hicieron Harriet y Margaret y lo que tantas otras Harriets y Margarets han hecho y siguen haciendo, y te echarás a perder la mejor edad de tu vida intentando desempeñar dos funciones en jornada completa que son incompatibles en la práctica, aunque su enriquecedora interacción sea positiva para la vida y el arte?

—No lo sé —dice la niña pequeña—. ¿Tengo que hacerlo?

—Sí —dice la imaginación—, si no eres rica, si quieres hijos.

—Tal vez quisiera tener uno o dos —dice la razón de la niña—.

Pero ¿por qué las mujeres tienen dos trabajos cuando los hombres solo tienen uno? No es muy razonable, ¿verdad?

—¡No me lo preguntes! —dice bruscamente la imaginación—. Podría inventarme decenas de planes mejores antes del desayuno pero, a mí, ¿quién me escucha?

La niña suspira y mira a su madre que sigue pescando. La pescadora, que se ha olvidado de que la imaginación ya no muerde el anzuelo de su sedal y ya no pesca nada, disfruta igualmente de un rato de paz; y, cuando la niña vuelve a hablar, dice con voz suave:

—Dime, tía. ¿Qué es lo que ha de tener una escritora?

—Te lo voy a decir —dice la imaginación—, lo que ha de tener una escritora no son huevos. Ni tampoco un espacio sin niños. Ni siquiera, hablando con conocimiento de causa, una habitación propia, aunque esto sea de una utilidad inestimable, como lo son la voluntad y la colaboración de los hombres, o al menos de su representante local en la casa. Pero no es eso lo que ha de tener. Lo que una escritora necesita es un lápiz y un trozo de papel. Con eso basta, siempre y cuando se sepa que ella y nadie más que ella está a cargo de este lápiz y es responsable, ella y nadie más que ella, de lo que escribe en este papel. En otras palabras, que es libre. No totalmente libre. Nunca totalmente libre. Tal vez muy parcialmente. Tal vez sea solo en este acto único, en este momento robado en que se sienta a pescar como mujer escritora en el agua de la imaginación. Pero en esto, responsable; en esto, autónoma; en esto, libre.

—Tía —dice la pequeña—, ¿ahora ya puedo ir a pescar contigo?

IDEALIZACIÓN Y PODER MATERNAL

De *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace* (1989)

Sara Ruddick

Sara Ruddick (nacida Sara Elizabeth Loop, 1935-2011) se licenció en el Vassar College y se doctoró en la Universidad de Harvard. Impartió clases de Filosofía y Estudios de la Mujer en la New School of Social Research de Nueva York durante cuarenta años. Editó con Pamela Daniels el volumen *Working It Out: 23 Women Writers, Artists, Scientists, and Scholars Talk About Their Lives and Work*, y con Carol Ascher y Louise Desalvo *Between Women: Biographers, Novelists, Critics, Teachers, and Artists Write about Their Work on Women* (1984). Es autora de *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace* [Pensamiento maternal: hacia una política de la paz] (1989), de donde procede el siguiente fragmento.

Resulta difícil hablar de maternización. Abrumados por el lenguaje cursi y sentimental de las tarjetas de felicitación, carecemos de un lenguaje realista con el que plasmar los placeres y dolores ordinarios/extraordinarios de la labor maternal. La guerra, la pobreza y el racismo trastocan los mayores esfuerzos de una madre. Semejante desgracia no la acarrea la propia maternidad, sino que responde a causas sociales y es políticamente remediable. Pero, cuando los niños son víctimas de un mal social evitable, y la misma madre no dispone de herramientas para prevenirlo, maternizar se convierte en una labor amarga y cruel. En muchas sociedades, la ideología de la *maternidad* es opresiva para las mujeres: define la labor de la madre como un extenuante ejercicio de identidad que requiere unos sacrificios de salud, de placeres y ambiciones totalmente innecesarios para el bienestar de los niños.

Estos sacrificios no son inherentes a la labor maternal y, de hecho, a menudo se compensan, hasta en las comunidades más empobrecidas

u oprimidas, con las alegrías que nos dan los niños en épocas medianamente buenas. Insinuar que las madres, a raíz de la maternización, son principalmente víctimas es una afirmación de una imprecisión flagrante sobre la experiencia de muchas mujeres, además de ser opresiva para las madres. Para muchas mujeres, la maternidad se inicia con un amor y una entrega que la rabia y la ambivalencia implícitas en tales sentimientos no son nunca capaces de destruir. Muchas madres desarrollan una aptitud maternal desde el principio, un sentido que les confirma que saben y sabrán cuidar de sus hijos. Por otra parte, se ven compensadas socialmente con la alegría que comparten con otras madres y con el respaldo de estas, con la gratitud y el orgullo de los abuelos y, a menudo, con el amor profundo y halagador de sus parejas. En el hogar, las madres tienen normalmente un control mucho más riguroso de los pormenores de su labor que la mayoría de los trabajadores. Muchas mujeres, independientemente de su profesión al margen de la labor maternal, se sienten parte de una comunidad de madres cuyo apoyo y calidez es difícil de igualar en otras relaciones laborales. A casi todas las madres las embarga una sensación de bienestar cuando sus hijos progresan.

Pero el niño que siempre prospera no existe. Hasta el más afortunado a menudo cae enfermo, se siente solo, miserable, desanimado o asustado. El dolor emocional y físico de los hijos angustia a la madre y le causa una sensación de culpa e impotencia. Y la labor de madre en sí tampoco aporta placeres fáciles. En los días buenos, una madre solo da lo mejor de sí, y lo mejor que tiene, a menudo y a largo plazo, no parece ser «lo bastante bueno». Las madres sucumben a las tentaciones inherentes a su labor: son posesivas, estrechas de miras, temerosas, moralistas, engreídas, niegan la realidad alegremente y tienen una capacidad de sacrificio y una obsesión por el orden que las atemoriza incluso a ellas, por enumerar solo algunas de las tentaciones. Las madres exasperan a sus hijos y se defraudan a sí mismas.

Tanto en la literatura como en la vida, es difícil definir los placeres que procura la maternidad sin sentimentalismos, hablar del dolor ineludible sin caer en un patetismo exagerado, compensar los aspectos ingratos con los provechosos y plantearlos con sinceridad. En parte porque me centro en la «lucha» de las madres, en concreto la lucha a favor de la no violencia, hago hincapié en los elementos más virulentos de la tarea maternal. En una ocasión, ante mi insistencia en que las madres dominan, humillan, detestan y pegan, un espectador protestó porque la maternidad, a mi entender, se aproximaba más a «la guerra que al amor». El «carácter pacífico» atribuido a las madres suele llevar implícito un componente dulce y delicado que es engañoso, porque aleja a casi todo el mundo que ha tenido una madre

o que ya lo es. Para una madre, conseguir la paz es una manera de luchar tanto como una manera de amar, tan grata como exasperante. No obstante, las madres, como madres que cumplen su función, no se alistan en el ejército ni van a la guerra a pesar de que las batallas contra, en nombre de y entre sus hijos constituyen una faceta predominante de su vida. Además, si las madres no son amables, tampoco la mayoría son violentas de manera reiterada, como demuestra la supervivencia de sus hijos.

También apunto en mi crónica a un aspecto sombrío de las madres, y yo diría que está directamente relacionado con mi interés por el *pensamiento* maternal. Según el filósofo C. S. Peirce, pensamos cuando algo nos perturba y el objetivo de nuestra labor mental es recobrar el equilibrio. Si el conflicto y las dificultades son los que incitan a pensar, entonces definir una labor y articular el modo de pensarla significa buscar los propios desajustes que esconden sus hábitos. Identificar los desajustes de la labor maternal requiere prestar atención tanto a los momentos infelices de los niños como a los de las madres. Cuando hablo de los momentos en la vida de una madre o de un niño que suscitan una reflexión urgente sobre la labor maternal, yo misma me siento perturbada al acentuar el dolor del niño y la confusión y ambivalencia de la madre. Dejo de escribir un momento, me dedico a observar a los niños y a la madres en la calle, y compruebo que he realzado la infelicidad habitual que caracteriza la vida de las personas, y por tanto también su felicidad en general.

Cuando hablo con madres, entre ellas algunas feministas, me tildan a menudo de cínica; las feministas, algunas de ellas madres, me ven como una persona más idealista. Y, de hecho, me doy cuenta de que, cuando describo a las madres, parece que seamos seres mejores de lo que aparentemente somos. En la medida en que sufren acoso, estoy siempre de su lado, y mi pasión salta a la vista, sean cuales sean las palabras que utilice. Por otro lado, dado que soy madre, conozco los efectos demoledores y tediosos de las descripciones sensibleras de lo bien que maternizan las madres.

Idealizar la figura de la Buena Madre arroja una sombra alargada sobre la vida de muchas madres de hoy. Actualmente existen pocos, por no decir ninguno, momentos perfectos, niños perfectos o niños perfectamente atendidos. Las inseguridades se incrementan con las intervenciones de los demás. Los «expertos» pueden minar la autoestima de la mujer más segura de sí misma si su hijo delinque, muestra un «rendimiento bajo» o está simplemente triste. A los ojos de un niño, los padres, los abuelos e incluso los amigos más íntimos son casi como jueces. Y, lo más doloroso, los niños demuestran claramente la infelicidad que les causamos, como tiene que ser. Muchas de las madres que viven a la sombra de la Buena Madre, conscientes de

haber sentido rabia y frustración, al recordar los episodios de violencia y desatención, tienen la sensación de que su vida está plagada de secretos tan bochornosos que ni siquiera pueden compartirlos con los amigos más íntimos.

La idealización de la Buena Madre va acompañada del terror y la fantasía que suscita la imagen de la Mala Madre. Paradójicamente, una madre puede aceptar de buena gana la idea de la Mala Madre como signo de protección contra su propio sentido de la maldad. Los males «Auténticos» de la Mala Madre son concretos, evitables y peores que los suyos. A veces, una madre competitiva puede decir que su vecino es «malo» con la intención de adjudicarle un atributo de superioridad del cual duda. Pero, por mucho alivio que sienta en ese momento, la Mala Madre acaba desconcertando a quienes dependen de ella. Los sentimientos de culpa ocultos se enconan; los niños de una madre «superior» viven muchos días infelices. La madre que se consuela con el mal profundo del prójimo encuentra en su interior ese mismo «mal».

Existen seguramente tantas versiones de madres «malas» como culturas donde las mujeres son las responsables de criar a los niños. Uno de mis ogros favoritos es la Mami, la mala madre que apareció después de la Segunda Guerra Mundial y que fue contrastada con la Madre, la «mujer verdaderamente madura y maternal». A la Mami la hizo famosa el crítico social Philip Wylie. También fue relevante en el pensamiento del psiquiatra Edward Strecker, que estudió a los hombres que no pudieron combatir o que no combatieron en la Segunda Guerra Mundial.[84] Según Strecker, la Mami necesitaba a sus hijos con tanta intensidad que cuando partían a la guerra lloraba y «aullaba». O no se sometía lo suficiente a la autoridad paterna o tenía muy poco criterio. Sus niños, por tanto, o estaban anulados por la madre o bien se sentían tan identificados con ella que eran incapaces de matar. Las madres malas como la Mami aterrorizan porque están creadas a partir de elementos ya conocidos de la maternización y de los malos momentos de un día cualquiera de una madre. La pasión de una Mami por sus hijos, la sobreprotección y relación confusa con la autoridad paterna son elementos de sobra conocidos. «Algunas madres reconocen los síntomas [de la enfermedad de ser una Mami] y, como auténticas madres que son, los combaten. Otras no lo consiguen y pasan a engrosar la lista de mamis.»[85] Ni la propia mujer ni tampoco su prójima pueden estar seguras de si son o de hasta qué punto pueden ser una Madre o una Mami. Como nos advierte Strecker, uno no puede saberlo observando a la madre; a las madres malas se las identifica por sus hijos.

El mito de que las madres son buenas por naturaleza o

extremadamente malas desprende un menosprecio que revela un gran desconocimiento de la verdadera labor de una madre. Al final de su libro *Pink Collar Workers*, Louise Kapp Howe comenta un estudio estatal llevado a cabo en 1975 que valoraba las dificultades de diferentes tareas desde el punto de vista de la «complejidad»[86]. Teniendo en cuenta que cada trabajo requería aptitudes para manejar datos, personal y tareas, el informe asignaba una puntuación a cada categoría sobre la complejidad del trabajo y, por tanto, la aptitud requerida para ejercerlo. Cuanto más baja la puntuación, más alta la complejidad y la aptitud. Las puntuaciones que calibraban unas aptitudes determinadas después se combinaban individualmente para obtener una puntuación global. Una de las puntuaciones más altas le fue asignada a un cirujano, que recibió un 1 por datos, un 0 por personal y un 1 por tareas, alcanzando una puntuación acumulativa de 101. Esta puntuación baja, que refleja altas capacidades, contrasta, digamos, con la de un empleado de aparcamiento que obtuvo solo un 8 por datos, un 7 por personal y un 8 por tareas, con un total de 878, una de las puntuaciones más inferiores posibles. Otros trabajos de baja calificación eran los de un empleado de perrera (874), un ayudante de mezcladores de lodos (887), y un encargado de tirar con pala vísceras de pollo a contenedores (877). Lo que más sorprendió a los lectores del informe fue la baja puntuación del trabajo realizado habitualmente por mujeres: asistentes infantiles (878), profesoras de escuela de enfermería (878), enfermeras (878). Hasta una comadrona tenía menos aptitudes (378) que un recepcionista de hotel (368). La puntuación del informe de una madre adoptiva se recoge en los días en que las cosas funcionan y las emociones están bajo control.

> Educa niños en su propia casa como si fueran miembros de su familia. Supervisa las actividades, la dieta y alimentación, el espacio de recreo, las horas de descanso y las horas de sueño. Instruye a los niños y cultiva en ellos unos buenos hábitos personales y una buena salud. Baña, viste y desviste a los niños pequeños. Lava y plancha la ropa. Acompaña a los niños en las excursiones y paseos. Aplica la disciplina cuando los niños tienen mala conducta.[87]

La madre adoptiva obtuvo una puntuación de 878.

Si la función maternal fuera tan fácil como indica esta puntuación desfavorable, cualquiera podría desempeñarla. Sin embargo, a este desdén popular se suma una idea aparentemente contraria. Por lo visto, es un trabajo tan arduo que cuando algo falla en la labor maternal se da por hecho que la madre ha fracasado. He aquí las palabras de la psicoanalista francesa Monique Plaza sobre la figura de

la madre:

> En las prácticas de psicoanálisis que hago con niños, busco la confrontación con la Madre. Es una confrontación dolorosa y violenta […]. Basándome sobre todo en discursos psicoanalíticos (de los «académicos», de los «profesionales») más que en encuentros presenciales con mujeres en función de madres decidí centrarme directamente en la Madre. ¿Qué oigo decir? Que las madres son normalmente seres sospechosos, seres con una especie de instinto insaciable que las empuja a asfixiar y agobiar a sus hijos. ¿Qué veo? Que en el discurso (de las Madres) se buscan indicios de este instinto. ¿Todavía bañan a sus hijos a los diez años y dos meses? ¿Los recogen en la escuela a los ocho años y siete meses? ¿Querían a sus hijos cuando estaban embarazadas de nueve meses? ¿De siete? ¿Duermen con ellos en su cama? ¿Aceptan la autoridad del padre? ¿Qué leo? Que la locura del niño puede tener su explicación en la perversión de la madre […]. Una Madre espantosa, digna de una película de terror […]. Sospecho que el enorme aparato de odio a la Madre es uno de los bastiones más prodigiosos y eficaces de la misoginia.[88]

El «enorme aparato de odio» otorga a las madres y a su labor un poder impresionante. A fin de plantear de manera realista la labor maternal o a las madres mismas, es preciso poner la atención en este poder. Cualquier tipo de poder radica, al menos en parte, en la perspectiva del espectador. Para un niño, la madre es un coloso: es el juez, el entrenador, el público y el abastecedor, y sus deseos deben cumplirse.[89] Una madre, contrariamente a la percepción que sus hijos tienen de ella, casi siempre siente que su fuerza es relativa. En el mejor de los sistemas sociales, la madre está en deuda con los mecanismos de la «naturaleza», cuya indiferencia, cuando no se manifiesta con estremecedora evidencia en la enfermedad, en la muerte y en el daño a los hijos o bien a familiares y allegados, puede echar por tierra sus mayores esfuerzos. Una madre, en el nacimiento de su primer hijo, aprende que su poder sobre los hijos es limitado. Los niños nacen con una constitución física única y no tardan en desplegar un montón de rasgos temperamentales por lo visto innatos. Negar que en el carácter del niño hay mucho de innato convierte una relación que hasta cierto punto es firme y «natural» en otra totalmente sujeta al control, por tanto, sujeta a la culpa y al remordimiento. A medida que los hijos crecen, las madres no pueden predecir ni controlar sus habilidades intelectuales, su temperamento, sus gustos, sus ambiciones, sus amistades, su sexualidad, ni su postura política o su moral.

A esta sensación inevitable de impotencia se añade el hecho y el sentimiento de impotencia social. Muchas madres satisfacen los deseos y atienden a las necesidades del padre. Especialmente si viven solas, tienden a sufrir distintas formas de pobreza en casi todos los países; sin duda, en Estados Unidos. Sea cual sea su organización doméstica, la capacidad para decidir sobre su vida y la de sus hijos dependerá de su política económica y social, que, de una manera u otra, controlará mínimamente. Contrariamente al mito, las madres no trabajan de puertas adentro. Siempre están expuestas al público, sea en los despachos de los médicos y en los hospitales, o bien en los supermercados y las oficinas de subsidio, los tribunales y las escuelas, los cines y los parques recreativos. Las madres están prácticamente por todas partes, y suelen percibir el desprecio al que se refiere Louise Kapp Howe, así como los límites que coartan la autoridad sobre los hijos. Incluso un profesor es capaz de tratar a la madre de un alumno con condescendencia y de reducir al mínimo el valor de sus consejos. A los ojos de otros expertos y profesionales, desde pediatras hasta funcionarios del Sistema de Selección[90], de asistentes sociales a psiquiatras, la impotencia de las madres es notoria.

Desde el punto de vista de una madre, está claro que su impotencia como progenitora es algo muy real. Sin embargo, los recuerdos que tienen los adultos del inmenso poder que su madre tenía sobre ellos, sobre sus actividades físicas y su vida emocional, no son alucinaciones. Particularmente si esta madre vive aislada con uno o dos hijos, sus deseos, su temperamento y sus gustos determinarán las decisiones de su hijo. Los niños aprenden de su madre una «lengua materna», captan el sentido de lo que puede nombrarse y lo que debe permanecer en secreto; lo que viene inevitablemente dado y lo que está sujeto a cambios; a quién hay que temer y quién finge ser una autoridad ante ellos. En lo que sería a grandes rasgos una vida «normal», son las madres las que distinguen si un acontecimiento es fascinante, monstruoso, aterrador o feliz y las que deciden si los dolores del niño son corrientes o incluso provechosos. Pueden comprometer o sabotear la voluntad de los más influyentes cuando deciden lo que quieren o no revelar de sus hijos, o qué cosas pueden exigir en su nombre. Una madre que se ocupa a diario de sus obligaciones y de las de sus hijos puede no *sentirse* poderosa. Su capacidad de nombrar, de sentir y de actuar se ve muy restringida por diversos factores externos. Sin embargo, en los conflictos cotidianos que atañen a la voluntad, al menos con sus hijos, es la que tiene el mando. Hasta la mujer menos poderosa sabe que tiene más poder y fuerza física que sus hijos. Todo esto, junto a un indiscutible poder psicológico, le suministra los recursos para supervisar la conducta de sus hijos e influir en sus ideas. Sin esta autoridad, la vida de una

madre sería insoportable.

Y no es de extrañar que a la madre más astuta y perspicaz le resulte difícil concentrarse en su poder y en su impotencia. Es una mujer sin poder la que es poderosa, y su poder es tan desmesurado como temido. Está claro que la mano que mece la cuna no ha gobernado el mundo. El auténtico poder maternal no está constituido por una cantidad estable, sino que es muy variable, y depende en gran medida del desarrollo tecnológico, de los recursos económicos tanto individuales como colectivos, de los cambios en la política social y militar, de las oportunidades de empleo, de las actividades domésticas, de la organización familiar, del temperamento, del éxito, del bienestar y de la edad de sus hijos y, por supuesto, de su propia salud, energía y ambiciones no maternales. Es extremadamente difícil predecir qué es lo que puede perjudicar a los niños; el daño casi nunca puede atribuirse solamente al «fracaso» de la madre, sino, como mucho, a la falibilidad maternal en un entorno o una familia complicada y problemática.

A los niños les cuesta entender la combinación de poder maternal e impotencia maternal. Ellos se apoyan en una presencia maternal poderosa que aman y de la cual se resienten indefectiblemente. Esta presencia pierde todo su poder delante de un padre, un profesor, un asistente social, un doctor, un juez, un casero: el mundo. Los niños, decepcionados ante una madre sin poder, pueden sentirse «violentamente desmaternizados»[91], obligados a separarse de un poder tan poco poderoso: es más, se ven forzados a tratarla con desprecio. El sentido de abandono de la hija de una madre poderosa que ha perdido todo su poder puede ser incluso más intenso que el de su hermano, dado que es del mismo sexo y le resulta más fácil imaginar la maternidad como algo factible en su vida de adulta.

La complejidad del poder maternal se expresa de manera conmovedora en la capacidad biológica de la mujer de dar a luz, y del mismo modo, en la capacidad de decidir no hacerlo. Al dar a luz, las mujeres ponen en riesgo su condición física. Si bien cada sociedad decide, muchas veces de un modo radicalmente distinto, qué sacrificios se le exige a una mujer embarazada y qué servicios hay que proporcionarle, el embarazo y el parto hacen de la mujer un ser vulnerable y la someten a la autoridad de otros. Es sabido que, en Estados Unidos, la autonomía de una mujer y el propio control sobre el embarazo corren un riesgo sin precedentes debido al desarrollo de la tecnología que multiplica las posibilidades de someter a la mujer a intrusiones médicas exageradas, como la esterilización forzada a las mujeres más pobres y de grupos minoritarios, o los tratamientos de fertilidad y cirugía fetal entre las más pudientes.

No obstante, considerando que las mujeres son las únicas que

pueden tener hijos, son ellas las que tienen el poder potencial de entregar a los niños a su familia y a su comunidad, de la misma manera que tienen el poder de negarse a hacerlo. Este poder aumenta cuando los recursos de contracepción son seguros, gratuitos y efectivos, y cuando el aborto está al alcance de todas. Es decir, el poder de las mujeres aumenta gracias a las mismas intervenciones tecnológicas y médicas que amenazan su autonomía.

¿Cómo pueden las madres plantearse el poder maternal y establecer con precisión los pactos y las concesiones que este poder conlleva? Un buen punto de partida sería admitir que el poder es algo que los humanos desean, y que las madres son, sin duda, humanas. Ser poderoso es disponer de una fuerza individual o de unos recursos colectivos para desear los placeres y los proyectos que uno pretende alcanzar. ¿Qué madre no querría tener el poder de preservar la salud de sus hijos, imponerse sobre las personas que los atemorizan o los degradan, o crear hospitales, escuelas, empleo, centros de día, o bien establecer horarios laborales que se ajusten a su mundo maternal para realizar proyectos y amores no maternales, e incluso para elegir las aficiones y los objetivos de sus hijos de tal modo que se ajusten tanto a ellos como a los padres?[92] Sin embargo, las mujeres tienen miedo al poder y se niegan a desearlo.

Una vez que hemos reconocido que el poder es deseable, el siguiente paso es analizar sus realidades desde una perspectiva *maternal*. No es tarea fácil. Las madres también fueron niñas en su día. Es posible que todavía detesten a las madres severas o negligentes o que se asusten ante el poder maternal, o bien que compartan el desprecio cultural por las madres en general, incluso tal vez por la suya propia. Al adulto no le resulta fácil dejar atrás los sentimientos de su infancia, pero las madres que viven la pasión infantil con plenitud son especialmente susceptibles de querer recuperar las necesidades y fantasías infantiles. Además, las madres se aplican, al menos temporalmente, en adoptar el punto de vista del niño, con la intención de actuar con eficiencia, delante y en nombre de sus hijos. Sin embargo, es bastante habitual que los niños se confundan cuando su madre pierde la perspectiva del adulto. Y, si una madre no puede adoptar una perspectiva maternal —la perspectiva de su propia labor —, también se confundirá respecto a su poder y respecto a muchas otras cuestiones.

Hasta hace relativamente poco, las madres que han tratado de defender con firmeza su perspectiva maternal apenas han sido respaldadas por artistas o psicoanalistas. Los novelistas y los poetas ofrecen testimonio del poder de percepción del niño, de la pasión del joven amante, o de la misión del héroe; con contadas excepciones, las posibilidades de tener voz o hablar desde la perspectiva de una madre

son muy pocas. Lo cual no significa que a las madres no se les rinda homenaje. Los textos escritos por mujeres siempre parecen albergar una nostalgia por el «paraíso perdido», una lengua materna original, un hogar materno, un paisaje materno que fue sacrificado por el orden simbólico edípico del padre.[93] No es de extrañar que abunden fantasías nostálgicas sobre las madres o su cuerpo entre las críticas feministas de las sociedades tecnocráticas y patriarcales, o que, *como* hijas, las madres participen de ellas. Sin embargo, estas fantasías son creaciones de los niños. A una madre le resulta difícil asociarlas al hogar maternal trabajoso e imperfecto que ella misma crea, tan distinto al que requiere el hogar imaginado por la hija.

Las teorías psicoanalíticas que nos deleitan con las pasiones de la vida familiar se elaboran desde el punto de vista del niño. Normalmente la «madre» es tan poderosa cuando es buena como cuando es mala, o cuando calla y funciona como espejo para que los niños se miren en él y confirmen *su* identidad sin interferencias. Con toda certeza, los teóricos del psicoanálisis también fantasean con el poder maternal y a veces atribuyen a las primeras relaciones del niño o la niña con la madre no solo las vicisitudes de la identidad de género, sino también la capacidad fundamental de trabajar y de amar.[94] Una madre, frente a estas teorías, podría pensar que su experiencia se pierde totalmente en la percepción «preedípica» del niño, sea positiva o negativa, en un cuerpo maternal, o bien, de manera más reduccionista, en unos senos, dejando aparte las designaciones del analista en cuestión. Si no cae en la tentación de culparse, podría considerar estas fantasías absurdas o agresivas al leer, desde su perspectiva de madre, las teorías sobre su propio pecho/cuerpo/yo «mágicos».

En algunos casos, las feministas han constatado el silenciamiento cultural de la voz de las madres. Por lo visto, algunas comparten la visión romántica del hogar materno al margen del lenguaje y la cultura masculinos.[95] Para muchas otras mujeres, convertirse en feminista implica romper con la tradición opresiva del autosacrificio maternal. En palabras de la activista por la paz Ynestra King:

> El movimiento feminista ha hablado por todas las hijas rebeldes e indignadas. Incluso cuando las madres se unen al movimiento, la hija perjudicada que llevan dentro es la que suele poner la voz. Todas y cada una de nosotras conocemos, como hijas, la labor maternal, pero casi todas, habiéndonos convertido en feministas, hemos rechazado a la madre sacrificada, altruista, infinitamente indulgente, mártir, y a la que ama de manera incondicional —así veía yo a mi madre—, esa madre que llevamos dentro de *nosotras* como parte de

nuestro ser, la madre que nos induce a ser cómplices de nuestra propia opresión.[96]

Afortunadamente, muchas autoras de tradición feminista no temen ni fantasean con las madres, ni con su función. Estas autoras feministas saben discernir entre las experiencias de maternidad y las instituciones maternales opresivas, restrictivas, enclaustradoras que arruinan la experiencia de tantas mujeres. Insisten en que los niños mayores —es decir, todos nosotros— reconocen en la madre un yo independiente y subjetivo. Sobre un grupo ampliamente diverso de mujeres negras que «encontraron la clave de la liberación de su fuerza creativa en el legado de sus madres», Mary Helen Washington observa:

> Las hijas que han tenido una educación deben abrir la «carta sellada» que su madre «no pudo leer con todo detalle», y dejar de forma explícita la firma de su madre en su obra, a fin de preservar su lenguaje, sus recuerdos, sus mitos.

Sin embargo, advierte y exhorta a sus colegas escritoras y críticas:

> Antes de poder detectar con claridad estas firmas, tenemos que liberar a la madre de la dominación de la hija, representándola más justamente como un ser separado, con identidad propia, cuyas hijas no pueden siquiera empezar a imaginar los misterios de su vida.[97]

Ondine, el personaje de Toni Morrison de su novela *La isla de los caballeros*, solicita a todas las mujeres que sean unas hijas diligentes y atentas:

> [Si una niña] no aprende nunca a ser hija, no aprenderá jamás a ser mujer […]. No necesitas a tu madre biológica para ser hija. Lo único que necesitas es desplegar cierta […] sensibilidad a la gente mayor que tú […]. Una hija es una mujer a la que le preocupan sus orígenes y que se ocupa de aquellos que la atendieron.[98]

Para aprender a ser hija hay que aprender a contemplar y respetar el pensamiento maternal. Y esto significa escuchar de verdad a la madre cuando habla. Evidentemente, escuchar con respeto el pensamiento maternal no implica aceptar las condiciones en las que las madres fueron despreciadas y su obra subestimada. De hecho, dado el desprecio que padecen las madres, escuchar podría considerarse un acto de resistencia. Tampoco una escucha respetuosa significa aceptar, y mucho menos celebrar, las voces maternales tal como son. Las hijas

no suelen abandonar una postura crítica que han concebido y ganado con esfuerzo.

Y, aún más importante, hablar cambia al que habla. La mayoría de las madres son mujeres; de ahí que en el pensamiento maternal predominen las voces de mujeres que tratan de expresar lo que saben. Las autoras de *Women's Ways of Knowing*, en su estudio sobre el desarrollo epistemológico de las mujeres, informan sobre las personas entrevistadas:

> Las mujeres que escriben sobre su vida, suelen hablar de la voz y el silencio: «hablar alto», «denunciar», «ser silenciadas», «ser desoídas», «escuchar de verdad», «hablar de verdad», «palabras como armas», «sentirse sordomudas», «no tener palabras», «expresar tu intención», «escuchar para ser oída». [99]

En palabras de Audre Lorde y Alicia Ostriker, las mujeres quieren «nombrar lo innombrable con la intención de reflexionar», «captar el lenguaje», «otorgar predominancia al discurso femenino, penetrar en el discurso masculino, conseguir que el hombre preste oídos». [100]

Las voces maternales se han perdido entre las teorías de los profesionales, las ideologías sobre la maternidad, la prepotencia sexista y las fantasías infantiles. Las voces que han sido distorsionadas y censuradas solo pueden ser unas voces *en desarrollo*. A veces silenciadas y otras en un lento avance hacia un discurso, las voces de las madres no son tal cual son, sino que cambian conforme se convierten en madres. A medida que las madres se aplican y se esfuerzan en pensar, van transformando el pensamiento que empiezan a articular y los conocimientos que están decididas a compartir.

SOBRE LA MATERNIDAD, EL ARTE Y LA TARTA DE MANZANA

(1992)

Susan Bee, Mira Schor, Myrel Chernick, Dena Shottenkirk, Joan Snyder, Elke Solomon, Martha Wilson y Barbara Zucker

Susan Bee (Nueva York, 1952) es pintora, diseñadora y, además, cofundadora con Mira Schor, coeditora y diseñadora de la revista *M/E/A/N/I/N/G*. Expuso sus cuadros en la A. I. R. Gallery de Nueva York en 1998 y en 2000. Entre sus libros de arte se cuentan *Little Orphan Anagram* (1997), *Log Rhythms* (1998) y *Bed Hangings* (2001), con poemas de Susan Howe.

Mira Schor (Nueva York, 1950) es pintora y autora de *Wet: On Painting, Feminism, and Art Culture* (1996). Es cofundadora con Susan Bee de la revista *M/E/A/N/I/N/G*. Obtuvo una beca de pintura de la Fundación Guggenheim y el Pemio Frank Jewett Mather de Crítica de Arte de la College Art Association en 1999.

Myrel Chernick se crió en Nueva Jersey. A finales de la década de 1970 empezó a exponer en Nueva York instalaciones multimedia basadas en textos. Una de ellas, *Dangling Participles*, analizaba la experiencia de separación y pérdida desde el punto de vista de una madre. En 1999 empezó a investigar para una gran exposición colectiva, *Maternal Metaphors*, que vería la luz en 2004 y 2006. Con Jennie Klein editó en 2011 la antología *The M Word: Real Mothers in Contemporary Art.*

Dena Shottenkirk (Dodge City, Kansas, 1954), artista visual, filósofa analítica y crítica de arte, ha trabajado en las revistas *Art*

Forum y *Art in America*. Su primera exposición individual fue en 1985 en Nueva York y una de las últimas en el Museo Whitney. Ha publicado el libro *Cover Up the Dirty Parts! Funding, Fighting and the First Amendment* (2009). Es profesora del Brooklyn College.

Joan Snyder (Highland Park, Nueva Jersey, 1940) es pintora. Fundó en 1971 la Mary H. Dana Women Artist Series, una exposición ambulante para dar a conocer a antiguas y nuevas mujeres artistas. Colaboró asiduamente en la revista *Heresies: A Feminist Publication on Art and Politics* (١٩٧٧-١٩٩٣). Sus obras figuran en el catálogo del Museo de Arte Moderno, el Museo Metropolitano y el Museo Whitney de Nueva York y en muchos otros de Estados Unidos.

Elke Solomon (1943), artista, *performer* y crítica de arte, ha sido profesora en la Universidad Columbia y en el City College de Nueva York, en la Universidad de Princeton y en la de Portland, entre otras. Hoy enseña en la Escuela de Arte Parsons de Nueva York. Ha comisariado exposiciones en el Museo Whitney.

Martha Wilson (Filadelfia, 1947) es artista visual y *performer*, una artista escénica. Fundó en 1976 el Archivo Franklin Furnace, un museo dedicado a las instalaciones, el arte visual, la *performance* y los libros hechos por artistas, que se convirtió en una «institución virtual» en su vigésimo aniversario.

Barbara Zucker (Filadelfia, 1940) es escultora y vive entre Vermont y Nueva York. De 1974 a 1981 fue asistente editorial de la revista *Art News*. En cooperativa con otras artistas fundó en 1972 la A. I. R. Gallery de Nueva York, la primera galería de arte dirigida solo por mujeres.

El texto que a continuación reproducimos es una selección de «Forum: On Motherhood, Art and the Apple Pie», publicado en noviembre de 1992 en el número 12 de la revista *M/E/A/N/I/N/G* [S/I/G/N/I/F/I/C/A/D/O]. Posteriormente fue recogido en el volumen *M/E/A/N/I/N/G: An Anthology of Artist's Writings, Theory, and Criticism* (2000).

Hemos pedido a varias artistas que han tenido hijos que nos respondan a las siguientes preguntas sobre la intersección entre maternidad y arte:

Las ideas de la maternidad como primer ámbito de la

creatividad femenina han ensombrecido las reivindicaciones de las mujeres a propósito de la creatividad artística. Y vivimos en una sociedad que presta escaso apoyo práctico a las mujeres que quieren trabajar y ser madres al mismo tiempo. Siendo conscientes de que el tema de la maternidad ha sido siempre de alguna manera, para las mujeres, un tema tabú en público, aceptaríamos ahora de buen grado vuestra opinión. Os planteamos las siguientes preguntas, pero podéis debatir el tema con total libertad desde la perspectiva que juzguéis más oportuna y significativa según vuestra experiencia.

¿En qué medida ser madre ha afectado a la reacción de la gente ante vuestro trabajo artístico? ¿En qué medida ha afectado vuestra carrera? ¿Habéis experimentado algún tipo de discriminación por parte de otros artistas, representantes, galerías, escuelas de arte, críticos, a raíz de la maternidad o el embarazo? ¿Habéis aplazado el proyecto de iniciar una carrera o habéis dejado de trabajar cuando vuestros hijos eran pequeños? ¿Cómo describiríais las diferencias de trato a los artistas hombres con hijos y a las mujeres artistas sin hijos?

El hecho de tener hijos, ¿ha facilitado vuestra creatividad o ha afectado la orientación de vuestro trabajo?

En las ediciones de los últimos seis años, *M/E/A/N/I/N/G* ha publicado cuatro foros. Es interesante tener en cuenta la reacción a este foro sobre la maternidad: hemos tenido el porcentaje más alto de respuestas jamás recibido, que ha ido tomando forma y creciendo después de los debates entre las editoras, una de ellas embarazada de su segundo hijo, y otras mujeres que no tenían hijos. Además, muchas artistas expresaron su entusiasmo y su gratitud por la oportunidad de escribir sobre este tema: «Tu carta me ha llegado directamente al corazón»; «Gracias por valorar mi experiencia»; «No sé cómo agradecerte haberme dado la oportunidad de escribir sobre mis experiencias como madre y artista»; «Te aplaudo mil veces por haber organizado este foro». No obstante, hemos visto que el tema era demasiado doloroso para algunas artistas que no han podido contestar. Más de una preguntó cómo habíamos averiguado que efectivamente *tenía* un hijo teniendo en cuenta que ha tenido a sus hijos muy alejados de su carrera artística.

Para acabar habría que señalar que estos textos aluden a muchos otros aspectos de la experiencia, como el tiempo, la economía, la crianza, los prejuicios contra la mujer en general, las ideas contradictorias sobre las mujeres que no tienen hijos, las expectativas sociales de padres y artistas hombres, y la experiencia de hijos de madres artistas.

Myrel Chernick

Mis gemelos empiezan el primer curso en septiembre. Me ha intrigado tu carta, ya que trata de un tema muy importante para mí, y tenía la esperanza de disponer de más tiempo para responderla, pero… pensé, cuando la leí por primera vez, que la fecha de entrega era el 31 de agosto, y después volví a leerla la otra noche y vi que era el 1 no el 31. Siempre lo mismo. Nunca hay tiempo para nada: tiempo para estar con mis hijos, para el arte, para ganarme la vida, para ver los espectáculos que me interesan, para formar parte de una comunidad artística. Y a menudo me siento aislada y agotada. Mi vida es una locura y está fragmentada, y pocas veces puedo reservar un poco de aliento para hacer algo. Afortunadamente estoy muy volcada en mi trabajo, que no me deja parar nunca, aunque lo cierto es que algunas temporadas he pasado, desde que nacieron mis hijos, que he tenido que aparcarlo. Es una lucha constante encontrar un hueco para trabajar. En este país falta una buena organización de puericultura. Creo que en el mundo del arte a una mujer que decide tener hijos no se la toma tan en serio, aunque tal vez sea un prejuicio, porque cuando era niña me juré no tener hijos. Muy a menudo tengo la sensación de que mi compromiso es menor que el de las mujeres que han decidido no tener hijos. Sin embargo creo que las emociones más intensas relacionadas con la maternidad —pasión, amor, rabia alegría, desesperación, frustración— han resultado beneficiosas para mi trabajo, porque han propiciado una espontaneidad que realza mi producción artística. Me he dado cuenta de que para mí ha sido muy importante vincular entre sí los diferentes ámbitos de mi vida. En teoría, la maternidad ha despertado nuevos intereses en mí. En los textos psicoanalíticos y feministas sobre la maternidad, la creatividad y las madres he encontrado una cierta relación con mi propia vida y posibilidades muy estimulantes que me han orientado en mis proyectos. He aprendido y seguiré aprendiendo sobre mí misma de mis hijos. Su creatividad e imaginación naturales, el juego fantasioso en el que viven largos períodos, su actitud crítica ante todo lo que oyen y su constante y apremiante búsqueda de los límites, su manera de ponerme a prueba a mí y a cualquiera de su entorno, su sed de conocimiento e información, así como su espontaneidad y sentido del humor, son todas ellas cualidades por las que yo lucho en mi trabajo y que me ayudan a no dormirme en los laureles. Por lo que he oído, los hombres dicen que crean arte porque no pueden tener hijos y eso es algo que se ha esgrimido como excusa para oprimir a las mujeres.

Ojalá no fuera tan difícil para la mujer en esta sociedad crear y procrear a la vez. He observado que los hombres (padres o no) gozan de más libertad para jugar en su trabajo artístico y también que por eso se los ha tomado más en serio como artistas.

Para responder a una de tus preguntas más concretamente tengo la sensación de que mi carrera se ha visto directamente afectada por el hecho de tener hijos. Aunque sigo dedicándome a un trabajo artístico (a paso lento, desde luego) y exponiéndolo, me queda poco tiempo para establecer contactos, asistir a inauguraciones, llamar y ver a gente, organizar visitas a talleres, todas esas cosas necesarias para seguir siendo visible y que te tengan en cuenta para una exposición. También me resulta muy complicado viajar y como hago instalaciones esto ha supuesto una gran limitación para mi trabajo. El caso es que, como artista conceptual, tengo muy pocas posibilidades de ganar dinero con mi obra, y por tanto necesito mi «otro» trabajo, que consume de veinte a treinta horas por semana y me deja poco tiempo.

La situación me resulta difícil de llevar, pero como veo que de momento no existen otras posibilidades, intento no frustrarme demasiado. Nadie va a apoyarme. Lo único que sé es que los niños crecen, y crecen tan deprisa que el tiempo, a su lado, se convierte en una materia todavía más preciosa. Y el mundo del arte no desaparecerá. Cuando los niños no me necesiten tanto volveré al lujo de tener TIEMPO para mí.

He olvidado mencionar el papel de mi marido en esta empresa. Afortunadamente, él apoya mi trabajo y la necesidad que tengo de seguir creando. Sin este apoyo, tanto emocional como físico (compartimos todas las tareas de crianza), no estaría participando en la medida en que ahora lo hago.

Dena Shottenkirk

Como la moral, la buena educación y los antecedentes penales, la maternidad nada tiene que ver con la creación artística. Su presencia no ayuda a mejorar la capacidad y tampoco a minar la creatividad, como el problemático modelo de Nietzsche, que afirma que con la eyaculación se consume la potencia vital. Dar a luz no significa sistemáticamente rendirse.

Dicho esto, me gustaría desdecirme. En el mundo hay límites y no hay nada que lo demuestre mejor que padecer una enfermedad grave o tener hijos.

Un momento, estoy demasiado lanzada. Adoro a mis hijos. Nunca supe qué era la pasión hasta que llegó mi primera niña. El olor de los profundos recovecos de su cuello me embriagaba, literalmente. Me apoyaba en la cuna y enterraba mi cara en su cuello y respiraba su olor hasta que la espalda decía basta o empezaba a perder el aliento.

No me extraña que las hembras de los animales salvajes puedan identificar inequívocamente el olor de sus crías diferenciándolo de cualquier otro retoño. El olor de tu propio hijo es más real y más potente que cualquier otra experiencia sensorial. Dudo que este instinto provenga de las partes más desarrolladas o más intelectuales del cerebro y, aun así, pocas veces he sentido un placer tan intenso.

La vida privada, no aquella que se filtra por las rendijas de la vida pública, ni tampoco ese tiempo de calidad de los pocos minutos del final de un día de distracciones y agobios, sino la privacidad que se da en un mundo de domesticidad hermética donde se disfruta el lujo de experimentar el placer de pasarse un día entero observando en el asombro de una nueva criatura inteligente, es un mundo que ha pasado completamente de moda. El reino de la vida privada está infravalorado, se considera una faceta de la vida que hay que encargar a quienes están dispuestos a dedicarse a ella por horas. Sin embargo, gran parte del placer y de la tranquilidad que da vivir con niños al ritmo lento y natural de un día sin un reloj se pierde cuando el mundo privado se ve sujeto al horario restringido de la vida pública. Aumenta las exigencias y el grado de tolerancia del caos disminuye. Los niños no casan con los algoritmos. Los recién nacidos y los niños pequeños manifiestan un sentido perverso del placer en cada una de sus reacciones, ya sea delante de una caja de sorpresas o de un vaso de leche derramado en el suelo. Las dos cosas son igual de excitantes para ellos. Reaccionan íntegramente, con cada célula de su cuerpo. La aceptación de los demás y la tranquilidad aún están encerradas, a salvo, en un futuro invisible. Todo se experimenta en y para el momento presente. Esta manera de limitar el mundo al reino más privado de los reinos es a la vez el cebo y el plomo.

Si Philippe Ariès y Georges Duby editan algún día un sexto volumen de *Historia de la vida privada* para dar cuenta de nuestras propias décadas, será publicado como un panfleto. Un paradójico efecto secundario del feminismo es la denigración de algunos de los aspectos más tradicionales del mundo femenino: el cuidado de los niños y de los más viejos; en general, cómo hacer cualquier cosa por los demás sin compesación económica. Cuidar de los demás no es un trabajo mal pagado para trabajadores externos o para nuestros ciudadanos semianalfabetos. Ninguna mujer con educación o ambición se relegaría a la categoría sin valor en que se encontraban nuestras madres o abuelas. Queremos hacer lo que hacen los chicos. Y está bien, pero sin duda vale la pena preguntarse si los chicos son, al fin y al cabo, tan geniales. Es decir, ¿quién quiere emular a un gilipollas?

He conocido a muchos hombres casados en mi vida, y también me he casado varias veces, y he reparado en el asombroso nivel de

coherencia en las costumbres de la crianza. Mi suegra sostiene que es algo genético; simplemente ha nacido así. La idea es deprimente, pero empiezo a pensar que tal vez tenga razón. Uno puede decir que la cola de las ratas es simplemente algo cultural, pero si *todas* nacen con cola, el argumento no se sostiene. Aquí se plantea el imperativo lógico. Los hombres casados jamás hacen algo que se acerque a la mitad del trabajo que supone criar a los hijos. Aunque algunos creen seriamente que sí. He oído decir a varios, muy bien educados y políticamente correctos, que participan en un cien por cien en las tareas y responsabilidades de la crianza y de la casa, pero nunca he oído a una mujer que lo secunde. Otro escéptico me dijo recientemente que hasta que su mujer se fue de la ciudad una semana y le dejó a cargo de todas las responsabilidades de su hijo, creía que se encargaba del treinta por ciento del trabajo doméstico, una valoración libre y decente de su propia irresponsabilidad. Pero ahora se ha visto obligado a reducirlo a un diez por ciento. La novedad no le hará adoptar los nuevos valores de conducta, pero a partir de ahora será siempre la persona más agradecida.

Creo que esta situación universal confirma, al menos, una de las dos cosas siguientes: o las mujeres son más tontas que los hombres o los hombres son más malvados que las mujeres.

Opción primera: los hombres no se dejan embaucar, o como mucho un minuto justo, en las farragosas tareas domésticas como las de ir a la compra, encargarse de la ropa, hacer de chófer para llevar a los niños a clases o a una fiesta o a una revisión médica, comprar ropa, limpiar la casa, comprar juguetes, organizar citas para que los niños jueguen, buscar canguros o reunirse con los profesores. Las mujeres cargan con estas responsabilidades como algo añadido al otro trabajo que tengan. Aunque una mujer tenga una carrera y trabaje ocho horas al día, el grueso de esta otra montaña de trabajo recae sobre ella. Los hombres alegan que están demasiado ocupados o simplemente se olvidan, y *eluden el compromiso*. Este triunfo puede fácilmente considerarse un argumento claro y evidente de su superioridad.

Esa situación universal podría confirmar la segunda opción: los hombres son unos auténticos sinvergüenzas y las mujeres, simplemente, no están dispuestas a rebajarse a tal grado de egoísmo y falta de consideración por los demás. Pocas madres se olvidarían de llevar a sus hijos a la revisión médica o de poner la lavadora. Así que, tal vez, el argumento caduco de la superioridad moral femenina sea cierto.

Pero, al margen de las consideraciones sobre el significado fundamental de las responsabilidades maternales de la mujer, ¿qué decir de la compatibilidad entre tener hijos y ser artista a la vez? Creo que hay 3 posibilidades. Puedes tener hijos de adolescente viviendo

todavía en casa de tu madre, porque ella va a ser la que en realidad te ayude. Cuando tengas treinta y cinco años, tus hijos ya serán mayores y recuperarás la parcela de vida que habías perdido. En segundo lugar, puedes tener mucho dinero. Necesitarás una gran cantidad de dinero para buscarte una chica que te ayude a hacer todo el trabajo mientras tú vas a tu taller. Rara es la artista que tiene capital suficiente para sufragar los gastos de veinte años de dependencia económica de un hijo. Si cuenta únicamente con sus ingresos, tiene que ganar un mínimo de 50.000 dólares impuestos aparte, y sin contar la comisión del agente, y el coste de producción del trabajo (alquiler del taller, materiales, asistentes), a fin de poder invertir un mínimo de 20.000 dólares en ayuda doméstica. En fin, le quedan 30.000 dólares para vivir. Por tanto tendrá que vender su obra al menos por 120.000 dólares regularmente durante veinte años si quiere trabajar en el taller a diario. En tercer lugar, puede optar por lo más habitual en las artistas que tienen hijos: volverse harapienta, dejar los platos para más tarde, arreglárselas sin canguro, anular las visitas de sus posibles clientes al taller para llevar a los niños a la revisión pediátrica de turno, y poner al mal tiempo buena cara, a menudo con un marido asalariado que también se siente utilizado y cansado.

Diamonds Are a Girl's Best Friend [Los diamantes son el mejor amigo de una chica] es la canción que se me ocurre para este contexto. Los niños cuestan dinero. Con el añadido de que una profesión como el arte difícilmente te permite vivir de ella y la inestabilidad económica que genera seguramente no te dejará dormir por las noches. Pero como todos estos miedos y preocupaciones se esfuman en el éter del olvido en el momento en que esa pequeña carita se te arrima para darte un beso, se confirma la prueba de la debilidad de la memoria humana. Lo maravilloso de los niños es que los demás problemas prácticos se ven bochornosamente eclipsados de nuestra conciencia: el dinero y el sustento no pueden competir con la ternura y dulzura de la infancia. Las prioridades se reafirman por sí mismas y el monótono ensimismamiento de la vida cotidiana se vuelve nimio comparado con los momentos de amor intenso y de gran placer que dan los niños. La gente, en los últimos días de su vida, rara vez se recrea en lo que le ha aportado un día en que le ha cundido el trabajo. Los detalles más pequeños y sin embargo más significativos son los que dejan huella en el recuerdo: un día en la playa con uno de esos bobitos cubierto de arena hasta el cuello; el día del primer paseo victorioso en bicicleta; el primer pastel de cumpleaños desparramado por el suelo del salón. Y una se va haciendo madre al igual que una se va haciendo artista: despreocupadamente y sin considerar las consecuencias prácticas; sinceramente, ¿existe realmente otra manera de vivir?

Joan Snyder

Ser madre y artista: difícil. Ser madre soltera y artista: más difícil todavía. Ser madre es ser madre es ser madre. Ser artista significa hacer tu trabajo. Se necesita tiempo y ayuda, años y años de ayuda. La tarea es dura, creativa y consume mucho tiempo. Afortunada, muy afortunada, si tu hijo está sano. Tengo una hija rebosante de salud, guapa, con defensas, inteligente, centrada, que nunca ha sabido gemir. De recién nacida y de pequeña, Molly ha vivido siempre entre algodones siempre rodeada de gente que la ha querido. Todavía lo está. Así que es afortunada, y yo también.

Respondiendo a una de las preguntas, nunca me he sentido discriminada por parte de nadie del mundo del arte por la maternidad o el embarazo. Todo el mundo se ha mostrado siempre solidario con esa faceta de mi vida. No es la maternidad lo que produce la discriminación de la mujer en el mundo del arte: es el hecho de ser mujer.

Una cita de Hilton Kramer ilustra perfectamente la discriminación de las mujeres en el mundo artístico:

> Todo el fenómeno del neoexpresionismo, y en concreto sus exponentes en Estados Unidos —Schnabel, Salle, Eric Fischl y otros de esta generación—, hay que entenderlo a partir del minimalismo y de la abstracción de la escuela Color Field, que hacia la década de 1970 había establecido en el arte un patrón de anemia visual. Había un deseo de un arte que fuera más rico visualmente. Era una invitación a que la siguiente generación dijera: «Vamos a llenar esas superficies con todo lo que pueden coger nuestras manos».

Con la salvedad de que no eran artistas hombres los que trabajaban de esa manera entonces, ¡éramos nosotras! Eran las mujeres. Eran las madres. Las mujeres, que trabajaban aisladas en las universidades para hombres que no habían empezado a entender nuestro lenguaje; eran ellas. Las mujeres de todo el país que trabajaban en su taller, de nuevo en el aislamiento más completo porque se les prestaba muy poca atención, eran ellas. Eran las mujeres artistas que insuflaron vida al mundo artístico en las décadas de 1970 y 1980, no los hombres que vende Kramer. En el momento más alto del movimiento pop y del minimalismo nosotras hacíamos otro tipo de arte, personal, autobiográfico, expresionista, narrativo y político. Éramos mujeres que utilizábamos palabras, que cortábamos, pegábamos, extendíamos el material capa sobre capa, que experimentábamos con materiales nuevos y, para parafrasear a Hilton Kramer, que llenábamos esas

superficies con todo lo que nuestras manos podían coger. A este arte se le llamaba Arte Feminista. Y de eso iba el arte de la década de 1980, asignado a los artistas hombres más famosos de entonces. A ellos se les llamó heroicos por dar expresión y personalidad al arte. A nosotras nos llamaron feministas (que era una palabra sucia). Lo llamaron arte neoexpresionista. Para nosotros no tenía nada de neo.

Para responder a otra de las preguntas, ser madre afecta a tu obra porque la experiencia afecta a todo tu ser, tu cuerpo, tu cerebro, tu corazón y tu alma y, por supuesto, a tu obra. Pero en realidad ocurre que vives dos vidas, la tuya y la de tus hijos. Cada día. Tal vez la parte más dura es la del mantenimiento, porque los niños comen y crecen. Y cada seis meses más o menos, pase lo que pase, necesitan ropa nueva, zapatos nuevos (los viejos ya no sirven para nada y tienes que deshacerte de ellos), ir a la peluquería, al dentista y a sus revisiones médicas, a las citas para jugar con amigos, incluso nuevos amigos. Llevo haciendo esto trece años. He ido a todas las citas de Molly con el médico, dentista, higienes dentales y ortodoncia. He pasado con ella fiebre, dolores de cabeza, de estómago y de oído. He disfrutado de cada fiesta escolar, baile, recital, concierto, actuación, conferencias de profesores, sola, durante trece años. Necesitas mucha ayuda pero la ayuda no incluye ese tipo de cosas… eso tienes que hacerlo tú… (ni siquiera los amigos y los amantes lo hacen). Así que parece que todas estas actividades se interponen en mi tiempo y trabajo, y no bromeo. (Mientras, Julian Schnabel estaba por ahí pintando desaforadamente.) Pero nunca sentí que mi trabajo se resintiera por ello. Porque ser madre es ser madre es ser madre es ser madre es SER.

P. S. Sábado, 18 de julio: acabo de salir con mi madre de ochenta y seis años y mi padre de noventa y dos a la peluquería, a comprar zapatillas y a cenar.

Martes, 21 de julio: acabo de acompañar a mi madre a urgencias al hospital Kings Highway de Brooklyn. Mi hermana ha ido corriendo a casa de mi padre a cuidar de él. Llamo a mi hermano para contarle lo de mamá.

Miércoles, 22 de julio: están operando a mi madre y está grave en la UCI del hospital. La voy a ver tres veces al día y entre visita y visita voy a ver a mi padre. Mi hermano me llama para preguntar cómo va todo.

Domingo, 26 de julio: dejo a Molly en el autocar porque se va tres semanas a un campamento… Mamá sigue en la UCI. Ser madre es ser madre y ser hija es ser hija. Nada de todo esto tiene que ver con el mundo del arte: todo tiene que ver con mi trabajo y con mi tiempo.

Lo esencial es que no tienes que ser madre o hija para que se te discrimine del mundo del arte… Basta con ser mujer.

Elke Salomon

El período comprendido entre finales de la década de 1960 y principios de 1970 lo viví en una actitud de «o esto o lo otro». O un hijo o una concentración absoluta en el trabajo. A finales de la década de 1970 me permití tener un hijo. Las mujeres han sido educadas para remover un guiso, poner pañales y escribir una novela al mismo tiempo. Cuando nació Alex mis prioridades eran: necesitaba que lo alimentaran y le cambiaran el pañal cuando necesitaba ser alimentado y cambiado. Y ¡ya está! Me volví muy disciplinada. De hecho, pasé a la clandestinidad, allí donde podía ser las dos cosas, un artista seria y una madre seria. Ahora me doy cuenta de cuánto llegué a aislarme.

Me enteré por otras madres, amigas mías a finales de los sesenta y principios de los setenta, en pleno fervor del nuevo feminismo, que como nuevas feministas no éramos sensibles a «sus» necesidades. En la década de 1990 seguimos aprendiendo de otras madres y de otras mujeres que hoy todavía no existe un apoyo real por la crianza, la baja de maternidad, la defensa de los niños, la defensa de las mujeres maltratadas, la planificación familiar, la educación sexual en el colegio, la monoparentalidad y la paternidad o maternidad homosexual.

Se supone que es «natural» ser madre si eres mujer. Nuestro cuerpo está hecho para que seamos madres. Los hombres pueden ofrecer cuidados. Si tienes un hijo antes de cumplir cierta edad, en el mundo del arte eres un caso anómalo. Si no tienes un hijo a esa otra edad, eres un caso anómalo también. Y los hombres se dedican al arte. ¿A cuántos hombres se les ha dicho: «No llevéis a los niños a la galería o a las inauguraciones porque nadie os tomará en serio»? A los hombres que cuidan de sus hijos, trabajo añadido a su trabajo natural de artistas, se les trata como seres sobrenaturales, raros y maravillosos, pero a las mujeres artistas con familia se las trata como si fuera lo natural, y no algo libremente asumido por su voluntad.

Me encanta y detesto ser madre. Es positivo, enriquecedor, optimista y terriblemente difícil. Nos ocupamos y preocupamos de otro ser humano toda la vida. Me encanta y detesto ser artista. No me gusta ser un artista mujer en el mundo del arte. El arte requiere tiempo, tener hijos requiere tiempo. Conforme los hijos se van volviendo independientes, se necesita otro tipo de atención para ser padres, y hay más tiempo disponible. Alex me ha enseñado, de la manera más palpable posible, que las cosas cambian constantemente: las situaciones, la perspectiva de las cosas y las prioridades; me ha enseñado que la vida precede al arte.

Martha Wilson

¿En qué ha afectado ser madre a la reacción de la gente ante tu trabajo artístico?

Era yo la que creía que mi carrera se acabaría tan pronto como naciera mi hijo. Fue Ellen Rumm la que dijo: «Eres *performer*, tu cuerpo es tu vehículo. ¿Por qué no consideras al niño una extensión de tu obra?».

¿En qué medida ha afectado tu carrera?

Nunca pensé que gastaría tanto dinero en la crianza.

¿Te has sentido en algún momento discriminada?

No, pero yo trabajo para mí misma.

¿Has aplazado el proyecto de iniciar una carrera o has dejado de trabajar cuando tus hijos eran pequeños?

Estoy contenta de ser una señora mayor con un niño, aunque a veces me llaman «abuela» en el metro. Sería difícil mimarte a ti misma mientras cuidas de tu hijo, que es lo que requiere el comienzo de tu carrera.

¿Podrías describir las diferencias de trato?

No sé.

¿Ha facilitado tu creatividad tener hijos?

En cualquier caso, todo mi trabajo parte de la perspectiva femenina, y tener un hijo es una de las cosas que un hombre no puede hacer. A mí me interesaba lo desconocido. ¿Qué es lo que ahora sé? Es más divertido de lo que me esperaba, más de lo que me transmitió y me dio a entender mi madre, que me crío sobre las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Y me temo que, aunque he «creado» un ser, él es cien por cien él mismo y tal vez la influencia que ejerzo sobre él sea nula. Tener un niño, para la gran mayoría de las mujeres que no son artistas, es alcanzar la felicidad, es ese estado creativo del «juego» al que el arte nos da acceso.

Barbara Zucker

Las limitaciones que ha supuesto la maternidad en mi vida (incluyo aquí mi vida creativa) vienen de dentro y no de cómo me han tratado los demás. Cuando nació mi hija, dentro de mí se activó algo que siempre había estado aletargado. Desde entonces ese algo no ha dejado de funcionar de una manera neurótica y no deliberada.

En términos prácticos, no analíticos, ese algo podría llamarse pérdida del egoísmo, la característica esencial de quienes desean crear. Me sentí expoliada, enloquecí. De repente respondía como una marioneta a las necesidades de otro (ella era la primera, no estoy segura de quién venía después, ni siquiera si yo estaba en tercer lugar), las reglas del juego habían cambiado totalmente, de la noche a la mañana, y todavía hoy las desconozco.

No disfrutaba prácticamente de ninguna red logística. Mi marido de entonces todavía no era «moderno» (era el año 1969), mis padres vivían a horas de distancia de casa y mi familia política estaba totalmente en Babia. Yo me identificaba con mi niña: el mundo era un lugar hostil, nadie nos ayudaba y ¡mi único trabajo era protegerla, para siempre!

Esta actitud no me dio serenidad. Podía ir a mi taller. Trabajaba media jornada. El problema era yo. Si la niña se ponía enferma, o me necesitaba, todo se venía abajo. Estaba enferma de amor y había perdido totalmente el control del ritmo de mi vida. Mi sitio era estar a su lado. No todo el mundo veía el mundo como yo. Algunas lo viven como una amistad y son capaces de confiar. Saben que su niña no se va a morir porque ellas se vayan a trabajar y la dejen en manos de alguien que la cuide.

Aparte de esta entrega desinteresada, dentro de mí también estaba adormecida otra cosa, la pequeña Barbara, que despertó de manera explosiva cuando fui madre. Me vi obligada a mitigar mis miedos y los de ella. El nacimiento de mi hija me puso en contacto con todos los temores reprimidos de la infancia con los que había lidiado hasta entonces sin darme cuenta siquiera.

Entonces, ¿cuál es el lado positivo? Toda esta ansiedad y confusión me mandó directamente a terapia, donde descubrí algunas cosas. Con más fuerza que antes, intenté hacer mi trabajo porque necesitaba demostrar que la maternidad nunca iba a frenar mi carrera.

Mi hija me hizo sentir extasiada; mi amor por ella eclipsó a todos los demás. Gracias a ella recuperé los parques y los circos y los colores llamativos (¿existía algo que no fuera negro?). Me obsequió con el grupo de amigos que de otra manera no habría podido conocer, me ayudó a dejar de juzgar, me hizo mejor persona, me llevó a Disneyworld, me ayudó a recuperar el contacto con mis padres y, en suma, me conectó con el universo. El circo se convirtió en el tema principal de una numerosa serie de esculturas que hice de 1976 a 1980, llamadas «Polos arlequines», y en Disneyworld me dio el impulso para tres instalaciones animadas y mecanizadas en 1978 y 1980: «Te vemos», en el Artpark de Lewiston, Nueva York; «Triángulo sagrado», en el Joselyn Art Museum; y «Utiliza-Reutiliza», en la Custom House de Nueva York con Creative Time, Inc.

Tener un hijo me hizo entrar en crisis. La crisis es lo único que conduce a un cambio sustancial y rápido. Nunca he vuelto a ser la misma desde entonces ni, por extensión, tampoco mi trabajo y su proceso.

NOS MUDAMOS OTRA VEZ

De *Dentro de mí* (1994)[101]

Doris Lessing

Doris Lessing (Kermanshah, 1919-Londres, 2013), de padres ingleses, nació en Persia y se crió en Rodesia del Sur. Se trasladó a Inglaterra en 1949 y desde entonces vivió siempre allí. Entre sus novelas cabe mencionar *Canta la hierba* (1950), la serie *Los hijos de la violencia* (1952-1969), *El cuaderno dorado* (1962), y *La buena terrorista* (1985), *Ben, en el mundo* (2000) y *El sueño más dulce* (2002). En 1994 publicó la primera parte de su autobiografía,*Dentro de mí (Under My Skin)*, que recogía sus vivencias hasta 1949, y de donde procede el fragmento que aquí presentamos, y en 1997 la segunda, *Un paseo por la sombra (Walking in the Shade)*, que cubría de 1949 a 1962.

Nos mudamos otra vez. Siempre estábamos de mudanzas. Pero no pasaba nada. La ropa era nuestra, las sábanas también, una silla desparejada y la famosa mesa, y libros, montones de libros. Nos trasladamos con una pequeña furgoneta, una vez más, a otra casa pequeña. Todas estaban amuebladas igual. Si en muchas granjas se seguían utilizando los muebles improvisados, *karosses*[102], cortinas de sacos de harina, estanterías de bidones de gasolina, en las ciudades los muebles de «almacén» eran la norma. Una *kaross* significaba de entrada rendir un homenaje consciente al campo. Había de esas sillas con respaldo sujeto a unas ranuras, sillas entretejidas de enea. También había cuadros con paisajes de jacarandás, de puestas de sol, de leones, de nativos, de elefantes y de montones de ciervos con la cabeza erguida mirando de frente al espectador. Pero todo eso era lo de menos. No pensaba quedarme en este mundo, me dije a mí misma, desesperada, arrinconada. Pero me comportaba, hacía todo lo que tenía que hacer, aunque estuviera exhausta por culpa del niño. Desde que se despertaba con un grito saludando a un nuevo y maravilloso día, hasta la noche, y con su habitual resistencia a caer dormido, no

permanecía quieto ni un segundo. Incluso hoy, cuando veo a un recién nacido susurrando dócilmente en su nido, me acuerdo de John a la misma edad y me maravillo. Apenas podía abrazarlo, literalmente. Abrazar no iba con él. No le gustaba nada que le mecieran. Una tenía la sensación de que lo aguantaba porque era lo que se esperaba de él. Le gustaba tumbarse en el suelo y patalear, o que Frank lo cogiera, aunque le costaba controlar esas piernas nerviosas, o bien le gustaba estar erguido en mis brazos y andar por mis muslos. Cada comida era una pesadilla porque él quería sostener la cuchara con la mano y se enfadaba porque no era capaz; después intentaba agarrar una botella y, cuando se le escurría de las manos, gritaba. Los niños de otras mujeres dormían por la mañana y por la tarde, pero él no.

Cuando Frank se iba a la oficina a las siete y media, algunas veces yo ya había salido a pasear a John por las calles, porque el movimiento lo calmaba. Y hacia las diez más o menos ya estaba listo para los tés matinales, esas reuniones que a mí me repateaban. Las mujeres jóvenes se visitaban y llevaban a sus recién nacidos y a sus niños pequeños. Teóricamente yo tenía que ser amiga de las mujeres de los colegas de Frank. Era un grupo de unas diez mujeres. Describí el ritual matutino del té en *Un casamiento convencional*, pero si ahora volviese a escribir sobre aquella sociedad lo haría con más énfasis, por la función de aquel rito como confirmación de que habían nacido nuevos niños. Una de las mujeres llega con un recién nacido y ahí la tenemos con su cosita, con la cabeza desplomada sobre el hombro de su madre. De repente, tu propio niño te parece enorme, incluso bruto. Recuerdas la dulce intimidad con el recién nacido. Seguramente dijiste: «Todavía *no* voy a tener otro hijo… —o tal vez nunca más», pero de pronto, con un niño en los brazos, te vuelves «clueca». «Oh, ten compasión, me estoy volviendo clueca», y devuelves a toda prisa la criatura a su madre, que parece la mujer más envidiable del mundo, aunque su cuerpo está medio deforme después del parto y la lactancia. Pero es demasiado tarde. Las hormonas ya se han sobresaltado y tú estás fuera de juego. Pronto, en la reunión del té, anunciarás: «¡Estoy embarazada!». «¡No puede ser! Pero si dijiste… Oh, qué envidia. ¿Para cuándo?»

Lo mismo da si esas mujeres te gustan o no, o si tú les gustas a ellas. «¡No tenemos nada en común!» No me hagas reír, tenéis la misma base biológica, todas sois mujeres jóvenes y eso basta. Hoy ya sabemos cómo se sincroniza la regla entre las mujeres que se ven constantemente, y esto es solo el comienzo. Ahora sabemos que, a los pocos segundos de reunirse un grupo de gente, sus ondas cerebrales están sincronizadas (*La danza de la vida*). Y, efectivamente, tendríamos que tener cuidado con la gente que frecuentamos, pero las mujeres jóvenes que amamantan pasan horas con otras mujeres. Si el índice de

natalidad es un tema digno de considerar en un país, entonces pensemos en las mujeres jóvenes que se reúnen para dar de mamar un par de horas diarias. Me aburría, me rebelaba, detestaba los encuentros matutinos del té. Los ansiaba, y me odiaba a mí misma por ansiarlos. Volvía a casa y le decía a Frank que antes de ir a otro me moriría. Pero al día siguiente volvía. Para empezar, a John, un ser sociable desde que nació, le gustaban, le interesaban, tenía que ver de qué iba la cosa. «John, mira a John, empezará a gatear en cualquier momento.»

Teníamos un «mozo», un criado. Todo el mundo tenía uno.

A las ocho de la mañana, las dos o tres habitaciones ya estaban limpias, y el mozo se ponía a cotillear con sus amigos en la parte trasera de la casa. Preparaba la comida. Frank invitaba a gente de la oficina para el almuerzo y comíamos y, lo que es más importante, bebíamos. Después, yo empujaba el cochecito de John sin descanso, eternamente, por el parque y por las calles. Al final de la tarde íbamos, el niño y yo, al club o nos veíamos con amigos. Ahí estaba el pequeño, todo él inteligencia alerta, lo observaba todo y siempre intentando levantarse o trepar por encima de cualquiera que lo alzara en sus brazos, «Eh, mira al bebé de Tigger, míralo, debes de estar agotada». «Oh, no, qué va», decía yo modestamente, aunque estaba efectivamente agotada. Si no salíamos, aunque eso ocurría raras veces, entonces la gente venía a casa y el criado preparaba la cena. Los mozos tenían la costumbre de quedarse en casa esperando a que volvieran sus jefes después de tomarse la copa de la tarde, por si fuera necesario prepararles algo de cenar. Esto significaba que el criado servía el té de la mañana a las seis, después no tenía nada que hacer la mayor parte de la mañana o de la tarde, pero tenía que quedarse hasta las nueve o diez de la noche. Frank y yo pagábamos a los criados, allá donde fuéramos, mucho más dinero del habitual, arriesgándonos a que los vecinos se enfadaran. «Los vais a acostumbrar mal. No podéis permitir que hagan con vosotros lo que quieran.» Lo mismo que se dice de los niños, de hecho.

«Tenéis que dejar bien claro quién manda aquí.»

Todos los hombres que Frank traía a casa tenían por lo menos diez años más que yo, y a menudo más. Yo era la nueva mujer de Frank, guapa y lista, y él estaba orgulloso de mí. A mí me gustaba que me admirasen, por mí misma y por mi exuberante bebé. El hombre del que mejor me acuerdo era un agente de bolsa escocés bajito, de pelo rojizo, delgado, irónico, Sonny Jameson, cuyos comentarios sobre aquella pequeña ciudad provinciana distaban mucho de los estereotipos de la «Conservación de la civilización blanca» o de «Cómo ayudar al progreso de los nativos», temas habituales todavía del *Rhodesia Herald*, la opinión de la mayoría de la gente. Le gustaba leer.

Yo le prestaba mis libros de Everyman. Él me traía los clásicos latinos. «Para entender Rodesia del Sur —decía—, tienes que leer a los clásicos: la actitud de nuestra administración no difiere en nada de la de un procónsul romano de una colonia del norte de África o del Este.» Temas para intelectuales, tratándose de la mujer de un funcionario civil. Pero él nunca hacía este tipo de comentarios en público.

«En provincias, aprendes a tener la boca cerrada.»

Otro de sus rasgos memorables era que bebía, eso decían, una botella de whisky al día. Y, decididamente, apenas comía. Durante años creí que había muerto hacía mucho tiempo; después me enteré de que seguía vivito y coleando. Esta historia probablemente no gustará nada a los dietistas.

Stendhal, el Stendhal de *Rojo y negro*, era mi amigo y aliado. Es el autor para todo aquel que se siente atrapado en la Cochinchina.

«En provincias…» Entonces empezaba a escupir una elevada dosis de odio contra la mediocridad, y yo me añadía mentalmente a su lista, llena de aquel sabor a desprecio.

«En provincias, todas las lenguas distintas del inglés son guturales.» Había oído lo mismo una vez en Harare, en 1992: «El alemán es muy gutural».

«En provincias, cualquier chica con un poco de vitalidad está loca por el sexo.»

«En provincias, una mujer con una forma de pensar propia es dogmática.»

«En provincias, cualquier comida que no sea inglesa es grasienta.» No me refiero a esta, desde luego.

«En provincias, a las mujeres se les ofrece vino dulce o jerez dulce automáticamente. Ellas, pobrecitas, son golosas.»

Cuando John tenía nueves meses y estaba a punto de empezar a andar, decidimos tener otro hijo. Aunque algo dentro de mí me decía que no iba a quedarme en este mundo. No pensaba en cosas tan serias como planes o programas. No, simplemente soñaba con compartir mi vida con la gente de espíritu libre de París o Londres. Yo no me sentía parte de aquel sitio. Aunque cualquier persona observadora podía engañarse, porque aparentemente las cosas me iban muy bien. ¿A quién le iban bien las cosas? A Tigger, una joven lista, informal, divertida, competente y atractiva. «La sabiduría inteligente de Tigger» también podía desatar comentarios que arrancaban risas incómodas, o un «¡Ten compasión, mujer, esto no es justo!». Pero ella vivía esa vida como si hubiera nacido para vivirla. ¿Fui yo la primera en decidir tener el segundo hijo? Probablemente. Pero era el *Zeitgeist*. Por todas partes oíamos a las parejas jóvenes decir: «Tengamos otro, podremos

con todo mientras seamos jóvenes». Tres o cuatro años antes se decía: «No pienso traer un niño a *este* mundo, ¡ni loca!». Aun cuando Frank y yo discutíamos sobre los trastornos que podía traernos un segundo hijo, seguíamos hablando de que podríamos viajar al sur de Francia, o vivir en París con dos bebés bajo el brazo.

Me quedé embarazada la semana que dejé de ponerme el diafragma. Ahora este método anticonceptivo se considera muy antiestético, pero funciona. El asunto es que uno tiene que pillarle el truco a fuerza de utilizarlo. Fácil en el matrimonio, pero no tan fácil si llevas una vida de negocios y aventuras. Al principio, tuve los mareos matutinos y la típica indigestión, pero sabía que pronto desaparecerían. Y John se puso de pie sin pasar por la fase de gatear, y corría de un lado para otro, y luego se fue hacia el *vlei*[103] de al lado, urbanizado ya entonces desde hacía tiempo, y, aunque yo era una buena corredora, enseguida lo perdí de vista. Fui de casa en casa, presa del pánico, pidiendo a la gente que mandara a sus criados a buscarlo. Aproximadamente una hora más tarde apareció un grupo de hombres negros balanceando a John entre los brazos, admirando a aquel niñito pequeño pero matón que ya estaba luchando para que lo dejaran en el suelo y volver a escaparse corriendo. No sabía qué hacer con él. Las correas y las cadenas herían sus sentimientos. Si le ponía el arnés que me permitía tenerlo atado, me miraba como diciendo: «¿No eres mi amiga? ¿Cómo *puedes* hacerme esto?». Atrocidad, incredulidad, acusación, gritos de indignación, después lágrimas. Intentaba abrazarlo para consolarlo. Atrapado entre mis brazos, rígido de la emoción, sollozaba mirándome desconcertado y acusador. Así que no quedaba otro remedio que ir al parque, donde corría de un lado para otro sin límites entre lechos de flores y gritando de alegría.

Entonces lo alzaba en brazos porque temía que saliera fuera del parque en cualquier momento y le obligaba a sentarse en su cochecito, donde se levantaba al instante dándome la espalda para ver adónde nos dirigíamos.

Empujaba el cochecito de un lado a otro horas y horas. Al menos eso parecía. No existe aburrimiento más tremendo que el de una mujer joven e inteligente que se pasa el día entero con un niño muy pequeño. Mientras empujaba, escribía poemas de memoria:

LLUVIA

Nubes de lluvia descansan en los árboles de la ciudad más alta,
aquí la lluvia arrasa la lata oxidada,
golpea contra las chozas remendadas,
aporrea los tejados inclinados.

Las aguas de tormenta friegan las canaletas,
se llevan con ellas las pieles de plátano,
la paja, la basura, la mugre y los trapos sucios
que gorgotean entre botellas rotas,
arrastrándose sigilosamente bajo los locos suelos.

Las paredes ya muestran manchas de humedad.

Las caras flacas de los niños
miran a través de las grietas
su patio, la calle.
Pronto, cuando la luz de la farola de la calle brille,
oro, carmesí y azul
bañarán todo el asfalto.

Pero ahora, en la lluvia gris
y la corriente gris que se eleva desde la calle,
un niño pequeño negro corre tembloroso,
agarrado a sus harapos y a una botella de leche,
hacia la mejor casa entre los árboles,
donde le espera su señora blanca,
la impaciente arpía con voz de gallina.

Estos versos convencionales fueron el comienzo de un grave conflicto con Frank. Dijo, indignado, que yo era injusta. Le enseñó los versos a su hermana Mary y ella también dijo que era injusta. Pero la indignación de Frank era teatral. Forzando una expresión acusadora, me miraba con ojos encendidos y ofendidos. Fue por entonces cuando empezó a crearse una atmósfera de falsedad, de inverosimilitud que al principio fue solo intermitente. Cuando un hombre siente como una amenaza la obra o los intereses de su mujer fuera del marco del matrimonio, suele expresarlo de manera indirecta. Frank siempre estaba de acuerdo en que debía buscar un empleo, cuando fuera posible, en que me pusiera a escribir, cuando pudiera. Pero yo me alejaba cada vez más de él, y muy rápido, y él lo notaba, aunque yo no podía ser más afable, dócil, dispuesta a gustar. El instinto de la mujer de gustar confunde a los hombres, pero también confunde a las mujeres. De verdad que no sabía por qué de repente se ponía de mal humor y me preguntaba: «¿Por qué eres tan injusta?» «¡No somos tan terribles!», refunfuñaba. Además él creía que nosotras, concretamente las amas de casa blancas rezongonas, éramos terribles, y se mostraba sistemáticamente crítico con la «superioridad» blanca. Y más tarde,

sufrió por ello en su vida. Desde entonces hasta el final del matrimonio hubo momentos, impredecibles y peligrosos, en que estaba malhumorado, a veces durante días, furioso, autocompasivo, lleno de reproches, y siempre por cosas que ambos sabíamos que no eran el auténtico problema. Mientras, yo era brillante, falsa, «razonable», es decir, hipócrita.

Sus momentos airados no siempre tenían que ver conmigo, sino más bien con que no estaba en el norte, en el desierto, con sus amigos. Cuando llegaba a casa de la oficina quería ir al club de deporte. Bebía mucho. No era nada nuevo. Ahora, cuando me lo propongo y pienso en la vida que llevábamos entonces, me resulta increíble pensar cuánto bebíamos todos, pero, por supuesto, sin cuestionárnoslo. Hacia 1920, o sea, después de la Primera Guerra Mundial, beber mucho no solo estaba permitido, sino que era elegante, inteligente, estaba de moda. Está en todas las novelas, memorias, en las historias de la época. No solo en las colonias la gente bebía mucho. Rodesia del Sur no era nada más que una cultura bebedora. Ahora estamos todos obsesionados con la comida, comer, leer sobre nutrición, comer esto y no lo otro o incluso, de vez en cuando, dejamos de comer por completo durante unos días. Entonces, bebíamos, dejábamos de beber, bebíamos cerveza y no licores, bebíamos licores y no cerveza, decidíamos no beber nada hasta las seis de la tarde y hasta la hora del aperitivo de la tarde. Los amigos del alma tenían que ser despachados para que se desintoxicaran, pero todo el mundo sabía que iban a volver a las verandas a tomar algún refresco, después de haberlo «dejado» para siempre, y a los pocos meses volvían a estar enganchados. El club de deporte empezaba a parecerme detestable, pero Frank quería que estuviese con él, y también con su hijo. Yo estaba cansada. Estaba completamente exhausta. Nunca en mi vida había estado tan cansada. Y, si estar cansada no estaba en mis planes, entonces, ¿por qué tenía que estar cansada?

Y, cuando mi madre llegaba a toda prisa de la granja para decirme que era una irresponsable por tener otro hijo tan pronto, yo me defendía diciendo: «¿Por qué una mujer fuerte no puede tener dos niños seguidos, todas las mujeres negras los tienen, o no?». «Oh, cariño…» E iba a quejarse a mi padre, pero en aquel tiempo él estaba demasiado enfermo para escucharla.

De nuevo me vi cosiendo trajecitos, peleles, llenando cajones con los pañales que John ya no llevaba. Era de los que no soportaba llevar el trasero mojado. Sin grandes esfuerzos por mi parte, aprendió a «no llevar pañales». Se volvió «limpio».

Los meses se sucedían y pesaban como losas. Ahora estamos en 1941, la Guerra de Mentirijillas se terminó, la guerra se está cociendo por toda Europa, los alemanes invaden Rusia, y todo el mundo dice

que es el final de Rusia, porque sus tanques son todos de cartón piedra. Nada nos va bien, a nosotros, los aliados. A Hitler, al parecer, no hay quien lo pare.

Justo antes del nacimiento de mi hija, tuvimos la Carta del Atlántico, un espectáculo político jamás igualado en cinismo. Roosevelt se encontró con Churchill en medio del Atlántico, en el peor momento de la guerra, cuando los alemanes invadían Rusia y el este del Mediterráneo, mientras Rommel seguía triunfando en el norte de África. La Carta del Atlántico tendría que ser objeto de análisis para cualquier persona interesada en saber en qué medida pueden los dirigentes llegar a despreciar a los dirigidos. Todo lo que uno haya pensado sobre los beneficios imaginables de la humanidad está ahí dentro. Paz. Derecho al trabajo. Libertad de movimiento por todo el mundo. No al hambre y al miedo. Derechos democráticos. En la Carta del Atlántico nos prometieron a todos mucho más que el paraíso.

Su antepasado inmediato era la Declaración de Independencia de Estados Unidos. «Creemos que estas verdades son incuestionables: que todos los hombres son iguales; que su Creador los ha dotado con algunos derechos inalienables; que entre estos figuran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.» Creo que el cinismo de la Carta del Atlántico fue una de las causas de la derrota de Churchill después de la guerra. El ejército del aire encontró infinitas maneras de ridiculizarlo; esta gente había escapado de la sucia y terrible pobreza de Inglaterra en la década de 1930, solo a raíz de la guerra, para acabar en el exilio en Rodesia del Sur: no le vio la gracia a la Carta del Atlántico. Yo tampoco se la veía; mi sentimiento era un desalentador *¿Qué esperabas?* Sonny Jameson era ocurrente cuando lo comentaba. Frank, a quien no le costaba nada admirar a la autoridad, lo defendía. Actualmente no hay muchas cosas en el mundo de la corrupción política que me escandalicen, pero la Carta del Atlántico no deja de indignarme.

Si uno se pregunta: ¿por qué semejante desprecio por aquellos que prometían el paraíso terrenal, cuando al cabo de un par de años tú, como comunista, prometerás lo mismo? La respuesta es: nosotros, los rojos, creemos en nuestras ideas. Churchill y Roosevelt no se creían la Carta del Atlántico. Eran cínicos, y nosotros estúpidos.

Mi segundo parto no fue lo que esperaba. Hago este apunte pensando en lo que se dice de que lo que determina cómo va a ir el parto es la actitud mental. Mi primer parto o *lying-in* («reposo en casa», como se llamaba antiguamente, y con bastante acierto, pues había que guardar reposo durante semanas) me lo tomé tranquilamente, sin esperar dolor, o dificultades, dada mi joven y arrogante salud. Pero el dolor fue terrible; después el niño acabó por agotarme, seguramente por la exuberante salud que heredó de mí. Y

por eso la segunda vez me preparé para un parto doloroso y para otro bebé combativo. De nuevo la Primera Dama de la Clínica de Maternidad, la estúpida enfermera autoritaria, esas joviales enfermeras que se aseguran de que las madres y los recién nacidos se vean lo menos posible. Yo estaba en una habitación en el otro extremo de la entrada, la habitación contigua a la que había ocupado anteriormente: la vida en una pequeña ciudad ofrece continuidades insospechadas para los habitantes de las grandes ciudades. Llegué, como la primera vez, por la noche, tras reconocer los dolores, que eran diferentes a otras punzadas, retortijones, sensaciones, presiones del final del embarazo, y por la inconfundible oleada de energía de la que te provee atentamente la Madre Naturaleza. Sola, iba y venía por la habitación, después de que me hubieron bañado y, por supuesto, afeitado. Como de costumbre, la clínica no daba más de sí. «Tú sé buena chica», gritaban las enfermeras, asomando la cabeza sonriente por la puerta.

Yo quería estar sola. Paseé, paseé toda la noche, dando vueltas y vueltas, fui a ver a los recién nacidos que al principio todavía dormían, pero después los evité cuando empezaron a dar gritos dos horas antes de la hora de comer. Miré las estrellas por la ventana. Me preguntaba cómo se las arreglaría Frank con John. Después, a las diez de la mañana, unas punzadas agudas, entraron el doctor y las enfermeras, y la niña nació al cabo de media hora. Todavía esperaba que empezara el parto. Me había dolido muy poco antes del cloroformo. Me enseñaron una niña menuda, más pequeña que su hermano, y al mismo tiempo hecha evidentemente de algo diferente, una cosita hermosa lista para ser abrazada y mecida. Pero: «Pronto acabará con tu paciencia». «Por favor, enfermera, no te la lleves.»

«Oh, ya, pues entonces solo un minuto.» Los diminutos labios se aferraron al pezón, de nuevo el milagro, la vida que sabe exactamente lo que tú sabes. La enfermera está frente a ti, con el ceño fruncido. «Todavía no tienes leche, ¿sabes? Mañana te bajará.» Y se llevan a la niña triunfalmente, y a mí me dejan sola, lista para llorar sin consuelo, en la cama. Pero faltaba otra vuelta de tuerca. La enfermera había prohibido a hermanos y hermanas visitar al recién nacido por peligro de infección. John vino con su padre y se quedó fuera, tras la ventana, en la entrada, y mientras yo alzaba a la niña en brazos y se la enseñaba. Me sentía fatal. Él también tenía el ánimo por los suelos. No se me ocurre nada que pueda despertar más celos por el recién nacido, o que produzca más ansiedad a la madre. Fue lo peor de este segundo nacimiento.

Por las tardes Frank venía a visitarme con los otros padres. Al minuto exacto, cuando la hora de visita había acabado, la enfermera se presentaba en la puerta. «Bueno, papis… —gritaba, coqueta pero

seria— se acabó. Voy a tocar el timbre. Dejad que vuestras pobres mujeres descansen un poco.»

Y el timbre sonaba en todo el edificio, mientras los recién nacidos berreaban.

Es normal que uno se pregunte: «Si era tan horrible la clínica, ¿por qué volviste?». De hecho es una buena pregunta. Pues bien, hasta más adelante no supe lo horrible que era. Y «todo el mundo» iba allí. Tampoco había otro sitio adonde ir, de hecho. No recuerdo clínicas de maternidad. Estoy hablando, por supuesto, de las mujeres blancas. En cuanto a la pasividad de la mujer, y buena parte de mi actitud era pasiva, creo que a los hombres precisamente no les falta pasividad a la hora de enfrentarse a un médico.

En una pequeña habitación bastante oscura di de mamar a Jean mientras John tiraba de mí, tratando de que me deshiciera de ella y me fuera con él. Recuerdo haber pensado: «Por lo visto, sí me quiere un poco, a pesar de todo»; se echó sobre mí aullando, y yo dejé a la niña a un lado y traté de consolarlo. Y así hasta la saciedad. Estaba tan cansada. Ahora me pregunto cómo pude resistirlo. Juraría que las madres jóvenes tienen una especie de líquido o de hormona que les da fuerzas para aguantarlo.

NOVELAS Y OMBLIGOS

(1995)

Nancy Huston

Nancy Huston (Calgary, 1952) escribe en francés e inglés y vive en París desde la década de 1970. Alumna de Roland Barthes, mujer de Tzvetan Todorov, formó parte del MLF (Mouvement de Libération des Femmes). Entre sus novelas cabe mencionar *Variations Goldberg* (1981), *Trois fois septembre* (1989), *Instrumentos de las tinieblas* (1996), *La huella del ángel* (1998), *Marcas de nacimiento* (2006), *La especie fabuladora* (2008) y *Reflejos en el ojo de un hombre* (2012). El texto que aquí reproducimos («Novels and navels») se publicó en la revista *Critical Inquiry* (vol. 21, núm. 4) de The University Chicago Press en verano de 1995.

Érase una vez un niño que vivió un montón de aventuras. Ni que decir tiene, su madre había muerto. O, como Pinocho, no tenía madre. Érase una vez un niño y una niña que vivieron un montón de aventuras. Ni que decir tiene, su madre había muerto y su madrastra quería matarlos. Érase una vez una niña que vivió un montón de aventuras. Su madre no había muerto: en realidad, su madre la quería y también quería a su madre, que era la abuela de la niña, y advirtió a su hija de que se olvidara de las aventuras, pero la niña no hizo caso a su madre y se metió en un lío muy gordo, y unos dicen que nunca salió de él y otros dicen que un hombre tuvo que ayudarla. Y lo mismo podría haberle pasado a otro montón de niñas sin madre, que habrían podido ser asesinadas por sus madrastras, hermanastras o madrinas, celosas y con poderes mágicos, si un hombre no hubiera aparecido justo a tiempo.

Pero se supone que esto no es una sesión de cuentacuentos, sino un artículo. Un texto no de ficción, sino de no ficción. Así que salgamos del cuento y pasemos de un salto a la moraleja que viene siempre al

final. La moraleja del cuento es, claramente, que las madres y la aventura, *ça fait deux*[104], como dirían los franceses. Simplemente no encajan. Si quieres tener una aventura, y eso por fuerza implica jugarse el pellejo, tienes que alejarte de tu madre a toda costa, porque ella, invariablemente, previsiblemente, ¡qué aburrimiento!, quiere *salvarte* el pellejo. En su libro, *Maternal Thinking* [Pensamiento maternal], Sarah Ruddick define la aventura como «una idea esencialmente libre de madres».[105] Ahora bien, ¿de qué tratan los cuentos sino de aventuras, peligros y muerte? Una barbaridad de mujeres novelistas han escrito desde la posición de la hija desobediente, una posición problemática, incluso peligrosa, no tanto porque te pueda comer el lobo como porque, con el paso del tiempo, hasta las hijas desobedientes tienden a convertirse en madres moralistas, y entonces se ven en una situación esquizofrénica de narices. La mitad de su cerebro sigue huyendo y adentrándose en los emocionantes bosques de la imaginación mientras la otra mitad intenta desesperadamente que a sus hijos el mundo les parezca sensato, sólido y estable.

Las cuestiones que quiero plantear se refieren por tanto a la ética maternal y a la literatura, de ficción y no ficción. (Como dijo hace poco una amiga, la pregunta que se hacen los padres es cuánto pueden dar, mientras que la que se hacen los artistas es cuánto pueden recibir.)

El punto de vista «neutral» en lo que se refiere a la ética —o sea, el más defendido comúnmente por los críticos literarios blancos y varones del mundo occidental— puede resumirse de la siguiente manera: la ética está muy bien para el discurso filosófico, teológico, político y pedagógico; para la literatura es veneno. Esta opinión fue difundida por primera vez a mediados del siglo xix (la fecha, evidentemente, no es casual, pues fue más o menos por aquel entonces cuando murió Dios y los autores empezaron a aspirar a sustituirlo) por genios como Baudelaire y Flaubert. El de Flaubert es un caso interesante, porque desarrolló la idea, entre otros textos, en una larga y prolongada correspondencia con George Sand, que la rebatía con vehemencia y que casualmente era hija y madre. Sand fue quizá la última de las grandes novelistas que creyó de todo corazón en la vocación moral de los artistas, es decir, en la idea de que tienen que empeñarse en transmitir valores a través de sus libros, en crear historias con una moraleja fácilmente discernible y personajes que representen el bien y el mal, etcétera. A Flaubert solo le interesaba transmitir valores a través de la forma de sus libros: el bien, para él, era la búsqueda de la perfección, la armonía, la precisión, la concisión y el equilibrio, mientras que el mal dejaba las cosas tal como estaban, estancadas en la mediocridad pequeñoburguesa.

Esta misma búsqueda de perfección formal es lo que constituye la moral de escritores aparentemente nihilistas (Kafka, Beckett, Genet). Es la propia creación artística la que demuestra la creencia en la nobleza de la humanidad y pretende sacudir la conciencia de los lectores llevándolos a absolutos que jamás imaginaron que pudieran existir: la paranoia absoluta, el ridículo absoluto, la amoralidad absoluta, la burla absoluta o la arbitrariedad absoluta. La modernidad es quizá la única época de la historia humana en la que el público lector recurre con frecuencia a mentores espirituales en busca de un mensaje desesperado. Esto fue de mal en peor y siguió empeorando hasta que, a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, Simone Weil (otra vez una mujer, aunque no madre), indignada por las estupideces de los surrealistas y los dadaístas, a quienes consideraba en parte responsables de la decadencia moral de Europa occidental, declaró que los escritores no podían tenerlo todo: no podían empeñarse en hacer el papel de líderes espirituales, *directeurs de conscience* del público lector, y exigir al mismo tiempo libertad e impunidad total en nombre del arte por el arte.

Hoy, como en la época de George Sand, parece que a las mujeres les cuesta más digerir esta última idea que a los hombres. Sin duda podríamos citar como contraejemplos a escritoras como Kathy Acker o Emily Prager, pero ellas son lo que yo llamo hijas desobedientes: no tanto porque ninguna de las dos sea madre como porque las páginas de su prosa subida de tono, sangrienta, en la onda, están sembradas de cadáveres de madres. Si las mujeres, en general, tienen menos entusiasmo (¿y/o talento?) que los hombres para la experimentación literaria puramente formal, divorciada de las preocupaciones éticas, yo diría que es porque, como madres o madres potenciales, desde hace milenios se las ha considerado, y ellas se han visto a sí mismas, como las guardianas de la moral de la especie. No son ellas quienes hacen las leyes, claro (y lo cierto es que, como sugieren las poquísimas filósofas que tenemos, rara vez se ven a sí mismas, y tampoco las ven así los demás, como mentoras espirituales creíbles): no; su moral se supone (y se da por hecho) que es innata, natural y cotidiana, como su instinto maternal, y por supuesto indisociable de este. Se supone (y se da por hecho) que las madres, si no dulces, al menos tienen que ser las que protegen y sustentan la vida. Además, se espera de ellas que transmitan ideas claras sobre el bien y el mal a los hijos cuya vida sustentan.

La ficción auténtica —la buena ficción— tiene que ejercitar nuestros músculos morales y, si nos dice demasiado expresamente lo que está bien y lo que está mal, nuestros músculos morales se vuelven perezosos y flojos. Una filósofa, como Weil o Ruddick, cumple inequívocamente con su deber cuando se sienta al escritorio y dice:

«Voy a escribir este libro para conseguir tal o cual cosa buena». En el caso de una artista, decir lo mismo puede ser nefasto para el libro en cuestión. Dejar en suspenso el sentido común, un defecto grave en el ensayo, es prácticamente un *sine qua non* de la gran ficción, también, por supuesto, de la literatura infantil. El cuento de *La cabra del señor Seguin*, por ejemplo, cuya moraleja evidente es que las niñas que aspiran a ser libres terminan brutalmente asesinadas por lobos babosos, retrata sin embargo de un modo inolvidable los placeres de la libertad y da a entender que es honroso luchar hasta el final para defenderla. Aun así, como madre, reconozco que me resulta más difícil leerles a mis hijos este libro que las repugnantes versiones edulcoradas de *Caperucita Roja*.

Esto me lleva al quid de la cuestión: que, aparentemente, escribir ensayo es más compatible con la maternidad (porque ambas cosas son actividades reconocidas y, por así decir, intrínsecamente éticas) que escribir literatura. Permítanme señalar que *no* estoy hablando de cómo reconciliar, en el espacio de un día de trabajo, las actividades de cambiar pañales, inventar personajes, espesar la salsa del *boeufbourguignon* y espesar la trama de la novela que una está escribiendo. Esto es mera logística, aunque es cierto que han sido necesarios varios milenios de evolución económica y de lucha política para que unas pocas mujeres hoy podamos llamarla «mera». Estoy hablando de ética.

Las madres tienden a querer que todo sea bonito para sus hijos. Se obligan, más o menos, a adoptar una visión del mundo optimista para protegerlos, consolarlos y alimentar sus esperanzas. Los novelistas pueden tener o no la misma tentación —lanzar un mensaje de esperanza—, pero si pintan un mundo en el que la existencia humana parezca maravillosa, la respuesta de sus lectores no será de esperanza, sino de aburrimiento. Para escribir una historia con sentido hay que estar dispuesto a aceptar el sinsentido, la fealdad, a describir el horror, a comprender la traición y el fracaso.

Las madres son, una vez más, seres necesariamente morales. Aunque pueden formar sus juicios no según una serie de normas rígidas, sino a través de una complicada mezcla de factores (la edad y personalidad del hijo, las circunstancias externas que rodean sus actos, etcétera) es indispensable que distingan lo que está bien y lo que está mal. Los novelistas tienen que dejar en suspenso todo juicio moral (al menos de partida) y prepararse para cualquier cosa. Muchas veces se sorprenden de lo que aparece en sus páginas… y de que lo que nunca se habría atrevido a aparecer tenga la voz que inspira autoridad, la voz del conocimiento.

A las madres prácticamente se les exige que estén siempre alegres. En palabras de Ruddick: «Estar alegre significa respetar el riesgo, el

límite y la imperfección y aun así actuar como si fuera posible garantizar la seguridad de los niños. La alegría es una disposición natural para aceptar, después del parto, que hay que empezar mil veces desde el principio, dar la bienvenida al futuro a pesar de que en la propia situación, la de los hijos, la de la sociedad en que una vive y la de la naturaleza hay razones para la desesperación». Una novelista puede necesitar —en sus novelas— ser violenta, lasciva, loca o profundamente pesimista; cualidades todas que en una madre son espantosas.

Las madres, como tales, tienen que estar «orientadas al otro»; representan la conexión y el apego. Los novelistas, como tales, tienen que ser egoístas; reclaman para sí desconexión y desapego. Esto no significa que la gente que escribe novelas no necesite a los demás, o que las mujeres con hijos no necesiten tiempo para sí mismas. Por supuesto, ninguna madre es exclusivamente madre, ninguna escritora exclusivamente escritora. Pero ¿es posible ser generosa la mitad del tiempo y egoísta la otra mitad; moral la mitad del tiempo y amoral la otra mitad?

Al final, yendo y viniendo entre estas dos mitades de mi personalidad aparentemente irreconciliables, comprendí que la cuestión se reduce a esto: las madres no deben matar a sus hijos. Ruddick de nuevo: «Proteger la vida de los niños es el elemento constitutivo central, el objetivo invariable de la práctica maternal; el compromiso para alcanzar tal objetivo es el acto maternal constituyente». Todo el mundo está de acuerdo en que la mujer que mata a sus hijos ha fracasado como madre. Los novelistas, en cambio, están dispuestos a matar a sus personajes. En mis tres primeras novelas asesiné a una mujer y la acusé de haberlo hecho ella misma: una vez fue por ahogamiento, otra vez por electrocución y otra por ahorcamiento. (En libros más recientes he conseguido refrenar este tic tan lamentable.)

Madre. Novelista. Madre. Novelista. De repente, una chispa unió estas dos identidades en apariencia antitéticas. Me acordé de la improbable, incluso grotesca, relación de la famosa novelista Marguerite Duras y la *infame madre* Christine Villemin. A Villemin la habían acusado en 1984 de matar a su hijo Gregory, de cinco años, y toda la prensa sensacionalista siguió la historia con su morbo habitual, revelando el mayor número posible de detalles íntimos e incriminatorios. Villemin protestó mil veces, aseguró que era inocente, que quería a su hijo más que a nada en el mundo; sin embargo, las pruebas reunidas contra ella se consideraron suficientes para justificar su detención y su ingreso en prisión a la espera del juicio. En ese momento estaba embarazada. Se puso en huelga de hambre. Toda Francia estaba fascinada con esta interesante lectura para las

vacaciones de verano. Parecía una novela por entregas. Y de pronto, la novelista Marguerite Duras da un paso al frente y corta la situación de cuajo. En un artículo publicado por el diario *Libération*, un periódico de izquierdas, dijo esencialmente: creo que Christine Villemin mató a su hijo, y no solo perdono a Christine Villemin, sino que la elogio por el asesinato de su hijo. Únicamente puede haberlo matado del mismo modo que yo escribo, es decir, sin darse cuenta de lo que hacía. Su gesto solo puede ser sublime. («Sublime, forcément sublime, Christine V.», era el título del artículo.[106]) Más allá del bien y del mal. Más allá de los mezquinos cálculos de la justicia humana.

Duras transformó la muerte del niño Gregory en una novela de Marguerite Duras. Se inventó un principio, un desarrollo y un final, y consiguió hacer la historia más creíble para el público francés que Villemin. Villemin se convirtió en uno de sus personajes. A pesar del escándalo que se armó («¿Cómo se atreve a influir en el jurado y en los jueces declarando culpable a Villemin, cuando podría ser inocente?»), Duras llegó a convencer a sus lectores de que aquel era el final de la historia. Una vez más, la verdad nunca llegó a ser tan interesante como la ficción, y los periodistas dieron la espalda a Christine Villemin en busca de carnada más fresca.

O sea, una madre capaz de matar a su hijo es prácticamente lo mismo que una novelista: ¿es esa la conclusión que quieren sacar de esta ilustrativa historia real? Lo cierto es que casi lo es. Al margen de que la intervención de Duras en este caso en particular me parezca problemática, estoy convencida de que es una gran escritora, en parte porque la maternidad no la ha llevado a lo que Ruddick llama «la forma degenerada» de la alegría, «la abnegación alegre». «Las madres tienen la tentación de negar su visión de las realidades más duras, en su deseo de que el mundo sea más seguro para sus hijos.» De niña, en Indochina, y de joven, en Francia, en los años de la guerra, Duras vio tanta muerte, directa e indirectamente, que se volvió para siempre incapaz de negar las «realidades más duras».[107] Y eso le permitió ser novelista.

Nadie puede crear buenas historias si no acepta la idea de la muerte. Las historias *per se*, por su propia naturaleza, evolucionan a lo largo del tiempo y dejan traslucir su propia moral. Ursula K. Le Guin lo expresa de una manera preciosa:

> La narrativa es un ardid de la moral. Es un medio, un modo de vida. No persigue la inmortalidad; no persigue ni la victoria sobre el tiempo ni la evasión […]. Declara, afirma, participa en el curso del tiempo, en el tiempo experimentado, en el tiempo significativo. Si el pensamiento humano tuviera un espectro temporal, el nirvana del físico o del místico estaría muy al

límite del ultravioleta, mientras que en el extremo contrario, en el infrarrojo, se encontraría *Cumbres Borrascosas*.[108]

Son poquísimas las ocasiones en las que históricamente se ha representado a las madres como personas inteligentes o artísticamente creativas, por la sencilla razón de que dar la vida se considera incompatible con dar la muerte. Decídete: ¿quieres ser novelista u ombliguista? Ombligo viene del griego *ónfalos*, que significa centro. Aunque todo ser humano es único, un nuevo comienzo, el cordón umbilical cortado es la prueba de un proceso que relaciona el presente de este ser con su pasado. Novela significa novedad. Aunque todas las novelas deben su existencia a antepasados literarios, invariablemente intentan parecer originales, creadas de la nada. Son como tantas Ateneas que surgen completamente armadas de la cabeza de sus padres y proclaman: «Soy una madre sin hijos y por tanto inmortal». Todas las novelas dicen: «Mira, mamá, no hay ombligo».

Resulta que yo soy «mamá». Así que voy a mirar. Y les pido que miren ustedes conmigo, un poco más atentamente, este asunto de matar padres y matar hijos. Que pensemos tanto en el verbo «matar» como en el adjetivo «mortal». Los padres de los autores. Los hijos de los autores (sus personajes, que a su vez pueden ser padres, o autores). Padres muertos. Personajes muertos, hijos muertos. Autores que matan a sus padres, a sus hijos, a sus personajes y alumbran otros. Hijos que matan a sus padres, los «autores de sus días». Y así sucesivamente.

¿En qué rincón de la tradición literaria están las madres inteligentes? Aparte de Mamá Oca solo se me ocurren dos ejemplos. La primera es Sherezade, que alimenta su brío literario con la imagen de la muerte que la espera todas las mañanas, pospuesta solo gracias a la intriga que consigue crear noche tras noche. Sherezade se inventa un primer cuento, y luego un cuento dentro del cuento, y luego un cuento dentro del cuento dentro del cuento, renovando eternamente su deslumbrante imaginación, que le sirve para aplazar su decapitación a manos de un marido tan cruel como insaciablemente curioso. Por fin, después de mil y una noches desquiciantes, después también —no sabemos cómo— de haber concebido, gestado y parido tres hijos sin que su situación cambiase, consigue la suspensión definitiva de su sentencia.

El segundo ejemplo —del griego, no de la tradición arábiga— es el de Medea. Su nombre significa «la que piensa». También se puede traducir como «astuta».

A Medea se la recuerda principalmente por la obra de teatro de Eurípides, en la que mata a sus dos hijos. Según diferentes versiones del mito, Medea no tenía dos hijos, sino varios —unos de Jasón y

otros de otros hombres—, y no solo los mata a ellos, sino a mucha más gente, primero intentando ayudar a Jasón y luego intentando castigarlo. Lo importante, sin embargo, es lo que se recuerda.

Medea es una hechicera poderosa, una diosa de la tierra con un carro tirado por serpientes. Su madre es Hécate, la patrona de las brujas, y su tía es la maga Circe. Medea es también una amante incondicional, absoluta. Abandona a su padre y su país, mata a su hermanastro, emplea sus conjuros y artimañas para ayudar a Jasón en la búsqueda del Vellocino de Oro, y acepta de buen grado la soledad del exilio: todo porque está enamorada. Pero Jasón rompe su promesa; para él la política es lo primero. Y Medea mata a sus hijos, no por rencor o por celos, sino *por su bien*, porque se niega a verlos sometidos a las inexorables leyes de la ciudad. Sabe que, si Jasón vuelve a casarse, sus hijos serán perseguidos, esclavizados y desposeídos. Prefiere que mueran. No los ha traído al mundo para eso. No se presta a negociar su supervivencia. Los mata para demostrar que es una madre *humana*, una madre *civilizada*, una madre *culta*, una madre *inteligente*, una madre *astuta* y no una simple criatura dotada por naturaleza de instintos maternales animales.

Solamente las madres capaces de entender el gesto de Medea —de enfrentarse a la muerte, incluso a la muerte de los propios hijos— pueden inventar grandes historias. Un buen ejemplo es el de Mary Shelley, que vivió rodeada de muerte desde su nacimiento. Su madre, Mary Wollstonecraft, murió de fiebre puerperal diez días después del parto. Su primer hijo con Percy Bysshe Shelley, una niña prematura y débil, murió a los diez días, cuando Mary no tenía más que diecisiete años y medio. Dio a luz a un hijo el año siguiente (1816); poco después, justo cuando empezó a escribir su *Frankenstein*, su hermanastra apareció muerta a consecuencia de una sobredosis de poción somnífera. Unos meses más tarde, cuando iba por la mitad de la novela, Harriet, la mujer de Shelley, que estaba embarazada, se suicidó. (Los otros dos hijos de Mary morirían en los años inmediatamente posteriores a la publicación del libro, y el propio Shelley se ahogaría en el mar cuatro años más tarde. Estas circunstancias explican la extraña afirmación de la autora en su introducción a la edición de 1831: «*Frankenstein* es hijo de días felices en los que la muerte y el dolor eran solo palabras que no llegaban a resonar en mi corazón».[109]) La historia de la concepción del libro es bien conocida: Mary y Shelley estaban pasando el verano en Suiza, con Byron y el médico de este; el grupo planteó un reto: quién de ellos escribía el mejor relato de fantasmas. Mary fue la primera, y los hombres se quedaron tan atónitos con su *Frankestein* que de hecho nadie fue el segundo.

En la narración de Mary, un tal Robert Walton escribe a su

hermana Margaret. Va camino del Polo Norte, y en medio de la banquisa se ha encontrado con Victor Frankenstein, un científico y explorador al que ha salvado de morir ahogado. Por tanto, Frankenstein cuenta su historia dentro de la historia de Walton. Ni que decir tiene, su madre ha muerto. Su relato evoca a otro «hijo» sin madre (y muy probablemente sin ombligo): el monstruo que fabricó. ¿Cómo hace un hombre para dar a luz? Estudia cadáveres. «Para examinar las causas de la muerte primero tenemos que recurrir a la muerte», le explica a Walton. Y el hijo así concebido matará a su vez a otros.

Dentro del relato del doctor Frankenstein, el monstruo cuenta su historia. (Mary Shelley es una virtuosa de la *mise en abyme,*[110] como Sherezade.) El monstruo se siente profundamente solo y envidia los vínculos humanos: «Ningún padre ha presenciado los días de mi infancia —dice—; ninguna madre me ha regalado sonrisas y caricias». Después de matar al niño William, sabiendo que es hermano de Victor, ve el retrato de su madre y recuerda dolorosamente que él «está privado para siempre de las alegrías que estas hermosas criaturas pueden prodigar». Odiado y temido por todos los que se encuentran con él, le ruega a Frankenstein que al menos le dé una compañera, de la misma especie y con los mismos defectos que él; jura que se marchará con ella a América del Sur y jamás volverá a molestar a nadie. Frankenstein acepta, pero destruye al segundo monstruo justo cuando está a punto de completarlo. Su primera criatura se lamenta: «¿Encontrará cada hombre una compañera del alma y tendrá cada bestia su pareja, y yo estaré solo?». Y se venga asesinando primero al mejor amigo de su creador y después a su novia; Frankenstein expira al lado de Walton, exhausto tras los interminables años que lleva siguiendo el rastro de su horrendo hijo por parajes remotos. El monstruo, que no tiene nombre pero a quien la posteridad le ha atribuido acertadamente el nombre de su «padre», se queda destrozado. Y se suicida: ahogándose.

En todos los planos de este relato múltiple, los narradores son masculinos, con la excepción de la propia Mary Shelley. La «excepción» fue para sus contemporáneos decididamente increíble, y la autora tuvo que defenderse una y otra vez de la acusación de haber firmado un relato escrito por su marido. Sin embargo, no es tan raro que para una mujer que ha perdido a los seres con los que ha estado más íntimamente unida —una madre y una hija—, el proceso de la gestación y el parto se vea inextricablemente ligado a la decadencia y el horror. Mary Shelley fue plenamente capaz de crear personajes —William, Justine, Henry Clerval, Elizabeth— con el único objetivo de dejarlos morir doce páginas más adelante, pero no fue capaz de concebir a una narradora femenina, lo cual habría sido, al parecer,

una transgresión aún mayor estando el texto escrito por una mujer. Porque, en realidad, ¿qué historias podía contar una mujer? ¿Iban las mujeres de expedición al Polo Norte? ¿Tenían acceso las mujeres a laboratorios científicos? Cabe suponer que, si Frankenstein hubiera llegado a dar vida a la compañera del monstruo, esta también habría sido una «oyente» recatada y devota.

Pero esto, claro, es literatura del siglo xix, anterior a la liberación de la mujer. Pasemos a dos novelas contemporáneas, una de un hombre con un talento extraordinario y otra de una mujer con un talento extraordinario, y analicemos sus metáforas para dar vida y muerte a hijos y narraciones.

La primera es *Véase: amor* (1986). Su autor es David Grossman, un joven israelí. Vive rodeado de muerte. La muerte es el aire que respiró en su infancia. La novela trata de un joven escritor israelí, Schleimeleh, hijo, como Grossman, de una pareja de supervivientes del Holocausto. En la primera parte, Schleimeleh es un niño que crece en Israel a la vez que intenta inventar historias lo suficientemente convincentes para vencer a «la bestia nazi». En la segunda parte, Schleimeleh ha crecido, tiene una mujer, Ruth, y una amante, Ayala, y está intentando reconstruir un manuscrito perdido del escritor polaco Bruno Schulz. En la tercera parte, Schleimeleh se ha retirado a «una habitación blanca» y está escribiendo la historia de su abuelo, Anshel Wasserman, conocido también como Wasserman-Sherezade, que de joven fue el autor de una famosa serie de cuentos infantiles de aventuras, *Los niños del corazón*.

En la historia de Schleimeleh, Wasserman está de nuevo en el campo de exterminio. Lleva varios años allí, trabajando en las letrinas; todos sus familiares y amigos han muerto, gaseados o de un tiro, mientras que él, milagrosamente, trágicamente, es incapaz de morir. Casualmente, el director del campo, Neigel, encargado de organizar las matanzas de la mañana a la noche y orgulloso de su trabajo, resulta ser un admirador de Wasserman-Sherezade. Hacen un trato: Wasserman vivirá en la vivienda de Neigel y se inventará una nueva aventura de *Los niños del corazón* exclusivamente para él. Luego le pegará un tiro en la cabeza a ver si consigue matarlo.

Esto es lo que tenemos que analizar con cierto detalle. Hay una especie de relación Dios-Adán entre Wasserman y su nieto-escritor Schleimeleh:

> De pronto se me humedecieron las yemas de los dedos y comprendí que estaba sacando la historia de la nada, que las sensaciones, las palabras y las imágenes aplanadas, como seres embrionarios, húmedos todavía, parpadeaban al ver la luz con residuos de la placenta nutritiva del recuerdo, que intentaban

> levantarse con sus frágiles piernas y trotaban como el cervatillo con un día de vida hasta que tenían la fuerza suficiente para detenerse delante de mí con cierta confianza, que eran las creaciones del espíritu del abuelo Anshel, los personajes cuyas historias yo había leído, buscado y sentido con tanta pasión. [111]

Poco después de este fragmento, dice: «dimos a luz también a los otros»; es decir, Ansel da permiso a Schleimeleh para añadir a su creación personajes de su propia vida. El autor-nieto, con mucha cautela y casi en contra del sentido común, se propone descubrir qué «humanidad» pueden tener en común sus dos personajes. Así, mientras Wasserman y Neigel conversan, poco a poco van compartiendo detalles de su experiencia personal. (Neigel es un monstruo, sin duda. Pero Grossman nunca insinúa, como sí hizo Mary Shelley, que su monstruosidad es consecuencia de la falta de amor: no sabemos nada de su infancia, y de su juventud solo que fue virgen hasta que se casó.) Tanto Wasserman como Neigel tienen mujeres con valores éticos. A la de Wasserman, por supuesto, la han exterminado (se llamaba Sarah y era la ilustradora de sus libros). Christina, la mujer de Neigel, se opone con violencia al régimen nazi y a la colaboración de su marido. Lógicamente, estaba a punto de abandonarlo cuando él ha empezado a reconquistarla, copiando en secreto la historia de Wasserman en las cartas que le envía, como si fuera él quien la escribiera. Christina se emociona, porque está convencida de que un hombre capaz de inventar una historia tan hermosa no puede ser malo en el fondo. (Y tiene razón: mucho más inquietante que el hecho de que «el país de Goethe y Heine» creara a los nazis habría sido que los nazis escribieran como Goethe y Heine. Afortunadamente, porque la cabeza ya nos da vueltas como una peonza, eso es inconcebible.)

En este nuevo episodio de *Los niños del corazón*, todos los héroes son judíos viejos del gueto de Varsovia. Viven en el zoo, ayudándose y escondiéndose unos a otros como pueden. Según lo establecido, Neigel dispara al narrador en la cabeza al final de cada capítulo. Pero nunca consigue matarlo: «Oí el zumbido familiar dentro de mi cabeza», dice Wasserman. Hasta que un día, «cuando sonó el disparo, un mensaje excepcional se grabó en mi corazón: de mi relato nacerá un hijo». La noche siguiente, la narración gira en torno a Fried, un médico que ha perdido a su mujer, Paula, que ha muerto antes de poder «darle un hijo». Hace ya varios años que Fried viene notando que un «hongo verdoso» le sale alrededor del ombligo en el aniversario de la muerte de Paula. Este año tiene peor aspecto de lo normal. Y he ahí que en su puerta aparece un recién nacido, varón. Este es el momento de máxima complicidad entre Wasserman, Neigel y Schleimeleh, que está

contando su historia. Los tres se vuelven locos de alegría al descubrir al niñito: ah, sí; tiene la fontanela todavía tierna; y ¿qué narices va a hacer Fried para encontrar leche? Ah, y resulta que tanto el joven nazi como el viejo judío han probado en secreto una gota del líquido acuoso, tibio y dulce que brota del pecho de una madre.

Poco después, «un terrible presentimiento lleva a Fried a mirar a hurtadillas el vientre del niño: no había restos de sangre coagulada en el ombligo. En realidad no había indicios de que el ombligo se hubiera rasgado o cortado; en realidad no había ombligo».[112]

Ajá. Del relato nacerá un hijo, pero no nacido de mujer. Jesucristo, según millones de pinturas y esculturas, ¡al menos tenía ombligo! Grossman insinúa con fuerza que este niño milagroso solo puede ser el Mesías. Pero un hijo sin ombligo, digo yo humildemente llegados a este punto, solo puede ser una novela. Fried llama al niño Kazik, el nombre que él y Paula habían elegido para el hijo que nunca tuvieron, y descubre una segunda anomalía, mucho más grave: el niño crece a un ritmo de tres meses cada cuatro o cinco minutos. Su vida durará veinticuatro horas, el tiempo aproximado que se tarda en leer un libro largo, como este de David Grossman. En ese intervalo, su «padre» tendrá que enseñarle todo lo que sabe de la humanidad.

Toda novela es un expósito. En toda novela debe introducir su autor, en el breve lapso de vida que se le adjudica, la totalidad de la experiencia humana: alegría y sufrimiento, esperanza y desesperación, bien y mal. Kazik, que se suicida una hora y media antes de morir de viejo, es al mismo tiempo el punto más profundo de *Véase: amor* (por ser el hijo espiritual de Fried, que es el hijo espiritual de Wasserman, que es el hijo espiritual de Schleimeleh, que es el hijo espiritual de Grossman) y una metáfora total de la novela *per se*.[113]

No hay muchas mujeres en esta historia, como puede que hayan notado. En todos los planos, los héroes tienen mujeres y/o amantes, madres, hijas, hermanas, a las que se presenta como personas fuertes, a veces hermosas, siempre con un gran sentido ético. Ninguna de ellas participa en nada ni remotamente parecido a una aventura o a su narración (¡Sherezade ahora es un hombre!); la imaginería insiste continuamente en la fecundación y el parto espiritual entre machos.

Mi último ejemplo es Toni Morrison. Probablemente no es casualidad que en *Beloved*, la novela que publicó en 1987, la autora se inventara un personaje parecido a Medea al que llamó Sethe. Veamos a continuación la escena central del libro, el acontecimiento del que se ramifican todos los demás, antes y después, como las líneas de fractura en el epicentro de un terremoto: «Dentro [de la cabaña], había dos chicos sangrando, en el serrín y la tierra, a los pies de una mujer negra que con una mano sujetaba contra su pecho a un niño empapado de sangre mientras con la otra agarraba de los talones a

otro niño muy pequeño».[114] De sus cuatro hijos, a quienes dio a luz con la condición de que tuvieran la esperanza de ser libres y ahora están amenazados con volver a la esclavitud, Sethe finalmente solo consigue matar a uno. Y su nombre es Beloved.

Como Grossman, Morrison aprendió en su infancia lo que era la muerte. A su familia no la gasearon ni la quemaron en un honro, sino que la deportaron, esclavizaron, torturaron, mutilaron, apalearon, violaron, lincharon y obligaron a trabajar hasta morir. Como Grossman, Morrison se crió oyendo historias de los supervivientes.

En *La canción de Salomón*, Toni Morrison se inventa un personaje sin ombligo.

Esta vez el personaje es una mujer. La muerte la acecha por todas partes. Su madre, como la de Mary Shelley, murió en el parto. La comadrona que estaba presente —que se llama Circe, como la tía de Medea— le cuenta a su hermano cómo ocurrió: «Parió sola. Yo casi no hice nada. Creí que estaban las dos muertas, madre e hija. Cuando la vi asomar me quedé pasmada. No había oído ni un latido por ninguna parte. Salió de repente. Tu padre la quería».[115]

Su apellido es Dead. (Un día, un funcionario le preguntó a su padre quién era el padre. Su respuesta fue: «Está muerto *[dead]*». Y el apellido se registró así para siempre.) Su nombre de pila, lo menos cristiano del mundo, es Pilate. Su padre lo eligió poniendo un dedo al azar en una Biblia. Es la única palabra que ha escrito en un papel en toda su vida.

Cuando Pilate tiene cuatro años, matan a su padre a tiros delante de ella. Pero su fantasma se le aparece muchas veces y le da consejos en momentos de crisis. Aunque no tiene ombligo, tiene una herida que se ha hecho ella misma: después de la muerte de su padre, se perforó la oreja con un agujero para colgarse la cajita de latón que llevaba dentro el trozo de papel con su nombre escrito. La herida se le infecta y hay que curarla; esta herida la une a su padre muerto, pero ninguna herida la une a su madre muerta.

No se nos explica por qué Pilate no tiene ombligo. Simplemente se nos dice que «después de cortar el cordón, el nudo se secó, encogió y se cayó sin dejar rastro de su existencia». Todos los que conocen a Pilate ven esta singularidad anatómica no solo como algo singular, sino potencialmente peligroso. Creen que la muchacha «tiene el poder de salir de su piel, prender fuego a un matorral a cincuenta metros de distancia y convertir a un hombre en un colinabo maduro, todo por no tener ombligo». Los hombres la temen, y Pilate se creía aislada. Su hermano dice que es «cambiante»; «rara, turbia y, lo peor de todo, descuidada»; una «contrabandista andrajosa» y una «serpiente». Pero también es una curandera. Sabe hacer cosas con muñecos de vudú. Y

cuando su cuñada quiere tener otro hijo, le da un afrodisíaco, «unos polvos desagradables de color gris verdoso», el mismo color del hongo que le sale a Fried en el ombligo en *Véase: amor*. E igual que el hongo anuncia misteriosamente la llegada de Kazik, estos polvos de color gris verdoso son los responsables del nacimiento de Milkman Dead, sobrino de Pilate y personaje central de la novela. Gris verdoso, por supuesto, es también el color de los cadáveres que utilizaba Frankenstein para crear su «progenie».

En resumen, Pilate es una hechicera, exactamente igual que Medea. Y es un personaje que deslumbra, porque Morrison deja claro que su capacidad de amar, su generosidad, su franqueza, su integridad sin tacha, su valentía y su inteligencia son fruto de su familiaridad con la muerte. «Porque la muerte no albergaba terrores para ella (hablaba mucho de la muerte), sabía que no había nada que temer.» Y a pesar de que no tenía madre, y de que su mentor es su padre, lo que aprende de él —«Canta, canta», es el mensaje que le repite eternamente su fantasma— resulta ser en realidad el nombre de su madre. Y así vagabundea y tiene aventuras, y una hija, Reba, a la que quiere más que a nada en el mundo, y luego una nieta, Hagar, a la que también adora. Y Morrison nos señala que es *como una madre, con la ética de una madre*, como Pilate Dead está dispuesta a morir. Cuando descubre que un hombre ha pegado a su hija, lo ataca por la espalda, le clava un cuchillo afilado en el pecho y le explica su dilema: «No me gustaría sacar este cuchillo y que tú vuelvas a intentar maltratar a mi niña […]. Pero tampoco me gustaría hundirlo un poco más y que tu madre sienta lo mismo que yo». El hombre le garantiza que nunca volverá a molestar a Reba.

Sí, una madre capaz de pensar con claridad en la muerte puede ser una hechicera, es decir, una gran escritora. Inventar y escribir historias, vivir e imaginar aventuras, correr y aceptar riesgos, transgredir y subvertir la ética ortodoxa, prerrogativas tradicionalmente masculinas todas accesibles para las mujeres cuando empiezan a mirar a la cara tanto a la vida como a la muerte, y también cuando los padres aprenden a cuidar, para que las madres ya no tengan que ser las únicas representantes de la moral a ojos de sus hijos.

Si el hijo sin ombligo de Grossman es el emblema de la novela, la hija sin ombligo de Morrison es quizá el emblema de la madre novelista: la «prueba viviente», por así decir, de que determinados seres hasta hoy considerados monstruosidades lógicas pueden existir y de hecho existen.

LOS HIJOS A JUICIO

(1996)

Joy Williams

Joy Williams (Chelmsford, Massachusetts, 1944) es autora de las novelas *Estado de gracia* (1973), *Breaking and Entering* (1988) y *Los vivos y los muertos* (2009), así como de varios libros de cuentos muy reputados *comoTaking Care* (1982), *Escapes* (1990) y *99 Stories of God* (2013). Entre sus ensayos cabe mencionar *Ill Nature: Rants and Reflections on Humanity and Other Animals* (2001) y *The Florida Keys: A History & Guide* (2003). Ha recibido galardones como el Premio Rea por sus cuentos y el Harold and Mildred Strauss de la Academia Americana de Artes y Letras. El artículo que aquí publicamos («The Case Against Babies») fue publicado en la *revistaGranta* en su número de septiembre de 1996.

Niños, niños, niños, niñas, niñas, niñas. Hay una plaga de niños, de niñas. La superpoblación de conejos, elefantes, de mustangs[116] o de cisnes trae la mixomatosis, las armas de destrucción selectiva, los medicamentos esterilizadores, las brigadas científicas de destructores de huevos. Otras especies pueden «ejercer presión sobre su medio ambiente» o bien «rebasar la media de natalidad» o entrar en conflicto con sus «vecinos» humanos, pero las crías humanas siempre serán bienvenidas al banquete de la vida. ¡Bienvenidas, bienvenidas, bienvenidas! ¡Que viváis muchos años y consumáis! No se puede trazar una frontera cuando hablamos de hijos… porque ¿dónde estaría el límite? «Piense en no tener ninguno o tal vez uno y asegúrese de parar después del segundo», propone educadamente la organización Crecimiento de Población Cero. Casi no se les oye con tanto niño chillando. Hay cientos de recién nacidos asomando la cabeza a cada momento. Noventa y siete millones al año. Mientras un sinfín de otras formaciones biológicas se extinguen (o, según las escalofriantes palabras de los ecologistas, «desaparecen en un abrir y cerrar de

ojos»), la vida humana sigue con empeño y engreimiento su camino. Los niños no paran de llegar. Son mucho más que «un don de Dios»; se han convertido en un derecho. Todo el mundo tiene hijos, incluso las mujeres que no pueden, *concretamente* las mujeres que no pueden son las que recorren los pasillos del consumismo empujando sus cochecitos dobles, tan modernas ellas, repletos de gemelos y trillizos. (Los empujan con tal arrojo que parece que conduzcan un buldozer.) Cuando ves gemelos o trillizos piensas «ahhh o ohhhh», o «estos sí que molan», o «qué raro», o «esta mujer se ha dejado una pasta en fecundación asistida, al menos veinticinco, o treinta mil»…

La raza humana no necesita precisamente ser más fértil, pero vivimos en el apogeo de la fecundación asistida. Los nuevos millonarios son los especialistas en fecundación de los consultorios más famosos que prestan sus servicios a mujeres ansiosas decididas a tener un hijo, esos «tecnochamanes» que se han convertido en el elemento más importante del proceso de fabricar niños y conceder a las mujeres su deseo: NIÑOS. (Antes era un misterio lo que querían las mujeres, pero ya no lo es… Nietzsche tenía razón…) Paradójicamente, a pesar de no ser esta la única paradoja de la niñomanía, las mujeres piensan que han *triunfado*, que se *sienten personalmente realizadas* cuando tienen un hijo, aunque eso suponga una fila de hombres en bata blanca y montones de hormonas y medicamentos y agujas y bandejas y mezclas e implantaciones para conseguirlo. Tener un hijo lleva a la *realización individual* de una mujer, a sentirse completa. ¿Qué tienen que hacer los niños para ser hombres? Dormir con una mujer. Matar algo. Sí, matar algo, matar algún ciervo desafortunado, un pato, un oso, algo que parezca «grande» en el reino animal, o incluso a otro hombre, muy conveniente en tiempos de guerra, ha facilitado a muchos chicos su transición a la edad adulta. Pero ¿qué tiene que hacer una mujer? Tiene que desear tener un hijo.

Mientras se invierte mucho esfuerzo en los países del Tercer Mundo en la educación de las mujeres, tratando de darles más oportunidades, no únicamente la de criar niños, las mujeres adineradas, consentidas y educadas de Estados Unidos claman por tener niños, niñas, HIJOS para satisfacer su estatus. Lo han tenido todo y ahora quieren un niño. Y las mujeres mayores de treinta y cinco años lo quieren YA: son las que optan por el camino de la fecundación agresiva, tan impacientes, hartas de *laissez-faire*. El sexo parece un camino demasiado laborioso. No soportan tener infinitas relaciones sexuales para después no concebir. ¡Qué pérdida de tiempo! Y el tiempo no es algo que se pueda desperdiciar. «Una vida sin hijos sería una vida de hedonismo absoluto», dijo una mujer estéril de cuarenta y pico, orgullosa ahora de tener unos preciosos gemelos.

Incluso las mujeres que tienen la gentileza de someterse al destino pueden parecer nostálgicas. «No es que ahora piense: ojalá tuviera hijos —dijo una escritora viajera—, sino ojalá los hubiera tenido entonces. Odio fracasar.» Las mujeres teóricamente desean, quieren, pero no fracasan. (Las lesbianas también quieren tener hijos, y cuando las lesbianas tienen hijos, ¡cuidado!, les ponen nombres como Wolf [Lobo].)

En la década de 1980 era poco común tener hijos. Las clases humildes los seguían teniendo con más o menos ganas; los profesionales, no. Tener un hijo era de hecho un acto tan curiosamente rebelde y notable que se creó un nicho editorial para los hombres que escribían sobre niños, sus niños, el día a día del primer año de su niño en el que todo quedaba registrado (dormía toda la noche… no dormía bien de noche…). Los escritores se quedaban maravillados del tamaño del escroto de su bebé; daban consejos sobre cómo agasajar al ginecólogo (no con una botellita de vino, sino con un reloj de Tiffany's); y reconocían, no sin desconcierto, que su niñito ofrecía signos de inteligencia cuando daba volteretas, se reía o quedaba fascinado delante de la tele a una edad más precoz de lo normal. Aparte de las cacas, los sarpullidos y el deterioro psicológico del gato, estos libros incluían normalmente un pasaje, una parte oída casualmente por la calle de uno de esos monólogos de mami que habla con su recién nacido; algo que dice más o menos así: «Te quiero tanto que me gustaría que nunca te crecieran los dientes ni que te pusieras de pie, ni que andaras ni que salieras con nadie ni que te casases. Quiero que te quedes aquí conmigo y que seas mi niño»… Los niños son una cosa. Los seres humanos otra. Existen realmente demasiados seres humanos. Casi todo el mundo lo sabe.

La adopción fue común en la década de 1980. La gente volaba a Chile y por todo el planeta, sabe Dios dónde, y volvía triunfante con su niño. Era un acto difícil, arriesgado, caro y generoso. Estaba de moda. La gente se lanzaba a adoptar montones de niños de todos los sabores y colores: coreanos, chinos, medio indios (medio indios era muy típico), guatemaltecos son muy monos. La adopción fue una moda pasajera, como las muñecas repollo que tanto éxito tuvieron entre miles y miles de niños y niñas preadolescentes.

Ahora es *completamente* necesario hacer un breve paréntesis y apuntar un pequeño dato sobre este fenómeno de marketing. Estas muñecas de rostro necio y cuerpo blando fueron enormemente populares en los años ochenta. El truco era que habían «nacido»; no podías comprar simplemente esos malditos juguetes: si querías una, tenías que «adoptarla». Hoy todavía nacen y se adoptan, aunque a un ritmo más tranquilo, en Babyland General Hospital, una vieja clínica en la zona de concesionarios de coches y restaurantes de comida

rápida del, por otro lado, nada excepcional norte de Georgia, en la ciudad de Cleveland. Hay varias habitaciones en el Babyland General Hospital. Una de ellas está destinada a niños prematuros (todos embutidos en sus pijamitas, cada uno en su impecable incubadora) y otra al pedazo de col misma, un insinuante montón de hojas con un árbol artificial en el centro del que cuelga, varias veces al día, el anuncio ¡LA COL ESTÁ DE PARTO! Unos frenéticos momentos más tarde, una mujer vestida de enfermera de la cabeza a los pies se asoma por una puerta y se dirige al árbol con una flamante muñeca cogida por los pies, cabeza abajo, mientras le va dando palmaditas en el trasero. A su alrededor, en el paritorio, entre las hojas de col asoman unas cabecitas blandas y felices. Cada una de ellas vale 175 dólares y tienes que firmar varios documentos jurando que cuidarás de ella y que la conservarás para siempre. Hay algunas muñecas baratas metidas en cajas a las que no es necesario adoptar, pero las niñas esas no las quieren, quieren hacer cola y firmar, quieren documentos, papeles. Las muñecas son teóricamente diferentes, pero en realidad parecen idénticas. Tienen las orejas muy pequeñitas, los ojos muy grandes, una cara con un rictus de amargura y los brazos y piernas pequeñitos y abultados. El color del material cambia para conseguir una mayor verosimilitud racial, pero la expresión es la misma. Están felices de estar aquí y se espera todo de ellas.

Pero estas niñas son solo muñecas, claro está. Los niños *auténticos* adoptados que se beneficiaron de esta moda y fueron a parar a casas de padres enrollados son ahora chiquillos, harina de otro costal, y aunque probablemente den mucha alegría (tal y como se esperaba de ellos), ya no son los cariñosos recién nacidos de antes. Un niño de meses no es un niño; un niño de meses es un NIÑO DE MESES; un juguetito para mimar, representativo de la virilidad, del «uterismo» y del insaciable deseo de la humanidad de vencer a la muerte.

Los padres adoptivos deben de sentirse hoy bastante desplazados, después de haber pasado de moda en los años noventa. Adopción, ¡qué cosa tan loca y tan dulce! Es algo tan estilo Benetton, tan ingenuo… Con niños adoptados una ya no sabe, es un tiro errado. Oh, te dijeron que su padre era un licenciado en Lengua Inglesa de Yale y su madre una brillante matemática clavicembalista que no estaba preparada para hacer equilibrios compaginando su carrera y su niño, pero ¿qué pensarás cuando el recién nacido sea un niño que en lugar de desarrollar un talento cualquiera se dedique a ahogar al perro y a prender fuego en los parques nacionales? Los padres adoptivos lo hacen lo mejor que saben, por supuesto, al menos hacen todo lo que sus genes liberales les permiten; investigan el entorno del adoptado, no se conforman con cualquier niño (incluso cuando uno va a la perrera quiere elegir el suyo, ¿no?); quieren uno que sea simpático,

agradable, que sepa apreciar los beneficios que le ofrece un buen ambiente y que responda bien a un hogar nutricio y atento. Apartan la vista de los niños (lo siento, hay que ser realista, no puedo decirlo con otras palabras) apaleados y en mal estado, de los disminuidos psíquicos y físicos y de los que son portadores del virus del sida o padecen el síndrome de alcoholismo fetal.

Los genes son importantes, cada vez más, y la adopción es demasiado… ¿Dónde está el vínculo? Ni siquiera un filamento de ADN que puedas llamar tuyo. La adopción significa que no hiciste todo lo que pudiste; eras demasiado ordinaria o demasiado tímida, o te faltó imaginación para emprender la ruta de la fertilidad energética que, cuando sale bien, te asegura que alguna parte del niño o niños es una prolongación de ti, o al menos de tu compañero, tu amado, tu pareja o lo que sea.

Un día le pedía a una camarera que no se llevará mi copa de Martini porque todavía me quedaba un resto, y ella gruñó: «Oh, el líquido tan preciado», antes de ponerlo de nuevo en la mesa con un golpe. Es cierto que seguramente creía que había en el vaso más Martini del que en realidad había (¿qué demonios había pasado con la copa?), pero el comentario del líquido preciado recuerda desagradablemente la valoración que muchas personas tienen de sí mismas. Esos óvulos, ese esperma, ¡oh, esa cosa tan, tan preciada! La humanidad se horrorizó recientemente cuando algunos científicos informaron de que una gran cantidad de sustancias químicas sintéticas reducía la calidad del esperma de los hombres: horroroso, horroroso, horroroso… pero al final no es el caso. La cuenta espermática sigue estable y en Nueva York incluso está aumentando. A los hombres de Los Ángeles no les va tan bien (¿bebén más agua que cerveza?) y tampoco a los chinos, de quienes se dice, para seguir añadiendo insultos, que tienen los testículos más pequeños, un descubrimiento que sin duda tendrá como consecuencia una mayor mutilación de la fauna y la flora del mundo en busca de afrodisíacos. Los químicos sintéticos «afectan negativamente» a las capacidades reproductoras de los animales no humanos (peces, pájaros), pero esto por lo visto tiene una importancia relativa. Es el esperma humano el que está en el centro de atención, y en esta era repoblada se ha convertido en algo más valioso: hablo del esperma de calidad, es decir, el de hombres inteligentes y atléticos que no fuman ni beben, ni toman drogas, ni tienen sida o antecedentes de homicidio, dado que esta era superpoblada es también la era del donante. Donante de esperma, donante de útero, donante de óvulos. Piensa en todos los óvulos que se desprenden con la menstruación cada mes. Una se queda patidifusa. Todos esos óvulos, preciados óvulos, perdidos. (Muchas donantes de

óvulos dicen que se embarcaron en el negocio porque no les gustaba la idea de que sus óvulos «se echaran a perder».) Mejor cosecharlos y congelarlos para cuando se necesiten, o venderlos bonitos y frescos. Una mujer a la que entrevistaron a principios de este año en *The New York Times* ha hecho de esta actividad una carrera. «No voy a quedarme en casa haciendo galletas para mis hijos. Puedo dedicarme a otros proyectos», dice. Ella no va a dedicarse a uno de esos deprimentes trabajos de oficina de sol a sol. Fue la madre de alquiler de una pareja y les proporcionó un bebé; después donó algunos óvulos a otra pareja. «Me siento como un buen soldado, como si Dios me dijera: "Hey, chica, he hecho muchas cosas por ti y ahora quiero que tú hagas algo por Mí"», dice esta criadora emprendedora. (No deja de ser gracioso oírlas invocar a Dios, ya sea para pedir su bendición o por un resto de pensamiento supersticioso.) Las donantes de óvulos son como Jenny Appleseed,[117] van sembrando amor, hacen el trabajo del Señor y ganan algunos dólares de golpe al tiempo que adquieren un curioso sentimiento de poder («Tengo un montón de hijos por ahí, ni puñetera idea de quiénes son…»).

Uno de los calendarios de más éxito del año 1996 fue el de las fotos de recién nacidos de Anne Geddes. Cada mes bien ilustrado con una foto de esas pequeñas maravillas, encima de unas hojas de col, o la copa de un tulipán, o como abejitas en un panal, etcétera: todos bebés solemnes, de ojos claros. Aunque tienen cierto aire de estar perplejos. ¿Cómo han llegado hasta ahí? Probablemente los hicieron en una bandeja. Los óvulos de las donantes (aspirados cuidadosamente con largas agujas); el esperma de papá (tal vez… o tal vez de algún tipo superpotente de Nueva York); la gestante subrogada; la madre «auténtica» esperando ansiosamente en la banda (quiere llevarse esos niños a casa, ¡empezar a comprarles cositas!). El árbol genealógico de un niño puede ser un poco complicado en esta red familiar mundial. Con la ayuda de medicamentos como Clomid y Perganol hoy en día se produce una cantidad impresionante de óvulos, todos cultivados por esos médicos ricos y listos con sus «métodos sencillos» y atravesados con la puntería de un campeón de tiro por un espermatozoide. Después hay que «escoger» entre los grupos de células resultantes, y se introduce cierto número de ellos (para obtener el mejor resultado) en el útero, a veces el de la madre, a veces no.

Estos óvulos fertilizados, y no es de extrañar, acaban muchas veces ofreciendo múltiples posibilidades, que se pueden limitar mediante «reducción selectiva». Todavía no son niñitos de calendario, son embriones, y en esta fase la futura madre se pone demasiado eufórica, incluso ansiosa, pensando por anticipado en el día en que ya no sean recién nacidos, sino niños capaces de divertirse solos, como una camada de gatitos: si salen muchos, *todos a la vez*, no habrá necesidad

de pasar por el angustioso proceso de encontrarles compañeros de juego. La madre empieza a pensar: «Las niñeras no te cobran mucho más por dos que por tres», o «Vete a saber si tendremos suficiente dinero», o «Por qué nos habremos metido en todo esto». Y muchas, en esta fase de múltiples posibilidades, después de haber pasado por todas las intromisiones que, con orgullo desmedido, ha introducido la tecnología biomédica, dicen con recato: «No quiero hacer de Dios» (¿NO QUIERO HACER DE DIOS?), o «Sería grotesco acabar con uno para aumentar las posibilidades de los otros» o «Lo que sea será».

Y así nacen los trillizos, incluso cuatrillizos o quintillizos (a las cadenas de televisión siguen interesándoles los quintillizos). Y en cuanto los múltiples —o incluso el niño único ya no tan prestigioso— ya tienen edad de dar sus primeros pasos e ir a la guardería, se les enseña muy responsablemente la importancia que tiene su Tierra, una y única, se les enseñan las tres erres: Reduce, Reutiliza, Recicla. El exceso de población (frecuentemente indeseable, ¡necesito espacio!) está causado por el exceso de población (es lógico), pero es mezquino culpar a los niños, a los niños no se les puede culpar, son inocentes. Esos pobres contadores de alubias del Fondo de Población de las Naciones Unidas afirman que con el índice de crecimiento actual el mundo doblará su población en cuarenta años. La superpoblación es una de las mayores amenazas para la vida, pero a la mayoría de las organizaciones no le gusta limitar sus consejos al más evidente de todos (¡NO TENGAS HIJOS!), porque suena demasiado negativo. Ofrecen, en cambio, otros más positivos en un intento de paliar la presión sobre nuestro inestable medio ambiente, como compartir coche o plantar árboles. (Una parte de lo recaudado por estos maravillosos calendarios de recién nacidos se destina a la Fundación Arbor Day para la plantación de árboles.)

Antes alguna gente decía que no tener un hijo es *impedir* una vida humana, algo terriblemente inoportuno en este mundo de derechos. Todo el mundo tiene derechos: los que no han nacido tienen derechos; de lo que se deduce que los *no concebidos* tienen derechos. (Piensa en todos esos niños cabreados porque todavía nadie ha pensado en ellos.) Las mujeres tienen derecho a tener hijos (hemos luchado tanto por ello), y las mujeres que no pueden tener hijos todavía tienen más derecho a tenerlos. Estos derechos deberán ser independientes del estado económico y civil, o de la edad. (Las madres de cincuenta y sesenta suelen poner a sus hijos el nombre del ginecólogo.) La industria de la reproducción quiere hacer accesible los tratamientos de fertilidad al máximo de personas posible y afirma que no serían tan caros si estas recalcitrantes compañías de seguros médicos y agencias

gubernamentales como Medicare y Medicaid no fueran tan agarradas y tan discriminatorias y se dedicaran, en cambio, a escupir el dinero. No es que haya que sacarles un *permiso* para tener un hijo, ser *licenciado* o algo así. Y ¿qué decir de los derechos de los pobres, de los más viejos, de la paciente feminista enferma de cáncer que, de alguna manera, juega en desventaja (su coche lleva uno de esos adhesivos…) y quiere reafirmar su derecho a ejercer una maternidad independiente y se siente con derecho tanto a la inseminación artificial para convertirse en una «anfitriona» gestacional como a la selección sexual para abortar en caso de que el feto sea masculino cuando ella lo quiere femenino? ¿Eh? ¿Qué pasa con ella? Y ¿qué pasa con la quinceañera de un futuro cercano que quiere tener a su niño a pesar de que eso la dejará tirada a mitad de curso, no podrá salir con los amigos y de pronto descubre gracias a las maravillas de la amniocentesis y del ADN que el niño va a salir gordo, y ella no puede soportar a los gordos y no tiene por qué soportarlos…? A veces una tira el grano con la paja.

Este panorama atañe solamente a las confusas cuestiones políticas o éticas, las consecuencias problemáticas de los avances tecnológicos y del marketing. Que los filósofos y los expertos en ética sigan con su perorata y dejen que el negocio de los nacimientos continúe en auge. Dejemos que los tribunales den con la solución. Cada día que pasa trae un problema más urgente. Después de los implantes de óvulos de sus hijas, de cuello de útero frágil y del esperma de sus hijos políticos, las mujeres se quedan embarazadas de sus propios nietos; los embriones congelados se descongelan sin que nadie lo sepa; se piratean óvulos; otros se cultivan a partir de fetos de abortos; las parejas divorciadas se pelean por el destino del material criogénico. «Hay que avanzar hacia una mejor regulación del producto genético (óvulos, esperma y embriones), a fin de poder determinar quién es propietario de qué», ha declarado lastimeramente un profesor de Derecho y Medicina de la Universidad de California. (De todos modos, los médicos en general se oponen a una mayor regulación, alegando que «obstaculizaría la investigación».)

Mientras los países con alta tecnología perfeccionan sus alternativas eugenésicamente y protestan pleiteando, los habitantes de países con poco desarrollo tecnológico se limitan a tener hijos. Se va a producir el crecimiento de población más rápido de toda la historia en una sola generación, lo que supone un aumento de casi cinco mil millones de personas (que antes habrían sido, todas, niñas). El noventa y siete por ciento de esta avalancha afectará a países subdesarrollados, y solo en África se dará el treinta y cinco por ciento (cuanto más pobre el país, más alto índice de natalidad, así es la cosa). Estos hijos

son engendrados de manera más tradicional, sin duda menos desesperada, y aunque no son parte de una moda, probablemente son tan queridos como los hijos de las clases altas de Occidente (o como ese extraño hijo único varón en China), incluso se les consideran productos activos cuando crecen un poco y pueden trabajar por el bien común de su extensa familia, acelerando la explotación de recursos cada vez más escasos.

El argumento de que los países de Occidente, con su riqueza y su índice de natalidad relativamente bajo, no alimentan la crisis de población es por supuesto un argumento falaz. La política nacional de Francia consiste en instar a los ciudadanos a procrear ofreciendo muchos subsidios y beneficios extra a aquellos franceses que produzcan más franceses. La población de Estados Unidos está creciendo más rápido que la de los otros dieciocho países industrializados y, desde el punto de vista del consumo de energía, cuando una pareja se para en los dos hijos, ha alcanzado el mismo nivel que una pareja media de la India oriental que se plantara en el número sesenta y seis o que una etíope que se pusiera el freno en el número mil.

Sin embargo, seguimos cotorreando, procreando y en el proceso asfixiamos a miles de otras especies con nuestro egoísmo. Vivimos en una superabundancia de hijos y aun así parece que acabemos de descubrirlos, o de inventarlos. La reproducción es excitante. La reproducción asistida está de moda. La noticia de que una estrella de cine va a tener un hijo nos deja boquiabiertos y asombrados. ¡Un HIJO! Los hombres mayores casados por tercera vez contemplan a sus recién nacidos «sobrecogidos» y se enorgullecen de su experiencia del «no va más» de ser padres. Bruce Springsteen encontró «la salvación» con el nacimiento de su hijo. Cuando dudes, ten un hijo. Cuando lo hayas probado todo, champán, cocaína, intenta tener un hijo. Los iconos del pop que han vivido décadas a lo grande, en medio de la adulación, con la llegada de la maternidad, confiesan: «Este niño me ha salvado la vida». Bill Gates, el multimillonario fundador de Microsoft, va a tener (¡qué noticia tan maravillosa!) un HIJO. Los comentaristas están especulando: «¿Le arrebatará la paternidad su empuje e iniciativa característicos? ¿Reducirá su voluntad de triunfar, triunfar, triunfar?». La Radio Pública Nacional entrevistó recientemente a otros padres, altos ejecutivos superpoderosos, preguntándoles si existía para ellos esta pavorosa posibilidad.

Y visto lo visto, es como si en los años languidecientes de este siglo moribundo, estuviéramos abriendo colectivamente la puerta de nuestra casa y, en lugar de encontrarnos a un amigo, bajo la dulce penumbra de la primavera, alguien a quien habíamos invitado a tomar algo, cenar y a charlar amigablemente, nos encontráramos a la muerte

con sus escalofriantes semillitas negras a punto de ser sembradas en nuestro jardín. Y con la muerte entrevemos un derrumbamiento ecológico y la anarquía de un planeta superpoblado. Y todos negando esta inhóspita visión, decidimos cerrar de un portazo, volver a nuestros juguetes y a producir niños, esos herederos, esas esperanzas, esos productos del egoísmo de nuestra especie, del sentimiento, del deseo de autodestrucción global.

UNA PEQUEÑA PÉRDIDA

(1996-2000)

Ellen McMahon

Ellen McMahon (Boston, 1961), hija de un psiquiatra freudiano y de una pintora, historiadora del arte y ama de casa, estudió Biología en la Universidad de Vermont. Se ha dedicado a la danza y al diseño e ilustración de libros educativos y es profesora asociada de Comunicación Visual en la Facultad de Arte de la Universidad de Arizona. Artista visual y autora de varios libros, expone y da conferencias por todo Estados Unidos. El artículo que aquí incluimos («A Little Bit of Loss») se escribió entre 1996 y 2000 y se publicó por primera vez en la primera edición (2001) de este libro.

Prefacio

En 1990 ocupaba un puesto de profesora asistente en la universidad y tenía dos hijas (una de tres semanas y otra de cinco años), sin un posgrado en mi campo (Diseño Gráfico) ni tampoco un reconocimiento significativo de mi trabajo. Los siete años siguientes enseñé en jornada completa, dirigí el programa de Comunicación Visual, saqué un máster en Bellas Artes, empecé un trabajo artístico sobre la maternidad, conseguí un cierto reconocimiento a nivel nacional y crié a mis hijas. Este texto fue escrito en pleno auge de estas actividades, mientras se entrelazaban unas con otras, en el período en que obtuve el máster, un año antes de acceder a la titularidad definitiva.

Della, con cuatro años, tiene rabietas todas las noches, a veces duran una o dos horas. Todas me señalan a mí. Grita porque no le he hecho algo bien, porque no la quiero, porque no quiere que me vaya. No me suelta cuando la acompaño a la guardería. Un día, cuando fui a buscarla, vi que su maestra había colgado en la pared un papel con una frase que había

dicho mi hija: «Un día salí con mi vestido y me puse a dar vueltas y mis faldas tocaron el mundo entero». Decidí que estaba haciendo un buen trabajo.

Mi abuela materna murió cuando mi madre era joven. La muerte no llorada de su madre creó en la mía una distancia emocional con la que yo crecí. La sensación de no estar emocionalmente conectada conmigo misma de niña me complicó mucho separarme de mi madre cuando llegué a la adolescencia. Ahora, como madre, la confusión que tengo sobre mi necesidad (y la de mis hijas) de intimidad y de autonomía me pone muy difícil distinguir dónde se halla la frontera. Por ejemplo, me resultó muy difícil destetar a mis hijas. Las amamanté mucho más tiempo del recomendado. Della, la más pequeña, mamó hasta los tres años y manifiesta algunos signos inquietantes de estar convencida de que es dueña de mi cuerpo.

Me estoy secando la cara, acabo de salir del baño. De repente oigo: «Maldita sea» y siento una palmada seca en mi barriga, desnuda y mojada. Della se siente frustrada porque no puede quitar la goma de la coleta a su Barbie Pocahontas. Yo me pongo furiosa. «No está bien que te pongas bravucona y me pegues porque de repente tienes un problema.» «Yo hago lo que quiero», responde arrogante, retándome. «Pues cargarás con las consecuencias, mañana por la mañana no verás Blinky Bill», *la amenazo. «Me da igual», dice mientras sale tan campante del cuarto de baño. Ahora ella tiene toda la razón y las consecuencias no le preocupan lo más mínimo.*

Tampoco he conseguido nunca que mis hijas se duerman en su cama. Según los expertos pediatras, en una cultura que valora la independencia y autosuficiencia, los niños deben aprender a dormir solos. Enseñarles a tranquilizarse es una de las fases críticas del desarrollo de su personalidad. El llanto de mis hijas cuando las ponía en la cama a dormir solas me torturaba. Me daba pavor oírlo. Desobedeciendo a mis instintos, intenté amoldarme a los expertos y lleve a Della a su cama a dormir sola desde muy pequeña. La primera vez se encaramó a los barrotes de la cuna y se cayó al suelo de bruces. Ahora tenemos una cama de matrimonio que comparto con las dos niñas (y a veces mi marido). Adoro mirar a las niñas cuando duermen y adoro dormir con ellas arrullada por el sonido tranquilizador de su respiración. Creo que la proximidad física que compartimos por las noches en familia ha sido muy positiva para todos nosotros. Tengo la sensación de que la ideología de dormir cada uno en su cama forma parte de un sistema que educa a las personas en el aislamiento social y decidí tirar por este camino.

Alice tiene diez años. Acaba de llamar para preguntarme si puede llevar sus zapatos azules de tacón a la fiesta que tenemos esta noche. Hace ya unas semanas que tratamos lo de los tacones. Le he dicho que cuando cumpla doce podrá ponérselos. Unos días después fue a Target con su padre y lo convenció para que le comprara los zapatos de tacón alto. Ahora discutimos constantemente sobre esto. Ella cree que esta noche tengo que darle permiso para ponérselos porque es una fiesta de familiares y amigos. Al principio he intentado explicarle que no me gusta que llame la atención queriendo parecer mucho mayor de lo que es (reclamar atención sexual, pero no lo digo con estas palabras). Finalmente he argumentado que no es sano para su columna andar tambaleándose sobre unos tacones. En realidad mi miedo es que su sentido de la sexualidad se forme según la reacción que obtenga de los hombres. Y, por supuesto, también existe el miedo de que estos amigos y familiares la vean con sus tacones y piensen: «¿Cómo su madre deja que se los ponga?».

En mi último curso de secundaria me encerré en mí misma y pasé casi dos años aislada y deprimida, años enmascarados por una maníaca obsesión por la danza moderna. Dejé de comer y se me cortó la regla. Mi madre me llevó al médico, que nos dijo que estaba bien y que la amenorrea era solo una reacción de mi cuerpo a la pérdida de peso. Me mudé a Toronto a bailar con una compañía de danza moderna. Sentada en el suelo de mi habitación desierta, deshice la única maleta con la que salí de casa. Recuerdo que pensaba que estaba empezando a separar lo que era yo de lo que era mi madre. Poco a poco empecé a comer de nuevo.

Della me sigue por todas partes mientras voy recogiendo la ropa sucia por todas las habitaciones de la casa. «Mamá, juega conmigo. Nunca juegas conmigo. Si me quisieras, jugarías conmigo. No me quieres.» Alice tiene diez años. Está en su habitación y se queja de que se ha olvidado de preparar su mochila para su excursión de dos días al campo. Necesita que yo la ayude. Se está probando conjuntos frente al espejo con la mirada vidriosa, por lo visto no puede concentrarse en hacer la mochila. Della sigue pidiéndome que juegue con ella. Alice esconde la cabeza entre las rodillas. «Nadie me escucha.» Della se sienta en el suelo con los pies encima del televisor. Le pido que se levante y que quite los pies. No me hace caso y yo estoy demasiado cansada para discutir. Me voy a la cocina a hacer la cena. La pila rebosa de platos sucios del desayuno, los cuencos están llenos de restos de cereales. Cojo el abrelatas de metal y lo lanzo con fuerza contra el suelo. Mi objetivo es dejar una muesca en la madera. Me regodeo de placer por un segundo cuando veo la marca. Me voy al cuarto de baño y me tumbo en el suelo. Me resbalan las lágrimas calientes por las

mejillas. De pronto veo el borde inferior de la cortina de baño lleno de moho negro y luego unas montañas de polvo enormes en el rincón, al lado de mi cabeza.

La maternidad revivió en mí una faceta física y emocional a la que solo había tenido acceso algunas veces en mi infancia. La primera vez que recuerdo haber sentido rabia fue con mi primer embarazo y el primer recuerdo de dolor fue con el aborto espontáneo. Desde entonces he sentido rabia en varias ocasiones, generalmente contra mis hijas, en concreto contra Della. Desde que nació siempre ha tenido la habilidad de cautivarme emocionalmente en cualquier situación y a cualquier precio. De vez en cuando considera inaceptables cosas que yo hago. El otro día fue por unas sandalias completamente destrozadas, me acusaba de haberlas tirado sin su permiso cuando ella tenía dos años. En momentos así, mis intentos de aproximarla a la realidad con mi información son vanos y entonces ella explota rabiosa: patalea, da golpes, grita. Me voy poniendo cada vez más furiosa al ver cómo me trata y finalmente acabo huyendo de esa inestable situación, corro a encerrarme en la habitación de descanso (el cuarto de baño) y me apoyo en la puerta para impedir que la abra (no la cierro con pestillo) hasta que lo acepta y se serena. Chilla un buen rato mientras intenta abrir la puerta para seguir echando leña al fuego de la discusión. Ha dicho que le gusta ver cómo me enfurezco con ella. La humillación y el fracaso que siento como madre después de estos incidentes se ven automáticamente compensados cuando vuelve a ser buena y a portarse con alegría pocos minutos después de que todo se acabe. Hay cierto alivio y tal vez un elemento de celebración en esos actos agresivos que compartimos: una rebelión dichosa contra nuestra identidad femenina programada.

Una de las paradojas de la maternidad es la sensación de ser la que mejor cuida de mis hijas porque soy su madre, y al mismo tiempo de que nadie lo haría mejor que yo porque mi angustia psíquica ya es (y cada día más y más) su angustia psíquica, pero tal vez crecer puede considerarse un proceso de ir encajando las heridas de las personas que más te quieren. Al cabo de todas estas experiencias, cada vez tengo más claro que soy una madre bastante buena y que tengo dos hijas felices y sanas que se están construyendo unos sólidos cimientos para trabajar creativamente con el dolor que padecen.

Della estaba viendo la tele y haciéndose miles de nudos minúsculos en el pelo de la coronilla. Me voy a fregar los platos en la cocina y me pide que le desenrede el pelo. Le respondo que espere unos minutos a que acabe de fregar para secarme las manos y ayudarla. Me anuncia que va a

cortarse una maraña de pelo porque no puede esperar. Le recomiendo enérgicamente que no lo haga, que se le van a formar remolinos. Entra a zancadas en el cuarto de baño, coge unas tijeras de uñas y de un tijeretazo se lo corta todo. Coge el nudo de pelo recién cortado, lo pega a una barra de labios mía y me lo da como regalo. Al resto del pelo que sale disparado en vertical de la coronilla de su cabeza lo ha bautizado su «pavo».

Adoro el amor y el afecto que mis hijas dan a la edad que tienen ahora. Me encanta sentir que me necesitan y me quieren y que soy totalmente insustituible. También es muy interesante para mí conseguir relajarme lo suficiente para escuchar atentamente lo que piensan de las cosas. Puede resultar muy placentero disfrutar de su misteriosa presencia. Conforme Alice se acerca a la adolescencia, me siento esperanzada al ver que está mucho mejor preparada que yo (a su edad) para lidiar con los inevitables desafíos sociales y psicológicos que le depara el futuro.

Anoche Della se puso a llorar repentinamente, como es habitual, porque antes de irse a dormir la hiperactividad la lleva a hacer unas cuantas gansadas. «Siento que me falta algo —gritaba—. No sé lo que es, pero me falta algo.» Le dije que viniera y la abracé. No dije nada para contrarrestar su sentimiento.

He pensado que la decisión de tener hijos es un mecanismo de defensa premeditado contra el dolor de la pérdida; una forma de prolongar la posibilidad de obtener amor incondicional y la atención que me faltaron de pequeña. La paradoja está en que, desde el momento en que di a luz, la maternidad ha sido para mí un lento y continuo proceso de dejarse llevar, de soltarse… una pequeña pérdida día tras día mientras mis hijas dejan de pertenecer poco a poco a mi cuerpo y se hacen más autónomas con el tiempo. Al final, la maternidad ha sido para mí un catalizador en el curso del accidentado proceso de aceptación de la inevitabilidad de la pérdida y de la progresiva liberación de los mecanismos de defensa contra los sentimientos dolorosos. Este proceso me ha permitido estar más presente con mis hijas y ha abierto las puertas del espacio psíquico necesarias para crear mi obra.

EL COMIENZO

(1997)

Mona Simpson

Mona Simpson (de soltera Jandali, Green Bay, Wisconsin, 1957) es hija de un profesor de Economía sirio y una mujer estadounidense. Antes de casarse, sus padres tuvieron un niño que dieron en adopción (y que, con el apellido de sus padres adoptivos, acabaría siendo el creador de Apple, Steve Jobs). Estudió Poesía en Berkeley (Universidad de California) y trabajó como editora en *The Paris Review*. Entre sus novelas, de corte autobiográfico la mayoría, cabe mencionar *A cualquier otro lugar* (1986), *The Lost Father* (1992), *A Regular Guy* (1996) y *Casebook* (2014). El artículo que aquí reproducimos («Beginning») se incluyó en *Child of Mine: Writers Talk About the First Year of Motherhood*, editado por Christina Baker Kline (Hyperion, Nueva York, 1997).

Mis padres eran jóvenes cuando nacieron sus hijos. Esto es probablemente lo único que podría reprocharles. Con todo, en aquella época, su juventud me llenaba de orgullo: mi madre llevaba vestidos cortos muy modernos; ambos habían vivido en ciudades grandes, en otro país. Conocí otros padres mayores que ellos, y nunca pensé en cambiarlos por los míos, por mucha paz y orden que se respirara en su cocina, por muy pacientemente que se sucedieran los días en su vida. La mayoría nacemos con la capacidad de amar aquello que ya tenemos.

La casa donde vivíamos estaba en medio del campo, y el cielo era gigante. A menudo me mandaban fuera a jugar con otros niños, como hacían con los perros. Corríamos. Kilómetros diarios, gritándonos unos a otros, ni en el buen sentido ni en el malo. En aquellos tiempos, el Servicio Geológico de Estados Unidos tomaba medidas y registraba nuestra zona del país, y también algunos agrimensores privados. Se

construían autopistas. Las tierras de cultivo se transformaban en ciudades, se distribuían las carreteras, las cubrían de alquitrán, después de cemento. Eran unas carreteras que llevaban a callejones sin salida, donde se erigían casas nuevas revestidas de colores pálidos y tonos tierra. De vez en cuando los trabajadores olvidaban las herramientas, y por la noche, los fines de semana, nosotros las encontrábamos. Las tuberías se convertían en túneles, los altos trigales en nuestros escondrijos; el paso del tren, cuatro veces al día, era nuestra ilusión más temida.

Los mayores se enteraban de muy poco, la verdad, solo sabían que tenían que llamarnos para volver a casa, desde el porche, puestos en pie y bebiendo de una taza.

Supongo que les preocupaba todo lo que pudiera ser un riesgo para nosotros. Recuerdo que, cuando salíamos de paseo, me señalaban los posibles peligros con el tono grave, bajo y didáctico que adoptaban siempre que hablaban de cosas que, en la felicidad de la infancia, nosotros, los más pequeños, no podíamos entender. Los trenes eran una amenaza, como los coches y, extrañamente, también los desconocidos. Cuando un padre se dirigía a un grupo para hablar de estas cosas, cada vez que pronunciaba la palabra «desconocido» miraba a una niña.

También había caballos que soltaban coces, postes con cables electrificados, acequias en las que podían ahogarse los niños que no sabían nadar. Jugábamos en un granero abandonado, donde trepábamos hasta nueve metros del suelo por unos tablones que podían ceder con nuestro peso. Pero nunca ocurrió nada. Y ni un solo niño de nuestra calle murió jugando. Ni siquiera hubo alguno gravemente herido.

Y era una calle sin niñeras, solo había madres, por lo común de cinco hijos o más. No tengo recuerdos de paseantes, tampoco de un solo cochecito. Las mujeres dejaban a los niños pequeños en el suelo, a menudo tumbados sobre una manta vieja en el prado. Ni una sola de estas casas estaba «a prueba de niño».

En fin, vivíamos a la intemperie prácticamente todas las horas que estábamos despiertos.

Mi infancia, como la de muchos, estuvo llena de días excelsos y otros llenos de privaciones de cuya existencia me percaté cuando acabaron, muchos años después. En mi casa no había libros, solo un televisor de esos antiguos empotrado en un armario que nos entretuvo años y años con los programas de *National Geographic*. Hoy no podría reproducir con exactitud para mi hijo los beneficios que me reportó la infancia, de la misma manera en que no podría devolver la vida a mis abuelos para que fueran los suyos.

De todos modos, tampoco desearía para mi hijo la vida adulta de mis compañeros de juego de aquellos callejones sin salida. Cuatro niños partieron a Vietnam. Uno estuvo años en la cárcel. Otro se pegó un tiro en la sien con un arma de aire comprimido, cinco años después de volver del sudeste de Asia. Me acuerdo bien de él, una tarde tras otra, sentado horas y horas en una plaza de cemento que hacía las veces de porche, mientras su madre intentaba enseñarle a leer. Era un chico corpulento, de orejas enormes y un rostro que expresaba claramente sus deseos. Lo conocía bien; todos lo conocíamos. Se llamaba Dicky.

A las niñas les fue mejor. Están todas vivas. Y algunas tienen hijos.

Mi hijo nació cuando yo tenía treinta y seis años. Y a pesar de que mi ginecóloga me aseguraba que yo era una de las madres embarazadas más jóvenes que atendía, también era cierto que en otra época o en otro lugar, o incluso aquí y ahora, pero con otra educación, como la de la familia de quince manzanas más arriba, o la de la calle 125 de enfrente, podría fácilmente estar a punto de ser abuela.

Ojalá supiera darle a mi hijo la misma libertad de la que disfruté de pequeña, a pesar de que ahora mismo no estoy segura de en qué consistía esa libertad. Tal vez era la tierra, su pureza y su tamaño, la manera de correr hasta desplomarnos en el suelo sintiendo los latidos en el pecho como campanadas, bajo un cielo que giraba como un tiovivo. El campo tenía sus lindes. Ni siquiera recuerdo que me advirtieran de no cruzar la autopista o las vías del ferrocarril. Pero tal vez esa libertad no tenía nada que ver con la vida al aire libre. Tal vez era el placer de pasar inadvertida, de que nos dejaran en paz.

Cerca de donde vivo hay un parque muy especial donde nos refugiamos a menudo. Es un espacio con árboles centenarios, poblado de viejos sicomoros que se agitan con el viento, con sus cortezas misteriosas y unas ramas bajas por donde trepar o recostarse para dormir. Casi todas las casas próximas a este refugio son de madera, muy caras, como corresponde al vecindario, y cuando paso por allí siempre conduzco muy despacio mientras imagino cómo sería mi vida dentro de una de ellas. Aun así, es un parque pequeño que se podría recorrer en menos de diez minutos.

Y tal vez no son esos parques urbanos acolchados y tan concurridos los que coartan la libertad de mi hijo, ni los cerrojos de los armarios o de las puertas de nuestra casa. Son tal vez las historias que no puedo quitarme de la cabeza del niño de Manhattan que murió por tragarse un botón, o la del niño de dos años que se ahogó en la bañera porque su madre corrió a meter la ropa mojada en la secadora al oír el pitido de la lavadora.

Mis padres no decidieron tenerme. Cada uno me ha contado, a su manera, por qué el otro no quería un hijo «entonces», y cómo les cogió por sorpresa el embarazo. Él decía que ella quería terminar sus estudios, licenciarse. Ella dice que él solo quería niños varones.

Probablemente la verdad fuera que habían ocurrido demasiadas cosas: una muerte, una boda, un nacimiento. Los dos necesitaban reponerse, disfrutar de una época de paz y tranquilidad. No la tuvieron. Me tuvieron a mí.

Aun sabiendo que mis padres no pretendían tener un hijo ni rezaban para conseguirlo, como hizo una conocida antes de que naciera su único hijo, nunca me sentí una niña no deseada. En primer lugar, ellos no fueron los únicos responsables de mí. Yo vivía con mi abuela, y frecuentaba mucho a una tía, a un tío y a mis primos.

Tampoco me sentí no deseada por mis padres, una vez que llegué al mundo. En la calle, yo era la niña pequeña de los vestidos ridículos y cursis, normalmente de color blanco, con lacito incluido. Por otro lado, las madres más prácticas se reían de mi atuendo, prácticamente en mis narices. Me molestaba un poco, pero también me permitía adoptar un cierto aire de superioridad, como si alguien me hubiera susurrado al oído que me aguardaba un futuro maravilloso.

Incluso a los treinta años, si me hubieran preguntado cuántos niños habría querido tener, habría dicho que cuatro. Pese a mi imprecisa y desdibujada sensación de «querer tener hijos», ese «algún día» implícito nunca parecía acercarse a mi presente. Así, el deseo de tener cuatro hijos a mis quince años todavía asomaba a medio plazo cuando tenía veinte, veinticinco y treinta. Nunca sentí esa urgente punzada de… *ahora*.

Fue tal vez la forma de mi madre de vivir su vida lo que me hizo pensar que tener un hijo es el equivalente doméstico a una revolución. Cuesta mucho decidirse a firmar la anulación completa de tu vida tal como la conoces. Mi madre me decía a menudo que su vida habría sido muy distinta sin hijos, y era claro y patente que no mentía. No conozco ni a una sola mujer de su generación que no lo viviera como ella.

Los niños eran el destino. Que todavía lo sean, o que siempre lo serán, es una cuestión que las mujeres de mi generación nunca dejarán de plantearse en las conversaciones que tenemos esperando que se ponga verde un semáforo, de camino a algún lugar sin relevancia en sí mismo, o en los constantes viajes de ida y vuelta con los chicos, esos viajes de nunca acabar.

Las personas toman decisiones como hacen todo lo demás en la vida. Algunos no podrían tomar la «decisión» de concebir un hijo, pero sí seguir adelante con un embarazo una vez que la concepción se haya

producido, aun por error.

En nuestra cultura, se hace extraño el momento en que empezamos a hablar de «decidir» tener hijos, cuando verdaderamente no podemos «decidir» tener un hijo ni tampoco si preferimos nacer, o morir. Como muchas de las revelaciones que vienen con una transformación, nuestra única elección es negarnos. No podemos elegir el nacimiento, el amor, o el embarazo: solo podemos decidir seguir el camino de lo incierto, o el contrario.

Recuerdo, cuando aprendía a leer, la emoción que sentí al ver que me resultaba fácil.

¿Soy acaso la única niña de Estados Unidos que aprendió el alfabeto gracias a la sopa Campbell? Pegábamos las letras en el borde del cuenco. Primero mi nombre. Mi abuela me enseñaba, y era tan fácil como pestañear, como tragar; de pronto, aparecía la palabra completa. Cuando leía una palabra por primera vez en el borde del cuenco, mi abuela la escribía luego por todas partes. Con la punta del dedo, de noche, sobre el vaho de la ventana. «¿Qué dice aquí?» O en el dorso de un pedazo de papel, con un bolígrafo, menudo como un dedo meñique.

¿Qué palabras me enseñó? Azul. Amarillo. Barco.

En presencia de mis padres no funcionaba igual. No es que yo no viera la palabra ni que no supiera leerla. Yo la veía, la sabía leer, pero pensaba que la respuesta era demasiado obvia. La verdadera solución tenía que estar oculta, tenía que ser más difícil.

Solo al cabo de los años logré aprobar los exámenes, cuando dejé de buscar secretos en cada pregunta, una de las trabas que heredé de mis padres.

Una mujer que conozco poco me confesó un día que guardaba a su recién nacido en un cajón del armario ropero. Siempre imagino mi infancia como algo así. Mis padres apenas se expresaban cuando ejercieron de padres. Tuvieron los hijos demasiado jóvenes, en medio de mil cosas. ¿Qué cosas? Esta era la pregunta que siempre nos rondaba por la cabeza.

Lo cual no significa que no fuera querida, reconocida: lo fui.

A veces envidio su osadía, esos «de repente» que caracterizaron su juventud.

Mis padres estaban en «la flor de la vida», y todos lo sabíamos. Su vida era lo que realmente importaba en casa. Se la jugaban de verdad: conseguir un trabajo o perderlo, ganar dinero, forjarse la vida. Supongo que, viéndolo ahora, la verdadera intriga no estaba donde parecía estar —en el dinero—, sino en el amor. *¿Tiene este matrimonio alguna posibilidad de salvarse*?

Todavía no habíamos pisado el verdadero campo de batalla. Si ganábamos o perdíamos, era todavía en la mesa de la cocina, frente a los fideos que aún colgaban de los bordes del cuenco de sopa. Vivíamos en la periferia de la casa, pero nos quedamos con la casa cuando ellos se fueron y la transformamos toda. Conocíamos la casa mejor que ellos, lo que había dentro de cada cajón, detrás de cada almohadón. Abuelos y niños nos cruzábamos allí, en los momentos de tranquilidad.

Ahora sé lo que no sabía entonces: éramos nosotros quienes les dábamos importancia. La razón de que fuera tan importante si aquel matrimonio duraba o no éramos nosotros.

Éramos las pizarras en blanco donde se anotaban y quedaban registrados los éxitos y los fracasos. Niños: éramos las apuestas.

Como madre, incluso de un chico joven, tengo muchas veces la sensación de tirar de un peso, esa gravedad natural inherente a la misma función de madre. Mi matrimonio, mi muerte, mis éxitos o mis fracasos, mi bondad o maldad cotidianas, todo el conjunto cobra más relevancia, porque recaerá sobre una persona distinta a mí, tan fundamental y decisiva.

Evidentemente nuestros padres también lo sabían, y lo hicieron lo mejor que supieron, sobre la marcha. A menudo pienso que me gustaría que mi hijo disfrutara de la misma sensación que teníamos los tres niños y yo cuando corríamos por largos caminos, sin destino fijo y relacionándonos con los animales que veíamos. Pero ahora no vivimos en el campo, y tal vez incluso en el campo la vida de los niños de hoy tiene una estructura mucho más ordenada.

Por eso le dejo pasar tanto tiempo fuera, bajo la lluvia, más que a los otros niños del barrio, y jugamos a perseguirnos por nuestro pequeño parque, embadurnados de barro, con la esperanza de que todo lo que nos ofrece este mundo en que vivimos le baste. Y seguro que así será, porque, aunque hoy me pertenece nada más que un pedazo de este mundo, después será todo para él.

PARA MOLLY, QUE SE VA A LA UNIVERSIDAD

(agosto de 1997)

Joan Snyder

Joan Snyder (Highland Park, Nueva Jersey, 1940) es pintora. Fundó en 1971 la Mary H. Dana Women Artist Series, una exposición ambulante para dar a conocer a antiguas y nuevas mujeres artistas. Colaboró asiduamente en la revista *Heresies: A Feminist Publication on Art and Politics* (١٩٧٧-١٩٩٣). Sus obras figuran en el catálogo del Museo de Arte Moderno, el Museo Metropolitano y el Museo Whitney de Nueva York y en muchos otros museos de Estados Unidos.

Es mi parte más profunda la que no quiere que te vayas
Es mi parte más frívola la que te dice adiós
contenta de no ser responsable
de una niña todo el santo día

Es la parte racional la que sabe
que te estás haciendo mayor y necesitas
ser independiente

Es mami la que quiere irse contigo y
protegerte a cada paso

Es mi parte orgullosa la que piensa
que he criado a una hija inteligente, fuerte y
casi siempre dispuesta a dejar el nido

Es el nido: ¿qué pasa con el nido?
Que puedo verlo y protegerlo.

Es la de cincuenta y siete años la que necesita hacer yoga
más deprisa que el tiempo para tener la fuerza
para seguir pintando sin pensar en su hija

Estos años son duros y tú los llevas
bien: un puente entre la niña y la adulta joven

Trillado auténtico doloroso cierto maravilloso claro
ve vuelve ve vuelve ve

Y ¿cómo se ve todo desde tu
perspectiva, desde donde tú estás?

Tuve una madre que nunca se apartó
de su camino por mí, ni una sola vez
y aun menos por problemas o líos

Así que si me paso de la raya
perdóname —soy consciente— lo sé

(Gracias a Dios por Maggie) Cómo Llegó
Eso Ahí: Quien crea que
es fácil no lo ha hecho
Nuestros vínculos son profundos y fuertes
Somos las afortunadas a quienes
esto les parece tremendo.

APUNTES SOBRE LOS PRIMEROS MESES DE MATERNIDAD

(1998)

Vivian Montgomery

Vivian Montgomery y su marido John vivieron cinco años aislados en el nordeste de Iowa, dedicados a la música y a la crianza de su hijo Ezra. Luego se trasladaron a Cleveland.

1. El Elemento Erróneo

Hoy he leído el relato confesional de una progre sobre su pasión por la Virgen María. De todo lo que tenía que decir, casi nada me ha convencido, excepto la vacuidad y la inquietud que la incitaron a la búsqueda del amor en semejante icono: el Elemento Erróneo. Entonces lo he entendido. Vivo con el Elemento Erróneo, tiene un sitio en mi casa, esté donde esté la casa. Es lo que me obliga a pensar que todas las cosas tienen que estar limpias y ordenadas antes de decidirme a hacer algo en serio; lo que me da la esperanza de que cada palabra que escriba en la página sea bella y sorprendente, lo que me hace que me esté toqueteando la pupa de las comisuras de los labios, lo que me empuja ardorosamente a dejar la ciudad antes de que se cumpla la temida fecha límite de tres años de estancia.

El Elemento Erróneo se me presentó en un tremendo episodio de inseguridad a principios del año académico 1980-1981 en la Universidad Sarah Lawrence y, desde entonces, se ha emperrado en perseguirme. Me fui al cabo de dos años, pero Ann Arbor no estaba lo bastante lejos para que el Elemento Erróneo no diera conmigo. Tres años allí, cinco casas; tres años en Boston, siete casas; tres años más en Ann Arbor, cuatro casas; después Pittsburgh otros dos años, dos más en Nashville, y ahora estoy aquí, en esta casa, con una vida, un hijo, un hueco inexplicable en el alma, y el Elemento Erróneo, que no ha faltado en ninguna de las casas. Ahora es una presencia sólida, una

casi-criatura que siempre tengo en cuenta cuando voy y vengo por la casa. A veces me tengo que sentar para organizarme y armarme de valor, urdir estrategias y encontrar una forma de pasar de largo y seguir.

Las casas se convierten en cápsulas, en la versión material de la confusión y la rabia que llevamos dentro. Aquí está todo por terminar, como en las catedrales, pero sin la gloria de Dios que justifica su infinitud. He aquí la paradoja de la fuerza con la que siento estos días la presencia del Elemento Erróneo en esta casa. Resulta que convive con el elemento más idóneo, el único al que no me urge abandonar, mi hijo pequeño, Ezra. Él es quien me revela lo continuo, lo permanente, lo certero, y a veces creo que ya estoy preparada para desterrar el Elemento Erróneo, por fin. Pero en lo más hondo sé que siempre formará parte de mí, que será un estorbo, un eterno objeto de autocrítica, abstracto y farragoso.

Cada vez me doy más cuenta de que necesito enumerar lo que amo, concretamente lo que tengo a la vista. Es como rezar el rosario o la oración del Señor. Un peñasco en la otra orilla del río, con motas otoñales de amarillo y marrón. Una luz del cielo que penetra en un vacío casi siempre azul. Unas tablas para cortar incrustadas en la encimera de madera oscura de la cocina. Unos objetos que me recuerdan épocas más brillantes, como los diccionarios de frases yidis, las conchas marinas sobre las estanterías y unas fotos en la puerta de la nevera, o los muelles metálicos y el juego de naipes Bauhaus. Y también esas rarezas modernas de hoy, ponis de peluche, muñecas de trapo homologadas, y anillos de plástico color pastel que al agitarlos emiten un sonsonete divino. Un horario matinal que persevera en su constancia más que cualquier hábito con el que haya fantaseado jamás en mis mejores épocas de productividad. Y, si presto atención y me aplico, hay una hora en la mañana en la que mantenemos a raya al Elemento Erróneo, Ezra y yo, solos, mientras construimos nuestro mundo.

2. Tomar posesión

Hoy hace nueve meses: lleva en este mundo el mismo tiempo que estuvo dentro de mí. Y forma parte de todo lo que le rodea en la misma medida que forma parte de mí. Ha tomado posesión: de los gatos, los muebles, sus juguetes, su ropa, de la música que escucha, del latido de su papá. Anoche se reía sin parar cuando yo imitaba los sonidos de su amigo Charlie y su galimatías, una especie de exclamación samurái que responde a pequeñas sorpresas. Después de acostarlo, sentí una euforia latente, casi molesta, como la sensación que te abruma cuando te hacen un regalo demasiado voluminoso o te dan una noticia extraordinaria, o cuando alguien a quien has mirado

con indiferencia te confiesa su amor. No son estas cosas en sí mismas la causa de la euforia, sino el instante posterior en el que, por un segundo, te olvidas de lo que acabas de sentir, y luego reaparece; como si me inyectaran una sustancia química en las venas en ese instante entre el olvido y el recuerdo. Fue su risa la que despertó esta sensación, y no tengo palabras para describir el alivio que sentí al acordarme de que había sido él, mi hijo, mi carga, quien la había despertado. Y no un nuevo clavicémbalo, ni un ingreso de 10.000 dólares en la cuenta, ni una oferta de trabajo, ni alguna mirada embriagadora: solo él y nadie más que él, con sus nueve meses y pico devorando el aire que le envuelve.

3. La habitación de Van Gogh

En la revista *National Geographic* sale una foto de la habitación del desván donde murió Van Gogh: una silla, un caballete y un rayo de sol que atraviesa el polvo. Es lo que sigue ahí cuando lo poco que queda de la historia se ha ido desvaneciendo con el paso del tiempo y con su relato, repetido una y otra vez, cada vez más abreviado. No es que sea yo Van Gogh ni que vaya a poner fin a mi vida abruptamente pegándome un tiro en la sien, pero todavía temo que también se desvanezcan los recuerdos de mis momentos aquí, en esta casa gris y azulada.

Dentro de unos años, ¿qué quedará en la habitación, cuando este episodio oscuro de mi vida sea apenas una historia muy remota, casi una tragedia, con un final, un nudo y una moraleja? Una cinta magnetofónica emitiendo sonidos distorsionados como prueba de la existencia de una banda de Iowa que improvisa con su música klezmer: y yo, la medio judía, otorgándole una mínima credibilidad con los trinos de mi acordeón entre *kvitches* fingidos y una mandolina que ejecuta ostinatos *bluegrass*. Y un edredón, que mi hermana bordó cuando nació mi hijo, con un mapa del nordeste de Iowa, poblado de ríos de seda que fluyen curvilíneos, finos y estilizados, de una sensualidad que no abunda por estos lares. Ella le pidió a mi padre que fotografiara nuestra casa, y la imagen está superpuesta justo en el punto donde figura esta ciudad en el mapa, un lugar no muy lejos de Minnesota, pero fatalmente lejos de todo lo demás. En las esquinas se ven unos cerdos de tamaño aumentado con un tono de piel parecido al de Ezra y, si imaginamos el gran edredón abandonado en una sala vacía, nos revela que Ezra siempre será de este lugar, que ha nacido aquí: el eco de una vocecita estridente en este valle.

4. Mira, mamá, puedo verme a mí misma

Ahora ya sé cómo funciona eso de dejar las superficies limpias. A las ocho me siento con un lápiz y aprovecho los breves momentos de

la mañana en los que mi niño vive fascinado delante de *Barrio Sésamo*. Ya ha pasado una hora y media y la he dedicado principalmente a las tareas matutinas de fregar, pasar la bayeta, en fin, de restregar como una loca las superficies resecas llenas de suciedad del día anterior. Me levanto, bajo a la cocina e inmediatamente detecto manchas en la encimera: las migas de pan brillan como la criptonita contra el fondo de madera. Noto los residuos en el suelo de linóleo bajo mis pies descalzos: últimamente parecen dos excursionistas inspeccionando el Sendero de los Apalaches en una noche cargada de misterio. En cuestión de segundos, saco la bayeta y la escoba, y ataco. El culito del niño pequeño, su cara cubierta de restos de yogur y cereales, sus manos empapadas de zumo de cereza, las mías llenas de él: todo necesita un buen repaso de algún paño húmedo buscando, inútilmente, una superficie lisa, inmaculada, sin obstáculos.

Perduran también los recuerdos de otras mujeres, de antes de que supiera que tendría la oportunidad de convertirme en la mujer que soy, y me acuerdo vívidamente de su forma de limpiar. La madre de un antiguo novio de Filadelfia guardaba los cepillos de dientes en fila y cada uno tenía la función de restregar los rincones de una determinada habitación. Diez años después, la madre de dos de mis alumnos de piano, una pintora caótica y alocada, trabajaba en el sótano de su edificio, en un taller que parecía un campo de batalla, pero ella vivía en el piso superior, en un apartamento con moqueta blanca, muebles blancos, tapices blancos en las paredes, y unas encimeras, unos espejos y unas puertas de armario muy relucientes. Al menos la separación era visible, intencionada: la pulcritud de su apartamento parecía una broma absurda más que una oración inaudita y desesperada.

¿Qué decir de la suegra que se disculpa porque todavía no ha aspirado las junturas de los zócalos ESE DÍA? ¿A qué podría dedicarse sino a las cuatro motas de polvo de las partes más inferiores y recónditas de las paredes que la rodean? ¿Qué otra cosa podría salvarla de este deseo interminable de lustrar superficies y liberarlas de la mugre del mundo?

Ahora pienso en mi propia madre, una mujer por suerte incapaz de anularse, que fregaba todas las semanas el suelo de la cocina, con aire infeliz, porque siempre estaba sucio y desgastado. Y recuerdo aquellos domingos por la mañana, cuando el tubo del aspirador se metía con rabia por la ranura de la puerta de mi dormitorio, señal no solo de que me había acostado demasiado tarde, sino de que el suelo, las paredes y cualquier superficie plana bajo su control estaban sitiados. Todavía bendigo aquellas tardes de domingo en las que mi madre salía a dar una vuelta en coche, normalmente para ver algún pequeño museo de Nueva Inglaterra, donde deambulaba por las salas, absorbiendo los

colores, las formas y la energía de aquellos cuadros colgados en unas impecables paredes blancas.

PRERROGATIVA DE MUJER

(1999)

Mary Gaitskill

Mary Gaitskill (Lexington, Kentucky, 1954) es profesora invitada de Literatura en el McKenna College de Claremont (California), después de haber enseñado en la Universidad de Berkeley, de Nueva York y de Syracuse, entre otras. Es autora de novelas como *Two Girls, Fat and Thin* (1988), *Veronica* (2005) y *The Mare* (2015), de libros de cuentos como *Mal comportamiento* (1988) y *Because They Want To* (1997), y del ensayo *Somebody with a Little Hammer* (2017). Una primera versión del artículo que aquí reproducimos («A Woman's Prerogative») se publicó en el número de septiembre de 1999 de la revista *Elle*.

Nunca he querido tener hijos. De pequeñita, la idea no me tentaba lo más mínimo. Cuando mi abuela me dijo que un día cambiaría de opinión, le respondí que no tendría hijos en un tono tan convincente que por lo visto la dejé asombrada, teniendo en cuenta que yo era una niña de ocho años. Recuerdo perfectamente el momento, porque lo que le dije es lo que de verdad pensaba, de un modo que superaba la propia capacidad de entendimiento de una niña.

A los veinte años, todavía lo pensaba, y así se lo dije a un novio que tuve dos meses, a quien ofendí mucho. «¿No crees que es una idea muy egoísta?», me preguntó. Yo me ofendí todavía más; le dije que se fuera a la mierda, di media vuelta y me largué furiosa al ver que se había creído con derecho a juzgarme por algo que me afectaba exclusivamente a mí. El asunto de la maternidad para mí estaba claro y lo siguió estando muchos años. No tenía la sensación de estar sacrificando la maternidad en aras de mi carrera de escritora o de mi independencia. Era más un sentimiento visceral: simplemente no quería tener. La falta de deseo era tan fuerte que a veces la idea me asqueaba. En la universidad, un día nos pasaron unas diapositivas de

mujeres dando a luz y, para mi sorpresa y bochorno, en lugar de mostrar un interés respetuoso, se me revolvió el estómago y sentí horror. No me gustaba sentirme así, pero mis pensamientos se volvieron todavía más obvios.

Hoy tengo cuarenta y cuatro años. Sigo sin querer tener hijos, pero mis ideas y mis sentimientos son ahora más complejos. Hace muy poco tiempo que ha dejado de repugnarme pensar en el embarazo e incluso he llegado a considerar la posibilidad, pero enseguida siento un apremiante rechazo, un «no» esencial. Últimamente me he preguntado por qué: mi propia madre adoraba estar embarazada y ser madre. Mi hermana casada, que cuida de mi madre más que yo, tiene muchas ganas de tener hijos. No me sorprendería que compartieran en secreto esa pregunta que me hizo aquel novio de dos meses sobre el egoísmo; y a veces la pregunta me la hago yo. La respuesta sigue siendo no: no creo que sea egoísta no querer procrear en un mundo enormemente superpoblado. (De hecho, tener hijos solo por no ser egoísta sí que me parece un acto realmente egoísta.) Pero esta respuesta es muy ajustada y racional. Y la pregunta, demasiado fácil.

A mis treinta y tantos estaba rodeada de mujeres desesperadas por tener hijos. Aunque estoy segura de que habrían preferido encontrar la pareja ideal, estas mujeres no expresaban el deseo de tener un hijo de un hombre en concreto: simplemente querían un hijo. La magnitud de su necesidad me confundía, confieso que incluso me molestaba; las mujeres que yo conocía con semejantes ansias eran, para decirlo sin rodeos, las mujeres emocionalmente más ineptas que conocía. Una no sabía ocuparse de sus gatos, otra a duras penas se ocupaba de sí misma, había estado internada repetidas veces. Eran mujeres muy ambiciosas que de los veinte a los treinta habían estado persiguiendo licenciaturas y novios, mujeres que habían querido, como se dice, «tenerlo todo». Aunque me lo callaba, a veces me parecía que eran bastante egoístas con ese empeño en sentirse «completas». Yo me daba cuenta de que su deseo era bastante «normal», tal vez más normal que mi falta de él, pero había algo un poco desquiciado en él, algo que no parecía vinculado con el amor con la vida. Se parecía más al miedo, a una sensación de desajuste, incluso a la rabia. En esa época un amigo mío me contó que una de sus novias quería tener un hijo con él. En un momento dado, le dijo que, si no tenía un hijo suyo, lo iba a odiar para siempre. Como ha señalado Susan Faludi en *Blacklash*, de repente los medios se vieron invadidos por personajes femeninos con una vida fracasada por no haberse casado ni haber tenido hijos. En mi opinión, Faludi acertó al detectar una violenta hostilidad contra las mujeres en buena parte de esas representaciones, tan cargadas que casi acababan siendo propaganda. Pero tales personajes, aunque en muchos casos

exagerados, no habían sido inventados por misóginos; yo los veía por todas partes en la vida real.

No es mi intención menospreciar a estas mujeres criadas con la idea de que lo podían tener todo, sino que además tenían que serlo todo: diosas del sexo, mujeres de carrera y madres. ¿Quién podía culparlas por su confusión, no saber qué querían en realidad o porque sus necesidades fuesen irreales? Una de ellas finalmente se casó y, cuando me llamó para decirme que estaba embarazada, su voz sonaba tan feliz que por primera vez reconsideré mi actitud. Me pregunté si habría sido mezquina al pensar que, dado que padecía un trastorno mental, no debía tener hijos. Sus motivos habían sido tal vez oscuros o incluso egoístas, pero las motivaciones humanas raras veces son puras. Sé que acabé siendo escritora en parte por miedo y por sensación de desajuste y no creo ser la única que lo admite. Sin duda, mucha gente que conocí cuando tenía veintitantos años se sorprendió al ver que había empezado a escribir: ¡pensaban que era inepta! Cuando mi amiga me llamó para decirme que había parido me alegré por ella. Al acabar la conversación, dijo: «¿Estás segura de que no quieres tener un niño? ¿Estás segura?». Le dije que sí pero, cuando colgué el teléfono, me pregunté, por primera vez, si no me estaba engañando.

Entonces pensé en cómo sería esta experiencia, y me obligué a no eludir el asunto como es costumbre. Me imaginé en lo posible, embarazada de una niña, pariendo, cogiéndola en brazos, alzándola. Para mi sorpresa, pude imaginarlo agradablemente, incluso enamorarme de la idea. No obstante, una parte considerable de la escena que imaginaba era un compañero a quien pudiera querer lo suficiente para desear que fuera él quien me dejara embarazada. Ni siquiera había llegado a conocer a esa persona, y tampoco, a decir verdad, trataba seriamente de encontrarla. Pero ahora creo que, si hubiera encontrado a alguien así a mis veinte o treinta años, es posible que hubiera tenido ganas de tener un hijo. Ser parte de una familia (suponiendo que pudiéramos ser una familia: muchas no lo consiguen) sería una experiencia de una relación profunda, un compromiso biológico con una parte de la vida que es más grande que nosotros y que nos sobrevivirá, la esencia reproductiva animal de la naturaleza. Los padres encarnan ese compromiso de infinitas y pequeñas maneras: a fin de comunicarse con los niños se necesitan el sonido, la expresión y el tacto, imperativos físicos que los adultos tienden a olvidar (en esta cultura, siempre). Una familia llega a conocerse a través de una intimidad profundamente física que va más allá de las palabras. Este tipo de conocimiento puede recibirse como algo negativo o positivo, pero en cualquier caso es muy poderoso. Lo sé porque lo viví de niña. Y, al recordarlo, me invadió una sensación de tristeza y fracaso al saber que no tendría una experiencia semejante

de adulta.

Sin embargo, es obvio por qué no conocí a un hombre con el que me quisiera casar a los veinte años: la idea que yo tenía entonces del matrimonio y de la domesticidad era aburrida, incluso repugnante. Buscaba aventuras e intensidad y si esto era bueno o malo era una preocupación secundaria. No solo iba en busca de sensaciones agradables: quería vivir una experiencia primordial, un choque fundamental con otra persona que me condujera directamente a lo más hondo de su ser, y que esta otra persona me condujera al mío. Hasta que medité profundamente, muchos años después, no fui capaz de imaginar que el matrimonio también podía ser una experiencia intensa.

Algunos dirían: «Qué tragedia». Pero parece absurdo comparar lo que en realidad ocurrió con una hipótesis, o un ideal. Si me hubiera casado y hubiera sido madre, mi vida habría tomado un rumbo que ahora me resulta difícil imaginar: una cosa es verlo en general o como una serie de sentimientos, y otra muy distinta verlo y sentirlo día a día, con sus momentos de frustración y de resentimiento, incluso tal vez de desesperación. Estoy convencida de que, si tuviera una familia no escribiría, y para mí esto sería la pérdida más grande. Algunas mujeres pueden hacer las dos cosas; yo sé que no.

Y, sinceramente, no sé si una vida en familia sería más intensa o más profunda. Solo sé que hubiera sido diferente. Al fin y al cabo, la maternidad no garantiza necesariamente una experiencia profunda de la vida: una vez una mujer me dijo que tuvo a su hija porque creía que iba a darle «más sentido» a su vida y que gracias a ella sería mejor artista. Ni uno solo de los dos supuestos se hizo realidad y ahora tiene una hija de cuatro años que no quiere. Y está rabiosa, tanto que me lo hizo saber al minuto de conocernos. Esta situación, afortunadamente, no es muy habitual. Pero hay gente que habla de tener hijos como si fuera a apuntarse a un curso de autoayuda para mejorar como persona: «Tener un hijo me ha hecho una persona más profunda», dicen, como si después de haber seguido el manual de instrucciones y hecho todos los ejercicios, ahora tuvieran la recompensa de ser mejores, de ser gente más sana. Me doy cuenta de que esto no excluye necesariamente querer de verdad al niño. La gente ha tenido hijos porque sí casi toda la historia de la humanidad, y en algunos casos los padres se han enriquecido ejerciendo su función a su manera. Pero esas consecuencias no son inevitables.

No volví a pensar en la maternidad hasta unos meses más tarde. Llevaba días sin poder dormir y estaba tan desquiciada que decidí ponerme a meditar sobre lo que me tenía en vela. Empecé a preguntarme repetidas veces por qué no podía dormir; no esperaba

una respuesta racional ni tampoco la obtuve. No conseguí más que una serie de imágenes, la mayoría inocuas e indescifrables. No cejé en el intento; era como ir sacando capas una tras otra, hasta que una imagen, muy potente, hizo mella en mi ojo interior. Es difícil de describir porque era abstracta, difusa, y además tenía un movimiento continuo e intrincado. Era parecida a las formas que se ven por un calidoscopio, solo que transmitía una sensación más orgánica. Me hizo pensar en una clase de inteligencia primigenia, como un enjambre o una colmena de insectos. No era benévola ni nociva. Era solamente femenina.

Comprendí que lo que no me dejaba dormir era una imagen y entonces intenté averiguar cómo era. Vi tallos, raíces, vainas abriéndose de par en par, oleadas de movimiento grandes y abstractas. Finalmente, se me ocurrió una palabra: procrear. Pensé: ¿quedarse embarazada? La respuesta fue sí, creo que puede funcionar, pero no tiene que ser un embarazo físico. De nuevo vi imágenes de tallos apuntando hacia arriba, de interminables extensiones de hierba y plantas que crecían a cámara rápida. Parecían apuntar a algo que estaba más allá de mí. Con una especie de lógica de sueño, les pedí ayuda, les pedí que me dieran la capacidad de hacer, a escala humana, lo que me estaban enseñando. No podemos hacerlo, me respondieron sin rodeos. Eres demasiado pequeña ahora. Si te la diéramos, te rompería.

Fue casi como una advertencia a la niña inmadura a quien le asqueaba la idea del parto, un recordatorio de la necesidad de crecer. Por primera vez comprendí lo que querían decir las mujeres cuando decían que necesitaban un hijo para sentirse «realizadas». Había algo en mí que pedía claramente realización, y era, creo, la parte de mí capacitada para ser madre. Pero no requería un hijo literalmente, era más bien ese poder de madre, pero utilizado para otra cosa que no fuera necesariamente el alumbramiento de un niño. De un modo u otro, era una fuerza que estaba pidiendo a gritos ser aprovechada.

Me di cuenta de que la iluminación y los pensamientos que me inspiró seguramente serían menospreciados por quienes creen que tener hijos es la única manera de que una persona se haga adulta, una opinión que he oído más de una vez: mucha gente se muestra resentida o desconfiada, incluso furiosa, con las mujeres que no quieren ser madres. A veces me acuerdo de este resentimiento, por ejemplo, cuando un amigo que tiene hijos me habla de padres que no dejan de hablarle de lo insignificante y vacía que debe ser la vida de sus amigos que no tienen hijos. O también me acuerdo cuando alguien se siente obligado a decir que la maternidad es la única forma para la mujer de encontrar la felicidad, como afirmó un poeta con el que cené

recientemente. Una vez me entrevistó una mujer que estaba escribiendo un reportaje sobre maternidad y creatividad; dijo que quería entrevistar, para «equilibrar», a mujeres que habían decidido no ser madres. Hablé con ella principalmente porque quería explicarle las conclusiones de mi meditación, que para mí giraban en torno a precisamente la maternidad y la creatividad. Cuando se publicó el reportaje, yo era la única que no era madre entre media docena de mujeres y salía diciendo que nunca había querido tener hijos porque el «embarazo me daba asco»; lo más complejo y profundo se omitió. Frente a las demás mujeres, retratadas al completo y con detalle, mi postura se presentaba artificialmente en el otro extremo. El texto, que sería publicado en una revista de Internet, terminaba con este apunte de una de las mujeres: «Esta es la belleza de no tener hijos. Ni siquiera sabías que tu corazón estaba cerrado».

¿Por qué una mujer va a despreciar el corazón de otra mujer que ha elegido algo diferente a ella, y además con una compasión tan poco razonable? Es fácil responder en tono de superioridad moral a la superioridad moral, y yo solía despreciar a la gente que pronunciaba estos crueles juicios de valor sobre la gente sin hijos. Pero, después de haber meditado cómo sería una vida con hijos, ahora casi llego a entender por qué algunas personas pueden sentir desconcierto, o incluso desconfianza, ante una mujer que ha decidido no vivir una experiencia semejante. Casi llego a entenderlo del todo cuando veo a una mujer compartiendo un momento de intimidad con un niño pequeño; el amor físico y la ternura que desprenden es a veces palpable. En momentos así, ya sé por qué la gente se pregunta: ¿quién puede negarse a esta ternura? ¿Cómo es posible que una mujer que toma esta decisión no sienta su vida empobrecida?

Son preguntas que siempre han estado en el aire, cuando no directamente formuladas. Pero creo que en la década pasada, en este país, el tono de las preguntas ha adquirido un peso y una hostilidad que deja entrever cierta desesperación.

Alcancé la mayoría de edad en un momento en que la conducta sexual que durante siglos se había considerado degradante e inmoral empezaba a volverse no solo aceptable, sino idealizada: a las mujeres se les permitía disfrutar del sexo por puro placer, al margen de la procreación, una actitud hasta entonces relegada únicamente a mujeres despreciables y/o peligrosas. Las mujeres jóvenes y bellas, sensuales, sin hijos, siempre han sido idealizadas de una manera romántica. Pero antes también existía la idea de que la belleza joven y sexual era parte de un continuo en el camino a la madurez, que tradicionalmente significaba embarazo y maternidad. En los años setenta, en Hollywood y en *Playboy*, parecía no haber continuidad

entre la chica sexi y su futuro potencial de madre. Nació el ideal de la esbeltez adolescente, difícil de alcanzar para una mujer madura, y prácticamente imposible para una madre. (Twiggy, Edie Sedgwick y Mia Farrow, los tres primeros iconos de esta nueva tendencia, parecían tres niñitas adorables que volvían obscenos los pechos caídos y el vientre flácido de una madre. La joven Mia Farrow se convirtió en la perfecta heroína de los años sesenta con la película de terror de Polanski *La semilla del diablo*, una pesadilla de embarazo adolescente visto como una violación brutal, dañina y esclavizadora.) Las representaciones públicas de la sexualidad eran vehementes y pueriles, y deslumbraban por su celebración de juventud y belleza. En este contexto, se estimulaba en todo momento el instinto sexual, pero desvinculado de su función original, y la maternidad empezó a infravalorarse.

Es típico culpar al feminismo de esta infravaloración, pero no creo que las feministas fueran las causantes. Creo que el producto no deliberado, por un motivo u otro, el carácter desnaturalizado de la vida moderna acabó dando muy mala impresión. Creo que la malísima impresión que tenemos ahora se debe, en buena parte, al redescubrimiento febril de la maternidad. Es ahora costumbre aceptada para las mujeres de treinta y tantos e incluso cuarenta años someterse a métodos dolorosos, invasivos y caros para quedarse embarazadas. Cuando el año pasado una mujer de más de sesenta consiguió dar a luz, algunas mujeres reaccionaron como si se hubieran alzado con una victoria feminista, como si esa señora hubiera ejercido el derecho a sentirse realizada. Las revistas se pirran por historias de actrices y estrellas del pop embarazadas, y las tratan como si estuvieran haciendo algo nunca visto. Es como si algo natural que antes hubiera estado reprimido regresara de una forma ligeramente distorsionada; semejante brote de entusiasmo suena demasido enérgico. No obstante, por debajo de esta histeria sentimental, creo que lo que se está intentado es recuperar un sentido profundo de la vida que en nuestros días corre peligro. La vida diaria se ha vuelto tan frenética y acelerada, tan desprovista de autenticidad, que la gente siente una necesidad legítima de volver a echar raíces. Pero es un error, y además banal, vincular todo a la biología.

Un relato de Alice Munro titulado *Vandals* [Vándalos] ilustra magníficamente la ira, incluso la rabia, que puede llegar a sentirse contra las mujeres que no cumplen su papel de madre, y no es una historia de maternidad biológica. Es una historia complicada que arranca desde el punto de vista de una mujer llamada Bea, de un sensualismo relajado y seductor: vive para sus amoríos y su última y más significativa aventura fue con un hombre duro y extraño llamado

Ladner, con quien vivió en una torre aislada. Al principio del cuento, Ladner acaba de morir y Bea escribe una larga carta a una mujer llamada Liza, que, de niña, había tenido una relación próxima con los dos. Luego el punto de vista se desplaza a Liza y así nos enteramos de que no tenía madre, pasaba días enteros con la pareja y de que estaba fascinada por él y, al parecer, enamorada de ella. Esta es Bea vista con los ojos de Liza:

> Bea se quitó el kimono y se quedó en su traje de baño de seda amarillo. Era una mujer bajita, con una cabellera morena de tintes grisáceos que le llegaba hasta los hombros. Tenía las cejas gruesas y oscuras, y su forma arqueada, como la de sus labios, cuyo dibujo transmitía dulzura y malhumor, suplicaba bondad y consuelo. El sol la había cubierto ligeramente de pecas y toda ella tenía un aire muy blandengue. Cuando bajaba la barbilla se le abolsaba la mandíbula y también los ojos. Era propensa a las bolsas y a las carnes caídas, a las marcas y abolladuras en la piel o en la carne, al resplandor violáceo de los capilares y a la apenas visible decoloración en los huecos y cavidades. Y, de hecho, Liza adoraba esta colección de imperfecciones, estos daños enigmáticos… A Bea, Liza no la valoraba ni la juzgaba de la misma manera que a otras personas. Pero esto no significaba que el amor de Liza por Bea fuera fácil o apacible; su amor era un amor que esperaba, pero no sabía qué.

El fragmento es tan sensual que al principio la atracción parece erótica. En un sentido sí es erótico, pero no sexualmente; es el erotismo feroz e inestable del amor madre-hija. La ternura de Bea, su necesidad de bondad, la vulnerabilidad de su cuerpo imperfecto, combinadas con el poder de su presencia femenina, son típicas de una madre: es bella incluso con defectos y, de hecho, los defectos vuelven su belleza más conmovedora. La niña espera y necesita que ella se comporte como madre, y lo espera de una forma instintiva.

Pero Bea no se comporta como una madre, sino como una coqueta, y, aunque es lo bastante sexi para estar a la altura, Ladner la trata con un desprecio que excita y a la vez horroriza a Liza, y que Bea ignora, o finge ignorar. Ladner trata a Liza también con cierto desprecio, a veces favoreciéndola, otras intimidándola. También abusa sexualmente de ella, quizá una vez, quizá más de una.

> Bea podía desprender seguridad si quería. Por supuesto que podía. Lo único que se necesita, en su caso, es convertirse en otro tipo de mujer, una de esas que llevan las cosas a rajatabla, que destacan, arrolladoras, enérgicas e intolerantes. Nada de

eso. Prohibido. Sé buena. La mujer que los podía rescatar, que podía volverlos buenos a todos, y hacer que lo siguieran siendo.

Bea no ve qué misión le ha sido encomendada.

Liza es la única que ve.

A pesar de la bondad eterna de Bea con Liza (acaba mandándola a la universidad), la Liza adulta, acompañada por un novio pasivo, se regodea malignamente destrozando la casa de Bea. Y entendemos por qué: al fracasar en «desprender seguridad», en reclamar su fuerza legítima, Bea ha fracasado en el intento de ser madre, un fracaso que la niña vive como una horrible traición. No es un fracaso en dar a luz; de hecho, Bea no podía dar a luz a Liza y aun así le había fallado igualmente. Y, sin dar a luz, podría haber actuado como madre y proteger a la niña.

El cuento no juzga a Bea, a quien Munro retrata con humor y simpatía; no es justo que tenga que ser el objeto de los peores ataques de ira de Liza cuando el que causó el verdadero daño fue Ladner. Y, sin embargo, queda claro por qué los aguanta. En la descripción de Bea con su traje de baño, vemos que, incluso en su vulnerabilidad, lo que alberga es tan poderoso que parece insoportablemente errado que no lo saque a relucir, aunque podamos comprender todas las razones sociales por las que no lo hace, o no es capaz de hacerlo. El cuento trata de la enorme importancia de la maternidad y, al mismo tiempo, de cómo la figura de la madre puede manifestarse con fuerza en formas no literales.

La repugnancia que sentía al principio cuando pensaba en el embarazo era probablemente una reacción de niña primitiva y con miedo a los cambios sumamente radicales que se producen en el cuerpo durante la gestación; el miedo es lo que suele esconderse detrás del asco. Pero también creo que asocié el embarazo y la maternidad a una serie de emociones con las que me sentía profundamente incómoda, a incipientes, abrumadoras necesidades que imprevisiblemente puedan surgir, por ambas partes, en una relación entre madre e hijo, y que a veces pueden vivirse como una traición. No me refiero a flagrantes ejercicios de poder o a malos tratos. El amor y la intimidad entre seres humanos ya son de por sí problemáticos. Parte de la fuerza de la maternidad, paradójicamente, reside en la vulnerabilidad de la madre. Una mujer con su recién nacido en brazos debe esar «atravesada» por la ternura, por la sensibilidad, por los mismos sentimientos que experimenta el niño. Los sentimientos son maravillosos pero también hacen daño, porque

apuntan indirectamente a la pérdida, a la edad, a la muerte y al dolor de la emotividad femenina.

Esta fusión con la condición de madre es el acontecimiento central de la vida para muchas mujeres, un acontecimiento que ansían reproducir siendo ellas también madres. Pero mi reacción fue la de separar, apartarme de la simbiosis con la madre para acercarme al padre. No estoy hablando de mis padres en sentido literal; cuando pienso en arquetipos masculinos y femeninos, el femenino es la tierra y el masculino el cielo. A mí me resultó más fácil conectar con el cielo, que para mí es una metáfora de ingravidez, aventura y energía mental. Mi padre es de una naturaleza muy intelectual y me la ha transmitido; fue un gran regalo, pero no pude disfrutarlo plenamente porque necesitaba enraizarme en las cualidades de la tierra, y tampoco pude sumergirme ahí plenamente. Dediqué mucho esfuerzo a echar raíces en las relaciones, pero al mismo tiempo esos intentos fueron lentos, incluso perversos, porque carecían de cualidad maternal.

Poco a poco he descubierto que necesito esta cualidad, aunque nunca vaya a dar a luz. Por supuesto, siempre la tuve, creo que todas las mujeres la tienen, pero no me daba cuenta. Desde que he empezado a reconocerla en mí, he cambiado asombrosamente en algunos aspectos: por ejemplo, matrimonio y/o intimidad ya no me parecen conceptos aburridos. Lo cual no significa que necesite casarme o que me volveré loca si no lo hago, esta no es la cuestión. Lo importante es que me relaciono con el mundo con ternura. Y en esto le estoy agradecida finalmente a mi madre: es posible que me haya alejado de ella, pero lo que ella me dio todavía está ahí, tenía la solidez suficiente para ablandarme y sentirme apoyada por dentro. Gracias a ella, ha sido seguro volver.

Para ser sincera, si fuera diez años más joven, tal vez consideraría tener un hijo, pero no estoy segura. No obstante, teniendo en cuenta quién soy yo ahora, es más que suficiente dejar que esta fuente de energía recién descubierta se manifieste en cualquiera de sus formas, en un trabajo imaginativo o en otras relaciones. Tal vez me resulte fácil decir esto porque nunca tuve una necesidad física real de reproducirme. Pero la fuente procreativa que intuí en mi meditación es realmente demasiado dinámica para limitarse a una única vía de expresión. Me encanta saber que tengo esta fuente dentro de mí.

RELATOS

AQUÍ ME TIENES, PLANCHANDO

(1956)

Tillie Olsen

Tillie Olsen (Wahoo, Nebraska, 1912-Oakland, California, 2007), líder sindical, activista comunista en la década de 1930, reportera, publicó su primer libro en 1961, *Dime una adivinanza (Tell Me a Riddle)*, cuatro cuentos unidos por personajes de una misma familia; uno de ellos, el que da título al libro, ganó ese año el Premio O. Henry, y otro («I Stand Here Ironing») es el que reproducimos a continuación (el cuento se había publicado antes, en 1956, en la revista *Prairie Schooner* de la Universidad de Nebraska, con el título de «Help Her to Believe»). En 1978 su estudio *Silences*, sobre los períodos de silencio de los escritores y las dificultades para escribir de las mujeres y la clase obrera, no tardó en convertirse en un pequeño clásico. Fue profesora en el Amherst College, en el MIT, en la Universidad de Stanford y en el Kenyon College. Entre otros galardones recibió el Premio a la Distinguida Aportación a la Literatura Americana concedido por la Academia Americana y los Institutos de Artes y Letras Americanas.

Pues aquí me tienes, planchando, y lo que me pides va y viene, dolorosamente, con la plancha.

—A ver si tienes un momento y vienes a hablar conmigo de tu hija. Estoy seguro de que puedes ayudarme a entenderla. Es una jovencita que necesita ayuda y yo tengo mucho interés en ayudarla.

—Que necesita ayuda… Aunque habláramos, ¿qué iba a cambiar? ¿Te crees que porque soy su madre tengo alguna clave o que podría servirte de clave, no sé cómo? Tiene ya diecinueve años. Ha tenido una vida fuera de mí, lejos de mí.

Y ¿cuándo hay tiempo para recordar, analizar, sopesar, calcular y echar la cuenta? Me pondré a hacerlo, alguien me interrumpirá y habrá que empezar otra vez. O me quedaré empantanada con todo lo

que hice y no hice, con lo que tendría que haber sido y lo que ya no puede remediarse.

Era preciosa de pequeña. La primera y única de los cinco que fue guapa cuando nació. Ni siquiera te imaginas lo nuevo y difícil que es hoy para ella. No la conociste en aquellos años en que la tenían por fea, ni la viste absorta con las fotos de cuando era pequeña, obligándome a que le dijera una y otra vez lo guapa que había sido —y lo que sería, según le decía yo—, y lo mucho que todavía lo era para quien tuviese buen ojo. Pero los buenos ojos eran escasos o inexistentes. Incluidos los míos.

Yo la amamanté. Hoy en día se cree que eso es importante. Di de mamar a todos los niños, pero con ella, a pesar de la feroz resistencia del primer parto, me porté como decían los manuales de entonces. Y, aunque sus gritos me trastornaban y los pechos me dolían de la hinchazón, yo esperaba hasta el momento exacto.

¿Por qué digo esto en primer lugar? Ni siquiera sé si es importante o si explica algo.

De pequeña era preciosa. Le salían de la boca radiantes burbujas sonoras. Le encantaba el movimiento, le encantaba la luz, le encantaban los colores, la música, el dibujo de las telas. En el suelo, con el babero azul, lo golpeaba con tanta fuerza, en tal éxtasis, que las manos y los pies ni se le veían. Para mí era un milagro, pero cuando cumplió los ocho meses tuve que dejarla el día entero con la señora de abajo, para quien desde luego no era ningún milagro, ya que yo trabajaba o buscaba trabajo y al padre de Emily, que «ya no aguantaba —según decía en su carta de despedida— compartir la miseria con nosotras».

Yo tenía diecinueve años. Era la época de la gran crisis, antes de la descongestión y de la WPA[118]. Echaba a correr en cuanto bajaba del tranvía, subía corriendo las escaleras, la casa olía a rancio, y me despertaba o me dormía para despertar con un sobresalto; cuando ella me veía rompía a llorar con un llanto entrecortado que nada podía calmar, un llanto que aún oigo.

Al cabo de un tiempo encontré un empleo nocturno, así que podía estar con ella de día y todo fue mejor. Pero al final tuve que llevarla con la familia de él y abandonarla.

Tardé en reunir el dinero para su billete de vuelta. Entonces cogió la varicela y tuve que esperar. Cuando por fin volvió, apenas la conocía con aquellos andares rápidos y nerviosos, como su padre, tan parecida a su padre, delgada, con un vestido rojo de lana barata que le amarilleaba la piel y se le reflejaba en los hoyuelos de la varicela. Había desaparecido todo su encanto infantil.

Tenía dos años: edad suficiente para la guardería, según decían, y yo no sabía entonces lo que sé ahora: el cansancio de todo un largo

día y los roces de la vida en común de esa clase de guarderías que no son más que lugares para aparcar niños.

Claro que habría dado más o menos igual que lo hubiera sabido. No había otro sitio. Era la única manera de estar juntas, la única forma de que yo conservara un empleo.

Y, aun sin saberlo, lo sabía. Yo sabía que la maestra era una víbora porque se me ha quedado grabado todos estos años en la memoria, el niño encogido en un rincón, ella diciendo con voz áspera: «¿Por qué no sales? ¿Porque Alvin te pega? Este no es motivo, sal, cagona». Yo sabía que Emily detestaba la guardería aunque no se agarrase suplicando: «Mamá, no te vayas» como hacían los demás niños todas las mañanas.

Siempre tenía pretextos para que nos quedáramos en casa. Mamá, tienes mala cara. Mami, me encuentro mal. Mami, hoy no van las señoritas, están enfermas. Mami, no se puede ir, anoche hubo un incendio. Mami, me han dicho que hoy es fiesta y que no hay cole.

Pero nunca una queja directa, jamás la rebelión. Pienso en los otros cuatro a sus tres y cuatro años, los estallidos, el mal genio, las protestas, las exigencias, y enseguida me pongo enferma. Dejo la plancha. ¿Qué había en mí que despertaba en ella tanta bondad? Y ¿cuál era el precio, el precio que pagaba ella por tal bondad?

El viejo que vivía en mi mismo rellano dijo una vez con aquella dulzura suya:

—Tendría usted que sonreír más a Emily cuando la mira.

¿Qué había en mi cara cuando la miraba? Yo la adoraba. Solo había amor en ella.

Únicamente con los demás niños me acordé de lo que el viejo había dicho, y era una cara alegre y no preocupada o nerviosa o triste lo que les mostraba, demasiado tarde para Emily. No sonríe mucho, por no decir nada, mientras que sus hermanos y hermanas sí lo hacen. Tiene la cara hermética y sombría, pero, cuando quiere, es muy expresiva. Tienes que haberla visto cuando hace pantomimas, tú conoces esa rara capacidad suya para hacer reír en el escenario y que arranca risas de un público tan cariñoso que aplaude sin parar y no quiere que se marche.

¿De dónde ha salido esa capacidad para lo cómico? No había en ella nada parecido cuando volvió a mi lado por segunda vez, después de que nuevamente la alejase de mí. Ya tenía un nuevo padre a quien querer y pienso que acaso fue una época mejor.

Excepto cuando la dejábamos sola por la noche, y nos decíamos que ya era lo bastante mayor.

—¿Por qué no te vas en otro momento, mamá, por ejemplo mañana? —me decía—. ¿Verdad que volverás enseguida? ¿Me lo

prometes?

Cuando volvíamos, la puerta de la calle abierta, el reloj en el suelo del recibidor. Ella, despierta y tensa.

—No has vuelto enseguida. No he llorado. Te he llamado tres veces, solo tres veces y entonces he bajado corriendo a abrir la puerta para que pudieras entrar más deprisa. El reloj hablaba muy alto. Lo he tirado al suelo, me asustaba lo que decía.

Repitió que el reloj había vuelto a hablar muy alto la noche en que fui al hospital para tener a Susan. Deliraba por la fiebre que sube antes del sarampión, pero estuvo totalmente lúcida la semana que yo pasé fuera y la semana después de volver a casa, cuando no se nos podía acercar ni a la nueva pequeña ni a mí.

No crecía bien. Estaba en los huesos, no quería comer y tenía pesadillas todas las noches. Me llamaba y yo me despertaba exhausta para decirle con voz soñolienta:

—No pasa nada, cariño, duérmete, no es más que un sueño. —Y, si insistía, le decía con voz más severa—: Vamos, duérmete, Emily, nadie va a hacerte daño.

Dos veces, solo dos veces, cuando de todos modos tenía que levantarme por Susan, me senté con ella en su cama.

Ahora, cuando ya es demasiado tarde (como si ella me dejara tenerla abrazada y tranquilizarla igual que hago con los otros), me levanto y voy a verla en cuanto oigo que se queja o se remueve intranquila.

—¿Estás despierta, Emily? ¿Quieres que te prepare algo?

La respuesta siempre es la misma:

—No, madre, estoy bien. Vuelve a la cama.

En la clínica me convencieron de que la enviase a una casa de reposo en el campo, donde «tendrá la comida y las atenciones que usted no puede darle, y podrá usted dedicarse a la nueva criatura». Aún siguen mandando niños a ese sitio. En las páginas de sociedad veo fotos de jóvenes muy arregladas que preparan fiestas para recaudar dinero, o que bailan en las fiestas, o que decoran huevos de Pascua, o que hacen regalos navideños a los niños.

Nunca hay fotos de los niños, por lo que no sé si las chicas siguen llevando esos enormes lazos rojos y poniendo esa cara desolada de los domingos, en que los padres podían ir de visita «a no ser que se disponga lo contrario»… tal como se dispuso las seis primeras semanas.

Oh, es un lugar hermoso, hierba verde, árboles altos y ondulados macizos de flores. En la terraza de cada casa, están los niños, las chicas con su lazo rojo y su vestido blanco, los niños con traje blanco y enorme corbata roja. Los padres se quedan abajo, desgañitándose

para que les oigan, y los niños se desgañitan para que les oigan, y entre ellos el muro invisible: «No contaminar con microbios paternos ni con afecto corporal».

Había una niña pequeñita que siempre iba cogida de la mano de Emily. Sus padres nunca la visitaban. En la visita siguiente ya no estaba.

—La han cambiado a Rose Cottage —gritó Emily para explicar su ausencia—. No les gusta que se quiera aquí a nadie.

Cierta semana me escribió, con la trabajosa caligrafía de los siete años. «Estoy bien. Cómo está la niña. Si escribo bien la carta, me ganaré una estrella. Besos.» No ganó ninguna estrella. Nos escribimos todos los días, cartas que ella no habría podido ni entender ni retener, solo conseguir que se las leyeran… una sola vez.

—El caso es que no hay sitio para que los niños guarden objetos personales —nos explicaron con paciencia cuando un domingo unimos nuestros gritos para decir lo mucho que significaría para Emily, que adoraba tener cosas, que se le permitiera conservar las cartas y postales.

Cada visita parecía más débil.

—No come —nos decían.

(Para desayunar les daban huevos revueltos casi crudos o gachas con grumos. Emily diría después: «Me lo dejaba en la boca sin tragarlo. Nada sabía bien, solo cuando daban pollo».)

Nos costó ocho meses que nos la devolvieran y solo el hecho de que hubiera recuperado tan poco de los tres kilos y medio perdidos convenció a la asistenta social.

Yo la cogía en mis brazos y la mimaba cuando la tuve de nuevo en casa, pero su cuerpo seguía igual de rígido y al cabo de un rato me rechazaba. Comía poco. La comida le daba náuseas, y también muchas cosas de la vida, pensaba yo. Tenía un cuerpo ligero y ágil, corría como una exhalación con los patines, rebotaba como una pelota, arriba, abajo, arriba, abajo, cuando saltaba a la comba, sobrevolando el suelo; pero esto duró muy poco.

La atormentaba su físico, delgaducha, morena y de aire extranjero en una época en que todas las niñas, al parecer, tenían que ser o creían ser una versión rubia y mofletuda de Shirley Temple. El timbre de la puerta sonaba a veces para ella, pero nadie parecía querer venir a casa a jugar o a ser su amiga. Tal vez porque nos mudábamos mucho.

Hubo un chico al que quiso mucho durante dos semestres escolares. Meses después me contaría que me había cogido unas monedas del bolso para comprarle golosinas.

—Lo que más le gustaba era el regaliz y yo le llevaba un poco

todos los días, pero él prefería a Jennifer. ¿Por qué, mami? —Esas preguntas para las que no hay respuesta.

La escuela fue difícil para ella. No era locuaz ni despierta en un mundo donde la locuacidad y la viveza se suelen confundir con la capacidad de aprender. Para sus irritados y cansados profesores era una niña «dura de mollera», muy tenaz, que se esforzaba por entender las cosas y se ausentaba demasiado a menudo.

Yo dejaba que faltase a clase, aunque a veces la enfermedad era imaginaria. Qué diferente mi inflexibilidad cuando eran los otros los que no querían ir. Yo no trabajaba. Teníamos una nueva niña y, de todos modos, me quedaba en casa. A veces, cuando Susan se hizo lo bastante mayor, le permitía faltar a la escuela para estar todas juntas.

Emily sufría frecuentes accesos de asma y su respiración, áspera y trabajosa, llenaba la casa con un sonido curiosamente sosegado. Le llevaba a la cama dos espejos de una cómoda vieja y las cajas en que guardaba sus colecciones. Coleccionaba cuentas y pendientes sueltos, chapas de botella y conchas, flores secas y guijarros, postales viejas y recortes, curiosidades de todo tipo; y jugaba con Susan al Kingdom, preparando paisajes y mobiliario, poblándolos de sucesos.

Eran las únicas ocasiones de camaradería pacífica entre ella y Susan. Me he ido alejando poco a poco de eso, de la cizaña que se metían, de ese horrible equilibrio entre heridas y necesidades comunes que tenía que establecer entre una y otra, y tan mal, aquellos primeros años.

Bueno, también hay conflictos entre los otros, son humanos y hay cosas que necesitan, cosas que exigen, daños que infligen, cosas que se ganan, pero entre Emily y Susan, no: en Emily había ese resentimiento lleno de saña contra Susan. Parece tan evidente, pero no lo es. Susan, la segunda, rolliza, de pelo rizado y rubio, vivaz, organizada, tranquila, todo lo que en físico y actitud no era Emily; Susan, incapaz de resistirse a los valiosos objetos de Emily, perdiéndolos o rompiéndolos a veces con torpeza; Susan, contando chistes y adivinanzas a cuantos la rodeaban, en busca de aplausos, mientras Emily guardaba silencio (para decirme a mí más tarde: «Era una adivinanza *mía*, madre, yo se la dije a Susan»); Susan, que a pesar de tener cinco años menos que Emily, estaba físicamente casi tan desarrollada como ella.

Me alegro de aquel desarrollo lento que aumentaba la diferencia con los otros niños de su edad, aunque ella sufría por esta causa. Era demasiado sensible para aquel mundo competitivo de alardes y pavoneos, de continua comparación con los demás, y de envidia. «Si yo fuera pelirroja.» «Si yo tuviera ese cutis.» Ya se martirizaba de sobra por no parecerse a las demás, tenía suficientes inseguridades —pensar las palabras antes de hablar, la preocupación constante por lo

que pensaban los demás—, para encima tener que soportar los impulsos despiadados del cuerpo.

Ronnie me llama. Se ha mojado y lo cambio de ropa. Es raro oír ahora tales gritos. Casi ha pasado ya para mí ese período de la maternidad en que el oído propio no es propio, sino que ha de estar siempre en continuo sufrimiento y a la escucha del llanto del niño, de la llamada del niño. Nos sentamos un rato, lo cojo y contemplo a lo lejos la planicie de la ciudad de carbón, con sus dúctiles pasillos de luz. «Shoogily», dice en voz baja, y se acurruca contra mí. Lo llevo otra vez a la cama, dormido ya. «Shoogily». Una palabra divertida, una palabra familiar, aprendida de Emily, inventada por ella para decir: «Estoy a gusto».

«En esto, como en otras cosas, ha dejado su huella», digo en voz alta. Y me sobresalto por decirlo. ¿De qué hablo? ¿Qué estoy intentando que encaje para que tenga cierta coherencia? Eran los terribles años. Los años de la guerra. No los recuerdo bien. Yo trabajaba, había ya cuatro más pequeños, no había tiempo para ella, que tenía que ayudar a ser madre, ama de casa, hacer la compra. Tenía que dejar su huella. Mañanas de crisis, cercanas a la histeria, peleando por hacer los bocadillos, cepillar el pelo, encontrar abrigos y zapatos, que todos llegaran a tiempo a la escuela o a la guardería, preparar al más pequeño para el traslado. Y siempre los papeles emborronados por alguno de los más pequeños, el libro que Susan había estado mirando y que no aparecía, las faenas domésticas sin hacer. Corriendo hacia la enorme escuela en que ella era solo ella, en que se sentía perdida, en que se sentía inútil; resintiéndose de su falta de preparación, tartamudeando, insegura en las clases.

Había tan poco tiempo por la noche, después de acostar a los niños. Se quemaba las cejas con los libros, comiendo siempre (fue por aquellos años cuando se le despertó el tremendo apetito que se hizo legendario en la familia), mientras yo debía estar planchando, o preparando la comida del día siguiente, o escribiendo a Bill, o atendiendo al más pequeño. A veces, para hacerme reír, o empujada por su propia desesperación, se ponía a imitar acontecimientos o personajes de la escuela.

—¿Por qué no haces algo así en los espectáculos del colegio? — creo que le dije una vez.

Una mañana me llamó al trabajo por teléfono, apenas se la entendía en medio del llanto.

—Madre, lo he hecho. He ganado, he ganado; me han dado el primer premio; me han aplaudido sin parar y no querían que me fuera.

De pronto era Alguien, y tan prisionera de su diferencia como lo había sido de su anonimato.

Empezaron a pedirle que actuase en otros institutos, incluso en universidades, luego en actos ciudadanos y a nivel regional. En la primera representación a la que fuimos solo la reconocí al principio, cuando, delgaducha, tímida, casi se ahoga entre las cortinas. Pero luego: ¿esa era Emily? El control, el dominio, las payasadas extremas y frenéticas, la fascinación, y después los rugidos, el clamor del público, que no quería apartar de su vida aquella rara y preciosa hilaridad.

Después: con unas cualidades así, algo tendrías que hacer con ellas… pero sin dinero ni saber cómo, ¿qué se puede hacer? La hemos cargado con toda la responsabilidad, y las cualidades se le han revuelto por dentro, atascado y coagulado tantas veces como se han aplicado y desarrollado.

Ahora viene. Sube los escalones de dos en dos, con su paso gracioso y ligero, y yo sé que esta noche es feliz. Fuera lo que fuera lo que ha hecho que me llames, no ha ocurrido.

—¿No vas a dejar de planchar nunca, madre? Whistler pintó a su madre en una mecedora. Yo tendría que pintar a la mía inclinada sobre una tabla de planchar. —Es una de sus noches comunicativas y me lo cuenta todo y nada mientras se prepara un plato con comida de la nevera.

Es tan encantadora. ¿Por qué quieres que vaya contigo?

¿Por qué te preocupas? Ya encontrará el camino. Sube por la escalera, camino de su dormitorio.

—Mañana no me despiertes cuando despiertes a los demás.

—Pero yo creía que tenías un examen parcial.

—Bah, eso —vuelve a entrar, me da un beso y dice muy animada —: Dentro de un par de años, cuando la bomba atómica nos haya matado a todos, dará lo mismo.

Ya lo ha dicho antes. Se lo *cree*. Pero, como he estado buceando en el pasado y todo lo que constituye un ser humano es tan fuerte y significativo en mí, esta noche no lo soporto.

Nunca haré balance. Nunca llegaré a decir: «Fue una niña a quien rara vez la gente sonreía». Su padre me dejó antes de que cumpliera un año. Yo tuve que trabajar durante sus primeros seis años, cuando había trabajo, o enviarla con la familia de su padre. Hubo años en que detestaba que se ocuparan de ella. Era morena, delgada y con aire extranjero en un mundo en que lo prestigioso era ser rubia, tener el pelo rizado y hoyuelos; era lenta donde lo que se valoraba era la locuacidad. Era la hija de un amor ansioso, sin orgullo. Éramos pobres y no podíamos darle los cimientos de un desarrollo fácil. Yo era una madre joven, era una madre distraída. Estaban los otros niños, que empujaban y pedían. Su hermana menor parecía todo lo que ella no

era. Hubo años en que no quiso que la tocara. Se encerraba demasiado en sí misma, su vida era de tal manera que tenía que encerrarse demasiado en sí misma. La sabiduría me llegó demasiado tarde. Lleva mucho dentro y probablemente sea poco lo que saldrá de ella. Es una criatura de su época, de la depresión, de la guerra, del miedo.

Dejadla en paz. Así no florecerá nada de cuanto hay en ella… pero ¿en cuántos ha florecido? Aún queda mucha vida por delante. Ayudadla únicamente a que sepa —a que haya motivos para que sepa — que hay algo más que este vestido en la tabla de planchar, indefenso bajo la plancha.

COSAS DE NIÑOS

(1956)

Grace Paley

Grace Paley (Nueva York, 1922-Thetford, Vermont, 2007), hija de inmigrantes rusos, activista pacifista y feminista, fue una de las grandes cuentistas de la literatura estadounidense del siglo xx. Sus cuentos se recogieron *enBatallas de amor (The Little Disturbances of Man*, 1956), *Enormes cambios en el último minuto* (1974), *Más tarde el mismo día* (1985) y el volumen *Cuentos completos* (1994). Publicó también dos libros de poesía y una selección de artículos titulada *Just As I Thought* (1998). Obtuvo el Premio Nacional del Libro de ficción en 1994 y el Premio Literario Lannan de ficción en 1997. El cuento que aquí reproducimos («A Subject of Childhood») se publicó por primera vez en 1956 en la colección *Batallas de amor*.

En casa un sábado y todos los sábados, Richard dibujaba esquemáticos hombrecitos de palo tamaño cuartilla que extendían los brazos. Tonto andaba con un caballo de plástico en la mano y lo llamaba Tonto porque tenía los ojos pintados de azul, igual que los suyos. Yo revisaba el dobladillo del vestido del año pasado para estar al día, chic y *au courant*, en plena primavera. Los desconocidos murmurarían:

—Miradla, está preciosa. ¿Quién será su modista?

Clifford se frotaba en la ducha, cantando una canción popular rusa. Con voz de tiple y agua fría dio el do de pecho y luego le oí flagelarse la espalda. Por fin, después de cuatro duchas calientes y tres frías, apareció humeante, fuerte y feliz en la sala. Tenía la cara redonda y sonrosada. La cabeza notablemente falta de pelo. ¿Había algo que impidiera que la lluvia o el agua de la ducha corriera ridículamente por su rostro? Sí, sus gruesas cejas morenas. Debajo de las cejas estaban sus ojos redondos y negros, asombrados. Clifford, gran amigo

mío, era inofensivo. Jamás le habría hecho daño a una mosca, y era vegetariano.

Se alegró al vernos, como siempre. Llevaba envuelta alrededor del cuerpo húmedo una toalla de baño muy grande.

—¡Aquí está el hombre! —gritó mientras dejaba caer la toalla. Y se quedó un momento así, resplandeciente y satisfecho. Richard y Tonto se quedaron mirándole.

—¡Haz el favor de taparte, por Dios, Clifford! —le dije.

—No te preocupes, Faith —dijo para tranquilizarme—, el mundo está cambiando.

De hecho, a Clifford apenas le preocupaba el decoro. No sabía ni para qué servía. Luego se asomó desde detrás de la planta de plástico donde habían caído sus pantalones y sus calzoncillos. Salió con ellos puestos y nos dijo:

—A ver si os despertáis de una vez. ¿Qué hacéis ganduleando por ahí? —Se agachó a darle unos golpecitos a Richard en la tripa y le dijo —: Tendrías que ejercitar estos músculos, chico. Despierta.

—Quiero dibujar, Clifford —dijo Richard.

—Tienes tiempo para dibujar los demás días. Aprovecha que estoy aquí. Puedes dibujar mañana. Ven, Rich, pelea conmigo. Pelea. Venga… a ver si me ganas. Y prepárate, Richy, que esta vez te voy a tumbar. ¡Allá voy!

—Allá voy *yo* —dijo Tonto, que tiró a un lado su caballo y descargó un golpe en los riñones de Clifford.

—¿Quién ha sido? —dijo Clifford—. ¿Quién ha sido el que me ha atacado por la espalda?

—Yo, yo —dijo Tonto dando brincos—. ¿Te ha dolido?

—Casi me matas, sí, señor, un buen golpe. Pero ahora voy por *ti* — dijo, girando sobre sus talones—. Voy a hacerte cosquillas, prepárate.

Levantó a Tonto por encima de su cabeza y después lo lanzó contra el blando sofá.

Richard se acercó de puntillas levantando en el aire el oso de peluche y le atizó a Clifford tres golpes en la cabeza.

—¡Socorro, asesinos! —gritó Clifford—. Todos contra mí. No puedo con ellos.

Richard le dio una patada en la barbilla.

—Se acabó —dijo Clifford—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera, chicos! ¡Fuera, fuera!

Tonto le escupió en pleno ojo. Clifford se limpió la mejilla, fingió desmayarse y logró esquivar un nuevo golpe del oso que blandía Richard. Tonto se montó en su espalda y le tiró de las orejas.

—¡Ay! —dijo Clifford.

Richard vio un tubo de pegamento en uno de los estantes de la

librería, lo cogió y se puso a lanzar el líquido viscoso, a chorros, contra el peludo pecho de Clifford.

—Soy un salvaje —dijo Richard—. Soy un salvaje.

—Yo también —dijo Tonto—. Soy el niño más salvaje de todo el parque —añadió tirando con fuerza de las orejas de Clifford—. Arre. Soy el niño que monta el elefante.

—¡Es un camello perezoso! —chilló Richard—. ¡Venga, a trabajar, camello!

—Haz ver que soy un duende, Clifford —aulló Tonto—. Levántate.

—Soy una serpiente venenosa —chilló Richard, que se tiró al suelo y se enroscó en la pierna de Clifford—. Soy una serpiente venenosa —repitió mientras apoyaba el mentón en el empeine de Clifford—. Soy una terrible serpiente venenosa.

Luego levantó la cabeza como una víbora (y ¿qué es sino una víbora?) y, después de un silbido, le dio al pobre Clifford un mordisco con sus incisivos recién estrenados en pleno talón izquierdo, precisamente su talón de Aquiles.

—¡Oh, no, no, no…! —gimió Clifford mientras se derrumbaba en el suelo.

—¡Mamá, mamá, mamá! —gritó Richard casi llorando porque Clifford se había caído con todo su peso encima de él.

Tonto chillaba, derribado de su montura, entre un lío de patas de mesa y de silla.

Primero cogí a Tonto y le abracé contra mi regazo.

—Mamá, me he hecho daño en la cabeza —sollozó—. Me gustaría estar dentro de ti.

Richard estaba tendido en el suelo como una serpiente aplastada; no lloraba, pero se había quedado sin respiración y estaba furioso.

¿Y Clifford? Había arrastrado su dolorida humanidad hasta un sillón y balbucía con la lengua ensangrentada, que se había mordido al caer:

—¡Esto es el colmo, Faith, el colmo!

Amoratados y llorosos, los niños convinieron en irse a la cama. Se les olvidó decir que era demasiado temprano. Se les olvidó exigir que les llevara sus osos. Se tumbaron el uno al lado del otro y se cogieron por el pulgar. Eran la imagen misma de ese amor que el mito, o la tradición, ha impuesto entre los hermanos.

Volví a la sala donde Clifford esperaba; tenía un cono, semejante al sombrero de un astrólogo, allí donde la piel de su tendón había sido perforada. Justamente allí convergían las energías universales. El sol estacionario y el aire sin vida en el que giran los planetas tenían ahora el poder de curarle, de obrar, cada uno de acuerdo con su singular

carácter, como una aspirina.

—Tenemos que hablar en serio —dijo—. No soporto a esos niños, la verdad. Ya sabes, Faith, que lo he intentado miles de veces. Pero no sé qué les has hecho. Has pervertido sus instintos, no sé. ¿Cómo puede ser que estuviéramos jugando la mar de divertidos, peleando y dando voces, y que haya terminado todo tan mal? Siempre tiene que acabar alguien haciéndose daño. Me he hecho daño de verdad, Faith. Habríamos podido jugar tranquilamente y divertirnos sin hacernos daño, pero no hay manera.

—¿Estás diciendo que si os habéis hecho daño es por culpa mía?

—Naturalmente que sí, Faith. Los has educado tan mal como has sabido.

—¿Sí? —le dije.

—Sí. Una educación horrible.

—¿Horrible? —le dije para darle una última oportunidad.

—¡Sí, Dios mío! ¡Peor que horrible! —dijo.

De ahí lo que sigue: un compendio de motivaciones y penas, mi vida hasta la fecha:

Es cierto que de lunes a viernes —dado mi éxito en el trabajo— mi ego está que arde. Soy una estrella incandescente; quien quiera que le dé calor es bienvenido. Las piedras cortantes, hechas de insultos, que vuelan completamente en esa ardiente atmósfera se consumen igual que meteoritos antes de tocarme. Ilesa, difundo a mi manera mi pequeño brillo termodinámico.

Pero los sábados por la mañana me enfrento en casa a la ley sociológica de la llamada Intrusión de los Incontrovertibles. He tenido que educar a estos niños con una sola mano mientras con la otra le daba a las teclas de la máquina de escribir para ganarme la vida. Los he educado yo sola, sin la presencia de un padre con quien pudieran identificarse en el baño, como los demás niños que juegan con ellos en el parque. Reíos, si queréis. La inclemencia del Destino me forzó a firmar un contrato leonino con la vida bohemia, o lo que queda de ella. Y he cumplido todas las cláusulas a pesar de las tentadoras ofertas que en forma de pantalones de esquí, clases de piano o entradas para rodeos me han hecho insistentemente mis amables parientes. Durante todo ese tiempo he cuidado y alimentado a Richard y a Tonto, les he enseñado a ir limpios y estar abiertos a las cosas que más interesan a los niños. De hecho, hemos progresado mucho y no necesitamos ir a escarbar en las cajas de ropa usada del Ejército de Salvación. He tenido la perversidad de hacerlo todo yo sola, menos el año en que su padre vivió en Chicago con Claudia Lowenstill y ella se horrorizó al ver que solo les mandaba una bicicleta el día en que cumplieron cinco años. A raíz de semejante hallazgo decidió pagarme

un año entero el gas, la electricidad, el alquiler y el teléfono. Pero un buen día Claudia lo pilló *in fraganti* iluminado por la cegadora luz de la verdad: era un gran tipo, siempre dispuesto a mentir y a adular y a salirse por la tangente. Ahora él vive en la dorada costa de otro continente, hechizado por la supervivencia de civilizaciones clandestinas. Los dramas domésticos ya no le afectan.

De todos modos, le di a Clifford una oportunidad de retractarse y volver a ser amigo mío.

—¿Horrible? ¿Crees que les he dado una educación horrible? —le pregunté.

Esta vez no se molestó en contestar porque estaba muy ocupado recogiendo su ropa por los diversos rincones de la sala.

Se me empezó a escapar el aire de los pulmones. El líquido de la pleura empezó a burbujear, pugnando por colarse, y habría muerto allí mismo de pleuresía —nada más lejos de mi intención— de no haber cogido mi mano un cenicero de cristal y, sin esperar a que yo tomara una decisión firme, habérselo arrojado.

Clifford buscaba a gatas los calcetines que se habían caído debajo del sillón la noche del viernes. Estaba de espaldas a mí y su cabeza quedaba al final de la trayectoria del cenicero. Y habría fallecido como un redomado idiota si no hubieran enturbiado mis ojos las lágrimas en el momento decisivo. Al final solo le arranqué un pedazo de lóbulo de oreja, al fin y al cabo, apenas un inútil vestigio de una fase superada de la evolución.

De todos modos, Clifford es una persona amable, un hombre con muy buena disposición. La visión de la sangre le dejó paralizado. Incorporó la mole de su cuerpo estremeciéndose y esperó de rodillas a que la Muerte, el Alguacil de la laguna Estigia, volviera a señalarle con el índice.

—No se le pueden decir cosas así a una mujer —susurré—. ¡Maldito burro! No hay que decirle cosas así a una mujer. ¡Lávate, imbécil, o te vas a desangrar!

Le dejé solo para que se hiciera un torniquete o se cuidase como Dios le diera a entender.

Entré en el dormitorio de puntillas para ver a los niños. Seguían durmiendo. Los tapé, le di un beso a Tonto, mi pequeño, y dije:

—¡Ya eres un hombrecito, Richard!

Y también le besé. Después me senté en el suelo y noté en la cara los pliegues de la manta de lana de Richard hasta que la respiración profunda y acompasada de mis hijos me calmó.

Al cabo de un par de horas, Richard y Tonto se despertaron y empezaron a pellizcarme y estornudar, primero de malhumor y luego

muy contentos. Se quedaron admirados de los milagros que había hecho con las tiritas para curarles las heridas. Richard tomó una sopa y Tonto jamón. No preguntaron por Clifford, porque este tenía su llave y entraba y salía cuando quería.

Esta llave estaba ahora en la tierra de la maceta de mi planta de caucho enana. Vacilé. De momento, no había nadie a quien me apeteciera dársela.

—¿Tenéis más hambre, chicos? —pregunté.

—No, señor —dijo Tonto—. Estoy hasta aquí —dijo, poniendo la mano horizontal a la altura de los ojos.

—Ya sé lo que podéis hacer —les dije. Había tenido súbitamente una gran idea—. Podéis bajar a jugar a la calle.

—Sin empujar, señorita —me dijo Richard.

Me asomé a la ventana. Cuatro pisos más abajo estaba Lester Stukopf, armado hasta los dientes, esperando la llegada del enemigo. Y, como quien no quiere la cosa, le di a Richard esa información secreta.

—¿Está solo? —preguntó Richard.

—Sí —le dije.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Richard mirándome triste—. Pero, recuérdalo, Faith, si bajo, es porque tengo ganas de bajar, y no porque tú me lo hayas dicho.

—Claro, claro —le dije.

—Yo me quedo —dijo Tonto.

—No seas bobo, Tonto, baja tú también. Hace un día muy bonito. Llévate las pistolas nuevas que te envió papá. Anda, Tonto.

—No. Detesto a Richard y detesto a Lester. Y no me gustan nada estas pistolas. Son pistolas de niño pequeño. Se cree que soy un bebé. Podrías mandarle una foto, a ver si se entera.

—Pero Tonto…

—Se cree que me chupo el dedo. Se cree que me hago pipí en la cama. Por eso me envía estas pistolas.

—Pero qué va, cariño, si ya eres un chico muy mayor. Todo el mundo sabe que has crecido mucho.

—Es pequeño —dijo Richard—. Y todavía se chupa el dedo y se hace pipí en la cama.

—Richard —le dije—. Richard, si esto es lo único que tienes que decir, prefiero que cierres la maldita boca. No creas que ayudas mucho a Tonto recordándoselo continuamente.

—Adiós —dijo Richard negándose a discutir y consciente de su categoría de primogénito. A veces se porta bastante mal, pero nunca es perezoso. Cuarenta y cinco segundos después, cuando ya estaba en el primer piso, subió corriendo las escaleras y me gritó desde la puerta

—: ¡Mientras no se mee en mi cama, me da igual!

Tonto no le oyó. Estaba limpiándose los dientes, que es una actividad a la que se dedica varias veces al día con la esperanza de que así se le caigan antes. Creo que se le empiezan a aflojar.

Me serví un café en la sala. Me instalé lo más cómodamente posible en el sillón, llené la taza blanca en la que pone MAMÁ y tiré la ceniza del pitillo en un cenicero de cerámica que había hecho Richard. Luego, mirando el radiante cuadrado de luz de la ventana, me pregunté con sensiblería: «¿Por qué la mujer se arrodilla delante del hombre para adorarlo?».

Justo cuando cerraba el signo de interrogación se acercó Tonto sin hacer ruido para decirme:

—Tengo que decirle una cosa a Richard, madre.

—No te asomes a esa ventana, Tonto. Por favor, ya sabes que me pone nerviosa.

—Tengo que decirle una cosa.

—No.

—Sí —dijo él—. Es importantísimo, Faith. Tengo que decírselo.

¿Cómo podía tolerarlo? Si se cayera, todo el mundo creería que era que no lo vigilaba porque estaba bebiendo cerveza en la cocina o poniéndome cremas en el tocador. Además, no quiero ni pensar en lo triste que me pondría. Mi abuela se pasó toda la vida llorando por una hija que se le murió de dolor de oído a los cinco años. Sus otros hijos, para entonces ya jubilados con una pensión federal o municipal, se acercaron a su lecho de muerte (mi abuela acababa de cumplir noventa y un años) y todavía la oyeron decir:

—Anita, Anita, intenta respirar, mi pequeña.

Así pues, con lágrimas en los ojos, le dije a Tonto:

—De acuerdo, yo te sostendré. Dile a Richie lo que tengas que decirle.

Tonto se lanzó al vacío y yo lo sujeté justo a tiempo por una rodilla.

—¡Richie! —chilló—. ¡Eh, Richie!

Richard levantó la cabeza y buscó la voz.

—Eh, oye, Richie. Estoy jugando con tu fuerte y tus soldados nuevos.

Dicho esto, cerró la ventana de golpe, como si desconociera las propiedades del cristal, y corrió al baño para volver a lavarse los dientes triunfalmente.

Con la boca llena de pasta me dijo, como si hiciera gárgaras:

—Te juro que está loco —y luego, en tono más bajo, añadió—: y se lo merece. Es un asqueroso.

—¡Tú también lo eres! —le grité, furiosa porque se había atrevido

a levantarle la voz a su hermano mientras yo suspiraba recordando la hija que había perdido mi abuela—. ¡Asqueroso!

Luego fui a su cuarto y le dije:

—Escúchame bien. Quiero que salgas de casa. Vete a jugar a la calle. Necesito estar sola diez minutos. Anthony, si te quedas, podría asesinarte.

Me miró y me echó el aliento con olor a menta. Se apoyó en un solo pie, levantó la cabeza para mirarme a los ojos y dijo:

—Bueno, mátame, Faith.

Me senté inmediatamente para que creyera que era de su mismo tamaño y dejara de torearme.

—Por favor —le dije con toda mi dulzura—, ve a jugar con tu hermano. Tengo que pensar.

—Me da igual. No tengo por qué ir adonde no me da la gana —dijo —. Quiero estar aquí, contigo.

—Por favor, Tonto, tengo que limpiar la casa. No podrás jugar ni hacer nada.

—No me importa —dijo—. Quiero estar contigo. Quiero estar a tu lado.

—Muy bien, Tonto. Muy bien. ¿Sabes qué? Vete a tu habitación un ratito, ¿eh?

—No —dijo mientras saltaba a mi regazo—. Quiero ser un niño pequeño y estar todo el rato a tu lado.

—¡Oh, Tonto! —dije—. ¡Por favor, Tonto!

Traté de quitármelo de la falda, pero me pasó el brazo alrededor del cuello, se hizo un ovillo en mi regazo, se metió el pulgar en la boca y se dispuso a ser un niño pequeño.

—¡Oh, Tonto! —exclamé. Ya desesperaba de no poder quedarme sola ni un minuto—. ¿Por qué no puedes ir a jugar con Richard? Te divertirás mucho.

—No —me dijo—. Me da igual que Richard se largue o que se largue Clifford. Que vayan adonde les dé la gana. Yo no me iré nunca. Me quedaré siempre contigo, a tu lado, Faith.

—¡Oh, Tonto! —le dije.

Tonto se sacó el dedo de la boca, abrió la mano del todo y me la puso en el pecho.

—Te quiero —me dijo.

—Y yo a ti —le dije—. Ya sé que me quieres, Anthony.

Y me puse a acunarle. Cerré los ojos y apoyé la cara en su cabeza morena. Pero el sol, siguiendo su curso, se asomó entre las torres de oficinas de la parte baja de la ciudad y, de repente, brilló sobre mí con toda su fuerza. Y luego, a través de los dedos gordos y cortos de mi hijo, enterrado para siempre, como un rey tras las rejas en Alcatraz,

mi corazón se iluminó, veteado.

BUEN GOBIERNO DE LA CASA[119]

(1973)

Rosellen Brown

Rosellen Brown (Filadelfia, 1939) es autora de novelas, entre ellas *Tender Mercies* (1978), *Civil Wars* (1984), *Antes y después* (1992), *Half a Heart* (2000) y *The Lake on Fire* (2018). También ha publicado poesía, un libro de cuentos titulado *Street Games* (1974) y *A Rosellen Brown Reader* (1992), miscelánea de ensayos, cuentos y poesía. «How to Win», un cuento sobre una madre y un hijo, fue incluido en 1999 en *The Best American Short Stories of the Century*, editado por John Updike. Ha recibido becas del Bunting Institute y de la Fundación Guggenheim, y también un premio del National Endowment for the Arts. Es profesora en el Programa de Escritura Creativa para Graduados del School of the Art Institute de Chicago. El cuento que aquí incluimos («Good Housekeeping»), escrito en 1973, se incluyó en *A Rosellen Brown Reader: Selected Poetry and Prose* (Middlebury College Press, Middlebury, 1992).

Se acercó tanto con el objetivo al trasero del bebé que de repente pensó: «Y ¿si se hace caca en la maldita cámara?». Pero logró disparar, le volvió a poner el pañal, bajó la persiana y cerró la puerta. Giró la cafetera para que una luz tenue cayera sobre el ligero brillo de los posos acumulados en uno de sus costados. La sostuvo por encima de la taza del retrete, y se inclinó para que la cámara no se reflejara en el círculo de agua. Una montaña de ropa sucia vista desde dentro. Zanahorias, chirivías, cebollas: entonces se detuvo, dejó la cámara, las peló todas y las tiró en un gran montón que habían formado sus propias peladuras curvas. Era precioso, los dedos vegetales, las traslúcidas y gruesas esferas de las cebollas como piedras pulidas, absoluta precisión geométrica sacada de una azarosa montaña de desechos, en primer plano.

Ella trabajaba muy rápido, a medida que se le ocurría la idea, antes de que remitiera la marea de posibilidades. Puso la cámara entre la ropa de cama arrugada, de manera que las sábanas formaban grandes y bonitos montículos y valles, y el estampado de la manta desaparecía gradualmente del campo visual por uno de sus extremos. Quedaba una huella casi imperceptible donde uno de los dos había estado acostado, más o menos hacia el lado de él, como la extensión de hierba que no ha podido crecer después de la siesta de alguien bajo el sol. Igual que fotografiar a un fantasma. Se quitó las bragas, se sentó en la cama, levantó las piernas como en la consulta de su médico, posándolas sobre los estribos, dejó la cámara sobre la cama, en fin, no podía mirar por el maldito visor pero parecía apuntar bien, ah, fue el disparador lo que oyó, ese ruido de satisfacción sin pasión, ese pequeño clic succionando su núcleo, abriendo la oscuridad con su sudor húmedo como las semillas de algún melón. Hasta ahora había sido siempre la cara, por qué no iluminar bien sus rasgos más arrugados para la posteridad. Algunas caras miran con más malicia, todo hay que decirlo. Esto era realmente tan objetivo que trascendería la lascivia, la ira, la memoria de la pasión. La lente, como un médico, solo veía los hechos. Encontró una caja de condones sin usar por allá tirada, medio oculta debajo de unos calcetines. Abrió la caja, dispuso algunos al azar, asomaba únicamente el extremo enrollado, sin duda reconocible. Después, como una adolescente que hurga en los cajones de sus padres, los colocó delicadamente de nuevo en su sitio y enterró la caja donde la había encontrado.

Y la ventana sucia, su vaga forma tan regular como una litografía. La tierra de las macetas esperando a que broten las semillas, se veía un maravilloso rastro donde acababan de regarla, luz en la oscuridad veteada, vermicida perlada entre la turba. Algo muy pulcro y útil se desprendía de las baldas de las macetas. La tierra, magnificada, le recordaba a algunas niñas que había conocido con blusas blancas con cuello Peter Pan, con cierta actitud de obediente tranquilidad, ajena a cuanto pudiera rugir a su alrededor; así estaban años y años. Sus plantas pimenteras, sus tomates, bajo la tierra, incubándose primorosamente, en paz, protegían la oscuridad.

Los alimentos no valían, como tampoco las latas en fila ni la tortilla que hizo para la ocasión, bien dobladita y redondeada, demasiado a lo *Good Housekeeping*[120]. Ah, sí, el cajón de la mesa de la cocina donde guardaban todo tipo de cosas: llaves, billetes, las garantías de todos los electrodomésticos, catálogos de semillas, un despliegue tan absurdo que la hizo sonreír. Papel de fumar: la hierba que iba con él estaba en los botes de especias que ponían FENOGRECO (aunque más parecía albahaca o estragón, perfectamente molido. Y ya veríamos si alguien entraba en la cocina y se le ocurría

cocinar con eso…). Directamente en el hueco del sacapuntas, un hocico aterrador a 10x. Papel pintado de la pared que no podían esconder: simétrico y sin gracia, rosas como repollos con estrellas en medio. El felpudo de la entrada, los hierbajos incrustados o esparcidos por encima se pegaban perfectamente a los restos de barro con forma de media luna, como si un caballo hubiera restregado sus patas en él.

Encontró un montoncito de plumas en el lavabo, el gato había matado otro pájaro y, muy orgulloso, les había obsequiado con esta refinada y no mutilada prueba. Por un lado estaban jaspeadas, por el otro peinadas de gris, las barbas separadas irregularmente como por algún movimiento. No, esto no se entendería bien; algunos objetos insinuaban su función, o, al menos, cómo habían llegado hasta ahí, pero las plumas necesitaban al gato y aun así… ¿forman los pájaros asesinados parte de una casa?

Pensaba en cómo iba a colgar las fotos en la exposición. En un orden totalmente arbitrario, en mate y sin contraste. Sin un orden implícito, sin grandes ironías. A pesar de que los químicos del cuarto oscuro a estas alturas ya habrían caducado por desuso multiplicado por tiempo, la sensación no era de amargura. De hecho, estas trivialidades vistas de cerca desprendían tal belleza que sintió humildad. Como los sermones de su marido, se iban acumulando, metódicamente, dentro del disparador, pruebas de que volvía a equivocarse. De que tenía razón y de que estaba equivocada. Andaba sobre la base de los pies, espiándose por dentro en todos sus rincones probables e improbables, eufórica.

Cuando el niño se despertó gritando, tragando enormes bocanadas de aire y luego volviendo a gritar, cogió la cámara con total serenidad y entró en la pequeña sala, viéndose desde una larga distancia, haciendo un reportaje sobre sí misma. Subió la persiana hasta el tope y después se arrodilló delante de los barrotes de la cuna. Había tanta luz que hasta se podía ver la campanilla del niño temblando como un carámbano a punto de desprenderse… Cuando el niño vio la cámara cerró la boca y miró hacia fuera, con los ojos muy abiertos. Ojos como cámaras. Su madre se miró a sí misma en ellos, una caja negra en su regazo con una curiosa estrella de luz en su centro.

—¡No! —dijo levantándose y dando una patada en el suelo—. No, maldita sea. ¿Qué estás *haciendo*?

El bebé sonrió con esperanza y miró a través de los barrotes.

Se cogió la cabeza con las manos. Y luego se acercó al interior de la cuna, enfocando lo mejor que pudo con una mano mientras el niño agitaba los brazos y los movía a través de los barrotes casi sin aliento de tanto reír; entonces ella tocó las carnes prietas y rosadas de un muslo desnudo y fresquito y lo pellizcó con tres de sus dedos, más y más fuerte, hasta que la rabiosa campanilla le respondió de nuevo

acompañada por un buen pedazo de lengua húmeda. A través de la lente de aumento se veía espinosa como una planta, como una esponja, tal vez, del fondo del mar.

APRENDER LAS REGLAS

De *Second Class Citizen* (1974)

Buchi Emecheta

Buchi Emecheta (Lagos, 1944-Londres, 2017), de etnia igbo, se casó a los dieciséis años por compromiso familiar y se mudó con su marido a Londres cuando este consiguió una beca universitaria. En seis años tuvo cinco hijos, y su marido, que no quería que escribiera, quemó el manuscrito de su primera novela. Separada de él, estudió Sociología en la Universidad de Londres, donde acabaría siendo profesora (y también en Yale). Publicó su primera novela, *In the Ditch*, en 1972, a la que siguieron *Second's Class Citizen* (1974), de donde procede el texto que reproducimos a continuación, *Las delicias de la maternidad* (1979), *Gwendolen* (1989), *Kehinde* (1994) y *The New Tribe* (2000). Escribió también una autobiografía, *Head Above Water* (1984), y libros infantiles.

Adah se despertó en una sala grande de hospital. Estaba en una cama justo al lado de la puerta. Examinó el entorno con los ojos cansados y se acordó del dormitorio del internado. Pero en estas camas, en vez de chicas negras que se reían, había mujeres. Aunque algunas no eran muy jóvenes, predominaban las madres jovencitas como ella. Casi todas estaban hablando, o la mayoría; alguna intentaba leer una revista. Las conversaciones eran como un zumbido continuo. Todas aquellas mujeres eran libres y felices. Daba la sensación de que se conocían desde hacía muchos años.

Adah tenía vergüenza porque alguien, no sabía quién, había decidido ponerla en ridículo. Estaba atada a la cama con cintas de goma, como ataron los liliputienses a Gulliver. Tenía un tubo de goma en el brazo, conectado a una botella de algo que parecía agua. Ese algo que parecía agua iba soltando gotas, de una en una, y la gota caía por el tubo y entraba en su brazo. O eso le parecía. Tenía este gotero a

su derecha.

A la izquierda había una botella grande como un globo, blanca y clara. Dentro de esta botella, que era como las que se usaban para hacer el vino, había un poco de agua sucia. En el agua había posos. Se parecía al agua tiznada de las vías del tren un día de lluvia. Alguien, esa gente invisible, la había atado a esta botella con posos. Le habían metido por la nariz un tubo de goma, conectado a la botella, que le llegaba hasta la garganta. Hablar le costaba mucho; moverse era imposible. Tumbada, intentaba descifrar por qué la habían elegido para aquel tratamiento.

Por si todo esto fuera poco, entró una enfermera joven con una percha, como la que sostenía la botella que goteaba, y la dejó al lado de su cabeza. Detrás venía otra enfermera, con una botella llena de sangre hasta la mitad.

—¡Vaya, te has despertado! ¡Eso es bueno! —dijo la primera enfermera, a modo de saludo. La otra levantó la vista de debajo de la cama de Adah, donde estaba atornillando la segunda percha, y la saludó con una sonrisa aguada.

—No creo que nos haga falta pero por si acaso —dijo la segunda enfermera. Las dos enfermeras, la primera y la segunda, pusieron la botella de sangre boca abajo y la conectaron a otro tubo, pero nada más. «Puede que no nos haga falta pero por si acaso», había dicho la segunda enfermera.

Las enfermeras se marcharon deprisa, tan deprisa como habían llegado. Adah volvió la vista hacia la mujer que tenía a su derecha, y ella le sonrió y le preguntó cómo estaba su tripa. Adah intentó contestar, decirle que en ese momento tenía dentro de la tripa una especie de picadora de carne instalada por unos dioses enfadados; decirle que la picadora parecía dispuesta a triturarlo todo hasta convertirlo en pulpa; decirle que aparte del goteo y el triturado tenía el cuerpo caliente, los labios secos como quien vaga por el desierto y la cabeza dando vueltas como una rueca para hilar algodón. Pero no podía decir palabra. El tubo de goma que le atravesaba la nariz hasta la boca se lo impedía.

Eran amables las mujeres de la sala. Los primeros días, mientras Adah decidía si valía la pena luchar para aferrarse a esta vida, no pararon de enseñarle cosas. Parecía como si le dijeran que mirase cuanto la rodeaba, que había muchas cosas bonitas que ver, cosas que ella aún no había visto, que había alegrías que conocer que ella aún no había conocido, que todavía era joven, que aún tenía toda la vida por delante.

Adah nunca olvidaría a una mujer que aparentaba la misma edad que su madre. Llevaba diecisiete años casada y no había tenido hijos. Nunca abortó. Y un día, de repente, Dios decidió visitarla igual que

visitó a Sara, la mujer de Abraham, y se quedó embarazada y también tuvo un hijo. La mujer no dejaba de enseñar a su hijo a todo el mundo, aunque casi no tenía fuerzas para andar. Adah no sabía que aquella mujer llevaba diecisiete años esperando a su hijo, y se hartó de admirar a aquel recién nacido con una mata de pelo marrón, encrespado y tieso como un cable eléctrico. Estaba muy enfadada, porque el tubo que tenía en la boca no le dejaba libertad para hablar con la mujer, recordarle que todas las que estaban en la sala habían tenido un hijo o estaban esperándolo, y preguntarle qué tenía su hijo de especial para enseñarlo a todo el mundo como si fuera un trofeo o algo por el estilo. Pero gracias a Dios no tuvo la oportunidad de decirlo. Cuatro días después, cuando le quitaron el tubo, la mujer que estaba a su lado, la que tenía un marido que parecía tan mayor como para ser su padre, le contó que la madre del niño del pelo tieso había tenido que esperar diecisiete años para tener un hijo. Adah se quedó muda. ¡Diecisiete años! Quería hacer un montón de preguntas. ¿A qué se dedicaba su marido, por ejemplo? Se imaginó en la situación de ella. Esperando diecisiete años para tener un hijo que tardaba mucho en decidir si quería venir o no. Intentó imaginarse cómo sería su vida con Francis si no le hubiera dado un hijo. Se acordó de cuando nació Titi. Después del parto, que había sido un suplicio largo y doloroso, volvió a casa con Francis, con una niña en brazos. Todo el mundo la miró como diciendo: «¿Y ya está?». Había tenido la osadía de hacerles esperar a todos nueve meses y cuatro noches en vela para acabar diciéndoles que solo tenía una niña. Eran nueve meses desperdiciados. Pero pagó el castigo, teniendo a Vicky poco después.

¿Qué habría sido de ella si hubiera tenido que esperar diecisiete años? O se habría muerto por la presión psicológica o Francis se habría comprado otra mujer. Se habría declarado musulmán, porque era musulmán de joven. Francis era como el párroco de Bray[121]. Cambiaba de religión cuando se le antojaba. Cuando se dio cuenta de que ponerle a Adah un chisme para el control de la natalidad la liberaría de las ataduras de la crianza, Francis se hizo católico. Cuando empezó a suspender los exámenes y a sentirse muy inferior a sus compatriotas nigerianos, se convirtió en testigo de Jehová.

Adah empezó a mirar con otros ojos a la mujer orgullosa de su hijo. No paraba de hablar, no paraba de reír. Tenía una risa tan fuerte como un hombre. Era tosca, no tan educada como la chica delgada y más joven que estaba al lado de Adah. A la chica delgada de la cama once, aunque normalmente era muy callada, le dio por hablar con Adah a todas horas. Debía de haberlo pasado muy mal, porque seguía sin dar a luz. Era un caso complicado. Le contó a Adah que había salido de cuentas hacía ya varias semanas. Los médicos no sabían si intervenir o no. Seguían esperando, como su marido. Ese marido suyo,

alto, guapo, bien vestido y bien peinado, se parecía al dios Apolo. Debía de ser un hombre especial porque venía a ver a su mujer a cualquier hora del día. Las enfermeras y los médicos le dejaban pasar. Hasta el cirujano que operó a Adah, que también era un hombre guapo, de pelo oscuro, blanco pero con esa piel que tienen los blancos cuando llevan muchos años tomando el sol, o como la de las mujeres blancas que se ponen bronceador para tener un aspecto saludable. El cirujano tenía el pelo abundante, negro y liso, y la nariz y la boca gruesas como un negro, aunque era inglés, o eso decían. Y era un hombre extraordinario. Un hombre que sabía manejar el bisturí; un hombre que se interesaba personalmente por todos los pacientes a los que había operado. Los cuatro primeros días después de la operación, mientras Adah estaba entre este mundo y el otro, el cirujano venía a verla continuamente, día y noche.

Este cirujano que sabía manejar el bisturí no se ponía a predicar y a sermonear a Adah, no le decía que hiciera un esfuerzo por vivir y esas cosas, sino que les repetía a sus alumnos de bata blanca que muy pocos pacientes habían muerto por culpa de su bisturí. Y también que la cicatriz siempre quedaba muy bien, que no desfiguraba a la mujer. A Adah le gustaban este cirujano y su confianza, a pesar de que, alguna de esas cuatro noches, todo el mundo, ella la primera, tenía la sensación de que iba a ser uno de los pacientes perdidos. Pero él nunca perdió la confianza. Y por eso Adah empezó a creer, como él, que estaba hecha para este mundo y no para el otro. Al menos de momento. El cirujano guapo y moreno ganó la partida. Adah vivió, y ahora era un ejemplar raro en aquella sala.

Nadie la llamaba por su verdadero nombre. Le habían puesto varios motes que eran como títulos. Algunos le parecían horribles, otros no eran necesarios y otros se los habían dado por tener aquel hijo excepcional. Para las mujeres de la sala, Adah era César; para el reguero de médicos jóvenes que iban siempre detrás del cirujano era «Presentación de cordón», que a saber lo que signficaba. Para las enfermeras de noche era la madre de Mohammed Ali, porque el niño era gritón y difícil, y no se dejaba domar. Se pasaba la tarde durmiendo. Mientras todos los demás lloraban hasta reventar, Bubu dormía como un tronco. Los llantos de los demás nunca le molestaban. Pero en cuanto se hacía de noche, y todos los recién nacidos decidían dormir, Bubu se despertaba, y lo hacía con mucho estilo: llorando y exigiendo. Naturalmente, despertaba con su llanto a los otros niños. Por eso de día Bubu caía muy bien pero de noche era un terror. Terminaron instalando al final del pasillo una especie de guardería de emergencia para él solo, adonde Adah podía ir a verlo cuando quisiera. Bubu recibió un tratamiento VIP en aquel hospital.

El cuarto día, le quitaron a Adah el tubo que le impedía abrir la

boca.

Estos cuatro días habían sido para ella como cuatro siglos. Ahora podía hablar pero no podía moverse de la cama y le dolía la espalda. Pero no le importaba porque por fin tenía la boca libre.

Empezó a bombardear con preguntas a la chica delgada de la cama once. ¿Cómo había llegado a casarse con un hombre tan guapo como su marido? ¿Cómo era casarse con un hombre que tenía edad suficiente para ser tu padre? ¿Cómo era ser querida y respetada, como ella, que te colmaran de regalos, de flores, de muñecas curiosas de las que salía una música loca, de cajas preciosas atadas con lazos y llenas de todo tipo de cosas? De dos cajas saltaba un muñeco muy divertido. Cada uno era distinto y hacía cosas distintas. ¿Qué se sentía al ver que la monja de la sala, una mujer grandullona y de aspecto masculino pero muy maternal, te trataba con tanto respeto? La chica delgada se limitó a responder con una sonrisa. Estaba acostumbrada a que le dieran caprichos, a que la mimasen, pero era muy sencilla a pesar de todo. Era la secretaria del hombre alto, que había perdido a su mujer hacía unos años y tenía los dos hijos que Adah había visto. Sí, los había visto, altos como su padre aunque demasiado flacos para su gusto. Uno estaba en la universidad, estudiando Derecho, el otro era socio de una empresa, le contó la chica delgada. Casarse con el padre de esos chicos era lo mejor que le había pasado en la vida. Era hija adoptada y nunca llegó a saber quién era su madre o su padre. Había intentado, en vano, averiguar si sus verdaderos padres estaban vivos o muertos. Sus padres adoptivos eran buenas personas, añadió muy deprisa, demasiado deprisa para Adah, que nunca había entendido cómo era posible que alguien te quisiera tanto como si fueras de su misma sangre. Sus padres adoptivos la querían, pero ella estaba empeñada en crear un hogar feliz donde la amaran, donde la amaran de verdad y fuera libre para amar. Había tenido suerte. Parecía que su sueño se estaba haciendo realidad.

—No se está haciendo realidad; es realidad. Ahora eres casi como una princesa —le dijo Adah, con ganas de llorar.

Su conversación se interrumpió con la llegada del marido de la mujer delgada, que parecía un actor de cine. Adah también se distrajo con la visita del médico alto y sus seis alumnos. Por una vez no tenía ganas de ver a tanta gente: ni médicos, ni cirujanos, ni nada. ¿No podía examinarla el médico solo, sin todos esos chicos mirando como buitres hambrientos?

Pusieron un biombo de flores para darle un poco de intimidad. A Adah le fastidió, porque le gustaba ver cómo el marido de la mujer delgada se sentaba en la cama al lado de ella, la cogía de la mano y se reían los dos muy bajito; a veces simplemente se quedaban sentados y él le acariciaba la frente sin decir nada; sentados como los

enamorados en las películas malas que Adah había visto en su país. Una leía cosas así, veía actrices y actores en la pantalla haciendo cosas así por dinero. Nunca se le había ocurrido que estas cosas existieran en la vida real.

Cuando el médico alto empezó a exponerla a la vista de aquellos futuros médicos o cirujanos, o como fueran a llamarlos cuando se licenciaran, se echó a llorar. El médico le preguntó qué le pasaba. Llegaron a la conclusión de que era la pena que sigue al parto. No podía parar de llorar. No quería parar, por miedo a que le entraran tentaciones de decirles la verdad. Podría sentir la tentación de decirles que por primera vez en la vida le asqueaba ser lo que era. ¿Por qué nadie la quería por ser quien era, como a la mujer delgada, y no solo por trabajar y entregar lo que ganaba como una chica dócil? ¿Por qué no había tenido la suerte de encontrar un marido como el de esa mujer que llevaba diecisiete años esperando que naciera su hijo? El mundo le parecía muy injusto, muy desigual. Unos nacían y tenían a su disposición todas las cosas buenas; otros nacían por puro error. Eran errores de Dios.

En ese momento, solo era capaz de ver que a la chica delgada la besaban y la querían, y que la mujer que había esperado diecisiete años ahora iba de un lado a otro con su bebé, llena de orgullo. No pensaba en cómo fue la vida de una niña que sabía que era adoptada; en que esa niña se habría preguntado a veces si sus verdaderos padres la habían querido alguna vez. En que a veces tampoco se habría sentido querida por sus padres adoptivos. Y esa otra mujer… Adah ni se imaginaba el dolor y el sufrimiento que la habían acompañado a lo largo de diecisiete años.

Le costaba mucho aguantar las lágrimas, a pesar de que ya no estaba de uñas con el médico alto y sus seis alumnos. Todos seguían esperando a que dejase de llorar. En el grupo había una chica india con pinta de estar obligada a comer mierda. Era fea. Quería echarse a llorar con Adah. Adah supo que era india porque iba barriendo el suelo de la sala con el sari que llevaba debajo de la bata blanca y tenía el pelo largo y negro, recogido en una trenza que le caía por la espalda como las colas de caballo con que los jefes africanos espantaban las moscas en público.

El médico murmuró unas palabras de ánimo y le dijo que no se preocupara. Volverían a hablar con ella más tarde. Le susurró algo a una enfermera que estaba a su lado. Los alumnos le sonrieron tímidamente y el médico le dijo que lo estaba haciendo muy bien, que estaba mejorando muy deprisa. La dejaron sola. Nadie se volvió a mirarla. Se marcharon rápidamente, en silencio, mudos, como si les hubieran cortado la lengua.

Había llegado la hora en que las salas del hospital se llenaban de

visitas. Ella estaba al lado de la puerta. Veía a los familiares nerviosos, con regalos y ramos de flores, impacientes por que llegara el momento en que la monja daba el permiso. Se portaban como niños; saludaban a las madres con la mano, entusiasmados. Las enfermeras habían arreglado a las mujeres en un periquete. La mayoría de las madres estaban peinadas y con unos toques de colorete en la nariz. Todas llevaban camisones alegres y parecían contentas e ilusionadas. Adah se alegró por ellas, porque aunque no formase parte de la escena era una buena espectadora. La única mesa vacía en toda la sala era la suya. Ella no tenía flores ni tarjetas. No tenía familia, y a Francis las flores no le parecían necesarias. No le preguntó por qué no le compraba flores; a lo mejor no se había fijado en que a otras mujeres se las llevaban. No se lo reprochaba, porque en Lagos muy poca gente compraba flores para las mujeres cuando daban a luz. De todos modos, decidió decírselo, para que lo tuviera en cuenta en el futuro. Pensó que a lo mejor le llevaba unas flores al día siguiente. Aunque eso sería un milagro. ¿Por qué a los hombres les costaba tanto tiempo cambiar, adaptarse y asimilar las situaciones nuevas?

La mujer de la cama ocho era griega, grande y habladora. Le había contado a Adah que vivía en Camden Town, que ya tenía una niña. De la misma edad que su hija Titi. Pero aquella mujer era divina. Tenía unas diez batas, todas con unos volantes y uno flecos preciosos. Dijo que era modista. Cosía para Marks and Spencer, y la empresa le dejaba quedarse con mucha ropa defectuosa. Esa noche llevaba un camisón grande, de nailon, con un lazo de raso cosido entre los pechos grandes de un modo muy bonito. Se había recogido el pelo con una cinta del mismo raso. Parecía una flor azul, grande, decorativa y sonriente mientras saludaba con la mano a su marido, que seguía fuera.

Adah empezó a preocuparse por su camisón. Las enfermeras habían tenido el detalle de ponerle uno limpio, pero era un camisón de hospital. Era como una camisa de hombre, de rayas rojas, con el cuello y las mangas largas y sin forma. Aunque el fondo de la tela era rosa, las rayas destacaban como venas rojas. No le importaba demasiado llevar un camisón que parecía una camisa con rayas del color de la sangre. Lo que le importaba era ser la única que lo llevaba. Todas las demás tenían sus propios camisones. Pensaba decírselo a Francis. Pedirle que le comprase uno en Marks and Spencer. Su camisón especial comprado en Marks and Spencer también sería azul, como el de la mujer griega. Pero le diría a Francis que no lo quería con tantos volantes y jaretas. No quería parecer un árbol de Navidad. Solamente quería algo azul, sencillo y liso, de nailon, de tergal o lo que fuera, pero suave, transparente y azul. Pensó un poco en la transparencia y llegó a la conclusión de que a Francis no le gustaría.

La acusaría de coquetear con esos médicos de mirada curiosa y sonrisa cínica. No, no le pediría a Francis que le comprara un camisón transparente; le pediría uno de esos que tienen una especie de enagua cosida por dentro. Eran muy bonitos, porque las enaguas normalmente llevaban un dobladillo de encaje precioso. Sí, uno así le pediría. Le daba igual que le comprase solo uno, porque estaba segura de que en un par de días se encontraría mejor y podría escaparse al baño a lavar el camisón para tenerlo limpio y bonito el día siguiente. Pero ¿no se quejaría Francis por el precio del camisón azul con enagua de encaje? ¿No la acusaría de envidiar a sus vecinas, de querer ser como ellas? ¿Qué le contestaría ella?

Siguió dándole vueltas. Francis nunca le había hecho un regalo. Al fin y al cabo, ella le había dado un hijo, a este Mohammed Ali. Y este hijo gritaría el nombre de su padre, no el de su madre, aunque fuese ella quien cargara para toda la vida con las feas cicatrices de la cesárea. ¿Y el dolor que seguía soportando? Sí, se merecía un regalo de Francis. Le daba igual que lo comprara con el dinero que ella había ganado, pero quería presumir de camisón en el hospital, decirle a su compañera, la chica delgada: «Mira, mi marido me ha comprado un camisón con forro, con enagua de encaje; justo lo que soñaba». Eso haría. Bueno, estaba aprendiendo. «Donde fueres haz lo que vieres —pensó—. Si vas al Hospital Universitario de Gower Street haz lo que se hace en el Hospital Universitario de Gower Street. O sea, arréglate.»

Sonó el gong. Las visitas entraron como una riada, riendo, con más flores, más paquetes, más regalos. Adah se estaba preparando para observar la escena, como de costumbre, porque Francis casi nunca llegaba temprano, por los niños. Y ella se alegraba, porque él nunca la besaba en público; casi ni era capaz de preguntarle cómo se encontraba, porque Adah siempre había sido de su propiedad y no había enfermedad ni Dios que pudiera quitársela. O sea, ¿para qué molestarse en preguntarle cómo se encontraba, si él estaba seguro de que se pondría bien? Por eso normalmente no tenían nada que hablar. Adah solo podía interesarse por Titi y Vicky. Vicky tenía cara de estar empezando a acusar a su madre. Adah pensó que eso seguramente era una señal de su mejoría. Unos días antes ni siquiera se daba cuenta de que Titi y Vicky estaban allí. No se daba cuenta de nada, de nada en absoluto. Por eso Francis no llegaba temprano, y ella, mientras, podía observar al montón de familiares felices que mimaban a sus mujeres.

Una enfermera entró corriendo detrás de los familiares. Iba hacia Adah con una sonrisa insegura. Una sonrisa incómoda. Parecía como si le hubieran confiado una tarea desagradable. Pero tenía que cumplir con su tarea a pesar de todo. Se acercó a Adah, sujetándose con una mano la cofia blanca, que parecía a punto de caerse, sin borrar su sonrisa insegura. No apartó la vista de las visitas para decirle en voz

baja y ronca:

—Señora Obi, tiene que decirle a su marido, cuando venga, que le traiga su camisón, porque en realidad después de dar a luz ya no puede ponerse el camisón del hospital. Es solo para el paritorio. Hemos pensado que a lo mejor no lo sabía. —Volvió a sonreír y se fue.

Adah se fijó en que era la más joven de las enfermeras. ¿Por qué será que los trabajos más desagradables siempre se asignan a los jóvenes? ¿Será parte de su formación? ¿No habría sabido la monja decirle mejor que no estaba permitido llevar ropa del hospital en las salas? No había de qué preocuparse: al final todo se reducía a lo mismo. Francis tenía que comprarle un camisón. Pero que se lo hubieran dicho como se lo había dicho la enfermera le quitaba todo el encanto. Ahora era imprescindible, era una obligación, una orden que había que obedecer. Ya no sería un regalo.

Esto le dejó un agujero en el estómago dolorido.

Ahora estaba segura de que la gente hablaba de ella. «Mira esa negra, sin flores, sin tarjetas, sin visitas aparte de su marido, que normalmente solo viene cinco minutos antes de la hora de cerrar, con cara de que le revienta venir. Mírala: ni siquiera tiene un camisón propio. ¿Vendrá de Holloway, de alguna prisión? Solo los pacientes que vienen de la cárcel llevan ropa del hospital en las salas.» Adah estaba convencida de que la abuela que gesticulaba exageradamente al lado de la cama de su nieta estaba hablando de ella, de que no tenía camisón. Estaba convencida de que el griego bajito y gordo, con traje negro, que parecía bastante incómodo en la silla de respaldo recto estaba hablando de ella. Todas las conversaciones, como un zumbido, hablaban de ella. El zumbido no paraba: no pararía nunca. Hasta oía su nombre, sobre todo en los labios del griego. Quería dejar de oír. Quería dejar de pensar. Quería dejar de ver. Cerró los ojos, se hundió entre las sábanas y se tapó la cabeza. Así, el mundo no la vería, el mundo no sabría si llevaba puesto un camisón del hospital o uno suyo. ¿No se había tapado, como un cadáver?

Si la chica delgada, que estaba hablando con los dos hijos del hombre guapo, se fijó en que Adah estaba haciendo algo raro, no le pareció necesario interrumpirles para señalarlo. Si a alguno de los familiares que venía de visita le pareció raro que se escondiera debajo de las sábanas, se encogió de hombros y pensó: «A estos negros no hay quien los entienda; a veces se comportan como si tuvieran el cerebro en el culo».

Adah les dio las gracias a todos por no preguntarle qué hacía. Necesitaba un poco de intimidad, y en ese momento solo podía encontrarla debajo de las sábanas.

Le dijo a Francis que no estaba durmiendo, porque la primera pregunta que él le hizo al llegar fue por qué estaba así, con la cabeza

tapada. Luego sonrió; tenía noticias. ¿No le había dicho montones de veces que era una mujer entre un millón? ¿No era por eso por lo que él intentaba apartarla de sus vecinos y sus amistades, que eran unos entrometidos y si supieran lo mucho que valía podrían ponerse celosos? Era muy afortunado de tenerla.

Adah no sabía qué buena noticia podía tener Francis para estar tan contento. ¿Habría conseguido un buen trabajo o algo así? No, Francis era de esos hombres que no buscan trabajo si no es por obligación. Era de los que creen que el mundo les debe tanto que no necesitan esforzarse por nada. Nada, ni siquiera un terremoto, podría alterar ese núcleo cristalizado de Francis. Y esa era la única noticia que a Adah, en su estado emocional, le habría alegrado. Dar a luz en aquel hospital le había abierto mucho los ojos. Muchos hombres ingleses se llevaban a casa los camisones de su mujer para lavarlos. Adah estaba dispuesta a intentarlo todo con Francis. Iba a pedirle que le comprara camisones, ya no uno solo, sino dos o tres, y a pedirle que los lavara cuando estuvieran sucios; al fin y al cabo se mancharían con la sangre que perdía por haberle dado un hijo. El hijo que llevaría su apellido como un estandarte. Pero primero las buenas noticias y luego la discusión.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas las buenas noticias? —dijo, sonriendo todo lo que le fue posible con aquella costura en el estómago—. Venga, me muero de ganas.

—Primero lee esto —le ordenó Francis.

Le pasó a Adah una carta de su jefa en la biblioteca donde trabajaba. Su jefa, qué buena era, le aconsejaba que aprovechara todo lo posible la estancia en el hospital para descansar. Adah intentaba concentrarse en la lectura, pero Francis estaba impaciente, metiéndole prisa para llegar al último párrafo, que según él era el más importante. Adah se saltó la mitad de la carta para complacerlo y leyó el final. Sí, era una buena noticia en cierto modo. El ayuntamiento de Finchley Borough había decidido darle algún dinero por las vacaciones que no se había tomado. La jefa esperaba que Adah utilizara ese dinero para comprarse ropa y tomarse unas vacaciones cuando saliera del hospital. Terminaba diciendo que los compañeros habían hecho una colecta para comprarle una rebeca de lana roja, a juego con el *lappa* de pájaros que se ponía normalmente para ir a trabajar.

—Qué buena es la gente de la biblioteca. Espero que me vuelvan a contratar más adelante. Tengo que ir un día a darles las gracias personalmente —dijo Adah, sonriendo y pensando lo mucho que la ayudaba Dios con esa pequeña fortuna. Ahora ya podía decirle a Francis lo de los camisones que le había pedido la enfermera; ahora podía permitirse que tuvieran enagua, y pensaba comprarse dos o tres… Pero Francis estaba hablando de otra cosa, muy importante,

según dijo. Adah hizo un esfuerzo para concentrarse en lo que le decía su marido.

—¿… ese curso que el señor Ibiam dijo que le había ayudado a aprobar los exámenes de contabilidad? Ahora puedo pagarlo. Cuesta menos de cuarenta libras, y así podré ascender mucho antes. Pagaré el curso completo el lunes, para que me envíen el lote entero lo antes posible.

¿Qué se le dice a un hombre así? ¿Que es un idiota? ¿Que es un egoísta? ¿Que es un sinvergüenza? ¿Un asesino? A Adah no se le ocurría nada que pudiera expresar lo que sentía. Se limitó a suspirar y, en vez de decir nada, preguntó por los niños, viendo que Francis al parecer no se acordaba de ellos. Él contestó que estaban bien y que no la echaban demasiado de menos.

—¿No? Y, si me hubiera muerto hace unos días, ¿quién los habría cuidado? Dime. Porque tú sigues viviendo en las nubes, soñando con lo que harás en el futuro y con lo que serás en el Nuevo Reino de Dios. No te das cuenta de que ahora los niños te necesitan. Me trae sin cuidado que te conviertas en un nuevo Nkrumah o en otro Zik.[122] ¡Yo ahora necesito un marido y un padre para mis hijos! —gritó Adah.

Francis miró a su alrededor, horrorizado. Estaba seguro de que las demás pacientes y sus visitas no los oían, pero Adah estaba hablando en su lengua materna, en igbo, y para eso había que gesticular mucho. Hacía aspavientos con los brazos como un molino que se hubiera vuelto loco. No levantó la voz, pero seguía hablando y no pensaba callarse.

—Si te preocupa quién habría cuidado de los niños si te hubieras muerto, ten en cuenta una cosa: mi madre nos crió a todos y no veo que…

—Como no salgas de esta sala o no te calles, te tiro encima esta jarra de leche. Te odio, Francis, y algún día te dejaré. No he traído a mis hijos al mundo para que los críe una mujer que ni siquiera sabe escribir su nombre. Una mujer que tuvo que firmar con el pulgar en nuestro certificado de matrimonio porque no sabía escribir. Si quieres saber la verdad, he traído a mis hijos a este país para librarlos de las garras de tu familia y, si Dios quiere, volverán allí siendo gente distinta; nunca, nunca, serán como eres tú. Mis hijos aprenderán a tratar a sus mujeres como personas, como individuos, no como cabras que han aprendido a hablar. Mis hijas, si Dios quiere… Nadie las comprará. Se casarán con un hombre que las quiera y las respete, no con el mejor postor ni porque necesiten un hogar…

Al pronunciar la palabra «hogar», a Adah se le saltaron las lágrimas. Si hubiera tenido un hogar, no se habría casado tan joven. Ojalá su Pa no hubiera muerto. Ojalá su familia de Lagos hubiera tenido suficiente educación para saber que una chica que decide vivir

sola y estudiar no es necesariamente una prostituta. Ojalá… No podía parar de pensar. Y ahora estaba en un país extranjero, sin más familia que sus hijos…

«Sí, tengo a mis hijos. Ahora son pequeños, pero los niños pequeños se convierten en personas, en hombres y mujeres. Puedo darles todo mi amor. Dejar a este hombre. No, vivir con él mientras me convenga.» Ni un minuto más. Adah se secó las lágrimas. Llorar era un síntoma de blandura y de debilidad. Ahora ya era demasiado tarde para llorar. Ya no tenía a Ma ni a Pa. Y su hermano Boy estaba a muchos kilómetros y no podía ayudarla. Tenía que valerse por sí misma. Necesitaba un hogar. No había vuelto a tenerlo desde hacía años, cuando murió Pa; lo había buscado donde no debía y entre gente que no era buena. Eso no significaba que todo el mundo fuese malo o que ella nunca pudiera tener un nuevo hogar, ahora que podía compartirlo con sus hijos. Sonrió a Francis, y le agradeció a Dios que le hubiera dado ese instrumento para tener a sus hijos. No quería hacerle daño, porque era el padre de sus hijos. Pero era peligroso vivir con él. Como todos los hombres como él, necesitaba víctimas. Adah no estaba dispuesta a ser su víctima.

Sonrió de nuevo. Le dijo que las autoridades del hospital le habían pedido que se comprara un camisón. Le dijo que quería un camisón azul, pero el arrebato que acababa de tener y la cara que había puesto él la habían dejado sin fuerzas. No tuvo valor para decirle que necesitaba más de uno, porque seguía sangrando mucho; no pudo decirle que le gustaría que fuera un camisón bonito y elegante. De repente se había dado cuenta de que no estaba tratando con el marido de sus sueños, sino con un enemigo. Tenía que andarse con cuidado para no resultar herida. Ya no le interesaban las flores ni las tarjetas; solo quería volver a casa cuanto antes, con sus hijos.

—¿Con qué te habrías comprado el camisón si no hubiera llegado ese dinero? —dijo Francis.

No había necesidad de responder a esta pregunta. La carta decía que acababan de pagarle el sueldo del mes, y con eso podían permitirse comprar varios camisones, si a Francis no le parecieran un lujo superfluo. Pero no dijo nada. Volvió la cabeza hacia las demás mujeres, se cansó de mirar, cerró los ojos y trató de dormir.

El camisón llegó dos días más tarde. Era azul. De forma y corte idénticos al que tenía en el hospital. Era una simple camisa de algodón larga, de las que se hacían especialmente para la gente muy mayor. Le fue indiferente. Al menos ya no se sentía culpable por llevar un camisón del hospital.

No se molestó en lucirlo, como había planeado, porque no se sentía orgullosa. No era un camisón bonito, y Francis solo le había comprado uno. Con esto aprendió otra lección para el tiempo que le quedaba de

estar allí. No se relacionaría con nadie. Si participaba en alguna conversación o en algún cotilleo, tendría que hablar de su vida, de su marido y de sus hijos. Y ya no quería. No tenía nada de lo que hablar.

Las mujeres de la sala empezaron a irse a casa poco a poco. Todo el mundo se moría de ganas de estar en casa antes de Navidad. La mujer delgada fue la primera en desaparecer discretamente. Le explicó a Adah que tenía que irse a otra sala. Le deseó suerte en Inglaterra y le dijo que se alegraba de haberla conocido y esperaba que se recuperase pronto. Adah se emocionó tanto que tuvo la tentación de comportarse como habría hecho en Nigeria. Quería pedirle las señas a su compañera, pero había en los modales de aquella mujer algo que no se lo permitió. Eran esos modales que uno asocia normalmente con las personas muy inteligentes. Podía charlar con Adah en la sala del hospital, bromear con ella y contarle su vida, porque sabía que nunca volverían a verse en este mundo. Por eso, se limitó a darle las gracias y desearle buena suerte. La mujer salió sin hacer ruido, y quienes la vieron creyeron simplemente que iba al baño. Pero se había marchado. Murió unos días después. Nadie dio detalles a las pocas madres que quedaban. Solo supieron que había muerto. Las enfermeras no dijeron nada más.

Adah quería irse a casa.

Prepararse para volver a casa fue otro suplicio. Tenía que vestirse y vestir al bebé con su ropa nueva y su mantilla nueva. Entonces podría presentar al niño vestido de calle por primera vez, para que todo el mundo murmurara maravillas y le dijera lo guapo que era. También felicitarían a la madre por su buena figura. Las felicitaciones no siempre eran sinceras, porque todas las madres volvían a casa con ese bulto delante que solo desaparece con el tiempo. Pero ese día, el día en que las madres salen del hospital, se embuten como pueden en un vestido o en un traje ajustado. Daba lástima ver cómo intentaban demostrarse a sí mismas que nada ha cambiado, que no han perdido su buen tipo, que siguen siendo guapas y esbeltas, como antes de quedarse embarazadas; que tener un hijo no significaba perder la juventud y que podían salir a la calle como cualquier chica, con ropa normal, y no con esos vestidos como tiendas de campaña que habían tenido que llevar los últimos meses.

El vestido africano de Adah resolvía el inconveniente del buen tipo. Su *lappa* igbo se estiraba lo que hiciera falta, así que no había necesidad de meter tripa. Su *lappa* lo escondía todo. Le había pedido a Francis que le trajera el que llevaba escrito de arriba abajo «Independencia de Nigeria, 1960». Quería que la gente supiera que había nacido en Nigeria y que Nigeria era una república independiente. No es que las demás mujeres no lo supieran, pero ella tenía ganas de recordarles siempre que había nacido en Nigeria y que

Nigeria era independiente.

El problema era la ropa del niño. Cuando nació Vicky, los americanos fueron muy buenos con ella y encargaron a Washington toda la ropa para la niña. Las mantillas y las mantas eran suavísimas y preciosas. Pero Adah ya las había usado dos veces. Las mantas y la ropa le daban igual; lo que le preocupaba era la mantilla. Había perdido la blancura. En realidad nunca fue blanca ni de nueva, sino de ese blanco tan bonito, cremoso y suave como un recién nacido. Pero después de criar a Vicky con ella, y después de unos cien lavados, había perdido la suavidad y el color. Se había vuelto de ese tono que a primera vista no se distingue de la suciedad, el mal lavado y la pobreza. Cada niño se merecía un conjunto nuevo. No podía contarle sus preocupaciones a su marido, porque ya sabía cuál sería su respuesta. Le diría que una mantilla era una mantilla y nada más. ¡La agonía que pasó Adah por culpa de esa mantilla descolorida! ¿Podría salir de allí con su hijo mientras las demás madres dormían, para que nadie se fijara en lo mal vestido que lo llevaba? ¿Tenía que decirle a la enfermera que no fuera exhibiendo al niño por ahí, porque no le gustaba? ¿Qué iba a hacer? Después del incidente del camisón se había quedado muy callada, ni siquiera hablaba con la griega, que estaba en la cama de enfrente. El caso era que Adah pensaba que la gente sabía por qué se había vuelto tan callada de golpe. Si al menos tuviera seguridad para fingir indiferencia, la vida sería mucho más fácil para sus compañeras de sala y también para ella. Pero esta actitud, la del pobre con dignidad, se desarrollaba mucho más adelante. Aquel día de diciembre, a sus veinte años, no tener una mantilla nueva era para Adah el fin del mundo. Y como no la tenía empezó a envidiar a la mujer delgada, que al morirse se había librado de todo. Ojalá se hubiera muerto ella; ojalá las enfermeras no creyeran que su hijo era divino por tener esa mata de pelo rizado, mientras que la mayoría de los recién nacidos del nido eran calvos; ojalá pudiera coger a su hijo, y ya.

Francis vino con el *lappa*. Adah se lo enrolló a toda prisa y se negó a volver a la sala. Se quedó parada en el pasillo del hospital mirando a la enfermera, que estaba haciendo la ronda para exhibir a Bubu, convencida de que tardaba tanto porque la mantilla de Bubu estaba vieja. Estaba segura de que todas las mujeres se reían de ella y pensaban: «¡Pobre negra!». Esperó comiéndose las uñas, casi mordiéndose la carne de angustia. «Devuélveme a mi hijo», gritaba su corazón desesperado. Pero la enfermera quería enseñar a todo el mundo —madres, médicos, cualquiera que pasase por allí— que aquel niño era especial, que había nacido de milagro, que su madre había sufrido mucho por él. Y, al final, ¿no merecía la pena tanto sacrificio y sufrimiento? Era Francis el que iba detrás de la enfermera, atento a

todas las conversaciones. Naturalmente, él solo oía las palabras bonitas: no veía que la mantilla del niño no era nueva. Que ya no estaba blanca ni suave. ¡Qué ciegos están los hombres!

En el taxi que la llevaba a toda velocidad a casa, donde la esperaban Vicky y Titi, Adah pensó si la enfermera era sincera de verdad. ¿De verdad admiraban a su hijo las mujeres del hospital, o simplemente sentían curiosidad por ver cómo era un recién nacido africano? Con que solo un par de ellas fueran sinceras, que admirasen a su Bubu de verdad, ¿no tendría que haberse despedido amablemente?

Empezó a sentirse culpable. Había estado todo el tiempo pensando en sí misma y no en esas mujeres que tanto se esforzaban por ser simpáticas. ¿Qué le estaba pasando? En el colegio nunca llegó a ser feliz, pero no desconfiaba tanto de los demás. Por más que intentaba buscar la respuesta, no veía otro asidero aparte de la relación con su marido y con sus suegros. Sabía que no la querían, que la estaban utilizando para dar a Francis una educación que la familia no podía costear. Pero ¿esa era una razón para culparlos? ¿Quería ella a Francis al principio? Empezó a quererlo y a preocuparse por él más adelante. Pero el amor duró poco, porque Francis no hizo nada por conservarlo vivo. Adah se sintió traicionada precisamente por el hombre al que había empezado a querer. ¿Eso era amor? ¿Ese dolor? ¡Ojalá tuviera a alguien a quien contarle sus preocupaciones! Ojalá que Pa siguiera vivo. Pa la comprendería. Pero, como no tenía a nadie a quien contárselo, fingió indiferencia. Decidió que de ahora en adelante dejaría a Francis hacer lo que le diese la gana: ella no le diría lo que tenía que hacer. Solo protestaría si su comportamiento empezaba a perjudicar a sus hijos. ¿Era la traición de Francis y de su familia lo que la llevaba a desconfiar de las mujeres del hospital?

Ahora sentía no haberse despedido amablemente. Pero ya era demasiado tarde. Aunque volviera al día siguiente, alguna de las mujeres se habría marchado. Nunca coincidiría con ese mismo grupo de mujeres, en el mismo hospital, dando a luz al mismo tiempo. Eso no se repetiría jamás. Había perdido la oportunidad de decirles adiós amablemente. Lo único bueno era que había aprendido que no permitiría que algo así le volviera a pasar en el futuro. Tenía que aprender a dar las gracias a la gente, por sus sonrisas y sus gestos de amabilidad.

Esta conclusión consoladora, este nuevo código de conducta que Adah aprendió pasando trece días con otras mujeres, la acompañaría mucho tiempo. Ahora tenía muchas ganas de ver a sus hijas, a quienes pensaba querer y proteger. Con sus hijas nunca fingiría indiferencia. Porque eran sus hijas, y eso lo cambiaba todo.

El taxi paró delante de la casa de Wiles Road y Adah abrazó a sus

hijas. Estaban sanas y salvas. No se habían olvidado de ella.

MI MUERTE

(1975)

Lynda Schor

Lynda Schor es profesora de Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York y autora de los libros de cuentos *Appetites* (1975), de donde procede el que reproducimos a continuación («My Death»), *True Love & Real Romance* (1979) y *The Body Parts Shop* (2005). Sus cuentos, generalmente sátiras feministas, se han publicado en revistas como *Redbook, Mademoiselle, Playboy, GQ, Fiction* y *The Village Voice* y se han incluido en varias antologías. Sus temas favoritos son esas cosas sobre las que la gente nunca quiere pensar.

Hacía frío en el pasillo cuando até el candado del cochecito a la asquerosa barandilla de la escalera. Consideré un momento si sería más fácil hacer dos viajes con la compra, pero finalmente intenté hacer solo uno. No me gustaba tener que decidir si prefería que me robasen las bolsas o que me secuestraran al niño, así que pensé en descargarlo todo. Con el niño en brazos, me agaché, saqué la manta, el biberón y los juguetes del cochecito y me los coloqué entre él y mi brazo; después, con la otra mano, cogí la compra por la parte superior de la bolsa, que pesaba mucho, buscando el equilibrio para que las asas no se desgarraran, y la apoyé sobre el otro brazo. El aire fresco y húmedo me aliviaba y me secaba el sudor. «Un tramo más», pensé. Entonces, al principio del segundo tramo de escaleras, pasó algo. Sentí un sudor frío y noté que la sangre dejaba de circularme por la cabeza y las extremidades. El corazón me empezó a latir furisosamente y la arritmia era impresionante. Después, sentí una explosión tan grande que casi pudo oírse una especie de luz rodeada de oscuridad que caía sobre mis ojos, dejando un residuo de minúsculas chispas en las comisuras, luego unas náuseas indescriptibles por todo el cuerpo, tan profundas que llegué a sentirlas en las extremidades.

«Ya está», pensé. Lo que siempre había temido. Muerte. Siempre pensé que sería un derrame, algún accidente cerebral, como decían. Tal vez era un ataque al corazón, o un coma diabético, pero sobre todo parecía que un gran vaso sanguíneo había reventado en mi cerebro después de una especie de explosión, y la sangre había cruzado sus barreras a borbotones, inundándolo todo como una cascada, en picado sobre mis ojos. De eso había muerto mi abuela, y siempre supe que la sensación sería esta. Me resultaba muy familiar.

Cuando ya no sentí el corazón supe que estaba muerta, pero no quería soltar al niño, así que pensé en llegar arriba y, además, la imagen de toda la compra desparramada por el suelo, cristales rotos, naranjas rodando por los escalones hasta la puerta de entrada —y lo que diría la comunidad de vecinos—, me llenaban de consternación. Hice un esfuerzo sobrehumano y continué cargando escaleras arriba. Apoyé la bolsa de la compra encima de mis rodillas alzadas mientras abría la puerta, con la apremiante intención de deshacerme del niño y después tumbarme, muerta. Pero, cuando dejé al niño y lo vi pataleando en el sofá, de pronto sentí remordimientos. Sabía que no podía dejarlo ahí porque, tan pronto pasara a mejor vida, probablemente se caería y empezaría a llorar penosamente y así estaría horas sin nadie que lo oyera. Mientras trataba de decidir qué debía hacer, empezó a llorar; entonces me di cuenta de que era la hora de amamantarlo y de que sería mejor dejarlo llenito y contento; dejé, pues, la comida dentro de la bolsa y me desabroché la camisa mientras acunaba al niño, que me dio mi calor al pegarse a mis carnes cada vez más frías, a estas alturas probablemente ya a una temperatura inferior a la del cuerpo, y me preguntaba si todavía quedaba leche en el pecho de una mujer muerta. El niño chupaba con ansia, inconsciente de mi situación. Determinados procesos corporales siguen su marcha por inercia durante un rato. Le hice eructar a conciencia y después se hizo caca encima de mí, que se escurrió por los extremos del pañal. Decidí que no podía dejarlo en semejante estado y tampoco quería que nadie me encontrara muerta con el regazo cubierto de caca, cosa que me llevó a pensar en la ropa que debía ponerme. Me miré en el espejo y no me vi con buena pinta, pero me miré como imaginaba que había mirado a mi abuelo muerto, aunque cuando lo vi estaba más maquillado que yo. Mi rostro era más pálido, el suyo de un azul negruzco, después del infarto. Seguramente le había estallado una arteria del cerebro. Y yo que había creído que esos recientes achaques de sensibilidad se debían a demasiados quehaceres domésticos. Yo tenía un color blanco y sólido, como hecha de mármol, más de cosa que de persona. En estado inerte, mi cara era realmente fea; como no

era guapa, mi único rasgo positivo era esa clase de vida, o de atractivo erótico, que emanaba de una expresividad singular, que, cuando desaparecía, me dejaba la cara sumida en el espanto, en la blanca y pura fealdad de su forma. Y justo cuando voy a tumbarme, con mucho recelo, veo al niño pataleando en la alfombra, moviendo frenéticamente brazos y piernas pero afortunadamente incapaz de desplazarse un centímetro como no sea dando vueltas sobre sí mismo; entonces, me doy cuenta de que ya es la hora de ir a buscar a los otros dos niños al colegio. «Una persona ni siquiera puede morirse aquí —pienso mientras los ojos se me llenan de lágrimas— (¿de dónde brotarán?). A lo mejor puedo pedirle a alguien que vaya a recogerlos.» Estaba pensando en llamar a Dave, pero ¿dejaría la tienda antes de hora solo porque su mujer hubiera muerto?

«Cuando tuve al niño, ¿no me hizo volver a casa dos días antes del hospital porque no podía cuidar a los otros dos solo y no quería cerrar la tienda, ni siquiera un día? ¿Y aquella vez que casi me desangro de una hemorragia cuando me sacaron la muela del juicio y el dentista no contestaba en su consulta y le pedí a David que viniera a casa y cuidara de los tres niños para poder ir a una clínica odontológica de urgencias y me dijo que todavía no podía salir porque tenía un cliente?… Así que ¿crees que dejaría la tienda en pleno día por una simple muerte?» Decidí llamar a Ruth Roth. Tal vez podía llevárselos a su casa; así no tendría que preocuparme por ellos y Dave podría recogerlos después de cerrar.

—Hola, ¿Ruth?

—Hola.

—Oye, Ruth, estoy muerta. ¿Puedes pasarte a recoger a mis niños y quedártelos un rato hasta que Dave vaya a buscarlos?

—Yo también estoy muerta. Te iba a llamar para pedir que recogieras a Rosalee.

—Lo haría, pero estoy muerta de verdad. O sea, *muerta*.

—Yo estoy peor que muerta, tengo un virus. Por favor, recoge hoy a Rosalee, yo me ocupo mañana de los tuyos.

Decidí no complicarlo más. Me dispuse a ir a recoger a los dos míos y a Rosalee.

El colegio por fuera es horripilante, incluso cuando te encuentras bien. Supongo que estéticamente podría ser todavía más feo, pero se vuelve más horroroso cuando tienes que verlo cada día durante tantos años, esperando de pie en el mismo sitio hasta que en un momento determinado ves un montón de niños que empiezan a salir, una descarga efusiva, un diluvio que te inunda, te contagia, casi como si el propio edificio se retorciera en los últimos estertores de una

gigantesca peristalsis.

Timothy y Rosalee, que van a la misma clase, ya han salido y corren como bestias salvajes alrededor del cochecito, mientras la cabeza del pequeño, que no deja de mirarlos, gira sin cesar como una peonza. Los dos mayores, cada vez más excitados, me molestan. Ni una sola parte de mí consigue verle la gracia a su alborozo. Me mareo y me apoyo en un coche aparcado para descansar.

—Dejad de hacer el bestia —digo, pensando que todo es por culpa de Rosalee, cosa que es mentira—. Os vais a hacer daño —les advierto, como un oráculo.

Aceleran cada vez más sus movimientos mientras se cruzan con otros niños, van de aquí para allá, suben y bajan la calle de una punta a otra, libros, ruido y comida por los aires en una danza coreografiada por mi peor enemigo y, efectivamente, Timothy acaba tendido de bruces en la calzada. Mientras llora, la sangre va goteando, manchando el cemento donde acaba de golpearse con la barbilla, dejando su rastro. Todo el mundo hace corro en torno a él, se compadece, y algunos me hacen una relación de todos los casos de caídas con golpes en la barbilla que han necesitado puntos mientras yo miro la carne desgarrada que cuelga del mentón de mi niño. En un estado casi de sopor, levanto el culo del Volkswagen azul, que tiene un guardabarros que se acopla perfectamente a mi cuerpo, y me dispongo a buscar algo en el bolso para parar la sangre. Encuentro un pañal no demasiado mojado. Nada más ponerle el pañal en la herida algunos de los que se han acercado esconden los dientes como vampiros y se retiran. Timothy, al menos, está tranquilo mientras esperamos a Alex. Rosalee también está un poco apagada. Todo sería maravilloso si no fuera porque cuando Alex salga del colegio tendremos que ir a toda prisa a urgencias al St. Vincent, que, por suerte, está al otro lado de la calle. ¿Quién sabe cuánto ha habido de previsión en esta aparente coincidencia? Veo a Alex, solo que sin su sonrisa habitual.

—¿Qué te pasa? —pregunto, sin haber tenido apenas tiempo de interesarme.

Silencio. Es muy típico. Dudo si aprovechar la situación para no tener que oír lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

—Joooooo aaaauuuu… uuuuffff. —Dijo esta frase sin abrir la boca, cosa que está muy bien si no fuera porque no entendí ni una sola palabra.

—Timothy se ha caído por hacer el animal con Rosalee —le digo— y tenemos que llevarlo al hospital. Creo que habrá que darle puntos.

—Uuuuuh, yaaaaaa —dice todavía con la boca cerrada.

Lo que en realidad me gustaría es dejar a los niños en la tienda de David antes de llevar a Timo al hospital. Solo hay una manzana y media de aquí hasta allá. Retiro el pañal y veo que ha dejado de sangrar, pero sé que tendrán que darle puntos cuando la herida vuelva a abrirse.

—Vámonos —digo. Echamos a andar, Timo y Alex agarrados cada uno a un lado del cochecito; entonces me doy cuenta de que Rosalee no está con nosotros. Está detrás, a cinco metros de distancia—. ¡Vamos! —le digo. Mis dientes están agarrotados. ¿Rabia o *rigor mortis*?

—No puedo. Mi mamá no me ha dicho que me recogerías.

—Ya, pero me ha llamado y ya era demasiado tarde para decírtelo.

—Ella me ha dicho: «Nunca te vayas con nadie».

—Soy la madre de Timo.

—Ya, pero yo no voy.

—Pues te quedarás aquí para siempre, porque la que vengo a buscarte soy yo.

—Me da igual. Esperaré a mi madre aquí para siempre y, cuando vea que no estoy contigo, vendrá a buscarme.

—Joder —digo, y la agarro con fuerza del brazo, aprieto su mano contra el tirador del cochecito lo más fuerte posible, como si la pegara con pegamento para toda la eternidad.

Cuando llegamos a la tienda, David sale a recibirnos, probablemente con la esperanza de que viniendo directamente hacia nosotros evitará que entremos y nos convencerá a fin de que volvamos a casa. Lleva zapatillas deportivas y una camisa de trabajo abierta hasta la cintura. Su pecho esbelto y moreno, dorado e imberbe es encantador, como sus tobillos ligeramente peludos, que salen por debajo de sus pantalones encogidos y entran, sin verse entorpecidos por los calcetines, en las zapatillas. Nos mira.

—Tengo que dejar aquí a los niños para llevar a Timo al hospital. Se ha caído a la salida del colegio.

—Y ¿por qué no te los llevas a todos? Ya sabes que aquí se portan fatal. Romperán cualquier cosa.

—Porque me parece que a Timo hay que ponerle puntos y los niños molestarán corriendo por todas partes y no hay sitio para dejar el cochecito y el pequeño respirará aire infectado de hospital. Además, esta tarde me he muerto. No tendría que estar haciendo nada. Podría tumbarme ahora mismo y nadie podría reprochármelo.

—Siempre te estás quejando —dice.

Entonces arranco el pañal con el que Timo se cubre la herida de la barbilla, aprovechando que David no soporta ver heridas, por muy

leves que sean, para que se lleve la impresión de que no le estoy pidiendo un favor cualquiera. Lo mira, se pone blanco, se lleva la mano a los ojos y corre hacia la tienda. Aparco el cochecito, le planto el chupete al pequeño en la boca y empiezo a andar con Timo en dirección contraria. Tardo unos minutos en recuperar el equilibrio sin el cochecito de apoyo, pero, cuando lo consigo, me siento tan bien que me da igual tener que ir a ponerle puntos. Timo no llora. Está tratando de averiguar si podrá comer caramelos.

Ya sé dónde está urgencias; he estado aquí otras veces. Hacemos una larga cola para dar los datos. Timothy sigue con el pañal apretado contra la barbilla mientras se toma un zumo. Llega nuestro turno.

—¿Su nombre?

—Timothy Schor.

—¿Timothy? Qué nombre tan raro para una mujer.

—No es mi nombre, es el de mi hijo.

—Creí que era usted, tiene una pinta horrible —dice ella.

—Los muertos suelen tener mala pinta —le digo.

Echa un vistazo a ver si da con un psiquiatra de guardia. Decide dar por terminada nuestra conversación y no recetarme nada. Le enseño la barbilla de mi hijo.

—Oh, no pinta bien. Parece que tenga otra boca ahí abajo —dice con frialdad.

—Que te jodan —susurré con mi respiración de muerta.

—Vayan a la tercera sala a mano izquierda, donde está la señal, y esperen —dice.

Esperamos. Me temo que después de esperar cuatro horas o más comprobaremos que han perdido el papelito rosa que ha rellenado la secretaria. Entra una enfermera.

—¿Timothy Schor?

—¿Sí?

Le pone un termómetro debajo de la lengua y le toma el pulso mientras el zumo empieza a salir por ambos lados del termómetro y chorrea sobre el pañal. Seguimos esperando. Timothy se ha sentado en una pequeña cuna que tiene un lado torcido y yo le cojo de la mano porque la cuna le da miedo. Entra una mujer con la niña. La desviste en otra cuna. A pesar de que es verano, la niña lleva puesto un equipo de esquiar compuesto de jersey, pantalones y un gorro de lana fina, y tiene que quitárselo todo; además, lleva debajo zapatitos, medias, un vestido, una pequeña combinación y una camisetita. La desviste pausadamente, con cuidado, hasta dejarla solo con sus medallas y su pañal, y llorando tiernamente sobre su vientre. Dobla toda su ropa y hace un montoncito con ella, saca un cepillo de bebé de pelo suave de

su enorme bolsa de color rosa pálido y empieza a peinar los cuatro pelos casi inexistentes. Me parece que esto debe ser el instinto de acicalamiento. Miro a Timo y me pregunto por qué yo no lo tengo. Lleva el pelo largo; hace un año y medio que no lo peino. Tiene varias manchas de comida en la cara que se extienden hasta su camisa formando un conjunto de diversos colores. Tiene la cara alargada y la barbilla puntiaguda. Esperar tanto me pone furiosa. Estoy pensando en tumbarme aquí mismo y así podrán decir: «Se murió esperando a ser atendida en urgencias», pero temo dejar a Timo a su merced.

Entra un médico. Dice:

—¿Qué pasa?[123]

—Se ha caído —le digo.

—Vamos a echarle un vistazo. Uff. ¿Qué ha pasado? —le pregunta a Timo.

—Se ha caído en la calle al salir del cole.

—¿Qué ha pasado, hijito? —le pregunta a Timo.

—Me he caído en la calle al salir del cole.

—¿Intenta acusarme de maltrato? —le pregunto.

—Cálmese, señora. Tal vez lo ha interpretado mal, no tiene buen aspecto. Siéntese.

—Ya estoy sentada.

—Pues relájese. Le pediré a la enfermera que le traiga unas sales aromáticas. Tendré que ponerle un par de puntos al niño. Espérese aquí.

—Quiero entrar con él.

—Preferiría que no. Tiene muy mala cara, y puede desmayarse.

—Si tengo mala cara es porque estoy muerta. Dejarme aquí esperando con las sales aromáticas no va a ayudarme mucho. Usted se cree que soy una histérica —grité—, pero no lo soy. Simplemente estoy muerta. ¡Aquí puede una morirse esperando! —Llené las salas con mi grito de ultratumba de película de terror.

El médico salió corriendo. Un minuto después vino una enfermera y se llevó a Timo. El muy cobarde seguramente estará esperando, temblando en la sala donde le coserán. ¿Dónde aprendió este médico a coser? ¿En un curso de Economía Doméstica? ¿Me devolverán al niño? Tal vez me lleven a la planta de chiflados. No hay que preocuparse, la sección de chiflados actualmente está muy cotizada. Si te vuelves loca de verdad te ingresan en el Bellevue y esperas a que den una gran fiesta de estreno. Es el Concord de los psiquiátricos. Y en la pared, para minimizar mis males, cuelga un crucifijo, un Cristo de metal pintado sobre una cruz de madera: pasivo, sin vida, pintado con sangre, y los clavos de sus heridas tienen un brillo metálico. De hecho, han superado el dolor. Tal como aquí lo pintan, debe de estar muerto.

Traen a Timo, lleno de cercos brillantes de lágrimas secas y con la boca tirante.

En la mesa de recepción digo:

—¿Cuánto es?

—Dieciséis dólares por la visita de urgencias más cuatro puntos, a diez dólares por punto, cuarenta más dieciséis, más la radiografía para ver si el hueso estaba tocado, además de la radiografía de cuerpo entero para descartar indicios previos de malos tratos.

—¿Usted cree que voy a pagar una radiografía no autorizada que le han hecho por su propio interés, que nada tiene que ver con la herida de mi hijo? Y ¿para eso reciben una subvención especial? ¡Tendría que demandarle por exponer al niño a rayos X que no necesita!

—Señora, yo no le he hecho la radiografía, no diga que me demandará. Yo solo soy la cajera.

—Envíeme la factura, no llevo esa cantidad encima, ni Rockefeller la llevaría. Él lleva tarjetas de crédito. ¿Aceptan tarjetas de crédito? ¿Y las de BankAmericard?

La cajera se ocultó tras la mesa de recepción.

Cuando salimos, echo un vistazo a la moqueta roja y los sillones rojo escarlata a conjunto con el traje rojo del retrato del cardenal que hay encima de las sillas. Unos interiores increíbles, me digo, pensando en volver otro día y hacer unas fotos en color. Siento verdadera lástima al darme cuenta de que no volveré nunca a fotografiar nada. Aún gracias si consigo echarme antes de descomponerme. Pero ¿a quién dejaré mi Minolta Autocord? Que David se quede con todo, aunque a él le gustan las de 35 mm.

—¿Dónde has estado tanto rato? —me pregunta Dave cuando volvemos a la tienda. ¿Se cree que le hemos mentido y nos hemos ido al cine?—. ¿Cuánto ha costado? —pregunta.

—No lo sé, quieren añadir al total una radiografía que no les he pedido.

—Ya. Pues tendrás que pagarlo con los fondos para la casa porque todo ha sido por negligencia tuya.

Apreté a Timothy contra mí y lloré sobre su vendaje.

—No lo mojes —dice Timo.

De camino a casa el pequeño se pone a llorar. Compro leche, pues no sé cuándo se acaba la leche de una mujer muerta. Me acuerdo de unas fotos que vi en *Life* y en *Look* de mujeres indias, muertas de hambre, con niños escuálidos agarrados a sus pechos, pero nunca supe si llegaban a mamar algo o no. Y si mamaban, ¿salía algo? En casa,

con el pequeño al pecho, compruebo que ha sido buena idea comprar leche. Después de varios intentos, llora; vuelve a intentarlo, grita. Preparo un biberón. La mejor manera de destetar es muriéndose. Alex sigue descontenta. Le pregunto qué pasa, me lanza una mirada patética y me enseña los dientes. No veo nada. Ya no tiene incisivos. Y no es posible que se le hayan caído, al revés, los dientes nuevos, los permanentes, le acaban de salir, han alcanzado su tamaño normal en las últimas dos semanas. Y, como son enormes, es difícil no verlos.

—Qué ha pasado —digo. No grito.

Su cara se convierte en una pasa y las lágrimas corren como riachuelos por fuera y por dentro de los surcos hasta llegar a la boca.

—¿Por qué lloras?

—Porque creía que ibas a gritar.

Bien, para ser sincera, tengo ganas de gritar. Tengo ganas de chillar, pero es absurdo gritarle a una niña porque ha perdido los dientes. Y no los ha perdido del todo, solo que los tiene casi todos rotos. Un buen dentista podría ponerle fundas.

De hecho, había pensado que cuando por fin llegara David se ocuparía de todo, así podría morirme normalmente. No era que quisiera morirme, pero al estar ya muerta ya no tenía opción, había algo imperioso en lo de tumbarme. Preparé la cena para él, para que las cosas no le resultaran demasiado engorrosas. También dejé comida preparada para los cuatro días siguientes, cosas frías, y las envolví con su etiqueta de instrucciones listas para calentar, servir y comer.

Cuando llegó David, me miró y dijo:

—No tienes buena cara.

Yo dije:

—Ya, es porque estoy muerta, y los muertos no suelen estar bien.

—No seas tan sarcástica —me dijo—. Siempre te estás quejando. Piensa en cosas más positivas. Por ejemplo, ahora mismo al menos no tienes un cáncer. ¿Por qué no haces un poco de café y te olvidas de estas cosas?

—Mira— le dije—, estoy muerta y voy a tumbarme. Prepárate un instantáneo.

—No me gusta el café instantáneo.

—Pues prepara uno normal.

—Pero no sé cuánta cantidad de café hay que poner.

Hice el café pensando en dónde iba a tumbarme cuando por fin terminara. Todo parecía demasiado antinatural. ¿Es lo mejor tumbarte cuando te mueres, sea donde sea? ¿Significaba eso que tenía que bajar las escaleras y derrumbarme en el lugar exacto donde originalmente me había muerto? Los niños estaban viendo *La isla de Gilligan* y el

pequeño dormía. Me tumbo en la cama y me embarga una paz muy agradable que inmediatamente se trunca porque David me llama: «¡Hey!, ¿dónde está mi cena?», vuelve a interrumpirme. Yo no sabía si era realmente capaz de levantarme. Hice ver que no le oía. Acabaría por darse cuenta de que algo no iba bien y de que nunca más podría volver a prepararle la cena, o de que acabaría preparándose la puta cena él solito. Siguió llamándome un sinfín de veces. Al final entró y me taladró con sus palabras.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Ya te lo he dicho. Estoy muerta.

—Eres una hipocondríaca. Muévete. —Se tumbó a mi lado, y se hizo un hueco a empujones porque yo no me movía. Después se puso encima de mí.

—¿Cómo puedes hacerle esto a una persona muerta? —Estaba realmente indignada por la indignidad de su acto.

—Bien. Pues probaré. Tiene cierto morbo. —Se desmelenó en un momento de locura mientras se arrancaba la ropa a tirones. Después empezó a arrancarme la mía, que era más difícil, porque yo ni siquiera levanté las caderas cuando intentaba quitarme las bragas. Se esforzó insistiendo de nuevo en mi cuerpo, besando mis flácidos labios y agitándose sobre mis miembros inertes. Estaba claro que no estaba disfrutando; se consagró únicamente a intentar excitarme.

—¿Por qué no te mueves siquiera un poco? —dijo—. Me siento como un necrófilo.

—Si fueras un necrófilo, te encantaría hacérmelo así —le dije. Y siguió intentándolo.

—Oh, mierda —dijo desmontándose—. ¿Por qué no me excitas?

—¿Por qué depende tu excitación de la mía? Estás inseguro. Te lo tomas demasiado personalmente. Es bien sabido que los muertos no responden ni aunque Paul Newman mueva la polla entre el vello púbico de su cuerpo.

Fue a llenar la bañera de agua, ¡vaya hombre!, a mí se me acababa de ocurrir tomarme un baño, y además tenía prisa. Metí a los niños en la cama. Me miré al espejo. Tenía la cara flaca todavía, los ojos parecían ojos de pescado fundidos. Mi piel era una tarta de queso con unos labios azules como velas de cumpleaños en el centro. Oí a David gritar desde la bañera por encima de los chapoteos de agua:

—¡Qué pena que no te hiciera un seguro de vida! Nunca soñé que morirías tan joven. Ahora ya no tendría que trabajar más.

Me vinieron ganas de llorar, pero de mi cóncavo ojo de pescado no brotó ni una sola lágrima.

Me senté en el retrete dejando correr el agua que llenaba la

bañera, tan apetecible y calentita. Puse la mano debajo del grifo, dándole la vuelta a un lado y a otro como la aleta de una foca. Cuando se llenó la bañera me metí poco a poco en el agua, introduciendo el cuerpo miembro a miembro, disfrutando del placer sensual del calor hirviente del agua en la parte baja de mi cuerpo y de la piel de gallina en la parte superior todavía sin sumergir. Cuando remitió la sensación, descansé la espalda en el respaldo curvo de la bañera y me fui metiendo poco a poco dentro. Seguí introduciendo mi cuerpo hasta que sentí el agua avanzar sobre los labios, después sobre la nariz, por encima de los ojos y noté unas cosquillas en el cuero cabelludo a medida que el agua se iba filtrando suavemente entre el pelo. No me molesté en salir a la superficie. Me di cuenta de que la inconsciencia que estaba experimentando no era tan diferente de la habitual.

DAR A LUZ

(1977)

Margaret Atwood

Margaret Atwood (Ottawa, 1939) es novelista, poeta y ensayista. Entre sus novelas cabe destacar *Nada se acaba* (1979), *El cuento de la criada* (1985), *Ojo de gato* (1988), *Alias Grace* (1996), que ganó el prestigioso Premio Giller de Canadá y el premio Mondello de Italia, y *El asesino ciego* (2000), ganadora del Premio Booker. En 2019 publicó *Los testamentos*, una secuela de *El cuento de la criada*. De *Double Persephone* (1961) y *The Door* (2007), sus obras poéticas han sido igualmente muy celebrada. Ha recibido en 2008 el Príncipe de Asturias de las Letras y en 2017 el Premio de la Paz del Gremio de Libreros Alemanes. El cuento que aquí reproducimos («Giving Birth») forma parte de *Chicas bailarinas (Dancing Girls*, 1977).

Pero ¿quién da a luz? Y ¿a quién se da a luz? Desde luego, tiene poco que ver con el hecho de dar, que implica algo que fluye, una suave entrega, sin coacción. Pero hay poca suavidad aquí, todo demasiado intenso, la barriga tensa como un puño cerrado, oprimente, el fuerte ritmo del corazón, todos los músculos del cuerpo en tenso movimiento, como en la filmación a cámara lenta de un salto de altura, un cuerpo sin rostro que se eleva, gira, suspendido por un momento en el aire. Y luego (de nuevo en tiempo real) la caída, el resultado.

Quizá la expresión la acuñara alguien que no había visto más que el resultado: un montón de recién nacidos. Como pulcros paquetes, diestramente envueltos en mantas, de color rosa o azul, cada uno con su etiqueta pegada con cinta adhesiva, con su pulcra cuna de plástico, detrás del cristal. Quizá por eso se diga también «dar muerte», porque en cierto sentido son conceptos que tienen algo en común: son hechos, no cosas. ¿Y *delivering* [liberar, entregar]? ¿Quién «liberaba» qué?

¿Era a la madre a quien se «liberaba», como si estuviera presa? Por supuesto que no. Ni tampoco se «entregaba» el recién nacido como si se tratase de un envío de paquetería. ¿Cómo se puede ser destinatario y remitente al mismo tiempo? ¿Dónde está la esclavitud, dónde la «liberación»? Es cosa del lenguaje, que farfulla sus arcaicas expresiones; una de las muchas cosas que hay que volver a nombrar, expresar de otro modo.

Pero no seré yo quien lo haga. Son las únicas palabras que tengo, estoy atrapada en ellas, y con ellas. (Esa imagen de las arenas movedizas, en el viejo cuadro del Museo Real de Ontario, segunda planta, qué persistente es. ¿Me salvaré o me tragarán, fosilizada, como un tigre dientes de sable o un enorme brontosaurio que se aventuró demasiado lejos? Las palabras chapotean a mis pies, negras, enfangadas, mortíferas. Déjenme probar una vez más, antes de que el sol me atrape, antes de que muera de hambre o me ahogue, mientras pueda. Al fin y al cabo, solo se trata de un cuadro, no es más que una metáfora. Ved, puedo hablar, no estoy atrapada y vosotras no podéis entender nada. Así pues, seguiremos adelante como si no tuviésemos problemas de lenguaje.)

Este relato sobre dar a luz no trata de mí. Para convenceros de que no soy yo, debo decir lo que he hecho esta mañana, antes de sentarme frente a esta mesa (una puerta encima de dos archivadores, una radio a la izquierda, el calendario a la derecha, artilugios con los que me sitúo en el tiempo). Me levanté a las siete menos veinte y, al bajar las escaleras, me encontré a mi hija, que subía, autónomamente según ella, aunque en brazos de su padre. Nos saludamos con abrazos y sonrisas. Luego jugamos con el despertador y la botella de agua caliente, un ritual que practicamos solo los días en que su padre tiene que salir de casa temprano para ir a la ciudad. La razón de este ritual es hacerme la ilusión de que remoloneo. Cuando por fin decidió que ya era hora de que me levantase, empezó a tirarme del pelo. Me vestí, mientras ella exploraba la balanza del cuarto de baño y el misterioso altar blanco del lavabo. La llevé abajo y libramos la habitual batalla para desnudarla y vestirla. Ya lleva minitejanos y minicamisetas. Luego desayunó sola: naranja, plátano, un bollo y gachas de avena.

Salimos al porche a sentarnos al sol, donde de nuevo reconocimos, y nombramos, al perro, los gatos y los pájaros, los arrendajos azules y los jilgueros de esta época del año, que es invierno. Posa sus dedos en mis labios cuando yo pronuncio estas palabras; aún no ha aprendido el secreto de formarlas. Estoy aguardando su primera palabra. Sin duda será milagrosa, algo que jamás se ha dicho antes. Pero, de ser así, a lo mejor ya la ha dicho, y yo, en mi encierro, en mi adicción a lo habitual, no la he oído.

En su parque he descubierto la primera cosa alarmante del día. Era

una pequeña mujer desnuda, hecha del mismo plástico blando con que hacen esos lagartos y arañas que se balancean, y otras cosas semejantes que se cuelgan de la ventana trasera del coche. Se la regaló a mi hija una amiga, una mujer que hace accesorios para películas, y debía servir como accesorio, aunque luego no se utilizó. La niña la adoraba y gateaba con ella entre los dientes como un perrillo con un hueso, con la cabeza asomando por un lado de la boca y los pies por el otro. Parecía masticable e inocua, pero el otro día reparé en que le había hecho un desgarrón al cuerpo con sus dientes de leche. Cogí la muñeca y la metí en la caja de cartón donde guardo los juguetes.

Pero esta mañana la he vuelto a ver en el parque, y le faltaban los pies. Ha debido de comérselos la niña y me he preocupado, porque no sé si el plástico puede disolverse en su estómago ni si es tóxico. Estaba segura de que, tarde o temprano, en los pañales, que examino con el consabido celo maternal, encontraría dos piececitos de plástico. Cogí la muñeca y luego, mientras ella le cantaba al perro delante de la ventana, la tiré a la basura. No estoy dispuesta a rebuscar brazos femeninos, pechos y una cabeza en los pañales desechables de mi hija —ya parcialmente cubiertos por zanahorias sin digerir y pellejos de uva—, como reliquias de un espantoso y demencial asesinato.

Ahora está echando su sueñecito y yo escribo este relato. A juzgar por lo que he dicho, podéis ver que mi vida (pese a estas ocasionales sorpresas, recordatorios de otro mundo) es tranquila y ordenada, bañada por esa cálida luz rojiza, esos azulados toques de luz y esas superficies reflectantes (espejos, bandejas, oblongos paneles de ventana) que parecen salidos de un cuadro de la escuela flamenca; y, como esos cuadros, es realista en el detalle y ligeramente sentimental. O, por lo menos, tiene un aura de sentimiento. (Ya tengo momentos de callada aflicción por las prendas que se le han quedado pequeñas y que ya no podrá volver a ponerse. Me convertiré en conservadora de mechones de pelo, guardaré cosas en los baúles, lloraré al ver las fotos.) Pero por encima de todo es sólida, aquí todo es solidez. Ya no habrá más aguaceros luminosos, esos recursos, nebulosos efectos de nubes, puestas de sol de Turner, vagos temores, esas cosas etéreas que tanto interesaban a Jeanie.

Llamo a esta mujer Jeanie por la canción. Ya no recuerdo nada de la letra, solo el título. La cuestión (porque en el lenguaje siempre afloran estas «cuestiones», estas reflexiones; eso es lo que lo hace tan rico y tan pegadizo, por eso muchos han desaparecido bajo su oscura y brillante superficie, por eso no debe una intentar nunca ver en él su propio reflejo; te asomarías demasiado, un mechón de tu pelo caería dentro, y saldría convertido en hebras de oro y, convencida en todo momento de que son de oro, los seguirías, buscando brazos abiertos, la boca que crees que se abre para pronunciar tu nombre, pero que, justo

antes de que tus oídos se llenen de puro sonido, formará una palabra que jamás has oído)…

La cuestión, para mí, es el pelo. Yo no tengo el pelo castaño claro, pero Jeanie lo tenía así. Es algo que nos diferencia. La otra cuestión es el suelo. Porque Jeanie no es real del mismo modo que lo soy yo. Pero ahora, y con este ahora me refiero a vuestro momento presente, ambas tendremos el mismo grado de realidad, seremos iguales: espectros, ecos, reverberaciones en vuestro cerebro. Por el momento, Jeanie es para mí como algún día seré yo para vosotros. Así que se la puede considerar bastante real.

Jeanie va de camino al hospital, a dar a luz, a «liberar», a «entregar». Ella no es muy sutil con estas expresiones. Va en la parte de atrás del coche, con los ojos cerrados y cubierta por el abrigo como si fuera una manta. Hace sus ejercicios respiratorios y mide sus contracciones con un cronómetro. Lleva levantada desde las dos y media de la madrugada: a esa hora se bañó y comió un poco de confitura de lima, y ahora son casi las diez. Ha aprendido a contar, en los lentos ejercicios respiratorios, con números (de uno a diez al inspirar y de diez a uno al espirar) que puede visualizar realmente mientras cuenta en silencio. Cada número es de un color diferente y, si se concentra mucho, de un tipo y cuerpo distintos, de distintos caracteres. Desde corrientes números romanos a estilizados números de colores. Es un refinamiento del que no se habla en ninguno de los muchos libros que ha leído sobre el parto. Tiene, por lo menos, dos estantes de libros que tratan de todo, desde construcción de armarios de cocina a reparación de coches o curado casero de jamones. No hace muchas de estas cosas, pero algunas sí y en su maleta, con una toallita, un paquete de caramelos de limón, unas gafas, una bolsa de goma para agua caliente, polvos de talco y una bolsa de papel, lleva el libro que aconseja pertrecharse con todo este equipo.

(A estas alturas quizá penséis que me he inventado a Jeanie para distanciarme de estas experiencias. Pero nada más lejos de la verdad. En realidad, lo que intento es acercarme a algo que el tiempo me ha alejado. En cuanto a Jeanie, mi intención es sencilla: lo que hago es resucitarla.)

Otras dos personas van en el coche con Jeanie. Una es un hombre a quien llamaré A., por comodidad. Es A. quien conduce. Cuando Jeanie abre los ojos al final de cada contracción, puede ver el dorso de su cabeza ligeramente calva y sus hombros tranquilizadores. A. conduce bien y no corre demasiado. De vez en cuando le pregunta cómo se encuentra y ella le va diciendo cuánto duran las contracciones y a qué intervalos se producen. Cuando paran a repostar, él compra café en vasos de plástico. A lo largo de los meses, la ha ayudado con los ejercicios respiratorios, presionándole la rodilla como recomendaba el

manual, y asistirá al parto (puede que sea para él para quien dé a luz, en el mismo sentido que en el de dar una representación). Juntos han recorrido el pabellón de maternidad del hospital, en compañía de un grupito de parejas como ellos: una persona delgada y preocupada, una persona lenta y bulbosa. Les han enseñado las habitaciones, las dobles y las individuales, las bañeras para los baños de asiento, la sala de partos propiamente dicha, que daba la impresión de ser blanca. La enfermera era de color café con leche clarito, con airosas caderas y ágiles codos, y se reía mucho mientras contestaba las preguntas.

—Primero les pondrán un enema. Saben lo que es, ¿verdad? Cogen una perilla de goma llena de agua y les meten la cánula por el trasero. Luego, los padres tienen que ponerse esto… y esto, por encima de los zapatos. Y estos gorros: este para los que llevan el pelo largo y este para los que lo llevan corto.

—¿Y los calvos? —pregunta A.

La enfermera le mira la cabeza y se echa a reír.

—Bueno… a usted aún le queda un poco de pelo —contesta—. No duden en preguntar lo que sea.

También habían visto una película hecha por el hospital, una película en color de una mujer que da a luz a un… ¿es posible que fuese un niño?

—No todos los niños nacen tan grandes —dice la enfermera australiana que comenta la película.

Sin embargo, el público, constituido en su mayoría por mujeres embarazadas, no parece muy tranquilo cuando encienden las luces. («Si prefieres no ver las imágenes —le dijo una amiga de Jeanie—, siempre puedes cerrar los ojos.») La sangre le producía menos aprensión que el desinfectante de color marrón. «No pienso seguir cargando con esto», bromea ella sonriente. «Todo irá bien», le asegura él, abrazándola.

Y ella lo sabe. Todo irá bien. Pero en el coche va otra mujer. Va en el asiento del acompañante y no ha vuelto la cabeza, no le hace el menor caso. Ella, al igual que Jeanie, también va al hospital. También está embarazada. Sin embargo, no va al hospital a dar a luz, porque las palabras, las palabras, son demasiado ajenas a su experiencia (la experiencia que está a punto de tener) para que tengan algún sentido. Lleva un abrigo de paño de cuadros beis y marrón, y un pañuelo en la cabeza. Jeanie la ha visto antes, pero solo sabe de ella que es una mujer que no quería quedarse embarazada, que no quería dividirse de esa manera, que no había decidido pasar tan duras pruebas, tales iniciaciones. Sería inútil decirle que todo irá perfectamente. La palabra que se utiliza para designar la cópula no deseada es violación. Pero no hay palabras en la lengua que designen lo que está a punto de sucederle a esta mujer.

Jeanie ha visto a esta mujer de vez en cuando durante su embarazo, siempre con el mismo abrigo, siempre con el mismo pañuelo. Naturalmente, quedarse encinta la ha inducido a fijarse más en otras embarazadas, y las ha observado, las ha estudiado furtivamente. Pero no todas las embarazadas son como esta. Por ejemplo, no ha ido a las clases de prenatal en el hospital, donde todas las mujeres eran jóvenes, más jóvenes que Jeanie.

—¿Cuántas piensan dar el pecho? —pregunta la enfermera australiana de anchos hombros.

Todas menos una levantan la mano. Un grupo moderno, la nueva generación. La única biberonista, que tal vez (¿quién sabe?) tuviera algún problema en los pechos, se avergüenza de sí misma. Las otras miran cortésmente para otro lado. Por lo visto, de lo que más les interesa que se hable es de las diferencias entre un pañal desechable y otro que no lo es. A veces, se echan en esterillas y se aprietan mutuamente la mano, simulando contracciones y contando respiraciones. Es todo muy útil. La enfermera australiana les dice que no entren y salgan de la bañera sin ayuda. Al cabo de una hora, les dan un vaso de zumo de manzana.

Todas las mujeres de la clase son primerizas, menos una, que dice que va para asegurarse de que esta vez le pongan la inyección. La última vez se retrasaron y pasó un infierno. Las otras la miran con expresión reprobatoria. Ellas no claman para que les pongan inyecciones, ni piensan pasar un infierno. Se pasa un infierno si se adopta una actitud negativa, esta es la opinión general. Los libros hablan solo de *malestar*.

—No se trata de malestar, sino de dolor, nena —dice la mujer.

Las demás sonríen con visible incomodidad y la conversación vuelve a encarrilarse hacia los pañales desechables.

La vitaminada, la concienzuda, la muy leída Jeanie, que ha conseguido evitar las náuseas matutinas, las venas varicosas, las grietas, la toxemia y la depresión, que no ha tenido antojos de comida, ni veladuras de la visión… ¿Por qué la seguiría esa mujer? Al principio, fue solo un breve vistazo de vez en cuando, en la sección de prenatal de Simpson's Basement, en la cola del supermercado, o en tenderetes de las esquinas, mientras iba en el coche de A.: el rostro demacrado, el torso hinchado, el pelo lacio recogido con el pañuelo. En cualquier caso, fue Jeanie quien la vio a ella, y no a la inversa. Y si la seguía no lo notó.

A medida que Jeanie se ha ido acercando a este día, al ignoto día en que dará a luz, a medida que el tiempo se ha espesado hasta convertirse en algo que tiene que empujar, una especie de barro, tierra mojada bajo los pies, ha visto a esta mujer cada vez más a menudo, aunque siempre de lejos. Según la luz, ha aparecido alternativamente

una chica joven de unos veinte años o una mujer de cuarenta o cuarenta y cinco, pero Jeanie nunca ha tenido la menor duda de que se trataba de la misma mujer. De hecho, nunca se le había ocurrido pensar que no fuese real en el sentido habitual (y acaso lo fuese, originariamente, la primera o segunda vez que la vio, tan real como la voz que produce un eco), hasta que A. se detuvo en un semáforo en rojo en el trayecto al hospital, y la mujer, que estaba en una esquina con una bolsa de papel marrón entre los brazos, abrió la puerta del asiento del acompañante y subió. A. no reaccionó, y Jeanie se guardó bien de decirle nada. Es consciente de que la mujer no está realmente allí: Jeanie no está loca, incluso podría hacer que la mujer desapareciese abriendo más los ojos, sosteniendo la mirada, pero solo desaparecería la forma, no la sensación. No es exactamente que Jeanie tema a esta mujer. Ella sí la teme a ella.

Al llegar al hospital, la mujer baja del coche, y ya ha cruzado la puerta cuando A. rodea el vehículo para ayudar a Jeanie a bajar del asiento trasero. No la ven en el vestíbulo. Jeanie pasa por el mostrador de recepción con toda normalidad, sin su sombra.

Ha habido una epidemia de recién nacidos por la noche y el pabellón de maternidad está atestado. Jeanie espera detrás de una mampara a que le asignen habitación. Cerca se oyen gritos, se oye gritar y balbucear entre gritos, en una lengua extranjera. Le suena a portugués. Y se dice que para ellas es diferente, que hay que gritar, y que, si no gritas, te tachan de rara, es un requisito para dar a luz. Sin embargo, sabe que la mujer que grita es la otra mujer y que grita de dolor. Jeanie oye otra voz, también de mujer, relajante, tranquilizadora: ¿su madre? ¿Una enfermera?

Llega A., y se sientan, inquietos, escuchando los gritos. Finalmente, llaman a Jeanie y va a «preparatoria» (le suena a ingreso en la facultad). Se quita la ropa (¿cuándo la verá de nuevo?) y se pone el camisón del hospital. La reconocen, le ponen una etiqueta en la muñeca y un enema. Le dice a la enfermera que no puede tomar Demerol porque es alérgica, y la enfermera toma nota. Jeanie no sabe si es alérgica o no, pero no quiere tomar Demerol, lo ha leído en los libros. Quiere resistirse a que le rasuren el vello púbico (sin duda perdería toda su fuerza si se lo rasurasen), pero luego resulta que la enfermera no tiene especial interés en hacerlo. Le dicen que las contracciones no son aún lo bastante frecuentes para tomarlas en serio, que le va a dar tiempo a almorzar. Se pone el camisón y vuelve con A., que ya está en la habitación que acaba de quedar libre, se come una sopa de tomate y una chuleta de ternera y decide dar una cabezada mientras él va a comprar unas cosas.

Jeanie se despierta cuando vuelve A. Ha traído un periódico, varias novelas policíacas para ella y una botella de whisky para él. A. lee el

periódico y bebe whisky y Jeanie lee *Los primeros casos de Hércules Poirot*. No hay relación entre Poirot y el parto, que ahora se acelera, más que en la cabeza de huevo de Poirot y los calabacines que cultiva con hebras de lana mojada (¿placentas?, ¿cordones umbilicales?). Se alegra de que los cuentos sean breves; ahora va de un lado para otro, entre contracción y contracción. Está claro que lo del almuerzo ha sido un error.

—Me parece que tengo parto de riñones —le dice a A.

Sacan el manual y buscan instrucciones para la lumbalgia obstétrica, que es como saben que se dice en realidad. Es útil que todo tenga un nombre. Jeanie se arrodilla en la cama y apoya la frente en los antebrazos, mientras A. le da un masaje en la espalda. A. se sirve otro whisky en el vaso del hospital. La enfermera, de rosa, entra, mira, pregunta por la frecuencia de las contracciones y se marcha. Jeanie empieza a sudar. A media página de Poirot tiene que ponerse a gatas de nuevo, inspirar y espirar, visualizando mentalmente los números de colores que le sirven para medir los ejercicios respiratorios.

Entonces viene la enfermera con una silla de ruedas. Ya es hora de bajar a la sala de partos, le dice. Jeanie se siente como una tonta, en esa silla. Y piensa en las campesinas que dan a luz en el campo, en las mujeres indias que los tienen a orillas del río sin pensarlo dos veces. Tiene la impresión de ser decadente. Pero el hospital quiere que se siente, y, teniendo en cuenta que la enfermera es algo canija, quizá sea preferible. ¿Y si se desmayase? Después de tanta animosa cháchara. Una imagen de la menudita enfermera de color de rosa, como laboriosa hormiga, acarreando a la grandota Jeanie por los pasillos, haciéndola rodar como una gran pelota de playa.

Al pasar por el mostrador de recepción, se cruzan con una mujer que llevan en camilla, cubierta con una sábana. Tiene los ojos cerrados y un brazo conectado a un gotero. Algo va mal. Jeanie mira hacia atrás (cree que se trata de la otra mujer), pero la camilla está ahora oculta detrás del mostrador.

En la oscura sala de partos, Jeanie se quita el camisón y la enfermera la ayuda a meterse en la cama. A. le trae la maleta, que no es realmente una maleta, sino una pequeña bolsa de viaje, de las que suelen llevarse para los viajes en avión; el sentido no le ha pasado inadvertido, hasta el punto de que despierta su aprensión habitual a los aviones, incluido el temor a que se estrellen. Saca los caramelos, las gafas, la toallita y las otras cosas que cree que necesitará. Se quita las lentillas y las mete en el estuche, encareciéndole a A. que no se pierdan. Ahora no ve ni jota.

En la bolsa lleva una cosa que no saca. Es un talismán que, hace años, le dio como recuerdo una amiga que viajaba con ella. Es un cristal azul opaco, redondeado y oblongo, con cuatro dibujos en forma

de ojos amarillos y blancos. En Turquía, le dijo su amiga, se lo cuelgan a las mulas para combatir el mal de ojo. Jeanie sabe que, probablemente, a ella este talismán no le sirva, porque no es turca ni mula, pero se siente más segura con él en la habitación. Piensa tenerlo en la mano en los momentos más difíciles del parto, pero duda que vaya a darle tiempo.

Una vieja, una vieja gorda vestida de verde, entra en la habitación y se sienta a su lado.

—Este es un buen reloj —le dice la mujer de verde a A.—. Ya no hacen relojes así.

Se refiere a su reloj de bolsillo, de oro, una de sus pocas extravagancias, que está encima de la mesilla de noche. Luego, pone la mano en la barriga de Jeanie para notar la contracción.

—Esto va bien —dice con acento sueco, o alemán—. A esto le llamo yo una contracción, y no las de antes.

Jeanie no recuerda haberla visto.

—Bien, bien…

—¿Cuándo voy a tenerlo? —pregunta Jeanie, cuando deja de contar y puede hablar.

La vieja se echa a reír. No cabe duda de que esta risa, estas manos tribales, han presidido miles de camas, miles de mesas de cocina…

—Aún falta mucho —le contesta—. Ocho o diez horas.

—Pero… ya llevo así doce horas —dice Jeanie.

—Bah, eso no ha sido nada —dice la mujer—. No han sido fuertes. Estas sí.

Jeanie se resigna a la larga espera. En estos momentos no acababa de entender por qué ha querido tener un hijo. La decisión la tomó otra persona, cuyos motivos no están ahora nada claros. Recuerda cómo las mujeres que tenían niños se miraban sonrientes, con aire misterioso, como si estuviesen en el secreto de algo que ella ignorara, cómo, con toda normalidad, la excluían de su marco de referencia. ¿Cuál era ese conocimiento, el misterio? O ¿es que tener un hijo no era realmente más inexplicable que tener un accidente de automóvil o un orgasmo? (Pero también estos eran indescifrables fenómenos del cuerpo, todos ellos. ¿A santo de qué iba a fatigarse el pensamiento tratando de dar con el lenguaje idóneo para expresarlos?) Había jurado no hacerle nunca eso a ninguna mujer sin hijos, participar de semejantes consignas y exclusiones. Ya es bastante mayor, ya ha pasado por esto bastantes años, y sabe lo abrumadoras y crueles que son.

Pero —y esta es la parte de Jeanie que va con el talismán oculto en su bolsa, no con la parte que quiere hacer armarios de cocina y curar jamones—, en su fuero interno, espera un misterio. Algo más que esto, algo distinto, una visión. Al fin y al cabo, se está jugando la vida,

aunque no es muy probable que muera. Pero algunas mujeres mueren. Hemorragias internas, shocks, fallos cardíacos, un error humano, de una enfermera, de un médico. Ella se merece una visión, se merece la ocasión de traerse algo desde ese lugar oscuro al que ahora desciende rápidamente.

Piensa un momento en la otra mujer. Sus motivos tampoco están claros. ¿Por qué no quiere tener un hijo? ¿La han violado? ¿Tiene ya diez hijos? ¿Están en la miseria? ¿Por qué no ha abortado? Jeanie no lo sabe y, de hecho, ya da lo mismo por qué. «Deja de cruzar los dedos», se dice, pensando en ella. Su cara, contorsionada por el dolor y el terror, flota brevemente detrás de los ojos de Jeanie, antes de alejarse y perderse de vista.

Intenta tocar al niño, como ha hecho tantas otras veces, marcándole amor, música y color a través de sus arterias, pero ve que ya no puede hacerlo. Ya no puede sentir al niño como niño, sentir sus brazos y sus piernas moverse, dando pataditas, dándose la vuelta. Se ha hecho un ovillo, es como una esfera dura, ahora no tiene tiempo para escucharla. Ella lo agradece porque no está segura de que le beneficie lo que pudiera transmitirle. Ya no controla los números, ya no puede verlos, aunque sigue contando mecánicamente. Comprende que no ha hecho los ejercicios que tocaban, la presión de A. en su rodilla no era nada, tendría que haber hecho ejercicios para esto, sea lo que sea.

—Más despacio —dice A.

Ella está ahora de costado y él le aprieta la mano.

—Más despacio —la apremia.

—No puedo. No puedo hacerlo. No puedo hacer esto.

—Claro que puedes.

—¿Crees que gritaré así?

—¿Cómo? —pregunta él.

Tal vez no lo oiga: es la otra mujer, en la habitación de al lado o en la siguiente. Grita y llora, grita y llora. «Me duele, me duele», repite mientras grita y llora.

—A ti no te dolerá —le asegura él.

Lo que significa que por lo menos hay alguien.

Entra una doctora que no es la suya. Quieren que vuelva a ponerse boca arriba.

—No puedo —dice ella—. Así no quiero.

Los ruidos han remitido, y ella apenas los oye. Se da la vuelta y la doctora la palpa con su mano enguantada. Algo húmedo y caliente baja entre sus muslos.

—Estaba a punto de romper —dice la doctora—. Lo único que tenía que hacer yo era tocarlo. Cuatro centímetros —añade

dirigiéndose a A.

—¿Solo *cuatro*? —exclama Jeanie, que se siente engañada.

Deben de haberse equivocado.

La doctora dice que llamarán a tiempo a su doctora. Jeanie se pone furiosa. No han entendido, pero es demasiado tarde para decirlo y vuelve a meterse en la oscuridad, que no es el infierno, que se parece más a estar dentro y tratar de salir. «Fuera», dice, o lo piensa. Y entonces flota, los números han desaparecido, si alguien le pidiera que se levantara, que saliese de la habitación cabeza abajo, lo haría. A cada minuto que pasa, resurge, respira.

—No tan deprisa. Estás hiperventilando. Más despacio —dice A., dándole un vigoroso masaje en la espalda.

Ella le coge la mano y se la dirige enérgicamente más abajo, allí donde más le duele, pero ya no es donde más le duele cuando llega la mano. Recuerda un relato que leyó una vez, sobre unos nazis que les ataban las piernas a las mujeres judías durante el parto. Hasta entonces no había entendido que eso podía matarte.

Aparece una enfermera con una jeringuilla.

—No quiero —dice Jeanie.

—No sea tan dura consigo misma —dice la enfermera—. No tiene por qué soportar tanto dolor.

«¿Qué dolor?», piensa Jeanie. Cuando no siente dolor, no siente nada. Cuando sí siente dolor, no siente nada, porque *ella* desaparece. Y eso, en definitiva, es la desaparición del lenguaje. «Luego, no recuerda una nada», le ha dicho casi todo el mundo.

—Es un analgésico suave —dice la doctora—. No le pondría nada que pudiera perjudicar al niño.

Jeanie no se lo cree. Pero le ponen la inyección de todas maneras, y la doctora tiene razón, es muy suave, porque no parece hacerle el menor efecto. Sin embargo, luego A. le dice que se ha adormilado un poco entre una contracción y otra.

De pronto se incorpora. Está completamente despierta y lúcida.

—Toca el timbre. Llama enseguida —dice—. Este niño va a nacer.

Está claro que A. no la cree.

—Lo noto, noto la cabeza —dice ella.

1. toca el timbre. Aparece una enfermera y lo comprueba. Y a partir de ese momento los acontecimientos se precipitan, nadie está preparado. Salen casi de estampida al pasillo, la enfermera empuja la camilla. Jeanie se siente perfectamente. Ve los pasillos, lo ve todo borroso porque no lleva las gafas. Confía en que A. no olvide traérselas. Pasan por delante de otra doctora.

—¿Me necesitan? —les pregunta.

—Oh, no —contesta la enfermera casi sin resuello—. Es un parto natural.

—¿Qué? —dice Jeanie, que comprende que esa mujer es la anestesista.

Pero ya han pasado de largo y es demasiado tarde. Están en otra habitación. La rodean brillantes superficies, extraños aparatos tubulares como en una película de ciencia ficción, y la enfermera le dice que se acueste en la camilla de partos. No hay nadie más.

—Debe de estar loca —dice Jeanie.

—No empuje —le dice la enfermera.

—¿Cómo? —exclama Jeanie.

Es absurdo. ¿Por qué tiene que esperar? ¿Por qué tiene que esperarla el niño si son ellas las que llegan con retraso?

—Respire por la boca —le dice la enfermera—. Jadee.

Y Jeanie recuerda finalmente cómo. Cuando la contracción ha terminado, se apoya en el brazo de la enfermera y se aúpa a la camilla.

Su doctora se materializa en la habitación como por ensalmo, ya con su bata reglamentaria, con más pinta de Mary Poppins que nunca.

—¡Apuesto a que no esperaba verme tan pronto! —exclama Jeanie.

El niño va a nacer justo cuando Jeanie dijo que nacería, aunque, hacía solo tres días, la doctora le aseguró que faltaba por lo menos otra semana. Jeanie sonríe jubilosa y ufana al pensarlo. No es que estuviese segura, se creyó lo que le dijo la doctora.

La cubren con una sábana verde. Son muy lentas y ella tiene la sensación de estar expulsando ya al niño, antes de que estén preparadas. A. está en la cabecera de la cama, con bata, gorro y mascarilla. Pero se ha olvidado de traerle las gafas.

—Ahora empuje —le dice la doctora.

Jeanie se aferra a sus manos. Aprieta los dientes, contrae los músculos de la cara, todo su cuerpo, un gruñido, una feroz sonrisa, es un bebé enorme, una piedra, una roca, le crujen los huesos, y, a la primera, la segunda, la tercera vez, ella se abre como la jaula de un pájaro que girase lentamente de dentro afuera.

Una pausa. Un gatito empapado se desliza entre sus piernas.

—¿Por qué no mira? —le dice la doctora.

Pero Jeanie sigue con los ojos cerrados. De todas maneras, sin gafas no habría visto nada.

—¿Por qué no mira? —repite la doctora.

Jeanie abre los ojos. Puede ver al niño. Lo han dejado a su lado. El alarmante color purpúreo del nacimiento ya remite. «Un buen niño», piensa, tan sinceramente como se lo dijo la vieja: «Un buen reloj», bien hecho, sólido. El niño no llora. Es una niña. Solo hace muecas,

deslumbrada. El nacimiento no es algo que le hayan *dado*, ni nada que ella haya cogido. Es solo algo que ha ocurrido para que pudieran saludarse así. La enfermera hace cábalas sobre cómo la van a llamar. Cuando tiene a la niña envuelta en su ropita y acurrucada junto a Jeanie, se va a dormir.

En cuanto a la visión, no ha tenido ninguna. Jeanie no es consciente de haber adquirido ningún conocimiento especial. Ya está olvidando cómo ha sido. Está cansada y tiene mucho frío. Tiembla y pide otra manta. A. vuelve a la habitación. Su ropa sigue allí. Todo está tranquilo, la otra mujer ya no grita. Jeanie está segura de que ha debido de ocurrirle algo.

¿Ha muerto? ¿Ha muerto el niño? Puede que sea una de las que (Jeanie no puede estar segura de no estar entre ellas) entren en una depresión posparto y no se recuperan.

—¿Ves? No había nada que temer —le dice A. antes de marcharse.

Pero se equivoca.

Por la mañana, Jeanie se despierta en cuanto hay luz. La han advertido de que no se levante de la cama la primera vez sin la ayuda de una enfermera. Cuando decide hacerlo (¡campesina en el huerto!, ¡india en la orilla del río!), aún sigue bombeando adrenalina, también se siente más débil de lo que creía, pero quiere mirar por la ventana. Tiene la sensación de haber estado dentro demasiado tiempo, quiere ver salir el sol. Despertarse tan temprano siempre la hace sentirse un poco irreal, un poco inconsistente, en parte transparente y en parte muerta.

(Fue a mí, al fin y al cabo, a quien dieron a luz, Jeanie me dio a luz, yo soy el resultado. ¿Qué pensaría de mí? ¿Estaría contenta?)

La ventana tiene una persiana graduable, que se acciona con una manivela. Jeanie no había visto nunca una ventana así. La abre y la cierra varias veces. Luego la vuelve a abrir y mira fuera. No ve más que un edificio. Es un antiguo edificio de piedra, una mole victoriana, con un tejado de cobre oxidado que verdea. Es sólido, duro, oscurecido por el hollín, grave, plomizo. Pero al mirarlo, tan viejo y aparentemente inmutable, repara en que está hecho de agua. De agua y de una tenue sustancia gelatinosa. La luz filtra esa sustancia desde atrás (sale el sol), el edificio es tan tenue, tan frágil, que tiembla con el leve viento del amanecer. Jeanie piensa que, si el edificio está como está (un simple roce podría destruirlo, un ligero temblor de tierra; ¿cómo es posible que nadie lo haya visto ni se hayan adoptado medidas para evitar accidentes?), todo el mundo debe de estar por el estilo, toda la tierra, las rocas, la gente, los árboles, todo tiene que ser protegido, preservado, cuidado. La enormidad de esta tarea la desborda y la vence. Nunca podrá con ella, y ¿qué sucederá entonces?

Jeanie oye pisadas en el pasillo. Cree que debe de ser la otra

mujer, con su abrigo de cuadros beis y marrón, con su bolsa de papel, dejando el hospital una vez cumplida su tarea. Ha visto que Jeanie estaba bien y ahora irá de caza por las calles de la ciudad a por su siguiente caso. Pero se abre la puerta y es una enfermera, que llega justo a tiempo de impedir que caiga redonda al suelo, con una mano agarrada al borde del aparato de aire acondicionado. La enfermera la reprende por haberse levantado demasiado pronto.

Después, le traen a la niña, sólida, consistente, ovillada y prieta como una manzana. Jeanie la examina, está enterita, y en días sucesivos la propia Jeanie se ve desplazada por nuevas palabras, el pelo se le oscurece lentamente, deja de ser lo que era y es sustituida, gradualmente, por otra persona.

LA GUARDIANA DEL HOGAR

De *La mujer helada* (1981)

Annie Ernaux

Annie Ernaux (Lillebonne, 1940) es autora de *El lugar* (1983), ganadora del Premio Renaudot, *Pura pasión* (1992), *No he salido de mi noche* (1997), *El acontecimiento* (2001), *Los años* (2008) y *Memoria de una chica* (2016), entre otros muchos libros. Ocupa un lugar central en el género de la autoficción. En 2019 se le otorgó el Premio Formentor de las Letras. El fragmento que aquí reproducimos pertenece a su novela *La mujer helada (La femme gelée*, 1981).

Odio Annecy. Allí fue donde me estanqué. Donde viví día tras día la diferencia entre él y yo, donde me hundí en un universo femenino encogido, donde me hinché de minúsculas preocupaciones. De soledad. Me convertí en la guardiana del hogar, en la encargada de la subsistencia de los seres y del mantenimiento de las cosas. Annecy, el lugar ideal para el aprendizaje del papel, lo de antes no había sido nada en comparación. Años diáfanos, sin nada que suavizara y ayudara a soportar la situación, una abuela para quedarse con el niño, padres que te quitan de vez en cuando el peso de la cocina de encima invitándote a comer, o el dinero que se necesita para esa señora-que-te-lo-hace-todo de la mañana a la noche. Yo, nada, lo esencial, un marido, un hijo, un piso de alquiler dos habitaciones y salón, lo justo y necesario para descubrir la diferencia en su estado puro. Las palabras «casa», «comida», «educación», «trabajo» no tienen el mismo sentido para él que para mí. Me puse a ver en esas palabras solo cosas pesadas, obsesionantes, de las que lograba deshacerme apenas unos días, como mucho unas semanas al año. «Regálele a su mujer quince días sin fregar platos ni cocinar, el Club les espera.» Y la libertad, qué quería decir. Ah, ya veo las risitas de las buenas conciencias, no haberte casado si no querías aceptar las consecuencias, los hombres también se dejan la piel en ello, y mira a tu alrededor, los que ganan

el salario mínimo, que no tienen la suerte de poder estudiar, que fabrican tuercas todo el día, no, demasiado fácil traer a colación toda la miseria del mundo para cerrarle la boca a una mujer, a causa de ese tipo de razonamientos no abría yo la mía.

Hubo una primera mañana. Esa en la que, a las ocho, estaba sola en el piso con el crío llorando, la mesa de la cocina llena de los cacharros del desayuno, la cama sin hacer, el lavabo del cuarto de baño negro del polvillo de los pelos del afeitado. Papá va a trabajar, mamá recoge la casa, acuna al nene y prepara una buena comidita. Y pensar que nunca me creí concernida por la cantinela mi mamá me mima yo amo a mi mamá. Hasta entonces habíamos vivido extensos momentos juntos a lo largo del día, no pelaba las patatas pero estaba ahí, y las patatas se hacían menos cuesta arriba. Miro los tazones, el cenicero lleno, todas las sobras de la mañana que he de hacer desaparecer. Qué silencio en el interior cuando el crío acaba de cantar. Me veo en el espejo encima del lavabo sucio. Veinticinco años. Cómo he podido pensar que eso era la plenitud.

Lo mínimo, solo lo mínimo. No podrán conmigo. Dejar la vajilla sucia en el fregadero, pasar la bayeta por la mesa, estirar las sábanas, dar de comer al nene, lavarlo. Sobre todo nada de escobas ni de trapos del polvo, es quizá todo lo que me queda de *El segundo sexo*, el relato de una lucha inepta y perdida de antemano contra el polvo. De todas maneras, pocos muebles, donde dormir y poco más. Huraña, abro los libros, sin querer plantearme en si tengo o no alguna posibilidad de éxito, sin pensar en ese momento tan cercano en el que el crío empezará a andar a cuatro patas, a tocarlo todo, husmearlo todo, y dormirá únicamente durante la siesta y gracias. Me sumerjo en la fonética francesa, salmodio los paradigmas con el fervor de ciertas personas que recitan novenas para ver cumplidos unos deseos extraordinarios.

No aguanté mucho.

«¡Todo sin hacer! Y ¡son las doce y media! ¡A ver si te organizas mejor! ¡El niño tenía que estar ya comido, para poder tener yo la fiesta en paz a mediodía! ¡Yo trabajo, entiendes, esto ya no es la vida de antes!» Acaso es la misma vida de antes para mí, imposible ir a clase, el crío, la comida, etc., en fin, que la cosa estaba que ardía, como suele decirse. Luego nos ponemos a comer si decir ni mu, filetes y espaguetis, con la radio, para que no se note. Unas voces que proponen un juego estúpido, *Adivina el verbo*, se llama. Yo friego los platos. Sentado a la mesa, dice a media voz: «¡Esto es imposible!», con tono cansado. Efectivamente, imposible imaginar cosa semejante antes de casarnos. No le excuso, no quiero entrar en la trampa de la comprensión continua y sentirme culpable por no haberle recibido con la sonrisa en la boca, las ollas en el fuego y el bebé impertinente

escamoteado. Cuando trabaje «fuera», esos privilegios que reclamaba él, habrá que ver cómo se tomará que yo los sugiera. Pero tenía razón en una cosa, no era la misma vida, estaba liado en el sistema de trabajo de ocho a doce, de dos a seis, sin hablar de las horas extra, agarrarse a la plaza, mostrarse indispensable, competente, «un ejecutivo de valor». En ese orden de cosas, la papilla del crío no tenía cabida, y de la limpieza del lavabo ni hablamos. Un orden en el que más valía encontrarse la mesa puesta, a la mujer acogedora, el reposo del cabeza de familia, relax, volverá al trabajo a las dos menos cuarto, descansado. Él o ese orden, no sé cuál de los dos me llevó a darme cuenta de la diferencia.

Cuando llegaba a mediodía se encontraba la mesa puesta, al crío acostado, durmiendo, como Dios manda, el transistor junto a su plato. El lavabo limpio, los ceniceros vaciados, los pliegues de la colcha de la cama bien estirados. Lo menos importante se había hecho esencial. Darle gusto, evitar los reproches, en la medida de lo posible. Poco a poco llega la idea, la evidencia, de que no puedo descuidar un interior tan primoroso.

La sociedad funciona bien, adivinen en qué puede gastar una pareja joven sus primeras ganancias. Una lámpara en madera torneada española, un espejo antiguo, una mesa de juegos, un viejo piano, unos visillos. Uno a uno, los objetos entran en nuestra vida, se distribuyen a nuestro alrededor. Como siempre, cogidos de la mano, volvemos a ir de escaparates. Comedores, dormitorios completos, crédito a treinta meses. Nosotros somos más bien estilo anticuario, antigüedades no muy caras, originales, fruto de una meticulosa búsqueda, como en la revista *La Maison de Marie-Claire*. El sábado, paso a paso, horas toqueteando, comparando,
discutiendo, es demasiado pequeño, este color ni hablar, más bronce, más patinado, sin franjas, camafeo, demasiado caro. Mira esta lámpara. Has visto el precio. El mes que viene. Y si la venden. En el salón quedaría ideal, la verdad. Volvemos a casa con la lámpara. La prueba enseguida. La pantalla es irisada, se dibujan en el techo unas sombras ligeras, surge una mancha luminosa en la mesa de caoba. Coloca un libro en el círculo luminoso, lo desplaza, lo quita, pone un cenicero en su lugar. Nos miramos, nos sonreímos. Por supuesto sabemos que no hay que confundir la felicidad con la posesión de cosas, el ser y el tener nos lo sabemos, y Marcuse, todo eso de la propiedad, caca alienante. Pero bueno, también hay que estar chiflado para vivir en una casa de tres habitaciones más salón sin amueblar, y nosotros no somos de los que compramos cualquier mierda, la reflexión, el gusto, casi un arte, nos veía purificados de toda fiebre consumidora gracias a nuestra actitud estética.

Llegó la época de la cocina tan impecable que daba no sé qué freír

un huevo, del frigorífico luminoso con un pedal para abrir con el pie cuando se tienen las dos manos ocupadas. A tomar por el culo el hornillo de gas. Me siento extraña frente a todos esos electrodomésticos nuevos, pero también me divierten, horno con luz y dos posiciones especiales, grill fuerte, grill suave, «señora, su Laura, porque hasta tenía nombre la cocina, le permitirá cocinar sus platos a la perfección, para que los suyos sean felices». Gilipollez, vale, pero yo estaba encantada de que me saliera bien el primer suflé de mi vida, y él maravillado, estupendo, enhorabuena. Pueril, pero anodino pensaba yo. Algo que nos unía, a pesar de todo, el suflé disfrutado a medias, el espejo recién comprado, que él cuelga en la pared con cuidado, pásame el martillo, la escarpia. Un nidito de amor para los tres solos. Qué diferencia con el piso amueblado sin estilo ninguno del año pasado, cómo pudimos aguantar aquello. Alegría inocente. Pero el reverso, la espiral insospechada de los escaparates. La lógica imperturbable del orden en el que nos veíamos cada vez más inmersos. Los visillos de lino, los muebles que compramos y que nos habían costado un ojo de la cara, y por los que nos endeudamos, cómo no «cuidarlos», cómo dejar que se los coma el polvo, que la suciedad de los días los ensucie y los afee. Las pelotillas que bailaban la giga debajo de la cama, la leche que se salía y se secaba en dibujos purpúreos, eso valía antes. Ahora había que preservar la belleza de nuestro marco. Mantener la armonía. Acaso no tengo un aspirador nuevecito con un montón de cacharros adaptables para absorber hasta el polvo invisible. Haré un esfuerzo, qué más da si sacar el cacharro del armario, montarlo, cambiar los accesorios, guardarlo luego en su sitio, te cuesta tres veces más que un barrido. No, no me gustaba el plan, corría de una habitación a otra, de un enchufe a otro. Me sentía obligada. Simplemente tendríamos que haber vivido de otra forma, hasta tal punto de otra forma que me sentía incapaz de imaginarlo. Annecy era una «situación de futuro».

Bueno, hasta mediodía, chao, hasta la noche. La soledad. No la de los dieciocho, colgada de la ventana del váter a las diez de la noche, ni la de la habitación del hotel, de donde acababa él de salir, en Italia, en Rouen. Una soledad de cuartos vacíos en compañía de un niño que aún no habla, teniendo como meta un montón de tareas minúsculas sin conexión entre ellas. No me hacía. Como si de repente me quedara en la estacada. Para él, el aire frío de la calle, el olor de las tiendas cuando se abren, y entrará en su despacho, y le resultará difícil ponerse a ello, pero al final quedará satisfecho por haber cerrado un expediente. Celosa, pues sí, por qué no, esa aprensión de la dificultad, el placer de vencerla, eso también me gusta a mí. En mi interior confortable, qué dificultades, qué triunfo, que no se te corte la

mayonesa o hacer reír al crío que se había echado a llorar. Vivía en otro tiempo. Se acabaron esas horas suaves y dulces en las terrazas de las cafeterías, el Montaigne en octubre. Las horas olvidadas del libro devorado hasta el último capítulo, las discusiones entre amigos. Muerto para mí el ritmo de la infancia y de los años de antes, con los momentos plenos y tensos en un trabajo, seguidos de otros, con la cabeza y el cuerpo de repente flotantes, abiertos, reposo. Pero no muerto para él. Mediodía, noche, sábado y domingo, él tiene sus momentos de relajación, lee *Le Monde*, escucha discos, verifica las cuentas, se aburre incluso. Momentos de recreo. Yo por el contrario solo he conocido un tiempo uniforme lleno de ocupaciones heteróclitas. La ropa que hay que clasificar antes de llevarla al lavomatic, un botón de camisa que coser, horas con el pediatra, el azúcar que se ha acabado. El típico inventario que nunca ha hecho reír ni ha conmovido a nadie. Sísifo y su roca, escalando indefinidamente, eso por lo menos, qué nobleza, un hombre en una montaña, con la silueta recortada en el cielo, una mujer en su cocina echando trescientos sesenta y cinco días al año mantequilla a la sartén, ni bello ni absurdo, la vida y nada más, guapita. Y además, qué, el problema es que no sabes organizarte. Organizar, hermoso verbo corriente entre mujeres, todas las revistas están repletas de consejos, cómo ganar tiempo, cómo hacer esto o lo otro, mi suegra, si fuera tú lo haría más rápido, trucos para hacer lo más posible en el menor tiempo posible sin sufrimiento ni depresión porque eso importunaría a todos los que están alrededor. Yo también llegué a creer en la lista de la compra, en las reservas de la despensa, en el conejo congelado para las visitas imprevistas, la botella de la salsa vinagreta preparada, en los tazones ya dispuestos en la mesa por la noche para que estén listos para el desayuno del día siguiente. Un sistema que devora el presente sin parar, no se termina de progresar, como en la escuela, pero nunca se ve el final del túnel. Mi dogma era más bien la velocidad. Sobre todo nada de bailecitos en la cocina, ni trapitos amorosos, ni tomates presentados en forma de flor, paso ligero, al ataque, a galope, para liberar una hora por la mañana, pura ilusión a menudo, sobre todo volcarse en encontrar ese hueco del día, el tiempo personal por fin hallado, siempre amenazado: la siesta de mi hijo.

Dos años, en la flor de la edad, toda la libertad de mi vida se resumía en el suspense de un sueño de niño por la tarde. Al acecho, de la respiración regular, luego del silencio. Duerme, por qué no duerme hoy, agobio. Ya, por fin, la prórroga de un tiempo frágil, envenenada por el temor de un despertar prematuro, claxon de coche, timbre, conversación en el rellano, querría rodear de algodones su camita. Dos horas para lanzarme a la preparación de la oposición. Gritos, cubos

que ruedan, osito que lloriquea, siempre la impresión de verme pillada. Qué bonito un bebé que se despierta, fresquito, feliz de vivir, ya lo sé. Yo también le levantaba la persiana toda orgullosa, qué bien bebé bueno después de mimir, vamos, pipí y luego paseo los dos al parque, le echaremos pan a los cisnes, me cultivaba la alegría maternal con risas, canciones, cosquillitas al crío. Lejos de mí ese deseo indigno de dejarlo en el taca-taca y ponerme tapones en los oídos para poder seguir trabajando. Ante todo debo ser una madre de verdad, precipitarme al dormitorio del crío en cuanto se despierta, verificar el pañal escrupulosamente, oler, preparar el cochecito pero despacio, el respeto del ritmo del niño ante todo. Pero qué me obligaba. Niños siempre cagados de mi infancia, con ese olor agrio permanente, creciendo solos frente a la mirada distraída de una vecina cansada o de un abuelo chocho, ¡como si pudiera tomar ejemplo! Sus madres eran pobres y no sabían nada de puericultura. Yo vivo en un bonito piso, con bañera hinchable, balanza de bebé y pomada para el culito, no tiene nada que ver, y la maldición del psicoanálisis, «todo queda visto para sentencia antes de los tres años», me la sé de memoria. Me pesa las veinticuatro horas del día y solo a mí porque el niño es cosa mía. Y me he leído la biblia de las madres modernas, organizadas, higiénicas, que se ocupan de su casa mientras sus hombres están en la «oficina», en la fábrica jamás, se titulaba *Yo educo a mi hijo*, yo, la madre, evidentemente. Más de cuatrocientas páginas, cien mil ejemplares vendidos, todo sobre el «oficio de mamá», él fue quien me trajo un día esa guía, poco tiempo después de llegar a Annecy, un regalo. Una voz autorizada, la señora del libro, cómo tomar la temperatura, darle un baño, al mismo tiempo un murmullo, como una cantinela, «papá es el jefe, el héroe, él es quien manda, normal, es el más grande, el más fuerte, el que conduce el coche y va tan rápido. Mamá es el hada, la que acuna, consuela, sonríe, la que da de comer y beber. Está siempre ahí cuando la necesitas», página cuatrocientos veinticinco. Una voz que dice cosas terribles, que nadie sabrá ocuparse tan bien como yo del crío, ni siquiera su padre, él que no tiene instinto maternal, justo una «fibra». Aplastante. Además esa manera sibilina de dar miedo, de culpabilizar, «te llama… haces como que no lo oyes… dentro de unos años darás lo que sea para que te diga una vez más: Mamá, quédate».

Así que cada tarde sacaba a pasear al crío para ser una madre irreprochable. Salir, llamar a eso salir, la misma palabra que antes. Ya no había fuera para mí, solo dentro tenía sentido, con las preocupaciones de siempre, el crío, la mantequilla, los pañales, ya los compraría a la vuelta. Ni curiosidad, ni descubrimiento, solo necesidad. Dónde, el color del cielo, los reflejos del sol en lo alto de los muros. Como los perros al principio solo conocí de Annecy las

aceras. Siempre mirando al suelo, la altura de los bordillos, la anchura, pasa el carrito o no pasa, siempre esquivando obstáculos, postes, grandes carteles, *France Soir* y *France Dimanche*, a la gente que se echa ciegamente encima del cochecito.

En el parque, estábamos entre mujeres, relajadas en los bancos, o paseándonos tranquilamente en plena tarde. Hacer que pase el tiempo, para que el niño crezca. Ellas me preguntaban la edad del mío, comparaban con la del suyo, los dientes, si anda, si caga o mea más o menos. Luego cuando el crío se puso a andar y a jugar con los demás, nos tocaba vigilar, desconfiadas, enemigas de esos perros que dejaban sus excrementos justo al lado, de los mayores que con doce años corrían en bicicleta por el parque, y es que deberían estar prohibidas. Ningún otro tema, o casi, de conversación. Recordaba las que teníamos entre amigas, no hacía tanto, ni tres años, esas historias sentimentales excitantes, lejos de las aburridas consideraciones sobre los hijos. Pero acaso había mucha diferencia entre el «esta noche salgo con Fulanito qué vestido me pongo» y «venga rápido vámonos que papá está a punto de llegar», una frase que también decía yo. Estábamos todas aisladas por el célebre halo de la casada, hablábamos de los hijos, tema sin peligro, porque no nos atrevíamos a soltarnos, a contar, como si la sombra del marido estuviera siempre ahí, entre nosotras. A nuestro alrededor, el paisaje era soberbio, el lago, las montañas grises azuladas. En junio, la orquesta del casino se instaló en la terraza, para los turistas, el eco del blues y de los pasodobles llegaba hasta los columpios. La vida, la belleza del mundo. Todo era exterior a mí. Ya no había nada que descubrir. Volver a casa, preparar la cena, fregar los platos, dos horas vacilantes hojeando un libro para el trabajo, dormir, y vuelta a empezar. Hacer el amor quizá pero también eso se había convertido en una historia de interior, ni espera impaciente ni aventura. A la vuelta pasaba por las calles del centro buscando las aceras anchas. En las cafeterías entraban chicas solas, hombres. Yo penetraba en el único lugar de la ciudad donde no parecería incongruente con un niño, un sitio de mujeres, desde la cajera a las clientas, y carritos hechos para poder empujar la comida y al bebé sin cansarse. El supermercado, la recompensa de las salidas.

Sí, ya sé, el crío se reía con los cisnes, se arrastraba por la hierba, luego empezó a lanzar pelotas, se quedaba boquiabierto ante los triciclos, bajaba por el tobogán con aire serio. Y yo qué. Decir el agobio, la asfixia, inmediatamente la sospecha, otra que no piensa más que en sí misma, si no sientes la grandeza de la tarea, ver cómo va abriéndose al mundo el niño, tu hijo, alimentarlo, mecerlo, guiar sus primeros pasos, contestar a sus primeros porqués —con tono ascendente para que la hoja de la guillotina caiga de golpe—, no haberlo tenido. Lo coges o lo dejas, el oficio más maravilloso del

mundo, sin entrar en detalles. Nunca he sentido la grandeza del oficio. En cuanto a la felicidad, no he necesitado del *Yo educo a mi hijo* para ser capaz de estar siempre ahí cuando me caía encima, siempre de improviso. Una tarde de septiembre le compré un coche rojo. Le vi bajar las escaleras del gran almacén, peldaño a peldaño, a causa de sus piernas de dieciocho meses, agarrando con las dos manos el coche de su propiedad pegado al jersey, ávido, fiero. Y el día, antes, en que por primera vez se lanzó al espacio, de pie, del sillón a mi silla, el rostro en tensión, y luego esa risa, al conseguirlo, una vez, muchas veces. No necesito acordarme de todo para probar que yo «también» era una madre de verdad, como antes había sido una mujer de verdad. No quiero tampoco entrar en ese terreno donde se compara, opone, no cree usted que esos momentos pasados con su hijo eran más enriquecedores que si hubiera escrito a máquina, fabricado rodamientos, incluso acaso no vale más eso que todos los libros del mundo, esa es la vida, nada de imaginarios. A otra con el cuento ese de que te habrías perdido lo mejor de la vida, por culpa de esa patraña no fui a ver a la vieja de las bifocales. Hoy quiero decir la vida no prevista, inimaginable a los dieciocho, entre las papillas, la vacuna tetravírica, la braguita de plástico que hay que lavar a mano, el jarabe Calmatol para las encías. La carga absoluta, completa, de una existencia. ¡Ojo, nada de responsabilidades! Yo educo sola al hijito, pero bajo vigilancia. Qué ha dicho el doctor, tiene las uñas demasiado largas, deberías cortárselas, ¿qué tiene en la rodilla, se ha caído? ¿Dónde estabas tú? Rendir cuentas todo el tiempo pero no en tono tiránico, suave, normal. Cuando por la noche coge en brazos al crío radiante, alimentado, lavado, con el pañal limpio para toda la noche, es como si hubiera vivido toda la jornada para llegar a esos diez minutos de la presentación al padre. Lo lanza por los aires, le hace cosquillas, lo cubre de besos. Los miraba a los dos, reía, regocijo cobarde. Horas de cuidarlo, de ocuparme de él, de renunciar a mí. Como la madre de él. De qué te quejas las madres solteras y las divorciadas no tienen hombre a quien hacer la ofrenda de sus sacrificios, cada noche. Pero a veces, en el parque, detrás del cochecito, he tenido la extraña impresión de estar paseando a Su Hijo, no al mío, de ser la pieza activa y obediente de un sistema aseptizado, armonioso, que gravitaba a su alrededor, marido y padre, y que le procuraba seguridad. Mujer moderna, pantalón y chaquetón forrado, con niño por las avenidas. Para que parezca algo más, unos cisnes en el lago o una nube de palomas. Una estampa que le habría gustado si se hubiera tropezado conmigo.

Él nunca se pateó Annecy con un crío en un carrito, sorteando con precaución a la muchedumbre de las aceras y diciendo perdón perdón. Nunca se quedó esperando en un banco a que pasase la tarde y el niño

creciera. Annecy, lo descubrió con las manos en los bolsillos, tranquilo, al salir del trabajo, con todo el espacio libre ante él. Yo no conocía más que las calles de los cochecitos y las compras, la del carnicero, la del farmacéutico, la de la lavandería, las calles útiles. Cuando, al final de la tarde, por cita con el médico, en la peluquería o porque tenía que comprar algo más, salía sola, y él se quedaba con el crío, me precipitaba en tromba a la calle. Como una mosca medio atontada, tenía que volver a aprender la forma de caminar de una mujer sola. El interior, el piso, él debía de llevarlo dentro de sí como la estampa misma del refugio, no como un lugar que había que estar ordenando siempre, que se te echa encima en cuanto entras, con los paquetes por colocar, la comida del niño por preparar, el baño. No vivíamos en el mismo piso a fin de cuentas. Él encendía un cigarrillo, paseaba la mirada por la luz indirecta, los reflejos de los muebles, meaba en la loza inmaculada, se lavaba las manos en el lavabo cada día de nuevo impecable, recorría las baldosas resplandecientes del pasillo y leía *Le Monde* en el salón. Podía saborear ese interior con toda su calidez, relajarse, qué bien se está en casita. Ni había fregado, ni había frotado, ni había ido husmeando por todos los rincones de la casa como una mosca comemierda. Solo placer. Sobre todo nada de dejar por ahí tirado un trapo, el Ajax o la fregona, qué significa esto, me traía «eso» con la punta de los dedos, como algo absurdo, insoportable en medio de ese decorado suyo. Solo belleza y orden. Las dos de la tarde. En la cocina no queda ni rastro de la comida de mediodía recién terminada, el fregadero brilla de nuevo como la patena. He vuelto a colocar en medio de la mesa la jarra rústica donde puede verse a unos pastores tocando la flauta sobre fondo azul. Discreto olor a O'Cedar. El crío está dormido. Para quién, por qué tanto orden, sencillamente si hubiera venido alguien sin avisar no habría tenido que decir como mis tías no miréis que está todo manga por hombro. Toda mi actividad frenética desde por la mañana a las siete desembocaba en ese vacío. Debe de ser esa hora en la que las mujeres se toman la pastilla, se beben una copita o se cogen un tren para Marsella. El mundo detenido.

EN SU MOMENTO Y BIEN

De *Beloved* (1987)

Toni Morrison

Toni Morrison (Lorain, Ohio, 1931-Nueva York, 2019) fue la primera afroamericana con un cargo de editora en la editorial Random House, desde donde difundió la literatura africana y afroamericana. No publicó su primera novela, *Ojos azules*, hasta 1970, cuando tenía casi cuarenta años. A esta siguieron, entre otras, *Sula* (1973), *La canción de Salomón* (1977), *La isla de los caballeros* (1981), *Beloved* (1988), por la que ganó el Premio Pulitzer,*Paraíso* (1997), *Amor* (2003) y *A casa* (2012). En 1993 se convirtió en la primera mujer afroamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura. Entre 1989 hasta su jubilación en 2006, fue profesora de la cátedra Robert F. Goheen en el departamento de Humanidades de la Universidad de Princeton. El fragmento que reproducimos a continuación es de su novela *Beloved.*

Sethe no esperaba ver otro día en este mundo y cuando sintió unos dedos palpándole la cadera le costó bastante salir de un sueño que creyó que era la muerte. Se incorporó, se sentó, rígida y tiritando, mientras Amy miraba su jugosa espalda.

—Estás hecha unos zorros —dijo Amy—, pero lo conseguiste. Ven con nosotros, Jesús, Lu ha conseguido pasar la noche. Y ha sido gracias a mí. Soy buena para las enfermedades. ¿Crees que puedes andar?

—Tengo que dejar que mis aguas salgan por alguna parte.

—Veamos si puedes andar.

No era fácil, pero tampoco imposible, y Sethe consiguió dar unos pasos cojeando, al principio agarrada a Amy y después a un arbolito.

—Fui yo, gracias a mí lo conseguiste. Yo sirvo para las enfermedades, ¿no crees?

—Sí —dijo Sethe—, sí.

—Tenemos que salir de aquí. Vamos. Te llevaré al río. A ti te gustará. Yo voy a la carretera que me lleva directa a Boston. ¿Qué es eso que tienes en el vestido?

—Leche.

—Eres un desastre.

Sethe se miró el vientre y se lo tocó. La niña estaba muerta. Ella no había muerto esa noche, la niña sí. En tal caso, no habrá quien la detenga. Le daría esa leche a su niña aunque tuviera que ir nadando.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Amy.

—No tengo nada, solo prisa, señorita.

—Vaya. Calma, calma. ¿Quieres unos zapatos?

—¿Qué?

—Ya sé cómo —dijo Amy, y sí supo cómo. Arrancó dos trozos del chal de Sethe, los rellenó de hojas y los ató a sus pies, sin callarse en ningún momento.

—¿Cuántos años tienes, Lu? Yo hace cuatro años que sangro pero yo no llevo al hijo de nadie. No me pillarás sudando leche porque…

—Lo sé —dijo Sethe—. Sé que tiene que ir a Boston.

Al mediodía lo vieron; luego ya estaban lo bastante cerca para oírlo. Ya entrada la tarde podían beber de sus aguas si querían. Se podían vislumbrar cuatro estrellas justo cuando vieron, no una embarcación donde meter a Sethe de polizón, ni a un barquero dispuesto a llevar a una fugitiva, nada de eso, sino un bote enterito para robar. Tenía un remo, muchos agujeros y dos nidos de pájaro.

—Aquí lo tienes, Lu. Jesús te está cuidando.

Sethe miraba los más de mil metros de agua oscura que tenía por delante y que tendría que partir en dos con un solo remo en un bote inservible contra una corriente abocada al Misisipi a cientos de kilómetros de distancia. Le pareció un hogar, y la niña (que de muerta, nada) seguramente había pensado lo mismo. Tan pronto se acercó rompió sus aguas para que se mezclaran con las del río. La rotura, seguida del redundante anuncio del parto, le dobló la espalda.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Amy—. ¿No tienes cerebro en esa cabecita? Deja de hacer eso ahora mismo. Te he dicho que basta, Lu. Eres la persona más boba que hay en la tierra. ¡Lu! ¡Lu!

Sethe no podía pensar en otro sitio donde ir que no fuera el bote. Esperó el dulce golpe que seguía a la ráfaga de dolor. Otra vez de rodillas, gateó hasta la barca. El bote se balanceaba, nada más y solo apoyar un pie forrado de hojarascas sobre el banco, un nuevo desgarro la dejó sin respiración. Jadeando bajo cuatro estrellas estivales, se abrió de piernas, porque ya sale la cabeza, como Amy le decía, como si ella no lo supiera, como si el desgarro fuese un tronco de nogal crepitando en el fuego, o un rayo atravesando en zigzag un cielo de

piel curtida.

Se había atascado. Mirándola de cara, ahogándose en la sangre de su madre. Amy dejó de rezar a Jesús y empezó a insultar al papá de la niña.

—Tú empuja —gritó Amy.

—Usted tire —susurró Sethe.

Y las manos robustas se pusieron a trabajar por cuarta vez, sin perder tiempo, pues el agua del río, filtrándose por cada agujero que encontraba, empezaba a cubrir las caderas de Sethe. Llevó un brazo hacia atrás y cogió el cabo mientras Amy sujetaba firmemente la cabeza. Cuando un pie se alzó desde el lecho del río y le dio una patada a la base del bote y al trasero de Sethe, ella supo que había terminado y se permitió un breve desmayo. Al volver en sí, no oyó ni un solo llanto, solo los animosos arrullos de Amy. Tanto tiempo transcurrió sin que nada pasara que las dos creyeron que la habían perdido. Sethe arqueó el cuerpo de golpe y la placenta salió disparada. Luego la niña se puso a gemir y Sethe le echó un vistazo. De su vientre colgaban cincuenta centímetros de cordón temblando en la fresca brisa de la tarde. Amy lo envolvió en su falda y las dos mujeres, empapadas y pegajosas, subieron hasta la orilla para ver, de hecho, cuál había sido el designio de Dios.

Esporas de helechos azulados que crecían en las oquedades de la orilla flotaban hacia el río: hebras de un azul plateado difíciles de ver, a no ser que uno se encuentre en medio o muy cerca de ellas, tumbado en el suelo, cuando los destellos de sol son más bajos y menos vivos. A menudo se confunden con insectos, pero son semillas en las que duerme toda una generación que cree en su futuro. Y por un momento no cuesta nada creer que cada cual tiene el suyo y que llegará a ser todo lo que está encerrado en la espora: que vivirá sus días como fueron planeados. Este instante de certidumbre no dura más que eso; es más largo, tal vez, que la misma espora.

En una orilla a la fresca brisa de una tarde de verano dos mujeres lucharon bajo una lluvia plateada. Nunca esperaron volverse a ver en este mundo y poco les importaba. Pero allí, una noche de verano, entre helechos azulados hicieron algo en su momento y bien. Si hubiera pasado un cazador de esclavos fugitivos, habría soltado una risita al ver a dos desechos, dos proscritas, una esclava y una blanca descalza con el pelo sin horquillas, envolviendo a una niña de diez minutos de vida con los trapos que llevaban puestos. Pero no pasaron ni cazadores de esclavos ni predicadores. El agua se engullía a sí misma a sus pies. Nada les perturbó en su trabajo. Así que lo hicieron en su momento y bien.

EL DICCIONARIO ANTIGUO

(1999)

Lydia Davis

Lydia Davis (Northampton, Massachusetts, 1947) es una de las cuentistas más reputadas de la literatura estadounidense actual. Es profesora de Creación Literaria en la Universidad de Albany. En 2009 se reunieron sus *Cuentos completos*. En 2013 se le otorgó la Medalla al Mérito de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y también el Premio Man Booker a la obra de toda una vida. El cuento que aquí incluimos («The Old Dictionary») se publicó en el número de otoño de la revista *Bomb* en 1999.

Tengo un diccionario antiguo, de unos ciento veinte años, que necesito concretamente para un trabajo que estoy haciendo este año. Las páginas tienen los márgenes amarillentos y precarios, y son muy grandes. Cada vez que las paso, corro el riesgo de romperlas. Cuando abro el diccionario también temo romper el lomo, que ya está medio roto en su mitad superior. Cada vez que tengo que consultarlo tengo que decidir si vale la pena estropearlo todavía más para buscar una palabra determinada. Como ya sé que lo necesito para este trabajo sé que lo voy a estropear más, si no es hoy será mañana, y que para cuando haya terminado este trabajo estará en condiciones mucho peores de las que estaba cuando empecé, por no decir completamente destrozado. Aunque, cuando hoy lo he cogido de su estantería, me he dado cuenta de que lo trato bastante mejor que a mi hijo pequeño. Cuando lo manejo intento, de la mejor manera que sé, no estropearlo: mi principal preocupación es no dañarlo. Lo que más me ha sorprendido hoy es que, aunque mi hijo tendría que ser mucho más importante para mí que mi diccionario, no puedo decir que cada vez que trato con mi hijo mi principal preocupación sea la de no hacerle daño. Mi principal preocupación es siempre otra cosa. Por ejemplo, saber qué deberes tiene que hacer, o ponerle la cena en la mesa o

terminar una conversación telefónica. Si en el proceso el niño se ha estropeado, no parece que me importe demasiado o que me importe más que terminar de hacer las cosas que tengo que hacer, sean cuales sean. ¿Por qué no trato a mi hijo como mínimo tan bien como a mi diccionario antiguo? Tal vez sea porque el diccionario es tan visiblemente frágil. Cuando una esquinita de una página se parte, salta a la vista. Mi hijo no parece frágil cuando se repantiga para jugar o cuando zarandea al perro. Sin duda su cuerpo es fuerte y flexible y no le puedo hacer daño con facilidad. He visto amoratado su cuerpo y después se ha curado. A veces, para mí es obvio cuando he herido sus sentimientos, pero cuesta más saber hasta qué punto los he herido, y parecen recuperarse. Es difícil saber si se recuperan por completo o quedan para siempre dañados. Cuando el diccionario se daña, difícilmente puede remendarse. Tal vez trato mejor el diccionario porque no me exige nada y no se resiste. Tal vez soy más bondadosa con las cosas que parece que no reaccionan. Pero de hecho, las plantas de mi casa no parecen reaccionar mucho y sin embargo no las trato muy bien. Las plantas me exigen una o dos cosas. La necesidad que tienen de luz ya está satisfecha por el sitio donde las he colocado. La segunda es el agua. Las riego pero no de manera regular. Algunas no crecen lo que debieran por culpa de esta irregularidad, y otras mueren. La mayoría tienen un aspecto raro y no muy bonito. Algunas de ellas tenían una pinta bárbara cuando las compré, pero ahora se las ve muy extrañas porque no he cuidado bien de ellas. La mayoría sigue dentro de las mismas horribles macetas de plástico con que las compré. De hecho, no me gustan. ¿Existe acaso otra razón para que una planta te guste cuando no es bonita? ¿Seré más buena con lo que tiene buena pinta? Pero yo podría tratar bien a una planta incluso si no me agradara la pinta que tiene. Tendría que ser capaz de tratar bien a mi hijo cuando no tiene buena cara e incluso cuando no se porta muy bien. Trato mejor al perro que a las plantas, aunque es más movido y más exigente. Darle de comer y de beber es muy sencillo. Lo saco a pasear, aunque no lo suficiente. Alguna vez le he pegado en el morro aunque el veterinario me dijo que nunca le pegara cerca de la cabeza o tal vez me dijo simplemente que no le pegara. Solo estoy segura de no desatender al perro cuando duerme. Tal vez sea más bondadosa con las cosas que no están vivas. O, más bien, si no son cosas vivas no es cuestión de bondad. No les duele que no les preste atención, y eso es un gran alivio. Tanto es el alivio que incluso es un placer. El único cambio que se aprecia en ellas es que acumulan polvo. El polvo no les hará daño. Incluso puedo llamar a alguien para que les quite el polvo. Mi hijo se ensucia y yo no puedo limpiarlo y no puedo pagar a alguien que lo limpie. Cuesta mucho que vaya limpio y hasta es complicado tratar de alimentarlo. No duerme lo suficiente, en parte

porque me cuesta muchísimo conseguir que duerma. Las plantas necesitan dos cosas, o tal vez tres. Los perros cinco o seis. Es perfectamente mensurable cuántas cosas les doy y cuántas no y por lo tanto si los estoy cuidando bien o no. Mi hijo necesita muchas otras cosas al margen de sus necesidades físicas, y estas cosas se multiplican o cambian constantemente. Pueden cambiar justo en la mitad de una frase. Aunque normalmente lo sé, no siempre sé exactamente qué necesita. Ni siquiera cuando lo sé soy siempre capaz de dárselo. Es habitual que no le dé todos los días lo que necesita. Parte de lo que hago por mi diccionario antiguo, aunque no todo, podría hacerlo por mi hijo. Por ejemplo, cogerlo con las manos lentamente, pausadamente y con dulzura. Lo dejo solo gran parte del tiempo. Tengo en cuenta su edad. Lo trato con respeto. Conozco sus limitaciones. No lo animo a que vaya más lejos de lo que puede ir (por ejemplo, estar abierto de par en par encima de la mesa). Me detengo a pensar antes de utilizarlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ariès, Philippe, Georges, Duby, *Historia de la vida privada (Historie de la vie privée*, 1985-1987), 5 volúmenes, trad. de Francisco Pérez Gutiérrez, Taurus, Madrid, 2017 (2000).

Atwood, Margaret, *Chicas bailarinas (Dancing Girls*, 1977), trad. de Víctor Pozanco, Lumen, Barcelona, 2013 (1988).

Atwood, Margaret, *El cuento de la criada (The Handmaid's Tale*, 1985), trad. de Elsa Mateo, Seix Barral, Barcelona, 1987; Salamandra, Barcelona, 2019.

Atwood, Margaret, *Ojo de gato (Cat's Eye*, 1988), trad. de Jordi Mustieles, Ediciones B, Barcelona, 2002 (1990).

Atwood, Margaret, *Alias Grace* (1996), trad. de María Antonia Menini, Ediciones B, Barcelona, 1998; Salamandra, Barcelona, 2018.

Atwood, Margaret, *El asesino ciego (The Blind Assassin*, 2000), trad. de Dolors Udina, Ediciones B, Barcelona, 2001; B de Bolsillo (Ediciones B), Barcelona, 2005.

Barret Browning, Elizabeth, *Aurora Leigh* (1856), trad. de José C. Vales, Alba, Barcelona, 2019.

Barthes, Roland, *El placer del texto (Le plaisir du texte*, 1973), trad. de Nicolás Rosa y Óscar Terán, Siglo XXI, México, 1974; *El placer del texto y lección inaugural*, Siglo XXI de España, Madrid, 2007.

Bingham, Sallie, *The Way It Is Now*, Viking Press, Nueva York, 1972.

Brown, Rosellen, *Antes y después (Before and After*, 1992), trad. de Edith Kern, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.

Brown, Rosellen, *Autobiography of My Mother*, Doubleday, Nueva York, 1976.

Chesler, Phyllis, *With Child: A Diary of Motherhood*, Crowell, Nueva York, 1979.

Chawaf, Chantal, *Maternité*, Stock, Landes, 1979.

Chodorov, Nancy, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis*

and the Sociology of Gender, University of California Press, Berkeley, 1978.

Deutsch, Helene, *The Psychology of Women: A Psychoanalytic Interpretation* (1944-1945), 2 volúmenes, Bantam, Nueva York, 1973.

Dickens, Charles, *Casa Desolada (Bleak House*, 1852-1853), trad. de Fernando Santos, Alfaguara, Madrid, 2002 (1987); trad. de José Rafael Hernández Arias, Valdemar, Madrid, 2012 (2008).

Drabble, Margaret, *La piedra de moler (The Millstone*, 1965), trad. de Pilar Vázquez, Alba, Barcelona, 2013; con el título de *La piedra del molino*, trad. de Jorge Ferrer Vidal, Plaza & Janés, Barcelona, 1970.

Drabble, Margaret, *Jerusalem the Golden* (1967), Penguin Books, Londres, 1973.

Drabble, Margaret, *The Waterfall* (1969), Plume, Nueva York, 1986.

Drabble, Margaret, *The Realms of Gold* (1975), Penguin, Harmondsworth, 1977.

De Beauvoir, Simone, *El segundo sexo (Le deuxième sexe*, 1949), 2 volúmenes, trad. de Pablo Palant, Psique, Buenos Aires, 1954; trad. de Alicia Martorell Linares, Cátedra, Madrid, 2019 (1998).

Du Bois, W. E. B., «The Damnation of Women» en *Darkwater: Voices from within the Veil* (1920), Humanity Books, Amherst, 2003.

Du Plessis, Rachel Blau, *Writing Beyond the Ending: Narrative Strategies of Twentieth-Century Women Writers*, Indiana University Press, Bloomington, 1985.

Ernaux, Annie, *Una mujer (Une femme*, 1988), trad. de Enrique Sordo, Seix Barral, Barcelona, 1988.

Ernaux, Annie, *El lugar (La place*, 1983), trad. de Nahir Gutiérrez, Tusquets, Barcelona, 2020 (2002).

Ernaux, Annie, *Pura pasión (Passion simple*, 1991), trad. de Thomas Kauf, Tusquets, Barcelona, 2019 (1993).

Ernaux, Annie, *La vergüenza (La honte*, 1997), trad. de Mercedes Corral y Berta Corral, Tusquets, Barcelona, 2020 (1999).

Ernaux, Annie, *La mujer helada (La femme gelée*, 1981), trad. de Lydia Vázquez, Cabaret Voltaire, Madrid, 2015.

Freud, Sigmund, *El poeta y los sueños diurnos (Der Dichter und das Phantasieren*, 1908), trad. de Rosemary Vargas Martinto, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

Gaitskill, Mary, *Mal comportamiento (Bad Behavior*, 1988), trad. de María Faidella, Edhasa, Barcelona, 1989.

Gaskell, Elizabeth, *Vida de Charlotte Brontë (The Life of Charlotte Brontë*, 1857), trad. de Ángela Pérez, Alba, Barcelona, 2016 (2001).

Harding Davis, Rebecca, «The Wife's Story», *Atlantic Monthly*, 14, 1864.

Horney, Karen, «Neurotic Disturbances in Work», en *La neurosis y el desarrollo humano; la lucha por la autorrealización (Neurosis and Human Growth, The Struggle Toward Self-Realization*, 1950), trad. de Josefina Martínez Alinari, Psique, Buenos Aires, 1961.

Horney, Karen, «Los conflictos maternales» en *Psicología femenina (Feminine Psychology*, 1973), trad. de Flora Setaro, Psique, Buenos Aires, 1968; trad. de María Luisa Balseiro, Alianza, Madrid, 1990.

Kizer, Carolyn, *Pro-Femina: A Poem*, University of Missouri Press, Columbia, 2000.

Klein, Melanie, *Amor, culpa y reparación: y otros trabajos, 1921-1945 (Love, Guilt and Reparation and Other Works 1921-1945*, 1975), trad. de Hebe Friedhental, Arminda Aberastury, María Esther Morera, Elisabeth Goode de Garma y Adolfo Negrotto, Paidós Ibérica, Barcelona, 2016 (1990).

Klein, Mina C., H. Arthur, *Käthe Kollwitz: Life in Art* (1972), Schocken Books, Nueva York, 1975.

Kristeva, Julia, *Historias de amor (Histoires d'amour*, 1985), Siglo XXI, México, 2000 (1987).

Kroeber, Theodora, *Ishi, El último de su tribu (Ishi, Last of His Tribe*, 1964), trad. de Antonio Desmonts, Bosch, Barcelona, 1978.

Kroeber, Theodora, *The Inland Whale*, Indiana University Press, Bloomington, 1959.

Kroeber, Theodora, *A Green Christmas*, Parnassus Press, Berkeley, 1967.

Kovel, Joel, «The Castration Complex Reconsidered», en *Women and Analysis*, Viking, Nueva York, 1974.

Lazarre, Jane, *El nudo materno (The Mother Knot*, 1977), trad. de Elena Vilallonga, Las afueras, Barcelona, 2018.

Le Guin, Ursula K., *La mano izquierda de la oscuridad* (*The Left Hand of Darkness*, 1969), trad. de Francisco Abelenda, Edhasa, Barcelona, 1980; Minotauro, Barcelona, 2009.

Le Guin, Ursula K., *Los desposeídos* (*The Dispossessed*, 1974), trad. de Matilde Horne, Edhasa, Barcelona, 1983; Minotauro, Barcelona, 2018.

Le Guin, Ursula K., *El relato (The Telling*, 2000), trad. de Estela Gutiérrez Torres, Minotauro, Barcelona, 2002.

Le Guin, Ursula K., *El eterno regreso a casa (Always Coming Home*, 1985), trad. de Hernán Sabaté, Edhasa, Barcelona, 2005 (1989).

May Alcott, Louisa, *Life, Letters, and Journals* (1889), Roberts Brothers, Boston, 1890.

May Alcott, Louisa, *Mujercitas (Little Women*, 1868), trad. de Gloria Méndez Seijido, Lumen, Barcelona, 2004; trad. de María Luisa Rodríguez Tapia, Gloria Méndez Seijido y Aurora Echevarría Pérez,

Lumen, Barcelona, 2019.

Meredith, George, *Diana of the Crossways* (1885), Wayne State University Press, Detroit, 2001.

Mitchell, Juliet, «On Freud and the Distinction Between Sexes», en *Women and Analysis*, Vicking, Nueva York, 1974.

Morrison, Toni, *Ojos azules (The Bluest Eye*, 1970), trad. de Jordi Guber Ribalta, Ediciones B, Barcelona, 1994; Debolsillo, Barcelona, 2004.

Morrison, Toni, *Sula* (1973), trad. de Mireia Bofill, Ediciones B, Barcelona, 1993; Debolsillo, Barcelona, 2004.

Morrison, Toni, *La canción de Salomón (Song of Salomon*, 1977), trad. de Carmen Cuadrado, Argos Vergara, Barcelona, 1978; trad. de Carmen Criado, Debolsillo, Barcelona, 2004.

Morrison, Toni, *La isla de los caballeros (Tar Baby*, 1981), trad. de Mireia Bofill, Argos Vergara, Barcelona, 1981; Debolsillo, Barcelona, 2004.

Morrison, Toni, *Beloved* (1987), trad. de Iris Menéndez, Ediciones B, Barcelona, 1988; Debolsillo, Barcelona, 2004.

Morrison, Toni, *Paraíso (Paradise*, 1997), trad. de Carmen Francí, Ediciones B, Barcelona, 1998; Debolsillo, Barcelona, 2016.

Morrison, Toni, *Amor (Love*, 2003), trad. de Jordi Fibla, Lumen, Barcelona, 2004; Debolsillo, Barcelona, 2005.

Munro, Alice, «Vándalos» en *Secretos abiertos (Open Secrets*, 1994), trad. de Flora Casas, Debate, Barcelona, 1996; con el título de *Secretos a voces*, Círculo de lectores, Barcelona, 2014.

Oliphant, Margaret, *Hester* (1883), Oxford University Press, Oxford, 2003.

Oliphant, Margaret, *Kirsteen* (1890), Everyman Classics, Londres, 1984.

Olsen, Tillie, *Dime una adivinanza (Tell Me a Riddle*, 1956), trad. de Antonio-Prometeo Moya, Anagrama, Barcelona, 1984.

Olsen, Tillie, *Silences* (1978), Doubleday, Nueva York, 1979.

Ostriker, Alicia, *Writing Like a Woman, Michigan poets on Poetry Series*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1983.

Paley, Grace, *Batallas de amor (The Little Disturbances of Man*, 1959), trad. de Enrique Hegewicz, Anagrama, Barcelona, 2005 (1981).

Paley, Grace, *Enormes cambios en el último minuto (Enormous Changes at the Last Minute*, 1974), trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Anagrama, Barcelona, 1999 (1983).

Paley, Grace, *Más tarde el mismo día (Later the Same Day*, 1985), trad. de César Palma, Anagrama, Barcelona, 1989.

Paley, Grace, *Cuentos completos (The Collected Stories*, 1994), trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Susana Contreras, Enrique Hegewicz,

César Palma y Ángela Pérez, Anagrama, Barcelona, 2016 (2005).

Rich, Adrienne, *Snapshots of a Daughter-in-Law* (1963), Harper & Row, Nueva York, 1962.

Rich, Adrienne, *Nacida de mujer* (*Of Woman Born: Motherhood As Experience And Institution*, 1976), trad. de Ana María Becciu, Noguer, Barcelona, 1978; con el título *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución*, trad. de Gabriela Adelstein y Ana María Becciu, Traficantes de sueños, Madrid, 2019.

Rich, Adrienne, *Sangre, pan y poesía: prosa escogida 1979-1985* (*Blood, Bread and Poetry: Selected Prose, 1979-1985*, 1986), trad. de María Soledad Sánchez Gómez, Icaria, Barcelona, 2001.

Sexton, Anne, *To Bedlam and Part Way Back*, Houghton Mifflin, Boston, 1960.

Sexton, Anne, *All My Pretty Ones*, Houghton Miffin, Boston, 1962.

Showalter, Elaine, «Women Writers and the Double Standard», en *Woman in Sexist Society*, Basic Books, Nueva York, 1971.

Showalter, Elaine, *A Literature of Their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton University Press, Princeton, 1977.

Smart, Elizabeth, *En Grand Central Station me senté y lloré* (*By Grand Central Station I Sat Down and Wept*, 1945), trad. de Laura Freixas, Lumen, Barcelona, 1996; Periférica, Madrid, 2009.

Stein, Gertrude, *Autobiografía de Alice B. Toklas (The Autobiography of Alice B. Toklas*, 1933), trad. de Carlos Ribalta, Bruguera, Barcelona, 1978; trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 2016.

Stowe, Harriet Beecher, *La cabaña del tío Tom (Uncle Tom's Cabin*, 1852), trad. de Elizabeth Power, Cátedra, Madrid, 2007 (1989).

Stuart Phelps, Elizabeth, *Chapters from a Life*, Houghton Mifflin, Boston, 1987.

Stuart Phelps, Elizabeth, *The Story of Avis* (1877), Rutgers University Press, New Brunswick, 1985.

Ullmann, Liv, *Senderos (Changing*, 1978), trad. de María Pilar Donoso, Pomaire, Barcelona, 1978.

Walker, Margaret, *Jubileo (Jubilee*, 1966), traducción de Mercedes A. Carrera, Plaza & Janés, Barcelona, 1976 (1968).

Wakoski, Diane, *Inside the Blood Factory*, Doubleday, Nueva York, 1968.

Winnicott, D. W., *Realidad y juego (Playing and Reality*, 1971), trad. de Floreal Mazía, Granica, Buenos Aires, 1972; Gedisa, Barcelona, 2009.

Woolf, Virginia, *El cuarto de Jacob (Jacob's Room*, 1922), trad. de Andrés Bosch, Lumen, Barcelona, 1980; con el título de *La habitación de Jacob*, trad. de Carles Llorach Freixes, Piel de Zapa, Barcelona, 2012.

Woolf, Virginia, *Una habitación propia (A Room of One's Own*, 1929), trad. de Laura Pujol, Seix Barral, Barcelona, 1967; trad. de Catalina Martínez Muñoz, Alianza, Madrid, 2018.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] Sara Ruddick, *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*, Nueva York, Ballantine Books, 1989, p. 38.

[2] Para más información novelada sobre su vida durante este período, ver *Un casamiento convencional* de la serie *Los hijos de la violencia.*

[3] Frampton Meredith, un pintor que Smart conoció en Londres en la década de 1930.

[4] La madre de George Barker.

[5] *Elegías de Duino. Los sonetos de Orfeo*. Traducción de Eustaquio Barjau, Cátedra, Madrid, 1993. *[N. de la T.]*

[6] Hace quince años no me resultaba difícil emplear la expresión «mujer estéril». Ahora, como se desprende de este libro, me parece un concepto tendencioso y sin sentido, basado en la idea de que solo puede pensarse positivamente en la mujer en función de la maternidad.

[7] Arthur W. Calhoun, *A Social History of the American Family from Colonial Times to the Present* (Cleveland, 1917). Véase también: Gerda Lerner, *Black Women in White America: A Documentary History*(Vintage, Nueva York, 1973, pp. 149-150 y ss.).

[8] [1986] La obra de la psicoterapeuta suiza Alice Miller me ha llevado a reflexionar un poco más sobre el material de este capítulo. Miller identifica la «crueldad oculta» en la crianza como la repetición de la «pedagogía envenenada» de los padres de la generación anterior, en la que se enseñaba y asentaba el principio de obediencia al autoritarismo y al fascismo. Observa que «hay un tabú que ha resistido todos los recientes esfuerzos de desmontarlo: la idealización del amor maternal» (*The Drama of the Gifted Child: How Narcissistic Parents Form and Deform the Emotional Lives of Their Talented Children*, Harper & Row, Nueva York, 1981, p. 4). Su obra expone los perjuicios de esa idealización (de padre y madre, pero sobre todo de la madre) en los niños a los que se les prohíbe nombrar o manifestar sus sufrimientos y que se ponen del lado de sus padres en contra de sí mismos. Dice: «No

puedo escuchar a mi hija con empatía si por dentro me preocupa ser una buena madre; no puedo estar abierta a lo que me dice» (*For Your Own Good: Hidden Cruelty in Child-rearing and the Roots of Violence*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1983, p. 258). Rastrea en las fuentes de lo que se ha dado en llamar abuso infantil —violación física y castigos sádicos- pero también en la «violencia amable» de la crianza, en la que incluye las prescripciones «antiautoritarias» o «alternativas» basadas en la eliminación de la vitalidad y los sentimientos de los niños. Miller no tiene en cuenta, sin embargo, el predominio de las mujeres como cuidadoras, el importante papel de los sistemas autoritarios y fascistas en la perpetuación del control del hombre sobre la sexualidad y la reproductividad de la mujer, ni las *diferencias* estructurales —como *padres*- entre padre y madre. Admite que en Estados Unidos las mujeres «han descubierto el poder del conocimiento. No vacilan a la hora de denunciar el veneno de la información falsa, aunque haya sido bien ocultada desde tiempos inmemoriales bajo etiquetas bienintencionadas si no sacrosantas» (*For Your Own Good*, p. xii).

[9] Escrito en 1850; recopilado en 1868. Es el origen de *The Wife's Story* (*La historia de la esposa*), de Rebecca Harding Davis, así como *Story of Avis*.

[10] Conocida en nuestra época por la referencia de Virginia Woolf.

[11] Tales esfuerzos —tal intento— son por la lucha de ambas. Pero la batalla, prolongada por su hija a lo largo de toda su larga vida todavía está por ganar. La generosa, productiva y exitosa Elizabeth StuartLyon Phelps nunca tuvo hijos.

[12] «Vuelvo a sentirme como cuando los niños estaban enfermos, cuando la causa de la verdadera preocupación había pasado y yo me quedaba con ellos, hacía todo por ellos, ni siquiera pensaba en mi propio trabajo y solo procuraba estar cerca de ellos, físicamente, espiritualmente, ocupándome de que recuperaran la salud. El glorioso sentimiento posterior de reconquista, la sensación profunda de felicidad que recubría los temores persistentes de la preocupación no me abandonan; tengo que conservarlos» (Käte Kollwitz, anotación de diario a sus cincuenta años).

[13] *Nacemos de mujer*, todavía no publicado en el momento en que se escribió este libro.

[14] Situación en la que todavía viven algunas madres escritoras.

[15] Muriel Rukeyser Day, Sarah Lawrence College, 9 de diciembre, 1979. Estoy en deuda, por lo que me han ayudado al escribir este artículo, y por muchas más cosas, con el espíritu generoso y valiente de Tillie Olsen, Barbara Smith y Gloria Steinem.

[16] Sojourner Truth (1797-1883), esclava fugitiva, abolicionista y

feminista, la primera mujer afroamericana en ganar un juicio contra un hombre blanco.

[17] Al margen de este plato y de la elección de Sacajawea (la indígena que guió a Lewis y Clark en su expedición al Oeste) como tema del plato destinado a los indígenas americanos, me encantaron la osadía y el arte de Judy Chicago.

[18] El 4 de mayo de 1970 la Guardia Nacional disolvió una manifestación en contra de la invasión de Camboya en la Universidad Estatal de Kent (Ohio) disparando contra los estudiantes. Cuatro de ellos murieron.

[19] Citado en «The Castration Complex Reconsidered» de Joel Kovel, en *Women and Analysis*, ed. Jean Strouse, Viking, Nueva York, 1974, p. 136.

[20] Helene Deutsch, *The Psychology of Women*,1945; reimp. Bantam, Nueva York, 1973, vol. II, pp. 411-412 y 420.

[21] Juliet Mitchell, «On Freud and the Distinction between Sexes», en *Women and Analysis*, ed. Strouse, p. 32.

[22] Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gendeer*, University of California Press, Berkeley, 1978, p. 39.

[23] Chodorow, *Reproduction of Mothering*, pp. 77, 82 y 84-85.

[24] Véase concretamente el artículo de Klein de 1937 «Love, Guilt and Reparation», reimpreso en *Love, Guilt, and Reparation and Other Works*, 1921-1945, Doubleday, Nueva York, 1977, pp. 306-343.

[25] Deutsch, *Psychology of Women*, p. 331.

[26] Sin duda es evidente que la mayoría de los analistas que voy citando son mujeres. Sus declaraciones muestran o bien una alienación notable de su propia experiencia (seguramente no llegaron a ser analistas y escritoras adaptándose fácilmente a las «gratificaciones pasivo-masoquistas» de la feminidad) o bien un grado notable de autoaversión (su propio desarrollo fue «anómalo», puesto que eligieron el camino del complejo de la masculinidad en su propia vida). Lo que más sorprende es que Helene Deutsch se declarara recientemente antigua feminista y que su mayor esperanza en sus pacientes mujeres fuera que «se interesaran vivamente por algo más que un posible marido y unos posibles hijos en sus vidas». Esta es una afirmación curiosa considerando que proviene de una de las teóricas freudianas más ortodoxas de la feminidad «normal». Como Marcia Cavell destaca acertadamente, indica, al menos, una escisión radical entre la terapeuta Deutsch y la teórica Deutsch. (Véase Cavell, «Since 1924: Toward New Psychology of Women», *Women and Analysis*, ed. Strouse, p. 167.)

[27] Karen Horney, «Maternal Conflicts», en *Feminine Psychology*,

Norton, Nueva York, 1973, pp. 175-181.

[28] Adrienne Rich, *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Bantam, Nueva York, 1977, p. 17.

[29] Sigmund Freud, «Creative Writers and Day-Dreaming» (1908), en *Standard Edition*, IX, p. 152.

[30] D. W. Winnicott, *El juego y la realidad*, Basic Books, Nueva York, 1971, pp. 107 y *passim*.

[31] Klein, «Love, Guilt and Reparation», p. 334.

[32] Roland Barthes, *Le plaisir du texte*, París, 1973, p. 60.

[33] Susan Suleiman, «Reading Robbe-Grillet: Sadism and Text» en *Projet pour une révolutin à New York, Romanic Review*, 68 (enero de 1977), pp. 43-62.

[34] Tillie Olsen, *Silences*, Doubleday, Nueva York, 1979, pp. 16 y 31.

[35] Deutsch, *Psychology of Women*, pp. 479 y 481.

[36] Elaine Showalter, «Women Writers and the Double Standard», en *Woman in Sexist Society*, ed. Vivian Gornick y Barbara Moran, Nueva York, Basic Books, 1971, p. 333.

[37] Elaine Showalter, *A Literature of Their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing*, Princeton Universitiy Press, Princeton, 1977, p. 65.

[38] Phyllis Rose, citado en *A Literature of Their Own*, de Elaine Showalter, p. 270.

[39] Nina Auerbach, «Artists and Mothers: a False Alliance», en *Woman and Literature*, 6 (primavera de 1978), pp. 9 y 14.

[40] Julia Kristeva, «Un nouveau type d'intellectuel: le dissident», *Tel Quel*, 74 (invierno de 1977), pp. 6-7.

[41] Liv Ullman, *Changing*, Bantam, Nueva York, 1978, pp. 36 y 37.

[42] Jane Lazarre, *The Mother Knot*, Dell, Nueva York, 1977, pp. 55-56.

[43] Rich, *Of Woman Born*, p. 12.

[44] Kathleen E. Woodiwiss, entrevistada por Judeg Klemensrud, *New York Times Book Review*, 4 de noviembre de 1979, p. 52.

[45] Olsen, *Silences*, p. 19.

[46] Susan Hill, «On Ceasing to Be a Novelist» (entrevista con Robert Robinson), *The Listener*, 2 de febrero de 1978, p. 154.

[47] Woodiwiss, entrevistada por Klemensrud.

[48] Karen Horney, «*Neurotic Disturbances in Work», en Neurosis and Human Growth: The Struggle Toward Self-Realization*, Norton, Nueva York, 1970, pp. 319-320 (las cursivas son mías).

[49] Me sorprende, no obstante, cuánto se asemeja la descripción

de Horney a la de Simone de Beauvoir en cuanto a la falta de osadía de las mujeres escritoras: «Agradar es su primera preocupación; y a menudo teme ser desagradable como mujer por el mero hecho de que escribe… El escritor con originalidad, salvo que esté muerto, siempre sorprende, escandaliza; lo novedoso molesta y repele. La mujer está todavía estupefacta y se siente halagada por el hecho de aceptar que pertenece al mundo del pensamiento, del arte, un mundo masculino. Se porta lo mejor que sabe; *tiene miedo de trastornar, indagar, estallar*; siente que debería buscar redención por sus pretensiones literarias mediante su modestia y su buen gusto. Depende de los valores fidedignos del conformismo… *[El segundo sexo*, trad. y ed. H. M. Parshley, Bantam, Nueva York, 1961, p. 666; las cursivas son de la autora].

[50] Citado por Jean Ricardou en Simone de Beauvoir *et al., Que peut la littérature*?, Union Générale, París, 1965, p. 59.

[51] Olsen, *Silences*, p. 19.

[52] Phyllis Chesler, *With Child: A Diary of Motherhood*, Crowell, Nueva York, 1979, p. 246.

[53] Rich, *Of Woman Born*, p. 9.

[54] Lazarre, *Mother Knot*, p. 216.

[55] Kristeva, «Un nouveau type d'intellectuel», p. 6.

[56] Julia Kristeva, «Hérétique de l'amour», *Tel Quel*, 74 (invierno de 1977), p. 31, reimpreso como «Stabat Mater» en *Histoires d'amour de Kristeva*, Denoël, París, 1983.

[57] Rich, *Of Woman Born*, p. 1.

[58] Kristeva, «Un nouveau type d'intellectuel», p. 6.

[59] Véase el ensayo de Cixous «Sorties» en *La Jeune Née* de Catherine Clément y Hélène Cixous, Union Générale, París, 1975, pp. 169-180.

[60] Chantal Chawaf, *Maternité*, París, 1979, p. 20.

[61] El debate sobre *l'écriture féminine*, cuyas consecuencias se han considerado apropiadamente políticas más que simplemente estilísticas, ha sido largo y en algunos casos áspero entre las feministas francesas. Las cuestiones están claramente definidas en el diálogo que cierra *Jeune Née* de Cixous y Clément, así como en el artículo «Enslaved Enclave» de Clément y en «Laugh of the Medusa» de Cixous, en *New French Feminisms*, ed. Elaine Marks e Isabelle de Courtivron, Schocken, Nueva York, 1981. Al igual que Clément, pero desde una perspectiva distinta, Kristeva ha criticado el concepto de *écriture féminine*; véase particularmente «À partir de *Polylogue*», *Revue des Sciences Humaines*, 168 (diciembre de 1977), pp. 495-501.

[62] Olsen, *Silences*, p. 32.

[63] «Buen gobierno de la casa» («Good Housekeeping») apareció

por primera vez en el 18 de *American Review* (1973) y se reimprimió en *Bitches and Sad Ladies: An Anthology of Fiction by and about Women*, ed. Pat Rotter, Dell, Nueva York, 1976, pp. 68-70. [Se incluye en esta edición, entre los Relatos.] *The Autobiography of My Mother* se publicó en 1976, Doubleday, Nueva York. Rosellen Brown es madre de dos niñas de corta edad.

[64] Katherine Anne Porter, «Notes on Writing», en *The Creative Process*, ed. Brewster Ghiselin, 1952; reimp. New American Library, s. f., p. 199.

[65] Se observa un interesante contraste entre esta escena y una de las escenas culminantes de la novela de Margaret Drabble *The Garrick Year* (1964), donde la heroína ve a su propia hija caer a un río e inmediatamente salta al agua para salvarla. En la novela de Drabble, como indico más adelante, el vínculo madre-hija nunca es problemático.

[66] Showalter, *A Literature of Their Own*, p. 305.

[67] Virginia Woolf, *Jacob's Room*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, s. f., p. 7.

[68] La edición de *Mujercitas* en la que me baso era de mi madre y ahora es de mi hija. Fue publicada en Boston por Little, Brown, sin fecha, hacia el cambio de siglo, y los bellos dibujos de Merrill han sido también reproducidos en otras ediciones.

[69] Rachel Blau Du Plessis, *Writing Beyond the Ending: Narrative Strategies of Twentieth-Century Women Writers*, Indiana University Press, Bloomington, 1985.

[70] Louisa May Alcott, *Life, Letters, and Journals*, Roberts Brothers, Boston, 1890. Los pasajes aquí citados aparecen en las pp. 203, 122 y 125.

[71] Charles Dickens, *Bleak House*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, s. f., p. 41.

[72] Harriet Beecher Stowe, 1841, citada en Tillie Olsen, *Silences*, Dell, Laurel Editions, Nueva York, 1983, p. 227.

[73] Este y los subsiguientes pasajes relacionados forman parte de *Autobiography and Letters of Mrs. Margaret Oliphant*, Leicester University Press, The Victorian Library, Leicester, 1974, pp. 23-24.

[74] Joseph Conrad, citado en Olsen, p. 30.

[75] Alicia Ostriker, *Writing Like a Woman*, Michigan Poets on Poetry Series, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1983, p. 126.

[76] El ensayo «Writing and Motherhood» de Susan Rubin Suleiman, en *The (M)other Tongue: Essays in Feminist Psychoanalytic Interpretation*, plantea este tema de un modo singularmente estimulante. Está editado por Garner, Kahane y Sprengnether, Itaca, Cornell University Press, 1985 (e incluido en este volument: «Escribir

y ser madre»). Suleiman hace una breve historia de la teoría decimonónica de «o libros o niños» y de su refinamiento y perfeccionamiento en el siglo xx gracias a psicólogos como Helene Deutsch, subrayando que «llevó a los psicoanalistas a transformar la obligación moral en una "ley" psicológica, que equiparaba el impulso creativo con el procreativo y decretaba que toda mujer que tiene un hijo no siente la necesidad de escribir libros». Suleiman ofrece una crítica de la inversión feminista de papeles de esta teoría (la mujer que escribe un libro no siente la necesidad de tener hijos) y analiza el pensamiento feminista francés vigente reflexionando sobre la relación entre escribir y la feminidad/maternidad.

[77] Käthe Kollwitz, *Diaries and Letters*, citada en Olsen, pp. 235-236.

[78] La conferencia, conocida en su formato revisado también como «Professions for Women» y así titulada en los *Essays*, se impartió el 21 de enero de 1931 en la Society for Women's Service, de ámbito nacional, en Londres, y puede encontrarse completa con todas las supresiones y diversas lecturas en *The Pargiters*, edición de Mitchell Leaska, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1978.

[79] Ostriker, p. 131.

[80] Margaret Drabble, *The Millstone*, NAL, Plume Books, Nueva York, 1984, pp. 122-123. Publicado también con el título *Thank You All Very Much.*

[81] Lo que yo he entendido de este tema ha sido en parte gracias a la obra *In a Different Voice*, Harvard University Press, Cambridge, 1982, de Carol Gilligan, y al modesto pero revolucionario estudio *Toward a New Psychology of Women*, Beacon Press, Boston, 1976, de Jean Baker Miller. La tesis de Gilligan, en líneas generales, dice que nuestra sociedad educa a los hombres para pensar y hablar desde el punto de vista de sus derechos, y a las mujeres desde el punto de vista de sus responsabilidades, y que la psicología convencional ha valorado implícitamente la imagen «masculina» de la jerarquía de derechos como «superior» (jerárquicamente, claro está) a la imagen «femenina» de la red de responsabilidades recíprocas. De ahí que un hombre considere (relativamente) fácil afirmar el «derecho» a verse libre de relaciones y de personas a su cargo, al estilo Gauguin, y que a las mujeres, en cambio, no se les garantice ni se garanticen este derecho y prefieran vivir como parte de una compleja e intensa red en la que la libertad se consigue, si es que se consigue, recíprocamente. Desde este punto de vista, se entiende por qué no hay o hay muy pocas «grandes artistas» mujeres, si el «gran artista» se define como una figura inherentemente superior a los demás y sin responsabilidades con ellos.

[82] En el original *Nobadaddy*, denominación jocosa de Dios Padre, acuñada por William Blake (1787-1827) en su poema satírico *To*

Nobadaddy. [N. de la T.]

[83] Du Plessis, p. 101.

[84] Philip Wylie, *Generation of Vipers*, Rinehart, Nueva York, 1955; Edward A. Strecker, *Their Mother's Sons*, Lippincott, Filadelfia, 1946.

[85] Strecker, *Their Mother's Sons*, p. 73.

[86] Louise Kapp Howe, *Pink Collar Workers*, Avon Books, Nueva York, 1977, pp. 233-242.

[87] Howe, *Pink Collar Workers*, p. 237.

[88] Monique Plaza, «The Mother/The Same: Hatred of the Mother in Psychoanalysis», en *Feminist Issues*, vol. 2, núm. 1 (primavera 1982), pp. 75-100. Las feministas y las psicoanalistas nos aportan diferentes visiones sobre el «odio a la madre». *The Mermaid and the Minotaur* (Harper & Row, Nueva York, 1976), de Dorothy Dinnerstein, se ha convertido en un clásico. La obra de Eva Kittay sobre la envidia del útero me parece especialmente útil, y deliciosa de leer. Véase «Womb Envy: An Explanatory Concept» de Kittay, en *Mothering: Essays in Feminist Theory*, ed. Joyce Trebilcot, Roman and Allenheld, Totowa, Nueva Jersey, 1984. Julia Kristeva, en su adaptación crítica del lenguaje lacaniano, explica por qué «la madre» debe ser aborrecida y su autoridad reprimida. Véase concretamente *Powers of the Horror*, trans. L. Roudiez, Columbia University Press, Nueva York, 1985. Como indica Howe, el desprecio por las madres es inseparable del desprecio por las mujeres, y este adopta una forma particularmente virulenta.

[89] Para un debate más extenso y elocuente de las fantasías infantiles del poder maternal y sus consecuencias, véase Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur*.

[90] Agencia estatal que acumula datos sobre las personas susceptibles de ser llamadas a filas. *[N. de la T.]*

[91] La expresión es de Adrienne Rich, *Of Woman Born*, Norton, Nueva York, 1976. [Versión española: *Nacemos de mujer*, ed. Traficantes de Sueños, trad. de Anna Becciu, Madrid, 2019.]

[92] «Parents and Life Prospects», de William Ruddick, *Having Children*, ed. Onora O'Neill y William Ruddick, Oxford University Press, Nueva York, 1979, pp. 123-137, expone los intentos parentales de elegir objetivos que se ajusten tanto a los padres como a los hijos.

[93] Dos artículos conmovedores que tratan la fantasía nostálgica del paraíso materno perdido son: «Narrative Structure(s) and Female Development: The Case of Mrs. Dalloway», de Elizabeth Abel, en *The Voyage In*, ed. Elizabeth Abel, Marianne Hirsch y Elizabeth Langland, University Press of New England, Hanover, NH, 1983, pp. 161-185, y «(M)other Eve: Some Revisions of the Fall in Fiction by Women Writers», de Madelon Sprengnether, texto leído en la Modern

Language Association en 1986. Manuscrito por cortesía de la autora.

[94] Los comentarios autocríticos de Monique Plaza (véase nota 88) quedan reflejados inconscientemente, a mi parecer, en gran parte de la teoría psicoanalítica feminista. Tal vez esta teoría no refleja la voz de las mujeres, pero, en caso de que así fuera, la utilidad del psicoanálisis para entender el yo materno es limitada.

[95] Esta opinión se asocia a algunas feministas francesas, concretamente a Hélène Cixous y Chantal Chawaf, pero también aparece en la obra de las «feministas culturales» norteamericanas (en la que se incluye tal vez la mía). Para un debate excelente sobre la noción del «lenguaje de la mujer», véase el ensayo de Andrea Nye *Feminist Theory and the Philosophies of Man*, Croom Helm, Londres, 1988.

[96] Ynestra King participó en el Seminario de Columbia sobre Mujer y Sociedad, en la primavera de 1983. La propia King es una crítica sutil y comprensiva del pensamiento maternal.

[97] Mary Helen Washington, *Invented Lives*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1987, p. 352. Washington adapta el lenguaje de Alice Walker en «In Search of Our Mother's Gardens: The Creativity of the Black Woman in the South», publicado por primera vez en *Ms*, mayo de 1974. Cita también a Marianne Hirsch, «Feminist Discourse/ Maternal Discourse: Cruel Enough to Stop the Blood», una charla que ofreció en el Instituto Bunting de Cambridge, Massachusetts, en la primavera de 1985. Entre las diferentes escritoras que hoy tratan de articular la voz de la madre, la obra de Marianne Hirsch es especialmente notable y puede leerse en *Unspeakable Plots: Mothers, Daughters and Narratives*, Indiana University Press, Bloomington, 1989. Merecen también una mención especial Jane Lazarre, Audre Lorde, Tillie Olsen y Grace Paley.

[98] Toni Morrison, *Tar Baby*, Knopf, Nueva York, 1981, p. 281. [Versión española: *La isla de los caballeros*, trad. de Mireia Bofill, Debolsillo, Barcelona, 2014.] Debo esta cita y muchas otras ideas sobre las madres a Maureen T. Reddy y su artículo «"Maternal Thinking": Gaskell, Chopin, Lazarre y Walker» que leyó en Modern Language Association, en invierno de 1987. Manuscrito por cortesía de la autora. La pintora May Stevens ha investigado de manera excelente la relación madre-hija en la serie de cuadros que lleva por título *Ordinary/Extraordinary*, reproducidos en *Between Women*, ed. Carol Ascher, Louise de Salvo y Sara Ruddick, Beacon Press, Boston, 1984, pp. 275-310. Este libro, una colección de ensayos introspectivos escritos por mujeres sobre las mujeres que han observado, es muestra de un firme intento de concebir de nuevo la relación hija-madre.

[99] Mary Belenky, Blythe Clichy, Nancy Goldberger y Jill Tarule, *Women's Ways of Knowing*, Basic Books, Nueva York, 1987, p. 18.

[100] Audre Lorde, «The Transformation of Silence into Language and Action», «Poetry is Not a Luxury» en *Sister Outsider*, Crossing Press, Trumansburg, Nueva York, 1984, pp. 36-45. Alicia Ostriker, *Stealing the Language: The Emergence of Women's Poetry in America*, Beacon Press, Boston, 1986, p. 211.

[101] *Under my skin*, la primera parte de sus memorias, que cubre hasta 1949. La segunda parte, *Walking in the Shade (Un paseo por las sombras)*, que va de 1949 a 1962, se publicó en 1997. En España los dos volúmenes se han reunido en *Autobiografía*, DeBolsillo, Barcelona, 2008.

[102] En afrikaans, «alfombras de piel animal». *[N. de la T.]*

[103] En afrikaans, «depresión del terreno poco profunda». *[N. de la T.]*

[104] Son incompatibles.

[105] Sara Ruddick, *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*, Boston, 1989, p. 79.

[106] Marguerite Duras, «Sublime, forcément sublime, Christine V.», *Libération*, 17 de julio, 1985, pp. 4-6.

[107] El primer hijo de Duras murió poco después de nacer, en 1942, por las privaciones de la Ocupación.

[108] Ursula K. Le Guin, «Some Thoughts on Narrative», en *Dancing at the Edge of the World*, Nueva York, 1989, p. 39.

[109] Mary Wollstonecraft Shelley, *Frankenstein; or, The Modern Prometheus*, ed. James Rieger, 1818, Chicago 1982, p. 229.

[110] Técnica narrativa de la narración dentro de otra narración. *[N. de la T.]*

[111] David Grossman, *See Under: Love*, trad. Betsy Rosenberg, Nueva York, 1989, p. 223. [Hay versión en español: *Véase: amor*, trad. de Jimena García Herrero, Tusquets, Barcelona, 1993; De Bolsillo, Barcelona, 2010.]

[112] Ibíd., p. 253.

[113] La raíz eslava de la palabra hebrea *Kazik* es *shazka*, que significa «cuento».

[114] Toni Morrison, *Beloved*, Nueva York, 1987, p. 149. [Hay versión española: *Beloved*, trad. de Iris Menéndez Sallés, Ediciones B., Barcelona, 1988; DeBolsillo, Barcelona, 2012.]

[115] Morrison, *Song of Solomon*, Nueva York, 1977, p. 244. [Hay versión española: *La canción de Salomón*, trad. de Carmen Criado, Ediciones B., Barcelona, 1993; De Bolsillo, Barcelona, 2001.]

[116] Caballos salvajes de pequeño tamaño autóctonos de América del Norte. *[N. de la T.]*

[117] La autora feminiza el nombre (Jenny) de Johnny Appleseed (1774-1845), un agricultor y misionero que recorrió el valle del río

Ohio sembrando semillas de manzana. Es una figura popular en la culura estadounidense. *[N. de la T.]*

[118] Works Progress Administration, programa contra el desempleo, basado en la inversión pública, emprendido por la administración Roosevelt a partir de abril de 1935. *[N. del T.]*

[119] Véase la nota siguiente. *[N. de la T.]*

[120] Literalmente, «Buen gobierno de la casa». Es el nombre de una revista femenina estadounidense, fundada en 1885 y que aún se publica. *[N. de la T.]*

[121] *The Vicar of Bray*, una canción satírica inglesa del siglo xviii sobre un párroco que, para conservar su puesto, cambia del catolicismo al protestantismo, y viceversa, según la religión del rey que reine. *[N. de la T.]*

[122] Kwame Nkrumah fue un político y filósofo panafricanista que lideró la lucha por la independencia en su país, Ghana. Nnamdi Azikiwe, popularmente conocido como Zik, fue el primer presidente de Nigeria después de que el país consiguiera la independencia del Reino Unido. *[N. de la T.]*

[123] En español en el original. *[N. de la T.]*